

ÉL ESTABA PERDIDO. HASTA QUE ELLA SE CONVIRTIÓ EN SU LUZ.

CHLOE WALSH

Saving



LOS CHICOS DE TOMMEN #3

montena

CHLOE WALSH

Saving **6**

LOS CHICOS DE TOMMEN #3

montena

*Para mis hijos.
Tanto en la tierra como en el cielo*

NOTA DE LA AUTORA

Saving 6 es la tercera entrega de la serie Los Chicos de Tommen, el primer libro sobre Joey Lynch y Aoife Molloy, y su final te deja en suspense.

Algunos de los pasajes de este libro pueden resultar extremadamente perturbadores, de modo que se recomienda al lector que proceda según su propio criterio. Debido a su contenido sexual sumamente explícito, temática adulta, detonantes emocionales, violencia y lenguaje inapropiado, solo es apto para lectores mayores de dieciséis años.

En lugar de los habituales títulos de capítulo, en este libro se utiliza un método de navegación basado en secciones, años escolares y fechas.

La historia está ambientada en el sur de Irlanda, durante el periodo comprendido entre 1999 y 2004, e incluye términos en irlandés, así como argot y expresiones populares de la época.

Muchas gracias por acompañarme en esta aventura.

Con todo mi cariño,

CHLOE xxx

PRONUNCIACIÓN DE LOS NOMBRES

Aoif: If

Aoifa: Ifa

Caoimhe: Kifva

Gardaí: Gardi

Sean: Shawn

Tadhg: Taig (como «tiger» en inglés, pero sin la terminación «er»)

PREFACIO

No conocí la destrucción hasta que él entró en mi mundo y me dejó vislumbrar el suyo.

No conocí a ningún demonio hasta que estuve a su lado viéndolo luchar contra monstruos más aterradores de lo que mi imaginación era capaz de inventar.

No conocí el desamor hasta que diezmó mi corazón diezmando su cuerpo.

No conocí el dolor hasta que se alejó de mí.

No conocí todo eso hasta entonces.

No conocí...

PRÓLOGO

30 DE AGOSTO DE 1999

El precioso encuentro

Joey

—Lo que tienes que hacer es pasar desapercibido y controlar ese genio. Eres un chico listo. Te las apañarás. Tú mantén la lengua a raya y pasa de tonterías. ¿Quieres que entre contigo?

—No me jodas.

—No pasa nada si estás nervioso, Joe.

—No estoy nervioso.

—Y tampoco pasa nada si tienes miedo.

—¿A ti te parece que tengo miedo? —gruñí molesto por sus mimos continuados—. Dar, no soy un bebé.

—Ya lo sé —concedió mi hermano mayor mientras subíamos el camino que llevaba al instituto público de Ballylaggin, un trayecto que él había recorrido cada día lectivo durante los últimos seis años. Su etapa en secundaria había acabado, mientras que la mía estaba a punto de comenzar—. Es que de verdad necesito que te vaya bien.

—Ya —resoplé—. Bueno, los dos sabemos que no va a ser así.

—Empiezas de cero, Joey —dijo—. Lo que ocurrió en primaria es agua pasada. No arrastres contigo ninguno de esos problemas.

—No se puede empezar de cero —contesté hastiado—. Solo cambiar de sitio para ver las mismas mierdas.

—Eres demasiado joven para ser tan cínico.

—Y tú demasiado listo para perder el tiempo y el aliento con esta charla motivacional —repliqué—. Tío, no soy Shannon. No necesito palabras de ánimo ni que me cojas de la mano.

—¿Tan malo es que quiera despedirme de ti tu primer día de instituto?

—Podrías haberlo hecho en casa —le recordé—. No hacía falta que me acompañaras. No soy un bebé.

—Eres mi hermanito.

—Dar, nunca me han molado los diminutivos.

—Siempre tan duro. —Negando con la cabeza, me dedicó una sonrisa triste—. Bueno, a lo mejor quería pasar más tiempo contigo.

—Compartimos habitación —sentencié al tiempo que me cambiaba de hombro la mochila, que pesaba como una tonelada de ladrillos—. Ya pasamos bastante tiempo juntos.

—Te quiero, Joe —declaró provocando mi desconcierto—. ¿Verdad que lo sabes?

—¿Que me quieres? —Con los pies vacilantes, me volví y elevé la mirada hacia él—. Pero ¿a ti qué coño te pasa?

—Nada —contestó con un tono que destilaba emoción—. Solo... quería que lo supieras.

—¿Por qué? —exigí perplejo ante su repentina afirmación. Estaba fuera de lugar y no me había dado buena espina—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Sonriendo, me puso la mano sobre la cabeza y me despeinó—. No pasa nada, idiota. Solo quería decírtelo.

—Vale... —Lo miré con desconfianza; no estaba seguro de crearme lo que me decía—. Pero si se te ocurre abrazarme delante de toda esta gente, te voy a dar una patada en los huevos.

—Empiezas a hacer gallos con la voz —observó riéndose entre dientes—. Mi hermanito se hace mayor...

—No me hace falta tener una voz profunda para patearte el trasero —le

respondí hecho una furia.

Él puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, voz de pito.

—¿Aquí todas las chicas llevan la falda tan corta? —Con los ojos como platos, observaba cómo un grupo de chicas se bajaba del autobús escolar y se incorporaba al sendero justo delante de nosotros—. Retiro lo dicho, Dar —le dije a mi hermano con sonrisa burlona—. Creo que me va a gustar el instituto.

—Quítatelo de la cabeza —soltó entre risas—, esas chicas son de último curso, para ellas no eres más que un niño de primero.

—Ya te he dicho que no me molan los diminutivos —repuse guiñándole un ojo antes de volver a centrarme en el glorioso espectáculo de piernas desnudas y culos de melocotón.

—¿No eres un poco joven para tener opiniones sobre las chicas?

—Tengo trece años.

—Los cumpleaños en diciembre.

—Seguro que he visto más tetas que tú.

—Las de mamá no cuentan.

Los dos nos reímos, lo que hizo que se giraran algunas de las chicas que teníamos delante.

—¡Ay, Dios! ¡Darren Lynch! —chilló una de las rubias ofreciéndole a mi hermano una cálida sonrisa mientras iba directa hacia él—. ¿Qué haces aquí? ¿No sacaste como mil puntos en los exámenes de acceso a la universidad el pasado junio? No puede ser que repitas segundo de bachillerato.

—No, no repito. Solo he venido a acompañar a mi hermano pequeño en su primer día —contestó Darren mientras recibía el medio abrazo que le daba la chica—. Aunque yo podría preguntarte lo mismo: ¿qué hace una chica del Tommen por estos barrios tan bajos con el uniforme del Ballylaggin?

—Pues... Me han transferido aquí. Cursaré el último año en este centro —contestó la rubia en tono forzado—. Bueno, bien mirado, supongo que es lo mejor, ¿no?

—Sí. —Mi hermano asintió y sus ojos se llenaron de compasión, lo que me dejó la hostia de confundido—. Supongo.

—¿Y cómo va todo, Dar? —dijo ella apresurándose a dejar de lado lo que coño fuera que les había hecho mirarse con tanta intensidad. Yo puse los ojos en blanco y reprimí las ganas de vomitar—. No he vuelto a verte desde aquel fin de semana.

—He estado por ahí —contestó él rascándose la nuca—. A mis cosas, ya sabes.

—Sí. —Se volvieron a encontrar en otra mirada intensa—. Ya lo sé.

—Pues yo no —me entrometí; porque, ¿qué coño?—. ¿Os importaría contarme de qué cojones estáis hablando?

Mi hermano suspiró resignado antes de hacer rápidamente las presentaciones.

—Caoimhe, este bocazas de mierda es mi hermano pequeño. —Se volvió hacia mí y señaló a la chica—. Joe, esta es Caoimhe Young. Probablemente eras muy joven para recordarla de la escuela primaria, pero su hermana pequeña es amiga de Shannon.

Sus ojos azules aterrizaron en mi cara y sonrió.

—Así que tú eres el siguiente Lynch en la jerarquía, ¿eh?

—Eso parece. —Me encogí de hombros de forma evasiva antes de volverme hacia Darren—. ¿Has acabado de buscar en el baúl de los recuerdos o me tengo que quedar aquí parado otros diez minutos?

—Ostras, Dar —exclamó ella riéndose—, ¡vaya peligro tiene!

—Qué me vas a contar —respondió mi hermano con un suspiro—. Me alegro de verte, Caoimhe. —Entonces me agarró por la nuca y, dirigiéndome alrededor del grupo de chicas, seguimos avanzando por el camino que llevaba al instituto—. Cuídate.

—¡Tú también, Dar! —gritó detrás de nosotros—. ¡Ya me dirás algo!

—¿Ya me dirás algo? —Sacudí la cabeza para librarme de su mano—. ¿Y eso qué coño significa?

—Ni idea —murmuró Darren—, ya sabes cómo son las chicas.

—¿Te has acostado con ella?

—¿Qué? —Se detuvo y me giró para que lo mirara a la cara—. No, no me he acostado con ella. ¿Por qué me preguntas eso?

—No te hagas el remilgado conmigo. —Me reí y le di unos empujones de complicidad en el pecho—. Sé que has estado con chicas.

Darren suspiró profundamente.

—No de esa manera.

—Bueno, creo que a esa le gustas —comenté mientras me ponía de nuevo a su lado—. Te miraba en plan empalagoso.

—Empalagoso... —repitió con una risa sofocada—. Eres la hostia.

—Pero ¡es verdad! —repliqué riéndome—. Me sorprende que no se haya desmayado al verte. —Aclarándome la garganta, me puse el dorso de la mano contra la frente y la imité—: *Oh, Darren Lynch. ¿Eres tú a quien ven mis ojos? ¡Cálmate, mi palpitante corazón!*

—Qué imbécil eres —dijo mi hermano entre carcajadas.

—Y tú eres una caja de sorpresas —repuse guiñándole un ojo y dándole con el codo en las costillas—. ¿Hay más rubias merodeando por el instituto esperando para caer rendidas a tus pies? Porque yo estaría encantado de quitártelas de encima.

—Déjalo ya —pidió moviendo la cabeza con pesadumbre—. De verdad, no va de eso. Caoimhe es solo una buena amiga.

—Dar, no te preocupes. Sé que eres gay. Solo estaba bromeando...

—¡Joey, por Dios! —espetó Darren agarrándome el hombro con la mano. Miró a nuestro alrededor, con unos ojos desorbitados que reflejaban su pánico, y luego soltó un suspiro y murmuró—: No lo digas tan alto, ¿vale?

—¿Por qué lo haces? —le pregunté dejando atrás las risas mientras me

sacudía su mano de encima y notaba cómo me iba cabreando—. ¿Por qué ocultas quién eres?

Él movió la cabeza hacia los lados; sus ojos azules estaban llenos de dolor.

—Joey.

—No, es una gilipollez, Dar —insistí sin intención de dejarlo pasar—. Yo no me avergüenzo de ti, y tú tampoco deberías hacerlo.

—No me avergüenzo de mí mismo —declaró en voz baja.

—Genial —le solté—. Porque no tienes una mierda de que avergonzarte.

—Ya, bueno, según papá, sí.

—Ya, bueno, que le den por culo a papá —solté—. Él es quien debería estar avergonzado de sí mismo, no tú.

—¿Tú te das cuenta de que hasta hace seis años ser gay se castigaba como un delito en este país?

—Sí, igual que usar condones o cualquier otro método anticonceptivo —bramé—. Lo que demuestra que las leyes son una mierda.

—Joe...

—Darren, este país está atrasado. Lo sabes tan bien como yo —argumenté—. Es cierto que va mejorando, pero a ninguno se nos escapa que los cimientos sobre los que se construyen nuestras leyes tienen mucho más que ver con la religión que con el sentido común.

—Joe, de verdad que no quiero hablar de eso.

—Bueno, pues yo no quiero verte por ahí con el rabo entre las piernas sin ningún motivo —repliqué—. Son gilipolleces, Darren. Todas las palabras que salen de la boca de ese hombre son una completa gilipollez, así que no permitas que te haga sentir mal contigo mismo. Papá vive en la Edad Media; no te atrevas a dejar que te arrastre hasta allí con él.

—¿Y qué quieres que haga, Joey? —preguntó en tono cansado—. ¿Me doy de hostias con él?

«Exacto».

—Puedes con él.

—Claro que no —contestó—. Además, no todas las desavenencias de la vida tienen que resolverse con una pelea de perros.

—En nuestro caso, sí —corregí acaloradamente—. Así que más te vale hacerte a la idea y asegurarte de que eres el perro más grande.

—¿Como tú, voz de pito?

—Puede que no sea el perro más grande de la pelea —concedí a regañadientes—, pero mis dientes siempre son los más afilados.

—¿Como en la cita esa que dice que lo importante no es el tamaño del perro, sino el fervor con el que luce?

Asentí con la cabeza.

—Ahora empezamos a entendernos.

Darren me miró extrañado.

—Entonces, según tú, ¿en el mundo impera la ley del más fuerte?

—No es que yo lo diga, Dar. Es que es un hecho.

—¿Sabes? —musitó en tono melancólico—. No sé si esas agallas que tienes van a ser tu salvación o tu perdición.

—Pase lo que pase, por mí no hay problema —dije encogiéndome de hombros—. Porque no podría importarme menos.

—Eso no es cierto —sostuvo—. Claro que te importa.

—No. —Me reí con desgana—. La verdad es que no.

—Pues necesito que empiecen a importarte las cosas, Joey.

—Me importan —refunfuñé—. Me importáis tú, Shan, Tadhg, Ols...

—Necesito que también te importen tus cosas, Joe.

—Hostia puta.

Mis pies se detuvieron de golpe en el instante en que mis ojos se posaron sobre una rubia alta con cara de ángel que estaba sentada en el muro de contención de la entrada del instituto.

—¿Qué pasa? —preguntó Darren mirando a nuestro alrededor—. ¿Dónde está el incendio?

Me quedé mudo al verla y, ya sin ninguna intención de seguir conversando con mi hermano, señalé a la chica cuya larga melena rubia se mecía a su alrededor con la brisa.

—No la conozco —dijo mi hermano—. Debe de ser de primero.

Nunca había visto nada igual. La observé chupar un chupachups, totalmente indiferente hacia el chico que intentaba hablar con ella mientras sus largas piernas colgaban pared abajo.

—Madre mía. —Lancé un suspiro—. Me da igual que seas gay. No puedes negar que esa chica es lo más bonito que han visto tus ojos.

De repente, ella desvió su mirada hacia la mía. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí como si me dispararan un rayo de calor directamente contra el pecho.

Me cago en mi vida.

Estaba seguro de que iba a sonrojarse y apartar la vista. No lo hizo. En lugar de eso, inclinó la cabeza hacia un lado y me escrutó con una mirada que con toda seguridad se parecía mucho a la mía. Arqueando una ceja, se sacó lentamente el chupachups de la boca y me contempló expectante.

Desvié una inquisitiva mirada hacia el chaval moreno que seguía realizando intentos fallidos por llamar su atención y luego la volvía a llevar hacia su rostro. Tras alzar la barbilla con gesto desafiante, me miró como diciendo: «¿A qué esperas?».

«Joder, vaya mierda».

¿A qué estaba esperando?

—Tranquilo, hermanito. —Darren se reía mientras me forzaba a seguir avanzando por el camino hacia el edificio principal y me alejaba de la rubia—. Es guapa, pero no te tires a la piscina todavía. Te aseguro que en tu curso habrá otras cincuenta chicas igual de encantadoras.

«Lo dudo».

—No quiero otras cincuenta chicas —contesté girándome para ver que seguía mirándome—. Solo quiero a esa.

—Ay, quién pudiera volver a ser de primer año. —Entre risas, Darren me arrastró junto a él hasta que la chica quedó fuera de mi campo de visión—. Si hay algo que quiero que recuerdes de todo lo que te he enseñado durante estos doce años es esto: mantén esos humos a raya, la cabeza en los libros, el culo fuera de las calles y las manos lejos de ese tipo de chicas.

—¿De qué tipo de chicas?

—De las que llevan «Rompecorazones» escrito en la frente.

—En otras palabras, que me pase los próximos seis años de instituto viviendo como un cura —refunfuñé antes de zafarme de él en cuanto llegamos al edificio—. ¿Dónde hay que firmar?

—Oye, es lo que yo hice. —Mi hermano se rio entre dientes, recreándose en mi disgusto—. A mí me funcionó.

—Porque tú eres un puto muermo —le dije—. En serio, Dar. Parece mentira que seamos familia.

—Bueno, pues lo somos —me recordó antes de darme un abrazo—. Pase lo que pase, siempre seré tu hermano, ¿vale? No lo olvides.

—¿Qué te he dicho hace un rato? —protesté separándome de él antes de que alguien me viera abrazando ni más ni menos que a mi propio hermano—. Debería cumplirlo y darte una patada en los huevos.

—Cuídate. —Su voz rezumaba emoción mientras me contemplaba con el ceño fruncido—. Te quiero.

—Joder, déjate ya de ñoñerías —farfullé con una profunda sensación de incomodidad—. Que empiezo la secundaria, imbécil, no me voy a la guerra.

Asintió con rigidez.

—Ya lo sé.

Desconcertado, lo miré con recelo antes de hacer un gesto de negación con la cabeza y dirigirme hacia la entrada.

«Espera».

«No te vayas».

«Pasa algo».

«Date la vuelta».

«Nada de esto tiene sentido».

—Dar... —Con aire indeciso, me di la vuelta y vi cómo se alejaba—. Te veo después del instituto, ¿vale?

Mi hermano no respondió.

—¿Dar?

Tampoco se volvió para mirarme.

—¿Darren?

Lo que hizo fue subirse la capucha y seguir alejándose de mí.

—Entonces ¿ese tío es tu guardián o eres capaz de pensar por ti mismo? —me preguntó una voz de chica; y yo me giré y me encontré nada menos que a la rubia del muro plantada frente a mí... Hostia puta, de cerca era todavía más guapa.

Olvidada ya cualquier idea sobre la extraña despedida de Darren, me centré por completo en el rostro que me miraba. Pómulos altos, labios rosados y carnosos, unos enormes ojos verdes y una melena como sacada de una revista: sin duda era la cosa más preciosa que había visto en mi vida.

—Te aseguro que puedo pensar por mí mismo.

—Me viste antes —dijo serenamente con los ojos clavados en mí.

—Sí, te vi.

—Y seguiste andando.

Asentí como un tonto.

—Sí.

—No vuelvas a hacerlo.

«La madre que me parió».

—Entendido.

Me miró de nuevo e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Eres muy guapo.

«Joder, flipo».

—Lo mismo digo.

—Mmm. —Torció el morro—. Entonces ¿tienes nombre, chico-que-puede-pensar-por-sí-mismo?

—¿Acaso importa? —repliqué intentando recuperar algo del terreno que había perdido ante el torbellino de fuerza que era esta chica—. Los dos sabemos que acabarás llamándome «cariño».

Se pasó la lengua por los labios para ocultar su sonrisa.

—¿Ah, sí?

Me acerqué un poco más.

—Dímelo tú, rubia.

Ahora sí sonrió, y fue un espectáculo asombroso.

—Vale, tienes mucha labia.

Se me dibujó una sonrisa de medio lado.

—Gracias.

—Me llamo Aoife. —Se reía mientras me tendía la mano.

—Joey —dije a mi vez aceptando su pequeña mano en la mía.

—Joey... —Inclinó la cabeza hacia un lado y me analizó sin una pizca de timidez—. Te pega ese nombre.

—Podría decir lo mismo del tuyo —contesté—; significa «resplandor y belleza», ¿no?

Esbozó una sonrisa burlona.

—Sabes irlandés.

Sí, sabía irlandés, pero no tanto. Había una chica en mi escuela de primaria que se llamaba Aoife y no dejaba de parlotear sobre cómo le habían puesto ese nombre por una reina guerrera irlandesa cuya belleza se rumoreaba que rivalizaba con la de Helena de Troya.

Pero eso no tenía pensado decírselo a esta Aoife en particular.

Porque necesitaba conseguir toda la ventaja posible.

—¿A qué clase te han asignado? —preguntó sacando un horario doblado del bolsillo de su corta falda plisada—. Yo estoy en Primero 3.

«No tengo ni puta idea».

Extendí la arrugada bola de papel en que había convertido mi horario de clases del año escolar. Me emocioné un huevo cuando leí «Primero 3» en la página.

—Yo también.

Estaba en mi clase.

Puede que mi suerte estuviera cambiando.

—Entonces eres un estudiante tan mediocre como yo. —Sonrió—. A mi hermano lo asignaron a Primero 1. Es la clase de los cerebritos.

—¿Sois mellizos?

Ella asintió.

—Por desgracia.

—Entonces ¿somos la tercera clase más lista?

—O la tercera más idiota —repuso riéndose—. Depende de cómo lo mires.

—¿Por qué? ¿En cuántas clases está dividido nuestro año?

—En cuatro.

—Mierda. Eso no dice mucho de nosotros, ¿verdad?

—No. —Sonrió—. Más bien al contrario. ¿Y de qué escuela primaria vienes?

—Del Sagrado Corazón —respondí—. ¿Y tú?

—De St. Bernadette —dijo con una mueca—. Es la...

—¿... escuela primaria de monjas solo para chicas que está a las afueras de la ciudad? —Hice un gesto de dolor como muestra de solidaridad—. Pues vaya mierda de suerte la tuya, ¿eh?

—Sí. Ocho años con las monjas. ¿No ves cómo resplandece mi aureola?

—Claro, me está dejando ciego.

—La hermana Alphonsus dice que debería continuar mi educación en un entorno solo de chicas —musitó con una sonrisa traviesa—. Al parecer tengo un lado salvaje y cierta inclinación por las formas masculinas que no hay oración que pueda eliminar. —Puso los ojos en blanco—. Y todo

porque dije que el tío que hacía de Jesús en una película que pasaron me parecía monísimo.

Arqueeé una ceja.

—¿Monísimo?

—¿Qué pasa? Lo era.

—Bueno, me parece que necesitas pasar menos tiempo rezando de rodillas y más...

—No lo digas —me advirtió mientras se acercaba para taparme la boca con la mano.

—... con las formas masculinas. —Me reí entre dientes y, con la mano, le aparté los dedos de mis labios.

—Entonces ¿debería pasar más tiempo con las formas masculinas en general... —planteó con sus dedos ya entrelazados con los míos— o contigo? Porque te puedo asegurar que la forma masculina que tengo delante me tiene impresionada.

—¿Es tu manera de decirme que no tienes novio?

—No, es mi manera de decirte que tendré novio cuando me lo pidas.

—Joder. —Se me aceleró el ritmo cardíaco—. No reculas ante nada, ¿eh? Me guiñó un ojo y se deslizó la mochila por el hombro.

—¿Qué tiene eso de divertido?

Descolocado por aquella chica, cogí la mochila que me tendía y me la colgué del hombro que me quedaba libre.

—Eso es —dijo con un gesto de aprobación mientras admiraba su mochila rosa chillón sobre mi hombro—. Con eso debería bastar.

—Bastar ¿para qué?

—Para ahuyentar a las otras chicas.

Alcé ambas cejas.

—¿Me acabas de marcar con tu mochila?

—Por supuesto que sí —afirmó sonriéndome dulcemente antes de girar sobre sus talones y ponerse a caminar sin prisa hacia el instituto—.

Vámonos ya, cariño.

Me reí, porque, la verdad, ¿qué otra cosa podía hacer?

Tenía el presentimiento de que iba a seguir muchas veces a esa chica.

Aun así, mis pies fueron tras ella.

PRIMERO

30 DE NOVIEMBRE DE 1999

Los monstruos de debajo de mi cama

Joey

Con el sonido de mi propio pulso retumbándome en los oídos, fijé la mirada en el suelo de mi cuarto y me concentré en mi respiración, en las grietas del zócalo, en el agujero recién horadado de mi calcetín, en lo que fuera menos en el gilipollas que aporreaba la puerta y exigía entrar.

«¡Abre la puerta, chaval, que te voy a enseñar modales!».

«Eres un cabroncete inútil, igual que tu hermano».

«Ya no eres tan hombre, ¿verdad, gilipollas?».

«¡Saca el culo de ahí, desgraciado, o tiro la puta puerta!».

El corazón me latía con violencia en el pecho, tenía golpes y magulladuras en cada centímetro de mi cuerpo y, aunque sabía que mi madre estaba indefensa ahí afuera, juro por Dios que no fui capaz de volver a pelearme con el hombre al que ella llamaba «marido». Sobre todo porque me había ganado muy fácilmente esa noche.

Tragándome la sangre que me chorreaba por la garganta, giré la cabeza hacia un lado y consideré mis opciones.

«Luchar».

«Morir».

«Huir».

«Morir».

«Contarlo».

«Morir».

«Esconderme».

«Morir».

«Morir».

Tras dedicarle una egoísta cantidad de tiempo a la idea de llevarme un cuchillo a las muñecas, apreté los ojos y tensé todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo hasta que el esfuerzo me hizo temblar.

«No lo hagas, tío».

«Aún no te toca».

«No le des esa satisfacción».

«Piensa en los otros».

Desesperado por distraerme de la tentación, contuve el aliento y me concentré en pensar por qué no podía irme de casa.

Por qué debía quedarme.

«Shannon. Tadhg. Ollie...».

Poco a poco, a medida que mi mente se resignaba al hecho de que de ningún modo iba a dejar a tres niños inocentes con los monstruos que nos habían creado, sentí cómo se me destensaban los músculos, lo que hizo que me hundiera más y más en un estado depresivo.

«Atrapándome...».

El rencor borboteaba en mi interior y tenía la mente fija en una sola cara.

«En un nombre».

Darren podía irse a la mierda por dejarme aquí solo.

Mamá lloraba en su habitación; tenía la ropa desparramada por todas partes y se había despojado de toda dignidad ante mi padre, así que yo no podía hacer una mierda por ella.

«Y, como la última vez, no pude salvarla».

«Y, como todas las veces anteriores, no pude detenerlo».

El grave timbre de voz de mi padre resonaba en las paredes de mi cuarto,

mientras las amenazas que había estado profiriendo contra mí hasta altas horas de la noche se transformaban lentamente en gruñidos frustrados y, por último, en insultos de borracho.

«Puto imbécil» fue lo último que le oí llamarme antes de que sus pesados pasos se alejaran torpemente de la puerta.

Volví a oír su voz a los pocos minutos, pero en esta ocasión al otro extremo del descansillo, con mi madre otra vez como blanco de su rabieta inducida por el whisky.

Cogí el despertador de la mesilla de noche y entrecerré los ojos para intentar distinguir la hora con la única ayuda de la tenue luz de la calle que se filtraba por la ventana.

Las 02.34.

Joder.

Dejé el reloj en su sitio, lancé un suspiro de frustración y traté de calmarme de una puta vez mientras repiqueteaba los dedos sobre el pecho.

Aunque no iba a ser fácil.

«Al menos esta noche».

Porque Darren se había ido y él seguía ahí.

La única persona de la que dependía en momentos como ese (en noches como esa) se había marchado sin tan siquiera mirar atrás.

«Lo sé bien. Vi cómo se iba».

Papá nunca le pegó a Darren como me pegaba a mí.

Él era el primogénito, el niño bonito. Yo era el de repuesto.

A Darren le daba bofetadas con la mano abierta. A mí me daba puñetazos. Darren era diplomático. Era el que mejor sabía persuadir a nuestro padre de toda la casa y hacerlo entrar en razón... Bueno, la mayoría de las veces.

Al lanzar una furiosa mirada hacia su litera vacía, intacta desde su marcha, sentí cómo me invadía una conocida oleada de amargura que se llevó consigo una parte más de mi infancia.

Acababa de empezar primero, por el amor de Dios, y aún me quedaba un

mes para cumplir los trece... ¿Qué posibilidades tenía contra un hombre el doble de grande que yo?

Ninguna. Darren lo sabía perfectamente, y, aun así, me había dejado ahí, indefenso.

Tenía doce años y era un soldado de primera línea en la guerra que assolaba el hogar familiar. Me enfrentaba a un enemigo más grande y fuerte que yo, y mi aliado me había abandonado cuando más lo necesitaba.

Durante los primeros días tras la repentina marcha de mi hermano mayor, había esperado con el corazón en un puño, rezando para que, de algún modo, todo pasara y Darren volviera a entrar por la puerta principal.

No fue una reacción normal en mí.

Aunque tampoco es que rezara realmente.

Pero la tarde en la que llegué a casa después de mi primer día de instituto y descubrí que se había ido, me puse a susurrarle promesas y juramentos al hombre de los cielos, ofreciéndole todo lo que se me ocurría a cambio de que me devolviera a mi hermano sano y salvo.

«A mi aliado».

Mis plegarias no obtuvieron respuesta, y había perdido más terreno del que podía permitirme durante las semanas transcurridas desde entonces.

Asqueado de mí mismo por esconderme tras una puerta cerrada, traté de razonar con mi orgullo, aunque en el fondo sabía que salir de allí esa noche equivalía a firmar mi propia sentencia de muerte.

Entonces el sonido de alguien sorbiéndose los mocos inundó el cuarto, y, reprimiendo un gruñido, dejé caer la cabeza contra la puerta de la habitación en la que me apoyaba, con el hurley en la mano.

—No le hagas caso —le ordené a uno de mis hermanos (no tenía ni idea de a cuál, porque los tres que aún residían en ese agujero de mierda estaban escondidos bajo mi edredón)—. Haz como si no lo oyeras.

—Da mucho miedo, Joe. —Tadhg se sorbió los mocos y salió de debajo de mi edredón en la litera de arriba—. ¿Y si le está haciendo daño a mamá

otra vez?

—No le está haciendo daño —solté consciente de la mentira que le estaba contando a mi hermano de seis años—. Está de maravilla. Duérmete.

—No puedo —rezongó.

—Pues tienes que hacerlo —le susurró mi hermana de diez años—. Ya sabes lo que pasará si se da cuenta de que estamos despiertos.

—Cállate, Shannon —dijo Tadhg entre gemidos—. Tengo miedo...

—Ya lo sé, Tadhg —prosiguió ella dulcemente mientras salía de entre las sábanas con Ollie, nuestro hermano de tres años, acurrucado en su regazo—. Por eso tenemos que estar callados.

—Tenéis que ir os todos a dormir de una puta vez —ordené asumiendo el papel de protector que se me había asignado sin ningún miramiento—. Tú estás genial. Mamá está genial. Todos estamos genial. Todo es la hostia de genial.

—Pero ¿y si le está haciendo daño otra vez?

No tenía ninguna duda de que, efectivamente, le estaba haciendo daño otra vez.

El problema era que no podía hacer una mierda al respecto.

«Dios sabe que lo había intentado».

La nariz rota que lucía desde un rato antes demostraba lo poco que podía hacer para detener al animal al que llamábamos padre.

Afortunadamente, Tadhg y Shannon no parecían entender de qué manera nuestro padre estaba lastimando a nuestra madre. Yo, en cambio, tenía diez años cuando aprendí el significado de la palabra «violación».

No era la primera vez que veía cómo la forzaba, ni tampoco la primera vez que oía esa palabra en una conversación, pero sí que fue la primera vez que relacioné la palabra con los hechos y entendí lo que le había estado pasando a mi madre.

«Entendí lo que aquel animal le había introducido en el cuerpo a la fuerza».

«Una y otra vez».

Mi intervención había sido infructuosa y solo había conseguido que mi madre (golpeada, magullada, ensangrentada, desnuda de cintura para abajo y tirada en el suelo) me echara de la cocina. Me culpó con la mirada de algo que escapaba a mi control, ya una vez que mi padre le había propinado unos buenos golpes a mi cuerpo prepúber.

Después de aquello, mi determinación de mantener la boca cerrada sobre lo que había pasado en casa se vio aún más reforzada.

Sabía que Darren había sufrido agresiones sexuales durante los seis meses que pasamos en una casa de acogida al final de la educación infantil. Había oído hablar lo suficiente sobre aquello (con la intención de hacer que me sintiera culpable) como para saber que había sido tan horrible que no debía contárselo a nadie ni airear los asuntos privados de la familia.

«Joey, recuerda que por muy mal que se ponga papá, nada será peor que aquello...».

«¿Crees que eso es malo? No sabes la puta suerte que tienes...».

«Tu familia de acogida te dio tarta y helado, a mí me destruyeron...».

«No puedes quejarte de nada, comparado conmigo. Lo tuviste fácil, así que deja de compadecerte de ti mismo...».

«¿Sabes lo que pasa en esas casas de acogida? ¿Quieres que Tadhg acabe como yo? ¿Quieres eso para Shannon? Mantén la boca cerrada. En esta casa no pasa nada tan malo como para que merezca la pena volver allí. Nada...».

Cuando lo vi con mis propios ojos, supe que de ninguna manera iba a poner a mis hermanos en una situación en la que pudiera pasarles algo así.

Antes me moriría... Y no estaba siendo dramático.

Lo decía en serio.

Después de aquel episodio, no dormí por las noches durante años. No me atrevía. Llevaba los ruidos (los putos sonidos que ella hacía) grabados a fuego en la memoria, repitiéndose una y otra vez en un bucle de destrucción mental. E incluso cuando había calma, tenía los nervios de punta. El

silencio me inquietaba casi tanto como sus gritos.

Porque sus gritos significaban que aún respiraba.

Su silencio podía significar que estaba muerta.

Recuerdo estar tumbado en mi cuarto, más o menos como esa misma noche, con el cuerpo rígido mientras me esforzaba por oír cada uno de los chirridos del colchón, cada uno de los repugnantes gruñidos y gemidos que procedían de la puerta cerrada que había al otro lado del descansillo.

El pánico me consumía y, nueve de cada diez veces, saltaba de la cama y montaba guardia frente a la habitación de mi hermana, aterrado de que ella poseyera algo que un animal como nuestro padre acabara yendo a buscar.

Al menos, cuando todos estábamos bajo el mismo techo, podía protegerla, podía protegerlos a todos, ser yo quien soportara parte de su dolor y permitirles tener algo similar a una infancia.

Si lo contaba, nos pondrían en acogida. Y estando en acogida era muy probable que nos separaran. Y si nos separaban, no podría protegerlos de los depredadores que, según me había advertido Darren, estaban por todas partes.

La mera idea de que le sucediera algo a Shannon, Ollie o Tadhg hacía que se me erizara la piel y se me cerrara la boca de golpe.

Podía soportar la presión. Podía soportar los golpes. Podía soportar las rabietas que propiciaba el whisky. Podía soportar lo que fuera si de ese modo les libraba a ellos de hacerlo.

Como si se tratara de un juramento de sangre sagrado, reafirmé mentalmente la promesa que me había hecho a mí mismo la noche después de que Darren se marchara, que no era otra que proteger a mis hermanos y a mi hermana con todo lo que estuviera en mi mano. No iba a permitir que les pegaran, como hacían conmigo, ni que abusaran de ellos, como le ocurría a nuestra madre, ni tampoco que los agredieran sexualmente, como había pasado con nuestro hermano.

Iba a dejarme la piel protegiéndolos y defendiéndolos de cualquier daño.

No tendrían que sentarse detrás de una puerta atrancada con un hurley en la mano. Yo lo haría por ellos.

Sabía lo que se sentía cuando tu protector te abandonaba, y jamás iba a permitir que eso les ocurriera a ellos. Sí, a la mierda Darren por abandonar a nuestros hermanos y a nuestra hermana a su suerte con un monstruo. A la mierda por convertirme en el principal saco de boxeo de nuestro padre.

«Siempre lo has sido, chaval...».

Y, ya que nos ponemos, a la mierda también el instituto. Desvié la mirada hacia mi mochila sin abrir, que contenía una montaña de deberes. No tenía la menor intención de hacer las gilipolleces que nos asignaban los profesores, cuyas opiniones sobre mí eran la última de mis preocupaciones.

Sí, podía decir sin temor a equivocarme que el instituto era otra pifia.

Según mi nuevo director, el señor Nyhan, yo tenía «malas pulgas» y era «indiferente a la autoridad». Si él tuviera que aguantar la mitad de mierdas que yo, seguro que tampoco sería tan receptivo a la autoridad.

«Gilipollas».

Disfrutaba haciéndolo enfadar.

El motivo de mi descarada aversión hacia él era sencillo: en su época había jugado al hurling con mi padre.

Hurling.

Me recorrió un escalofrío.

Era tanto mi gran salvación como una auténtica pesadilla.

Mi padre me obligaba a jugar desde los cuatro años y, como me aterrorizaba la idea de que ese peso cayera sobre los hombros de Tadhg de la misma forma en que había caído sobre los míos cuando Darren lo dejó, me esforcé por seguir jugando.

Y se me daba bien.

Era mejor de lo que nunca habían sido mi padre o Darren, y creo que eso lo hizo odiarme aún más: no era un completo inútil, como él no dejaba de recordarme.

«Capullo».

Fueron ese tipo de pensamientos, y las noches de mierda como la que estaba viviendo, los que me llevaron a aceptar la propuesta de Shane Holland, un chico unos años mayor que yo del instituto de Ballylaggin, que en quinto me ofreció darle mi primera calada a un porro. Cuando me prometió que me relajaría la mente y me ayudaría a dormir, aspiré esa mierda con tanta fuerza hacia los pulmones que casi me ahogo.

¿Y qué fue lo que pasó?

Que funcionó.

Esa noche me fui a casa y dormí como un bebé, feliz en la ignorancia de todo lo que ocurría más allá de la puerta cerrada de mi habitación. Tras esa primera noche de sueño ininterrumpido en años, me convertí al instante y decidí que la hierba estaba hecha para mí.

Después de fumar, me relajaba más de lo que nunca había sido capaz. Podía cerrar los ojos por la noche y no oírla a ella en mi cabeza.

Tenía paz.

El sábado anterior, por ejemplo, después del trabajo, había quedado unas horas con Shane y otros de los chicos mayores del instituto. A la mayoría ya los conocía, puesto que nos habíamos criado en la misma zona. Eran todos bastante inofensivos... Bueno, casi todos, al menos.

No era tan ingenuo como para creer que Shane o cualquiera de los gilipollas de sus amigos eran amigos míos de verdad. Tan solo me ofrecían una escapatoria al mayor gilipollas de mi mundo.

«Mi padre».

Además, la perspectiva de colocarme me había resultado muchísimo más atractiva que la de llevarme una puta paliza de mi viejo por fallar un 65 (el equivalente a un córner en el hurling) durante el partido de la mañana.

Así que no dudé en aprovechar la oportunidad de escaparme una noche.

«Solo para hacer que todo se detuviera...».

A la mañana siguiente se desató un verdadero infierno cuando me

abroncaron por mi aventura nocturna, pero no me arrepentía de nada. No recordaba haber llegado a casa. La puta mezcla de hierba, sidra Devil's Bit y pastillas me había subido demasiado como para enterarme de lo que pasaba.

«O como para que me importara».

Joder, volvería a hacerlo sin pestañear, conseguía librarme de la realidad de mi vida (de ellos) durante unas horas.

«Hostia, ojalá pudiera fumar ahora mismo...».

—Creo que le está haciendo daño otra vez —farfulló Tadhg, alejándome de mis pensamientos, cuando los gemidos de dolor de nuestra madre flotaron en el aire, seguidos de unos gruñidos salvajes.

«Sí, ya lo sé».

—Por última vez, no le está haciendo daño.

—¿Estás seguro?

«No».

—Sí.

—¿Lo prometes?

«No».

—Sí.

—Joe, gracias por dejar que nos quedemos contigo.

—No hay problema.

—¿Quieres que te hagamos un huequito aquí entre nosotros?

«¿Y que dos tercios de vosotros os meéis encima de mí por la noche?».

—No, gracias.

—¿Estás seguro de que no quieres...?

—A dormir. Ahora mismo.

De un humor más sombrío, dejé que mis pensamientos volvieran a Darren mientras me metía en la cama para pasar la noche con la única compañía de mi rencor y mi hurley.

«Gilipollas».

14 DE FEBRERO DE 2000

Cualquiera menos ella

Joey

—Y luego solo tienes que volver a conectar los cables así, y a correr — me explicó Tony Molloy el jueves por la tarde después de clase mientras me pasaba el cortaalambres.

El motor del coche cuyo cableado había estado renovando se puso a rugir.

Sonreí.

—Hostia, qué pasada.

Elevó una de sus canosas cejas.

—Te lo enseño por si hay alguna emergencia, no para que te des ningún paseíto por ahí a medianoche en cualquier cacharro ni para que hagas ninguna de las mierdas que hagáis los jóvenes de por aquí.

—Por supuesto.

—Oye, pásame el comprobador de corriente.

Fascinado a más no poder, hacía lo que me pedía, empapándome de todo lo que ese hombre me enseñaba y sintiéndome más que agradecido de que el año anterior se la hubiera jugado conmigo, aunque eso significara que me asignaran el papel de lacayo con pretensiones de Tony.

No es que echar gasolina en la explanada que había junto al taller fuera muy emocionante, pero descubrí que me gustaba tener la oportunidad de

trabajar con motores. Más que gustarme, era justo la distracción que necesitaba.

Ganaba poco dinero, cinco pavos la hora, pero era demasiado joven como para conseguir un trabajo de oficina, aparte de que mi impulsividad me habría impedido mantenerlo aunque hubiera tenido la edad suficiente.

No parecía que pudiera evitarlo. Para mí era un problema mantener la calma. La rabia que se acumulaba en mi interior siempre que me enfrentaba a un altercado o a algún gilipollas empeñado en discutir conmigo era incontrolable.

Había algo dentro de mí que exigía que me defendiera, por pequeña o insignificante que fuera la discusión. Escapaba a mi control. Era como si bajo la superficie de mi piel viviera un demonio que estaba harto de recibir patadas tirado en el suelo y se negara a recibir una sola más.

Además, el alivio que reflejaba la cara de mi madre cuando le entregaba mi sueldo los viernes por la noche hacía que todo mereciera la pena. Si pudiera evitarle tan solo una décima parte de la carga que soportaba sobre sus frágiles hombros, depositada allí por el hijo de puta inútil con el que se había casado y que se negaba a buscar trabajo, estaría encantado de aguantar lo que fuera por cinco pavos la hora.

Hacía todas las horas que me daban; trabajaba la mayor parte de las tardes después de clase hasta las nueve o las diez de la noche y el sábado durante todo el día, a menos que necesitara tomarme algunas horas libres para los partidos.

—¿Y cómo van los estudios, muchacho? —preguntó Tony poniéndose de pie—. Espero que estés más centrado después de la expulsión de la semana pasada.

No me entusiasmaba el instituto y mi jefe lo sabía. Se podría decir que lo odiaba a muerte. Pero, sopesando mis opciones, me habría quedado a vivir en él (o allí mismo) si eso significaba no tener que volver a casa.

—Ya te lo dije —contesté siguiendo a Tony hasta el despacho que hacía

las veces de sala para empleados—. El capullo de Rice se pasó de la raya.

—Y tú estabas más que dispuesto a ponerlo en su sitio —sugirió Tony. Encendió la tetera y señaló mi ojo amoratado—. Si sigues viniendo así a trabajar, vas a asustar a todas las viejas que se acercan a echar gasolina.

Me encogí de hombros.

—Mira, Joe, tienes que aprender a mantener la cabeza fría —continuó diciendo mientras servía dos tazas de té—. Ese mal carácter te convierte en un peligro, chaval. No te dejará avanzar en la vida.

«O me mantendrá vivo el tiempo suficiente para hacerme mayor y largarme de este pueblo».

—Es posible —convine pasándome la lengua por el corte recién cicatrizado del labio inferior.

—Ya no te está dejando avanzar —dijo tendiéndome una de las tazas, antes de embarcarse en una de sus frecuentes charlas motivacionales acerca de mi gran potencial.

Me hundí en una silla que había en el lado opuesto de la mesa, le di un sorbo al té y desconecté de su voz, asegurándome de asentir e indicar que estaba de acuerdo en los momentos precisos, puesto que ya había oído cada una de sus putas palabras, pero con la profunda convicción de que Tony no era el enemigo.

Todas las palabras que soltaba me resultaban familiares porque ya las había oído.

De él. De la tata Murphy. Del director del instituto de Ballylaggin. De mis entrenadores y preparadores.

«Bla, puto bla, bla, bla...».

—Hola, papá —espetó una voz de mujer desde la puerta del despacho interrumpiendo la perorata de Tony y acelerándome el corazón en el pecho. Dirigí la mirada a la familiar rubia de piernas largas que estaba plantada en la puerta luciendo el mismo tipo de uniforme escolar que yo había llevado un rato antes, y tuve que ahogar un gruñido.

«Madre de Dios».

Esa chica...

Sí, esa chica era un grano en el culo.

—Aoife. —A Tony se le iluminaron los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba estudiando en la biblioteca con Paul —respondió su hija con las mejillas sonrojadas mientras dejaba caer la mochila al suelo y se dirigía hacia su padre—. Tenemos exámenes parciales la semana que viene. Perdí la noción del tiempo y me dijiste que no volviera a casa caminando de noche. —Sonriéndole a su viejo de un modo angelical, pestañeó con sus enormes ojos verdes y preguntó—: ¿Crees que me podrías llevar a casa?

—Así que ¿perdiste la noción del tiempo en la biblioteca? —Tony arqueó una ceja con aire incrédulo—. ¿A las siete y media de la noche de San Valentín? ¿Crees que me acabo de caer de un guindo?

Resoplé; su excusa también me había parecido ridícula.

Ella me miró entrecerrando sus preciosos ojos verdes en señal de advertencia y yo me encogí de hombros.

Como si me importara una mierda que se la estuviera intentando colar a su viejo.

Debería haberse inventado una mentira mejor.

Aquella era patética.

—¿Exámenes parciales? —Tony me miró—. Joey, hijo, tú vas a la misma clase que mis gemelos. ¿Has oído algo en el instituto sobre unos exámenes parciales?

—Ni una palabra —contesté recordando vagamente haber oído que tendríamos exámenes en breve, pero disfrutando demasiado de su incomodidad como para darle la cuerda que sin duda necesitaba para salir de ese agujero.

—Como si él fuera a saberlo —replicó Aoife Molloy con un gruñido—. Papá, no le hagas ni caso. Joey Lynch pasa más tiempo en el despacho del director que en clase con...

—¿Contigo y con Paul? —sugerí.

Tony elevó las cejas.

—¿Ese tal Paul es su novio?

—Más bien es un capullo —afirmé mofándome.

—Vaya, Joey. —Volvió a mirarme con los ojos entornados—. Me sorprende que hayas sacado la cabeza de tu culo el tiempo suficiente como para haberte aprendido los nombres de tus compañeros.

—Estamos en el mismo equipo de hurling.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vale, ¿y qué?

—Que por eso me sé su nombre —dije recostándome en la silla—. Nada de cabezas en culos. Y Paul Rice es un capullo.

Tony se rio y retrocedió rápidamente en la conversación.

—Espera, ¿ese no es el chaval con el que te peleaste la semana pasada y por el que acabaste expulsado?

—El mismo —confirmé.

—Porque le pegaste sin motivo —refunfuñó Molloy acudiendo de inmediato a defender a su novio.

—Eso es lo que tú te crees —repliqué.

—En fin, me da igual —soltó—. ¿Me llevas o no, papá? Necesito ir a casa. Tengo que hacer un montón de deberes.

—¿Por qué no los hiciste en la biblioteca? —me burlé disfrutando más de la cuenta el hecho de estar sacándola de quicio—. Mientras estudiabas con Paul con tanto ahínco.

—¿Por qué no cierras la boca? —repuso indignada—. Métete en tus asuntos.

—Y, lo más importante, ¿por qué no te ha acompañado a casa ese Paul? —interrumpió Tony ya en tono serio—. ¿Qué clase de caballero deja a su novia sola en la ciudad por la noche?

—Su madre lo fue a recoger para llevarlo a entrenar —explicó

encogiéndose de hombros.

Tony me miró.

—¿A entrenar?

Negué con la cabeza.

—Hoy no hay entrenamiento de hurling.

—Tai chi —corrigió ella encendida—. No todo gira en torno al hurling.

—¿Tai chi? —repitió Tony frunciendo el ceño—. Pensaba que eso tenía algo que ver con decorar la casa.

—Papá, eso es el feng shui.

Ahugué una carcajada.

Molloy me lanzó una mirada feroz.

—¿Y su madre no te ha llevado a casa?

Nerviosa, se encogió de hombros.

—No se lo he pedido.

Su padre arrugó el entrecejo.

—¿Y por qué no se lo pidió él por ti?

—¿Lo ves? —dije mirando a su padre con complicidad—. Es un capullo.

—Papá —soltó ella ignorándome con diligencia—. ¿Me llevas o no?

—No.

—¿Qué? Papá, necesito ir a casa. Ya te he dicho que tengo un montón de deberes.

—Cariño, lo siento, pero tengo que hacerle una revisión completa a un Corolla antes de cerrar. Aún me quedan unas cuantas horas de trabajo.

—Papá.

—Hija.

—¡Padre!

—Carne de mi carne.

—Vale —accedió resoplando con dramatismo mientras recogía su mochila—. No te molestes en llevar a tu indefensa hija adolescente a casa por la noche. Me arriesgaré a ir andando.

—Ni se te ocurra —le ordenó su padre—. Siéntate. Puedes ir haciendo los deberes mientras termino y luego te llevo a casa.

—No me voy a quedar aquí hasta que cierres —replicó ella molesta ante la idea—. Hay solo tres kilómetros. Veinte minutos, como mucho. Además, aquí hace frío y me aburro, y tengo que...

—... hacer los deberes —dijo su padre completando la frase—. Creo que eso ya lo has dicho. Bueno, sola no vas a ir.

—Pues no me pienso quedar —contraatacó desafiante con la coleta rubia balanceándose sobre sus hombros mientras se colgaba la mochila y se encaminaba hacia la puerta—. No me va a pasar nada.

—¡Virgen santa! —farfulló Tony sacudiendo la cabeza—. Joey, hijo, hazme un favor y asegúrate de que la cabezota de mi hija llegue a casa de una sola pieza. Después puedes irte.

—No necesito niño —argumentó ella con cara de espanto.

Su padre puso fin a la discusión.

—O te acompaña a casa o esperas aquí a que yo acabe de trabajar. Tú eliges.

Vacilante, pareció sopesar sus opciones antes de clavar sus ojos en los míos.

—Bueno, ¿me acompañas a casa o no?

«Me cago en todo...».

Se suponía que iba a aprender a cambiarle las bujías al viejo Corolla de Danny Reilly, pero en vez de eso había acabado acompañando a casa a una adolescente furiosa en contra de su voluntad. Nunca llegaría a comprender cómo me había metido en aquella mierda.

Si Tony me conociera lo más mínimo, enseguida se habría dado cuenta de que su hija iba a estar mejor sola que conmigo. Yo no merecía la pena; mi madre ya había tenido a bien decírmelo muchas veces.

Caminaba junto a Aoife Molloy con las manos en el interior del bolsillo

delantero de la sudadera, escuchándola despotricar sobre el machismo, la diferencia de trato que recibía por ser chica y la doble moral que implicaba el hecho de que tuviéramos la misma edad y a su padre no le supusiera ningún problema que yo volviera a casa solo, por no mencionar el resto de las gilipolleces que soltó desde que dejamos a su progenitor en el taller.

Sinceramente, a esas alturas su dramático desvarío debería estar volviéndome loco. En cambio, la encontraba bastante entretenida.

—Es una vergüenza —protestó mientras caminaba enérgicamente por el sendero con sus zapatos escolares de tacón alto y enseñando los muslos bajo el trozo de tela gris al que llamaba «falda»—. Su comportamiento es del todo irracional...

—¿Me permites que te interrumpa? —intervine levantando una mano.

—Sí —dijo volviéndose hacia mí con mirada expectante—. ¿Por qué?

—Por nada —respondí—. Solo quería que dejaras de hablar.

—¿Sabes, Joey? A veces puedes ser muy gilipollas. —Llena de frustración, movió la cabeza con gesto de desaprobación y se puso a caminar por delante de mí—. Muy gilipollas.

Por mí, genial.

No aceleré el paso ni la perseguí, como sospechaba que estaba acostumbrada a que hicieran los tíos. Cuando se dio cuenta, se dio la vuelta para mirarme.

—Esta noche me has dejado con el culo al aire con lo de la biblioteca —profirió más exaltada de lo necesario con su razonamiento—. Podrías haberme apoyado o sencillamente no haber dicho nada. Sin embargo, has preferido meterle a mi padre ideas en la cabeza, como hacer que se preocupe por mi relación con Paul o insinuar que, en lugar de estudiar, estaba haciendo vete tú a saber qué cosas con él.

—¿Y no era así? —bromeé señalando la purpúrea marca que tenía en el cuello, sin duda cortesía de los labios del capullo de Paul.

—Esa no es la cuestión —gritó dando un zapatazo contra el suelo—.

Podrías haberte callado. Haberme ignorado, como haces siempre. Pero, en lugar de eso, has intentado crearme problemas.

Me encogí de hombros, parcialmente de acuerdo con su afirmación.

—Es evidente que ahora mismo no quieres estar aquí conmigo. Soy la última persona a la que te apetece acompañar a casa. Dime, ¿por qué te molestas en hacerlo?

—Me lo ha pedido tu padre.

—Bueno, pues yo te pido que no lo hagas.

—Tú no me pagas un sueldo.

—Ufff. —Lanzó otro suspiro de frustración—. Eres tan irritante...

—Y tú eres una puta princesa —respondí sin el menor rubor—. Quejándote y tocando los huevos porque tu padre se preocupa lo suficiente por ti como para querer asegurarse de que vuelves a casa sana y salva. —Puse los ojos en blanco—. Sí, Molloy, ya veo que estás teniendo un día muy duro.

Sus pies se detuvieron en seco y se volvió para mirarme a la cara.

—¿Por qué no te gusto?

—¿Qué más te da?

Se quedó boquiabierta con mis palabras y, de nuevo, negó con la cabeza.

—Estamos en la misma clase, ya hace casi un año, y sigues comportándote como si yo no existiera. Soy buena persona, ¿sabes? Nunca te he dicho nada malo, pero me evitas como si tuviera la peste. Te portas fatal conmigo en el instituto, y no lo entiendo. —Soltó una profunda exhalación—. ¿Qué ha cambiado?

—Nada.

—Y una mierda —me espetó—. El primer día te gusté y luego, de repente, ya no. Dime, ¿qué ha cambiado?

«Mi vida se desmoronó y me di cuenta de que eras la hija de mi jefe».

—Nada.

—¡Eres un mentiroso! —afirmó sin intención de dejarme en paz de una

puta vez, que era lo que yo necesitaba—. Nos entendimos, y lo sabes.

—No es ningún delito que un tío cambie de opinión, Molloy —sentencié—. Asúmelo y sigue adelante, ¿vale?

—Podría hacerlo si no me evitaras a propósito.

—Yo no te evito.

—Me evitas constantemente —dijo corrigiéndome—. Solo te diriges a mí cuando te ves obligado a hacerlo, que suele ser en presencia de mi padre y únicamente para burlarte y tomarme el pelo. Con el resto de las chicas de clase sí que hablas, Joey. Con todas. Pero conmigo no. Nunca.

«Deberías alegrarte por ello», pensé para mis adentros.

—Tienes novio —le recordé pese a la amargura que ese pensamiento me causaba—. ¿Por qué ibas a querer que te hablara?

—¿Por ser agradable?

—Yo no soy agradable.

—Sí que lo eres.

—Te equivocas.

—Dime algo agradable.

—Molloy.

—Venga —exigió—. ¿A que no te atreves?

—Tienes unas piernas bonitas —concedí de forma inexpresiva—. Ya está, ¿contenta?

—Eres agradable con todas las chicas de nuestra clase, menos conmigo —alegó.

—Molloy...

—Te he visto ser agradable con Danielle Long y con Rebecca Falvey, y también con un montón de chicas más de nuestro curso.

Le dirigí una incisiva mirada que decía todo lo que necesitaba decir al respecto.

—¿Has estado con todas? —preguntó antes de soltar un gemido—. Es repugnante.

—No más que cuando Paul Rice te metió las manos en las bragas la semana pasada.

Se le sonrojó la cara.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. —La combinación de sentimientos de mierda que crecía en mi interior me empujó a cachondearme de ella—. Tanga rosa de encaje, por lo que me ha llegado. ¿Cuánto hace que sales con él? ¿Una semana? Parece que ha encontrado una manera muy rápida de meterse en tus bragas.

—¿Te lo ha dicho él?

—Molloy, se lo ha dicho a todo el mundo.

—¿A quién? —La cara se le caía de vergüenza y yo me sentía como un trozo de mierda—. ¿A quién se lo ha dicho?

La tristeza que reflejaban sus ojos hizo que me entraran ganas de volver a zurrar a ese capullo. La expulsión había merecido la pena.

Oír cómo Paul Rice le contaba a la mitad de los chavales de nuestra clase de Educación física que la hija de Tony era tan estrecha que apenas le dejaba meterle un dedo me había hecho estallar contra él en el vestuario.

Lo hice por Tony, que no estaba allí para hacerlo él mismo. Al menos eso es lo que no dejaba de repetir para mis adentros.

—Es un capullo, Molloy —declaré con desdén—. Y los capullos hablan, así que ya lo sabes: nunca hagas nada con ellos si no quieres que se entere todo su círculo de amistades.

—Tú no lo haces.

—¿Nada con ellos?

—Hablar.

—Porque no soy un capullo. Soy gilipollas, ¿te acuerdas?

Le pasé por al lado y crucé la calle en dirección a su casa, sin mirar hacia atrás para ver si me seguía. Sabía que lo estaba haciendo por el ruido que hacían sus tacones al chocar con el suelo.

—A ver, aprovechando que estás tan comunicativo esta noche, dime por qué ya no te gusto.

—Queda muy desesperado hacerle esa pregunta a un tío.

—¿A un gilipollas, quieres decir? Y ya sabes que no lo digo en ese sentido.

—Aun así queda desesperado.

—Contéstame de todos modos.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Porque no? Venga, Joey. Por favor.

—No somos compatibles —dije resoplando con frustración.

—¿Para conversar?

—Para hacer nada juntos.

—Entonces ¿lo que quieres decir básicamente es que te crees demasiado bueno para ser mi amigo? —Se puso las manos en las caderas—. ¿Para pasar el rato o que te vean conmigo?

«Justo lo contrario».

—Me has hecho una pregunta —expuse mientras abría la verja y le hacía un gesto para que entrara—. Te la he contestado. Tómatelo como quieras.

—Con eso no basta.

—Me da igual —respondí con la mano en la verja—. Ya te he traído a casa sana y salva, con tiempo de sobra para que hagas tus preciados deberes. De nada.

Ella no hizo ademán de entrar, prefirió quedarse bajo la farola y mirarme fijamente, mientras yo seguía sujetándole la puerta como un imbécil.

—Es por mi padre, ¿verdad? —insistió mientras su coleta ondeaba al viento de la noche—. ¿Cambiaste de opinión por eso? ¿Por qué ni siquiera quieres que seamos amigos? ¿Te dijo algo?

—Entra, Molloy.

—Joey, no me digas lo que tengo que hacer.

—Vale. Como quieras. —Moviendo a un lado y a otro la cabeza, solté la verja y me giré para irme—. Total, ¿a mí qué me importa?

—¿Sabes qué? Creo que sí te importa —dijo detrás de mí—. De hecho, creo que te gusto. Y por eso actúas de ese modo. Por eso has puesto a mi padre en contra de Paul esta noche. ¿A que tengo razón? Te gusto.

Joder, claro que me gustaba. Ella fue lo primero que captó la atención de mis ojos cuando crucé la puerta del instituto público de Ballylaggin en septiembre, y su cara ha sido la única que he buscado sin cesar desde entonces.

«—Nuestra Aoife es buena chica —dijo Tony observándome con sus ojos oscuros llenos de recelo. Se había ido mostrando cada vez más agitado desde el día en que fui a trabajar después de empezar la secundaria y mencioné que a su hija y a mí nos habían asignado a la misma clase—. Es un poco alocada, pero qué joven no lo es hoy en día. Y aunque no recula ante nada, en el fondo es una buena chica. Muy inocente, además...

»—Te entiendo, Tony —me apresuré a señalar, puesto que necesitaba ese trabajo más que verme envuelto en ningún otro drama innecesario. Además, en casa tenía responsabilidades, mierdas que estaban por encima de cualquier otra cosa. Incluso de preciosas rubias con piernas muy muy largas—. No tengo ninguna intención de acercarme a tu hija.

»—Tú también eres buen chaval —respondió aliviado—. No es que no me gustes, muchacho. Sabes que sí. Pero no quiero que salgáis juntos y compliquéis las cosas en el trabajo. Sobre todo siendo ella...

»“Demasiado buena para alguien como tú”.

»—No te preocupes —interrumpí—. Sé cómo son las cosas. No me meteré en ese jardín. Por mi parte, no tienes nada de que preocuparte.

»Sabía que Tony me tenía aprecio. Yo era un buen trabajador, aunque no lo bastante bueno para su hija...

»—Buen chico —dijo soltando una risita—. Pero si pudieras echarle un

ojo por mí, asegurarte de que no se aprovechan de ella ni pierde la cabeza, te debería una.

»—De acuerdo...».

—Estás delirando, Molloy.

—Y tú niegas lo evidente, Lynch. —Puso los brazos en jarra y me echó una mirada de pura frustración—. Te estuve esperando, ¿sabes?

Arqueeé una ceja.

—¿Me esperaste?

—Ajá. —Asintió y se apartó un mechón de pelo de la cara—. Esperé durante meses a que te pusieras las pilas y me pidieras salir. —Me miró fijamente a los ojos cuando reveló—: Paul no era mi primera opción.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, perdona —se disculpó en tono sarcástico—. No sabía que necesitabas que te hiciera un croquis, gilipollas.

«Vale, joder».

La verdad es que si Tony no fuera su padre, y yo no me jugara tanto con mi trabajo, no habría tenido que esperarme ni de coña. Lo que estaba claro es que no estaría tonteando por ahí con ese capullo pretencioso de Paul Rice, eso segurísimo.

Pero yo tenía responsabilidades que ella nunca podría entender. Tenía una hermana a la que proteger, hermanos a los que alimentar y una madre por la que preocuparme hasta altas horas de la madrugada. No podía permitirme el lujo de perder el tiempo como hacía Paul, ni contaba con las credenciales o la reputación que cualquier padre desearía para el novio de su hija.

No culpaba a Tony por querer que me mantuviera alejado de su niña. Yo sentiría lo mismo hacia mí.

—Bueno, parece que te has cansado de esperar —me oí decir mientras me lanzaba a mí mismo patadas mentales por no dar por finalizada la conversación y marcharme, tal como sabía que debía hacer—. Te las has arreglado para liarte con el hijo de un Garda que vive en una zona buena de

la ciudad, así que podríamos decir que te ha salido bien la jugada, Molloy.

—Sí. —Exhaló con frustración—. Eso parece, ¿no?

No sabía qué contestarle.

Qué decirle.

«Vaya puta mierda».

—Entra y acaba los deberes como una niña buena —opté por decir finalmente ignorando el extraño dolor que me llenaba el pecho mientras me daba la vuelta para irme—. Ah, y no te olvides de quitarte el olor a Paul, el capullo.

—Ja. ¡Lo sabía! —Extendió el brazo, me cogió la mano y me atrajo hacia ella—. Sabía que te gustaba.

—¡Oye! —Liberé mi mano y me la volví a meter en el bolsillo delantero de la sudadera, sintiéndome innecesariamente nervioso por haberla tocado—. No vuelvas a hacer eso.

Sus ojos se llenaron de confusión.

—Que no haga ¿qué?

—Tocarme.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿Porque no?

—Porque no me gustas.

—Mentiroso.

—¿Y si te digo que es porque no sé dónde han estado esas manos?

Entrecerró los ojos.

—¿Perdona?

«Un comentario muy bajo».

«Retíralo».

—Mira. —Me encogí de hombros, sin intención de avenirme a razones—. Por lo que sé, podrías haber estado meneándosela al santo de tu novio con ellas.

—No me creo que hayas dicho eso.

Sí, lo había dicho, y el hecho de que ella estuviera ahí plantada desafiándome significaba que no podía retractarme.

«Joder, no estoy bien de la cabeza».

Como una mocosa insolente, Molloy llevó sus manos hasta mi pecho y le dio unas palmaditas, y luego me las restregó por el cuello y la cara.

—Ahí tienes, gilipollas, toma unos gérmenes.

Me bajó la capucha y me alborotó el pelo antes de arrastrarme las manos por el pecho y alcanzar el bolsillo delantero de la sudadera.

—Mmmmmm... —profirió en tono de burla antes de entrelazar sus dedos entre los míos—. Qué gustito, ¿eh?

—Eres una malcriada —murmuré sacudiendo la cabeza mientras reprimía las ganas de estremecerme que me causaba la maravillosa sensación de notar su cálida piel sobre la mía.

—Y tú eres imbécil —replicó ella al instante, reacia a ceder ni un ápice—. Entonces ¿me vas a acompañar adentro o tengo que decirle a mi padre que me abandonaste en la oscuridad?

Me quedé con la boca abierta por la indignación.

—Te he acompañado hasta la verja.

—La verja no es la puerta. —Arqueó una ceja en señal de desafío—. Podría pasarme cualquier cosa.

—Sí, claro. —Puse los ojos en blanco—. ¿En los diez segundos que se tarda en entrar?

Como no hacía ademán de echarse atrás, me vi obligado a ceder entre suspiros de frustración.

—De acuerdo. —Moviendo la cabeza a un lado y a otro, la seguí hasta el jardín—. Te voy a acompañar hasta la puta puerta.

—Qué caballeroso —bromeó mientras sonreía triunfante hacia mí—. Y qué mono.

—No soy mono.

—Y galante.

—Tampoco soy eso, y suéltame las manos.

Riéndose maliciosamente para sus adentros, Molloy giró el picaporte de la puerta principal y la empujó hacia el interior.

—¿Vas a entrar?

—No, Molloy —contesté impertérrito—. No voy a entrar.

—¿Seguro? —Reclinándose contra la puerta, movió las cejas y dijo—: En la cocina hay una caja llena de Coco Pops que lleva mi nombre y estoy dispuesta a compartirla contigo.

—No voy a entrar... —Interrumpí mis palabras cuando mi cerebro registró lo que ella había dicho—. ¿Has dicho «Coco Pops»?

Asintió con la cabeza.

—De los buenos.

«Joder, qué putada».

Mientras me frotaba la nuca, me oí preguntar:

—¿Hay leche en la nevera?

—Siempre.

Mi estómago rugió con fuerza ante la perspectiva de recibir algún tipo de alimento esa noche porque, admitámoslo, era poco probable que en mi casa hubiera algo en la cocina un lunes a esas horas.

—Esto no significa que seamos amigos —le advertí mientras daba un paso con indecisión hacia el interior del recibidor—. Molloy, esto no cambia nada.

14 DE FEBRERO DE 2000

Alcánzame con esos ojos verdes

Aoife

Vale, puede que invitar a mi casa la noche de San Valentín a un chico que no era el novio que me acababa de echar no fuera la mejor idea, pero en mi defensa quiero alegar que compartir una caja de Coco Pops con Joey Lynch tampoco es que pudiera considerarse el crimen del siglo. Fue una amable muestra de gratitud inofensiva, platónica y espontánea hacia el chico que me había acompañado a casa por la noche.

—Coge una silla —le ordené mientras entraba a zancadas en la cocina delante de él—. Voy a sacar unos cuencos.

Con semblante receloso y desconfiado, mi compañero de clase arrastró los pies hasta la mesa de la cocina y retiró lentamente una silla.

—Lo digo en serio, Molloy. Esto no significa que seamos amigos.

—Queeee sííí —dije alargando las palabras, complacida por su patético intento de protegerse de mi irresistible encanto—. Lo que tú digas, Joey Lynch.

Me puse manos a la obra y cogí cuencos, cucharas, leche de la nevera y una caja de cereales del armario que dejé sobre la mesa, frente a él.

—¡A comer!

No se movió ni un milímetro.

—¿Quieres té? —Se me ocurrió ofrecer.

Joey me miró como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Té?

—Sí, té —confirmé conteniendo una sonrisa ante su incomodidad—. Es una cosa que la gente normal toma de vez en cuando.

—Sé lo que es el té —farfulló entre dientes negando con la cabeza—. Y no, yo... no tengo sed.

Cuando entendí que no iba a tocar nada de lo que había en la mesa hasta que me uniera a él, pese a que no había dejado de mirar la caja de cereales desde que se la había puesto delante, dejé la tetera y me senté en la silla que le quedaba enfrente.

—En serio, Joe —dije para animarle mientras echaba esas delicias de chocolate en los dos cuencos y los llenaba de leche hasta el borde—. Híncales el diente.

Con el ceño muy fruncido, se acercó uno de los cuencos rebosantes y cogió una cuchara.

—Gracias.

—De nada —le contesté a punto de comerme una cucharada de cereales, con una sensación un tanto extraña en la boca del estómago mientras lo observaba engullir los cereales del cuenco como si no hubiera comido nada en varios días.

—Mi madre ha salido con unas amigas esta noche y yo no sé cocinar, así que esto es lo mejor que puedo ofrecerte.

—¿No sabes cocinar?

—No, ¿tú sí?

Joey se encogió de hombros.

—Un poco.

Las cejas se me dispararon hacia arriba.

—¿Y qué sabes hacer?

Volvió a encoger los hombros.

—Depende.

—¿Depende? —le insistí mientras le rellenaba el cuenco vacío desde el otro lado de la mesa—. ¿De qué?

—Gracias —exclamó él esperando obedientemente a que retirara la caja antes de seguir devorando la comida—. Depende de lo que haya en la despensa.

—Bueno, la economía doméstica se te da bien —decidí añadir movida por el hecho de haber compartido aula con él durante los últimos meses—. Los platos que preparas siempre son los favoritos de la profesora.

—Solo porque son comestibles. —Dio un bufido sin levantar la cabeza del cuenco mientras comía—. He practicado mucho.

—¿Con tu madre? —pregunté intrigada a más no poder por aquel chico mientras apoyaba el codo sobre la mesa y me lo quedaba mirando—. ¿Cocinabais mucho juntos cuando eras pequeño?

—Algo así —respondió alcanzando la caja de cereales—. ¿Te... Te importa si...?

—Adelante.

—¿Y dónde está tu hermano?

—Conociendo a Kev, lo más probable es que esté devorando libros en su habitación.

—Es bastante cerebrito, ¿no?

—Solo un poco —concedí de mala gana haciendo una mueca al pensar en mi hermano mellizo y su increíble genialidad académica—. Es el niño mimado de mi madre.

—Mmm... —Joey asintió con la cabeza para indicar que me entendía—. Conozco esa sensación.

—¿Qué? —dije en tono burlón—. ¿Me estás diciendo que no eres el favorito de la casa?

Levantó una ceja.

—Más bien el proscrito.

Me reí.

—No me lo creo ni de lejos, don hurler de primera.

Sonrió con suficiencia.

—Te sorprenderías, Molloy.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Cuatro —balbuceó antes de corregirse enseguida y decir—: Tres.

—¿Cuatro, tres? —Puse una sonrisa sarcástica—. ¿En qué quedamos?

—Tenía cuatro, ahora tengo tres —respondió en tono neutro.

—Dios mío —dije con voz grave sintiendo una punzada de compasión—.

¿Ha muerto alguno de tus hermanos?

—Todavía respira —señaló Joey sin inmutarse—. Pero para mí está muerto.

«Uy, cagada...».

—Vale —respondí mirándolo con recelo—. Háblame de los otros.

Joey se encogió de hombros.

—Dos hermanos, una hermana.

—¿Cuántos años tienen?

—Diez, seis y casi cuatro.

—¿Eres el mayor?

—Ahora sí.

«Vale...».

—¿Cómo es tener hermanos pequeños? —me oí preguntar—. Aquí solo estamos Kev y yo.

—Es agotador.

—Me lo imagino.

Me miró a través de sus pestañas caídas.

—No tienes ni idea.

—¿A cuál prefieres?

Me miró con dureza.

—Molloy, no se eligen preferidos.

—Y una mierda. —Sonreí—. Todo el mundo tiene un preferido. Eso no

significa que quieras a uno más o menos que a otro. Tan solo que eres más compatible con alguno de ellos y prefieres su compañía.

Lo pensó durante bastante rato antes de murmurar:

—Supongo que me entiendo mejor con Shannon.

—¿Tu hermana?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Es la que tiene diez años?

Otro gesto de afirmación.

—Cumple once el mes que viene.

—Ella es la que viene después de ti, ¿verdad?

Otro gesto de afirmación.

—Entonces ¿el hermano muerto es el mayor?

Me fulminó con la mirada.

—No te pases.

—Venga, no te enfades conmigo.

—Pues deja de hacerme tantas preguntas.

—Está bien. —Le sonreí con dulzura, consciente de que se atrapan más moscas con miel que con vinagre, y le solté—: Tienes unos ojos preciosos.

—Unos ojos preciosos.

—Ajá. —Cogí la caja de cereales y me eché unos cuantos más—. Has dicho que dejara de hacerte preguntas, así que he decidido hacerte un cumplido.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Ya, pero ¿por qué?

—Porque ser agradable es agradable, Joey.

—Eres una chica rara de la hostia —farfulló con semblante desconcertado antes de añadir a regañadientes—: Con unas piernas preciosas.

Esboqué una sonrisa.

—Gracias.

Él me miró con incredulidad.

—De nada.

—¿Y el resto de tu familia?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Con quién te llevas mejor?

—Conmigo mismo.

—Venga ya. —Puse los ojos en blanco—. No puedes decir que contigo mismo.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—A ver, ¿tienes alguna tía rica secreta o algún primo guay con el que te lo pasas bien en las reuniones familiares?

—No.

—Venga, Joe. —Sonreí—. Sígueme el rollo. Alguien habrá.

Se me quedó mirando fijamente durante un buen rato y luego lanzó un suspiro.

—Tengo un bisabuelo.

—¿Sí?

Asintió receloso.

—¿Cómo se llama?

—Anthony.

—Como mi padre. —Le brindé una sonrisa radiante—. ¿Es el abuelo de tu madre o de tu...?

—El de mi madre.

—¿Y es majo?

Volvió a asentir lentamente.

—Ya... casi no nos vemos, pero de pequeño pasé mucho tiempo con él.

—¿Y por qué ya casi no os veis?

—Por cosas que han pasado en mi familia. —Se encogió de hombros—. Y también porque estoy ocupado con el trabajo, el instituto y el hurling.

Desde que nos conocimos al inicio del curso, esta era la vez que más tiempo había conseguido que Joey Lynch se quedara a hablar conmigo, y estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa para que no se fuera de la cocina... y siguiera hablando.

Decir que me sentía atraída por él sería quedarse muy corta. Lo sentí el día que empezamos primero (aquella brutal oleada de confianza, lujuria y camaradería) cuando nuestras miradas se cruzaron y lo sentía ahora.

Había algo en ese chico que me resultaba imposible ignorar, y sabía que él sentía lo mismo. Joey podía negarlo hasta el fin de los días y levantar todas las paredes que quisiera, pero a mí no me la colaba con su falsa indiferencia de mierda.

El artículo recibimiento con el que me obsequió el segundo día de primero (y el resto de los días desde entonces) no tenía nada que ver con que yo no le gustara, sino con el hecho de que trabajaba con mi padre y no quería cabrearlo.

Después de aquel primer día, no volvió a flirtear conmigo ni a tirarme los tejos ni una sola vez, y eso me cabreó muchísimo. Como estaba enfadada conmigo misma por haber desperdiciado casi seis meses de mi vida esperando a que Joey se pusiera las pilas y me pidiera salir, acabé aceptando la oferta de nuestro compañero de clase.

Ahora volvía a estar enfadada, pero esta vez mi ira se proyectaba hacia mi mierda de capacidad de juicio. Desde que empecé en el instituto de Ballylaggin, los tíos no habían dejado de hacerme ese tipo de propuestas, pero accedí a salir con Paul porque me resultaba cómodo estar con él y era una apuesta relativamente segura.

Joey era más esbelto que Paul. Y más alto. Tenía músculos, de eso podía dar fe porque lo había visto sin camiseta muchas veces después de Educación física, pero estaba muy flaco.

Como un corredor.

«O alguien que pasa hambre...».

Paul no iba a romperme el corazón. Sin embargo, aunque desde luego mi corazón estaba intacto, no había duda de que me había herido el orgullo. Saber que sus amigos sabían lo que hacíamos, saber que Joey lo sabía, hizo que la humillación fuera mucho más difícil de digerir.

—Pareces cabreada —apuntó Joey mirándome desde el otro lado de la mesa con sus perspicaces ojos verdes.

—Lo estoy.

—Me puedo ir.

—No, no tiene que ver contigo —respondí—. Estoy cabreada con Paul por hablar de mí.

—Ah.—Joey dejó la cuchara en el cuenco vacío, se reclinó en la silla y me miró con dureza—. Bueno, si te sirve de consuelo, no volverá a hacerlo.

—Porque lo pusiste en su sitio, ¿no? —dije de broma.

Joey no se rio.

—Madre mía. —De repente me di cuenta—. Realmente lo pusiste en su sitio —susurré sintiendo que se me disparaba el pulso mientras pensaba en su pelea del otro día—. Por eso le pegaste, ¿verdad?

—Alguien tenía que hacerlo.

—Y ese alguien eras tú, claro.

Se encogió de hombros.

Me dio un salto el corazón.

—Joe...

—Gracias por la comida, Molloy. —Echó la silla hacia atrás y se puso de pie—. Debería irme.

—No. —La decepción alcanzó nuevas cotas en mi interior—. No hace falta que te vayas todavía.

—Sí, tengo que irme.

Cogió el cuenco y la cuchara, se acercó al fregadero y los enjuagó rápidamente antes de dejarlos en el escurridor.

Meticuloso, volvió a la mesa con un paño de cocina en la mano y limpió

la superficie en la que había comido. Cuando acabó de recoger, dejó el paño en el fregadero y se dirigió hacia la puerta principal.

—De nuevo, gracias por la comida.

—No hay de qué —contesté abriéndole la puerta.

Se subió la capucha y, con el rostro oculto, se adentró en la noche.

—Nos vemos, Molloy.

—Sí, Joey Lynch. —Lancé una exhalación temblorosa—. No lo dudes.

25 DE FEBRERO DE 2000

Eres igual que él

Joey

Mis primeros recuerdos son de cuando tenía alrededor de tres años. No sabría decir con certeza si los acontecimientos anteriores a ese día habían sido especialmente buenos, porque solo parecía recordar los malos. Y, en ese momento, a las diez de la noche de un viernes, después de que se desatara el caos absoluto entre mis padres, tan solo recordaba los malos. Me dolían lugares que no sabía ni que existían, y no podía evitar que mi cerebro reviviera algunos de los recuerdos más perturbadores de mi infancia...

«—Joey, puedes llorar —susurró mamá con los dedos enroscados en mi huesudo brazo. Su tacto era suave y cálido, y sentirla hizo que se me revolviera el estómago—. Sentir es bueno, cariño.

»No.

»Se equivocaba.

»Otra vez.

»Furioso con ella y con el puto mundo en general, me tragué el dolor, arrinconé mis sentimientos en el fondo de mi mente y me centré en la tarea que estaba llevando a cabo y que, con bastante seguridad, ningún otro chico de mi instituto hacía por su madre.

»Mientras acunaba al pequeño Ollie en mis brazos, le acerqué el biberón a los labios y observé atentamente si había algún signo de que tuviera gases,

tal como mamá me había enseñado.

»Ella no podía hacerlo.

»No, claro que no.

»Hemorragia posparto una mierda.

»Más bien agresión posparto.

»Le pegó la otra noche porque el bebé no paraba de llorar.

»Fue lo más cerca que la vi de estar a punto de morir en mucho tiempo.

»La imagen se me había quedado grabada en la mente.

»La sangre.

»Los gemidos.

»La sensación de desesperanza.

»—¿Dónde están los pañales? —pregunté cuando el mierdecilla malhumorado terminó por fin de engullir el biberón de más de cien mililitros que le había preparado—. Huele que apesta.

»—Ya lo hago yo —comenzó a decir mamá mientras trataba de incorporarse.

»—No te levantes —le ordené estremeciéndome al recordar lo que había visto salir de su cuerpo hacía apenas unos días—. Yo puedo cuidarlo.

»Vi la bolsa de pañales en un rincón de su habitación, aseguré a mi hermanito en mis brazos y la cogí.

»—Venga, gordinflón —murmuré dejándolo de nuevo sobre la cama de mi madre y sacando con cuidado su cuerpo juguetón del bodi—. Acabemos con esto de una vez.

»Él me observaba; era todo ojos y ternura, y yo arrugué el ceño.

»—No me mires así —le advertí. Como si yo pudiera mantenerte a salvo...—. Y ni se te ocurra mearme.

»—En unos años serás un padre estupendo —dijo mamá con voz temblorosa.

»—Antes prefiero estar muerto —fue mi única respuesta...».

—Joey.

Quería que dejara de hablarme.

Su voz me causaba dolor.

Por todo.

—Joey, por favor.

De mala gana, me obligué a mirarla, y la visión de mi madre hizo que el corazón se me encogiera y muriera en mi pecho.

Estaba destrozada.

«Otra vez».

Solía disimularlo bien, pero ese día no fue así. Como una capa de pintura fresca en la pared, mi padre la había cubierto de moratones de color verde azulado.

Nunca había visto nada igual, y no lo digo por exagerar.

Parecía un cadáver.

La culpa se revolvía en mi interior y de verdad que quería morirme.

¿Qué podía decirle? ¿Con qué palabras podía llegar a expresar lo mucho que lo sentía y lo enojado que estaba?

Quería abrazarla y zarandearla a la vez.

Mientras mis pulmones expulsaban el aire que había estado reteniendo, dejé que todas las ideas y sentimientos dañinos asociados a lo que había ocurrido esa noche penetraran en mi cabeza, con la esperanza de que, de algún modo, encendieran en mi interior la llama de la supervivencia. Esperaba que mis pensamientos alimentaran mi ira y que esta, a su vez, me ayudara a apagar el interruptor y dejar de preocuparme. Porque la preocupación me estaba matando y, sinceramente, no me veía capaz de aguantar mucho más.

—¿Qué quieres de mí, mamá? —me oí preguntar en tono grave y el corazón hecho trizas.

Sus ojos azules se abrieron como platos.

—¿Qu-qué quieres decir?

—¿Que qué es lo que quieres? —solté pasándome una mano por el pelo

—. ¿Levantarme de la cama para que me pelee con él? Lo he hecho. ¿Para que atranque la puerta? También lo he hecho. ¿Qué más quieres de mí, mamá? ¿Qué quieres que haga?

—Esta vez se ha ido —susurró—. No va a volver. T-te lo prometo.

—Eso no te lo crees ni tú —respondí demasiado cansado como para pelearme con ella. Un rato antes había tenido que reunir todo mi valor para enfrentarme mano a mano con el gilipollas de su marido. Ya no tenía nada en la reserva, ni siquiera podía tirar de mi odio—. Volverá, y la próxima vez será peor.

—Joey...

—Mamá, te va a matar —le solté—. ¿No lo entiendes? ¿Por qué no me escuchas? Vas a morir en esta casa. Si no te alejas de él, vas a morir aquí. Tengo esa corazonada... —Se me quebró la voz y ahogué un sollozo; no estaba dispuesto a derramar ninguna lágrima—. ¿Es que no te quieres a ti misma? ¿No me quieres a mí?

—Claro que sí —dijo gimoteando en voz baja mientras se acercaba a la mesa para ponerme su pequeña mano sobre los nudillos en carne viva—. Quiero muchísimo a mis hijos.

«Quiero a mis hijos», no «Te quiero, Joey».

Típico de ella.

Tal vez pensara que quería a todos sus hijos, pero a mí desde luego no me quería, o no podía quererme. Darren era el primogénito y su preferido, Ollie, su dulce y cariñoso bebé, Tadhg, su pequeño granujilla y Shannon, su única hija.

Luego estaba yo.

El de repuesto.

Pestañeeé para expulsar la humedad de mis ojos y me quedé mirando su pequeña mano mientras ella intentaba consolarme con el menor contacto posible.

—¿Por qué?

—Por qué ¿qué?

«¿Por qué no me quieres?».

Con una inclinación de la cabeza, señalé la alianza que llevaba en el cuarto dedo de la mano izquierda y preferí preguntar:

—¿Por qué la sigues llevando?

Mamá apartó la mano bruscamente, la acurrucó en su pecho y susurró:

—Porque es lo que debo hacer.

Cada vez más cerca de perder los estribos, la miré con crudeza.

—Y se supone que lo que él debe hacer es no molerte a palos, ¿o esa promesa no la incluisteis en los votos matrimoniales?

—Para, Joey.

—¿Que pare de qué? —repuse con sorna—. ¿De decirte la verdad?

—Estoy demasiado cansada para pelearme contigo.

—Y yo estoy demasiado cansado para seguir sacándote las castañas del fuego —escupí—. Nos tienes aquí, en esta puta casa donde no hay más que dolor. Tú eres la que eliges, y siempre lo eliges a él. Darren hizo bien en salir de aquí cagando leches.

Estremeciéndose como si la hubiera golpeado, mamá se levantó despacio de la mesa con aspecto de estar a punto de desmayarse.

Sentí cómo me levantaba en contra de mi voluntad y movía los pies directamente hacia ella.

—Espera —le pedí agarrándola con suavidad por la espalda—. Deja que te ayude a subir...

—¡No! —Se apartó de golpe como si la hubiera quemado al tocarla y soltó varias respiraciones entrecortadas—. No, por favor.

Estupefacto, me quedé allí parado con las manos levantadas, sin saber qué coño había hecho para provocar una reacción así en mi propia madre.

—Mamá —dije tratando de calmarla con el tono más delicado que pude reproducir—. Soy yo. Joey. No voy a hacerte daño. Ya lo sabes.

—Sé exactamente quién eres —susurró temblando.

—¿Eso qué significa? —Me pasé una mano por el pelo mientras sentía que todo mi cuerpo vibraba con una retorcida mezcla de desesperación y resentimiento—. Mira —añadí intentando tranquilizarla—, sé que no soy tan diplomático como lo era Darren, ¿vale? Sé que era con él con quien hablabas de estas mierdas, y siento haberte echado en cara que se fuera, pero yo...

—No —dijo ahogando un sollozo con las mejillas cubiertas de lágrimas—. Ni se te ocurra hablar de Darren. ¡No te pareces en nada a él!

—¿Porque yo sigo aquí? —le solté notando cómo el resentimiento le ganaba terreno a la desesperación—. Noticia de última hora: tu adorado Darren ya no está. Se largó, tan santo que parecía. Nos abandonó. Pero yo sigo aquí, mamá. Estoy aquí, joder.

—Ya sé que estás aquí —vociferó—. No dejas de gritar y dar órdenes y ponerte autoritario, igual que... —Cerró la boca y sacudió la cabeza hacia los lados—. Da lo mismo.

—¿Igual que quién? —insistí confundido observando cómo se dirigía lentamente hacia la puerta de la cocina—. ¿Soy igual que quién, mamá?

—No importa.

—Sí que importa. Dime lo que ibas a decir. ¿Soy igual que quién, mamá? —Temblando de pies a cabeza, aventuré con voz ahogada—: ¿Que él? ¿Es eso lo que ibas a decir? ¿Que te recuerdo a él?

«Por favor, di que no».

«Por favor, di que no».

«Por favor, di que no».

—Sí —confirmó con el rostro impregnado de dolor—. Me recuerdas a tu padre. —Se estremeció y cerró con fuerza los ojos mientras le resbalaba una lágrima por la mejilla—. Sé que no es culpa tuya. De verdad que lo sé, pero es que me recuerdas mucho a él. Cada día más.

—¿En qué sentido? —pregunté con el pecho agitado—. ¿Físicamente? Porque si te refieres a eso, la culpa no es mía. No puedo evitar tener este

aspecto, pero aparte de eso no me parezco en nada a ese hombre.

—Sí que te pareces —reiteró antes de salir de la habitación—. En todo.

Y, con esas palabras, mi madre me hirió de una forma más profunda y cruel de lo que jamás había hecho mi padre.

«Ni jamás podría hacer».

Y fue justo entonces cuando supe en lo más profundo de mi ser que para mí ese era el principio del fin. El interruptor que con tanta desesperación había tratado de no encender durante los últimos años, finalmente se había activado. Y no sentí nada.

Con la mano temblorosa, saqué el teléfono del bolsillo de la sudadera. Marqué ese número tan conocido por mí y que había estado intentando evitar, pulsé el botón de llamada y me acerqué el móvil al oído.

Contestó al tercer tono.

—Vaya, vaya, vaya, si es mi chavalín preferido.

—No soy un chavalín —le dije con el pecho inquieto—. Necesito una cosa.

Shane se rio al otro lado de la línea.

—Creía que por fin ibas por el buen camino, chavalín. ¿No es eso lo que me dijiste después de la última vez?

Apreté bien los ojos, me pasé una mano por el pelo y dejé escapar un suspiro.

—Bueno, sí, pero ha habido un cambio de planes.

—Nos vemos en la pista de Casement Avenue dentro de media hora.

Me sentí aliviado.

—Allí estaré.

—Ah, chavalín —añadió en tono de advertencia—. Ha dejado de ser gratis.

25 DE FEBRERO DE 2000

Ahora ya sabes por qué

Aoife

—No lo entiendo —concluyó Paul la noche del viernes desde el otro lado de la línea en tono impaciente—. Ya te dije que no iba a volver a hacerlo. ¿Por qué no te olvidas de eso y quedas conmigo?

—Porque la última vez que quedamos, le contaste a la gente cosas privadas —repliqué poniendo los ojos en blanco ante su nuevo nivel de estupidez—. Sigo enfadada contigo. Has traicionado mi confianza. Y, si no puedo confiar en ti, no puedo estar contigo...

—¡Claro que puedes! Puedes confiar en mí —suplicó pasando rápidamente de un tono duro a un tono rastrero—. Lo siento mucho, nena. De verdad. No volverá a ocurrir.

—No —reconocí totalmente de acuerdo, aunque solo enfadada a medias puesto que solo me importaba a medias—. No volverá a ocurrir, Paul Rice, porque tu mano nunca volverá a acercarse tanto a mis bragas.

—Pero yo te quiero.

—Dios mío. —La incredulidad me hizo poner los ojos en blanco—. Contrólate. Solo hemos salido unas semanas.

Se produjo una larga pausa hasta que el sonido de una risita apacible llegó a mi oído.

—¿Me he pasado?

—Un pelín —dije sonriendo—. «Te quiero» —exclamé imitando su reciente declaración—. Qué mamón eres. ¿Y si fuera una de esas chicas que se creen a pies juntillas las tonterías que les dicen los chicos?

—Entonces ¿a lo mejor estaría un poco más cerca de meterte otra vez la mano en las bragas? —preguntó esperanzado.

—No tanto como para que tu dedo meñique vuelva a acercarse a ellas.

Lo oí reírse al teléfono antes de decir:

—Oye, mañana por la noche hay una discoteca para menores en el pabellón de la asociación de hurling y fútbol gaélico. Vente conmigo. Deja que te compense.

—¿Quieres compensarme por haberte portado como un depravado conmigo llevándome a una sórdida discoteca de menores donde las chicas se quedan esperando junto a la pared para que los chicos les metan mano?

—Arqueé una ceja—. Ostras, es muy tentador, pero no, gracias.

—Me vas a hacer sufrir de verdad, ¿eh?

—Sí —confirmé—. Así es.

—Te gustó el collar que te compré, ¿a que sí?

—No estaba mal —musité acercando el pulgar a la brillante joya que me rodeaba el cuello—. Pero no vas a conquistarme comprándome regalos, Paul.

Suspiró al otro lado de la línea.

—Aoife.

—Se acabó, estoy ocupada.

—¿Qué estás haciendo?

—Quedar con gente.

—¿Has salido? —Su tono rezumaba curiosidad y celos—. ¿Con quién?

—Con mi otro novio —le solté con las piernas colgando de la tapia de mi jardín—. ¿No te lo había dicho? Es un chico del que realmente te puedes fiar.

—No tiene gracia.

—Era una broma.

—Aoife, ¿con quién estás?

—Con nadie. —Me reí—. Buenas noches, Paul.

—No, espera, dime con quién estás...

Colgué el teléfono, me lo volví a meter en el bolsillo de la bata y suspiré mientras se apoderaba de mí un familiar torrente de extraña frustración.

Habían pasado casi dos semanas desde que Joey Lynch me había soltado la bomba sobre el tanga de encaje rosa y, en realidad, ya no estaba enfadada con Paul. Para empezar, toda esa debacle ni siquiera me había mosqueado tanto.

Evidentemente, no me gustaba en absoluto que hubiera hablado de mí con sus amigos, pero sabía lo suficiente sobre los chicos de mi edad como para darme cuenta de que hacían ese tipo de cosas.

Les gustaba soltar mierda sobre la gente.

«Mucha mierda».

Casey, mi mejor amiga, pensaba que yo debería estar cabreadísima por lo que había hecho Paul, y puede que tuviera razón, pero a mí no parecía importarme lo suficiente (al igual que ocurría con nuestra relación) como para que se me despertaran los sentimientos necesarios.

Además, estar con Paul era agradable. Era guapo, inteligente y, por lo general, nos divertíamos mucho juntos. Sin embargo, no podía evitar sentirme inquieta.

Aunque no llegaba a entender por qué.

«Claro que sí, mentirosilla...».

—Aoife, ¿qué haces aquí fuera? —preguntó Katie Wilmot, la vecina de al lado, sacándome de mi ensoñación.

Éramos amigas desde la infancia, pero el año pasado nuestros caminos se separaron cuando ella se quedó en primaria y yo pasé al instituto público de Ballylaggin. El año que viene subirá el listón e irá a Tommen, el colegio privado que hay a las afueras de Ballylaggin, pero el hecho de vivir la una

al lado de la otra significaba que nuestra amistad iba a permanecer intacta.

Subió su cuerpecito a la tapia del jardín y se sentó junto a mí, introdujo su brazo por el hueco del mío y me apoyó la cabeza en el hombro.

—Hace mucho frío.

—Sí, lo sé. —Dejé escapar un profundo suspiro y apoyé la mejilla en sus rizos pelirrojos—. Solo estoy observando a la gente.

—Quieres decir que estás observando a los chicos —me corrigió Katie con sonrisa irónica.

Sin molestarme en negar lo que ambas sabíamos que era cierto, volví a centrar la atención en el tumulto que se estaba produciendo en las casas de la hilera de enfrente, al otro lado de la calle. Eran las once y media de la noche del viernes y la Gardaí estaba deteniendo a gente; nada nuevo en esa zona de la ciudad. Últimamente actuaba con mano dura para reducir el consumo de alcohol entre los menores y se habían apuntado un tanto gracias a esa banda de adolescentes.

Los conocía a todos.

Algunos eran de mi calle, otros de mi instituto, y luego estaba él.

—Oye, ¿ese no es el tío que trabaja con tu padre? —preguntó Katie verbalizando mis pensamientos mientras veíamos a un Garda llevando a Joey Lynch a un lateral del furgón.

En lugar de mantener la boca cerrada como hacían los demás, Joey le vacilaba al Garda, que lo cacheaba bruscamente. Ataviado con la indumentaria habitual, una enorme sudadera azul marino con capucha que ocultaba su pelo rubio, siguió replicándole al Garda y provocándolo para sacarlo de sus casillas.

—Joey Lynch —respondí con un hondo suspiro—. Y sí. No hay duda de que es él.

Tras arrancarle a Joey el cigarrillo de entre los labios, el Garda lo tiró al suelo y le dio un pisotón. Eso le hizo ganarse un montón de insultos por parte de mi compañero de clase.

—Qué idiota —refunfuñé moviendo la cabeza a los lados, decepcionada por su comportamiento, sobre todo porque sabía que podía hacer las cosas mejor.

Maldita sea, ya no se trataba de hacer las cosas mejor, es que él era mejor que eso.

Pensaba que el hecho de haber compartido con él una caja de cereales hacía dos semanas habría conseguido derretir de algún modo esas paredes de hielo que se alzaban a su alrededor, pero estaba sumamente equivocada. Al día siguiente se había presentado en el instituto más cerrado que nunca, con un horrible ojo morado a juego con su todavía más horrible actitud.

Sabía con certeza que Joey no se lo había comentado a sus amigos, porque Paul habría perdido el juicio si el encuentro con nuestro compañero de clase hubiera llegado a sus oídos.

—Es un peligro andante —convino Katie antes de añadir—: ¿No es un poco joven para andar por ahí con Shane Holland? ¿No tiene Shane diecisiete...?

—Shane tiene dieciocho años —dije corrigiéndola mientras miraba con cara de asesina al mayor cabrón de Ballylaggin.

Shane era problemático, y todo el mundo lo sabía. Iba a sexto, en el instituto público de Ballylaggin, y era la peor clase de mala persona con la que te podías juntar. Era de dominio público que traficaba con drogas y, aunque él era un camello de poca monta, sus hermanos no. Al parecer, los hermanos Holland más mayores tenían vínculos muy estrechos con algunos de los grandes traficantes de la ciudad.

Joey solo iba a primero. Si andaba con Shane, estaba jugando con fuego. No era la decisión más inteligente.

Observé cómo la Gardaí metía a empujones a tres de los chicos mayores en la parte posterior del furgón y solté un suspiro de alivio al ver que no se llevaba a Joey; sin duda debido a su corta edad.

—¿Por qué crees que lo hace? —planteé formulando en voz alta la

pregunta que me había estado haciendo a mí misma desde la primera vez que lo vi.

Ya lo había visto acorralado por las autoridades en otras ocasiones. Era algo frecuente.

—¿Por qué crees que se autodestruye así?

Autodestrucción. No se me ocurría otra manera de describir su imprudente comportamiento.

—¿Quién? —preguntó Katie—. ¿Joey?

—Sí —respondí con los ojos fijos en la furgoneta de la Gardaí que pasaba por delante de mi casa.

—¿Porque es un adolescente? —Katie se encogió de hombros.

—Ya, pero tiene que haber algo más —repliqué volviendo a mirar a Joey, que contemplaba la furgoneta policial con expresión frustrada—. Ya has visto cómo ha reaccionado ante la Gardaí, Katie. Casi parecía como si quisiera que se lo llevaran.

—¿Qué? —Mi vecina se rio—. Eso es una locura. Nadie quiere que se lo lleve la Gardaí.

—Puede que la mayoría no quiera —susurré.

«Pero él sí».

—No sé, Aoife —dijo frunciendo los labios—. A mí me parece mal tío.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—No es mal tío.

—¿Por qué estás tan segura?

«Ni idea».

—Simplemente lo estoy.

—¿Por qué?

—Mira, pasa lo siguiente —me oí soltar de buenas a primeras—. Sé que es un desastre con patas, ¿vale? Sé que se droga y se mete en peleas, que se junta con gente que no debería y que puede ser un verdadero gilipollas, tal como acabamos de ver.

—¿Pero? —intervino Katie con una sonrisa burlona.

—Míralo, Katie. —Suspirando profundamente levanté una mano y la dirigí hacia él—. Míralo bien.

—Sí —afirmó con suavidad—. Es bastante guapo.

—Más que bastante —la corregí mientras me recorría un escalofrío—. Pero no es solo eso. —Mordiéndome el labio inferior, traté de encontrar las palabras que me permitieran describir lo que sentía—. Hay algo en él que me fascina. No sé lo que es, pero, desde que lo vi por primera vez, sentí una especie de... curiosidad.

—Claro que sí —dijo Katie riéndose—. Como ocurre desde el principio de los tiempos. Siempre hay una razón por la que a la chica buena le gusta el chico malo drogodependiente.

Sonreí irónicamente.

—Muy graciosa.

—Bueno, fascinante o no, liarse con un tío así es el camino más corto hacia el desastre —agregó—. En serio, Aoife, parece peligroso. Deberías alejarte de él si no quieres que te haga daño.

Y, en esas, su cabeza se giró hacia nosotras y sus ojos verdes se encontraron con los míos. Y, como siempre que me clavaba la mirada, mi corazón, ese cabrón traidor, me retumbaba estrepitosamente dentro del pecho.

No parecía contento de verme.

Como de costumbre.

Se quedó en la esquina de mi calle, inmóvil, sin apartar los ojos de los míos.

Con las fosas nasales dilatadas, siguió mirándome con descaro.

Sujetando entre los labios algo que yo sabía que no era exactamente un cigarrillo, inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojos vidriosos pero todavía penetrantes y llenos de desconfianza.

—¿Tengo monos en la cara, Molloy?

«Vale, volvemos a los insultos».

Alcé una ceja.

—No, tienes un problema de actitud.

Entornó los ojos.

—¿Estás disfrutando del espectáculo?

—En realidad es un espectáculo de mierda —repuse burlándome—. Oye, y parece que te las has apañado para conseguir uno de los papeles principales. Felicidades. Tu actuación ha sido de diez.

—Aoife, ¿qué haces? —susurró con agresividad Katie mientras me clavaba su huesudo codo en las costillas—. No hables con él. ¿No habíamos dejado claro que era un tío problemático? Vaya, genial, viene hacia aquí.

Sabía que era problemático, aunque puede que solo tuviera problemas.

En cualquier caso, sabía que no iba a ser el caballero de brillante armadura de nadie.

Casey siempre bromeaba diciendo que Joey Lynch nunca llegaría a cumplir los veinticinco. Sus últimas estupideces no hacían más que incrementar las probabilidades en su contra. Eso debería haber sido aviso suficiente. Aun así, había algo en él que me hacía querer saltar al vacío.

Con el estómago en un puño, observé a Joey cruzar la calle, acortando el espacio que nos separaba. Tenía los labios hinchados. No estaba segura de si se trataba de un atributo natural o se debía a sus continuas peleas, pero aquellos labios eran casi demasiado bonitos como para pertenecer a un chico.

«Y demasiado tentadores...».

—¿Qué haces aquí fuera tan tarde? —preguntó colocándose frente a mí. Al estar sentada en la tapia, yo estaba más alta que él y tuvo que levantar la vista para mirarme. Cuando lo hizo, juro que sentí cómo se me escapaba el aire de los pulmones.

No porque fuera increíblemente sexy, que lo era, sino porque tenía el lado izquierdo de la cara de un tono morado oscuro y el ojo izquierdo cerrado

casi por completo debido a la hinchazón.

—Tu cara —dijo Katie con voz entrecortada verbalizando mis pensamientos—. ¿Qué te ha pasado? —Desvió la vista hacia su mano—. Dios mío, ¿te estás fumando un...?

—He hecho demasiadas preguntas —interrumpió dirigiéndole a mi amiga una amenazante y gélida mirada—. ¿A ti también te pasa?

Sentí cómo Katie empequeñecía a mi lado.

—No —contestó ella con voz grave—. Es que la Gardaí está por la zona y no quiero que me vean con... drogas.

—¿Drogas? —Joey la miró como si tuviera dos cabezas—. Es un canuto, no una raya. Relájate, ¿vale?

—Oye. —Entrecerré los ojos a modo de advertencia—. No seas imbécil.

—Me voy para dentro —susurró Katie visiblemente desconcertada por sus palabras mientras bajaba al suelo de un salto y salía casi por patas hacia la puerta principal—. Buenas noches, Aoife.

—¿Era necesario decirle eso? —pregunté una vez que mi amiga se había apresurado a meterse dentro—. La has asustado.

Él se encogió de hombros de forma evasiva.

—Qué bata tan bonita, abuela.

—Qué cara tan bonita, Rocky —le respondí apretándome el nudo de la prenda que me cubría.

En sus labios se dibujó una ligera sonrisa.

—¿No deberías estar dentro poniéndote al día con todas tus telenovelas?

—Qué va —exclamé despreocupada—. *Fair City* no es tan entretenida como el numerito que acabas de montar.

—Estoy aquí para complacerte.

—Entonces ¿por qué quedas con Shane Holland y los demás idiotas?

—¿A ti qué te importa?

Me encogí de hombros.

—Lláname «curiosa».

—Ya sabes lo que le pasó al gatito curioso... —replicó fríamente mirándome con una expresión que decía «No te metas en lo que no te importa».

—Ni te molestes en usar conmigo esas tácticas intimidatorias —contraataqué sintiendo un fogonazo de calor bajo el ombligo—. No soy de las que se asustan fácilmente.

—Me alegro por ti —murmuró Joey. Le dio una última calada al porro y exhaló una turbia bocanada de humo con un enfermizo olor dulzón antes de tirar la colilla. Metiéndose las manos en el bolsillo de la sudadera, retrocedió unos pasos—. No le cuentes a tu padre lo que ha pasado esta noche.

—Vale —convine mientras me bajaba de la tapia de un salto, en parte porque se me había quedado el culo insensible por el frío del hormigón, pero sobre todo porque quería impedir que se fuera—. ¿Y tú qué vas a hacer por mí a cambio?

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres?

«Que me hagas caso», pensé mientras me acercaba a él. No me detuve hasta que lo tenía justo delante.

Sin la ventaja de la tapia, ahora él era mucho más alto que yo.

—Aún no estoy segura.

Inclinó la cabeza hacia un lado y se me quedó mirando fijamente durante mucho rato. Su rostro evidenciaba desconfianza, recelo y una reacia curiosidad al preguntar:

—Molloy, ¿qué haces?

No lo tenía del todo claro.

Por un lado, tenía un novio que, aparte de sufrir un extraño caso de lengua suelta, me trataba bastante bien. Pero, por otro, me sentía atraída por ese chico mucho más de lo que debería.

—Mi amiga cree que eres peligroso —le comenté con una sonrisa—.

Dice que debería mantenerme alejada de ti. —Inclinando la cabeza hacia un lado, añadí—: Cree que si voy con chicos como tú podría salir escaldada.

—Muy sabia, tu amiga —contestó tranquilamente—. Deberías hacerle caso.

—Lo que pasa, Joe —dije con total naturalidad—, es que no me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer.

Lo observé mirarme; sus ojos recorrían mi cuerpo.

Cuando clavó su mirada en la mía, juraría que algo cambió en su interior.

—Supongo que tenemos algo en común, al fin y al cabo.

—Sí. —Lancé un suspiro tembloroso—. Supongo que sí.

Con una expresión sombría grabada en su precioso rostro magullado, dio un paso hacia mí, y yo traté desesperadamente de fingir indiferencia al tiempo que un escalofrío me recorría por dentro.

—Pero eso no significa que seamos amigos.

—Lo entiendo —respondí con la respiración atascada en mi garganta mientras seguía provocando a la bestia—. Te resulta demasiado difícil ser amigo de alguien a quien deseas con tanta desesperación.

—¿Ah, sí? —Sonriendo, dio otro paso hacia delante, al tiempo que yo retrocedía con cada nuevo paso que él daba hasta que mi espalda chocó con la tapia del jardín. Entonces apoyó una mano junto a mí en la tapia y se me acercó aún más—. ¿Crees que me gustas, Molloy?

—Sé que te gusto —declaré soltando el aire con el corazón galopándome de forma temeraria en el pecho.

Con la mano que le quedaba libre, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y susurró:

—¿Crees que te deseo?

El aire salió de mis pulmones con un silbido audible. Estaba mirando al peligro a la cara. Ese chico poseía todos esos rasgos terribles sobre los que las madres advertían a sus hijas. Reunía todas las características malas, dañinas y sucias de los adolescentes envueltas en un paquete tan perfecto

como maldito.

Físicamente, me superaba en todo.

«Era más alto».

«Más fuerte».

«Más siniestro».

«Más malo...».

Aun así, quería que se acercara.

—Vete adentro, Molloy —ordenó en un tono más suave mientras sus verdes ojos buscaban y encontraban en los míos algo que logró apagar su fuego—. Tú no encajas aquí fuera, a oscuras, con alguien como yo.

—Sí que encajo —contesté de inmediato antes de añadir rápidamente—: Vivo en esta calle, ¿recuerdas?

—¡Aoife! —La voz de mi padre resonó desde la puerta de casa—. ¿Qué haces fuera a estas horas de la noche? La Gardaí está rastreando toda esta hilera de casas, cariño.

—Mierda.

Apartándose bruscamente de mi cuerpo como si fuera agua hirviendo, Joey se metió las manos en el bolsillo y soltó una retahíla de palabrotas por lo bajini mientras movía la cabeza a los lados y lanzaba exhalaciones entrecortadas.

Mi padre desvió su confusa mirada hacia Joey, que parpadeó unos instantes hasta que en su rostro se dibujó una mueca de resignación.

—Joey —dijo reconociéndolo con un fuerte suspiro—. Espero que no estuvieras con la pandilla a la que se llevaron los guardias. Eres buen chaval, y sabes que te tengo cariño, pero esos chicos no traen nada bueno. Si andas con estos tipos, no me siento cómodo con que hables con mi...

—Él no iba con ellos —afirmé adelantándome a Joey—. Estaba acompañando a Katie a casa —añadí rápidamente sintiendo que la mentira se deslizaba por mi lengua con sorprendente facilidad—. Han ido juntos al cine. ¿Verdad, Joey?

—Eeeh... sí. —Joey asintió moviendo despacio la cabeza arriba y abajo con sus cautelosos ojos verdes fijos en los míos—. Así es.

—¿Tú y la pequeña Katie? —Mi padre frunció el entrecejo mientras observaba a Joey—. Qué callado te lo tenías.

Joey se encogió de hombros.

—Es que... es muy reciente.

—Ah, estupendo. Qué buen chaval eres —respondió papá con una animada sonrisa antes de darse la vuelta para volver a entrar en casa—. Aoife, no te quedes mucho aquí fuera, ¿me oyes? A estas horas de la noche solo hay gente mala por ahí.

—Vale, papá, voy en un par de minutos —le contesté destensándome con alivio cuando la puerta se cerró tras él.

—Has mentido por mí. —El tono de Joey era frío y tácitamente acusador—. Me has encubierto.

—Sí. —El corazón me percutía la cavidad torácica como si intentara salir a golpes de mi cuerpo y aunar esfuerzos con el suyo—. Es cierto.

—¿Por qué? —Sus ojos verdes combinaban la emoción y el fastidio con cierta curiosidad reticente—. ¿Qué quieres de mí?

—Todavía no lo sé. —Le clavé la mirada en el corte recién cicatrizado del labio inferior—. Supongo que de momento no te queda otra que estar en deuda conmigo.

—¿De momento? —Respirando con dificultad, se acercó hasta que no quedó ni un centímetro de separación entre nuestros cuerpos—. No me gusta deberle nada a nadie.

—Ostras, qué pena —exclamé sacando la lengua para humedecerme los labios—. Porque esta situación no la controlas tú.

Se le dibujó una sonrisa fantasmagórica en los labios.

—¿Y tú sí?

—Respuestas —resolví entonces sintiendo que la fuerza de su mirada se me hacía insoportable—. Quiero respuestas.

—Si quieres respuestas para los deberes, te equivocas de persona —dijo con pereza—. Por si no te has dado cuenta, Molloy, estoy lejos de ser un intelectual.

—Eso no es verdad.

Nada que tuviera que ver con Joey Lynch me había pasado desapercibido, por lo que me había dado cuenta de que era mucho más inteligente de lo que hacía creer a los profesores del instituto.

—¿Crees que soy un intelectual?

—Creo que eres más inteligente de lo que parece.

Puede que su actitud fuera horrible y rara vez entregaba los deberes a tiempo, si es que los hacía, pero tenía una mente despierta.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión, Molloy?

—El trabajo que haces en clase nunca está mal, el problema son los deberes para casa —afirmé sin reparos—. No te cuesta hacer ninguna de las tareas que nos mandan en cualquiera de las asignaturas. Matemáticas, Inglés, Ciencias, Economía doméstica... Las haces todas sin inmutarte. Siempre que estés en clase, claro.

No parecía que le faltara cerebro, sino tiempo.

—Joder —murmuró frotándose la mandíbula—. Menuda acosadora, ¿no?

—Menudo cabrón, ¿no? —contesté antes de añadir—: Y se le llama ser perspicaz. Así que no, no quiero copiarte los deberes, si quisiera copiármelos ya tengo al sabelotodo de mi hermano, pero sí que sé lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—Quiero saber por qué estás tan empeinado en decir que no te gusto cuando los dos sabemos que sí. Quiero que me expliques por qué soy la única chica de nuestro curso con la que haces todo lo posible por no coquetear. Y, ya puestos, quiero que admitas la verdadera razón por la que pasas de mí desde septiembre.

—Madre de Dios. —Mientras se restregaba una mano por el rostro

amorado, Joey encadenó una ristra de tacos—. No me puedo creer que empieces otra vez con lo mismo.

Me encogí de hombros.

—O me dices por qué no te gusto o admites que te gusto.

—Es que ya no me gustas, ¿vale?

—Ese «ya no» sugiere que te he gustado en algún momento.

—Déjalo, ¿vale? —Levantó las manos y dio varios pasos hacia atrás, alejándose de mí—. Creía que me gustabas, pero cambié de opinión. No me interesas. En absoluto. Y, por lo que tengo entendido, eso no es ningún delito. Así que supéralo y deja de mirarme. Joder, pareces mi pequeña acosadora particular.

—Y tú pareces mi pequeño cabrón particular. —Reclamé el espacio que él había creado entre nosotros—. Venga, vamos a ver. Y esta vez dime la verdad. ¿Por qué pegaste a Paul si no te gusto? —Levanté una ceja—. Me dijo que lo amenazaste con cortarle los dedos y metérselos por el culo si lo volvías a pillar hablando de toquetearme bajo las bragas. —Había logrado sacarle esa confesión a Paul mientras se arrastraba y suplicaba que lo perdonara—. Dime, Joe. —Exhalé un débil suspiro y agregué—: ¿Por qué hiciste eso si no te intereso en absoluto? ¿Por qué ibas a molestarte en luchar mis batallas y defender mi honor si no te importo?

—Lo hice por tu padre —respondió con la mandíbula en tensión—. Porque se ha portado bien conmigo.

—Y porque te dijo que te mantuvieras alejado de mí, ¿verdad?

Negó con la cabeza, pero permaneció en silencio.

—Estoy en lo cierto, ¿no? —insistí sin intención de dejarlo pasar—. Por eso no me miras en el instituto. Por eso te empeñas en fingir que no existo. Pues no te lo voy a poner tan fácil.

La furia bailaba en sus ojos mientras se acercaba a mí con paso airado.

—Escúchame bien —dijo en un tono frío como la muerte mientras caminaba hacia mí haciéndome retroceder hasta que mi espalda quedó de

nuevo pegada a la tapia del jardín—. Cuando le casqué al capullo de tu novio, estaba defendiendo el honor de tu padre, no el tuyo. —Entrecerró los ojos y se inclinó tanto hacia mí que rozó mi nariz con la suya. Ese movimiento generó en mí una sacudida eléctrica que me recorrió el cuerpo, principalmente las partes situadas al sur del ombligo—. Pensaba en tu padre, que es un buen tipo y no merece enterarse de que su hija es tan...

—Acaba la frase —le advertí henchida de furia mientras alzaba la mano y le agarraba la parte delantera de su sudadera con capucha—. Atrévete.

—Fácil —me espetó mirándome con desprecio—. ¿Quieres saber por qué no me gustas, Molloy? —Entornó los ojos y luego añadió—: Porque eres la hostia de fácil. Podría haberte tenido con solo hacer así —chasqueó los dedos para enfatizar sus palabras— desde el primer día. ¿Sabes lo aburrido que es eso? ¿Sabes lo increíblemente poco interesante que te hace parecer?

Tras darle un violento empujón, mi mano se alzó por iniciativa propia y le propinó una fuerte bofetada en un lado de la cara.

—Que te jodan, Joey.

El golpe le giró la cabeza hacia el lateral opuesto y, por un momento, contuve la respiración, sin atreverme a mover ni un pelo mientras esperaba que tomara represalias.

No lo hizo.

No llegó a tocarme.

Sin embargo, asintió bruscamente, más para sí mismo que para mí, y susurró:

—Ya lo has pillado. —Retrocedió poco a poco, me clavó la mirada y me dijo—: Es precisamente por eso, Molloy.

—¡Precisamente por eso ¿qué?! —le grité—. ¿Por lo que no te gusto?

—No —negó por encima del hombro mientras se alejaba de mí—. Por lo que no deberías querer gustarme.

Y luego desapareció.

SEGUNDO

10 DE ENERO DE 2001

Tío, ella no es problema tuyo

Joey

A las nueve y media de la noche de un miércoles de mediados de enero, se me ocurrían sitios mejores en los que estar que ahí en camiseta y pantalones cortos, con los huevos congelados, luchando contra los quince jugadores de un equipo rival que no llegaba ni a mediocre por el control de una pelota de cuero.

La intensa luz de los focos que rodeaban el campo de la asociación de hurling y fútbol gaélico iluminaba la lluvia que caía con fuerza sobre nosotros mientras jugábamos los últimos minutos del partido, que nos habíamos llevado de calle hacía ya un buen rato.

Había perdido la cuenta del marcador en la primera parte, cuando íbamos dieciséis puntos por delante. A esas alturas, me resultaba incómodo seguir dándolo todo con una ventaja tan aplastante. Aun así, seguí dándole toques a la bola con mis compañeros, consciente de que suspender el partido constituiría un insulto aún mayor para los chicos del equipo contrario. Al fin y al cabo, todavía conservaban su orgullo.

—¡Lynch, aquí, aquí! —gritó Paul Rice dejándose a sí mismo en evidencia por pedir la bola a gritos como si estuviéramos jugando la final del All-Ireland—. ¡Estoy solo, tío!

«Menudo idiota».

Haciendo un gesto de negación con la cabeza, reprimí las ganas de mandarlo a la mierda y le pasé la sliotar, demasiado dispuesto a ceder el control en esta ocasión.

Ganar un partido de la competición me hacía sentir orgulloso. Aniquilar y humillar a un equipo inferior no me producía ningún placer.

Tras atrapar la pelota en el aire, el capullo de mi compañero de equipo salió disparado por el terreno de juego, superando en potencia y habilidad al oponente, y hundió la bola hasta el fondo de la red, celebrándolo como si no hubiera un mañana.

«Puaj».

Contuve un gruñido y bajé la cabeza, sintiendo muchísima vergüenza ajena por ese memo que llevaba la camiseta del mismo color que la mía.

—¿A ese qué le pasa, seis? —me preguntó el chaval que me marcaba dirigiéndose a mí por el número de mi camiseta, al parecer tan poco impresionado por Ricey como yo—. Está claro que hemos perdido. No hace falta restregárnoslo.

No podía responderle con sinceridad sin revelar el conflicto que se había producido entre mi compañero y yo, así que murmuré algo ininteligible en voz baja y me encogí de hombros, decidido a no entrar al trapo por el bien del equipo.

El pitido final no tardó en sonar, y yo hice un esprint hasta la banda para no participar en las celebraciones de chupapollas que estaban teniendo lugar en el campo.

Me quité el casco, lo tiré al césped junto con mi hurley y me hice con una botella de agua. Por suerte, había otros compañeros que pensaban como yo y, tras unos apretones de manos, se dirigieron al vestuario para cambiarse.

—Qué deportividad, seis —exclamó el entrenador del otro equipo, acercándose a darme una palmada en el hombro—. Has jugado al hurling como un campeón, chaval.

—Gracias. —Reprimiendo el impulso de arrancarle la mano de mi

hombro, hice un esfuerzo por asentir y le di varios tragos al agua antes de agregar—: Se lo agradezco.

—Eres hijo de Teddy Lynch, ¿no?

En ese momento sí que sacudí el hombro y me quité su mano de encima.

—Así es.

—Tu padre era todo clase en aquellos tiempos —declaró el hombre exhalando un melancólico suspiro—. Una verdadera leyenda. Yo mismo jugué contra él unas cuantas veces. Cork perdió a uno de sus mejores hurlers cuando se lesionó la rodilla.

—Sí —murmuré entre dientes pese a saber bien que el alcoholismo de mi padre, además de su incapacidad para mantener la polla dentro de los pantalones, tuvo mucho más que ver con su desaparición del hurling que ninguna lesión en la rodilla.

—Se nota que te ha educado él —continuó diciendo el hombre—. Eres un jovencito afortunado por tener un padre así.

—Ya. —Me di la vuelta, dándole la espalda con la intención de hacerle saber que para mí la conversación había terminado.

«Soy afortunado de cojones».

Por suerte, pareció que lo pillaba y se largó con su propio equipo, dejándome a solas con mi resentimiento.

No tenía sentido salir del campo con el resto de mi equipo hasta que la leyenda en persona viniera a saldar cuentas conmigo, así que esperé en la banda, sabiendo que acabaría asomando su repugnante cabeza.

Si el partido de esa noche se hubiera celebrado un jueves o un viernes, no habría tenido que aguantar su presencia. Cobraba la ayuda de la Seguridad Social todos los jueves y esos días estaba demasiado ocupado emborrachándose en el bar del barrio como para molestarme.

De un modo enfermizo, lo prefería.

Tenerlo allí, sobrio y sin blanca, concentrado únicamente en la precisión de mi juego hasta que pudiera conseguir una nueva dosis de alcohol, solo

hacía que empeorar muchísimo las cosas.

—¡Joey!

El sonido familiar de su voz me taladró los oídos y me hizo estremecer, provocando que todos los músculos de mi cuerpo se tensaran firmemente anticipando el pánico. De mala gana, me di la vuelta hacia la multitud que se agolpaba en el verde monte situado junto al campo y me encaminé hacia mi padre, que a su vez venía directo hacia mí. Era difícil no prestarle atención, admití a regañadientes, ya que todo el mundo sabía quién era y se paraba para estrecharle la mano y saludarle.

—¿Qué ha pasado? —exigió abriendo la verja y accediendo al campo en dirección hacia donde yo me encontraba.

—¿Cómo que qué ha pasado? —pregunté con rotundidad.

—Esa bola era tuya —gruñó mi padre acercándose a mí—. El gol lo tenías que haber marcado tú, pero se lo dejaste a ese delantero idiota.

—He metido tres goles, papá —le recordé con un tono áspero y repleto de amargura—. Y he anotado doce puntos. —Encogiéndome de hombros, añadí—: Ha sido suficiente.

—¿Suficiente? —Me miró como si yo estuviera loco—. ¿¿¿Suficiente??? —

—Sí, suficiente —le solté—. Por el amor de Dios, has visto el partido. Tadhg y su equipo de menores de seis años nos lo habrían puesto más difícil.

—Mira, chaval —masculló mi padre colocándome su robusta mano sobre el hombro—. Tienes que dejar la conciencia al margen. Cuando estés en el campo, sigue siempre adelante. ¿Me oyes? —Me clavó los dedos en la carne mientras hablaba—. Mueve esas piernas hasta que no puedas más. No pares hasta que tu cuerpo diga basta. Hasta que vomites y sangres y tus piernas ya no puedan sostenerte. —Entrecerró los ojos y dijo—: Y por encima de todo no muestres compasión.

Apreté la mandíbula.

—El partido había terminado.

—El partido no se acaba hasta que suena el pitido final —replicó—. Si quieres hacerte un nombre en este deporte, ten en cuenta lo que te he dicho, chaval. Sé de lo que hablo.

—Yo no soy como tú.

—Y nunca lo serás si no empiezas a ser más despiadado en el campo.

—Entonces supongo que nunca lo seré.

—¿Dónde está ese instinto asesino, chaval?

«Lo guardo para cuando necesite usarlo contra ti».

Luego me soltó el hombro y me dio un rápido repaso con la mirada antes de negar con la cabeza en una evidente muestra de decepción.

—No eres lo suficientemente grande.

—Soy el más alto del puto equipo —repuse odiándome a mí mismo por hacer caso a sus tonterías—. ¿Qué quieres de mí?

—Joder, estás demasiado flaco —continuó diciendo—. Yo era el doble de fuerte que tú cuando tenía tu edad. Tienes que empezar a ganar peso, chaval. Tu hermana tiene más músculos que tú.

«Adorable».

—Tu hermano igual pesaba unos seis o siete kilos más que tú cuando jugaba en la sub-16.

«Hombre, por supuesto».

—Darren estaba bastante condicionado en aquella época.

Conteniendo la furia, enderecé los hombros y esperé en silencio a que continuaran los insultos.

—Pero, a diferencia de ti, a Darren no parecía que el viento lo fuera a derribar.

«Evidentemente».

—Puede que tengas la altura y la velocidad necesarias, chaval, pero eres demasiado menudo, joder.

Desconectando de su voz, me concentré en lo que ocurría justo por encima de su hombro, en la ladera que quedaba a su espalda. Desde donde

me encontraba, tenía una vista perfecta de Aoife Molloy, que conversaba acaloradamente con Paul Rice.

No parecía contenta.

De hecho, parecía bastante abatida.

Ricey, del todo ajeno al mal humor de su novia o quizá tan solo indiferente a él, saludó con la mano mientras hablaba, volviéndose para señalar a un coche atestado de compañeros de nuestro equipo. Moviendo la cabeza hacia los lados por algo que ella había dicho, se acercó para besarla, pero no encontró más que una mano sobre su pecho y una Molloy de aspecto furioso que le advertía que se fuera. Levantó las manos en señal de frustración y le ofreció algún tipo de respuesta antes de correr hacia el coche y subirse al asiento de atrás, dejándola sola con los brazos cruzados sobre el pecho.

La observé mientras el coche se alejaba y, frustrado, negué con la cabeza. No entendía por qué seguía con aquel capullo egoísta seis meses después. No se portaba ni remotamente bien con ella, y seguro que tampoco le era fiel. Sabía de buena tinta que, en al menos dos ocasiones durante el verano, le había puesto los cuernos a sus espaldas. De hecho, Podge había visto con sus propios ojos cómo le comía la boca a una de las chicas jóvenes del colegio de monjas de secundaria.

Si Molloy no lo sabía, era estúpida. Y si lo sabía y aun así seguía con él, era patética.

—¿Me estás escuchando, chaval?! —vociferó mi padre desviando mi atención de la rubia y centrándola de nuevo en él.

—Sí, te estoy escuchando —dije con rabia pese a no tener ni idea de lo que acababa de decir mientras le miraba de mala gana.

Odiaba mirarlo. Detestaba sus ojos. Eran fríos, mortecinos, inexpresivos... Solo cobraban vida cuando le infligía daño a alguien.

—Coge tus cosas —me ordenó—. Ya te ducharás en casa. Podemos acabar de hablar en el coche.

«¿Para quedarte a solas conmigo?».

«Claro, de puta madre».

Subirse al coche con mi padre cuando estaba de un humor como ese sería el equivalente a seguir a un desconocido a la parte de atrás de su furgoneta porque ha prometido darte caramelos. Sabía exactamente cómo acababa él las conversaciones y siempre era yo quien salía peor parado. Ni de puta coña iba a subirme a su coche como un cordero ofreciéndose en sacrificio sin nadie alrededor que pudiera detenerle.

—No puedo —me oí mentir mientras daba la vuelta a su alrededor y me dirigía hacia la verja—. Tengo que pasar por el trabajo antes de ir a casa.

—¿Por qué? —preguntó con impaciencia—. ¿Tienes que cobrar algún sueldo o algo así? Porque puedo llevarte en coche.

«Te encantaría, ¿verdad?».

—No, es que me he dejado la mochila en el taller.

—Entonces puedes mover el culo e ir andando —gruñó—. No soy tu criado, chaval.

Ignorándolo, seguí mi camino en dirección al vestuario; necesitaba poner tierra de por medio entre sus puños y mi cuerpo.

—¡Eh, gilipollas! —gritó Molloy cuando pasé junto a ella, dejándome claro que aún no me había perdonado del todo que la llamara «fácil» en primero.

Le había soltado aquella palabra a modo de retén, como una distracción para que saliera corriendo en la dirección opuesta a la mía.

Pero no funcionó.

En lugar de evitarme, como necesitaba que hiciera, como habría hecho cualquier chica normal, me hizo pasar un infierno. Mediante frases ingeniosas y comentarios de sabelotodo, Molloy no dejó de poner en práctica su versión de lo que era hacerme la vida imposible, totalmente decidida a vengarse de mí por haberla ofendido.

—Molloy —dije saludándola con una ligera inclinación de cabeza.

—Buen partido.

—Buenas piernas.

—¿Por qué no te comportas como un caballero y acompañas a estas buenas piernas a casa?

—¿Y eso? —Con la mano en la puerta del vestuario, me volví para mirarla—. ¿No va a volver a por ti?

Con la cara roja, negó con la cabeza.

Me puse furioso.

—¿Se ha ido y te ha dejado aquí?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Qué gilipollas.

Avergonzada, volvió a asentir.

—¿Dónde está tu padre?

—Ha salido con mi madre y estarán fuera hasta tarde. —Me hizo señas con el teléfono—. Está apagado.

—Joder —solté un gruñido de frustración—. ¿Qué coño haces con un memo así, Molloy?

—¿Me acompañas a casa o no?

«No».

«Ni de coña».

«Tío, no es problema tuyo».

«Lárgate y punto».

—Dame diez minutos para que me duche y me cambie —me oí murmurar al tiempo que me daba una patada mental en los huevos.

Sus ojos brillaron de alivio.

—Gracias, Joey.

—Mmm —fue todo lo que respondí antes de entrar al vestuario e irme directo a las duchas.

«Gracias por nada».

10 DE ENERO DE 2001

Acompañante por compromiso

Aoife

Sentada en el terraplén del pabellón de la asociación de hurling y fútbol gaélico, mientras esperaba a que mi poco dispuesto acompañante saliera del vestuario, le escribía frenéticamente un mensaje de texto al gilipollas que se había largado y me había dejado sola de noche.

Aoife: Espero que disfrutes celebrando la victoria con tus amiguitos, porque conmigo no vas a volver a celebrar nada, gilipollas

Paul: No te enfades, nena. Te lo compensaré. xx

Aoife: Compensármelo? Paul, me has DEJADO SOLA para irte a la bolera con tus compañeros! Ni siquiera me has ofrecido llevarme a casa!

Paul: No es culpa mía que no hubiera sitio en el coche. Venga, Aoife. No le des tanta importancia. Ni que vivieras en el campo. Conoces la ciudad mejor que yo. Vas a estar genial. Te veo mañana en el insti, ok? Y te invito a comer. xx

—¡Ufff!

Furiosa, apagué el teléfono para no tener que seguir hablando con él ni un segundo más. No quería ni que me invitara a comer ni que hiciera nada por mí. Lo que me hubiera gustado es que me hubiera acompañado a casa.

No creía que fuera mucho pedir, teniendo en cuenta que la única razón por la que había cruzado la ciudad era porque él me había estado atormentando para que fuera a verle jugar.

Había unos cuarenta minutos andando desde las instalaciones de la asociación hasta mi calle, que se encontraba al otro lado de la ciudad, y, aunque mis padres eran bastante tranquilos, si mi padre se enteraba de que había vuelto a casa sola, estaría castigada un mes. «Como mínimo».

No estaba dispuesta a perder mi libertad por un niño gilipollas.

Cuando Joey por fin salió de la parte posterior del edificio, su hostilidad era evidente. Con una bolsa de deporte colgada al hombro, el casco y el hurley en una mano y sujetando un cigarrillo entre los labios, inclinó la cabeza hacia donde yo estaba sentada e indicó:

—Vámonos.

Resistiendo el impulso de meterme con él o provocarlo como habría hecho normalmente, bajé de un salto del lugar donde me había encaramado y me puse a caminar junto a él por el sendero, consciente de que hacer que me acompañara a casa era la forma más segura de evitar los malos humos de mi padre.

Mi padre quería a Joey.

Es más, confiaba en él.

A ojos de mi padre, que Joey me acompañara a casa supondría una mejora respecto a Paul.

Con cara de no estar para nada convencido de la situación en la que le había puesto, mi compañero de clase avanzaba a mi lado por el sendero con pasos pesados, rabiando en silencio mientras se fumaba el cigarrillo.

—¿No eres demasiado joven para estar enganchado al tabaco?

—¿No eres demasiado entrometida por preguntar cosas que no te incumben?

—¿En serio? —Me reí sin ganas—. ¿Tan cabreado estás por haberte pedido que me acompañes a casa?

—No, Molloy —me dijo—. Lo que me cabrea es que ese capullo te haya puesto en la situación de tener que pedírmelo.

Su respuesta fue aguda, cortante y precisa.

—Oye, ya estoy bastante avergonzada —me oí admitir—. No hace falta que hurgues en la herida, Joe.

—Es que debes estar avergonzada —me soltó tirando la colilla—. Por darle a un gilipollas como Paul Rice la oportunidad de tratarte como una opción más.

—Lo que tú digas —farfullé—. No voy a pelearme contigo por esto.

—Porque sabes que tengo razón.

—Pero ¿a ti qué te importa? —le pregunté.

—Nada —escupió con un tono cargado de veneno—. A mí no me importa nada, Molloy.

Sí que le importaba.

Le importaba más que cualquier otra cosa, como me ocurría a mí, pero era demasiado cabezota para admitirlo.

—Bueno, entonces deja de hablar de eso —solté cruzando los brazos sobre el pecho con gesto protector—. Joder.

Joey estuvo callado durante más o menos medio minuto, pero luego suspiró con frustración y afirmó:

—Lo único que digo es que si un gilipollas tratara a mi hermana como le he visto a él tratarte a ti esta noche, te aseguro que no iba a tener otra oportunidad de volver a hacerle esa jugarreta.

—Vaya —exclamé con frialdad—. Joe, si sigues así voy a empezar a pensar que tienes sentimientos.

—Los tengo —respondió al instante—. Por la gente que de verdad me importa.

—Como tu hermana.

—Como mi hermana —confirmó sin una pizca de vergüenza, pese a que era algo que la mayoría de los chicos de nuestra edad no estarían dispuestos

a admitir—. Aunque Shan no es tan boba como para colgarse de un capullo como Rice.

Le miré con los ojos entrecerrados.

—Como si tú fueras un santo en lo referente a las chicas...

Joey se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Nunca he dejado sola a mi novia en un barrio de mala muerte para irme por ahí con mis colegas.

—Porque te niegas a tener novia.

—Algo de lo que Ricey se aprovecha —dijo antes de resoplar—. ¡Teniendo en cuenta que me paso la mayor parte del tiempo cuidando de la suya!

—Anda ya. —Puse los ojos en blanco—. Me has acompañado a casa un par de veces. No es para tanto.

—¿Un par? Deberías volver a contarlas. —Me echó una mirada severa—. ¿Cuántas veces me ha hecho tu viejo acompañarte a casa desde el taller? «Por lo menos media docena».

—¿Cuántas veces te ha tratado ese capullo como si fueras un segundo plato?

Me sonrojé.

—Ay, cállate ya.

—Solo digo que pienses en cómo te ha tratado esta noche. Sobre todo cuando se presente mañana en el instituto con una disculpa de mierda y una ostentosa pulsera nueva o lo que sea que use para retenerte.

—No soy una urraca, Joey —le solté ya muy molesta—. No se me puede comprar con joyas nuevas y brillantes.

—No, solo eres una muñeca —fue su hiriente respuesta—. Un puto maniquí al que Ricey cubre de joyas y mantiene a su lado, siempre con buen aspecto y sin decir nada.

Dejé de caminar.

Dejé de respirar.

Sus palabras me habían herido en lo más profundo.

—Muévete, Molloy —refunfuñó unos metros más adelante, girándose para mirarme—. No te voy a estar esperando toda la noche. Tengo mierdas que hacer después de esto, ¿vale?

—Gilipollas.

—¿Yo?

—¡Sí, tú!

—¿Por qué soy yo el gilipollas?

—Porque has herido mis sentimientos.

—No es verdad.

—¡Claro que sí, Joey!

—Vale —admitió mofándose—. Soy gilipollas. Pero vámonos ya.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Molloy.

—¡No soy ningún maniquí!

—De acuerdo. —Joey movió la cabeza a un lado y a otro—. Lo retiro.
No eres un maniquí.

—Eso ha sido muy cruel.

Se me quedó mirando durante un buen rato y luego lanzó un suspiro.

—Sí, lo sé.

—Discúlpate.

—¿Por qué?

—Por llamarme «maniquí».

—Pero si acabo de decir que no eres un maniquí...

—Eso no es una disculpa.

—Sí que lo es.

Lo miré boquiabierto.

—No, no lo es, Joey.

—¿Por qué no es una disculpa?

—Porque no incluía las palabras «lo siento», gilipollas.

Con expresión confusa (y de evidente hartazgo) mi compañero de clase lanzó un iracundo gruñido.

—Vamos a seguir caminando, ¿vale? Muévete, Molloy. Te lo pido por favor.

Cedí, puesto que me lo había pedido «por favor», y avancé por el espacio que nos separaba para ponerme a su lado una vez más.

—¿No te has disculpado nunca con nadie? —le pregunté.

—Acabo de hacerlo.

—Madre mía. —Estudié su perfil—. No es verdad.

Con el ceño profundamente fruncido, Joey se concentró en el camino que teníamos delante, pero no respondió. El resto del trayecto lo hicimos en silencio y, hasta que no doblamos la esquina de mi calle, no se atrevió a murmurar «Lo siento».

—Vaya. —El corazón me dio un vuelco en el pecho—. ¿Es la primera vez que se lo dices a alguien?

Se encogió de hombros, visiblemente incómodo.

—Es probable.

—Pues gracias —respondí dándole un golpecito con el hombro al llegar a mi verja—. Te perdono.

—Mmm —gruñó a modo de respuesta—. Qué ilusión.

Esboqué una sonrisa vacilante y le propuse:

—¿Quieres entrar?

—No es buena idea —dijo acompañándome obedientemente hasta la puerta. Puede que el chico tuviera mal genio, pero aprendía rápido y no me había dejado en la verja desde la noche en que me mosqueé.

—¿Por qué? —quise saber mientras abría la puerta principal y entraba en el pasillo para encender la luz.

—Ya sabes por qué.

—No, no lo sé.

—Porque tienes novio.

—¿Y? —argumenté—. Te he preguntado si quieres entrar, no si quieres casarte conmigo. ¿Qué pasa? ¿Que por tener novio no puedo ser amiga de ningún chico?

—Molloy, no soy tu amigo.

Solté un gruñido de frustración, le cogí la mano y lo arrastré al interior de la casa.

—Pues yo sí soy amiga tuya, gilipollas. —Cerré la puerta a su espalda y le di un tirón de la capucha—. ¿Lo ves? No era tan difícil, ¿a que no?

—No.

—Además, has estado en mi casa cientos de veces con mi padre.

Tensó la mandíbula.

—Eso es diferente.

—¿Porque él es tu amigo? —me burlé—. Cállate y dame de comer.

—¿Que te dé de comer?

—No sé cocinar, ya lo sabes. —Lo llevé de la mano hasta la cocina, lo acompañé a la nevera y le sonreí ampliamente—. Pero tú sí.

Joey se me quedó mirando con la boca abierta.

—¿Crees que voy a cocinar para ti?

—No, para los dos —lo corregí con la más dulce de las sonrisas.

—No hagas eso —me advirtió.

—¿El qué?

—Sonreírme como si nunca hubieras roto un plato —dijo señalándome con el dedo—. Conmigo no va a funcionar, Molloy. Soy inmune.

Pues claro que iba a funcionar.

—Me encanta el bistec.

—¿Bistec?

Asentí.

—Ajá.

—¿Hay bistec?

—Hay dos bistecs.

Me miró durante un buen rato, sin duda barajando sus opciones antes de soltar una exhalación de contrariedad.

—Pásame la sartén.

—¡Bieeen! —Aplaudí de alegría e hice un pequeño baile de movimientos contoneantes antes de pegar un bote hasta el armario en el que mamá guardaba las ollas y las sartenes—. Me gusta la carne bien hecha.

—Te vas a comer la carne como yo te la dé —refunfuñó Joey mientras buscaba en la nevera lo que necesitaba—. Esto no quiere decir nada, Molloy —agregó—. No has ganado este asalto.

Eché la cabeza hacia atrás y me partí de risa.

—Yo siempre gano, Joe.

18 DE ENERO DE 2001

Esto no es una cita

Joey

No sé cómo ocurrió, pero acabé sentado en el sofá de mi jefe frente a un fuego crepitante, con el estómago lleno y un plato vacío en el regazo, y el hombro de su hija pegado al mío, en lo que, de no ser por aquello, hubiera sido un día de mierda.

No solo había cocinado para ella, sino que además me había convencido para que trajera unos cubos de carbón y encendiera el fuego.

La persuasión era sin duda una habilidad que Aoife Molloy había cultivado hasta perfeccionar.

Aunque era consciente de que no debería estar ahí, no quería comer y salir corriendo como un capullo, así que decidí que media hora era un tiempo razonable para quedarme.

—Bueno. —Transcurridos los treinta minutos, dejé el plato en el brazo del sofá y me di una palmada en los muslos—. Me voy a casa.

—No, no te vas —rezongó ella ensartando su brazo en el mío.

—Molloy.

—No. —Se acercó más, me apoyó la mejilla en el hombro y volvió a centrarse en la película que daban por televisión—. Cállate, anda.

—No puedo estar aquí cuando lleguen tus padres —razoné intentando zafarme, sin conseguirlo, del brazo que me agarraba con una fuerza

inusitada.

—¿Por qué no?

—Porque a tu padre se le iría la puta olla.

—Qué va —dijo con sorna—. Somos amigos, Joe. Puedo invitar a mis amigos a casa cuando quiera.

—No somos amigos, Molloy. Y deja de acurrucarte contra mí.

—Los amigos se acurrucan entre ellos.

—Los amigos no se acurrucan.

—Yo me acurruco con Casey continuamente.

—Bueno, pues te aseguro que yo nunca me he acurrucado con Podge.

—Entonces puedes practicar conmigo. —Se acercó aún más, se hizo un ovillo y con la cabeza se abrió camino por debajo de mi brazo—. ¿Lo ves? Ya eres todo un profesional.

—Vale, ¿esto te parece normal? —insistí absorto con cómo mi brazo de alguna manera había acabado sobre sus hombros—. Te mueves como una anguila, ¿eh?

—Tranquilo, Joe —dijo persuasivamente mientras me apoyaba la cabeza sobre el pecho y me cubría el estómago con el brazo—. Tú mira la película.

—Yo no veo películas.

—Claro que sí.

—Te digo que no.

—Pues ahora sí que las ves.

—Vale. —Exhaló un suspiro de resignación—. ¿Cómo se llama la película?

—Es una película espeluznante de miedo que se llama *Km. 666: Desvío al infierno* sobre un grupo de veinteañeros que se equivocan de camino y acaban siendo perseguidos por unos caníbales que ponen los pelos de punta. Es muy sangrienta y muy gore, con pocas escenas de amor, pero bastante buena.

—Más o menos como esta noche, que me equivoqué de camino y he

acabado en una pesadilla —comenté con sarcasmo—. Tal vez no sea tan espeluznante como esa película, pero cuando mi jefe llegue a casa y me vea acurrucado con su hija, seguro que se produce un baño de sangre.

—Mira, Joey Lynch. —Se irguió, me agarró la barbilla y me giró la cara para que la mirara directamente—. Yo te vi primero. Eres amigo mío, no suyo. Así que deja de preocuparte por mi padre y empieza a hacerme caso a mí.

—Técnicamente, fue tu padre el que me vio primero...

—Eres mío, ¿vale?

—No soy tuyo, pero da igual. —Con un resoplido, probé a cruzarme de brazos, pero Molloy se limitó a aclararse la garganta en tono expectante—. Accedo a estar aquí, a quedarme a ver la puta película, pero no nos vamos a acurrucar.

—Deja que me acurruque.

—No.

—Hazlo.

—No voy a hacerlo, Molloy.

—Joey, deja que me acurruque.

—Te he dicho que no.

—O me dejas que me acurruque o me pongo a gritar.

—Por el amor de Dios, ¡vale! —espeté levantando el brazo para que se acurrucara contra mí—. Ya está. Nos estamos acurrucando. ¿Estás contenta?

—Lo estaré enseguida —aseguró entre carcajadas al tiempo que se acercaba para poner sus largas piernas sobre mi regazo—. Cuando hagas una cosa más por mí.

—¡Virgen santa!, ¿el qué?

—Di que somos amigos.

—Molloy.

—Dilo, Joe.

—¿Por qué?

—Porque es importante.

—¿Para quién?

—Para mí.

«Por Dios».

Revolviéndome de incomodidad, dejé caer los hombros y murmuré:

—Somos amigos.

—¿Cómo dices?

—Somos amigos.

Se rio.

—Esperaba que dijeras algo así como «Aoife, eres la mejor, más querida, sexy y encantadora amiga del mundo».

—No tientes a la suerte.

—Pero soy tu preferida, ¿verdad? —Con un tono burlón en la voz, dijo —: ¿Tu amiga preferida?

—¡Sí, vale! Como quieras. Dios... —gruñí poniendo los ojos en blanco —. Eres mi amiga preferida y tus piernas también son mis preferidas.

—Bueno, ¿ves?, no ha sido tan difícil. —Se rio mientras alzaba la mano para acariciarme la mejilla—. Y, para que lo sepas, Joe... —Se inclinó hacia mí y me plantó un beso en la cara—. Tú eres mi amigo preferido y todo lo que hay en ti también son mis cosas preferidas.

«Ufff, mierda».

11 DE MARZO DE 2001

Tranquilo, tío, no es para tanto

Joey

¿Eso que dicen de que la pereza es la madre de todos los vicios? Sí, creo que podría ser cierto.

El domingo era el único día de la semana en que no tenía que ir a trabajar, al instituto o a entrenar. Excepto algún partido ocasional, era libre de hacer lo que quisiera. El problema era que no se me daba bien no hacer nada. Cuando menos control tenía era precisamente cuando no sabía qué hacer.

Mano sobre mano y sin nada en lo que ocupar mi frenética mente, salí a buscar problemas y los encontré a base de compartir unas cuantas rayas de coca con Shane y los muchachos.

El subidón temporal fue fantástico.

Me sentía en la cima del mundo.

Sentía que podía correr una maratón y ganarla.

Sentía que no había nada que no pudiera hacer.

El único fleco suelto de ese domingo tan perfectamente planificado fue que se me olvidó que tenía que jugar un partido. Varias horas más tarde, tras un bajón de los duros, me sentía como una mierda.

Durante todo el partido, mi corazón no había dejado de acelerarse violentamente; retumbaba tan alto y tan fuerte contra el esternón que el

sonido me llegaba hasta los oídos. Distráido e inquieto, la fui cagando por todo el campo, ya fuera por darle toques a la sliotar durante demasiado tiempo o por no estar en la posición de defensa que correspondía, y solo había conseguido anotar dos míseros puntos en los sesenta minutos de juego.

En las gradas había un seleccionador de las ligas menores del condado de Cork, y yo la había pifiado.

El hecho de saber que mi padre también se encontraba en algún punto de las gradas, observando mi pésima actuación y pensando cuál iba a ser mi castigo por decepcionarle, me hizo sentir un millón de veces peor.

Completamente abatido y estresado de cojones, me arranqué el casco en cuanto el árbitro pitó el final del partido y me fui como un loco hacia el vestuario, haciendo caso omiso de algunas palmadas que recibí en el hombro por parte de mis compañeros.

Dejé el hurley y el casco encima de la bolsa de deporte, me llevé una mano a la nuca y me quité la camiseta de un tirón, ajeno al parloteo que había a mi alrededor. Ardiendo de calor tras haberme pasado la última hora corriendo por el campo, lancé un hondo suspiro y agarré bruscamente la botella de agua.

—Buen trabajo, chicos —afirmó Eddie, el entrenador de nuestro club, mientras daba una palmada al entrar en el vestuario unos minutos después—. Ha sido una victoria significativa. Los chavales del St. Pat's son un equipo duro. Nunca caen sin luchar, así que podéis estar orgullosos de vosotros mismos por haberos ganado la victoria a pulso.

Desenrosqué el tapón de la botella y me eché el contenido por la cara y el cuello, sintiendo un alivio inmediato cuando el agua comenzó a enfriar mi acalorada piel.

—Buen partido —dijo una voz que me sonaba familiar e hizo que girara la cabeza lo suficiente para ver nada más y nada menos que a Paul Rice, el novio de Molloy. Estaba sentado en el banco que había junto a mí, recién

duchado y con una toalla colgada alrededor de la cintura—. Creía que ibas a marcar ese gol en la segunda parte.

—Ya —asentí volviendo a meter la botella en la bolsa y cogiendo una toalla—. Yo también.

Sin duda, la bola que había estado tan cerca de entrar se volvería en mi contra en cuanto llegara a casa.

—Pero has jugado un buen partido —opinó Ricey mientras se vestía—. El último tiro fue bueno. Llegué a pensar que iban a irse de rositas...

—He jugado mal —repuse cortándole—. No intentes maquillarlo.

—¿Tú qué problema tienes? —exigió pasándose una mano por el pelo oscuro—. Hemos ganado, ¿no?

—Mi problema eres tú —solté como un resorte erizado por la tensión—. Pensé que había quedado claro el año pasado.

—¿De qué coño hablas?

—No me gustas, gilipollas. No me gusta cómo hablas, no me gusta cómo actúas, y te aseguro que no me gusta una mierda cómo tratas a tu novia. Tal vez compartamos equipo y vayamos a la misma clase, pero eso es todo —añadí—. No creas que porque tolero tu presencia tienes vía libre para hablar conmigo de otra cosa que no sea el hurling.

—¿En serio? —Vi cómo su expresión cambiaba al caer en la cuenta—. ¿Todavía no se te ha pasado lo de aquella pelea que tuvimos?

Por supuesto que no se me había pasado.

—Joder, Lynchy. —Movié la cabeza con frustración—. Eso fue hace un año, y Aoife ya lo ha olvidado, ¿por qué no haces lo mismo?

—Peor para ella —contesté sin emoción—. Supongo que no te conoce tan bien como yo.

Su ceño se frunció.

—¿Eso qué se supone que significa?

—Significa que sé que eres un cabrón —respondí antes de tomar la decisión de no ducharme. A la mierda, ya me daría una ducha luego en casa.

Metí el equipo en la bolsa, cogí un par de sudaderas y me las puse—. Y no muy discreto, además.

Sus oscuros ojos se abrieron como platos cuando lo comprendió.

—¿Te refieres a Danielle Long? Porque no pasó nada entre nosotros, lo juro...

—Pero porque ella no quiso. —Me puse una camiseta limpia, me calcé las zapatillas y me eché la bolsa de deporte al hombro—. Sí, capullo, vi los mensajes de tono sexual que le enviaste a mediados de febrero. Todos y cada uno de los muchos que le enviaste. —Deslicé mi hurley por los orificios del casco, cogí el mango por el medio y le lancé una mirada incisiva—. Te tengo en el punto de mira, pequeño pervertido.

—¿Qué hacías revisando el teléfono de Danielle?

—Me los enseñó ella —respondí—. Justo mientras me pedía que te diera un mensaje de su parte. —Lo miré con expresión amenazante y le dije—: ¿Necesitas que te lo explique en detalle o ya te haces a la idea?

—Eran mensajes de broma —se defendió con una risa falsa—. Para divertirme con los colegas.

—Claro que sí —convine impertérrito—. Ya te he dicho que el viejo de Molloy es muy buen amigo mío. Si jodes a esa chica, me lo tomaré como un insulto personal.

—Tranquilo, chaval. No es algo tan profundo —resopló Ricey a la defensiva.

—¿Y Aoife lo sabe? —contesté como una bala.

—No he hecho nada malo —refunfuñó—. Solo fueron unos cuantos mensajes. No hablé mal de la chica y, además, Aoife y yo no estábamos juntos por aquel entonces.

—Basándonos en esos mensajes que le enviaste a su amiga, creo que es evidente que Aoife y tú no deberíais estar juntos nunca.

—Ah, claro, eso te iría de perlas, ¿no? —afirmó—. Estarías encantado, ¿verdad, Lynchy?

—¿Sabe ella que has estado tonteando con muuuchas otras chicas a sus espaldas?

Entrecerró los ojos.

—Eso es mentira.

—Tú sí que eres una mentira —escupí señalándole con el dedo—. Te tengo calado, Ricey. Sé perfectamente cómo eres, gilipollas.

—Y yo te tengo calado a ti —masculló poniéndose en pie—. Al menos ten las pelotas de admitir por qué te interesa tanto mi vida amorosa.

Enfurecido, di un paso hacia él, y luego tuve que respirar hondo para no liarme a hostias, para no arremeter contra ese cabrón y estrangularlo... Pero no me resultaba fácil.

—Es la hostia de evidente, tío. —Entornó los ojos—. Estás celoso porque estoy con ella.

—Sigue hablando —le advertí mientras mi pecho subía y bajaba rápidamente a causa de la ira—. ¿A que no te atreves?

—Hey, hey, hey —intervino Eddie tras percatarse de la palpable tensión mientras venía a ponerse entre nosotros, seguido por otros miembros del equipo, Podge incluido—. ¿Qué está pasando aquí, chicos?

—Ese rencor que me guardas no tiene nada que ver con que seas amigo de su padre —dijo Ricey con una sonrisa burlona—. Tu problema conmigo es que me llevé a la chica que te ha gustado desde el día uno. Está conmigo, no contigo, y eso hace que te subas por las putas paredes.

—Ya basta, chicos. Somos todos del mismo equipo.

Cada poro de mi cuerpo emanaba furia mientras apretaba los puños a los lados y me obligaba a no reaccionar.

—Si me gustara tu novia, ella estaría conmigo, gilipollas.

—¿Que estaría contigo? —Rice echó la cabeza hacia atrás y se rio, todo subidito ahora que el entrenador y la mitad del equipo estaban cerca para salvarlo—. Hablas por hablar, Lynchy. Mi Aoife no se pararía ni a mirar a un desgraciado como tú. Es una buena chica, a veces hasta demasiado. Así

que no confundas su amabilidad con otra cosa que no sea sentir pena por el patético hijo miserable de un borracho fracasado. Ya es lo suficientemente lamentable que su padre te tire la carne de las sobras como a un perro callejero hambriento...

—¡Eres un puto hombre muerto!

—Déjalo —se apresuró a decir Podge colocándose con astucia delante de mí y apartándose del capullo con ganas de morir—. No vale la pena, Joe.

«No, pero ella sí».

Joder, ¿de dónde ha salido ese pensamiento?

—Venga, chico —intervino Eddie cogiéndome por la nuca con su robusta mano y tratando de encaminarme hacia la puerta—. Tienes que calmarte.

—No hagas eso —gruñí zafándome de su mano con el pecho agitado y la carne de gallina debido al contacto, a la multitud de recuerdos que me venían a la mente después de que me agarraran de esa manera—. ¡No vuelvas a tocarme así, joder! —le advertí temblando mientras me llevaba la mano a la nuca y me la acariciaba—. Nunca más.

—Está bien, Lynch —respondió Eddie con calma levantando las manos y retirándose hacia atrás—. Solo quiero que salgas y te tomes un respiro. Por tu propio bien, eso es todo. Hay un seleccionador fuera que quiere hablar contigo y, si te ve perdiendo los nervios así, te quedarás sin opciones de que te llamen para jugar en las ligas menores.

—Como si me importaran una mierda las ligas menores... —solté mientras retrocedía hacia la puerta. Levanté la mano, todavía sosteniendo mi hurley, y señalé a Ricey—. Cuando nos volvamos a ver, no tendrás una habitación llena de gente para que te proteja.

—Mira cómo tiemblo.

—No hace falta que tiembles, gilipollas. Simplemente encomiéndate a la Virgen porque te voy a enterrar.

Dicho eso, giré sobre mis talones y salí a zancadas del vestuario dando un sonoro portazo tras de mí.

Me volví tres veces hacia el vestuario, dos para ir a matar a Ricey y otra para hablar con el seleccionador, antes de lograr mantener a raya mi genio.

Lancé un gruñido lleno de rabia, le di una patada a la gravilla y meforcé a alejarme. No tenía ni la paciencia ni la capacidad mental necesarias para soportar ningún tipo de conversación sobre mi futuro. Además, el hurling era un deporte amateur y, aunque comprendía el gran honor que suponía que te eligieran para jugar en tu condado, tampoco es que fuera a ayudarme a pagar ninguna factura.

Ahora bien, si hubiera nacido con dinero, podría haber jugado al rugby como esos pijos capullos del Tommen y habría tenido la oportunidad de ganar una considerable cantidad de pasta por poner mi cuerpo en peligro.

—Veo que has sobrevivido al partido sin lisiar a nadie —me dijo una voz familiar sacándome de mis pensamientos—. Y además te las has arreglado para marcar. Eres un superdotado.

Llevé la vista de un lado a otro hasta que mis ojos se posaron en las increíbles putas piernas de Molloy, que colgaban de la pared en la que estaba encaramada.

Entorné los ojos para protegerlos del sol de la tarde y la miré.

Llevaba un enorme jersey blanco y unos vaqueros ajustados, y chupaba un polo de fresa mientras me sonreía.

—Buen tanto de partido, por cierto.

—Buenas piernas.

Con sonrisa traviesa, le dio otro lametón al polo y preguntó:

—¿Tienes algún plan para esta noche?

—¿Por qué?

—¿Quieres decir con «por qué»?

—«Por qué» significa «por qué», Molloy.

—¿Quieres ir a dar una vuelta?

—¿Contigo y con él? —Resoplé—. Joder, no, gracias.

—Venga, Joe —dijo en tono juguetón mientras sus verdes ojos bailaban

con picardía—. Paul puede ser el aguantavelas.

—Muy graciosa.

Puso los ojos en blanco y soltó una carcajada.

—Ay, no seas tan gruñón.

—¡Joey! —exclamó un coro de jóvenes voces.

Ollie y Tadhg venían hacia mí gritando.

—Estuviste de categoría, tío.

—Sí, fuiste el más mejor —convino Ollie rodeándome la cintura con los brazos—. Buen trabajo, Joe.

—Gracias, chicos.

Le di unas palmaditas a Ollie en su pequeño hombro y solté el hurley para que Tadhg pudiera cogerlo y examinar si tenía grietas o había sufrido daños, como hacía después de cada partido.

—¿Quiénes son estos pequeños clones tuyos? —preguntó Molloy fijando sus curiosos ojos verdes en mis hermanos—. No me digas que tienes una esposa y una familia secretas y me lo has estado ocultando.

Puse los ojos en blanco.

—Son mis hermanos, genio.

—Me llamo Ollie —saltó mi hermano pequeño antes de que pudiera presentarlos—. Y ese es Tadhg —añadió señalando a Tadhg, que trasteaba con mi hurley—. Este es Joe. Es nuestro hermano mayor. —Arqueando la cabeza hacia atrás, preguntó—: ¿Tú quién eres?

—Me llamo Aoife —respondió con una risita—. Y, sí, ya conozco a vuestro hermano mayor. Va a mi clase en el instituto.

—Joe, ¿es amiga tuya? —inquirió Ollie volviendo la vista hacia mí—. Es guapa.

—Claro que soy su amiga, Ollie. Y creo que eres encantador por llamarme «guapa». —Desvió la mirada hacia mí y me guiñó un ojo—. Joey también piensa que soy guapa.

—Guapamente molesta —murmuré por lo bajo.

—Eso es porque es verdad —declaró Ollie con una sonrisa de medio lado—. Buah, es que es muy muy guapa, Joe.

—Echa el freno, semental —refunfuñé mientras buscaba en el bolsillo delantero de mi bolsa el billete de diez que siempre guardaba allí—. Toma —dije apretándoselo contra la mano para tratar de conseguir un minuto de paz—. Sube a la tienda y compra una tableta de chocolate para ti y para Tadhg.

—Buah, gracias, Joe. ¡Hey, Tadhg! —bramó Ollie corriendo en dirección a nuestro otro hermano, que estaba dando toques con una sliotar en la pared algo más arriba—. ¡Joey nos ha dado un billete de diez!

—Genial —le oí decir a Tadhg, que ya se había olvidado del hurley mientras Ollie y él corrían hacia el quiosco del pabellón.

—¡Quiero que me traigáis el cambio! —les grité.

—Son adorables —dijo Molloy captando de nuevo mi atención—. No han venido solos, ¿verdad?

—Se hacen querer, la verdad —murmuré buscando con la mirada entre la multitud que se dispersaba, notando cómo una reconocible sensación de fatalidad inminente se instalaba en lo más profundo de mi estómago—. Y no, han venido con nuestro padre.

—¿Tu padre es el grandullón con el que te veo hablar a veces después de los partidos?

—El mismo.

—¡¿Nena?! —Oí gritar a Ricey, y ambos giramos la cabeza al unísono y nos lo encontramos fuera del vestuario con expresión de hartazgo—. ¿Vienes o qué?

—Sí, dame un segundo —respondió ella dando un salto desde la pared y aterrizando demasiado cerca de mí como para que me sintiera cómodo—. ¿Seguro que no quieres venir?

—Sí, Molloy, estoy seguro.

—Te quiero allí con nosotros.

«Yo también te quiero...».

—No me interesa.

—De acuerdo, Joe. —Suspirando profundamente, me dio unas palmaditas en el hombro—. Te veo mañana en el insti, ¿vale?

—Sí. Nos vemos mañana.

Frunciendo el ceño, la seguí con la mirada mientras se largaba por el mismo camino por el que yo acababa de venir.

«El camino que la llevaba hacia él».

Que casualmente era el mismo camino por el que ahora se aproximaba mi padre con una cruda expresión dibujada en el rostro.

«Mierda».

15 DE MAYO DE 2001

Enhorabuena

Joey

«Hacía un tiempo de mierda y me quería morir...».

«El cielo estaba negro y yo estaba cabreado...».

«Nada de eso importa porque no es lo que nos da de comer...».

Lancé el cuaderno de Inglés al otro lado de la habitación y me di por vencido con la redacción que había estado intentando escribir. Mientras contemplaba la agenda de los deberes como si fuera la mismísima encarnación del diablo, reprimí las ganas de gritar.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Hacer los putos deberes sentado en la cama, ni más ni menos. Contemplé la pared que tenía enfrente y suspiré con aire de derrota.

¿A quién pretendía engañar?

Daba igual si acababa o no la redacción de esa noche. No iba a ir a la universidad, no iba a ir a ninguna parte, y los profesores no podían hacer una mierda para hacerme sentir peor de lo que ya me sentía al respecto.

El sonido de mi estómago rugiendo de hambre me sacó al instante de mis deprimentes pensamientos, y me puse en pie, sabiendo que tarde o temprano tendría que enfrentarme a él.

Además, tenía que estar en el trabajo al cabo de una hora.

«Después, Joey».

«Después siempre es mejor cuando se trata de él».

—A la mierda —gruñí para mis adentros—, vas a morir joven de todos modos, así que por qué no ponerme un sello que diga «urgente».

Me quité el uniforme del instituto y me enfundé la ropa de trabajo antes de colocarme en el descansillo. Ignorando el hedor a meado y a whisky, bajé las escaleras, tratando de mostrarme lo más frío e indiferente posible ante mis padres.

Esa era mi única salvación. Solo así podía protegerme del capullo de cuyo capullo había sido concebido.

«Si no te importa, nada de lo que haga podrá hacerte daño».

En cuanto dejé atrás el último peldaño de la escalera, los oí discutir en la cocina. Para mi sorpresa, esta vez no era yo la palpitante causa de la decepción. Ese día le tocaba el turno a Shannon.

—¡No va a ir, Marie! —gritó mi padre haciendo una bola con un montón de papeles y lanzándoselos a mamá por encima de la mesa—. ¡Ni hablar!

—Pero es tan callada, Teddy... —dijo mamá tratando de persuadirlo—. Tan tímida. Nunca lo conseguirá. Ya le cuesta salir adelante en la escuela primaria.

—Pues tendrá que superarlo —respondió papá sin pestañear—. Ella no es mejor que los demás. No la voy a enviar a un colegio privado cuando los chicos van a un instituto público.

—Puedo hacer turnos extras en el trabajo —se apresuró a decir mamá—. No me importa. Lo pagaré yo...

—¡He dicho que no! —bramó papá—. Punto final. Quítatelo de la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras entraba en la cocina.

—Tu madre cree que tu hermana tiene que ir a un colegio privado el año que viene, cuando acabe primaria —me explicó papá, que para variar estaba sobrio—. Cree que es demasiado sensible para ir al instituto público de Ballylaggin.

Y así era.

A Shannon le costaba mucho encajar con la gente, lo pasaba como el culo, y yo a menudo me preguntaba qué sería de ella cuando empezara la secundaria. Sinceramente, era un pensamiento que me paralizaba de terror, así que intentaba alejarlo de mi cabeza.

Como la retuvieron en el jardín de infancia, Shannon iba tres años por debajo de mí en el colegio, así que cuando al año siguiente tomáramos caminos diferentes al traspasar las puertas del instituto de Ballylaggin, ella como alumna de primero y yo como alumno de cuarto, no tendría a nadie que la cuidara, y eso era algo que ella necesitaba desesperadamente.

Las chicas de su clase en la escuela primaria eran tóxicas y le habían hecho pasar un infierno desde que era un bebé, pero es que esas eran púberes. Las adolescentes a las que tendría que enfrentarse cuando empezara la secundaria serían harina de otro costal.

Mi hermana tenía un par de amigas; recordaba especialmente a una chica muy maja llamada Claire que sin duda iría al Tommen al acabar la primaria uniéndose así a su hermano Hughie, que jugaba al rugby.

Por desgracia para Shannon, a ella le tocaría ir al instituto público de Ballylaggin conmigo.

No podía hacer mucho por ella, aparte de defender su honor hasta que me expulsaran un tiempo, cosa que sin duda acabaría ocurriendo. Algún día mi hermana iba a tener que empezar a defenderse.

—¿Cuánto cuesta ir al Tommen? —pregunté asaltando la nevera en busca de un paquete de jamón york.

—Varios miles al año —respondió mamá—. Pero, al parecer, es una escuela fantástica. Y tengo un año entero para ahorrar para la matrícula. Aún está terminando quinto de primaria, así que me queda tiempo de sobra para organizarlo. Estoy convencida de que sería el mejor lugar para ella...

—La escuela comunitaria local no tiene nada de malo —dijo papá con desaire soltando un bufido—. Es gratis y los dos fuimos allí, Marie. Y fíjate

en Joey. Le va estupendamente. Está que se sale con el hurling. Ya está entrenando con el equipo de menores y tampoco necesitó una puta educación de lujo en el Tommen para llegar ahí.

—Sí —afirmó mamá con cautela—, pero Joey no es Shannon.

—Gracias a Dios —murmuró papá.

Me tensé, incómodo por el inusual cumplido, acabé de prepararme un bocadillo de jamón y cogí una lata de Coca-Cola de la nevera. Intenté mantener la cabeza fría, adoptar una actitud calmada y controlar mi mal carácter. Nunca me había resultado fácil, y cada segundo que pasaba en su compañía me costaba más y más.

No me gustaba ni que mi padre me hiciera cumplidos ni que me hablara como un ser humano civilizado. Quizá era algo enfermizo, pero prefería sus insultos de borracho y sus bofetadas furiosas. Al menos sabía a lo que atenerme.

Llevaba tres semanas sin beber y sabía que era cuestión de tiempo que volviera a las andadas. Porque mi padre era alcohólico.

La adicción dominaba su vida. Ese era el patrón por el que se guiaba, y yo lo odiaba por ello. Pero no tanto como me odiaba a mí mismo por seguir sus pasos.

Un canuto para dormir, una raya para ser funcional y cualquier otra cosa que cayera en mis manos para escapar. Ese había sido mi mantra durante mucho tiempo.

Sabía que era demasiado joven para ir precisamente por ese camino, pero, en honor a la verdad, no tenía ninguna otra opción a la que aferrarme.

En mi cabeza era morir o drogarme.

Y había demasiada gente que dependía de mí para no morir.

«Joder».

Alejando de mi cabeza cualquier pensamiento de autodesprecio para no estallar y cometer alguna imprudencia, me volví hacia mis padres y les dije:

—Creo que deberíais enviarla allí.

—¿Al Tommen? —preguntó mamá en tono esperanzado.

—Sí —asentí masticando un bocado de mi sándwich—. Sería bueno para ella. Tienes razón, mamá. A Shannon se la comerán en el Ballylaggin.

—¿Y cómo propones que financemos esa escuela privada de varios miles de euros al año? —preguntó papá desviando hacia mí su mirada.

—Ostras, no sé —repliqué señalándome el mono lleno de manchas de aceite—. Tal vez moviendo el culo y buscando trabajo como hacemos los demás.

—Ay, Joey —suspiró mamá dejando caer la cabeza entre las manos mientras mi padre se ponía de pie tan rápido que la silla en la que estaba sentado se deslizó por los azulejos de la cocina.

—¿Qué coño me acabas de decir, cabroncete de mierda?

—¿Necesitas un sonotone o qué? He dicho que muevas el culo y te pongas a buscar trabajo. —Sin intención de mantener la boca cerrada o simplemente incapaz de hacerlo, continué firmando mi propia sentencia de muerte—. Lo creas o no, hay muchos por ahí. Es verdad que todavía no he oído hablar de ninguno que pague bien por tu especialidad. En tu defensa debo decir que no tiene que ser fácil encontrar un pub que te pague por sostener su economía, por muy experto que seas en eso.

No intenté esquivar el puño que me estrelló contra la mandíbula.

La cabeza se me fue hacia atrás debido a la fuerza del impacto. El dolor que me infligieron sus nudillos me dejó sin aire en los pulmones, pero no permití que lo viera. Prefería morir antes que exponer un ápice de vulnerabilidad frente al hombre al que tenía la desgracia de llamar «padre».

Respirando de forma rápida y dificultosa, me apresuré a pasarme la lengua por los dientes para evaluar los daños mientras el reconocible sabor metálico de la sangre me inundaba la boca. Mi cuerpo era un mapa de cortes y hematomas, cicatrices y deformaciones. Nada iba a cambiar. Nadie iba a preguntar y yo tampoco iba a contarle... porque no podía. Parecía que la norma era que lo aceptara sin rechistar. Además, si yo me llevaba la peor

parte de su mal humor, eso quería decir que ellos se libraban... que mamá se libraba.

Mi padre era un hombre corpulento, y los puñetazos que lanzaba tenían una fuerza de la hostia. Eran lo suficientemente potentes como para dejarme fuera de combate, pero no tanto como para hacerme callar.

—¿Eso es todo? —Como un masoquista suicida, me reí en su cara—. Te estás ablandando, viejo.

—Teddy, no —suplicó mamá apresurándose a interceptar el brazo de su marido antes de que volviera a tomar impulso—. No es más que un crío.

—No me hagas favores —dije en tono de burla odiándola por defenderme. Joder, ella no me quería. Pensaba que yo era igual que él—. No necesito que hagas una mierda por mí.

—Cuidado con lo que dices, mamoncete —me advirtió mi padre agarrándome la camiseta con su robusta mano—. No le hables así a tu madre. Y menos en su estado.

—¿Así cómo? ¿Como le hablas tú? —Me reí y lo aparté bruscamente de un empujón, rebobinando al instante cuando caí en la cuenta de lo que había dicho—. Espera, ¿qué quieres decir con «en su estado»...? —Levanté una mano embargado de repente por una sensación de asfixia mientras las paredes se cerraban sobre mí—. No lo digas. —Mareado, clavé la vista entre ellos hasta que, de mala gana, mis ojos se posaron en su estómago—. No lo digas, joder.

Mamá se puso la mano sobre el vientre, que estaba ligeramente abultado, y a mí me entraron ganas de morirme.

—Vamos a tener otro bebé, Joey.

«No».

—Salgo de cuentas en noviembre.

«No».

—Los médicos creen que será otro niño.

«Por favor, Dios, no me jodas».

—Joey, esta vez va a ser diferente —añadió mamá de inmediato dando un ligero respingo cuando papá la rodeó con el brazo—. Tu padre ha dejado la bebida. Esta vez para siempre. Nos estamos ocupando de todo... —Se le entrecortó la respiración y tuvo que carraspear antes de decir muy bajito—: Este bebé nos ayudará a empezar de cero.

«Mentirosa».

«Mentirosa».

«Mentirosa».

Se supone que no debían hacerse bebés para tapar las grietas de los matrimonios, pero este iba a ser exactamente eso. De hecho, es lo que éramos todos nosotros: enyesados temporales con los que cubrir las grietas de la relación disfuncional de nuestros padres.

Anestesiado, contemplaba el rostro de mi madre mientras se apoderaba de mí un nuevo nivel de destrucción.

—¿Ha sido planeado?

Mamá abrió la boca para responder, pero él se le adelantó.

—Lo planeamos entre los dos —soltó—. Entonces ¿no tienes nada que decirnos a tu madre y a mí?

—Felicidades —contesté con un tono mortecino que reflejaba muy bien cómo me sentía en ese momento. Negando con la cabeza, les pasé por el lado y me dirigí hacia la puerta, recogiendo mi bolsa de entrenamiento por el camino—. Trabajo hasta las seis y media, y luego tengo un partido, así que llegaré tarde a casa.

—Esta vez va a ser diferente, Joe —dijo mamá elevando una voz llena de emoción—. Te lo prometo.

—Ya —susurré antes de cerrar la puerta principal tras de mí.

Porque esta vez no tenía intención de acordarme de nada.

Ni siquiera durante un puto segundo.

Para cuando llegué al trabajo, mi humor era tan sombrío que, francamente,

no me veía capaz de soportar ni una insignificante gilipollez más.

Sin embargo, eso fue justo lo que recibí en cuanto entré al taller y me encontré nada más y nada menos que a Molloy cogida de la mano del perrito faldero de su novio.

Qué maravilla.

Qué puta maravilla.

—Hola, Joe —dijo Molloy con una sonrisa radiante en cuanto entré en el edificio y se percató de mi presencia.

Asentí con frialdad.

—Molloy.

—Joey, chaval —dijo Tony sonriendo—. ¿Cómo estás?

—Genial, Tony. Perdona que llegue tarde —murmuré pasándoles por el lado para ir a guardar el hurley, el casco y la bolsa de deporte al despacho.

No estaba de humor para jugar ningún partido esa noche, pero, a veces, los encuentros para los que no estaba en forma acababan siendo los mejores. Desde luego, me encontraba lo suficientemente cabreado como para que así fuera.

De nuevo centrada en su conversación, Molloy charlaba y se reía con su padre, mientras el capullo de Paul permanecía a su lado como... bueno, como un capullo prescindible.

Ese día llevaba suelto su increíble pelo rubio, que le caía suavemente hasta la mitad de la espalda, y juro que nunca había visto nada igual. Como un ángel con las alas sucias, batía sus largas pestañas en dirección a su padre escondiendo esa lengua viperina que yo sabía que poseía mientras interpretaba el papel de niña de papá y de buena chica en general.

Pero ella sabía que no era así.

Y yo también.

Me recordaba a uno de esos hermosos y exóticos pájaros enjaulados que hay en las tiendas de animales: fuera de lugar y con ansias de libertad.

Por alguna razón, dudaba que la consiguiera paseándose de la mano con

un estirado como el puto Paul Rice.

Al principio, había supuesto que Molloy intentaba sacar algún tipo de provecho con respecto a mí al salir con mi compañero de equipo. Se había enfadado porque no le prestaba atención, y ella no era de esa clase de chicas que se ataban a nadie. Estaba convencido de que su relación era su forma de provocarme.

El problema era que habían pasado quince meses desde que aceptó salir con él y, aunque habían estado más tiempo separados que juntos y él la trataba como a una mierda, ella siempre volvía con él.

Eso me desconcertaba.

Me dolía, joder.

Sabía que no tenía derecho a sentirme de ninguna manera al respecto, pero eso no impedía que me sintiera de todas y cada una de las maneras posibles. ¿Qué coño hacía con un tío como Paul Rice? Era demasiado aburrido para ella y su gancho de derecha no valía una mierda.

No me quedaba más remedio que dominar la técnica de fingir que no sufría al verla con él. Así que, como hacía siempre que ella entraba en el taller presumiendo de su fantástico novio de mierda, soporté la sensación de apuñalamiento en el estómago como un campeón y seguí a lo mío.

Vibrando a causa de la tensión, me puse a trabajar de inmediato clasificando una pila de neumáticos según el estado de su dibujo. Logré ignorar a la pareja que jugaba a la familia feliz a mis espaldas y dejé que mis pensamientos volaran hacia mi madre.

Otro bebé.

Nacería en noviembre.

Eso quería decir que solo tendría tres años cuando yo cumpliera los dieciocho.

Estaría dejando atrás a un niño pequeño cuando me largara de aquella puta casa.

«Madre de Dios».

Sentí un escalofrío y apreté tanto la mandíbula que me hice daño en los dientes.

Me había prometido a mí mismo que resistiría hasta que terminara el instituto. Para entonces tendría dieciocho años y medio. Me quedaría en casa y cuidaría de mis hermanos hasta ese momento. Podía hacerlo. Podía aguantar hasta entonces. Pero después, una vez que hiciera los exámenes de acceso a la universidad, me largaría de allí.

Lo tenía todo planeado en mi mente.

Conseguiría un segundo empleo, algo a tiempo completo y que estuviera bien pagado, y con el dinero daría un depósito para alquilar un piso barato de una habitación. Shannon vendría conmigo. Ella se quedaría con el dormitorio y yo con el sofá. Sería pequeño y sencillo, pero nuestro.

Unos meses después, cuando hubiera ganado algo más de dinero, nos mudaríamos a un piso más grande, y Ollie y Tadhg se vendrían con nosotros. Para entonces tendrían once y trece años, respectivamente, edad suficiente para cuidarse ellos solos.

El plan que tenía en la cabeza no incluía en ninguna parte tener que cuidar de otro hermano, y menos aún de un niño pequeño.

No podría hacerlo.

Tendría que trabajar durante el día, y quizá también algunas noches.

No podría cuidar del bebé.

Pero tampoco podía dejar que ellos lo hicieran.

«Por el amor de Dios».

TERCERO

1 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Nuevos baños y viejos errores

Aoife

—¿Dónde quieres que tire la vieja?

Esa voz tan familiar me hizo despertar de golpe, así que me incorporé en la cama estirando el cuello para oír mejor.

—Tírala en el patio de fuera. —Esa era la voz de mi padre—. Ya la cargaré luego en la furgoneta y la llevaré al centro de reciclaje.

—¿Estás seguro? —Abrí los ojos horrorizada al oír la segunda voz—. Es una bañera de hierro. Podrías sacarle algo si se la llevas a Timmy Murphy a Glenmore. Hace trapicheos con la chatarra.

—Tiene una hija que va al mismo curso que tú y los mellizos, ¿no?

—Neasa. Sí, va a mi clase. Oye, si quieres le doy un toque. Puede darte unos veinte por ella.

—No, este armatoste está en las últimas. Está oxidado por debajo. No me sacaría ni lo que vale el diésel que gastaría en llevarlo hasta allí.

«Ay, Dios».

—De acuerdo.

«¡No puede ser!».

—Bien hecho, Joey. ¿Puedes bajarla tú solo?

«¡Pues sí!».

—Claro, Tony, sin problema. Aunque hoy me tendré que ir sobre las tres.

Tengo un partido en el pabellón.

«Papá lo ha traído a casa».

—Madre mía, hijo, estás fuerte como un toro. Y ningún problema. Terminaremos antes de esa hora.

«¡Otra vez!».

Y a mí parecía que me habían arrastrado por una zanja.

«Perfecto».

La perspectiva de ver a Joey después de pasarme todo el verano sin verle la cara como todas las mañanas de clase me llevó a apartar la colcha de un tirón y saltar de la cama, con la mala suerte de que me caí al suelo de bruces de una forma memorable golpeándome el dedo del pie con la esquina metálica del somier.

—¡Madre del amor hermoso! —chillé junto con todo un repertorio de coloridas palabrotas. Al ponerme boca arriba, dejé escapar un sonido penetrante y sofocado mientras me agarraba el pie para sujetármelo—. ¡Ay, ay, ay...!

Entonces la puerta de mi habitación se abrió hacia dentro y vi la expresión preocupada de mi padre, que me miraba desde el umbral.

—¿Qué haces, Aoife? ¡Por el amor de Dios! —me preguntó llevándose una mano al pecho—. Con esos ruidos creía que había un gato en celo en tu habitación.

—No hay ningún gato. Solo... estoy yo —murmuré dejando caer la cabeza contra la alfombra de mi cuarto, con el orgullo (y el dedo del pie) herido—. ¿Qué estáis haciendo?

—Joey me está echando una mano para cambiar el viejo cuarto de baño —explicó papá—. Tu madre quiere sacar la bañera y poner una ducha eléctrica.

—Suena caro —contesté preguntándome cómo es que podíamos permitirnos un cuarto de baño nuevo—. ¿Qué tiene de malo el que tenemos?

—Ya conoces a tu madre —dijo papá con un suspiro de agotamiento.

Sí, la conocía... y también conocía a mi padre.

Si mamá quería algo, papá se lo conseguía, independientemente de si podía permitírselo, por lo general para compensarla por su último desliz.

«Supongo que pagar un cuarto de baño nuevo no era un precio muy alto por todas las veces que se le iban los ojos».

No me haría ningún bien saber el nombre del último error de mi padre. Sobre todo porque ya conocía los nombres de muchos de los errores anteriores a ese.

Frunciendo el ceño, papá dijo:

—Por Dios, Aoife, ponte algo de ropa, anda. —Señaló mis piernas, que estaban desnudas—. Tu hermano está abajo con sus amigos y yo he traído al chaval del trabajo.

—Estaba en la cama —repliqué a la defensiva tirando del dobladillo de mi top de tirantes en un patético intento de taparme los muslos—. Y este es mi cuarto. No acostumbro ir por ahí en bragas, papá.

—Me da igual —refunfuñó con aire avergonzado mientras se daba rápidamente la vuelta y desaparecía en el cuarto de baño—. ¿Has oído hablar de los pijamas? Y son las diez de la mañana. ¿No deberías estar levantada y haciendo algo productivo?

—A lo mejor no te has dado cuenta, pero fuera estamos a veintitrés grados, algo rarísimo aquí, así que por eso voy en bragas —le solté—. Y en cuanto a la falta de productividad, me quedan dos días de vacaciones de verano antes de que el lunes vuelvan a empezar las clases y no me quede otra que ponerme a repasar para los exámenes finales de este año, padre querido, así que mi intención no es otra que aprovechar al máximo el tiempo que me queda.

—¿Y qué? —le oí gritar desde el cuarto de baño—. Eso no es excusa para pasarte holgazaneando todo el fin de semana. Deberías encontrar algo productivo que hacer.

«Qué manera más encantadora de poner fin a las vacaciones de verano — pensé con desánimo mientras cruzaba a toda prisa la habitación decidida a cerrar la puerta—. Tu padre anda por ahí cepillándose a cualquiera y, en lugar de lidiar con la infidelidad, tu madre se gasta los ahorros en un puñetero baño nuevo».

—Tony, la tienes cargada en la furgoneta. ¿Quieres quitar el suelo de linóleo ya que estamos? Así solo tendremos que hacer un viaje al punto limpio...

La voz de Joey se fue apagando cuando se detuvo en seco en el descansillo, justo delante de la puerta de mi habitación, que seguía abierta.

En cuanto sus ojos se posaron sobre mis piernas desnudas, noté cómo una ola de calor me recorría la piel. No sentía la necesidad de ocultar mi cuerpo; estaba encantada de que por fin lo contemplara. Además, no era de las que tenían complejos. Mi cuerpo era bonito y nadie iba a convencerme de lo contrario, sobre todo cuando el resto del mundo estaba más que dispuesto a minar la autoestima de una adolescente.

—¿Estás disfrutando del espectáculo? —bromeé poniéndome las manos en las caderas al ver que sus ojos seguían mirándome. Me pareció bastante poético poder devolverle la misma pregunta sarcástica que él me había hecho una vez.

Con la misma falta de complejos que yo, se tomó su tiempo hasta que volvió a mirarme a la cara.

—Desde luego, esto es mejor que verle la raja del culo a tu padre.

Levanté una ceja.

—¿Esto?

El buen humor le titilaba en los ojos, todo un cambio respecto a su habitual mirada genérica de «que le den por culo al mundo y a todos los que viven en él» que repartía a diestro y siniestro.

—Tú.

Tampoco es que no nos hubiéramos visto en todo el verano. Yo me había

pasado por el taller muchas veces para fastidiarlo mientras trabajaba con papá, y había ido a la mayoría de los partidos en los que jugaban él y Paul, pero siempre habíamos estado rodeados de amigos o de mi padre.

Por ridículo que pareciera, echaba de menos nuestros ratitos a solas.

Con el corazón brincando más violentamente de lo necesario, teniendo en cuenta que había puesto sus ojos sobre mí, pero no me había tocado, levanté la mano y le deslicé el pulgar por el abultado labio inferior, adicta a hacerlo sufrir.

—¿Qué es eso que tienes en la boca, Joe? ¿Babas?

—No hagas eso. —Sus ojos verdes se ensombrecieron—. Aquí no.

—¿Que no haga qué? —Con un tono cargado de sarcasmo, volví a rozarle el labio inferior con el pulgar y sonreí maliciosamente—. ¿Esto?

—Jugar así cuando tu padre está otro lado del descansillo.

—¿Por qué no? —bromeé con la firme resolución de seguir jugando—. ¿Tienes miedo de que te pille mirando a su hija como si te la quisieras comer? —Me acerqué más, creyendo que iba a rajarse y ser el primero en apartarse—. ¿Es eso lo que quieres, Joe? ¿Quieres comerme?

Alargando el brazo, Joey me cogió la muñeca con su manaza, pero, en lugar de empujarme, tal como yo esperaba que hiciera, tiró tanto de mí hacia él que mi cuerpo quedó presionado contra el suyo.

—No intentes liarme, Molloy. —Su voz sonaba grave y encendida, y poseía cierto tono de advertencia—. Consiento tus jueguecitos, pero no tientes a la suerte.

—¿A la suerte?

—Sí, a la suerte —confirmó—. Solo puedes tentarme hasta cierto punto.

No pude hacer otra cosa que mirarlo a la cara y vencer la tentación de darle una bofetada... o besarlo.

No estaba segura de cuál de las dos cosas.

—No soy Ricey. No voy a darte un besito en la mejilla ni a cogerte la mano —añadió en tono acalorado—. Como no dejás de provocarme para

que te toque, eso es exactamente lo que voy a hacer. —Se le dilataron las pupilas y mi corazón empezó a martillear de forma imprudente contra mi caja torácica—. Tal vez creas que eres tan valiente como para enfrentarte a mí o que luchemos de igual a igual, pero no te equivoques. —Inclinándose hacia mí, me acercó los labios al oído y susurró—: No eres el lobo de esta historia, Molloy. —Su aliento me acarició la mejilla e hizo que se me acelerara el pulso—. Eres el cordero.

—¿Qué me decías, Joey? —gritó mi padre arrodillado en el cuarto baño, de espaldas al descansillo.

—Nada, Tony —respondió Joey elevando la voz sin mover un músculo mientras volvía a centrar su atención en mí—. Eres un dulce e inocente corderito que se empeña en jugar con fuego —dijo haciéndome retroceder hasta que mis piernas chocaron con la cama—. Así que te aconsejo que dejes de intentar cazarme, Molloy. —Me puso las manos en las caderas y me tiró sobre el colchón—. Porque si no... —Sujetándome las muñecas contra el colchón por encima de mi cabeza, se colocó entre mis piernas y se inclinó hacia mí, tan cerca que su nariz rozaba la mía—. Un día de estos seré yo quien te cace a ti.

«Joder...».

—¿Te ha quedado claro? —Me soltó una muñeca y rápidamente me cogió la barbilla para obligarme a mirarlo—. ¿Amiga?

—Me ha quedado claro. —Sin aliento y al borde del desmayo, logré asentir con la cabeza—. Amigo.

—Buena chica.

Entorné los ojos.

—Imbécil.

Me sonrió con aire triunfal antes de soltarme y salir de mi habitación para reunirse con mi padre en el cuarto de baño.

Con las piernas temblorosas, corrí hasta la puerta de mi habitación y la cerré de golpe antes de exhalar un suspiro entrecortado.

—Mierda.

¿Qué acababa de pasar?

Unas horas más tarde, después de mucha introspección y poca búsqueda de algo que hacer, acabé tirada sobre una toalla en el césped del jardín trasero dispuesta a tomar los últimos rayos de sol con el perro de la familia acurrucado junto a mí sobre la hierba.

Mientras todavía le daba vueltas en mi cabeza al altercado que había tenido con mi compañero de clase, mi padre me había ordenado que me fuera para abajo y me mantuviera alejada de él y de Joey. Dijo que había llegado a su límite esa mañana cuando yo me había puesto a revolotear por la puerta del cuarto de baño haciendo comentarios de sabihonda acerca de lo chapucero que era su trabajo y atormentando a su valioso aprendiz.

No era culpa mía.

Ese chico me distraía demasiado como para no mirarlo, y yo tenía la lengua demasiado afilada como para no divertirme con ella, pero eso a papá le daba igual.

Desterrada de mi propio cuarto por distraer al, y cito literalmente, «pobre chaval» que había traído mi padre, me vi obligada a retirarme al jardín con el perro.

—Spud, ¿a ti qué te parece? —Me agaché y le acaricié el cuello—. ¿Mmm? ¿Verdad que no soy un cordero?

Spud, una mezcla de bóxer y como mínimo otras tres razas, dejó escapar un gemido de satisfacción y se echó boca arriba pataleando como un loco mientras le rascaba la oreja.

—Exacto —dije en tono mimoso—. Un cordero no podría rascarte así de bien las orejas. Ese chico no tiene ni idea.

«Y es muy sexy».

—¿Te importa? —Sobre mí se ciñó una oscura sombra que me tapaba el sol—. Han venido mis amigos.

—¿Y? —exclamé dándole una patada a mi hermano para que saliera de en medio y no bloqueara la luz del sol.

—Pues que estoy intentando jugar al WWE —gruñó Kevin empujándome hacia atrás con el pie—. Pero no dejan de bajar a por bebidas.

—No me toques con esos pies tan raros llenos de hongos —le advertí—. ¿Y yo qué tengo que ver con los anormales de tus amigos?

—Se llama «pie de atleta» —replicó Kev a la defensiva—. Y no es que bajen a tomar algo, gilipollas. Bajan para mirarte y se quedan embobados.

Me quité las gafas de sol, me apoyé sobre los codos y le eché una mirada llena de odio a ese escuálido mierdecilla.

—No me llames «gilipollas», gilipollas.

—Venga, Aoife —dijo señalando hacia donde estaba tumbada—. ¿No puedes ir a hacer eso dentro?

—¿Si puedo tomar el sol dentro? No, Kevin, lo siento, pero no puedo. No es así como se toma el sol —sentencié ajustándome el tirante de la parte de arriba de mi biquini amarillo.

—Entonces tápate.

—Tampoco funciona así, Kev.

—Aoife —gimió como lloriqueando—. Venga, me estás avergonzando. Vete dentro o ponte algo de ropa.

—Kev, ¿cuántos días de sol tenemos en Irlanda? —le pregunté a mi mellizo.

Vale, puede que hubiéramos compartido vientre durante nueve meses, pero eso era lo único que teníamos en común. La verdad era que no podíamos ser más diferentes el uno del otro.

—La respuesta es: no los suficientes —le expliqué—. Ni de lejos. Además, papá está arriba con Joey instalando un cuarto de baño nuevo y me ha prohibido que esté allí.

—Sí, ya he visto que lo ha vuelto a traer —farfulló mi hermano—. Podría haberme pedido a mí que lo ayudara con el baño.

—¡Ja! —me reí—. Como si tuvieras la más mínima idea de trabajar con las manos...

—Podría enseñarme —espetó Kev en tono defensivo—. Aprendo más rápido que ese cabronazo imbécil que está ahí arriba.

—No le llares «imbécil» —le advertí con el vello erizado—. Sabe más del mundo de lo que tú nunca llegarás a saber.

Kev puso los ojos en blanco.

—Ya, claro, porque hay que ser un auténtico genio para saber dónde pillar drogas.

—¿Qué más da que fume hierba de vez en cuando? —protesté—. No es para tanto, Kev. Lo hace mucha gente de nuestro curso. Eso no quiere decir que sea mala persona.

—Tampoco que sea buena —replicó—. ¿Por qué siempre lo defiendes?

—Porque es amigo mío, Kevin.

—¿Ah, sí? Pues tu amigo hace otras cosas, además de fumar hierba.

—Qué sabrás tú...

—Pues sí que lo sé —contestó—. No te olvides de que yo también voy a su curso. Me entero de todo lo que pasa tanto como tú.

—Sí, en la clase de los empollones —repuse dando un resoplido—. Y claro que te enteras, Kev. Allí es donde están los peces gordos, ¿verdad, señorito popular?

—¿Crees que tu aspecto y tu popularidad te van a llevar lejos en la vida? —Se rio—. Eres tan tonta que hasta me da pena.

—Mírate, todo sulfurado y sacando la malicia. —Sonreí—. No hace falta que me compadezcas, querido hermanito, me va muy bien haciendo las cosas por mí misma.

—No, Aoife, a mí me va bien. Soy yo el que va a sitios. La única forma que tendrás tú de salir de este barrio será casándote —dijo con sorna—. Porque te aseguro que no lo conseguirás por tu cuenta. Así que mejor aférrate a Paul Rice, porque diría que es tu opción más factible.

—Lo que tú digas, gilipollas.

—Es la verdad.

—Sigue hablándome así, y a lo mejor me quito la parte de arriba del bikini y les hago un pase especial a esos amiguitos juguetones tuyos.

Entrecerró los ojos.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba. —Mirándolo yo también con los ojos entrecerrados, me llevé la mano a la nuca para coger el cordón del bikini y declaré—: Dicen que tengo unos pezones turgentes.

—Eres una cabrona —vomitó antes de irse hacia la casa hecho una furia.

—Mira quién fue a hablar, macarrilla —le grité antes de suspirar alegremente, encantada de haberlo hundido en la miseria—. Buena respuesta, ¿eh? —comenté entre arrullos mientras le hacía cosquillas en la barriga a Spud—. Sí, ya sé que tú también piensas que es un tarado. No necesito ningún chico, ¿a que no? No, claro que no. Me labraré mi propio camino.

—¡Aoife Christina Molloy! —bramó mi madre unos minutos después. Abriendo de golpe la ventana de la cocina, se asomó y agitó una cuchara de madera en dirección hacia mí—. Métete en casa y tápate si no quieres que salga yo misma y te arrastre hacia dentro.

—¿Hablas en serio? —gruñí haciéndole una última caricia a Spud en la barriga antes de ponerme en pie a regañadientes—. ¿Se ha chivado?

—Hay adolescentes en casa, Aoife —replicó mamá—. Y tú estás tumbada en el jardín como si fueras la mismísima Pamela Anderson. ¿Es que quieres que se pongan de los nervios?

—Sé cuántos años tienen, mamá. La mayoría están en mi curso —repuse riéndome—. Y no te preocupes, más que de los nervios los voy a poner cach...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —me advirtió mi madre, todavía meneando la cuchara de madera como un ama de casa demente.

—Ya, bueno, es que papá me dijo que desapareciera de su vista —le señalé—. Así que eso es lo que voy a hacer.

—No seas tan fresca, jovencita. Entra aquí ahora mismo o te castigo durante el resto del mes. Y eso también incluye traer amigos a casa. Y usar el teléfono. Y...

—Madre mía, de acuerdo —resoplé encaminándome hacia la puerta de atrás—. Relájate, ¿vale? No es para tanto.

—Gracias —dijo mamá cuando entré en la cocina—. Ahora sube y ponte algo de ropa como una buena chica antes de que a tu hermano le dé un ataque.

—¿Me puedo tomar algo antes de que me exiliéis de la casa familiar por tener un par de tetas? —pregunté malhumorada mientras metía la mano en la nevera y me hacía con un brik de zumo de naranja—. ¿O resulta que ahora hidratarse también es un delito?

—No te pongas melodramática. —Mamá puso los ojos en blanco y luego sonrió y empezó de nuevo a planchar—. Y échame a mí otro vaso.

Saqué dos vasos del armario, serví zumo en uno de ellos y me lo tragué a toda velocidad antes de volver a rellenar mi vaso y servirle uno a mi madre.

—Gracias, mi amor.

—Sí hay de qué —bromeé dejando el vaso junto a ella sobre la encimera.

—¡Trish, cariño, el cuarto de baño está casi listo. Voy a llevar la bañera vieja al centro de reciclaje antes de que cierren! —gritó mi padre desde el recibidor—. ¡No tardaré mucho!

—Nos vemos, Trish. Gracias por el bocadillo.

—De nada, Joey, cariño.

Resistiendo el impulso de salir corriendo al pasillo para echarle un último vistazo a Joey Lynch antes de que se fuera con mi padre, logré mantenerme firme y le di otro sorbo al zumo de naranja.

—Tony, asegúrate de llevarte el linóleo que habéis quitado —indicó mamá sin molestarse en levantar la vista de la tabla de planchar—. Y hay

unas cuantas bolsas de basura al lado de la casa que no vendría mal tirar.

—Ya me he ocupado de ellas.

—Bien hecho.

—Podríais haberme avisado de que iba a venir Joey —comenté una vez que la puerta se había cerrado tras ellos.

—Ay, es un chico encantador, ¿verdad? Es muy trabajador —dijo mamá con efusión y sonriendo mientras planchaba—. Pensé que te gustaría verlo. Sois amiguitos en el instituto, ¿no?

—Sí, somos amigos —confirmé reprimiendo una carcajada—. De todas formas, hubiera preferido que me avisarais.

—Es una pena que él y tu hermano no se lleven bien —agregó mi madre con un suspiro.

—Eso no es culpa de Joey, mamá, Kev no se lleva bien con nadie —afirmé resoplando mientras apoyaba la cadera en la encimera—. Es demasiado engreído.

—Aoife.

—¿Qué? —Levanté una mano—. Es verdad.

—A tu hermano no le vendría nada mal dejar el ordenador y pasar más tiempo en el taller. Estoy segura de que si se le diera una oportunidad, se darían cuenta de que tienen muchas cosas en común.

—Pero ¿en común con quién? ¿Con papá o con Joey? Porque, no te ofendas, mamá, pero tu niñito del alma cree que está por encima de los dos. A Kev no le interesa en absoluto ensuciarse las manos. Tiene una opinión demasiado elevada de sí mismo como para vivir con nosotros, la gente normal.

—Eso no es verdad —me reprendió mi madre—. No seas mala.

—Bueno, ¿y qué pasa con el nuevo cuarto de baño?

Decidí cambiar de tema para no darle a mi hermano ni un segundo más de protagonismo.

—¿Qué quieres decir?

—Mamá, ya sabes lo que quiero decir.

—No pasa nada, mi amor. —Mi madre, que se parecía mucho a lo que yo suponía que iba a ser la versión cuarentona de mí misma, sonrió alegremente. Quizá demasiado—. Es que ya era hora de cambiarlo.

—Mamá —suspiré acercándole un pie para acariciarle la pierna con él—. ¿Estás bien?

Yo sabía que no. Mi padre le había roto el corazón quizá por cuarta vez en unos pocos años... que yo supiera.

—Lo estaré —respondió en un tono marcadamente alegre mientras se colocaba un mechón de pelo rubio detrás de la oreja—. Estoy deseando darme una buena ducha caliente esta noche.

—¿Y con quién ha sido esta vez? —pregunté tentando a la suerte. En realidad no quería saberlo, o al menos no debería querer, pero se lo pregunté de todos modos porque yo no parecía escarmentar. Me estiré para llegar hasta la pila de ropa perfectamente planchada y doblada que tenía sobre la mesa de la cocina, cogí una camiseta y me la puse—. ¿Fue cosa de un día o duró un tiempo?

—No quiero hablar de ello, Aoife —contestó mamá en voz baja—. Y tampoco quiero que pienses mal de él. En el fondo es un buen hombre y un padre maravilloso.

—Sí, es un buen padre —reconocí dejando mi vaso vacío en el fregadero—. Pero es un marido de mierda, mamá.

Ella, en cambio, era a la vez una buena esposa y una madre fantástica, aunque eso no quitaba que, a mis ojos, su obsesiva manía de perdonar se pareciera horriblemente a la debilidad.

—Comete muchos errores —declaró mamá al pasarme los shorts vaqueros que acababa de planchar.

—Demasiados errores —opiné mientras metía las piernas por los pantalones y los arrastraba sobre mis caderas—. Demasiadas veces.

—Sé que tienes tu propio punto de vista sobre cómo debería reaccionar a

esto —comentó ella con ecuanimidad—. Pero es mucho más fácil saber lo que hay que hacer cuando es la vida de los demás la que se juzga.

—A mí me parece que en esto no caben muchos matices.

—Eso es porque eres joven. —Sonrió—. Las cosas no son blancas o negras, Aoife. Hay muchas tonalidades de gris.

—No lo entiendo —admití con un suspiro cargado de frustración—. No entiendo por qué sigues con él cuando ha demostrado que no te puedes fiar. —Moví la cabeza hacia los lados y la señalé con la mano—. Si estás cañón, mamá.

—¿Cañón?

—Significa que eres atractiva —le expliqué—. Preciosa, guapa, follable...

—Vale —concedió mamá riéndose entre dientes—. Gracias por el cumplido, pero deja ya de decir palabrotas.

—Pero si es verdad. Eres impresionante, mamá —insistí—. Kev cree que los bichos raros de sus amigos bajan para verme a mí, pero en realidad la mitad de las veces lo que quieren es echarte un vistazo a ti de extranjis.

—Aoife —dijo con una risilla floja.

Lancé un suspiro y le pregunté:

—¿Por qué lo aguantas, mamá?

—Le quiero —respondió—. He invertido más de veinte años de mi vida en ese hombre y he tenido a mis hijos con él. Y, lo creas o no, él también me quiere.

—Entonces tal vez debería quererte mejor —repliqué—. Porque sus palabras y sus actos no es que se correspondan precisamente, mamá.

—Ningún matrimonio es perfecto.

—No —acepté—. Pero tampoco engañan a todas las mujeres casadas.

—¿Y qué pasa con Paul? —preguntó mi madre centrando en mí la conversación un poco a la defensiva—. Le quieres, ¿no? Pues imagínate haber pasado la mayor parte de tu vida formando una familia con él para

luego acabar...

—No.

Mamá parpadeó con gesto sorprendido.

—¿No?

—No —confirmé mientras negaba con la cabeza—. Ni quiero a Paul ni tengo pensado que eso cambie.

—¿Por qué?

—Porque no tengo la menor intención de ofrecerle a ningún chico ese tipo de poder sobre mí —respondí llanamente—. Desde mi punto de vista, los hombres te defraudan. No puedes fiarte ni de los buenos, como papá. Así que, ¿por qué iba a exponerme a esa clase de dolor? Sería un suicidio emocional.

Mi madre se quedó a cuadros y luego soltó una risita.

—Aoife, si no sientes nada por ese pobre chico, ¿por qué narices has estado saliendo con él durante el último año y medio?

—Porque quiero —le expliqué—. No porque lo necesite.

—¿Y Paul? —inquirió—. ¿Te has parado a pensar en sus sentimientos?

—Mamá, nunca he dicho que él no me importe. Claro que me importa.

—Me encogí de hombros y añadí—: Le tengo cariño, por supuesto. Pero no siento esas emociones tan locas y profundas que nublan la razón.

Arqueó una ceja.

—¿Le tienes cariño?

—¿Qué tiene de malo el cariño?

—Las chicas no suelen usar la palabra «cariño» para describir lo que sienten por su novio.

—Bueno, pues es lo que hay, mamá.

—Pero...

—Y si crees que Paul Rice está enamorado de mí, te equivocas —me apresuré a señalar—. Para él, sus sentimientos son tan reemplazables como yo. Si lo dejáramos mañana, te garantizo que no tardaría más de una

semana, dos como mucho, en irse con otra.

—Aoife —dijo mamá con un gritito ahogado.

—¿Qué pasa? Es la verdad. —Mientras me reía, agité una mano distraídamente en el aire—. Así de fugaces son los sentimientos de los chicos. Y no me refiero solo a Paul, sino a todos en general. Sí, puede que hiriera su orgullo, pero se olvidaría de mí en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero...

—Venga, mamá, si tú misma lo acabas de decir. Llevas veinte años casada con papá, pero eso no le impide olvidarse de ti cada vez que se va de picos pardos.

—Entonces ¿es nuestro matrimonio lo que te hace pensar así?

—Puede ser. —Volví a encogerme de hombros—. No lo sé.

—Espero que no.

—Pero, aunque así sea, me alegro porque me ha preparado para lo inevitable. No te dejes llevar por los sentimientos y nadie podrá hacerte daño. —Sonreí—. Así de fácil.

—¿Me estás diciendo que no quieres enamorarte ni casarte?

—No es que me oponga al cien por cien a la idea del matrimonio y la maternidad. Si llegara el chico adecuado y me demostrara que me equivoco, entonces podría hacerlo sin problema —admití—. Pero lo que nunca sería capaz de hacer es aguantar la mierda con la que tú has tenido que lidiar. Yo no podría, mamá. Y menos aún con tu buen hacer.

»Si quisiera a un hombre, y me refiero a quererlo de verdad, con locura, desde lo más hondo, no podría soportar saber que está con otra mujer. Me destrozaría. Nunca podría perdonar ese nivel de traición. Por eso me parece demasiado arriesgado jugármela. Así que, sí, es probable que no lleve ninguna alianza durante los próximos cuarenta y tantos años.

—Entonces ¿no te importaría que Paul se fuera con otra chica? —preguntó mamá—. Como hemos quedado en que no lo quieres...

—Sinceramente, puede que me cabreara, pero sobre todo me sentiría

aliviada.

Mi madre se quedó boquiabierta.

—¿Aliviada?

—Sí —le respondí—. Porque me habría demostrado lo que siempre he sabido: que no se puede confiar en ningún hombre.

—Ay, no sé, Aoife —dijo mamá mordisqueándose el labio—. Es una forma de pensar terriblemente cínica.

—Práctica. —Le guiñé un ojo—. Es una forma de pensar práctica... y desde luego acertada, teniendo en cuenta los rumores que he oído.

Mamá me miró desconcertada.

—¿Qué clase de rumores?

Levanté una ceja y le eché una mirada que decía «¿Tú qué crees?».

—¿Te ha puesto los cuernos? —preguntó entendiéndome a la primera—. Entonces ¿por qué sigues con él?

—¡Ja! —Crucé los brazos sobre el pecho—. Le dijo el cazo a la sartén.

Lanzó un profundo suspiro.

—Aoife, mi amor, no tienes por qué tolerar ese tipo de cosas.

—Ya lo sé —convine—. Y, no te preocupes, he hablado con Paul acerca de los rumores.

—¿Y?

—Dice que son una sarta de mentiras.

—Pero ¿tú le crees?

—¿Tú lo harías?

Mi madre me miró con comprensión.

—No me creo ni una sola palabra que salga de la boca de un chico —le dije.

«Técnicamente, eso no es cierto».

«Hay un chico al que sí creo».

—¿Y desde cuándo llevan circulando esos rumores?

«Desde hace más de lo que estoy dispuesta a admitir ante mi madre».

—Desde hace un tiempo.

—¿Estás segura de que no te ha engañado?

—¿Crees que podría saberlo con seguridad?

—No, supongo que no.

—Exacto.

—Entonces ¿por qué sigues con él, Aoife?

—¿Por qué sigues con papá?

—Esa comparación no es justa —protestó ella—. Nosotros estamos casados.

—Exacto —repetí—. Estáis casados, comprometidos, enamorados, dedicados el uno al otro... y aun así continúa pasando. Sigue jodiéndote una y otra vez. Así que, si he aprendido algo de papá y de ti, es que no se puede confiar en ningún hombre, por perfecto que parezca.

—No deberías tener miedo de amar a un chico, Aoife. —Su voz estaba llena de tristeza al hablar—. No dejes que nuestros errores te impidan avanzar en la vida, por favor. Me rompería el corazón pensar que nuestra relación te ha afectado hasta el punto de que tienes problemas para comprometerte con alguien.

—No tengo miedo de amar a un chico —le dije con sinceridad—. Tengo miedo de perderme en uno.

—Odio decirte esto, pero, la mayoría de las veces, las dos cosas van de la mano.

—Lo sé.

«Eso es lo que me asusta».

—Aoife.

—Basta de dramas. —Le di a mi madre unas palmaditas en el hombro y le brindé una radiante sonrisa antes de encaminarme hacia la puerta—. Tengo calor y estoy pegajosa, así que necesito pegarme una ducha urgentemente.

—¡No te atrevas a usar esa ducha antes que yo! —gritó mamá mientras

me iba—. ¡Lo digo en serio, jovencita, quiero ser la primera en disfrutarla!

—¡Entendido! —respondí mientras subía las escaleras a toda velocidad con la intención de cumplir ese mismo deseo.

Me quité la camiseta, cogí una toalla del armario del calentador y entré en el cuarto de baño, riéndome para mis adentros.

—¡Lo digo en serio, Aoife Molloy! ¡Ni se te ocurra!

—¡Vale! —dije entre risas mientras cerraba la puerta para que mi madre no pudiera concluir su amenaza.

Con cierta sensación de orgullo, me quité rápidamente el resto de la ropa y me froté las manos anticipándome al júbilo mientras entraba en la sofisticada ducha y la encendía.

El motor rugió, pero no salió nada de la alcachofa.

Ni una gota de agua.

—¿Qué narices pasa? —gruñí girando y rotando las llaves que tenía delante—. Funciona, joder, funciona.

Llamaron a la puerta del baño y dejé escapar un suspiro de frustración. Me apresuré a coger la toalla, me envolví rápidamente con ella y abrí la puerta de un tirón.

—Sé lo que parece, pero te juro que no iba a usarla antes de que tú...

Mis palabras se fueron apagando al posar los ojos sobre Joey.

—Has vuelto.

—He vuelto.

—Bueno, me alegro. —Ajustándome la toalla, me agarré a la puerta e intenté hacerme la interesante—. Porque has instalado la ducha como el culo. Esta mierda de trasto ni siquiera funciona.

—Ya lo sé —respondió mientras me esquivaba y se acercaba al inodoro—. Por eso he venido. —Se agachó delante del retrete y metió la mano detrás de la cisterna—. Se me olvidó volver a abrir la llave de paso.

—¿La llave de paso? —Me reí—. ¿Qué demonios es eso?

Después de girar la perilla de una de las válvulas, Joey alargó la mano,

tiró de la cadena del váter y se inclinó sobre la taza para observar cómo circulaba el agua. Con expresión satisfecha, se levantó, se dirigió a la ducha y la encendió. Esta vez, el rugido del motor vino acompañado del homogéneo chorro de agua que salía de los cabezales.

—Ta-rán.

—¡Bien! —exclamé mientras aplaudía encantada—. Eres mi héroe.

—No es difícil complacerte, Molloy.

—Ha sido impresionante, Joe.

Resopló.

—Solo he vuelto a abrir el agua.

—Yo no habría sabido hacerlo.

Se encogió de hombros, se fue hacia la pila del lavabo y abrió el grifo para lavarse las manos.

—Bueno, disfruta de la ducha.

—No te preocupes, lo haré. Gracias de nuevo, Joe.

—No hay de qué.

Cerró el grifo y, al no encontrar una toalla a su alrededor, se acercó a mí y se secó las manos en la parte inferior de la mía.

—Oye —refunfuñé dándole un guantazo en las manos—. No seas maleducado.

—Bonita toalla —comentó con picardía guiñándome un ojo antes de dirigirse hacia la puerta—. Nos vemos, Molloy.

—Espera. —El corazón me palpitaba estrepitosamente en el pecho mientras lo seguía hasta la puerta y lo esquivaba para ponerme delante con la espalda contra la madera—. ¿Te vas a tu partido?

No parecía muy contento cuando dijo:

—Esa es la idea.

—Pero ¿quieres jugar?

Mi pregunta lo dejó desconcertado, porque arrugó el entrecejo con aire confuso.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque cuando estás en el campo no pareces feliz —respondí ajustándome de nuevo la toalla. Levanté la vista para mirarlo a la cara y le sonreí con tristeza—. No parece que seas feliz en ningún sitio.

—Claro, y ahí estás tú para decírmelo —contraatacó de inmediato poniéndose a la defensiva—. Porque vigilas todos mis movimientos como una puta acosadora.

—Joe, puedes bajar la guardia. —Como ya me conocía todos sus trucos, mantuve el tono cuando le aseguré—: No soy el enemigo.

Joey me miró lleno de ira durante unos segundos hasta que la hostilidad de sus ojos acabó dando paso a la resignación.

—Lo sé. —Parpadeó, lanzó un intenso suspiro y asintió con la cabeza—. Ya lo sé, Molloy.

—Y yo sé que lo sabes —contesté alzando una mano para acariciarle el hombro a ese cabrón quisquilloso—. No pasa nada. Te perdono.

Los ojos le echaban chispas mientras decía:

—Pero no lo siento.

—Lo sé. —Le revolví su precioso pelo rubio con la mano y sonreí—. Aun así, te perdono.

Incapaz de disimular su incomodidad y su estado de agitación general, se pasó una mano por el pelo y señaló hacia donde yo estaba.

—¿Te puedes apartar para que me vaya? Voy a llegar tarde al partido.

—Me aparto —respondí— si me prometes que me esperas.

Frunció el ceño.

—¿Esperarte?

—Sí —contesté con una sonrisa—. Voy contigo.

—¿Que vienes conmigo? —Volvió a fruncir el ceño—. ¿Adónde?

—Tú vas al campo de la asociación de hurling. Yo también. Podemos hacernos compañía por el camino.

—No.

—Sí.

—No vas a venir conmigo.

—Claro que sí.

Joey me miró con cara de espanto y sus paredes volvieron a alzarse a toda velocidad.

—¿En qué universo alternativo te he dado la impresión de querer que me acompañaras?

—¿A lo mejor en ese universo en el que dejas de fingir que mi mera presencia te incomoda y admites que besas el suelo que piso?

Se quedó boquiabierto.

—Eso no es verdad.

—Sabes que sí —Sonriéndole, le di una palmadita en el hombro—. Amigo.

—No soy tu...

—Ni se te ocurra acabar esa frase.

Cerró la boca al instante y tragó saliva. Se me quedó mirando durante mucho rato hasta que anunció entre dientes:

—Tienes cinco minutos, luego me voy.

Con una sonrisa triunfal, le di unas palmaditas en el pecho, me aparté y me fui hacia la ducha.

—Tardaré veinte minutos.

—Diez —dijo abriendo de golpe la puerta—. Si no, me voy sin ti.

—¡Veinte! —grité por encima del hombro mientras dejaba caer la toalla y me metía en la ducha—. Puedes esperar en mi habitación.

Dio un portazo tras él con la puerta del cuarto de baño y le oí decir:

—¡Quince y no hay más que hablar!

—¡Veintee! —tararé deleitándome enormemente en su estado de alteración.

—¡Eres un grano en el culo!

Me reí.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Duelo de hurleys

Joey

Estaba tremendamente alterado, y lo peor era que sabía que mi estado tenía muy poco que ver con la paliza que nos habían dado en la primera parte del partido y todo que ver con ella.

Mi enfado no derivaba del hecho de que Molloy hubiera vuelto a meterse en mi vida acoplándose a mí para venir al campo. Tampoco de las detalladas explicaciones que me había ofrecido de la excursión que había hecho con Casey a principios de verano al Aqua Dome de Tralee.

Al parecer, Molloy me consideraba un amigo tan íntimo como para someterme a un relato pormenorizado de sus desventuras con el cordón de un tampón. La mayor parte de la conversación se había centrado en los peligros de las piscinas, las menstruaciones inesperadas y los minúsculos biquinis blancos, y me había dejado con una leve sensación de angustia y eterno agradecimiento por tener polla.

Lo que me había llevado a ese estado de alteración era el hecho de que, al llegar al campo, ella había permitido que el pedazo de mierda de su novio la menospreciara como si fuera una niña.

Cuando entramos en las instalaciones de la asociación, Ricey estaba descompuesto. No quería que ella se acercara a mí. Si la hubiera tratado remotamente bien, no me habría parecido mal que se sintiera así.

Pero no había sido el caso.

Ese tío era un capullo mojigato que, cuando no hablaba por encima de ella, la denigraba o la abandonaba como si fuera una maleta que no le cabía en el coche y que había decidido que ya no necesitaba.

Ricey miró a Molloy y vio una cara bonita y un cuerpo ardiente.

Y, para él, eso era suficiente.

No se había molestado en ir más allá.

Yo, en cambio, sabía de qué palo iba su novia y conocía perfectamente su personalidad. Era una chica juguetona, segura de sí misma, libre de convencionalismos, divertida, de buen corazón y con cierta tendencia a los problemas.

Debido a su carácter despreocupado y travieso, no se tomaba muy a pecho la mayoría de sus humillaciones, pero yo sí.

Yo me las tomaba a pecho por ella.

Verla tolerar esa forma poco menos que abusiva en que él la trataba me sacaba de mis putas casillas. Me despertaba sentimientos que, para empezar, ni siquiera debían estar ahí.

—¡Lynch! —bramó Eddie desviando mi atención de la pantalla del móvil.

Intentaba jugar una partida al Snake para calmarme y distraerme del ferocísimo impulso de lanzarme a la otra punta del vestuario para meterle de hostias al capullo de Paul.

—Mierda —farfullé cuando me mataron en la partida debido a su interrupción. Levanté la cabeza de inmediato para mirar a mi entrenador, que se paseaba de un lado a otro del vestuario—. ¿Qué?

—Que guardes el teléfono —me ordenó—. Atiéndeme a mí. Ya le escribirás a tu novia después del partido.

—Novia. —Moví la cabeza hacia los lados totalmente confundido. ¿Qué novia?

—Esa chavala rubia con la que andas tonteando todo el rato —soltó

Eddie—. La que se sube a lo alto de la cubierta de los banquillos y me vuelve medio tarumba con tantos vótores. Muchacho, hazme un favor y déjala en casa para el próximo partido. Es una distracción. Te manda mensajes y te molesta mientras tú intentas jugar. Puedes darle todo el amor que quieras en tu tiempo libre, pero hazlo después de ganar este partido.

—Buah, mierda —se rio Alec apretándose el puño contra la boca mientras nos señalaba primero a Ricey y luego a mí con la mano que le quedaba libre—. Cree que ella es tu...

—Cierra la puta boca —dijo Ricey lanzándole el casco a Alec antes de levantarse y salir como un rayo de la sala.

El vestuario al completo estalló en carcajadas. Ya con otro estado de ánimo, sonreí maliciosamente para mis adentros, recreándome en el hecho de que Eddie hubiera cabreado a Paul de forma involuntaria y además creyera que Molloy estaba conmigo.

«Está contigo».

—¿Me he perdido algo? —preguntó Eddie mirándonos a unos y a otros—. ¿Qué le pasa a Rice?

—¿Sabes esa distracción buenorra de la que hablas? —planteó Alec con una risita—. Bueno, pues vendría a ser la novia de Ricey. —Movié las cejas antes de añadir—: Pero no te preocupes, Eddie. Creo que Lynchy va a darle mucho amor en un futuro próximo.

—Joder, Al —dije riéndome entre dientes mientras el equipo se partía el culo y bromeaba a nuestro alrededor—. No puedes evitarlo, ¿eh?

—Bueno, vale. Ya está bien —refunfuñó Eddie muerto de vergüenza—. Mover el culo hasta el campo y poneos las pilas para ganar algún trofeo.

Dolorido e incómodo, volví a enfundarme el casco, agarré el hurley y salí del vestuario en dirección al campo.

—¡Buah! ¡Mira qué culo tiene el número seis! —chilló una voz familiar cuando traspasé la puerta metálica de la valla que separaba a los aficionados del campo para reunirme con los demás.

Desde lo alto de la estructura que cubría los banquillos de nuestro equipo, en una zona del interior de la valla donde no debería estar, Molloy me guiñó un ojo.

—Bonitos movimientos.

—Bonitas piernas —respondí mucho más satisfecho que diez minutos atrás.

Me sonrió desde las alturas, con sus largas piernas colgando del borde del techo metálico.

—No te vayas a meter en líos ahí fuera, ¿vale?

Asentí lentamente.

—Haré lo que pueda.

—A ver si es verdad. —Se rio—. Porque me he dejado la piel en salvarte, seis.

Se me escapó una risa que denotaba mi confusión.

—¿Eso qué quiere decir?

Molloy me guiñó un ojo.

—Quiere decir lo que quiere decir, amigo mío. Ahora, vete a jugar con tu palito y la pelotita...

—Aoife —espetó Ricey acercándose a ella justo cuando el árbitro hizo sonar el silbato—. ¿Qué coño haces?

Sin demasiada convicción, volví corriendo al campo y me coloqué en mi posición mientras empezaba la segunda parte.

Pero no podía concentrarme ni de puta coña. Los ojos se me iban una y otra vez al lugar en el que Ricey, al que habían sustituido para la segunda parte, discutía con Molloy.

—¡Corre, Joey, vamos! —me gritó Eddie desde la banda cuando atrapé una bola en el aire que estaba a huevo.

Normalmente, no hacía falta que me dijeran nada.

Cuando tenía una sliotar en la mano, seguía mi instinto.

Pero ese día no era así.

Y menos al ver que ese pedazo de capullo agarraba a Molloy del brazo y la arrastraba por la cubierta del banquillo.

Cuando ella se cayó de rodillas, perdí el control.

Dejé la sliotar en el suelo y me encaminé hacia ellos mientras me arrancaba el casco y sentía un nivel de furia que rozaba lo inhumano.

Él la tenía cogida por el brazo y tiraba de ella hacia la puerta de la valla gritándole algo que la distancia me impedía oír.

—¡Joey! —gritó Eddie—. ¿Qué haces? ¡Vuelve!

—¡Lynch!

—Número seis, o vuelves al campo o te ganas una amonestación.

Ignorándolos a todos, continué avanzando y no me detuve hasta que ese hijo de puta quedó a mi alcance. Me deshice del hurley, lo agarré por la parte de atrás de la camiseta y lo aparté de ella.

—¿Qué cojones...? —comenzó a decir Ricey antes de que lo hiciera callar encajándole un puño en la mandíbula. Se tambaleó hacia atrás, se cogió el mentón con la mano e intentó estabilizarse—. ¿Cuál es tu puto problema?

—Tú —rugí con el pecho agitado—. Que le pongas las manos encima de esa manera.

—¡Madre de Dios! —bramó Ricey—. ¿Cuándo se te va a meter en la cabeza que no es tu novia, gilipollas, sino la mía?

—No vuelvas a cogerla así, ¿me oyes?

—¿O qué?

—O te pondré a criar malvas.

—Anda, lárgate con la puta vagabunda de la que saliste, escoria de mierda.

—¡Joey, no! —gritó Molloy tratando de interponerse entre nosotros a toda prisa. Pero era demasiado tarde. Porque yo ya había perdido por completo la razón.

3 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Amigos y novios

Aoife

—¿Qué hiciste? —quiso saber Casey bien tempranito el lunes por la mañana mientras se deslizaba en el asiento contiguo al mío en la tutoría—. Todo el instituto habla de ello.

Era nuestro primer día de instituto tras las vacaciones de verano y el profesor llegaba tarde, por lo que la clase estaba sumida en el caos. Todos parloteaban a gritos entre sí mientras yo iba languideciendo poco a poco en mi sitio.

—Ay, Dios. —Dejé caer la cabeza sobre el pupitre y contuve las ganas de gimotear—. Te refieres a la pelea, ¿no?

—Obviamente —respondió Casey ojiplática—. Desembucha.

—¿Por dónde empiezo? —dije con agobio.

La trifulca que había estallado entre Paul y Joey el fin de semana no podría describirse más que como una cruenta pelea de perros que, de no haber sido separados a la fuerza, sin duda habría acabado con alguno de ellos trasladado en ambulancia.

Y no exageraba ni un pelo.

En mi vida había visto tanta violencia de cerca y que me afectara directamente.

Todavía me acuerdo del sonido que hacían los huesos al crujir.

La camiseta blanca que llevaba puesta había acabado en el cubo de la basura, ya que le habían caído gotas de sangre que mamá no había sido capaz de eliminar. No podía asegurar a quién pertenecían, porque, cuando los separaron, los dos habían sangrado lo suyo.

A dos pupitres a mi izquierda tenía a Paul, cuyas heridas eran horribles, mientras que Joey se encontraba seis filas por detrás de la mía, al fondo de la clase, con un aspecto algo menos magullado. No se miraban entre ellos ni tampoco me miraban a mí.

—No sé cómo se me fue tanto de las manos, Case —gimoteé después de ofrecerle a mi mejor amiga un informe detallado de mis correrías del fin de semana—. Pero, según parece, todo es culpa mía.

A ambos los habían suspendido del equipo de hurling, algo que los había puesto realmente furiosos, y querían que yo cargara con la culpa.

—Bueno, en cierto modo lo es —contestó mi mejor amiga riéndose, sin compadecerse ni lo más mínimo de mi terrible experiencia.

—Vaya —refunfuñé—. Muchas gracias, cabrona.

—Venga ya —dijo antes de soltar un «¡psche!» en señal de indiferencia—. Si sabes que tengo razón. Tan solo digo en voz alta lo que piensas.

—¡Ufff! —gruñí consciente de que no se equivocaba—. Es solo que...

—¿Quieres estar en misa y repicando? —me planteó en tono de burla.

—Case, Joey tan solo es un amigo.

—Sí, un amigo buenorro que es incapaz de llevarse bien con tu novio, que es otro buenorro —me corrigió antes de soltar una risita—. Mientras tanto, la más buenorra de tus amigas, *moi*, se ha pasado el último fin de semana del verano escuchando cómo el cabecero de la cama de su madre se estampaba una y otra vez contra la pared del dormitorio porque tú estás demasiado ocupada persiguiendo a chicos como para salir con ella.

Hice una mueca de arrepentimiento.

—Lo siento.

—Ya te vale, cabrona. —Volvió a poner los ojos en blanco—. Pero

llévame contigo la próxima vez. Habría pagado una pasta por ver a esos dos partiéndose la cara. —Esbozó una sonrisa pícaro y añadió—: ¿Fue sexy? Sí que lo fue, ¿verdad? ¿Se arrancaron las camisetas? ¿Se vio piel? ¿Les viste los abdominales? Cuenta, cuenta.

—Eres una friki pervertida.

—Y tú eres una zorra avariciosa por quedártelos a los dos.

La miré fijamente unos instantes y exhalé un suspiro.

—Se vio piel.

Sus ojos azules se iluminaron por la excitación.

—¿La de quién?

—La de Joey.

—¡Bien! —Fingió morderse el puño—. Cuéntamelo todo.

—Los entrenadores le arrancaron la camiseta a Joey mientras intentaban separarlo de Paul —susurré acercándome bien a ella para que no nos oyera ningún fisgón—. Nunca he visto nada igual, Case. Fueron necesarios tres hombres adultos para alejarlo de él.

—Ese chico da miedo, Aoife —respondió—. Vale, es sexy, pero también francamente aterrador.

—No es verdad.

—Claro que sí —me dijo ya en tono serio—. Sabes que yo también soy de la urbanización Elk. Crecí al otro lado del barrio en el que vive. Joder, si hasta fuimos a la misma guardería. De hecho, recuerdo sobre todo que la mayoría de los días se quedaba castigado en una esquina porque se había peleado. Cariño, lo he visto en acción muchas más veces que tú, así que créeme cuando te digo que Joey Lynch es un chico que da mucho miedo.

—A mí no —me oí decir con un hilo de voz—. Para mí, él es simplemente Joey.

—¿Y Paul?

—Paul es... Paul.

—Aoife, estás jugando con fuego —sentenció con los ojos llenos de

preocupación—. O enfrías la amistad que tienes con Joey o lo dejas con Paul. Esto no puede seguir así.

—No voy a hacer nada con Joey. Es que me preocupo por él, ¿vale? Está bien preocuparse por la gente.

—Puede que no estés haciendo nada con él en el plano físico.

—Y eso es lo importante. No voy a cruzar esa línea, Case.

—Sí, se supone que eso es lo importante... —aceptó ella en tono inseguro.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres mi mejor amiga y no quiero que te hagan daño —contestó ella—. Y, si tonteas con Joey Lynch, acabará haciéndote daño.

—No me ha hecho daño...

—No te ha hecho daño todavía —interrumpió—. Pero te lo hará si no empiezas a proteger tu corazón. —Suspiró profundamente antes de susurrar —: Si te sirve de algo, no te culpo por refrenarte con Paul. No es lo que se dice un caballero de brillante armadura, pero pasar de Paul a Joey es como saltar de la sartén para caer en las brasas. Ya sé que te preocupas por él, Aoife. Lo pillo, ¿vale? Pero esa clase de chicos no tienen arreglo. Ni con amistad, ni con amor, ni con nada... Simplemente no es posible arreglarlos.

—No puedo alejarme de él —admití desgarrada—. No sé por qué, pero me resulta imposible.

—¿De quién? ¿De Paul? —La mirada se le fue hacia alguno de los pupitres que teníamos detrás y, haciendo una mueca, dijo—: ¿O de Joey?

Siguiendo su línea de visión, me giré en mi asiento justo a tiempo para ver cómo Neasa Murphy deslizaba la mano bajo el pupitre que compartía con Joey.

Girándose hacia él, se le acercó y le susurró algo al oído.

No sé qué cuchichearon entre ellos, pero Joey la miró con los ojos encendidos y Neasa se levantó de su asiento y salió de la clase. Sin perder un segundo, Joey se puso en pie y la siguió fuera del aula, ignorándome por

completo cuando pasó por delante de nuestro pupitre.

Me partió el corazón.

Qué digo partirlo, se me quedó hecho añicos en el pecho.

No hacía falta ser un genio para saber adónde iban y lo que pensaban hacer cuando llegaran.

—¿Sigues sin poder alejarte, Aoife? —preguntó Case en tono triste—. Porque parece que él no tiene el mismo problema.

24 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Una ligera discrepancia

Joey

—¿De quién es el puño con el que se ha encontrado tu cara? —fueron las primeras palabras que me dedicó Podge Kelly cuando me deslicé en el pupitre que había junto al suyo en la parte de atrás del aula para la tutoría del lunes por la mañana—. Parece como si hubieras aguantado diez asaltos con Tyson.

Y así es como me sentía.

Aún recordaba el tacto de la bota con puntera de acero de mi padre mientras me la clavaba en la caja torácica el viernes por la noche. Recordaba el olor, la sensación, el dolor, todo a la vez. Se me había quedado grabado en la memoria en un vívido technicolor.

«—Eso es, cabroncete —dijo riendo con crueldad—. ¡Escóndete detrás de una puerta cerrada como tu hermana! ¿Qué tengo ahí dentro, un hijo o dos hijas?

»—¡Que te den por culo! —rugí mientras trataba de ponerme en pie siguiendo el impulso de evitar toda una vida de palizas.

»—¡Joey, no lo hagas! —chilló Shannon mientras intentaba inútilmente tirar de mí para ponerme a salvo—. No salgas ahí.

»Desbloqueé la puerta alejando la cómoda, retiré con torpeza el pestillo y la abrí de golpe a sabiendas de que todavía no era lo bastante corpulento

para vencer a ese mamón, pero sin que me importara una mierda.

»Prefería soportar otra vida de palizas a dejar que creyera que me había ganado».

Me negué a hacerme un ovillo como haría cualquier animal herido, como haría mi madre, y me impulsé con las manos y las rodillas tratando una y otra vez de ponerme en pie a cada nuevo y contundente golpe de bota.

Cuando me tuvo en el suelo, después de darme una buena paliza, el cabrón me escupió a la cara. Destrozado y casi sin aire, me quedé tumbado en el suelo de mi cuarto como un niño, escuchando cómo sus pasos se alejaban lentamente de la habitación.

«Puedes irte —murmuró una voz en lo más profundo de mi mente—. No tienes por qué aguantar sus mierdas ni un segundo más. ¡Haz las maletas, hazte un Darren y sal corriendo!».

Tras rechazar la idea, moví la cabeza hacia los lados y dejé escapar un gemido de dolor, sintiéndome mareado de cojones y a unas tres patadas en la cabeza de acabar bajo tierra.

«Si no sales de esta casa, vas a morir en ella...».

Sí, había tenido un fin de semana realmente estelar.

Encogiéndome de hombros, dejé caer la mochila al suelo junto a mí y me quité enseguida la capucha, ya que si no lo hacía no tendría más remedio que pasar por el despacho.

—Me lo hice en un partido.

—Este fin de semana no ha habido partido.

—Entonces en el entrenamiento.

—Tampoco ha habido entrenamiento, tío.

—¿Quién eres, mi madre? —le solté enervado—. ¿Quieres que te haga una lista de todos los sitios en los que he estado? Déjame en paz con tus preguntas, idiota.

Se inclinó hacia mí y me tiró del cuello de la camisa.

—Madre mía, Joe, tienes el cuello azul y negro.

—Vuelve a tocarme y te quedas sin la mano de las pajas —le advertí dándole un guantazo en la mano antes de arreglarme rápidamente el cuello de la camisa gris del uniforme.

Con el ceño fruncido, Podge se pasó una mano por su brillante pelo rojizo y murmuró:

—Cálmate, tío, te lo preguntaba porque me preocupas. Perdona si me importas.

—Deja de hacerlo.

—¿El qué? ¿Preocuparme por mi amigo? ¿Hacer preguntas cuando llegas al insti como si te hubieran dado una paliza de muerte?

—Exacto —contesté mientras buscaba en la mochila la agenda de los deberes—. Deja de preguntar y deja de preocuparte.

—De acuerdo —soltó, y, durante unos instantes, me pregunté qué pasaría si le contara la verdad, hasta que me estremecí mentalmente cuando las palabras de advertencia de Darren resonaron en mi cabeza.

«Adelante, díselo a tu profesor. Verás lo que pasa si lo haces. Verás qué les pasa a los demás. Nos obligarán a irnos a todos, nos separarán. A lo mejor tu conciencia puede vivir con la culpa de haberles robado su inocencia, pero te aseguro que la mía no».

«No hay salida —pensé sintiendo cómo la desesperación volvía a filtrarse por mis venas a toda velocidad—. Estoy completamente solo».

Me sentía atrapado, acorralado en una puta esquina.

Estaba rodeado de mentirosos y fulleros a los que no podía darles la espalda ni un puñetero segundo. Cansado de luchar en una guerra que nunca iba a ganar, y abierto en canal por la traición, luché por reprimir mis tumultuosos pensamientos.

Ya nada tenía sentido.

Era como si todos fueran a por mí.

No podía confiar en nadie, eso estaba claro.

No había ayuda posible para gente como nosotros, para familias como la

nuestra. Estábamos jodidos, jodidos de verdad, y yo estaba demasiado destrozado como para seguir manteniendo a esos niños con vida.

«Porque yo mismo quería morir».

Justo en ese momento, el teléfono me vibró en señal de que me había llegado un mensaje. Me lo saqué del bolsillo y le eché un rápido vistazo a la pantalla.

Holland: Un porrito para el almuerzo?

Inmediatamente aliviado, tecleé una respuesta y le di a Enviar.

Lynchy: Nos vemos donde siempre.

Negando con la cabeza, movía arriba y abajo la rodilla mientras escribía frenéticamente otro mensaje.

Lynchy: Tienes algo más?

Holland: Como qué?

Lynchy: Algo más fuerte. Algo que me haga desconectar.

Holland: Hoy es tu puto día de suerte. Tengo una remesa de 512 que lleva tu nombre.

Lynchy: 512? Eso hará lo que yo necesito?

Holland: Tanto que ni te lo vas a creer, colega.

Lynchy: Entonces me apunto.

En algún lugar de mi interior, sabía que me estaba comportando de forma autodestructiva, provocándome un dolor innecesario, infligiéndole daño a mi cuerpo y mi mente... Pero no podía parar. La depresión que me consumía por dentro me lo impedía.

El cuerpo me funcionaba con el piloto automático. Hacía las cosas por inercia, tratando de llegar de A a B como fuera necesario.

Solía conseguirlo fumándome un porro, pero ya no era así. Sentía que mi

idilio con el cannabis se desvanecía, porque a medida que las palizas de mi padre se intensificaban, perdía más y más el control, y la desesperación por escapar alcanzaba unas proporciones épicas.

Necesitaba algo más fuerte.

Algo que lo detuviera todo.

Algo que me ayudara a sobrellevar los días.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? —me preguntó Podge tratando claramente de relajar el ambiente mientras señalaba hacia la otra punta del aula—. Y no me vengas con el mismo cuento que a todos.

—¿De quién hablas? —contesté sin inmutarme volviéndome a guardar el teléfono en el bolsillo.

—¿Que de quién hablo? —Podge me echó una mirada de indignación, como diciendo «No me mees en la espalda y me digas que llueve»—. De Aoife, imbécil. ¿De quién voy a hablar?

En cuanto pronunció su nombre, no pude evitar ponerme a buscar su reconocible melena rubia por toda la clase, lo que me hizo descubrir que ella ya me estaba mirando.

Con una ceja arqueada, le devolví la mirada y articulé visiblemente la palabra «acosadora».

Demostrando una vez más que no era como las demás chicas de nuestro curso, que se habrían sonrojado y habrían apartado la mirada al sentirse observadas, Molloy hizo el mismo gesto que yo de arquear una ceja y articuló en el aire la palabra «desgraciado».

Le guiñé un ojo. «Bonitas piernas».

Sonriendo, se rascó la nariz con el dedo corazón. «Gilipollas».

Tuve que aguantarme las ganas de reír. Negué con la cabeza y me di la vuelta, consciente de lo mucho que me podía distraer. Había días en los que me había perdido clases enteras por estar haciendo caso de sus traviesas payasadas.

Aunque después de pelearme con el capullo de su novio unas semanas

atrás nunca llegamos a aclarar las cosas entre nosotros, de alguna manera se las había arreglado para que tuviéramos buen rollo. Algo que yo había jurado que no iba a pasar tras ver que volvía a su lado.

Mi intento de ignorarla había durado tres días porque, sinceramente, alejarme de Aoife Molloy me resultaba casi tan difícil como seguir enfadado con ella.

Era la hija de mi jefe y compartíamos aula durante siete horas al día. En algunas de las clases los asientos estaban asignados de antemano, así que no me quedaba más remedio que soportar sus ingeniosas ocurrencias durante cuarenta minutos seguidos.

Los miércoles había cuatro clases en las que nos teníamos que sentar juntos. Eso suponía intentar ignorarla durante todo el puto día, por eso solo había aguantado enfadado tres.

No sabía qué hacer con ella, la verdad. Era como un olor la hostia de agradable que no se iba ni para atrás. Una parte de mí sentía un miedo atroz ante la idea de que siguiera escarbando y, de algún modo, lograra atravesar mis paredes, todas mis pútridas capas, hasta llegar a mi horrible núcleo central y luego saliera huyendo.

Otra parte mayor se negaba a preocuparse.

¿Por qué iba a hacerlo?

¿Qué coño me importaba a mí si se largaba?

No iba a perder el sueño por ella.

Me negaba.

Ella no significaba nada para mí, y así iba a seguir siendo.

—No ha pasado nada, Podge —dije tras aclarar mis pensamientos—. Se le ha metido en la cabeza que somos amigos.

—¿Y no lo sois?

«No tengo ni idea de lo que somos».

Le cogí un boli del estuche y rápidamente falsifiqué una semana de firmas de mi madre en la agenda de los deberes y el cuaderno de mal

comportamiento firmando todas las notas de advertencia que me habían puesto tanto los profesores como la tutora del curso, y luego me quedé admirando mi obra.

Marie Lynch.

Levanté una ceja y sonreí para mis adentros.

«No está mal».

—¿Te lo has hecho con ella?

—¿Con quién? —dije distraído mientras grababa mis iniciales en el pupitre con el compás.

—Con la Virgen María —respondió Paul con sarcasmo—. ¿Con quién crees?

—¿Que si se lo ha hecho con quién? —preguntó Alec Dempsey girándose en su asiento para hablar con nosotros. Su mirada, cargada de curiosidad, saltaba de la cara de Podge a la mía—. ¿Con quién te lo has hecho, Lynchy?

—Con nadie.

—Aoife Molloy.

—Joder, tío, pensaba que solo era un rumor. ¿De verdad te la has tirado?

—Los ojos de Alec se abrieron como platos—. ¿Por eso os peleasteis?

—No.

—¿No?

—No —repetí lentamente—. ¿Qué parte de la palabra «no» te cuesta pillar?

Desvié la mirada hacia Ricey, que se apresuró a centrar su atención en la parte delantera de la clase para evitar el contacto visual.

Sonreí con malicia mientras saboreaba su incomodidad.

No me supuso ningún problema ignorar a ese hijo de puta y, salvo por algunos comentarios superfluos que nos hacíamos cuando jugábamos juntos, me ocupé de mis asuntos haciendo como si no existiera. Aquel día le había dicho lo que opinaba de él con mis puños, y el chaval había tenido la

sensatez de no volver a cruzarse en mi camino.

—Claro que lo ha hecho —sentenció Podge guiñándole un ojo a Alec—. Por eso ella no deja de mirarlo.

—Tío, es de lejos la chica más guapa de nuestro curso —gimoteó—. Puede que hasta de todo el instituto.

En realidad no había ninguna duda. Era indiscutible que Molloy ostentaba ese título.

—Por eso Ricey está tan obsesionado con ella. Siempre quiere tener lo mejor y ser el mejor en todo. Casi nunca pierde de vista a esa chica —compartió con nosotros Alec antes de seguir diciendo, con los ojos fuera de las órbitas—: Hostia puta, ¿te lo montaste con ella en el taller? Trabajas allí con su padre, ¿no?

—Seguro que ella va por allí sin Ricey —conjeturó Podge—. Es una buena oportunidad para pasar un rato a solas.

—Es verdad, tronco, es el momento perfecto —confirmó Alec asintiendo con entusiasmo—. Así es como te la tiraste sin que Ricey te pillara, ¿a que sí?

Entrecerré los ojos en señal de repulsa.

—¿Lo veis? Precisamente así es como se pone en marcha la fábrica de rumores.

—Me sorprende que fueras capaz de abrirle las piernas —se rio Mike Maloney uniéndose a la conversación—. Por lo que he oído, es más estrecha que...

—Acaba la frase —ordené con frialdad—. Venga, atrévete. A ver qué pasa.

—Como si tú supieras mucho sobre cómo hacer que una chica se abra de piernas, ¿eh, Mike? Con esa cabeza de chorlito que tienes... —dijo Podge partiéndose el culo y tratando de reconducir la conversación hacia aguas seguras—. Joe, si dices que no has estado con ella, yo te creo.

—Es que es la pura verdad —me limité a decir.

—Joder, pero es una tía difícil —añadió Mike con un suspiro—. Ricey es un cabrón con mucha potra por haber conseguido convencerla para que salga con él.

—Vaya si lo es —ratificó Alec—. Os juro que he llegado a soñar con sus piernas.

—Tan largas...

—Y esa falda.

Me tragué la amargura del momento y me obligué a mí mismo a desconectar de la conversación, porque si no lo hacía era muy posible que se me fuera la olla.

Por una vez, me sonreía la suerte.

—Joseph Lynch —anunció la señora Falvey, nuestra tutora de curso, cuando entró en el aula un instante después—. Se te requiere en el despacho. —Chasqueó la lengua con expresión de desagrado—. Y tráete el libro rojo de faltas.

—¿Qué has hecho esta vez? —susurró Mike, tan entrometido como siempre.

—Ni puta idea —murmuré poniéndome en pie a toda velocidad.

Encantado de dejar atrás la conversación que se desarrollaba a mi alrededor, cogí la mochila y me dirigí hacia la puerta.

—Me has decepcionado mucho —dijo la señora Falvey cuando pasé por delante de su mesa—. Creía que habíamos logrado controlar tus problemas de comportamiento el año pasado. Y, como este es otro curso y todo eso, estaba dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva. Pero a las cuatro semanas me entero de que te has vuelto a pelear.

—¿Con quién? —pregunté confundido mientras me rascaba la nuca.

—Con Marcus Shorten.

—Marcus ¿qué?

—Es del instituto comunitario de Kilcock —soltó—. ¿Te suena?

Me quedé con la mirada perdida.

—Joey, le rompiste el dedo —afirmó suspirando con frustración—. Con el hurley. A propósito.

—¿Cuándo?

—El viernes pasado —respondió enfadada—. Su madre nos ha llamado esta mañana. Como te puedes imaginar, estaba muy disgustada por lo que había sucedido. Quiero elevarlo a la junta.

—Ah, vale —musité tras recordar vagamente el incidente que tuvo lugar en el campo el viernes anterior cuando nuestros institutos se enfrentaron en un partido de liga—. ¿De verdad ha llamado su madre a nuestro instituto?

—Sí, así es. Estaba muy disgustada.

—Aquello no fue una pelea —dije en tono de burla.

«Qué chivato, se lo ha dicho a su mamá».

La profesora entrecerró los ojos.

—Entonces ¿tú cómo lo llamarías?

Ese mamón casi me arranca los nudillos con la banda metálica de la base de su hurley. Lo único que hice fue devolverle el favor.

—Una ligera discrepancia.

—Bueno, pues esa ligera discrepancia ha hecho que te ganes la primera expulsión temporal del año —me espetó—. Enhorabuena. —Mientras aplaudía burlonamente, preguntó—: ¿Quieres decir algo en tu defensa?

—Sí. Ese día ganamos el partido —repliqué encogiéndome de hombros—. Y yo fui el mejor jugador.

18 DE OCTUBRE DE 2001

Expulsiones y tacones de aguja

Aoife

—Cincuenta euros, papá. Es por una buena causa —dije tratando de respaldar mi argumentación el jueves por la tarde después del instituto.

—¿Desde cuándo un par de zapatos nuevos se considera una buena causa?

Me encogí de hombros.

—¿Preferirías que te mintiera y te dijera que iba a meter el dinero en el cepillo de las limosnas?

—Aoife.

—Papá, por favor —le supliqué—. No volveré a pedirte nada nunca más.

—Hasta que quieras una falda que vaya a conjunto con los zapatos, ¿no? Siempre haces lo mismo cuando me pides dinero.

—Vale, tienes razón —concedí levantando una mano—. Pero no comprendes lo muchísimo que necesito esos zapatos, papá. Son perfectos para el disfraz que quiero llevar para Halloween.

—¿Tu madre qué dice al respecto?

Puse los ojos en blanco.

—Ya la conoces.

Papá frunció el ceño.

—Si tu madre cree que no...

—¡Venga, papá! —traté de persuadirlo; luego me saqué el as que tenía en la manga—: A Kev le compráis todos los juegos de ordenador que os pide y no se las hacéis pasar tan canutas. Es que casi parece como si no me quisierais.

Oí que salía una carcajada de debajo del coche en el que me había apoyado. Miré fijamente al culpable, que estaba espatarrado sobre una camilla deslizante con solo medio cuerpo al alcance de mis patadas.

—Aoife —suspiró papá—. Claro que te queremos.

—Lo único que pido es un par de zapatos, papá —gimoteé forzando un tono suave y frágil—. ¿Por favor?

—Virgen santa —farfulló limpiándose las manos en un trapo lleno de aceite—. De acuerdo. Voy a coger la cartera. Está en el despacho.

—Eres el mejor. Te juro que vivirás siempre conmigo y nunca pisarás un geriátrico —canturreé rodeándolo con los brazos y radiante de júbilo—. Pero, sí, mejor ve a coger la cartera —añadí guiándolo en dirección a su despacho—. Porque son el último par que tienen a la venta y me moriría si Danielle Long llega con ellos al mostrador antes que yo.

Esperé hasta que mi padre hubo desaparecido en el despacho y me volví a centrar en Joey. Con una pierna a cada lado de su cuerpo, me agaché, le agarré la parte delantera del mono de trabajo y tiré con fuerza hacia fuera, haciendo que saliera rodando de debajo del coche, todavía con la llave inglesa en la mano.

—¿Te importa? —dijo arrastrando las palabras y mirándome desde su posición, con la gorra de béisbol hacia atrás y la mejilla embadurnada de aceite—. Me pillas ocupado ahora mismo.

—¿Que si me importa? —repliqué con los brazos en jarra, de pie sobre su cuerpo y fulminándolo con la mirada—. Casi me lo fastidias con tanta risita.

—Eres una brujilla manipuladora, ¿eh? —Volvió a reírse—. Mira que jugar así con tu viejo...

—Solo cuando es necesario —resoplé negándome a sentirme mal al respecto—. No has visto cómo son los zapatos.

—Zapatos —repitió con un bufido mientras negaba con la cabeza—. Y te preguntas por qué no somos compatibles.

—Ah, ya veo por dónde vas, señor «No me importa tirar el dinero gastándomelo en hierba» —contraataqué—. Te garantizo que si vieras cómo me quedan esos zapatos, lo entenderías.

—Si te quedan tan bien como ese tanga amarillo que llevas ahora mismo, voy a tener que darte la razón —contestó señalando el perfecto ángulo de visión que, sin querer, le estaba ofreciendo.

—Cierra los ojos.

—Cierra las piernas.

—No. —Me inundó una ola de calor—. No me da vergüenza.

—A mí tampoco.

—Me estás mirando por debajo de la falda.

—Me estás poniendo el coño en la cara.

—Dios. —Me entró la risa—. No me creo que hayas dicho eso.

Riéndose dulcemente, comenzó a rodar de nuevo bajo el coche.

—Espera. —Le apreté el pie contra el estómago para evitar que desapareciera bajo el vehículo e hice que volviera a salir.

—Entonces ¿te gusta el color amarillo?

—Se acaba de convertir en mi favorito.

—¿Ah, sí?

—Pues sí, Molloy.

—Mi color favorito también es el amarillo.

—Es que te queda muy bien.

—Me queda aún mejor cuando me lo quito. —Como me sentía juguetona, comenté con un ronroneo—: Estás muy seguro de que somos incompatibles, pero me pregunto qué pasaría si me sentara en tu regazo. ¿Mmm? ¿Crees que encontraríamos algún punto en común, Joe?

—¿Por qué no te sientas y lo comprobamos?

—¿Qu-qué? —Totalmente desconcertada ante su arranque de coqueteo, fruncí el ceño—. ¿Qué haces?

—No, ¿qué haces tú?

—Estás intentando ligar conmigo.

—Eres tú la que intentas ligar conmigo.

—¿Y qué? —repuse con un resoplido—. Yo siempre lo hago.

Joey sonrió con malicia.

—Bueno, puede que haya decidido cambiar de táctica.

—¿Y ligar conmigo?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. No parece que me vaya muy bien siendo un gilipollas, ¿no?

—Pero se te da muy bien.

—Acércate y te enseño lo bien que se me da hacer otras cosas.

—Vale, me estás asustando —dije partiéndome de risa mientras me alejaba de él—. Para ahora mismo y devuélveme a mi gilipollas.

Riéndose, Joey volvió rodando bajo el coche.

—Has perdido esta ronda, Molloy.

—No la he perdido —afirmé con un bufido—. Has cambiado las reglas.

—¡Claro, claro! —gritó desde debajo del vehículo—. Ve a comprarte esos zapatos, princesa.

31 DE OCTUBRE DE 2001

Mi disfraz es mejor que el suyo

Joey

—¡Una calle más, Joe! —suplicaba Ollie juntando las manos mientras miraba con esos enormes ojos marrones que normalmente me hacían ceder y darle lo que me pidiera.

«Esta noche no».

Esa noche, con motivo de Halloween, había una discoteca para menores en el pabellón de la asociación de hurling y fútbol gaélico y, en cuanto metiera a esos dos mamoncetes en la cama, tenía toda la intención de ir y ponerme hasta el culo de todo.

Era lo único que me animaba a ir, el hecho de saber que había una botellita de vodka y un canuto, ambos con mi nombre, esperándome en la otra punta de la ciudad.

—Llevas la bolsa llena de caramelos, chaval. —Apoyándome contra un muro cualquiera, me puse a jugar distraídamente otra partida al Snake en el móvil, haciendo caso omiso de las hordas de críos disfrazados que corrían por la calle—. Tienes de sobra.

—Tadhg tiene muchos más que yo —lloriqueó Ollie—. Tiene una bolsa entera más. ¡Mira, Joe! —Señaló a nuestro hermano, que llevaba una bolsa de plástico rebosante de caramelos en un brazo y una funda de almohada igual de llena sobre el hombro—. No es justo.

—Déjalo ya, no seas quejica —soltó Tadhg riéndose—. Si dejaras de intentar hablar con todas las viejecitas que te abren la puerta, a lo mejor habrías podido ir a más casas.

—Estaba siendo amable —replicó Ollie dolido—. Hay que tener buenos modales.

—Hay que tener cerebro —contraatacó Tadhg—. Así que deja de quejarte.

—Pero tiene más que yo —siguió gimoteando Ollie—. Mira, Joe, mira...

—Eso solo significa que Tadhg va a estar mucho más gordo que tú —respondí distraído; entonces me mataron en el juego y solté una retahíla de tacos entre dientes.

—Bueno, mi disfraz es mejor que el suyo —gruñó Ollie señalando la capa y la máscara improvisadas que le había hecho Shannon—. Soy Robin.

—No te vengas muy arriba, Ols —le contestó Tadhg—. Llevas una bolsa de basura negra alrededor de los hombros. Más que Robin, pareces una bolsa de mierda sacada de un contenedor.

—Tadhg —dije en tono de advertencia—. No te pases. Es pequeño.

—Ya, bueno, me queda mejor que a ti —afirmó Ollie con un bufido cruzando sus flacos brazos sobre su igualmente flaco pecho—. Eres una caca de Batman.

—Puede ser —convino Tadhg—, pero sigo teniendo más caramelos que tú.

—Vale —accedí metiéndome el teléfono en el bolsillo—. Venga, chicos. Llevamos fuera más de dos horas. Hay que ir a casa. Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —inquirió Tadhg mirándome con recelo mientras los guiaba por la calle como si fueran ganado y cogía a Ollie de la mano justo antes de que saliera corriendo delante de un coche.

Sonriendo con suficiencia, le guiñé un ojo.

—Haces preguntas que ni la Gardaí.

—Oh, oh —refunfuñó Ollie, que se arrastraba a paso lento junto a mí—.

Eso suena a problemas.

—De todas formas, ya sé adónde vas —comentó Tadhg—. A esa disco del pabellón.

—¿Y para qué preguntas?

Se encogió de hombros.

—No sé.

—¿Hay que vestirse bien? —A Ollie se le iluminó la cara—. ¿Tenes disfraz?

—Se dice «tienes», no «tenes» —lo corrigió Tadhg suspirando—. Aprende a hablar, ¿vale?

—Tadhg —dije a modo de advertencia antes de responderle a Ollie—. No sé, colega. Supongo que habrá algunas chicas que se disfracen.

—¿Con trajes de miedo?

«Más bien irán de ángeles y diablesas cachondas».

—Algunas —acabé por decir, distraído ante tal posibilidad.

Sin permiso de mi cerebro, mi imaginación conjuró una imagen de Molloy que era una puta maravilla, en la que llevaba unas medias rojas de rejilla que acentuaban sus largas piernas en toda su inmensidad, un minúsculo vestido de enfermera blanco que le juntaba las tetas en el escote, y uno de esos sombreritos con una cruz sujeto en lo alto de su larga melena rubia.

Pero entonces mi imaginación me jugó una mala pasada y me mostró al capullo de Paul toqueteándola en medio de la pista de baile, y mi cuerpo rechazó la imagen.

Con un disgusto de cojones, aparté de mi mente cualquier pensamiento relacionado con Molloy y me centré en llevar a los chicos a casa.

Cuando llegué a casa con mis hermanos después del truco o trato, Shannon nos recibió en la puerta principal, donde esperaba pacientemente su parte del botín. Era un acuerdo al que había llegado con los chicos al aceptar

hacerles los disfraces.

Los dejé con sus discusiones y subí corriendo a darme una ducha y a cambiarme de ropa. Cuando entré en la cocina, unos veinte minutos más tarde, mamá ocupaba su sitio habitual junto a la mesa.

—¡Qué bien hueles! —dijo con las manos alrededor de una taza de té—. ¿Vas a salir?

—Esta noche hay discoteca en el pabellón. Me voy a encontrar allí con Podge y otros chavales del instituto —contesté en tono civilizado, algo que siempre resultaba más sencillo cuando mi viejo no estaba en casa.

La semana anterior mi padre había tenido un arrebató monumental que lo había enviado al banquillo por un tiempo.

—¿Ha dicho algo? —pregunté mientras cogía una lata de Coca-Cola de la nevera—. ¿Ha llamado?

Porque, seamos sinceros, todos sabíamos que iba a hacerlo. Cuando se aburriera de su lígúe de esa semana, la que había decidido que era mejor que la madre de sus hijos, volvería arrastrándose.

Siempre lo hacía.

—No. —Negando con la cabeza, dejó escapar un leve suspiro—. Ya te lo dije la semana pasada, se ha ido y...

—Esta vez es para siempre —la interrumpí completando la frase que había oído por lo menos media docena de veces al año desde que tenía uso de razón—. ¿Estarás bien sola con los niños? —Le miré el abultado vientre y un nudo de preocupación me carcomió las tripas—. Si me necesitas, puedo quedarme en casa.

—No, vete —indicó poniéndose en pie—. Estaré bien.

—Mamá, si salgo, llegaré tarde. —«En otras palabras, no voy a volver si cambias de idea y decides que me necesitas aquí»—. ¿Estás segura de que vas a estar bien? —Arrugué las cejas; estaba indeciso—. ¿Qué pasa con el... bebé?

—No salgo de cuentas hasta dentro de tres semanas —contestó—. Y

tengo aquí a Shannon para que me haga compañía. —Sonriendo, algo que no ocurría con frecuencia últimamente, agregó—: A lo mejor pedimos chino y vemos una película cuando los niños se acuesten.

—Ya, yo no contaría con que se fueran a dormir demasiado pronto —le advertí pensando en las bolsas de caramelos que habían juntado—. Toma... —Haciendo una pausa, metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y saqué un billete de veinte euros—. Pedid la cena con eso.

—No, no, no —comenzó a negar mamá moviendo a un lado y a otro la cabeza—. Eso es tuyo. Tengo dinero suficiente.

No era verdad.

Lo sabía porque hacía un rato la había visto meter su último billete de diez en el contador de la luz.

—No hay problema, mamá. Ayer cobré —le aseguré poniéndole el dinero en la mano—. Aún me queda para mí.

Se quedó mirando el dinero que tenía en la mano durante mucho rato antes de metérselo en el bolsillo de la bata de forma temblorosa.

—Gracias, Joey.

—Genial. Asegúrate de que Shannon coma algo, ¿vale? —dije cogiendo las llaves y encaminándome hacia la puerta de la entrada—. Se ha quedado en los huesos.

«Igual que tú».

—Lo haré, lo prometo —afirmó mamá siguiéndome hasta la puerta y viendo cómo me marchaba desde el umbral, lo cual resultó un tanto incómodo—. Que te diviertas.

—Claro —respondí—, tú también, mamá.

—¡Joey! —gritó cuando yo ya estaba en la tapia del jardín. Se ciñó bien la bata y vino corriendo hacia mí. Me quedé petrificado y no moví ni un músculo cuando se acercó y me puso su pequeña mano en la cara.

Con maternales ojos azules llenos de lágrimas no derramadas, se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla.

—Ten cuidado.

—Claro —contesté bruscamente, aclarándome la garganta, mientras me invadía la culpa por los pecados que ambos sabíamos que iba a cometer esa noche.

—Lo tendré, mamá.

31 DE OCTUBRE DE 2001

Bailes sexis y bebidas de baja graduación

Aoife

La noche de Halloween, el pabellón estaba lleno hasta los topes; todos bailaban y sudaban apretujados los unos contra los otros tratando de pasar un buen rato, y yo no era una excepción.

Moviendo el culo al ritmo de «Shake Ya Shimmy», de Flip & Fill, con mis elegantes zapatos nuevos (cortesía de mi papi querido) junto a mi mejor amiga, me relajé y me dejé llevar por el momento.

Llevábamos disfraces a juego: Casey era la diablesa putilla y yo un ángel igual de pendón. Entre sus cuernos y mi aureola, no pasábamos desapercibidas en la pista de baile, y disfrutábamos de la atención que recibíamos de los chicos de nuestro curso tanto como de la música.

—Córtate un poco, Aoife —me gruñó una voz en tono de enfado al oído mientras un cuerpo enorme se apretaba contra mí por detrás y me plantaba unas manazas en las caderas—. Te está mirando todo el mundo.

—¿Y?

—Ese es el objetivo —dijo Casey riéndose.

—Pues que no me gusta —escupió Paul—. Estás conmigo, lo que significa que eres mía y solo yo puedo mirarte, no todos los tíos que hay aquí. Para ya con el show erótico.

—Uno: no te pertenezco —balbuceé rozando mi cuerpo contra el suyo—.
Dos: solo estoy bailando.

—Sí, como una zorra.

—¿Lo dices en serio?

—¡Sí, lo digo en serio! —chilló—. ¿Quieres que todos piensen que salgo con una zorra?

—Por Dios. —Moví la cabeza en señal de enfado y me di la vuelta para mirarlo a la cara—. Dime que no has dicho eso.

—Te está mirando todo mi puto equipo —alegó con las mejillas enrojecidas—. Para mí es vergonzoso que mi novia se ponga a mover así el culo.

Entrecerré los ojos.

—Que te follen, Paul.

—No, nena, espera...

Encogiéndome de hombros, agarré a Casey de la mano y bailé de forma insinuante con ella, ignorando al aguafiestas que tenía detrás.

—¡¿A ese qué le pasa?! —gritó Casey por encima de la música señalando a Paul y su careto.

—Al parecer, lo pongo en evidencia.

Entornó los ojos y se chupó el dedo corazón antes de levantarlo hacia él.

—Gilipollas.

Entonces sonó a toda pastilla «The Whistle Song», de DJ Alligator Project, y todos los adolescentes en un radio de diez kilómetros se acercaron a la pista de baile.

—Que le den —sentenció Casey arrastrándome hacia la multitud—. Vamos a disfrutar de una noche de chicas.

—Un plan excelente.

Borrachas de lo bien que lo estábamos pasando (y del vodka que nos corría por las venas), nos rozábamos la una contra la otra, moviendo el culo como si compitiéramos por ser el próximo miembro de Destiny's Child.

Nos fijamos en uno de los chicos de clase, que iba disfrazado de la Marilyn Monroe más divertida que había visto en mi vida y bailaba como un poseso en medio de la pista de baile, y enseguida nos acercamos a él.

—¡Piernas de ángel! ¡Tetas de diablesa! —nos vitoreó Alec pasándonos los brazos por los hombros cuando estuvimos al lado.

Totalmente pasado de rosca por sus excesos con el alcohol, las drogas y las gamberradas, se marcó un endemoniado baile al ritmo de la canción no oficial sobre mamadas que se cantaba cuando sonaba «The Whistle Song», sin importarle una mierda lo ridículo que estaba con esa vieja y baratucha imitación del vestido blanco de *La tentación vive arriba*, una peluca rubia falsa y sus piernas peludas a la vista.

—No puedo con él —se sinceró Casey riéndose y arrastrando las palabras mientras señalaba al tremendísimo idiota que refregaba el culo contra nosotras—. No sé si quiero darle una bofetada o besarlo.

—Las dos cosas —respondí atragantándome con mis propias carcajadas mientras Al se arrancaba dramáticamente la parte superior del vestido y se pellizcaba los pezones entornando los ojos con el mismo dramatismo.

—Tápate las tetas, Marilyn —se rio Casey acercándose a nuestro compañero de clase para cubrirle los pezones con sus diminutas manos.

Sin vacilar ni un segundo, Alec puso las manos sobre los pechos de Casey, apenas ocultos tras su escote.

—¿De verdad me estás tocando las tetas?

—Tú estás tocando las mías —replicó Alec moviendo las cejas—. Me parece un intercambio de lo más justo.

—Vaya par tienes, tío.

—Justo iba a hacerte el mismo cumplido.

—¡Y ahora es cuando se lían! —chilló una voz familiar por encima de la música. Al girarme, me encontré con Podge, que parecía estar divirtiéndose—. Te lo dije. —Me guiñó un ojo y señaló hacia el lugar en el que Casey y Alec se arrancaban el uno al otro los labios—. Era tan predecible...

Sonriendo, me acerqué hasta él con unos pasos de baile y le tendí la mano, ya que era uno de los chicos que mejor me caía de mi curso.

—No querrás que baile sola, ¿no, Podge?

—Lo que hay que hacer por los amigos —dijo con una risita al tiempo que me cogía la mano y me acercaba a él para bailar—. No te hagas ideas equivocadas, ¿me oyes?

—Haré lo que pueda. —Con una sonrisa, le pasé la mano por el cuello y bailé al compás de la música—. ¿Dónde has dejado a tu amigo esta noche?

—¿A cuál de ellos, Aoife? —preguntó en tono de burla, perfectamente consciente de a quién me refería.

Puse los ojos en blanco.

—Muy gracioso.

—Lynch y está por aquí.

—Entonces ¿es verdad que sabe bailar?

—Eso no lo sé, pero te aseguro que sabe cómo colar una botellita de vodka sin que se entere el segurata.

—¡Aoife! —Arrancándome de los brazos de Podge de un tirón, mi novio me cogió del brazo y tiró bruscamente de mí hacia él—. Ven un momen...

—Hey. —Le solté zafándome de su agarre mientras me giraba para mirarlo—. Me has hecho daño. —Me froté el brazo—. No vuelvas a hacer eso.

—No seas tan dramática —protestó poniendo los ojos en blanco—. Ven afuera conmigo. —Volvió a cogerme del brazo—. Quiero hablar contigo.

—No. —Volví a zafarme y lo fulminé con la mirada—. Me has llamado «zorra».

—No quería decir eso. —Tiró de mí para abrazarme, inclinó la cabeza y me plantó un beso en los morros—. Venga, nena, si ha sido solo un lapsus... No te enfades por eso.

—Dijiste que parecía una zorra —protesté impulsándome contra su pecho para escapar de sus brazos.

—¡Mírate! —me gritó perdiendo los nervios—. ¡Vas casi en ropa interior y no dejas de restregarte contra otro tío!

—Oye —le advirtió Podge saliendo en mi defensa.

—No te metas, Podge.

—Deja de cogerla así, tío.

—Podge, no pasa nada, estoy de maravilla —le dije antes de posar mis ojos de nuevo en Paul—. Llevo un disfraz de Halloween y Podge es mi amigo. Se me permite tener amigos, Paul.

—Vas enseñando demasiado —afirmó—. Se te ven los cachetes del culo bajo eso que llamas «vestido». Pareces una puta. Eres mejor que eso.

—¿Una puta? —Bebida y furiosa le di un empujón en el pecho—. Eres un capullo.

—Aoife...

—Estaba bailando con mi amigo, divirtiéndome. No hacía nada malo, y tú me has insultado. —Lo miré con rabia—. Dos veces. No pienso tolerarlo, Paul.

—Ya, pero has estado bebiendo.

—¿Y qué?

—No me parece bien.

—¿Qué es lo que no te parece bien? —exigí pronunciando con dificultad—. ¿Que beba o que baile?

Paul abrió la boca para contestar, pero no lo dejé y seguí hablando:

—¿Sabes qué? No me contestes. Ni me hables. De hecho, considérate relevado de tus tareas de novio durante esta noche. Al menos así no tendrás que avergonzarte de mí.

—No hagas eso, Aoife —me advirtió cogiéndome la mano en el aire—. Aquí no. Así no.

—Has empezado tú, Paul. —Recuperé mi mano y le apunté a la cara con un oscilante dedo—. Me has llamado «zorra», ¿te acuerdas? Y puta. —Negando con la cabeza, retrocedí un par de pasos y me choqué con un

fornido pecho—. Ooops.

—¿Cómo te encuentras, Aoife? —me preguntó Mack, uno de los chicos de clase, con una amistosa sonrisa—. Tienes buen aspecto.

—Hey, Mack. —Le devolví la sonrisa y luego me giré para mirar fijamente a mi novio—. Te vas a comer tus palabras, gilipollas.

Acto seguido, me di la vuelta para bailar con mi sonriente compañero de clase, que desde luego estaba muy contento de bailar conmigo.

—¡Bien hecho, tía! —berreó Casey en señal de apoyo mientras ella y Alec bailaban hacia nosotros—. Demuéstrale a ese capullo quién manda.

—Madre mía —gruñó Paul agarrándome del brazo y tirando bruscamente de mí hacia él—. Eres una puta borracha de mierda.

—Y tú eres un mierda, a secas —le solté—. Lárgate ya y no me amargues lo que queda de noche.

—Déjala ir, Ricey, tío —dijo Mack en tono preocupado—. Solo estaba bailando conmigo. Somos amigos, tío. No pasa nada.

—Sí, capullo —intervino Alec con toda la cara manchada del pintalabios rojo de Casey—. Yo no le pondría las manos encima, si fuera tú.

—Se está poniendo en evidencia —insistió Paul tratando de arrastrarme lejos de nuestros amigos—. Así que creo que algo sí que pasa.

—¡Oye! —gritó Casey hacia donde estábamos—. ¡Suéltale el brazo, Paul!

—No —negó mientras comenzaba a abrirse paso entre la multitud, arrastrándome con él—. Te vas a despejar y vamos a hablar de esto.

—No quiero hablar —me quejé clavando los tacones en el suelo—. Quiero bailar.

—¿Y avergonzarme aún más? —Negó con la cabeza y siguió arrastrándome hacia la salida—. No, ni lo sueñes, nena.

—¡Para! —le exigí mientras intentaba inútilmente de zafarme de él—. ¡Me estás aplastando las alas y la aureola! ¡Espera, se me ha caído la aureola al suelo!

En un pispás, pasé de estar tratando de liberarme de Paul con todas mis fuerzas a verme con las manos y las rodillas en el suelo tras perder el equilibrio cuando me soltó el brazo de forma inesperada.

—¡Mi aureola! —balbuceé con vigor tratando de alcanzarla con la mano—. ¡Eres un cabrón! —chillé cuando un enorme pie la pisó y rompió el plástico por la mitad—. ¡Me has roto la aureola!

—Vuelve a ponerle las manos encima así y verás lo que pasa —amenazó una voz conocida mientras su propietario me pasaba un brazo por la cintura y tiraba de mí para levantarme—. No es una puta muñeca de trapo, gilipollas.

Medio atontada, alcé la vista hasta el dueño de esa voz y esboqué una gran sonrisa cuando sus familiares ojos verdes se posaron en los míos.

—¡Anda! ¡Hola, Joe!

—Molloy —respondió con su grave timbre habitual—. ¿Ya has vuelto a liarla?

—Siempre. —Con una sonrisa felina, le pasé un brazo por el cuello para mantener mejor el equilibrio mientras se me disparaba el pulso—. ¿Qué haces aquí?

—Cuidando de ti, por lo visto —murmuró Joey con su fornido brazo todavía a mi alrededor.

—Ella es mía, imbécil, no la toques —masculló Paul pasándose una mano por el pelo—. Yo cuidaré de ella.

Joey alzó una ceja.

—Veo que lo estabas haciendo genial.

—Está borracha. No es fácil tratar con ella cuando se pone así.

—¿Y esa es tu excusa para haber estado a punto de arrancarle el brazo?

—Joe, alguien me ha roto la aureola —gimoteé moviendo uno de los trozos de plástico al tuntún delante de su cara—. Ahora soy un ángel caído.

—No te preocupes, Molloy —contestó encogiéndose de hombros—. A nadie le gustan los santurrones.

—Aoife, venga.

—¿De qué vas disfrazado? —lo interrogué apartándole la mano a alguien mientras recorría con la mirada la entallada camisa blanca y los vaqueros azules que lucía Joey—. Déjame adivinar —bromeé acercando una mano a su pelo perfectamente peinado para ahuecárselo y llevándola luego a la cadena de plata que se escondía tras el cuello de la camisa—. Tú también eres un ángel caído.

—Venga, Aoife —interrumpió Paul cogiéndome de la cintura y tirando de mí bruscamente hacia su pecho—. Nos vamos. Ya.

—No —refunfuñé resoplando—. No quiero ir contigo. Quiero quedarme y bailar con Casey.

—¡He dicho que nos vamos, Aoife!

—No parece que quiera ir contigo a ningún sitio —intervino Joey con frialdad colocándose delante de nosotros cuando Paul intentó cargar conmigo hasta la salida.

—No quiero —confirmé asintiendo enérgicamente con la cabeza mientras me zafaba de él—. Quiero quedarme.

—Lynch, no te metas —advirtió Paul alzando la mano para volver a cogerme el brazo—. Es mi novia, no la tuya. Ya la cuido yo.

—Entonces ¿por qué no empiezas por preguntarle qué quiere hacer? —replicó Joey colocándose frente a mí de forma protectora—. En lugar de ordenárselo. —Unos penetrantes ojos verdes se clavaron en los míos cuando se volvió hacia mí y me preguntó—: Molloy, ¿quieres irte con él?

—No —respondí; luego me entró un hipo estridente—. Me ha llamado «zorra».

—¿La has llamado «zorra»?

—No la he llamado «zorra» —se apresuró a defenderse Paul—. Le he dicho que bailaba como tal.

—Es lo mismo —contraataqué mientras me apoyaba con fuerza en la esbelta figura de mi protector—. Esta noche no voy a estar lidiando contigo,

así que lárgate y déjame en paz.

—Aoife.

—No, para ya, Paul. No me voy a ir contigo.

—Estás borracha y ese capullo va puesto de Dios sabe qué —dijo Paul gruñendo—. Si crees que voy a dejarte sola con él, es que se te ha ido la pinza.

—¡Que no me voy a ir contigo! —grité perdiendo la paciencia—. Me has cabreado, ¿te acuerdas?

—Entonces ¿qué? —preguntó en tono exigente—. ¿Prefieres quedarte aquí? —Desvió su mirada de rechazo hacia Joey—. ¿Con él?

—¿Por qué no? —mascullé dándole a Joey una palmadita sobre la incipiente barba de su mejilla—. Es mi amigo.

—¿Tu amigo? —se burló Paul—. No es tu amigo, Aoife. Es un puto yonqui que solo quiere pasar un buen rato. Yo sí que soy tu amigo. Yo soy el que se preocupa por ti. Soy tu novio. ¡Y tú eres mía, joder!

—¡No soy de tu propiedad, Paul! —chillé por encima de la versión dance de Mickey Modelle de «I'll Tell Me Ma» que sonaba a todo trapo desde la cabina del DJ.

Tenía los ojos desorbitados y parecía a punto de perder la cabeza.

—¡Sí que lo eres, hostia! ¡Así que vámonos! —bramó ya fuera de control—. ¡Porque ni de puta coña voy a dejar que te quedes aquí con él!

—¿Que no me vas a dejar? —solté ultrajada—. Tú no eres quién para decir si puedo o no puedo hacer algo, Paul. ¿Quién coño te crees que eres? Yo decido por mí misma. Sigo mis propias reglas.

—Vale —convino—. Podemos hablar de esto y de lo que quieras fuera.

Volvió a intentar agarrarme, pero esta vez fue el chico en el que me apoyaba quien apartó la mano de Paul, y no lo hizo con delicadeza precisamente.

—Ya la has oído —le advirtió Joey con un gélido tono que destilaba peligro mientras levantaba el brazo para retirar mi mano de su mejilla. Yo

no tenía ni idea de cómo había llegado hasta ahí—. Lárgate.

—Estás disfrutando con esto, ¿eh? —Paul entrecerró los ojos.

—Debes de tener muchas ganas de morir, caracapullo —replicó Joey avanzando un paso de forma amenazante hacia Paul—. Pírate ahora mismo antes de que me hagas retomar algo que estaría encantado de terminar.

—Inténtalo —gruñó Paul—. Te acuerdas de quién es mi padre, ¿no?

—¿Me estás amenazando con decírselo a tu papi el Garda? —Joey echó la cabeza hacia atrás y se empezó a reír—. Como si me importara una mierda.

—Está un poco más arriba en la jerarquía que los simples Gardas —insinuó Paul—. Te aconsejo que lo tengas en cuenta la próxima vez que se te ocurra enfrentarte a mí, Lynchy.

—Hey, hey, hey —mascullé moviendo la cabeza a los lados mientras me interponía entre ellos y notaba el calor que emanaban sus cuerpos tras ponerle a cada uno una mano en el pecho—. Ni se os ocurra empezar una pelea aquí.

—¿Quién quiere provocar una pelea, Aoife? —dijo Paul enojado en tono acusador—. Porque, tal como yo lo veo, lo único que intento es llevar a casa a mi novia borracha. Eres tú la que estás montando el numerito y te has lanzado a los brazos de la escoria del instituto como si fuera tu salvador. Menuda puta clase tienes, Aoife.

Mientras se pasaba una mano por el pelo, Paul miraba con odio a Joey.

—Si crees que esta noche me has pasado por encima, Lynchy, te equivocas. Porque esto... —dijo haciendo una pausa para señalar con la mano el espacio que había entre nosotros con expresión de desprecio— no cuenta. Ella no está pensando con claridad y, si tienes un mínimo de decencia, no te aprovecharás de la situación.

—Mira. —Joey levantó las manos y sonrió enigmáticamente—. Yo lo único que estoy haciendo es ser un buen amigo con mi amiga preferida.

—Ella no es nada tuyo.

—Eh... sí, lo soy.

—¿Has oído, Ricey? —replicó Joey con una sonrisa de comemierda grabada en el rostro—. Aquí tu chica es mi «nada mío».

—Oye —le solté a Joey—. No te burles de mí.

Se encogió de hombros sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento.

—¿Y dices que quieres quedarte con este en vez de dejar que te lleve a casa? —se quejó Paul lanzándome tal mirada de asco que me hizo palidecer—. Un año y medio, Aoife. ¿Un puto año y medio y eliges a ese trozo de mierda antes que a mí?

—No, Paul, no lo estoy eligiendo a él, sino a mí, antes que a ti —le solté en tono tembloroso mientras movía la cabeza a un lado y a otro y me alejaba a trompicones de ellos—. Se acabó, Paul. Enhorabuena, eres un hombre libre. Hemos terminado.

—¡Aoife! —me gritó desde atrás; pero yo no me di la vuelta.

«Que le den».

«Que les den a los dos».

Abriéndome paso entre la multitud, intenté volver sobre mis pasos para encontrarme con Casey, casi tan arrepentida de haber decidido ir allí esa noche como del alcohol que corría por mis venas.

El teléfono vibraba junto a mí.

Entrecerré los ojos, lo miré y pulsé el botón para finalizar la llamada cuando vi el nombre de Paul en la pantalla iluminada. Podía dejarme un mensaje de voz y añadirlo a las otras doce llamadas que no le había cogido y a los siete mensajes de texto que tenía sin leer.

Hundida por completo, me senté en el capó de uno de los coches que había fuera del pabellón con una bolsa de patatas fritas sobre los muslos y las piernas colgando libremente cubiertas con mis medias rojas de rejilla. Congelada hasta los huesos, pero demasiado borracha como para darme cuenta realmente de lo frío que era ese aire nocturno, refunfuñaba para mí

misma mientras masticaba mis patatas fritas condimentadas con vinagre como una lunática.

Estaba tan cabreada que hasta lo saboreaba en la lengua, y balanceaba las piernas con tanta furia que se me salió uno de los tacones.

—Mierda —mascullé mirando abatida cómo el brillante zapato con tacón de aguja aterrizaba sobre un charco de agua embarrada que había en el suelo—. Bueno, pues ahí te quedas, perro traidor —solté mirando el cuero de imitación—. Sí, ya lo he dicho. Todo esto es culpa tuya.

—Vaya, vaya, si es el ángel de sucias alas —dijo arrastrando las palabras una voz reconocible, que me hizo gruñir en voz alta.

«Genial».

«Simplemente genial».

Al girar la cabeza, mi mirada soñolienta se clavó nada más y nada menos que en Joey Lynch, que caminaba decididamente hacia mí con el teléfono en la mano.

—¿Has vuelto a pelearte con tu sombra, Molloy?

—A ver si me tengo que pelear también contigo —farfullé doblando el brazo hacia atrás para comprobar que mis alas seguían intactas—. Las alas están bien, gilipollas.

—¿Me das una patata?

—No, para ti no hay —gruñí metiéndome un puñado de patatas en la boca de forma muy poco refinada—. Son todas mías.

—¿Qué haces aquí sola?

—¿Tú qué crees, idiota? Es evidente que me he enfadado —resoplé hablando todavía con cierta dificultad a causa del alcohol que llevaba en el estómago—. ¿Y tú qué haces?

Se encogió de hombros y se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

—Esperando a un amigo.

—Ah, ¿o sea que tienes amigos? —Puse los ojos en blanco—. Pensaba que te oponías a la idea.

Con una expresión jovial grabada en su rostro repugnantemente bello, Joey se acercó hasta donde yo estaba sentada.

—No del todo. —Guiñándome un ojo, introdujo la mano en la bolsa y me birló una patata—. A quien me opongo es a ti, Molloy.

Ese pequeño hurto generó en mi interior una irracional pulsión de violencia.

—Hey, mírame —me oí refunfuñar mientras hacía un penoso intento de imitar su voz—, me llamo Joey Lynch. Soy superfuerte. Soy superduro. No hago amistad con chicas, pero me gusta robarles sus patatas y empezar peleas con sus novios. —Frunciendo el entrecejo, levanté una mano y corregí de inmediato lo que había dicho—: Ex. Ahora sí. Es mi exnovio, porque te aseguro que el actual no es. Imbécil.

Riéndose con mi reacción, Joey movió la cabeza a ambos lados y dijo:

—Estás hecha una borrachilla revoltosa.

—No —lo corregí dándole un manotazo para que alejara la mano de mis patatas cuando alargó el brazo para coger otra—. Soy una mujer al límite.

—Así de intenso es el drama, ¿eh?

—Sí, y te voy a decir por qué. —Le solté arrebatándole otra patata de la mano mientras trataba de robármela por el lado opuesto—. Esta noche, mi antiguo novio me ha puesto muy públicamente la etiqueta de zorra. Así es...

—Hice una pausa dramática antes de continuar—: Mi antiguo novio, quien, para tu información, nunca ha tenido el privilegio de ponerse ni remotamente guarrillo conmigo. —Di un bufido y murmuré—: Y no es que no lo haya intentado.

«Sin parar».

Las cejas de Joey se elevaron mientras permanecía frente a mí.

—Tú y Ricey no habéis...

—No, no nos hemos acostado —le espeté entrecerrando los ojos—. Dios, ¿por quién me tomas? —Levanté una mano rápidamente y se la puse sobre la boca—. ¿Sabes qué? Mejor no contestes. No necesito que tú me des

consejos sobre relaciones.

Poniendo los ojos en blanco, Joey alzó una mano y retiró la mía de su boca.

—Joder, Molloy —gruñó sacando la lengua como una serpiente para lamerse el labio inferior—. ¿Cuánto vinagre les has echado a esas patatas?

—La cantidad exacta —contesté deslizando un dedo hacia el interior de mi boca para probar lo que él había saboreado cuando le tapé la suya—. Vale —concedí sacando el dedo y manteniéndolo levantado—. Puede que me haya pasado con la botella.

—¿Tú crees? —dijo en tono marcadamente sarcástico.

—Oye, no me juzgues —me defendí entre resoplidos—. Ya te he dicho que soy una mujer al límite. No se me puede responsabilizar por mi falta de criterio a la hora de echar vinagre. Está claro que, si hay que recordar algo de esta noche, es que no he tenido muy buen juicio.

—Pues mi juicio es bastante bueno, Molloy, y puedo decirte que si esta noche ha habido algún capullo, ese ha sido tu novio. —Metiéndose las manos en los bolsillos de delante de los vaqueros, Joey añadió—: Si te está presionando, aléjate. Tienes todo el tiempo del mundo para hacer esas tonterías.

—Ex. —El calor me abrasaba la cara—. Y cuando dices «hacer esas tonterías», ¿te refieres al sexo?

—¿Preferirías que dijera «follar»? —propuso sin vacilar—. Mira, haz lo que quieras, pero, si aceptas mi consejo, creo que no deberías entregarte a alguien como él.

—¿Alguien como él?

—Alguien que supuestamente debería preocuparse por ti, pero en lugar de eso te pone las manos encima y te llama «zorra» cuando no se sale con la suya.

—Al contrario que ese chico que una vez me dijo que era fácil.

—Existen grandes diferencias entre él y yo —fue su alegre respuesta

mientras se acercaba tanto a mí que llegaba a oler la fragancia de su colonia —. Mira, lo único que digo es que puedes aspirar a alguien mejor que Paul Rice.

—¿Ah, sí? —Intentando a toda costa mantener la compostura para no revelar lo profundamente que me conmovía ese chico, no despecué mis ojos de los suyos al preguntarle—: Bueno, ya que estás tan hablador, ¿me harías el favor de compartir conmigo esas diferencias?

—Si tú quieres...

—Quiero.

—De acuerdo —respondió sin dudar—. Primera diferencia: es posible que mi juicio estuviera sufriendo un lapsus momentáneo cuando te llamé «fácil». —Me puso una mano a cada lado mientras hablaba—. Es algo de lo que he llegado a sentirme bastante arrepentido varias veces desde aquella noche.

—Vaya. ¿Es esta otra versión de una disculpa? —Al exhalar, sentí que mi cuerpo se acercaba más y más hacia el suyo—. Porque es igual de horrible que la anterior.

—No es una disculpa —me corrigió—. Considéralo más bien una insólita confesión.

—Vale. —Volví a exhalar, y sentí que el corazón me golpeaba salvajemente la caja torácica mientras me inclinaba hacia atrás sobre los codos—. En ese caso, debe de haberte costado mucho decirlo.

—Ni te lo imaginas —confirmó con las manos plantadas a ambos lados de mi cuerpo mientras me miraba con ojos seductores—. ¿Quieres que siga?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Segunda diferencia —dijo—: no soy tu novio, Molloy. No tengo por qué preocuparme por ti, ¿recuerdas?

—Es verdad, no tendrías por qué hacerlo —admití con un escalofrío

mientras él me sujetaba al capó del coche. Mi cuerpo vibraba de excitación —. Pero lo haces.

El fervor se reflejaba en sus ojos, y no hizo nada para impedirlo.

¿Qué narices me pasaba? Provocar a ese chico era como meter la mano dentro de la cerca del guepardo del Fota Wildlife Park.

«Un acto arriesgado».

—¿Hay una tercera diferencia? —pregunté.

—Sí, hay otra. Te la puedo decir —contestó—. ¿Quieres?

—Quiero.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—Tercera diferencia —susurró reclinándose tanto sobre mí que podía sentir su aliento alcoholizado sobre mi cara—: yo no te presiono para que te abras de piernas. —Se echó hacia atrás y lanzó una mirada enfática al espacio que había entre nosotros—. Lo haces tú de forma voluntaria.

Bajé la mirada y se me cortó la respiración al ver que se había introducido hábilmente entre mis muslos. Y no solo eso, además mis piernas se habían enlazado alrededor de sus caderas por iniciativa propia.

—Mierda —solté en un hilo de voz jadeando mientras veía cómo me miraba—. No tengo ni idea de cómo han llegado hasta ahí.

—Ya —convino él reduciendo aún más el espacio que nos separaba y colocando sus labios a escasos milímetros de los míos—. Yo tampoco.

«Va a besarte».

«Dios mío, Aoife, va a pegar su boca a la tuya».

«Tranquila, no te asustes».

El chirrido de unos neumáticos desvió su atención y casi me pongo a llorar.

No, Dios, ¿por qué?

Mientras «Control», de Puddle of Mudd, sonaba a todo volumen en el equipo de música, un Honda Civic negro tuneado se acercó hacia nosotros a

todo gas salpicando gravilla por la velocidad con la que lo conducían. Tocó el claxon, nos hizo luces y mi gozo en un pozo cuando me di cuenta de quién iba al volante.

Shane Holland.

—Mierda —masculló Joey dejando caer momentáneamente la cabeza sobre mi hombro—. Me tengo que ir —dijo por fin con voz tensa—. Ha venido a buscarme.

—¡Espera, Joey, no te vayas con él! —pedí con voz entrecortada cogiéndole la mano cuando se enderezó y dio un paso atrás—. Por favor, no vayas con él a ningún sitio —le rogué poniéndome de pie mientras entrelazaba mis dedos con los suyos y los apretaba—. Mejor quédate aquí conmigo.

—Mira, Molloy, con respecto a nosotros... —empezó a hablar para luego hacer una pausa como si pensara con detenimiento qué palabras debía decir.

Centraba toda su atención en nuestras manos unidas mientras me rozaba suavemente los nudillos con el pulgar.

—¿Qué pasa con nosotros? —balbuceé estremeciéndome por el tacto de su pulgar sobre mi piel.

—Somos amigos —acabó diciendo.

—¿Por fin lo admites sin que tenga que coaccionarte?

Mientras asentía con la cabeza, forzó una ligera y triste risita.

—Solo he tardado unos años, ¿eh?

—Un par nada más.

—Sí. —Se aclaró la garganta, miró hacia atrás, hacia el coche que lo esperaba, y luego otra vez hacia mí—. Me gustas.

—Vaya —exclamé con una exhalación—. Otra confesión.

—La más difícil que he hecho.

—Te creo.

—Sé lo que quieres que seamos —agregó en tono rudo—. Pero no puede ser.

—Joe...

—No, escucha —insistió apretándome ligeramente la mano—. Puedo ser tu amigo, ¿vale? Eso sí. Pero debes saber que una parte de mis genes no son buenos. Tengo un ADN de mierda.

—Nadie es perfecto, Joe.

Se agachó y recuperó el zapato que yo había perdido antes.

—Bonitos zapatos —declaró con voz suave poniéndome el zapato en el pie—. Tenías razón. Merecía la pena presionar a tu padre para conseguirlos.

—¿Lo ves? —Tenía ganas de llorar, pero dibujé una sonrisa forzada—. Te lo dije.

—No soy un buen amigo para ti —añadió con un hilo de voz, todavía agachado y con la mano en mi pie—. No sabría ni por dónde empezar.

—Se te da mejor de lo que crees.

—Necesito mi trabajo, Molloy.

Se atrevió a decirlo.

«Por fin».

—¿Así que por fin lo admites? —me oí susurrar—. ¿Pasaste de mí por mi padre?

—Y porque puedes estar con alguien mejor que yo. —Me soltó el pie y se levantó lentamente—. Pero también con alguien mejor que él.

—Joe.

—¡Lynchey! —chilló uno de los chicos abriendo la puerta de atrás del coche—. Vámonos, tío.

—¡Sí, ya voy! —les respondió por encima del hombro generándome una oleada de pánico.

—Oye, podemos charlar y ya está —me apresuré a decir—. Pasar el rato, o lo que sea. Como amigos. Me parece bien. Pero por favor no te vayas con él, Joey.

Dejando ir un suspiro de dolor, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la frente.

—Podría volverme bastante loco por ti, Molloy. —Sus labios aún rozaban mi piel cuando dijo—: Sal ya de mi cabeza, ¿vale?

—¡No lo hagas, Joey! —grité con voz grave cargada de una descabellada emoción mientras lo veía alejarse—. ¡No vayas con ellos!

Se volvió, clavó sus ojos verdes en los míos, y quedó claro que las persianas se habían cerrado firmemente, dejándonos fuera a mí y al resto del mundo.

—¡Nos vemos, Molloy!

31 DE OCTUBRE DE 2001

¿Qué te has tomado?

Joey

En circunstancias normales, Molloy ya era una distracción para mí. Con un disfraz de ángel sexy y el estómago lleno de priva, esa chica era la definición exacta del desastre.

Sabía que no me correspondía a mí intervenir, no tenía derecho a meter las narices en su relación con Ricey, pero no pude evitar que mi cuerpo hiciera exactamente eso.

Así que, como hacía siempre, me tiré de cabeza sin tener en cuenta las consecuencias.

Y, como siempre, me salió el tiro por la culata.

Porque había estado a punto de joderlo todo.

Con toda sinceridad, si no hubiera sido porque Shane y los muchachos vinieron a recogerme, no lo habría pensado dos veces. Habría hecho mucho más que besar sus preciosos morritos rojos. Le habría quitado algo que yo no tenía derecho a poseer.

Al final, me fue bien que nos interrumpieran, porque cuando volví al pabellón después de arreglar cuentas con Shane, ella estaba con él.

Después de eso, mi estado de ánimo se había ensombrecido hasta un punto sin retorno.

Solo Dios sabía lo irracionalmente celoso y desesperado que me sentía

cuando machaqué y esnifé la oxicodina que le había pillado a Shane, pero obtuve justo lo que quería.

«Una vía de escape».

Puestísimo, iba dando bandazos de un lado a otro mientras mi mente entraba y salía de la realidad. La fantástica sensación de la nada se apoderó de mi conciencia y me llevó a un lugar del que no quería volver a salir.

¿Respiraba?

No sabría decirlo.

Tampoco me importaba, aunque hubiera querido. Pero no quería.

Solo quería dejar de sentir.

Dejar de preocuparme.

«Dejar de estar, sin más».

—Eres guapísimo.

Con los ojos cerrados, me tumbé pesadamente de espaldas sobre el frío asfalto, con las manos colgando muertas a los lados, mientras una persona desconocida me toqueteaba las carnes.

—Tu tableta de chocolate es para morirse.

Esa noche quería flotar a la deriva, simplemente desaparecer y que nadie dependiera de mí durante unas horas, pero esa voz siguió hablándome al oído y arrastrándome lejos del olvido:

—Joey, ¿estás aquí?

No, no estoy aquí, tía.

—Pensaba que querías hacer esto.

Quería flotar hasta el puto infinito.

—Joey.

Nada.

—Joey.

Paralizado.

—Joey.

«Suéltame».

—Joey, ¿no es esa tu madre?

—Por Dios, ¿qué hace aquí su madre?

—Hey, espabila, mamón.

El fuerte sonido de una bofetada vibró a través de mis pensamientos trayendo consigo una sensación de ardor a un lado de mi cara.

—¿Qué le pasa?

—Nada, está de maravilla.

—¿De maravilla? Míralo. Está totalmente ido. Apártate de mi hijo.

—Céntrate, Joe.

—Joe, tío, tu madre está aquí.

—Joey, levanta, te necesito.

Apretando los labios, me obligué a abrir los ojos y vi cómo un rostro familiar se enfocaba y se desenfocaba.

—¿Qué te has tomado? —le oí decir a mi madre mientras me sujetaba la cara con sus diminutas manos—. ¡¿Qué te has tomado, Joey?! —Tras soltar un gruñido de dolor, se puso a jadear unos instantes antes de volver a centrar su atención en mí—. ¿Qué te has hecho a ti mismo?

No tenía ni pajolera idea.

—Estoy genial —balbuceé deleitándome en la puta maravilla de sensación de calor que recorría mi cuerpo—. ¿Dónde estás...? Mamá, estás aquí.

—Sí, estoy aquí —confirmó al instante cogiéndome la mano como si fuera un niño pequeño. Hacía mucho tiempo que no lo era—. He venido a buscarte porque necesito ir al hospital —dijo atragantándose mientras tiraba de mí—. Quería que cuidaras a tus hermanos para que Shannon pudiera acompañarme, pero está claro que no puedes cuidar ni de ti mismo.

Sin voluntad propia, dejé que me guiara adonde ella hubiera decidido que yo tenía que ir.

Me daba igual el sitio que fuera.

Ya nada importaba.

—¿Vas a tener el bebé, mamá? —pregunté mientras intentaba inútilmente apartarme el pelo que tenía delante de los ojos—. ¿Otro?

—Sí, Joey, así es. —A mis oídos llegó el sonido de la puerta de un coche abriéndose, y luego me empujaron al interior y aterricé con la cara en el asiento de atrás—. Lo tuyo es una vergüenza.

—Lo sé —admití en tono somnoliento notando cómo se deslizaba a mi lado en el asiento—. Lo siento, mamá.

—No digas nada —me soltó justo antes de indicarle a quien yo suponía que era un taxista que nos llevara al hospital.

—Deja de llorar, mamá. —Me arrastré hasta sentarme y traté de tirar del cinturón de seguridad antes de darme totalmente por vencido y dejar que ella lo hiciera por mí—. Me... eh... Estoy genial.

—Me rompes el corazón. —Se le quebró la voz—. Te estás matando a ti mismo.

El enorme vacío de mi pecho no albergaba ninguno de los sentimientos que sabía que debía tener. Estaba hecho una mierda. No tenía sentido negarlo. Tampoco luchar a la contra. Sobre todo cuando ni siquiera mi propia madre creía en mí.

«Eres igual que él. En todo».

¿Qué sentido tenía luchar contra mi ADN?

Yo era así, y tenía la horrible sensación de que no tenía arreglo ni había forma alguna de recomponerme. No podía reiniciar mi vida. Estaba paralizado y atrapado en un cuerpo que se parecía al de la persona a la que más despreciaba.

«Bueno, casi».

Últimamente empezaba a despreciarme a mí mismo cada vez más. Sin embargo, me mataba saber que le estaba haciendo daño a mi madre. Pensar que la estaba haciendo sentir como la hacía sentir él.

—Ya. —Cerré los ojos, dejé caer la cabeza sobre su hombro y suspiré—. Vale, mamá.

31 DE OCTUBRE DE 2001

Ángel de sucias alas

Aoife

—Siento muchísimo lo que ha pasado ahí dentro.

Agarrándome de la mano, Paul me alejó de la muchedumbre de fiesteros que tenía al lado para tratar de volver a estar a buenas conmigo.

Con el rabillo del ojo, vi cómo un Honda Civic negro llegaba a toda leche a la entrada del pabellón, y mi corazón se puso a palpar violentamente.

«Había vuelto».

La puerta del coche se abrió y de dentro salió Joey, que sonreía con un cigarrillo entre los labios y una lata de Dutch Gold en la mano. Tambaleándose, golpeó el techo del coche en señal de despedida antes de decir adiós con la mano.

Riéndose solo, le dio una calada al cigarrillo y miró a su alrededor hasta que por fin posó los ojos en mí.

Lo saludé con la mano.

Él levantó la suya para devolverme el saludo, pero se detuvo cuando vio a Paul.

Se le borró la sonrisa.

—Solo estabas bailando —continuó diciendo Paul captando de nuevo mi atención—. Ya lo he pillado. He sido un idiota. Lo siento, Aoife. De verdad.

—Dejando escapar un suspiro de frustración, me soltó la mano para pasarse

las tuyas por el pelo—. Soy un gilipollas celoso, ¿vale? No lo puedo evitar. Mírate.

—¿Que me mire a mí? —Cruzando los brazos sobre el pecho, me recliné contra el coche aparcado que tenía detrás y le lancé una penetrante mirada—. ¿Qué coño se supone que significa eso?

—Significa que eres preciosa y haces que pierda la cabeza.

—Con halagos no vas a salir de esta —le advertí apartando de nuevo la mirada para darme cuenta de que había desaparecido—. Me has llamado «zorra» y «puta».

—Venga, Aoife —suplicó—. Sabes que no quería decir eso. De verdad que no es lo que pienso de ti.

—Si no querías decirlo, no haberlo hecho —le espeté, incapaz de ocultar la emoción de mi voz.

Porque me dolía.

Que pensara así de mí no me hacía ninguna gracia. Nuestra relación era un desastre monumental, pero me dolía oírle decir esas cosas porque antes de enrollarnos éramos amigos.

Siempre había sabido que Paul era materialista y superficial. No solía molestarme demasiado porque yo también tenía un montón de defectos. Era chillona y no tenía pelos en la lengua, podía engatusar a un monje silencioso para que discutiera conmigo (tal como le gustaba repetir una y otra vez a mi padre) y era especialmente lenta para intimar.

Paul siempre había tolerado mis defectos, así que yo también toleraba los suyos. Pero últimamente había empezado a pensar que ser capaces de tolerarnos el uno al otro no era motivo suficiente para seguir adelante con una relación. Sobre todo cuando comenzaba a ser una pesada carga sobre los hombros.

—Mira, creo que está bastante claro que lo nuestro no funciona —me oí decir finalmente tras armarme de valor—. Yo no soy feliz, y tú tampoco, así que no creo que debamos seguir...

—No lo digas —me advirtió con ojos de loco a causa del pánico mientras me cogía las manos y tiraba de ellas para acercarme a él—. No vamos a romper, Aoife. Eso no va a pasar, así que quítatelo de la cabeza.

—¿Que me lo quite de la cabeza? —Le aparté las manos de un guantazo—. Tú no eres quien toma todas las decisiones aquí, Paul. Tengo algo que decir sobre si quiero o no seguir con esta relación. No puedes obligarme.

—Lo quieres.

—¿De qué hablas?

—Lo sabes perfectamente. —Entrecerró los ojos con rabia—. Sabes de quién hablo.

Lancé un profundo suspiro.

—Esto no tiene nada que ver con Joey.

—¡Siempre tiene que ver con él, Aoife! —dijo casi rugiendo y totalmente fuera de sí—. Y siempre va a ser así porque para ti todo gira en torno a él. No te molestes en negarlo. Lo llevas escrito en la cara.

—Es mi amigo, Paul.

—Y una mierda.

—No me voy a pelear contigo por esto —gruñí—. Tengo una amistad con Joey y no voy a renunciar a ella por nadie.

—Di más bien que no vas a renunciar a él —me corrigió antes de ahogar una solemne carcajada—. Joder, ¿cómo puedes estar tan ciega? Ese gilipollas no te quiere. ¿Cuándo te lo vas a meter en la mollera? No le importas una mierda y es la hostia de patético ver cómo te cueles por él.

—¡Paul!

—¡Mira! —exigió girando mi cuerpo para que pudiera ver perfectamente el lateral del pabellón—. Míralo —ordenó Paul cogiéndome de la barbilla y obligándome a mirar mientras Danielle Long pegaba a Joey contra la pared y le metía la lengua en la boca. Y aunque las manos le colgaban inertes a los laterales, movía las caderas y le devolvía el beso.

Sí, no había duda de que estaba por la labor.

«Por ella».

Me quedé sin aire en la garganta y tuve que hacer acopio de todo lo que había en mí para mantenerme firme y no derrumbarme.

—Mira —repitió Paul obligándome a contemplarlo todo—. Ya ves lo mucho que piensa en ti, Aoife. Le importas una mierda.

31 DE OCTUBRE DE 2001

Me quedo contigo

Joey

—Joey, a veces eres tan... desastre —dijo mamá a voz en grito revolviéndose de dolor mientras se agarraba a la barandilla de la cama y lanzaba un agudísimo y feroz aullido.

—Ya he dicho que lo sentía... —contesté con voz sofocada. El subidón en el que había estado flotando cedió paso rápidamente a un caso grave de temblores—. No me mires con esa cara.

La realidad se derrumbaba a mi alrededor en enormes olas del tamaño de un tsunami, y yo continuaba cayendo en picado hacia la tierra.

Sin embargo, allí estaba, ¿no? Era el único que le cogía la mano.

¿Dónde estaba él?

—Vale, Marie, en la siguiente contracción quiero que empujes con fuerza —indicó la comadrona. Me apartó de su camino mientras se situaba entre las piernas de mi madre con un arsenal de instrumentos y suministros médicos que mi mente no podía alcanzar a comprender—. Ya casi lo tienes, cielo. Le veo la cabeza. Otro empujón y coronas.

—Yo... eh... —Algo mareado, me alejé de la cama de hospital en la que estaba mi madre y busqué algo que hacer, algún sitio en el que estar que no fuera ese—. Ahora vuelvo...

—No... ¡Joey, no te vayas! —vociferó mamá cogiéndome el brazo con

una fuerza brutal—. Por favor, no me dejes sola.

—Mamá, yo no... —Sacudiendo la cabeza para aclarar la visión, noté que me apretaba la mano. Intenté darle algún sentido a lo que me rodeaba al tiempo que trataba de no vomitar—. Yo solo... ah... —Parpadeando rápidamente, me enjuagué la frente con la manga y me obligué a concentrarme en su cara—. Por favor, no me hagas hacer esto.

—¡Te necesito! —gritó temblando—. No tengo a nadie más.

A través de la bruma del síndrome de abstinencia, vi el terror que reflejaban sus ojos azules, y fue una bajada a la realidad.

—Por favor... Tengo miedo.

—De acuerdo. —Volví a su lado y le di la mano, sin decir ni una sola palabra cuando me apretó tanto los dedos que casi me los rompe—. No me voy a ir.

—¡Ya viene! —chilló mamá con la cara distorsionada por el dolor.

—Respira, Marie, respira...

«Me cago en todo...».

No te preocupes tanto por decirle que respire, que yo estoy a punto de desmayarme, joder.

—Ya ha salido la cabeza —anunció la comadrona—. Bien hecho. Con la siguiente contracción ya nace.

—¡Joey, no te vayas, por favor, no te vayas! —bramaba mi madre en tono de pánico—. Estoy completamente sola. Te necesito... Por favor...

—Claro —Tragando saliva, me armé de valor y dije con voz ahogada—: Vale, mamá.

En menos de un minuto, el rostro de mi madre se contorsionaba de dolor. Se le puso de un tono rojo oscuro mientras todo su cuerpo se retorció entre temblores.

Y entonces lo oí.

El sonido de un llanto agudo.

Anonadado, contemplé cómo la comadrona sacaba de entre las piernas de

mamá un pequeño bebé cubierto de una especie de moco sanguinolento.

—Enhorabuena —dijo con una sonrisa—. Es otro niño.

Observé cómo pinzaban el cordón umbilical que lo unía a nuestra madre y me pregunté si el cordón que a mí me ligaba a ella había llegado a cortarse de verdad alguna vez. Era invisible, pero seguía uniéndome profundamente a la mujer que me había dado a luz. Quería dejarlo todo. Desprenderme del dolor y la presión que llevaba sobre los hombros.

La comadrona limpió al bebé, que no dejaba de llorar, y luego lo envolvió en una toalla para colocárselo a mi madre sobre el pecho.

—La virgen —exclamé con voz ahogada y temblando mientras miraba a la diminuta criatura violácea que tenía en los brazos—. Es minúsculo.

—¿Está bien? —Acunando al pequeño bulto contra el pecho y sin dejar de llorar, mamá preguntaba una y otra vez «¿Está bien?», mientras apoyaba la mejilla en la cabeza del bebé.

—Está perfecto, Marie —le aseguró la comadrona—. Es un poco pequeño, pero, claro, es que se ha adelantado un par de semanas. Con los pulmones que tiene, lo compensa de sobra.

—¿Qué haces? —pregunté horrorizado al ver que una de las comadronas le clavaba una jeringuilla en el muslo a mi madre mientras la otra empezaba a presionarle con fuerza el estómago—. Para ya, ¿no? Solo tiene un bebé ahí dentro. Le vas a hacer daño.

—No pasa nada, Joey —me tranquilizó mamá—. Es normal.

—¿Qué coño...?

—Te prometo que tu madre está perfectamente —me aseguró la comadrona en tono sosegado—. Todo esto es normal. Estamos ayudando a que su útero se contraiga para que expulse la placenta lo más fácil y rápidamente posible.

—La pla... ¿qué? —Miré boquiabierto a la enfermera y después desvié la mirada hacia mi madre—. Pero ¿hay más cosas ahí dentro? —Horrorizado, negué con la cabeza—. ¿Cómo coño es eso posible?

18 DE DICIEMBRE DE 2001

Me llamó «gorda»

Aoife

—No es verdad.

—Eso dijiste la última vez.

—Y tampoco era verdad.

—No te creo.

—Oye, vente a mi casa después del insti. Así podremos hablar como Dios manda.

—¿Para que puedas meterme otra bola de mierda?

—Venga, Aoife. Se supone que tenemos que solucionar esto. ¿Cómo vamos a hacerlo si no quieres hablar conmigo?

—¿Por qué no me arrastras hasta tu casa? Se te empieza a dar muy bien forzar las cosas.

Tras soltar un suspiro de frustración cuando me negué a transigir, Paul se dirigió hacia su mesa, que estaba en el otro extremo del aula.

Habían pasado casi dos meses desde el día de la disco de Halloween en el pabellón, y decir que entre Paul y yo las cosas habían vuelto a su cauce sería una considerable exageración, porque para empezar no sé si alguna vez habían estado encauzadas.

Yo quise cortar la noche de Halloween, pero Paul se negó. Al final, acordamos tomarnos un tiempo de descanso el uno del otro, pero el arreglo

solo funcionó durante un impresionante total de tres semanas, que fue cuando cedí y acepté intentarlo de nuevo.

Después de eso, todo volvió a ser exactamente como antes. En cuestión de días, estábamos repitiendo los patrones de siempre, y yo estaba hasta el puto moño de aquella historia.

Sabía que Paul se arrepentía de haber sido tan duro conmigo aquella noche y de haberme insultado, y es cierto que había intentado arreglarlo. El problema era que yo me veía incapaz de reunir la energía necesaria para hacer como él e intentar arreglar nuestra relación.

Porque no estaba segura de si aún quería tener una con él.

Echaba de menos a Paul como chico.

Quería seguir tratando a ese chico.

Pero no echaba de menos a Paul como novio.

Quería salir huyendo de ese cerdo sobón y posesivo.

Creo que solo conocí a la versión anterior de Paul cuando no éramos nada el uno del otro. Por aquel entonces se mostraba afectuoso, tenía interés en lo que yo decía y, lo más importante de todo, me trataba con respeto.

Cuando era esa versión de sí mismo, me parecía un gran tipo. El problema era que ese gran tipo había desaparecido en el mismo momento en que me había plantado una etiqueta de novia en la frente. En cuanto le di lo que quería, el gilipollas controlador y egocéntrico que llevaba dentro volvió a salir a la superficie.

Furiosa conmigo misma por no haberme mantenido firme y haber dejado que me engatusara para retomar una relación tan poco entusiasta, no desaproveché ninguna ocasión de enfrentarme a su comportamiento de mierda. En el fondo, sabía que tenía que echarle ovarios y cortar con él para siempre, sin preocuparme tanto por las consecuencias. Porque el hecho de estar atrapada en ese limbo, esperando a que las cosas cambiaran, me hacía tremendamente desgraciada.

La manifestación más reciente de lo gilipollas que era Paul, y el asunto

por el que yo me estaba subiendo por las paredes, era que en nuestra relación había unas normas para mí y otras muy distintas para él. Se le iba la olla si yo le sonreía demasiado a algún chico de la clase, pero él no tenía ningún inconveniente en hacer eso mismo con las chicas.

La doble moral y la hipocresía me ponían de los nervios.

Esa mañana, por ejemplo, Casey se había enterado por Mack, que a su vez se lo había oído a Dricko y a Sam, de que habían visto a Paul enrollándose con una chica del Tommen durante el periodo en el que nos estábamos dando un tiempo.

Cuando me enfrenté a él para pedirle explicaciones sobre el rumor, me juró que era mentira, lo que nos llevó al dilema actual. Ya no sabía qué creer, pero, si era verdad, sin duda iba a respetarlo más si se sinceraba conmigo.

Me daba la sensación de que ese último rumor era el clavo definitivo en el ataúd de nuestra relación. Si Paul besaba a otras chicas a mis espaldas y yo me aferraba a mi corazón como si me fuera la vida en ello, demasiado asustada como para dejarlo con él por miedo a perderme en una relación que nunca existió ni existirá con Joey, entonces estábamos condenados.

En lo más hondo de mi alma, sabía que darle otra oportunidad a nuestra relación tenía mucho más que ver con el putón que debería estar sentado a mi lado que con cualquiera de los alegatos de disculpa de Paul.

Y con «putón», me refería a Joey.

Tras despedirnos aquella noche en la discoteca, se había dedicado en cuerpo y alma a competir por el premio a putón del instituto.

Había cambiado; antes mostraba algo de clase y discreción respecto a sus conquistas. Pero, desde aquella noche, no parecía que le importara un bledo si lo miraban.

«O si yo lo miraba».

Durante las semanas posteriores a la discoteca que se organizó para Halloween, retomamos nuestra cómoda rutina de lanzarnos bromas e

indirectas. Joey no sacó a relucir en ningún momento lo que había estado a punto de ocurrir y actuó como si nada hubiera pasado de una forma tan convincente que a veces me preguntaba si lo había soñado todo.

Pero sabía que no.

Su imagen besando a nuestra compañera de clase se me había quedado grabada en la retina.

Según la rumorología del instituto, Joey y Danielle se habían acostado la noche de la disco de Halloween. Lo que sentí al enterarme fue más allá de la amargura. Era prácticamente como si me hubieran roto el corazón.

Por los pasillos del Ballylaggin seguían circulando rumores horribles y despiadados acerca de cómo se enrollaban habitualmente. Enfermaba de celos cada vez que veía cómo lo adulaba y lo manoseaba durante las clases, y ni siquiera intentaba luchar contra el sentimiento asesino que se desataba en mi pecho cuando los veía juntos.

Porque la realidad del asunto era que sentía algo por él.

Algo que no debería sentir y que desde luego no me hacía ningún bien.

«Pero aun así lo sentía».

A favor de Joey, y al contrario de lo que ocurrió con los rumores, debo decir que fue expresamente hermético. Tal vez fuera un pichabrava, pero al menos no se iba demasiado de la lengua, así que nunca iba a confirmar hasta dónde habían llegado aquella noche.

De hecho, no la trataba de manera diferente a la habitual. Se comportaba igual: era el Joey algo distante, un poco ligón y sistemáticamente cabreado de siempre.

Y, aunque nuestra amistad se había mantenido bastante intacta desde Halloween, yo no podía ocultar mi indecisión... ni mi dolor. Ser testigo de cómo se besaba con otra chica me había dejado tocada pero, a la vez, me había hecho darme cuenta de que no podía seguir así.

Deseando.

Esperando.

Haciéndome preguntas.

Anhelando.

Sencillamente, tenía que dejar de hacer nada que tuviera que ver con ese chico.

Tras tomar la determinación de superar esa extraña obsesión con mi compañero de clase, comencé a evitar los lugares en los que sabía que podía encontrármelo fuera del instituto y me mantenía alerta cuando él estaba delante.

Me había resultado mucho más fácil reconciliarme con Paul con ese sabor de boca tan amargo. Además, aunque a veces decía lo que no debía, al menos no tenía que preocuparme de que Paul castigara sus neuronas con todas las drogas conocidas por la humanidad.

Sobre mi pupitre se cernió una sombra a la que siguieron un par de manos con una manicura perfecta que aterrizaron sobre la mesa.

—¿Dónde está Joey?

—Hola a ti también, Danielle.

—Perdona. —Se ruborizó y me dedicó una sonrisa avergonzada—. Quería decir «Hola».

Sin molestarme en contestar, continué garabateando en la agenda de los deberes, dibujando unas preciosas telarañas mientras esperaba a que llegara la profesora.

—¿Sabes dónde está Joey? —preguntó en un tono mucho más persuasivo—. Se sienta contigo en Historia, ¿no?

—Efectivamente.

—Entonces ¿dónde está?

—Joey no se encuentra aquí en estos momentos, pero puedes dejarle un mensaje y yo se lo haré llegar. —Puse los ojos en blanco y señalé su asiento vacío—. Venga ya, Danielle. ¿Cómo narices voy a saberlo? No soy su niñera.

—Lo siento, pensé que igual lo sabías. Como sois...

—Amigos —completé con aspereza—. Bueno, pues no lo sé. —Era mentira—. No tengo ni idea de dónde está —volví a mentir.

—No ha vuelto a clase después de la comida.

¿No me digas, Sherlock?

—No sé qué decirte. —Salvo que no tenía más que echar un vistazo a la parte de atrás de los cobertizos para encontrar a su amorcito. Sin duda estaría allí, con Rambo, Dricko, Alec y el resto de los fumetas de nuestro curso—. Aparecerá cuando aparezca.

—Pero esta es la última clase del día.

—Sé lo mismo que tú.

En ese preciso instante, el mismísimo rey de Roma decidió darse una vuelta por el aula; no me hizo falta mirarlo a los ojos para saber que iba puesto hasta las orejas. El olor que desprendía su uniforme era tan fuerte como para que me diera una pálida.

Danielle le sonrió.

—Hey, Joey.

—Dan —saludó Joey dejando caer la mochila sobre nuestro pupitre antes de deslizarse junto a mí para sentarse en su sitio.

Se hundió en su silla, apoyó el codo en el respaldo de la mía y le dio un toquecito a mi coleta para llamar mi atención.

—Molloy.

—Joe —respondí con la mirada fija en la agenda de los deberes.

—Te he estado buscando, Joe —dijo Danielle—. Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¿Haces algo después de clase?

—Siempre hago algo después de clase.

«Uy, esa ha dolido».

Ahugué una risita.

—Bueno, vale. —El tono de Danielle era un poco forzado—. A lo mejor podemos comer juntos mañana.

—A lo mejor —contestó Joey antes de volver a darme un toquecito en la coleta—. ¿Tienes más chocolatinas de esas que guardas en el estuche?

—No sé por qué me lo sigues preguntando si ya sabes la respuesta. —Hizo ademán de ir a coger mi estuche y enseguida le di un manotazo—. No toques mis Rolo.

—Joder —murmuró retirando la mano—. ¿No puedes compartirlos?

—Podría —repliqué centrando de nuevo la atención en mis garabatos de telarañas—. Pero contigo no.

—¿Connmigo no? —Me cogió el lápiz y preguntó—: ¿Por qué?

—Porque ni siquiera te gusta el chocolate —gruñí quitándole el lápiz—. Te han entrado ganas de comer guarrerías y yo me niego a fomentar o apoyar tu mal comportamiento.

—Vale... Yo... Te veo luego, Joe —dijo Danielle entre dientes antes de alejarse de nuestro pupitre.

—Sí, vale. —Me dio con el dedo en el hombro—. ¿Mi mal comportamiento? —Sonriendo como un colgado, algo habitual cuando volvía de la hora de comer si había estado con los fumetas, se acercó a mí y chocó su hombro contra el mío—. Venga, Molloy, hay que compartir con los amigos.

—Tengo una barrita de Wham en la mochila. Si la quieres, es tuya, pero aléjate de las reservas de mi estuche.

—¿Una barrita de Wham? —Joey me puso cara de asco—. Hostia, no, gracias. Prefiero morirme de hambre.

—Entonces adelante, amigo mío.

—Joder, ¿qué mosca te ha picado?

—Perdona, Joe, ¿he tocado algún botón? Porque solo buscaba la manera de silenciarte.

Se le levantaron las cejas y ahogó una risa.

—Hostia, esa ha sido buena.

—Lo sé. —Esbocé una sonrisa falsa—. Me la he estado guardando todo

el día.

—¿Para mí?

—¿Se te ocurre alguna otra persona a la que quisiera silenciar?

Se volvió a reír.

—Joder, estás a tope.

—Y tú estás a punto de sacarme de quicio.

—Molloy, ¿qué te pasa? ¿Tienes la regla o algo así?

—Dios —exclamé clavándole la mirada—. ¿Cómo se te ocurre decirme eso?

Sonrió tímidamente.

—¿Es que no nos contamos esas cosas?

Decidida a hacerle sufrir, entrecerré los ojos y le dije:

—Claro que sí, Joe. De hecho, es verdad que tengo la regla. —Le sonreí dulcemente y añadí—: Y ¿sabes? Me cuesta mucho sacarme el tampón, por toda la sangre y eso. ¿Te importaría ayudar a una amiga, ya que parece que es tu especialidad?

—Podría intentarlo.

Miré su estúpida cara unos instantes y luego transigí con una carcajada.

—Estás enfermo.

—Eres tú la que lo has dicho —afirmó guiñando un ojo todavía con una sonrisa.

—Para disuadirte de decir esas cosas.

—No intentes disuadirme de nada, Molloy. Soy inmune a tus trucos —replicó con ojos chistosos—. Pero hay alguien a quien sin duda estás disuadiendo.

Giré la cabeza hacia donde miraba Joey y me topé con Paul, que parecía furioso.

«Vale, genial».

—Parece que al capullo de Paul está a punto de darle un infarto.

—Siento llegar tarde —se disculpó la señora Falvey, que entraba a toda

prisa en la clase con los brazos cargados de libros—. Estaba al teléfono con una madre.

Por supuesto.

Porque ella no iba a molestarse en venir hasta aquí.

—Sacad los libros y abridlos por la página 112. Hoy vamos a repasar el Alzamiento de Pascua de 1916. Saldrá en el examen final de junio y quiero que os aprendáis la Proclamación de la República Irlandesa de memoria.

Saqué el libro y lo coloqué entre los dos sobre la mesa, porque sabía de sobra que Joey no había traído el suyo, como de costumbre. Rara vez venía al instituto con los libros que tocaba y se pasaba la mayor parte del tiempo gorreándoles copias a los profesores o compartiendo el ejemplar de quien fuera que estuviera sentado a su lado.

Sin embargo, no me importaba compartir mis libros con él. A pesar de lo poco que cuidaba su propio cuerpo, tenía una letra clara y nítida, y tomaba notas mucho más útiles y precisas que cualquiera de las que yo pudiera robarle a mi hermano de la mochila.

El hecho de que siguiera siendo tan eficiente en clase cuando su cerebro se encontraba en un evidente estado de alteración me daba aún más envidia.

—Joe —dije con un hilo de voz tras veinte minutos revisando y tomando notas en amigable silencio.

—¿Mmm?

—Si te hago una pregunta, ¿me dirás la verdad?

—Depende.

—Es sobre algo importante para mí.

—Como te he dicho, Molloy, depende —susurró sin levantar la vista del cuaderno mientras garabateaba algo y pasaba la página.

—¿De qué?

—De si necesitas o no saber la verdad.

—Vale —gruñí—. Olvídalo.

Joey suspiró profundamente y se giró para mirarme.

—Haz la pregunta.

—¿Me vas a decir la verdad?

—Tú haz la pregunta, Molloy.

—¿Has oído rumores?

—Rumores.

—Sobre Paul. —Solté una exhalación temblorosa—. Tonteando con una chica del Tommen.

Joey se puso tenso durante un instante y luego desvió la mirada hacia el pupitre de Paul. Tardó un rato en volver a centrar la atención en mí.

—No.

El corazón se me hundió en el pecho.

Me estaba ocultando algo.

Estaba segura.

—Nunca pensé que me mentirías a la cara, Joe —murmuré sintiéndome profundamente decepcionada con él—. Duele más de lo que pensaba.

—No he mentido —se apresuró a responder en tono severo—. Me has preguntado si he oído algo sobre que Ricey haya tonteado con una chica del Tommen y no he oído nada sobre ninguna chica del Tommen.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir lo que quiere decir, Molloy.

Me lo quedé mirando un buen rato hasta que pillé por dónde iba.

—No juegues con la semántica.

Volvió a centrarse en el libro abierto que teníamos delante.

—¿Quieres que te lo ponga por escrito?

—Quiero que seas sincero conmigo —susurré airada—. Joe, si sabes algo y no me lo dices, me va a doler mucho.

Resopló con frustración, se frotó la nuca y alcanzó su lápiz.

—No es cosa mía.

El corazón se me desplomó hasta el culo.

—Ya, bueno, pero sí que es cosa mía. —Alargué la mano hasta su lado

del pupitre y lo cogí por el antebrazo—. Cuéntamelo, Joe.

No movió ni un solo músculo de la cara cuando aseveró:

—No soy ningún chivato, Molloy.

—Pero eres mi amigo.

Dejó caer el lápiz y se puso a murmurar algo ininteligible entre dientes antes de girarse para mirarme.

—No sé nada sobre nadie de Tommen, y no voy a defender nada que no haya visto con mis propios ojos, pero sé que ha estado escribiéndose mensajes con una chica de este instituto.

—¿Los has visto? —Me quedé sin aliento—. ¿Con tus propios ojos?

Asintió lentamente con la cabeza.

—¿Quién?

—Molloy.

—¿Quién, Joe?

—Danielle.

Se me hundió el corazón. De todas las chicas de nuestro curso, ella era la que me hacía sentir más amenazada. Saber que tanto Joey como Paul habían sucumbido a sus encantos era descorazonador.

—¿Qué ha habido entre ellos?

—Nada.

—Joe, no me mientas.

—No ha habido nada —repitió—. Se intercambiaron algunos mensajes hace algún tiempo, pero la cosa no pasó de ahí.

—¿Y no me lo habías dicho?

—¿Qué coño querías que te dijera?

—Quizá algo así como «Oye, Aoife, tu novio te está poniendo los cuernos».

—Como ya he dicho —gruñó—, no era cosa mía.

—Sí que lo era —le solté—. Eres mi amigo, Joey. Eres más amigo mío que de ella. Deberías serme leal a mí.

—No sé qué decirte, Molloy.

—La verdad —dije de inmediato—. Pero como parece que te resulta imposible, mejor no me hables y ya está.

—No he sido yo quien ha enviado esos putos mensajes a tus espaldas —escupió Joey con ojos llameantes y cada vez más enfadado—. Así que céntrate un poco y dirige tu ira hacia quien corresponde. No lo pagues conmigo, Molloy. Yo ya te había advertido sobre él. Te dije la clase de gilipollas que era, pero has vuelto con él una y otra vez, así que a mí no me toques los huevos.

Es verdad, me había avisado, pero eso no me había facilitado las cosas.

Me saqué el teléfono del bolsillo de la falda, tecleé un mensaje a toda leche y miré fijamente al otro extremo de la clase hasta que el gilipollas del destinatario me contestó.

Aoife: Danielle?

Paul: Danielle qué?

Aoife: Te has escrito mensajes con ella.

Paul: No es verdad.

Aoife: No lo niegues. Es la misma historia de siempre.

Paul: Aoife, te juro por Dios que no le he puesto un dedo encima a Danielle. X

Aoife: No he dicho que la hayas tocado, gilipollas. He dicho que le has enviado mensajes.

Paul me miró a través del aula y negó con la cabeza.

Yo entrecerré los ojos en señal de advertencia, como diciendo «Esta vez no te atrevas a mentirme».

Paul: Mira, no ha pasado nada entre ella y yo.
Esos mensajes eran de broma. Se los envié hace mil años.

No significaron nada, nena. Puedo explicártelo todo. Te lo juro. Xxx

Con el ceño fruncido, negué con la cabeza y volví a meterme el teléfono en el bolsillo, ignorándolo cuando vibró para avisarme de que había recibido otro mensaje.

—¿Estás bien? —me susurró Joey desde el asiento de al lado.

—No —negué sintiéndome dolida, traicionada y un millón de cosas más—. Mi novio es un puto mentiroso y la persona con la que tengo más amistad lo es aún más.

—Molloy, no deberías llamar «puta» a Casey.

—Me refería a ti, imbécil.

—Yo no te he mentado.

—Tampoco me has dicho la verdad.

—No era cosa...

—Si vuelves a decir que no era cosa tuya una vez más, te juro por Dios que me pongo a gritar —dije sofocada con los ojos humedecidos.

—No te atrevas —me advirtió Joey dejando escapar un gruñido contrariado—. Ni se te ocurra ponerte en plan niñaata y venirme con lloros.

—No te preocupes, gilipollas, no voy a malgastar mis lágrimas contigo —le espeté sorbiéndome la nariz mientras levantaba la mano para enjugar una lágrima traicionera—. Pienso guardármelas para ahogarte con ellas.

—Me pediste que te dijera la verdad y es lo que he hecho —se justificó con un susurro airado—. Y ahora te enfadas conmigo por hacer lo que querías que hiciera.

—Porque lo que tenías que haber hecho desde el principio era decírmelo cuando pasó —repuse con voz ahogada clavándole un codazo en el costado—. No ocultármelo y dejarme como una idiota.

—No necesitas que te ayude con eso —vomitó—. Es lo que pasa cada vez que vuelves corriendo a los brazos del gilipollas de tu novio.

—Anda ya, que te folle un pez.

—Vete a la mierda, Molloy.

—Vete a la mierda tú también.

Dejándome llevar por un sentimiento de venganza, levanté la mano y esperé a que la profesora me viera.

—¿Sí, Aoife?

—Joey me ha llamado «gorda». —Sorbiéndome la nariz, me sequé otra lágrima—. Estoy muy disgustada. ¿Me puedo ir?

Se quedó con la boca abierta.

—Qué hija de puta.

«Que te follen», articulé moviendo los labios.

—¡Joey! —exclamó la señora Falvey horrorizada—. Sí, Aoife, puedes salir y tomar un poco el aire.

—No la he llamado «gorda» —lo oí defenderse mientras yo salía por la puerta con paso firme—. Su problema no es cuánto pesa. Es esa vena vengativa tan desquiciada que tiene.

Estaba haciendo tiempo fuera del baño de chicas, esperando a que sonara el timbre final durante los últimos minutos de clase, cuando Joey se acercó a mí por el pasillo dando grandes zancadas y con cara de pocos amigos.

—¡Muchas gracias, Molloy! —gritó con sus preciosos ojos verdes entornados mientras se aproximaba—. Falvey me ha vuelto a dar un libro rojo hasta nuevo aviso.

—Ay, por favor —exclamé poniendo los ojos en blanco—, pero ¿cuándo has estado tú sin libro de faltas?

—¿Sabes lo molesto que es ese puto libro? Tengo que hacer que me lo firmen antes y después de todas las clases, y luego me tengo que reunir con Nyhan cada día y aguantar que me eche la bronca.

—No —dije lentamente en tono sarcástico—. Porque, a diferencia de ti, yo sé comportarme.

—No —me corrigió poniéndose muy cerca cuando llegó a mi altura—. Tan solo eres lo suficientemente astuta como para que no te pillen.

—Eso también.

—Toma. —Puso mi mochila a mis pies—. Te has dejado la mochila.

—Gracias.

—Y te has quedado sin reservas de chocolate en el estuche.

Inhalé aire horrorizada.

—Qué cabrón.

—Ya, bueno, tampoco es que lo sienta —reconoció Joey encogiéndose de hombros—. Te lo merecías por la jugarreta que me has hecho. —Lanzó un gruñido de frustración y añadió—: Pero sí que siento no haberte dicho antes lo que había hecho ese caracapullo.

Mi enfado se disipó y, algo avergonzada, me acerqué y choqué mi hombro contra el suyo.

—Y yo siento haberle dicho a la señora Falvey que me habías llamado «gorda».

—¿Y...?

—Y haber hecho que volvieran a darte un libro rojo de faltas.

—¿Y...?

Dejé escapar un suspiro de agravio y murmuré:

—Y haber amenazado con ahogarte.

—Mmm —refunfuñó Joey chocándose con mi hombro—. Si esto lo hubiera hecho cualquier otra persona, Molloy... Cualquier otra persona...

—Pero soy yo.

—Eres tú —confirmó—. Mi grano en el culo.

7 DE ENERO DE 2002

Tienes un bebé

Aoife

Joey llegó tarde el primer día de instituto tras las vacaciones de Navidad. Cuando por fin apareció, a los quince minutos de haber empezado la tercera clase del día, las ojeras de su rostro hicieron que mi ansiedad se elevara a un ritmo vertiginoso.

—Madre mía —musité cuando se desplomó en su asiento junto a mí—. Estás hecho una mierda.

—Gracias —farfulló apoyando los codos sobre nuestro pupitre y dejando caer la cabeza entre las manos—. Tú estás para comerte.

El cumplido hizo que me entraran los calores.

—Gracias.

—De nada.

—¿Qué te ha pasado? —Recorrí el aula con la mirada para comprobar que la profesora estaba mirando hacia otro lado antes de acercarme y susurrarle—: ¿Ya vas colocado otra vez?

—No, Molloy —murmuró deshecho sobre el pupitre—. Solo estoy cansado.

—¿Por qué?

—Porque no he pegado ojo en toda la noche.

—Pero ¿por qué?

—Porque —hizo una pausa para bostezar— a Sean le está saliendo un diente.

—¿Sean? —Lo miré sin comprender—. ¿Quién es Sean?

—El bebé.

—¿Tu bebé? —pregunté ojiplática.

—Mi hermanito. —Levantó la cabeza para mirarme—. ¿Quién te crees que soy?

—Lo siento —me disculpé con una mueca—. Es que... no sabía que tu madre había tenido otro bebé.

—Pues sí.

—¿Cuándo?

—En Halloween.

—¿En Halloween? —Me quedé con la boca abierta—. Joe, hablamos todos y cada uno de los días de clase y no has mencionado ni una sola vez que tu madre había tenido otro bebé.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó con expresión confundida.

—Porque los amigos se cuentan esas cosas —le expliqué—. Los amigos se cuentan detalles personales como ese.

—Molloy, mi madre ha tenido otro bebé.

Puse los ojos en blanco.

—Pero no dos meses después.

Respondió encogiéndose de hombros.

—Háblame de Sean —dije apoyando el codo sobre el pupitre y girándome hacia un lado para mirarlo.

—¿De qué quieres que te hable? —replicó Joey imitando mis gestos—. Es pequeño, es mono, se caga por todas partes y cuando chilla parece que la casa se va a venir abajo.

—¿Y anoche no te dejó dormir por sus llantos?

—Ya te lo he dicho —masculló poniéndose a la defensiva—. Le está saliendo un diente. No es culpa suya.

—Ya lo sé —admití con ternura poniéndole una mano en el antebrazo—. No le estaba echando la culpa a él. Solo he pensado que las paredes de tu casa deben de ser de papel para que no te deje dormir.

Joey me miró durante un buen rato y luego negó con la cabeza.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Por qué pones esa cara?

—Por nada.

—Mentiroso.

—Puede que te lo cuente de aquí a dos meses.

Apreté los labios para no sonreír.

—Creo que te vendría bien algo que te diera energía.

—Ya, pero no cobro hasta el viernes.

—Hablabas de chocolate, Joe.

—¿Tienes?

—Siempre tengo.

23 DE ENERO DE 2002

De nuevo con él

Joey

—¿Vas a ir a la disco el fin de semana? —me preguntó Sam, una de las chicas de mi calle, durante el almuerzo del miércoles. Apoyó una cadera contra la barandilla que hay detrás del pabellón de Educación física y le dio otra calada a un porro antes de volver a pasármelo.

—¿En el pabellón? —dije dando una profunda calada y manteniendo el equilibrio sobre la barandilla metálica.

—Sí. —Exhaló una nube de humo—. Por lo que he oído, esa rubia que va a tu clase te tiene preparado algo especial.

—¿Quién? —El corazón me dio un vuelco en el pecho—. ¿Aoife?
Sam resopló.

—Ya te gustaría.

Pues sí, me gustaría.

Lo pensaba a menudo.

—No, ¿cómo se llama...? Danielle —precisó Jason O'Driscoll, también conocido como Dricko, cogiendo el canuto—. La tienes a puntito, Lynchy.

—Mierda —murmuré frotándome la mandíbula mientras una familiar ola de calor y mareo me pasaba por encima como una manta caliente—. Entonces no, no iré al pabellón el fin de semana.

—¿Estás loco, tío? —repuso Dricko riéndose—. Con esa tienes coño

asegurado.

—Qué bonito, Jason —comentó Sam enojada dándole un codazo a su novio en las costillas—. Muy bonito.

—¿Qué? —replicó él suavemente rodeándola con un brazo y atrayéndola hacia su pecho—. Es él quien se la va a tirar. Mi chica está justo aquí.

—No me la voy a tirar —gruñí revolviéndome con incomodidad.

—Otra vez, quieres decir —intervino Alec quitándole el canuto a Dricko—. Porque ya lo has hecho, ¿no, tío?

—¿Lo has hecho, Joe? —se rio Sam saltando a la palestra—. ¿Te has acostado con Danielle?

—No —respondí mintiendo con descaro—. Así que dejad todos de tocarme las narices.

—Porque durmiendo no estabais —argumentó Dricko riéndose—. Me refiero a cuando te la zumbabas contra la pared del pabellón la noche de Halloween.

—Eres gilipollas —refunfuñé.

—Dios mío, ¡dime que no es verdad!

—Claro que es verdad, y no puede negarlo porque lo vio la mitad del insti. —Alec estalló en carcajadas a mi lado y yo me incliné rápidamente sobre la barandilla y le di una colleja en la nuca—. Ay, ¿y eso a qué viene?

—A que eres idiota.

—He oído que se presentó tu madre, tío —continuó torturándome Dricko—. Qué puta mala suerte, ¿no?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Sam cubriéndose la cara con una mano—. Por Dios, Joe, pobrecito.

—Bueno, me piro. —Más indignado conmigo mismo que por el tema de conversación, me bajé de la barandilla de un salto, me colgué la mochila del hombro y me largué con el dedo corazón en alto—. Que os jodan a todos.

Haciendo caso omiso de las risas y las burlas que oía a mis espaldas, volví a entrar en el instituto ignorando con diligencia a Molloy, que sonreía

alegremente, y a Paul, que me miró con mala leche cuando pasé por su lado.

El hecho de saber que ella había vuelto otra vez con ese capullo me ponía al borde de la erupción, como si fuera un volcán.

No podía mirarla cuando estaban juntos.

No podía soportarlo.

Verla junto a él me daba ganas de echarme lejía en los ojos.

«Me causaba un dolor acojonante».

—Oye. —Sin aliento, Molloy me alcanzó en mi taquilla unos minutos después—. ¿No me has visto hace un momento? —preguntó agarrándose a mi brazo para no perder el equilibrio mientras jadeaba.

—Joder, tienes que mejorar tu forma física —señalé—. Solo has corrido desde la entrada hasta las taquillas.

—O sea que me habías visto.

—Sí. —Cogí lo que necesitaba de mi taquilla, la cerré de golpe y le volví a poner el pequeño candado plateado—. Pero no esperes que te hable cuando estás con él. —Cerré la mochila, me la eché al hombro y me di la vuelta para mirarla—. Me niego a apoyar tu mal comportamiento.

Sonrió.

—¿Me estás citando mis propias frases, Joey Lynch?

—Desde luego —repliqué—. Y deberías seguir tu propio consejo.

—Joe. —Lanzó una profunda exhalación—. Sobre Paul...

—No quiero saberlo —la interrumpí de inmediato—. Habéis vuelto. Muy bien, Molloy. Bien por ti. No voy a decir ni una palabra más al respecto ni a intentar disuadirte, pero no esperes que sea complaciente. Ese tío no me gusta y no voy a fingir lo contrario.

—Y a mí no me gusta cuando vas de chica en chica como quien elige bombones en un caja de Quality Street, pero no verás que te dé la espalda por eso.

—¿Quién ha dicho que te estaba dando la espalda? —reclamé—. Porque estoy seguro de cojones de que no ha sido así.

—Me odias.

—No.

—Estás enfadado conmigo.

—Sí.

—Quieres gritarme.

—Pero porque yo... —Me detuve antes de explotar del enfado. Dejé escapar un gruñido furioso e intenté recuperar el control antes de volver a hablar—: No te voy a dar la espalda, Molloy.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Dame un abrazo.

—Molloy.

—Abrazame, Joe.

Exhalando profundamente, le pasé un brazo por los hombros y la atraje hacia mi pecho, consciente de que no tenía ningún sentido enfrentarse a esa chica cuando se le metía algo entre ceja y ceja. Si quería algo, lo conseguía.

—No me odies por intentar seguir adelante —susurró rodeándome la cintura con los brazos y hundiendo la cara en mi pecho—. Tan solo hago lo que tengo que hacer para superarlo. —Se le escapó un suspiro tembloroso—. Igual que tú.

—Sí, Molloy. —Sintiendo cómo se disipaba mi rabia, suspiré profundamente y apoyé la barbilla sobre su melena rubia—. Ya lo sé.

1 DE FEBRERO DE 2002

Atragántate con esto

Aoife

—¡Virgen santa, qué asco! —Mientras trataba de contener las ganas de vomitar, contemplaba horrorizada cómo mi compañero de Economía doméstica se dislocaba la muñeca de tal forma que se la tocaba con la parte posterior de los dedos—. ¿Qué leches te pasa en la mano?

Riéndose bajito, Joey se encajó la muñeca con un fuerte chasquido que me provocó arcadas.

—¡Puaaaj! —Me agarré a su hombro e intenté no vomitar—. ¡Puaaaj!

—¿Qué dices, Molloy? —preguntó burlándose justo antes de volver a descoyuntarse la muñeca con un sonoro crujido de huesos—. ¿Que quieres que lo haga otra vez?

—¡Para, imbécil! —protesté en alto—. ¡Para, yo...! ¡Puaaaj!

—¡Aoife! ¡Joseph! —vociferó la señora Adams desde la estación de cocina opuesta a la nuestra mientras probaba un chili con carne y Podge, agotado, se cernía sobre ella a la espera del veredicto final—. No os oigo probar la comida.

—Basta ya, chicos —soltó Dricko, de pie junto a Podge, con el mismo aspecto nervioso que su compañero mientras examinaban su cuenco de bazofia—. Le está poniendo nota a nuestro plato. Esta es la práctica para el examen final.

—Vuestro plato es una porquería. No se lo serviría ni a mi perro, la presentación es de cero y tenéis un suspenso en esfuerzo —declaró Alec metiendo baza mientras balanceaba la cinta que colgaba del extremo de su delantal rosa con volantes—. Y no, señorita, lo que oye es el sonido de piernas sexis atragantándose. Así que, sin duda, Lynchy le ha metido algo por la garganta para que tenga esas arcadas...

—Atragántate con esto, gilipollas —dijo Joey entre risas lanzándole a su amigo un cucharón rebosante de nuestra propia remesa de chili con carne a través del aula.

Los trocitos de pimienta y la carne picada salieron volando por todas partes, y el chile rojo dejó embadurnadas las paredes y el suelo.

—¡Joseph Lynch, mueve el trasero hasta aquí ahora mismo y limpia esta porquería! —bramó la señora Adams cruzando el aula para confiscar el rebelde cucharón—. Pero ya, jovencito. No vuelvas a lanzarle ningún utensilio a otro estudiante en mi clase. Y, por el amor de Dios, deja de provocarle arcadas a esta pobre chica, ¿vale? No es muy caballeroso.

—¡Buaaa! —gritó Alec desconsolado mientras se tiraba encima de Paul, al que no parecía hacerle ninguna gracia, y aullaba entre risas.

Clavé los ojos en Paul y lo miré con severidad, desafiándolo a que abriera la boca y me echara la bronca. En lugar de eso, se tragó su desaprobación y me brindó una media sonrisa.

Asentí con la cabeza.

Después de nuestra última ruptura, yo había puesto las cartas sobre la mesa y le había hecho saber en términos inequívocos que no iba a permitir que siguiera mangoneándome. Que era amiga de Joey y que, si no era capaz de aceptarlo, entonces debía dejarme marchar. También le dejé perfectamente claro que ni tenía intención de frenarlo si quería ir detrás de otras chicas ni iba a reprochárselo. Lo único que debía hacer en ese caso era dejar que me bajara del carro.

Sorprendentemente, Paul había aceptado esas condiciones y, desde

entonces había seguido casi todas mis normas. Los rumores se habían calmado, al igual que su afán controlador, y ya no se le iba la pelota cada vez que me veía hablando con un chico.

Era un progreso.

Volví a centrarme en mi compañero de clase, que se había librado por los pelos de hacer una nueva excursión a la boca del lobo. La única razón por la que nuestra anciana profesora no había enviado a Joey al despacho era porque se trataba de su mejor alumno con diferencia.

Joey, que estaba ridículamente adorable con su delantal de rayas y la gorra echada hacia atrás, se acercó deambulando hasta donde se encontraba la profesora y le cogió el paño de cocina que tenía sobre la mano.

—Buen chico —dijo la anciana con tono de aprobación cuando vio que su alumno se ponía de rodillas para limpiar el desastre.

Si había alguien en clase que pudiera albergar alguna esperanza de irse a casa con un sobresaliente en el examen final de Economía doméstica, ese era el muchacho melancólico que había vuelto al fregadero de nuestra pequeña estación de cocina para enjuagar el paño manchado de chile.

A sabiendas de lo terrible que era la idea, miré hacia la parte delantera del aula, hacia la zona en la que trabajaban Danielle y Mack. Ella contemplaba la franja de piel dorada que quedaba a la vista cuando Joey estiraba el brazo para limpiar el chile de la pared de la clase.

Sobrepasando los límites de la frustración, cogí rápidamente una cuchara y me dediqué a remover la olla de chili, mientras decidía que había sido una suerte que la señora Adams nos hubiera confiscado el cucharón. De no haber sido así, es posible que me hubiera sentido tentada de lanzarle otro montón a la rubia cabellera teñida de Danielle.

Ufff.

A mis oídos llegó el sonido de una carcajada y, por desgracia, me giré justo en el momento en el que mi supuesto compañero limpiaba un poco de chile de la pierna desnuda de esa chica.

—Buena puntería, Joey —se rio Danielle agarrándose a sus hombros para no perder el equilibrio mientras él se agachaba frente a ella y le limpiaba la puta pierna.

—Bonitas piernas.

«¡No podía ser!».

¿Había dicho eso?

«¡Joder, lo había dicho!».

Quería ponerme a chillar. Los celos que surgieron en mi interior eran tan intensos que sentía cómo se elevaba la temperatura de mi cuerpo.

«Mantén la cabeza fría», me ordené mentalmente. «No cojas esta olla de chile y se la tires a esos dos. No lo hagas, Aoife. Eres demasiado princesita como para ir a la cárcel. Piensa en tus uñas. Sigue removiendo».

—A ver —dijo el cabrón seductor cuando se reunió conmigo en nuestra estación de trabajo—, ¿y tú de qué habilidad presumes en las fiestas?

Decidí que era más seguro quedarme callada que explotar delante de todos, así que me volví a centrar en la olla de chili con carne que había estado intentando remover y forcé una cortante respuesta.

—¿Mmm?

—Una habilidad de la que presumas en las fiestas —repitió Joey poniéndose a mi lado—. Y no me digas que vomitar cuando te plazca porque entonces voy a dejar de compadecerme de ti.

Me puse un mechón de pelo detrás de la oreja y, luchando por mantener la calma, logré soltar con displicencia:

—No tengo ninguna.

Pasándome el brazo alrededor, cogió la sal y echó una pizca en la olla.

—No me lo creo ni de lejos. —Me rozó la espalda con el pecho mientras hablaba y el olor a hierba y a desodorante Lynx inundó mis sentidos. Siempre olía muy bien. Era extremadamente molesto—. Las chicas como tú siempre se guardan un as bajo la manga.

—¿Las chicas como yo? —repuse con expresión impasible intentando

mantener mis uñas recién hechas lejos de ese mejunje viscoso de tono rojizo, al tiempo que intentaba también mantener las emociones bajo control.

—Espera. —Sujetándome la muñeca con una mano, Joey cogió la cucharilla que yo sostenía con la otra y la substituyó por una cuchara de madera con el mango más largo—. Usa esto.

Entorné los ojos y miré la cuchara de madera que me había puesto en la mano.

—¿Por qué?

—Porque puede que con esta remuevas algo de verdad.

—Gilipollas —gruñí dándole un golpecito con la cadera.

Se rio por lo bajini.

—¿A qué viene esa mala leche, Molloy?

—No estoy de mala leche.

—Dijo la chica con cara de haber olido mierda. —Chocó su hombro contra el mío—. Hace un momento te estabas partiendo el culo.

—Te digo que no estoy de mala leche.

—Vale. —Con las manos levantadas, movió la cabeza hacia los lados y se acercó al fregadero—. Lo que tú digas.

—Pues claro que sí.

—Pues venga.

—Es que es así.

—Muy bien.

—Gilipollas.

—Rarita.

—Capullo.

—Bruja.

—¡Cállate! —escupí furiosa—. Lo digo en serio. No me hables.

—Vale —replicó, y luego me salpicó con agua sucia del fregadero—. Tú tampoco me hables a mí.

—¡Mi pelo! —grité abandonando el chili para enjugarme las gotas con unas palmaditas suaves—. ¿Tienes idea de lo que tardo en lavármelo y secármelo?

—«¡Mi pelo!» —dijo imitándome en tono agudo—. Relájate. Es agua. Sobrevivirás.

Furibunda, vi cómo las repercusiones de mis actos pasaban frente a mis ojos antes incluso de que ocurrieran, y decidí que unos días castigada bien valían bajarle un poco los humos a ese gilipollas.

Tras resolver que no iba a escaldarlo con chili, me acerqué al fregadero y rodeé a Joey con el brazo para tomar el bote de lavavajillas verde. Sin mediar palabra, cogí el taburete, se lo coloqué detrás y me subí a él tranquilamente.

Deleitándome en el drama que estaba a punto de infligir, desenrosqué la tapa, le arranqué la gorra, sujeté la botella sobre su cabeza y le volqué el contenido encima. En cuanto el pringue verde le cayó en la cabeza, se puso totalmente rígido.

—Estás muerta —regruñó girándose mientras el viscoso líquido se le escurría por el pelo, la cara y los hombros.

—Aquí te espero, mamón —contesté golpeando el culo de la botella para asegurarme de que se vertía hasta la última gota de líquido.

—¡Aoife! —chilló la señora Adams—. ¿Qué diantres...?

—¡Bájame! —grité agitando las manos y las piernas como una loca cuando Joey me arrojó sobre su hombro y se volvió hacia el fregadero—. Ni se te ocurra... ¡Aaah!

—¡Paul, ve inmediatamente a buscar al señor Nyhan!

—Pero ella...

—Ahora mismo, Paul. Date prisa.

—¿Te gusta tirar cosas? —Con el culo por delante, Joey me depositó en el fregadero lleno de agua sucia, luego se embadurnó las manos con el lavavajillas que tenía en el pelo y cubrió mi pobre melena de esa mucosidad

verde—. Pues vamos a ello, Molloy.

A nuestro alrededor la gente estalló en vítores y risas, pero yo estaba demasiado enfadada como para tener en cuenta nada que no fuera mi sed de venganza.

—Joey —dije con los dientes apretados y castañeantes mientras intentaba inútilmente sacar el culo del fregadero—. Date por muerto.

—Aquí me tienes —se mofó apenas logrando esquivar mis uñas cuando traté de arañarle el pecho—. Ven a por mí, bruja.

—¡Parad ya los dos! ¡Ahora mismo!

—Te juro por lo más sagrado que cuando salga de este fregadero te voy a causar todo el dolor del mundo, Joey Lynch.

—¡Aoife Molloy!

—Creo que deberías calmarte, Molloy —contraatacó justo antes de alcanzar el grifo del agua fría y abrirlo a tope. Todas las partes de mi cuerpo que hasta ahora se habían librado del ataque, quedaron empapadas—. ¿Mejor ahora?

—¡Joseph Lynch!

—¡Dios, ayúdame, imbécil! —le espeté con el culo totalmente encajado en el fregadero mientras el agua salpicaba y rebotaba por todas partes—. Estoy atascada.

—Me alegro —rugió mientras se quitaba los restos del líquido lavavajillas del pecho y la cara—. Ahí te quedas.

—J-Joey, j-joder. —Farfullando y jadeando, me revolví hasta que logré cerrar el grifo, que me rociaba con agua ártica—. T-tengo frío.

—¿Y yo tengo calor? —Repitió varias veces el movimiento de depositar el moco viscoso sobre el suelo de baldosas del aula, pero no consiguió librarse de la mugre verde—. Eres un grano en el culo, Molloy.

—¡J-J-Joey! —chillé castañeando con violencia los dientes—. ¡A-ayúdame!

—De acuerdo —soltó exasperado mientras venía hacia mí—. Pero ya te

voy avisando... —Se resbaló en el suelo, pero logró ponerse derecho para no caerse y recuperó el equilibrio—. Joder, el suelo es una trampa mortal.

—C-cállate y ven a s-salvarme, gilipollas.

—No me hables en ese tono —me advirtió señalándome con el dedo mientras patinaba a toda velocidad el tramo que le quedaba para llegar hasta mí—. Te lo advierto, Molloy, otra bromita de las tuyas y te vas directa al fregadero para ver si te tranquilizas.

Ignorando a nuestros compañeros de clase, que se regodeaban en mi desgracia, rodeé el cuello de Joey con mis brazos e intenté ayudarlo a que me liberara del fregadero.

—Mierda —murmuró—. Sí que estás atascada.

—Y-ya t-te lo he d-dicho —repuse con voz entrecortada aferrándome a él como un gato que se está ahogando—. ¡S-sácame de a-aquí!

—Eso intento —me espetó—. Es por tu culo.

—Si m-me estás ll-llamando «c-culo gordo», m-me voy a p-poner a ch-chillar.

—Tienes un culo perfecto. —Se embadurnó las manos con el líquido lavavajillas que llevaba en el pelo para facilitar que me resbalaran las caderas—. El problema es el puto fregadero.

—J-Joe...

—Espera un momento, tengo una idea.

—¿Qué m-mierda haces? —dije sofocada cuando me metió la mano entre los muslos, presionados el uno contra el otro, y me la deslizó por... ahí—. ¡Joey!

—No me lo tengas en cuenta. —Con el ceño profundamente fruncido, siguió introduciendo la mano hasta que me agarró por el culo—. Vale, ahora aprieta.

—¿Qu-qué?

—Estruja el culo, Molloy. Tú aprietas y yo tiro. A la de tres, ¿vale? Uno, dos, tres...

—¡Aaah! —chillé con las nalgas tan apretadas que sufrí un espasmo.

Afortunadamente, la cosa funcionó, y salí despedida del fregadero hacia sus brazos.

—¡Uooo-hey! —Muchos compañeros de clase nos vitorearon y estallaron en una salva de aplausos.

—Soy l-libre —exclamé lanzando un suspiro de alivio—. G-gracias a Dios.

—Sí, pensé que podía funcionar... —Joey perdió el equilibrio sobre un suelo que ya se había convertido en un remedo de pista de hielo y se cayó sobre un montón de moco verde, arrastrándome con él.

En ese momento solo tenía tres opciones: reírme, llorar o seguir luchando.

Elegí la primera, y me sorprendió ver que mi compinche hacía lo mismo.

—Joder. —Ahogó una carcajada debajo de mí—. Eso ha sido...

—Estúpido. —Levantándome sobre los codos, le sonreí—. He ganado.

—No, yo he ganado.

—¿Quién está arriba?

—Tú, Molloy. —Negando con la cabeza, me miró fijamente y lanzó un suspiro de diversión—. Siempre estás tú.

—¿Que han hecho qué? —Se oyó una atronadora voz de hombre a lo lejos, y tuve que sofocar un gemido cuando el director entró estrepitosamente en el aula echando fuego por los ojos.

—Y así es como te das cuenta de que la has cagado —dijo Alec riéndose.

—¿Por qué no me sorprende que estéis haciendo de las vuestras... otra vez? —espetó el director con la cara morada y ojos de desprecio—. A mi despacho. Pero ¡ya!

—Ay, no —gimoteé dejando caer la cabeza sobre el pecho de Joey—. Ha sido un placer conocerte, Joe.

—Sí. —Joey suspiro muy hondo y me dio unas palmaditas en la cabeza—. Lo mismo digo, Molloy.

1 DE FEBRERO DE 2002

¡No somos nada!

Joey

Ataviados con chándales grises a juego (los que guardaban en el despacho por si algún alumno se cagaba encima) y con aspecto de haber sido liberados de la cárcel de Cork por motivos humanitarios, Molloy y yo nos sentamos en la primera fila del aula de castigo sin ningún otro alumno que nos hiciera sombra.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y la larga y húmeda melena recogida en una trenza enmarañada, Molloy contemplaba la pizarra que teníamos delante con mirada asesinada, de nuevo claramente resentida por algo que yo había hecho.

A ella la había castigado durante una semana a la hora del almuerzo, mientras que a mí Nyhan me había dicho que de momento me presentara en el aula todos los almuerzos. Es decir, durante el resto del año.

Apestando a chili y a lavavajillas barato, me incliné hacia ella y la olisqueé; no estaba seguro de cuál de los dos olía peor.

—Tú —afirmó Molloy leyéndome la mente.

—No, tú, seguro.

Sentía cierto remordimiento al ver que algunas zonas de su rubia cabellera presentaban ese color verde moco, pero no tanto como para disculparme.

Había empezado ella.

Se había puesto como una fiera conmigo sin motivo alguno.

Y, aunque ahora me sentía más entretenido que molesto, no iba a ceder.

Le tocaba a ella.

Tamborileando con los dedos sobre el pupitre, llevé la vista por toda el aula mientras me devanaba los sesos pensando cuál podía haber sido el desencadenante de nuestra pelea.

Yo no había hecho nada diferente.

Ella estaba feliz, sonriendo, divirtiéndose.

Nos estábamos riendo juntos y, de repente, se le fue la olla.

El lado desafiante de mi personalidad me exigía que pasara de sus gilipolleces.

«Esa chica no es problema tuyo».

Me advertía de que alimentar su drama solo haría que fuera a más.

El único problema de ignorarla era que yo no quería hacerlo.

Después de tirarme una desmesurada cantidad de tiempo tratando de alejarla de mí, que se fuera de verdad no me hacía sentir bien.

Nada bien.

—¿Cómo tienes las caderas, Aoife? —preguntó la señora Adams levantándose con calma de la silla, situada en la parte delantera del aula—.

Me imagino que no estabas muy cómoda.

—Me duelen.

De inmediato, me sentí como un idiota.

—¿Te has hecho daño?

Ignorándome, Molloy se centró en la profesora cuando aseguró:

—Sobreviviré.

—En mis tiempos, al tipo de caderas que tú tienes las llamábamos «fértils» —comentó la señora Adams haciendo que yo ahogara una carcajada y que Molloy la fulminara con la mirada.

—¿Me está llamando «gorda», señorita?

—No, por Dios —se apresuró a aclarar la profesora—. Lo que he dicho no tiene nada que ver con eso.

—Guarda esas uñas, Molloy —dejé caer sintiéndome mal por la anciana—. Te estaba haciendo un cumplido.

—¿Cómo? —Molloy replicó—. ¿Insinuando que tengo unas caderas anchas muy apropiadas para mi culo aún más ancho?

«Sí, y eso te hace la hostia de sexy».

—Exacto —dijo la señora Adams dedicándome una sonrisa de gratitud—. ¿Creéis que vais a ser capaces de comportaros durante cinco minutos mientras voy al baño?

—Sí, señorita —afirmé agitando la mano al tuntún—. Como vea.

Me miró con cara de preocupación.

—Joseph.

—Lo digo en serio. —Levanté las manos—. Me portaré bien.

—Buen chico —exclamó en tono cantarín antes de salir del aula y dejarnos a solas.

—Vaya un pelota —murmuró Molloy todavía con la vista clavada en la pizarra.

—¿Me vas a decir qué te he hecho? —pregunté girándome en mi asiento para mirarla—. Es evidente que te has cabreado conmigo.

—No. —Suspirando con resignación, dejó caer la cabeza sobre sus manos y gimoteó—: No pasa nada. Es solo... Estoy bien. Necesito calmarme.

—¿Qué te pasa?

—Es una tontería.

—Dímelo.

—Vas a pensar que estoy loca.

—Pero eso ya lo pienso, Molloy.

—Bueno, pues más loca de lo normal.

—Ponme a prueba.

—No.

—Molloy. —Pasé los brazos sobre el pupitre, le cogí los hombros y la giré para que me mirara—. Ponme a prueba.

Clavó sus verdes ojos en los míos y no pude soportar la desolación que reflejaban.

—Joe.

—Cuéntamelo.

Mordiéndose el labio, bajó la mirada un rato antes de exhalar un suspiro y susurrar:

—Dijiste que tenía las piernas bonitas.

Esperé un poco para oír el resto, pero, cuando entendí que eso era todo, me quedé mirándola confundido.

—¿Eh?

—Dijiste que tenía las piernas bonitas —repitió con la vista todavía fija en su regazo—. En concreto, le dijiste que tenía unas «bonitas piernas».

—¿A quién?

—A Danielle.

—¿Sí?

—Sí, Joey.

—¿Cuándo? —pregunté desconcertado a más no poder.

—En clase.

«Mierda, es verdad».

—Y eso es malo porque...

—Olvidalo. —Se sacudió mis manos encogiéndose de hombros y volvió a girarse hacia la pizarra—. No importa. Ya me da igual.

—¿Te da igual? —Negué con la cabeza, totalmente desorientado.

Exhaló un suspiro de dolor.

—Olvidalo, Joe.

—¿Puedes dejar de actuar como un ciervo herido y hablar claro? —gruñí frustrado con esa versión descafeinada de mi amiga—. Venga. Tú no eres

así. Nunca hablas en clave, Molloy. Dímelo de forma directa.

—¿Como un ciervo herido? —Ofendida, movió la cabeza hacia los lados—. Vaya, tú sí que sabes como hablarles a las chicas, ¿eh?

—No, la verdad es que no, joder —contesté molesto—. Porque la única chica con la que hablo eres tú.

—Mentiroso —dijo como un resorte—. Hablas con Danielle.

—Venga, déjalo ya, Molloy.

—Dijiste que tenía unas bonitas piernas, Joey —soltó estallando de repente—. «Bonitas piernas». —Se giró para mirarme—. ¿Te suena de algo, gilipollas?

—¿Todo esto es por eso? —Le eché una mirada asesina—. ¿Te has enfadado conmigo porque he usado las palabras «bonitas piernas»?

—Con otra.

—Son solo palabras.

—No, no son solo palabras, Joey.

—Joder, Molloy, ¿qué coño se supone que iba a decirle a esa chica? —planteé alzando las manos al aire—. Le acababa de salpicar las piernas con chili. Intentaba arreglarlo. ¿Qué querías que dijera? ¿Bonitos tobillos? ¿Bonitas rótulas? ¿Bonitos gemelos? ¿Qué?

—¡No tenías por qué decirle eso precisamente! —repuso gritándome—. Lo que me dices a mí.

—No significaba nada en especial.

—Entonces es todavía peor.

—¿Por qué?

—Porque sí, ¿vale?

—Bueno, pues es verdad que no significaba nada en especial.

—¿Y tampoco significó nada cuando le tocaste las piernas?

—Ni se te ocurra —le advertí negando con la cabeza—. Ni se te ocurra ir por ahí.

—Delante de mí, Joey —apuntó con voz grave y sofocada por la

emoción.

—¿Delante de ti? —Ahogué una carcajada de indignación—. ¿Estoy oyendo bien? ¿Tienes el valor de estar aquí, sentada en tu pedestal, y echarme la bulla por hablar con una chica cuando tú llevas restregándome por la cara al capullo ese desde el primer día de secundaria?

—Pero con Danielle has hecho algo más que hablar, ¿verdad, Joey? ¡Has estado con ella!

—¡Mientras tú estabas con tu novio! Así que, ¿qué más da?

—Dios —gimoteó tapándose la cara con las manos—. No lo pillas. ¡Joder, no lo pillas!

—¿Pillar el qué? —rugí perdiendo el control—. Mira, ni siquiera sé qué hago escuchando esta mierda. —Moví la cabeza a un lado y al otro y me giré, furioso conmigo mismo por dejar que me sacara de mis casillas—. No somos pareja, Molloy. Yo no soy tu novio. No estamos juntos. ¿Entiendes? No somos nada.

—Tienes razón, Joe, no estamos juntos. No somos nada —dijo con voz ahogada—. ¿Así que por qué no vas y te follas a Danielle, con sus bonitas piernas y su pelo rubio de bote?

—¿Qué te hace pensar que no me la he follado ya?

Molloy inhaló profundamente, con lo que me dejó claro que me había pasado de la raya.

—Oye, no quería... —comencé a decir, pero ella no se quedó a escucharlo.

Lo que hizo fue retirar la silla hacia atrás, ponerse en pie y salir silenciosamente del aula.

El hecho de que ni siquiera diera un portazo me dio a entender que, efectivamente, la había cagado a lo grande.

Dejé caer la cabeza sobre el pupitre, me agarré la nuca y gemí.

«Joder».

1 DE FEBRERO DE 2002

Menos mal

Aoife

No me importaba si el señor Nyhan me expulsaba unos días por largarme del aula de castigo. Joder, ni aunque me amenazara con expulsarme para siempre me importaría una mierda; no iba a volver a entrar a esa aula voluntariamente de ninguna de las maneras.

Conseguí llegar al aparcamiento antes de derrumbarme. Después de lanzar un grito de dolor, me desplomé sobre la acera de cemento y dejé caer la cabeza entre las manos mientras lloraba con violencia.

Lo odiaba.

Quería odiarlo con todas mis fuerzas.

Necesitaba odiarlo.

«Primero tienes que dejar de quererlo...».

—Aoife —dijo una voz familiar que me hizo ponerme recta.

«No, no, no... Ahora no...».

—Vete.

—¿Qué pasa?

—¡He dicho que te vayas!

Haciendo justo lo contrario de lo que le había dicho, Paul se sentó junto a mí en la acera.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Sorbiéndome la nariz, me enjuagué los ojos con el dorso de la mano—. Estoy bien.

—¿Te ha hecho daño hace un rato?

—No. —Volví a sorberme la nariz—. Me he hecho daño yo sola.

—¿Cómo?

—Eso da igual.

—Es evidente que no.

—Es mejor que lo dejes, ¿vale?

—Cuéntamelo, Aoife.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—No quieres oírlo, Paul.

—Ponme a prueba.

—Me gusta, ¿vale? —me oí decir con voz entrecortada—. Me gusta.

Sentí que Paul se tensaba a mi lado.

—Joey.

Exhalando un suspiro entrecortado, asentí una vez y luego dejé caer la cabeza entre las manos, sintiendo una ráfaga de culpa y alivio.

—De verdad que lo siento.

—¿Desde cuándo?

«Desde el primer día».

—No lo sé.

—¿Has estado con él? —preguntó con tranquilidad.

Moví de un lado a otro la cabeza.

—No.

Él me miró con aire indeciso.

—¿No?

—No —confirmé tragando saliva.

«No».

Me miró durante un buen rato y luego dejó escapar un débil suspiro.

—Menos mal.

—Sí —carraspeé.

«Menos mal».

—¿Aún te importo?

—Sí —contesté con sinceridad.

—¿Y él aún te importa?

No respondí esa pregunta.

No podía.

No era tan cruel.

—¿Te gusta más que yo?

—Es diferente.

—Entonces ¿qué me estás diciendo, Aoife? —Sus ojos buscaron los míos, y me quedé increíblemente impresionada de lo calmado que estaba. Aunque en realidad eso hacía que fuera todo más difícil, porque él se comportaba con la misma dulzura que cuando nos conocimos y me hacía sentir como la persona más imbécil de Ballylaggin—. ¿Que quieres estar con él?

—No. —Negué con la cabeza—. Ni de coña.

—No lo entiendo. —Se le arrugó el entrecejo—. Si no has estado con él ni tienes pensado estarlo, ¿por qué me lo cuentas?

—Sencillamente, necesitaba decírtelo, ¿vale? —Me sequé la mejilla y solté aire de forma entrecortada—. Necesitaba desahogarme.

Paul guardó silencio durante mucho tiempo antes de volver a hablar:

—Tengo algo que decirte.

—¿Me va a doler?

—Puede ser.

—¿Tanto como lo que yo te acabo de decir?

—Tal vez incluso más.

«Ay, Dios».

—¿Tiene que ver con esos rumores?

—Más o menos.

Solté un vibrante suspiro y le hice un gesto con la cabeza para que continuara.

—Yo... eh... —Exhalando un suspiro de dolor, se miró los pies y dijo—: Me he acostado con alguien.

«Vale, vaya mierda».

—¿Ya no eres virgen? —Me dolió más de lo que habría esperado—. ¿Con quién lo has hecho?

—Con una chica del Tommen.

—Así que era verdad. —Me quedé sin aire en el pecho y me obligué a mantener la calma y mostrarle el mismo decoro que él había mostrado hacia mí—. ¿Cómo se llama?

—Bella. —Dejó caer la cabeza entre las manos y farfulló—: Bella Wilkinson.

—¿Cuándo?

—Después de que rompieras conmigo en Halloween.

—¿Cuánto tiempo después? —pregunté sorprendiéndome a mí misma por lo modulado que era el tono de mi voz.

—Aoife.

—¿Cuánto, Paul?

—¿Acaso importa?

—Yo te he dicho la verdad.

—Esa misma noche.

—¿En la discoteca?

Asintió una vez con la cabeza.

—Vaya —exclamé con una exhalación dejando caer los hombros.

Bueno, pues todo perfecto.

Joey se estaba tirando a Danielle, Paul se estaba tirando a la tal Bella, y mientras tanto yo me iba a tirar a las vías del tren.

«Genial».

—Lo siento, Aoife —se apresuró a decir—. Fue un tremendo error. No significó nada y te juro que después me sentí como la mierda más grande del planeta.

—¿Era rubia?

—¿Eh?

—Rubia —repetí—. ¿Era rubia?

—No —contestó con brusquedad—. Tenía el pelo negro.

—Menos mal.

—De verdad que lo siento, Aoife.

—Ya. —Le apoyé la cabeza en el hombro y suspiré—. Yo también, Paul.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Le hice un gesto afirmativo.

—¿Tú por qué no?

—Por qué no ¿qué?

—Tú y él. —Se aclaró la garganta—. Lo habíamos dejado. Era la oportunidad perfecta para sacarte esa espinita.

—¿Sacarme esa espinita?

—Ya me entiendes.

Me giré para mirarlo pero no me respondió.

—Eso no puede ser —acabé por decir yo retrocediendo físicamente al recordar cuando esas terribles palabras salieron de la boca de Joey. Todo mezclado con el recuerdo de verlo con ella aquella noche—. Tengo que superarlo.

—Bueno, yo no quiero que lo nuestro se acabe —confesó acercando una mano para tomar la mía—. Me importas mucho, Aoife.

—Tú también me importas mucho —afirmé como anestesiada.

—Solo estamos pasando una mala racha —siguió diciendo al tiempo que entrelazaba sus dedos con los míos—. Podemos salir adelante. Como hacemos siempre.

—¿Cómo? —suspiré—. ¿Cómo podemos hacer que funcione? Y, lo que

es más importe, ¿por qué?

—Supongo que diciéndonos la verdad —aventuró en tono apacible—. Hoy ha sido un buen comienzo.

—No sé si me veo capaz —admití vacilante—. Tengo la cabeza hecha un lío, Paul.

—Ya lo resolveremos —aseveró pasándome el brazo sobre los hombros—. Todo irá bien.

«No lo creo».

14 DE FEBRERO DE 2002

El Día de San Valentín

Aoife

Tenía las manos ocupadas y el teléfono me sonaba en el bolsillo de la falda, así que abrí la puerta principal con el codo y luego dejé rápidamente la mochila, la bolsa de deporte y la pila de correo que había recogido del suelo antes de contestar.

—Sí, Casey, estoy en casa —dije sujetando mi fiel Nokia 3310 entre el hombro y la oreja mientras pasaba por encima del montón de porquería que había dejado tirado en el recibidor, me quitaba los tacones y me dirigía a la cocina—. Y, no, antes de que me lo preguntes, todavía no he abierto las tarjetas de San Valentín.

—Pues date prisa, cabrona —refunfuñó en voz baja—. Y dime al menos de quién es el enorme osito de peluche que sostiene ese precioso corazón.

—Ya sabes de quién es.

—Vale, ¿las vas a abrir ya?

—No, me voy a hacer un sándwich.

—¿Y eso? ¿Qué pasa con el guiso que hace tu madre los jueves?

—Mi padre la ha llevado a pasar la noche a ese hotelazo de lujo que hay en Kilkenny, ¿no te acuerdas?

—¿Para follar?

—No, para probar el colchón —afirmé con sarcasmo—. Claro que han

ido a follar.

—¿Y dónde está esta noche el pequeño nerd buenorro?

—Ha ido a casa de mi abuela para sintonizarle los canales en la tele nueva, y por favor no llames «buenorro» a mi hermano. Creo que voy a vomitar.

—Aoife, con ese tupé rubio y las gafas negras de pasta, la verdad es que está para mojar pan...

—No es cierto —repuse sintiendo náuseas—. Es irritante.

—Irritante pero sexy —puntualizó burlándose para luego añadir—: Venga, vamos a abrir tus tarjetas. Ya he abierto las mías y estoy aburrida.

—¿Quién te las ha enviado este año?

—Los de siempre —suspiró al otro lado de la línea—. De nuestro curso, Mack, Charlie, Dricko y Alec. Y también Dicky el Pegajoso, de sexto, un par de tarjetas anónimas y un crío de primero que se llama Tim.

—Oooh, una de un bebé de primero. Qué tierno —exclamé mofándome—. Y en cuanto a Richard Murphy...

—Dicky el Pegajoso —precisó interrumpiéndome para corregirme.

—Llamándolo así solo consigues que la gente sepa que le has tocado el rabo, Case.

—Su rabo pegajoso.

—¿Pegajoso de qué, de tu brillo de labios?

—Zorra.

—Ja —solté con una carcajada.

—Por cierto, también me ha invitado a su baile de debutantes en julio.

—¿Vas a ir?

—¿Que si voy a ir al baile de debutantes de Dicky el Pegajoso con él? Evidentemente.

Me partí de risa.

—Te puedo dejar un vestido.

—Gracias, amiga del alma, porque no tengo nada elegante que ponerme.

Ábrelas ya.

—Vale, vale.

Salí de nuevo al pasillo, cogí la mochila y volví a la mesa de la cocina, donde abrí la cremallera y le di la vuelta.

—¿Cuántas tienes?

—Unas cuantas.

—¿Cuántas?

Eché un vistazo a la selección de tarjetas que había sobre la mesa, las conté mentalmente y anuncié:

—Catorce, creo.

—¡Catorce!

—No, perdona, he contado una dos veces. Hay trece.

—Vale, te odio.

—Venga ya. —Me reí—. Sabes que esta festividad es una parida.

—Vale, sabemos que una es de Paul —dijo Casey mutando a detective al otro lado del teléfono—. ¿De quién son las otras? Empieza a abrirlas.

Rasgué más de una docena de sobres, los apilé ordenadamente frente a mí y me volví a poner el teléfono en la oreja.

—¿Estás lista?

—Desde ayer.

—Finny O'Shea, Dermot Keane y Luke Twomey, de sexto.

—Oye, Luke es amigo de Dicky el Pegajoso.

—Danny Collins y Trev Mulcahy, de quinto.

—¿Trev Mulcahy? —quedó extasiada al otro lado de la línea—. Dios bendito, ese está bueno.

—Vale... Hay uno de cuarto.

—¿Quién?

—Liam O'Neill.

—Ah, con ese me he liado —me comunicó—. Tiene la lengua como una lavadora atascada en el ciclo de centrifugado rápido.

—Preciosa imagen mental, Case.

—Alégrate de que solo tengas que imaginártelo.

—Vale, ninguno de primero para mí. De segundo, tampoco, así que el resto son de tíos de nuestro curso.

—¡Aaah! —chillo—. Qué intriga.

—A ver, tenemos a Rich, Keith, Mike, Jack, Ruairi, Alec...

—Qué caradura de mierda —gruñó Casey—. A mí también me ha enviado una. ¿Qué dice la tuya?

—A la chica con las mejores piernas del instituto. Esta tarjeta de San Valentín es para ti. Si la estás leyendo, es que has abierto mis cuartillas, así que lo justo es que yo también abra las tuyas. De Alec. —Me reí—. ¿Y la tuya?

—A la chica con las mejores tetas del instituto. Por favor, ponte el chalequito blanco para la clase de Educación física la semana que viene. Ver cómo te botan las tetas me ha proporcionado interminables horas de felicidad. Si lo deseas, no dudes en enseñar un pezón. De Alec.

—Muy típico de Alec, sí. —Solté una risilla—. Bueno, y la última tarjeta, que es la más grande.

—¿Paul?

—Sí.

—¿Qué dice?

Se me paró el corazón cuando abrí la tarjeta y exhalé un suspiro tembloroso.

—¿Aoife?

—Case, ha puesto cincuenta euros dentro de la tarjeta.

—¿Lo dices en serio?

Me quedé mirando el billete que tenía en la mano con una oleada de emociones encontradas.

—¿Cómo se le ocurre meter dinero en una tarjeta de San Valentín?

—¿Quizá porque piensa que puede pagar una noche de tu compañía? —

Ella se rio, pero a mí la broma me tocaba demasiado la fibra sensible como para que me hiciera gracia.

—No quiero su dinero, Casey.

—Dámelo a mí —respondió sin perder un segundo—. Soy pobre. Necesito y quiero su dinero a partes iguales.

—Estoy cabreada.

Suspiró al otro lado de la línea.

—Estás sentada frente a una pila de tarjetas de chicos que te adoran. No tienes por qué estar cabreada.

—Pero...

—¿Me vas a obligar a ir y darte una torta para ver si entras en razón? Venga, Aoife. Seguramente lo ha metido porque ha entrado en pánico.

—¿Qué quieres decir?

—Cariño, no habéis parado de tener subidas y bajadas desde hace meses, así que el pobre idiota probablemente esté cagado de miedo por si cambias de idea y te vas con el casanova del Ballylaggin.

—No digas eso —me estremecí—. Porque no va a suceder.

—¿De verdad no has hablado con Joey desde la pelea?

—Así es, y tampoco es que me apetezca.

—Vaya mierda —exclamé en voz baja—. ¿Sabes? Pensé que igual te enviaba una tarjeta para romper el hielo entre vosotros.

«Ya, yo también».

—No es de los que envían tarjetas.

—Es cierto —confirmó—. Pero pensé que a lo mejor contigo hacía una excepción.

—No quiero que me envíe tarjetas —admití rotundamente—. No quiero nada de él.

—¿Qué pasó entre vosotros, Aoife?

—Nada.

—Ya, claro.

—No pasó nada, Case —dije con firmeza—. Ni pasará. Además, estoy a punto de desterrar a los chicos de mi vida.

Se rio desde el otro lado de la línea.

—Dices eso porque todavía no has encontrado a tu Dicky el Pegajoso.

—¿El tuyo tiene algún hermano?

—Tiene vacas —me reveló partiéndose de risa—. Viene de familia de granjeros.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí con ganas.

—Vale, tengo que dejarte. Voy a darme una ducha y a comer algo.

—Necesitas refrescarte después de tanto hablar de Dicky el Pegajoso, ¿eh? No pasa nada, cariño. Con que no te dejes llevar mucho en la ducha... Si no, voy a tener que empezar a llamarte...

—Adiós, Casey.

Sonreí mientras la interrumpía para no permitirle que terminara la frase y destruyera lo que quedaba de mi inocencia.

Dejé las tarjetas sobre la mesa de la cocina y me dirigí hacia la escalera, quitándome el jersey, la camisa y la corbata del uniforme mientras subía. Después de tirarlo todo al cesto de la ropa sucia que había en el descansillo, me llevé las manos a la espalda, bajé la cremallera de la falda y dejé que se deslizara por mis muslos antes de dar un paso para sacar las piernas.

Cogí una toalla del armario del calentador y entré tranquilamente en el baño, todavía riéndome para mis adentros con lo de Casey y Dicky el Pegajoso.

Sin embargo, mi risa interior murió rápidamente en la garganta al encontrarme cara a cara ni más ni menos que con... ¿Joey?

Se me heló la sangre al verlo arrodillado junto al retrete, con una raya de polvo blanco trazada sobre la tapa y un billete de cinco enrollado dentro de la fosa nasal. En un abrir y cerrar de ojos, el polvo desapareció por el tubito improvisado y se introdujo en su nariz.

—Por Dios —exclamé sofocada finalmente encontrando las palabras

adecuadas—. ¿Qué haces?

No le había dirigido la palabra desde la pelea de hacía dos semanas. Estaba demasiado alterada y dolida como para lidiar con mis sentimientos, de modo que lo había evitado como a la peste, incapaz de pelear otro asalto después de que me noqueara con un golpe directo al corazón.

Con los codos apoyados en la tapa del váter, Joey dejó caer la cabeza entre las manos y murmuró:

—Mierda.

—¿De verdad? —repuse con un grito ahogado mirando hacia la puerta con la repentina sensación de que las autoridades estaban a punto de entrar por la fuerza y arrestarnos a los dos—. ¿Te estás drogando en mi casa?

—No.

—Sí —contrapuse—. ¡Te acabo de pillar!

—Vale, vale. —Sorbiéndose y arrugando la nariz, murmuró—: No te preocupes.

Como si el hecho de que acabara de presenciar cómo ingería una droga dura no tuviera la menor importancia.

—¿Que no me preocupe? —Lo miré boquiabierto—. ¡Joey!

—¿Qué?

—¡Estás en mi casa! —Negué con la cabeza en gesto de confusión—. ¿Qué coño te pasa? —Exhalando un suspiro entrecortado, me acerqué a él y lo agarré de la barbilla, obligándolo a mirarme—. ¿Qué haces en mi casa y por qué has traído droga aquí?

—Tu padre me pidió que me pasara —respondió en un murmullo con los ojos desenfocados—. Me dio una llave. Dijo que el motor de la ducha no funcionaba. —Se encogió de hombros—. Lo he arreglado.

—¿Que lo has arreglado? —Ahogué un aullido—. ¿Que lo has arreglado? Joey, me importa una mierda el motor de la ducha. ¿Por qué te estabas drogando?

—Se suponía que no ibas a verlo.

—Eso está claro —le solté obligándolo a mirarme cuando intentó zafarse—. ¿Estás loco de remate? ¿Qué coño haces metiéndote en estas historias?

—No sé.

—¿Era cocaína?

—No.

—¡Mentiroso! ¿Desde cuándo te metes esa porquería?

—Qué más da.

—¿Cómo que qué más da? —le espeté—. ¡Dímelo, joder!

—¿Por qué? —Se liberó de mi mano, se puso en pie y retrocedió de inmediato—. ¿Qué coño tiene que ver contigo?

—Has traído cocaína a mi casa, Joey. —Repetí las palabras que había dicho anteriormente con la esperanza de que esta vez comprendiera lo inapropiado de su comportamiento—. A la casa de mi padre. —Le di un empujón en el pecho tratando de hacerlo reaccionar—. Te acuerdas de mi padre, ¿no? El que te dio trabajo en el taller. El que confió en ti para...

—Apártate de mi vista, Molloy —masculló tratando inútilmente de esquivarme para no tener que enfrentarse a mi interrogatorio—. Ya sé que la he cagado, ¿vale?

—¿Que me aparte de tu vista? Tienes suerte de que no te arranque los ojos de la cara, gilipollas —dije empujándole el pecho y obligándolo a retroceder hasta que quedó atrapado contra la pared del baño.

Todavía con la mano sobre su pecho, noté que irradiaba una cantidad anómala de calor bajo el uniforme.

—¿Qué narices...? —murmuré apretándole la mano primero contra el cuello y luego contra la mejilla—. Dios, Joey, estás ardiendo.

Presa del pánico, observé cómo sus verdes iris desaparecían delante de mí, rebasados por unas pupilas tan oscuras y dilatadas que lo hacían parecer otra persona.

—Estoy bien.

—¿Qué? —Miré su rostro ridículamente bello embargada por un

absoluto terror—. Joey, acabo de pillarte esnifando una raya. Creo que no me equivoco cuando digo que para nada estás bien.

—Ha sido un error —admitió al instante—. No tenía que haberlo hecho aquí.

—No, no tenías que haberlo hecho en ningún sitio —lo corregí con creciente preocupación.

—He cometido un error. —Lo recorrió un escalofrío—. Tu padre confía en mí. No debería... Le he fallado. —Cuanto más hablaba, más rápido le salían las palabras de la boca y más suelto se volvía su tono—. Pero estoy bien, Molloy. —Levantó la mano y se agarró a la mía, que aún lo tenía cogido por la barbilla—. Ha sido un error. Yo... eh... cometo muchos. A veces estoy tan y tan cansado que... bueno... ayuda, ya me entiendes. Joder.

Volvió a negar con la cabeza, pero no me soltó la mano.

—¿Joe?

—No sé qué intento decir. —Todo su cuerpo desprendía energía mientras giraba los hombros y miraba el cuarto como si lo estuviera viendo por primera vez—. Tengo un partido en el campo de la asociación de hurling dentro de una hora; es contra el St. Pat's, que tiene una defensa increíble, y llevo días sin dormir. —Lanzó un suspiro agitado—. Estoy la hostia de cansado y necesitaba algo que me diera un empujón... pero no volverá a pasar. No volverá a pasar.

—¿Días? —Moví la cabeza hacia los lados—. ¿Por qué llevas días sin dormir?

—Tomas nocturnas.

—¿Tomas nocturnas? —¿De qué estaba hablando? ¿Estaba divagando? ¿Era un efecto secundario de la cocaína? No tenía ni idea—. Joe, ¿sigues aquí?

Sentía cómo los temblores le recorrían el cuerpo.

Me daban muchísimo miedo.

—De verdad, yo... eh... siento que lo hayas visto. No tengo por costumbre... bueno... ya me entiendes. —Encogiéndose de hombros, Joey me soltó de golpe como si lo hubiera quemado y se pasó una mano por sus rubios mechones antes de encaminarse hacia la puerta—. Pero no es para tanto, así que no te preocupes, ¿vale? A mí no me supone un problema.

—¿Ah, no? —Me había dirigido más palabras en los últimos tres minutos que en los casi tres años que hacía que nos conocíamos. Estaba claro que no le suponía un problema—. ¿Te vas a un partido? ¿Así?

—Sí, debería. No es que me apetezca jugar, pero... bueno... no merece la pena pasar por todo el lío de intentar escabullirme. —Asintiendo enérgicamente con la cabeza, abrió de un tirón la puerta del baño—. Dile a tu padre que... eh... he arreglado la ducha. Ya vuelve a funcionar perfectamente. —Se dio la vuelta e inclinó de nuevo la cabeza hacia mí—. Nos vemos, Molloy.

Mientras lo veía alejarse, tardé unos instantes en ubicarme y algunos más en evitar que la cabeza me diera vueltas una vez que fui consciente de lo que acababa de presenciar. La cosa iba más allá de compartir algún porro y una jarra de sidra con «los colegas» un viernes por la noche.

Esnifaba cocaína.

Era algo serio.

«Problemático».

Sí, ese chico era problemático con P mayúscula.

—¡No, ni de coña! —Salí corriendo del baño, le cogí de la mano antes de que llegara a la escalera y lo arrastré rápidamente hasta mi cuarto—. Tú no te vas a ningún sitio —le ordené cerrando la puerta a toda prisa y luego echando la llave—. Te quedas aquí conmigo.

—Abre la puerta.

—No.

—Déjame salir.

—No.

Hecho un manojo de nervios y con las manos temblándole a los costados, alargó el brazo hasta la llave de la puerta.

—Déjame salir de esta puta habitación, Molloy.

—Ya te he dicho que no. —Cogí la llave, me la metí en el sujetador y me lo quedé mirando—. Tú te quedas aquí.

—Tengo un partido.

—Me da igual. Siéntate.

—¡No me puedo sentar! —espetó pasándose la mano por el pelo mientras iba de un lado a otro de mi cuarto—. Necesito moverme.

—Pues muévete —repuse—. Aquí dentro.

—Estoy bien —soltó entre temblores mientras se acercaba a mí y me acorralaba contra la puerta de la habitación—. Déjame salir.

Hice un gesto de negación con la cabeza; el corazón me iba a mil por hora.

—No.

—Deja de tocarme los huevos —dijo apretando el pecho contra mí y abrasándome con el calor que se desprendía de su piel.

Él llevaba el uniforme escolar completo, yo tan solo unas bragas rosas y un sujetador negro. Ni siquiera iba conjuntada, joder.

—No te estoy tocando los huevos —gruñí—. Estoy intentando ayudarte.

—No hace falta.

—Me parece que sí.

—Estoy bien —afirmó como una cantinela comportándose de forma irracional y errática mientras me ponía las manos sobre los hombros—. Todo va bien. —Le temblaban tanto las manos que sentía la vibración hasta en los dedos de los pies—. Chisss —profirió con mimo antes de estallar en una carcajada—. Estamos genial, ¿vale?

Se acababa de reír de mí.

Sí, sin duda iba puesto.

—Joder. —Riéndose como un maniaco, de golpe apoyó la frente contra

el marco de madera de la puerta, justo al lado de mi cabeza—. Estás haciendo que me dé un bajón, Molloy.

Volvió a golpearse la cabeza contra el marco, lo que le provocó que se le escapara otra risa llena de dolor.

Luego hizo lo mismo una y otra vez.

«Y otra».

Me planteé llamar a Casey para pedirle que me ayudara, pero deseché la idea de inmediato; no quería meterlo en más problemas.

Además, no era por mí por quien temía.

A Joey no le tenía miedo.

No, temía por él.

—A ver, escúchame, imbécil. —Le agarré la barbilla y acerqué su cara a la mía, obligándole a mirarme—. Vas a esperar a que se te pase esto aquí en mi cuarto, y lo vas a hacer sin darte más golpes en la cabeza con la puerta. —Le puse las manos en los hombros, lo llevé hasta mi cama y lo empujé hacia abajo—. Te vas a sentar y vas a respirar.

—No puedo sentarme.

—Sí que puedes —razoné empujándole de nuevo hacia abajo cuando intentó ponerse de pie.

—Tengo que moverme.

—Tienes que hacer lo que yo te diga.

—No puedo respirar.

—Sí que puedes.

—Algo va mal —gimió sacudiendo la cabeza hacia los lados mientras se llevaba una mano a la nuca y se quitaba el jersey de un tirón—. No puedo respirar.

—Joe.

—Joder, no puedo respirar —se quejó con el pecho agitado mientras se levantaba de un salto e intentaba esquivarme—. Deja que me vaya.

—Sí que puedes. —Lo volví a sentar sobre la cama de un empujón, me

coloqué entre sus trémulas rodillas y apreté su pecho contra mi vientre—. Mírame.

—Me estoy ahogando.

—¿Joey? —Sujetándole la cara entre las manos, le levanté la barbilla y lo obligué a mirarme—. Respira.

—Molloy...

—Joe, respira —le ordené presa del pánico ahora que él se había dejado llevar por el pánico—. Respira, ¿vale?

Lanzó un suspiro de frustración y trató de inhalar profundamente, pero se detuvo enseguida para decir:

—No puedo. Imposible. Tengo que moverme...

—Chisss. —Descendí hasta colocarme en su regazo, tomé sus manos entre las mías y las puse en mi cintura—. Respira. —Mirándolo a los ojos, hice una profunda inhalación, contuve el aire unos instantes y después lo expulsé poco a poco—. Así.

En ningún momento apartó sus oscuros ojos de los míos mientras se aferraba con las manos a mis caderas e imitaba lo que yo hacía, respirando hondo y soltando el aire con lentitud.

—Bien —lo elogí colocándole las manos en los hombros—. Una vez más.

Todavía tembloroso, Joey volvió a inhalar profundamente, aguantó la respiración y luego dejó escapar el aire poco a poco.

—Así.

Tras pasarle los dedos por el pelo, decolorado por los efectos del sol, le acaricié la mejilla con más cariño del debido y seguí inspirando y espirando con él una y otra vez, sin apartar mis ojos de los suyos ni un solo momento.

Cuanto más me miraba, más lo sentía crecer bajo mi cuerpo. Desde la posición elevada que me ofrecía su regazo, sentía toda la presión que ejercía contra mí, y mentiría si dijera que no me moría de ganas.

—¿Cómo estás?

—Como para que nos desnudemos y nos pongamos a follar.

«Joder».

—Bueno, eso no va a pasar —le susurré sintiendo cómo me temblaba todo el cuerpo—. Así que deja de pensar en ello.

—Ya lo sé. —Actuando con más soltura ahora que tenía la mente nublada, tiró de mí hacia él presionando con los dedos la parte carnosa de mis caderas y moviendo las suyas lentamente contra mí—. Pero pasará.

Me quedé sin respiración.

Su nariz acariciaba mis pechos.

—Hoy no.

Dejé escapar otro trémulo suspiro.

—Pero pasará.

«Por Dios bendito».

—Chisss. Céntrate, Joe. Sigue respirando de forma regular —le ordené cuando ya no había otra cosa que pudiera hacer.

Mientras inhalaba profundamente, se inclinó hacia mí y enterró la cara en mi pecho.

—Eso intento.

—Vale —jadeé estremeciéndome—. Sigue intentándolo.

Desgarradoramente consciente de que mi sujetador era lo único que separaba sus labios de mis pechos, reuní hasta el último resquicio de autocontrol que tenía para que me ayudara en ese momento.

Con voz amortiguada y rozando con sus labios el trozo de tela que cubría mi pezón, gimió:

—Te echo de menos.

El corazón me dio un violento vuelco en el pecho.

—Yo también te echo de menos.

—Lo siento —musitó acariciando el contorno de mi pezón con la nariz—. Por haberle dicho lo que te digo a ti.

—No pasa nada. —Con los dedos entrelazados en su pelo, le acuné la

cabeza contra mi pecho y solté un trepidante suspiro—. Todo va a ir bien.

Varios minutos después, ninguno de los dos se había movido. Yo seguía en su regazo, sosteniendo su cabeza y mi respiración, mientras él se concentraba intensamente en la suya. Poco a poco, los temblores que sacudían sus manos, todo su organismo, fueron disminuyendo, y sentí que un torrente de alivio inundaba mi cuerpo. Reprimiendo un escalofrío, me agaché para tocarle la frente, que estaba empapada de sudor, y noté que todo ese alivio temporal que sentía me abandonaba.

—Joey, estás ardiendo, más que antes.

—¿Mmm?

—Estás demasiado caliente. —Preocupada, dejé que mis manos le recorrieran el cuello y la camisa del uniforme, ambos completamente húmedos—. Mierda, Joe, estás empapado.

—Estoy genial —dijo con un murmullo todavía diligentemente concentrado en su respiración—. Ya se me pasará.

«Bueno, yo no estaría tan segura».

—Espera, voy a abrir la ventana.

Hice ademán de bajarme de su regazo, pero se apresuró a rodearme con sus brazos y me atrajo hacia él.

—No te muevas.

—Joe, es que estás hirviendo. —El pánico empezó a apoderarse de mí cuando vi que le resbalaba una gota de sudor por el cuello—. Podría freír un huevo sobre tu piel. En serio. Hay que enfriarte.

—Me da igual. —Volvió a enterrar la cara en mi pecho e inhaló otra profunda bocanada de aire. Al exhalar, susurró—: No me dejes.

—Joe...

—Por favor, quédate. —Hizo una pausa para soltar lentamente el aire antes de continuar—: Hasta ahora nunca había parado. No lo rompas, por favor.

—¿Qué es lo que nunca había parado? —carraspeé con el corazón

retumbándome de forma salvaje en el pecho—. ¿Y qué es lo que no tengo que romper?

—Mi cabeza —murmuró, y luego añadió—: la calma.

«No lo entiendo», quise gimotear, pero me mantuve firme y serena.

—Te prometo que no voy a dejarte —le dije quitándole delicadamente la corbata del cuello—. No voy a moverme de aquí. Pero tengo que salir de tu regazo porque mi cuerpo te está dando más calor.

Cuando se quedó quieto sin quejarse, me eché hacia tras, con lo que su cabeza cayó hacia delante, y alargué las manos hasta los botones de su camisa.

—Algo va mal —afirmó en un hilo de voz con las manos desplomadas a los costados—. No me encuentro bien.

—¿Cómo vas a encontrarte bien después de lo que acabas de hacer? —me apresuré a desabrocharle la camisa y deslizarle la tela por los hombros, solo para descubrir unos moratones de color púrpura oscuro que le recorrían todo el lateral izquierdo del pecho y le llegaban hasta la clavícula. La visión me hizo ahogar una rápida bocanada de aire—. Por Dios, ¿qué te ha pasado?

—Una pelea.

El torso de Joey era precioso: esbelto y fuerte, con pezones de color marrón claro y unos músculos abdominales muy marcados. Tenía las caderas estrechas y lucía esas líneas tan sexis en forma de V que todos los dotados para el deporte parecían tener. Del ombligo le nacía una pequeña mata de pelo castaño que se extendía hacia abajo y desaparecía bajo la cintura de los pantalones grises del uniforme.

Y, aunque su dorada piel estaba repleta de cicatrices, tenía la certeza de que no había visto a nadie más perfecto en toda mi vida.

—¿Una pelea? —Temblando, le puse la palma de la mano dulcemente sobre el cardenal que le cubría el corazón—. ¿Con quién?

—Con un gilipollas. —Soltando un suspiro de dolor, cubrió mi mano con

la suya y musitó—: Tienes que dejar que me vaya.

—Sé que debería. —El corazón me martilleaba con violencia en el pecho, así que cerré con fuerza los ojos y traté de hacer que se calmara—. Pero no puedo.

—Algo va mal —masculló a continuación revolviéndose incómodo—. Es mi polla.

—¿Lo dices para intentar conseguir que te la mire?

—No —gimió metiéndose la mano por dentro de la cintura de los pantalones—. Lo digo porque realmente me pasa algo en la polla.

—¿El qué?

—No lo sé. —Respiró dolorido y se tumbó en la cama, gimiendo como si le doliera de verdad—. Mierda.

—¿Se te ha retorcido un huevo? —pregunté totalmente en serio—. Porque a Kev le pasó una vez y la verdad es que es muy grave. Si no vas al médico, puedes perder el testículo por completo, Joe...

—No —gruñó, y luego se cubrió el rostro con las manos—. Joder, es demasiado.

—Vale, se acabó. —Alcé las manos presa del pánico—. Quítate la ropa y déjame ver.

—No es buena idea.

—Venga, calla y desnúdate, joder. —Preocupada, alargué la mano hasta el botón de sus pantalones del uniforme y se lo desabroché de golpe antes de bajarle la cremallera—. Sube las caderas.

—Molloy.

—Que las subas.

—Joder. —Elevó el cuerpo y, cuando le bajé los pantalones por las caderas, lanzó otro aullido de dolor—. Por lo que más quieras, no la toques...

—¡Perdón! —Con una mueca de dolor, le deslicé la cintura de sus bóxers negros por encima de la que debía de ser la polla más enorme que jamás

había visto—. ¿Qué coño es eso?

En estado de alerta como un soldado en primera línea de fuego, su pene, en completa erección, se agitó a escasos centímetros de mi cara.

—¿Por qué está tan...?

—¡No lo sé! —bramó apoyándose sobre los codos para observarlo como si fuera el enemigo—. Joder, no baja. Sigue poniéndose dura.

—¿Eso es normal?

—No.

—Entonces ¿por qué...?

—¡No tengo ni puta idea, Molloy!

—¡Vale, vale, vamos a intentar calmarnos los dos! —grité más para mí que para él de pie en mi cuarto, en bragas y sujetador, con el rabo de Joey Lynch mirándome enojado—. Joder, Joe, la tienes muy grande.

—Cállate, Molloy —me soltó—. No digas eso. Es aún peor.

—¿Por qué no...? Ya sabes. —Me encogí de hombros—. ¿Le das un meneo? No sé, para ver si así baja.

—¡Por Dios santo! —exclamó gruñendo antes de lanzar una exhalación como muestra de su dolor—. ¡No me voy a pajar aquí!

—Evidentemente, no tienes por qué hacerlo conmigo presente —razoné—. Me puedo ir abajo y prepararnos un sándwich o algo por el estilo.

—¿Un sándwich? ¿En serio, Molloy?

—¡Yo qué sé! —dije atragantándome—. Llevo sin comer desde el almuerzo y tú... y yo... Mira, solo intento ayudar, ¿vale?

—Coge mi teléfono.

—¿Eh?

—Mi teléfono —refunfuñó—. Por favor, pásamelo.

—¿Dónde está?

—Bolsillo.

Rebusqué en su bolsillo y conseguí sacar el teléfono sin hacer contacto visual con... esa cosa.

—Lo tengo —anuncié subiéndome a la cama y arrodillándome junto a su cuerpo desplomado—. Toma.

—Gracias.

—De nada.

14 DE FEBRERO DE 2002

Disfunción eréctil

Joey

No me explicaba qué me había llevado a hacer algo tan increíblemente imprudente como meterme una raya en casa de mi jefe. La única excusa válida era que el agotamiento se había apoderado de mi cuerpo hasta el punto de dejarme paralizado.

Por triste que fuera admitirlo, hacía meses que no dormía bien. Quince semanas, para ser exactos. Desde que entró en mi vida el último de los engendros de mi padre.

En cuanto llegó a casa desde el hospital, Sean se mostró inconsolable. En serio, estaba fuera de sí las veinticuatro horas del día, lo que hizo que nuestra madre estuviera igual de fuera de sí que él.

Cuando no estaba trabajando o endosándole el bebé a la tata, se escondía en su habitación, lloraba sobre la almohada y hacía todo lo humanamente posible para no tener que ocuparse de él. La tata dijo algo así como que la razón por la que mamá no parecía establecer vínculos con Sean era por una cosa llamada «depresión posparto».

Yo no lo entendía. ¿Cómo iba a arreglarlo si no tenía ni puta idea sobre eso?

No podía, y el viejo tampoco es que ayudara una mierda.

Mamá se negaba a darle de mamar a Sean. Tampoco quería darle el

biberón. Ni siquiera quería cogerlo en brazos. Cada vez que lloraba, parecía como si quisiera arrancarse la piel de los huesos.

Era un puto horror.

Una vez que se hizo a la situación cuando ella volvió a casa con el bebé, el viejo se quedó allí durante unas semanas, manteniéndose a flote y comportándose más o menos como es debido. Por supuesto, le duró poco.

A las tres semanas de que mi madre diera a luz, papá ya había perdido los papeles con ella y la había arrastrado fuera de la cama. La dejó en el suelo, junto a la cuna, y le rugió y le gritó en la cara hasta que ya no pude soportarlo ni un puto segundo más. Ambos estallamos, y nos enzarzamos en una de nuestras peores peleas.

Al final, el viejo salió victorioso, pero al menos pude asestarle unos buenos puñetazos para hacerle pagar por haberle hecho daño a mi madre, que todavía sangraba tras haber tenido al bebé, por el amor de Dios.

De morros porque ella se había negado en redondo a llevarse al bebé a otro sitio, papá había cogido la cuna, con Sean en su interior, y la había sacado de su habitación para dejarla en la de mi hermana de trece años. Después de aquello, el viejo se dio por vencido y, por supuesto, mi madre me culpó a mí de que se fuera.

Incapaz de asumir sus responsabilidades, o quizá simplemente con poca disposición para ello, papá volvió al patrón habitual de beber, follar y destrozar la casa, dejando siempre en mis manos la tarea de arreglar sus desastres.

Entre el instituto, el trabajo, el hurling y cuidar de Ollie y de Tadhg, no me opuse cuando Shannon se hizo cargo de cuidar de Sean.

Porque la verdad era que yo no quería hacerlo. No quería sentir amor por otro más.

«Sobre todo porque su edad y su vulnerabilidad me obligarían a seguir encadenado a esa casa durante más tiempo».

A pesar de mi aversión a encariñarme con el pequeño saco de cólicos, eso

fue justo lo que acabó sucediendo. Porque, por muy dispuesta que estuviera mi hermana a cuidar del recién nacido, no sabía qué hacer con él y, después de tres noches de gritos continuados, yo mismo llevé la cuna a mi habitación para impedir que aquel niño llorara ni un minuto más.

Habían pasado tres meses y medio desde entonces y, aunque mamá cada vez se mostraba más cariñosa con Sean, cambiándole el pañal y sacándolo a pasear el día que tenía libre, la cuna seguía en mi cuarto.

Como últimamente me quedaba dormido de pie, había empezado a comprarle a Shane un par de gramos cuando cobraba, necesitado como estaba de algo que me levantara el ánimo para funcionar.

Ese día no era ni mucho menos el primero que me aventuraba a probar los estimulantes, pero sí que era la primera vez que sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. El subidón fue una puta mierda, y estaba furioso con Shane por venderme una sustancia adulterada, porque no sé qué coño me había metido por la nariz, pero aquello no era cocaína.

La cabeza me daba vueltas, el cuerpo me ardía como una brasa, y lo único que quería era follar. Las ganas de correrme eran casi insoportables, lo que me provocaba un empalme de la hostia, y eso suponía un problema porque la chica que había asumido el papel de mi cuidadora personal era la única a la que no podía tener.

Y yo quería tenerla.

Tenía tantas ganas de tenerla que dolía.

Pese a que el embotamiento de mi mente se iba despejando, la presión que sentía en la polla no hacía más que aumentar.

—Lo tengo —confirmó Molloy; luego volvió a subirse a la cama con su diminuto tanga de color rosa que no ayudaba en nada a la causa—. Toma —dijo plantándome el teléfono en el estómago.

—Gracias.

—De nada. —Me dio una palmadita en el hombro (sin duda, en señal de solidaridad), se acercó y se puso de rodillas a mi lado—. Puedes contar

conmigo.

Teniendo en cuenta que llevaba semanas sin tan siquiera mirarme, debería estar encantado de oír esas palabras de su boca. Sin embargo, en el estado en el que me encontraba, era difícil centrarse en algo que no fuera la espectacular imagen de su cuerpo prácticamente desnudo.

Si no fuera por el hecho de que estaba muy preocupado por mi rabo, habría saboreado ese momento.

«Deja de mirar, gilipollas».

«Si miras es peor».

Moviendo la cabeza de un lado a otro, desbloqueé el teléfono y escribí rápidamente un mensaje.

Lynchy: Qué me has dado?

Holland: ???

Lynchy: Qué COÑO me has dado?

Holland: Nada, gilipollas, qué coño te pasa?

Lynchy: No se me baja la polla!

Holland: Ah, mierda. Me he equivocado de bolsa, chaval. Error mío.

Lynchy: Error tuyo? Qué mierda quieres decir? Qué me he tomado?

Holland: Coca con sorpresa. No era para ti. Hay un cincuentón que viene cada semana a buscarla.

Lynchy: Qué. Coño. Es. La. Sorpresa?

Holland: Sildenafil.

Lynchy: Que es...

Holland: Una versión barata de la Viagra. Cortada con nieve, hace que la cabeza te dé vueltas. Tal cual.

Lynchy: Eres imbécil, joder. Luego tengo un partido!

Holland: Relájate, en un par de horas estarás como nuevo. Súbete a la ola y disfrútala, tío.

Holland: Aunque igual sería mejor que no fueras a ese partido.

Holland: Búscate un coño bien húmedo y clávale esa polla.

—Vale, mierda —dije con voz entrecortada cerrando los ojos mientras mi frenético cerebro intentaba asimilar lo que me estaba pasando.

—¿Qué? —quiso saber Molloy. Sus ojos estaban abiertos como platos—. ¿Qué es?

Incapaz de emitir una respuesta, le tiré el teléfono sobre el regazo y me tapé la cara con el brazo.

—¿Has mezclado un medicamento para la disfunción eréctil con cocaína?! —chilló—. ¿Estás loco?

—No lo sabía, joder.

—No me extraña que tu polla esté como levitando. ¡Está en modo «lista para follar»! —Haciendo un gesto de negación con la cabeza, volvió a leer los mensajes de mi móvil antes de tirarlo sobre el colchón—. Bueno, que te quede clara una cosa: esta zona de aquí... —Hizo una pausa para señalarse el coño y luego agregó rápidamente—: está prohibida para esa torre inclinada que tienes por pene.

—¿Acaso te he pedido que me la casques?

—No, pero es evidente que eso es lo que quieres —concluyó señalando la punta de mi rabo—. No me extraña que te duela ir con eso por ahí. Me duele a mí solo de pensar...

—Molloy.

—Vale, vale. —Hizo una mueca y levantó las manos—. No te estoy ayudando. Lo pillo.

—¿Puedo... —Dejé escapar una exhalación de dolor y, totalmente avergonzado por lo que estaba a punto de preguntar, logré pronunciar las palabras «... usar la ducha?».

Ella frunció el ceño.

—¿Mi ducha?

La miré con elocuencia.

—Ah —contestó abriendo los ojos como platos—. Mi ducha. Sí, claro. Por supuesto. —Asintiendo con la cabeza, se apresuró a bajar a gatas de la cama y me deslizó los bóxers y los pantalones del uniforme por las piernas hasta quitármelos por completo—. ¿Puedes ponerte de pie?

—Sí —afirmé airado—. ¿Te importa no arrodillarte así frente a mí, por favor?

—Ay, mierda, lo siento. —Alejándose de inmediato, Molloy se puso junto a la cómoda intentando darme algo de privacidad, pero se giraba cada pocos segundos para mirarme.

—Siento mucho lo que ha pasado —murmuré poniéndome de pie.

—¡Bah! —Se encogió de hombros mientras pasaba el dedo por una pila de cajas de CD que tenía sobre la cómoda—. Ha sido un día de San Valentín interesante.

—Ya, y que lo digas. —De pie, con los huevos al aire en su cuarto, fui cojeando hasta la puerta exponiendo cada centímetro de mi cuerpo—. Molloy.

—Dime.

—La puerta. —Apoyé la cabeza contra el marco y contuve las ganas de gritar y enfadarme—. Tienes la llave.

—Ay, mierda. —Pasó junto a mí metiéndose la mano en el sujetador y sacó una llave—. ¿Quieres jabón? —preguntó con el culo demasiado cerca como para que me sintiera cómodo—. ¿Una revista?

—Solo abre la puerta.

—Entendido.

14 DE FEBRERO DE 2002

Declarar una tregua

Aoife

Cincuenta y ocho minutos.

Ese es el tiempo que estuvo zumbando sobre mí el motor de la ducha.

El tiempo que tardó Joey en domar a la bestia.

Pasaron otros diez minutos hasta que por fin salió del cuarto de baño.

De nuevo ataviado con el uniforme escolar y con su pelo rubio apuntando hacia cuarenta direcciones diferentes y las mejillas notablemente sonrojadas, entró en la cocina con la toalla en la mano.

—Gracias.

—¿Mejor? —pregunté incapaz de reprimir la risita que se me escapó mientras le daba la vuelta a una tostada francesa en la sartén—. ¿Te sientes aliviado?

—Muy graciosa —refunfuñó Joey con una reticente sonrisa que me aseguraba que no estaba enfadado.

—¿La has hecho bajar?

—Por fin —admitió con una sonrisa feroz—. Por un momento pensé que iba a tener que ir a Urgencias.

—Imagínate —resoplé apagando la cocina y poniendo la tostada en un plato—. Habríamos tenido que enganchar un remolque al taxi para trasladar la barbaridad que te cuelga entre las piernas.

—Nunca dejarás de recordármelo, ¿verdad?

—No, probablemente, no —reconocí todavía riéndome—. Toma. —Le pasé un plato hasta los topes de mis delicias caseras—. Tienes que reponer fuerzas.

—Las has hecho tú sola. —Levantó las cejas sorprendido—. Estoy impresionado.

—Tengo un compañero de Economía doméstica bastante bueno que me ha enseñado un par de cosas —respondí dirigiéndome hacia la mesa con un plato para mí—. Es gilipollas, pero se las apaña bien en la cocina.

—Y este compañero de Economía doméstica... —dijo Joey siguiéndome hasta la mesa—. ¿Es amigo tuyo?

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Lo era.

—¿Ya no?

Negando con la cabeza, me hundí en la silla y le di un bocado a la tostada.

—Antes era mi mejor amigo.

—¿Qué ha cambiado?

—Nos peleamos.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Me rompió el corazón.

Observé un destello de dolor en los ojos de Joey.

—Molloy.

—Es broma.

El alivio se reflejó en sus facciones; se había tragado la mentira.

—Bueno, he oído que ese compañero tuyo se siente como una mierda por la pelea que tuvisteis.

—¿Ahora sí?

—Sí —asintió Joey haciendo un gesto afirmativo—. Echa de menos a su amiga.

El corazón me dio otro vuelco.

—Es normal. Es una chica increíble.

Sonrió.

—Quiere que vuelva.

—Ella nunca llegó a irse. —Tragué saliva—. Solo necesitaba algo de tiempo.

—Bien —dijo asintiendo con la cabeza—. Porque si se fuera, a él no le gustaría.

—¿Ah, no?

—No. —Sus ojos verdes se clavaron en los míos desde el otro lado de la mesa—. No le gustaría.

Exhalando un vibrante suspiro, alargué el brazo sobre la mesa y le tendí la mano con la palma hacia arriba.

—Qué bien jugado.

Se quedó mirando mi mano durante un buen rato y luego colocó lentamente la suya por encima.

—Qué bien todo.

CUARTO

2 DE SEPTIEMBRE DE 2002

Estaré contigo

Joey

Aguantando la respiración bajo el agua con las manos agarradas a la pila del baño, permanecí inmóvil hasta que los pulmones se me incendiaron en el pecho y mis pensamientos se volvieron confusos y borrosos. La mierda esa del instinto de supervivencia humano que nos infunden a todos, el que nos programa para buscar oxígeno, hizo que sacara el rostro a la superficie del agua.

Atontado, respiré lentamente por la nariz, torturando a propósito mis pulmones, que me exigían inhalar tanto aire como fuera posible.

A la mierda mis pulmones.

A la mierda el mundo.

Las ojeras se me estaban poniendo tan oscuras que, cuando desperté esa mañana, parecía que tenía dos moratones en los ojos.

Un millón de noches en blanco combinadas con el millón de putos errores que había cometido ese verano habían acabado por hacer mella en mi cuerpo.

Tras hacerme una raya con la tarjeta del banco, me incliné sobre el poyete de la ventana donde reposaba el espejo (y lo que me ayudaría a seguir adelante durante las próximas seis horas) y esnifé rápidamente el polvo por la nariz.

Sentí un dolor repentino en el centro del pecho. Era horroroso y no sabía cómo cojones deshacerme de él.

Últimamente estaba cada vez más fuera de mis cabales.

Y sentía muchísima rabia. Estaba tan enfadado que me sentía arder y sangrar a un nivel tan profundo, que iba a ser imposible encontrarlo y aplicar algún remedio.

Estaba hecho un desastre.

«Joder...».

Temblando, me incliné sobre la pila media hora más, esperando a que se me asentara el estómago y el cerebro empezara a cooperar antes de arreglármelas para volver a mi habitación y ponerme el uniforme del instituto.

El hurley y el casco que descansaban en un rincón de mi cuarto se mofaban de mí al recordarme todo un sinfín de exigencias y expectativas que no estaba seguro de poder cumplir durante mucho más tiempo.

—Hey. —La voz de Shannon llenó mis oídos y me serené durante el más breve de los momentos para girarme hacia ella.

—Hey. —Esboqué lo que esperaba que fuera una sonrisa de apoyo—. ¿Estás lista para el primer día?

—No —susurró mordiéndose el labio.

«Ya, yo tampoco».

—Te va a ir genial —opté por decir—. Estaré contigo.

—¿Tengo buen aspecto, Joe? —preguntó Shannon en un hilo de voz mientras caminaba a paso acelerado junto a mí enfundada en su uniforme del instituto público de Ballylaggin.

—Estás genial, Shan —le dije manteniendo la vista al frente. Si la miraba, si detectaba el miedo en esos ojos azules, me derrumbaría.

Joder, estaba hecho un manojo de nervios.

En serio, si ahora mismo me viera alguien que no me conoce, juraría que

era yo quien empezaba el instituto esa mañana en lugar de mi hermanita.

Con las palmas de las manos sudadas y el corazón a toda pastilla, tenía que reducir la velocidad de mis piernas para que ella me pudiera seguir.

Controlando la ansiedad lo mejor que podía, acompañé a Shannon por el sendero hacia el Ballylaggin, al tiempo que fulminaba discretamente con la mirada a todos los hijos de puta que se atrevían a mirar hacia ella.

Tal vez ese año un ataque ofensivo fuera la mejor forma de defensa en cuanto a su protección.

Tal vez de ese modo lograría que saliera ilesa de ese año escolar.

«Pase lo que pase, siempre seré tu hermano, ¿vale?».

La voz de Darren se infiltró en mi cabeza, pero me resistí y enterré rápidamente el recuerdo de la última vez que había recorrido ese mismo sendero con uno de mis hermanos.

Lo enterré a él.

«Ya no existe».

—¿Estás bien, Joe? —preguntó mi hermana levantando el brazo para tocarme el hombro—. Pareces triste.

—Estoy bien. —Esboqué una sonrisa forzada—. Todo va a ir bien.

—¿Sí?

Asentí con la cabeza.

—Sí, Shan.

«Porque nunca voy a dejarte».

21 DE SEPTIEMBRE DE 2002

La familia zopenca

Aoife

No quería estar allí esa noche, y mucho menos dejándome exhibir como una emperifollada muñeca de porcelana, pero eso fue exactamente lo que acabé haciendo el sábado por la noche mientras cenaba frente a la familia Rice en el Spizzico's, uno de los restaurantes más pomposos de Ballylaggin.

—Quédate una hora más —trató de persuadirme Paul apretándome la mano por debajo de la mesa mientras su padre, el subjefe de la Gardaí Jerry Rice, hablaba cansinamente de su próximo torneo de golf en Kerry—. Te prometo que después haremos algo que tú elijas, ¿vale?

Falseé una sonrisa para contentar a su madre, pero por dentro estaba gritando.

Lo había intentado. De verdad.

Cuando decidí darnos otra oportunidad, me prometí a mí misma que dejaría de lado cualquier intención que tuviera hacia el aprendiz de mi padre y me centraría en hacer que la relación con el chico que realmente quería estar conmigo funcionara.

Y, para ser sincera, es lo que había hecho durante varios meses.

Era amigable y jovial con Joey en clase, pero me mantenía alejada de él fuera del instituto.

Durante meses, me había volcado en nuestra relación, entregándole a

Paul el ciento cincuenta por ciento de mi tiempo, mi atención y mi esfuerzo, pero lo único que había conseguido era seguir sintiéndome vacía. Porque por mucho que intentara evitarlo, distraerme o negarlo, mis pensamientos siempre volvían donde no debían.

«A quien no debían».

—Por favor, sácame de aquí —dije entre dientes todavía sonriéndole a mi novio de forma espeluznante—. Porque si tengo que seguir escuchando a tu padre hablar de su impresionante hándicap o de su pretencioso partido de golf un segundo más, me voy a poner a gritar.

—Es un torneo —me corrigió devolviéndome una sonrisa igual de forzada—. No es un partido, nena.

—Me da igual —respondí aún sonriendo—. Por favor.

—Déjalo ya —me soltó Paul—. Estás comiendo gratis en un restaurante que tu familia nunca podría permitirse; solo te pido que a cambio sonrías y asientas con la cabeza.

Me quedé boquiabierta.

—No me creo que hayas dicho eso.

—¿Cómo dices? —me preguntó la señora Rice apoyando el tenedor sobre el plato—. Aoife, querida, ¿decías algo?

—Sí —contesté—. Decía que estoy...

—Cansada —interrumpió Paul acercándose para darme unas palmaditas en la mano como si fuera un niño pequeño—. Decía que está un poco cansada. Aoife empezó a trabajar en el Dinniman durante el verano —continuó diciendo a modo de explicación—. Le está costando adaptarse a trabajar y estudiar a la vez.

—¿Qué?

«No, no me está costando».

—¿El Dinniman?

Paul hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es un restaurante que está al otro lado de la ciudad.

—Es un pub que sirve comida —corregí haciendo caso omiso de la mirada asesina de Paul—. Trabajo allí de camarera algunas tardes después del instituto y los fines de semana.

—Bueno, me alegro por ti. —La señora Rice me brindó una cálida sonrisa—. Seguro que es agradable tener algo de dinero propio.

Le devolví la sonrisa.

—Sí, por el momento estoy contenta, y la mayor parte de los clientes son de mi zona, así que es genial, la verdad.

—Siempre le digo a Paul que debería buscarse un trabajito para los sábados, ahora que está en cuarto —comentó la señora Rice—. Creo que es importante que los jóvenes sepan lo que cuesta ganarse el pan.

—Y yo creo que es importante que se concentre en los estudios —intervino el señor Rice—. Ya le daremos nosotros todo el dinero que necesite, Rita. El título de abogado en el que tiene puestas todas sus ilusiones lo conseguirá trabajando duro en el instituto, no sirviendo mesas en el Dinniman. Espero que no te lo tomes a mal, Aoife.

«Demasiado tarde».

—No pasa nada. —Me metí el pelo detrás de las orejas—. Cuarto no es un curso con mucha carga de trabajo —me oí añadir—. La mayoría de la gente de nuestro año ya tiene trabajo.

—Tal vez, pero seguramente no en un pub.

Me encogí de hombros.

—En todo tipo de sitios.

El señor Rice arrugó el entrecejo.

—¿Y no te planteas buscar otro tipo de trabajo?

—¿Qué me sugiere? —pregunté nerviosa por el interrogatorio.

—Uno más adecuado para una chica de tu edad —propuso haciendo un gesto con la mano—. Como hacer un rato de canguro los sábados.

—Me gusta el Dinniman —repliqué con las mejillas ardiendo por lo que me estaba costando contenerme—. Gano más dinero allí que el que cobraría

haciendo de niñera.

—No creía que trabajar de camarera estuviera tan bien pagado.

«Lo cual demuestra lo poco que sabes, pedazo de pijo capullo...».

—Mírala, papá... —intervino Paul con una risita—. Es un valor seguro en ese sitio.

—Gracias, Paul —exclamé sonriente sintiendo cómo el estómago me daba un vuelco por el cumplido—. Te lo agradezco.

—De nada, nena —contestó pasando el brazo sobre el respaldo de mi silla—. Además, verla con esa camisita blanca y la minifalda negra es motivo suficiente para que los dueños llenen el bar —siguió diciendo Paul con un chasquido de dedos para darle énfasis a sus palabras—. Claro que le van a pagar bien, no les interesa que se vaya.

«Lo retiro, Paul, pedazo de idiota».

Hirviendo por dentro, lancé una mirada asesina hacia su atractivo perfil lateral.

Me tragué mi malestar, sonreí y asentí con la cabeza cuando la conversación se centró en los planes de futuro. Los míos eran muy distintos a los de Paul. No incluían ninguna licenciatura en Derecho por la Universidad de Limerick, eso estaba claro.

Lo más probable era que después de la secundaria acabara en algún centro local de educación y formación continua, donde me formaría en Peluquería o Estética. Al menos en aquel momento, la peluquería era la única carrera que me despertaba algún interés.

—Debo decir que mis dos hijos tienen un gusto exquisito para elegir compañía —declaró el señor Rice alzando su vaso de whisky y dirigiéndolo primero hacia mí y luego hacia Zara, la nueva novia de su hijo mayor, Billy.

—Ya. —Levanté mi vaso de agua y me aguanté las ganas de vomitar—. Muy bien.

Mientras tanto, Zara le sonreía dulcemente.

—Gracias, señor Rice —dijo.

«Pobre chica inocente —pensé—. Démosle tiempo. Ya aprenderá».

Ella no era más que la última de una larga lista de hermosas mujeres a las que Billy llevaba a casa para presumir. El hermano mayor de Paul tenía diecinueve años y yo ya lo había visto en compañía de no menos de siete novias diferentes en esas comidas familiares desde que empezamos a salir allá por primero.

—Rápido —le susurré agitadamente a Paul en el oído—. Llama a mi teléfono y luego ya me encargo yo. No aguanto a tu padre ni un minuto más.

—¿Qué? ¡No! —contrapuso—. Espérate.

—Paul.

—Aoife.

Miré mi reloj de forma exagerada y fingí rápidamente un grito ahogado.

—Ay, Dios. ¡No me digas que es tan tarde!

«Patético».

«Patético».

«Patético».

—Paul. —Me giré para mirar a mi novio, que estaba ojiplático y algo cagado—. Mi padre me quería en casa hace una hora.

—¿Seguro? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Sí —repliqué echándole una mirada de esas que dicen «Sígueme el rollo o te corto el rabo».

Girándome hacia su familia, les brindé una sonrisa de disculpa mientras me levantaba.

—Cuánto lo siento. —Sonriendo abiertamente, añadí—: Espero que lo repitamos pronto.

Sin embargo, por dentro sabía que nunca más iba a dejar que me enredara en otra de esas cenas para ver quién tenía la polla más grande.

Pero ni de coña, vamos.

—Aoife, eso ha sido de muy mala educación, joder —me regañó Paul mientras yo me alejaba a paso ligero del restaurante y él me seguía como podía detrás—. ¿En qué estabas pensando?

—Pensaba en que me has vuelto a liar para ir a cenar con gente con la que no tengo nada en común.

—No son gente, son mis padres.

—Los padres son gente, Paul.

—No te pases de lista conmigo. Sabes que no me gusta cuando te pones sarcástica —me soltó pasándose una mano por su oscuro pelo—. Me has avergonzado un huevo ahí dentro. Tienes dieciséis años, no seis. ¿No crees que ya es hora de que aprendas a actuar conforme a tu edad?

—¿Sabes qué? Quizá deberíamos dar por concluida la noche —le espeté metiéndome las manos con fuerza en los bolsillos del abrigo—. Ya que está claro que hoy mi personalidad te está buscando las cosquillas.

—¿Qué? No, no seas imbécil —gruñó.

—No soy imbécil, Paul.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Pasándome un brazo por encima del hombro, dijo—: Venga, nena, es sábado por la noche. No quiero pasarlo yo solo.

«¿Y qué pasa con lo que yo quiero?».

—Venga, ¿adónde quieres ir? —preguntó atrayéndome hacia él.

—Creo que solo quiero ir a casa.

—No, qué aburrido —contestó.

—No sabía que estabas invitado.

—Tu casa no tiene internet, pantalla plana ni nada que mole ver —agregó haciendo un gesto despectivo—. Y, no te lo tomes a mal, pero estamos un poco apretujados cuando tu familia está con nosotros en la sala de estar.

—Vaya —exclamé negando con la cabeza—. No todos tenemos padres en la Gardaí.

—Esta noche Amy Murphy da una fiesta en su casa —propuso entonces

—. Le dije que nos pasaríamos un rato.

—¿Amy? —repuse boquiabierta—. Es de sexto.

—Ya, ¿y?

—¿Por qué le has dicho que iba a ir? —Me lo quedé mirando—. Casi no la conozco, Paul, y yo no he accedido a nada.

—Porque estás conmigo —replicó como si eso respondiera de algún modo a mi pregunta.

—No estoy segura de que me guste hacia dónde va esto, Paul —admití observándolo con recelo.

—Vamos, nena —dijo con una sonrisa endemoniada—. Es solo una fiesta.

—Ya.

No me estaba refiriendo a eso.

11 DE ABRIL DE 2003

Los demonios de tu cabeza

Joey

—¿Dónde cojones has estado?

Podía esperarme esa pregunta de Tony cuando llegaba a trabajar veinte minutos tarde porque algún seleccionador me había entretenido hablando conmigo después del entrenamiento.

Sin embargo, no esperaba que me la hiciera mi padre.

Y menos aún allí.

—¿Qué pasa? —Desvié la vista hacia Tony, que estaba apoyado contra el cajón de las herramientas con una taza de té en la mano y expresión compasiva.

De repente, di un respingo.

Solo había un motivo por el que mi padre iría hasta allí.

—¿Está muerta? —Fue mi primer pensamiento y, sorprendentemente, conseguí preguntarlo sin desplomarme como un montón de escombros en el suelo—. ¿Mamá está...?

—Tu madre está genial —gruñó papá—. Es el abuelo de tu madre. Está en las últimas.

Ahugué una brusca inhalación.

—¿El abuelo Murphy?

—¿Cuántos bisabuelos tienes, chaval?

«Solo a él, el mejor».

Aunque llevaba un tiempo sin verlo.

«Mierda».

Me invadió la culpa.

La vida me había tenido tan ocupado que prácticamente me había desentendido de mis bisabuelos durante los últimos años.

Vale, a la tata la seguía viendo cada dos por tres cuando venía a traer a mis hermanos pequeños, pero mentiría si dijera que les había dedicado el tiempo suficiente desde primero.

Desde que Darren se marchó.

Sencillamente... los puse en un segundo plano porque pensé que siempre estarían ahí.

—¿Qué le pasa? —El pánico me carcomía las entrañas—. ¿Dónde está la tata? ¿Se encuentra bien?

—Te lo acabo de decir, chaval. ¿Ahora también eres sordo, además de memo y estúpido? Se está muriendo —espetó papá—. El hombre tiene casi noventa tacos. No creo que te pille tan por sorpresa... —continuó diciendo—. Tu madre ha estado intentando llamarte para contártelo. Si quieres verlo, mejor que vayas ahora mismo antes de que la espiche.

Atónito, me quedé allí parado, sin pestañear, mientras trataba de digerir las palabras que salían de su boca. Para mí y mis hermanos era el abuelo Murphy, aunque en realidad era nuestro bisabuelo. Se había encargado de criar a mi madre y a mi tía cuando murió su propia hija, para luego tener que encargarse de proteger a los hijos de mi madre de la furiosa tormenta que era mi padre.

Había sido el primer hombre cuyo contacto no temí.

El hombre que me enseñó a ir en bici.

El hombre que me llevó al cine por primera vez.

El hombre que se suponía que nunca iba a ir a ninguna parte porque necesitábamos que se quedara ahí y no se fuera, joder.

—¿Dónde está? —dije sofocado con el corazón latiéndome tan intensamente en el pecho que pensaba que me iba a estallar—. ¿En su casa?

—Está en el hospital —contestó papá—. Y te puedo llevar ahora mismo si me dejas un billete de diez hasta que me paguen en la oficina de correos.

Me lo quedé mirando sin comprender.

—¿Mi bisabuelo se está muriendo y quieres que te dé dinero para que me lleves a verlo? —Moví la cabeza con indignación—. Antes me corto las venas que alimentar tu adicción a la bebida, viejo.

—Claro, porque estás demasiado ocupado alimentando tu propia adicción, ¿no, chaval? —repuso con desdén—. De tal palo, tal astilla. Harías bien en recordarlo. —Pasó a mi lado como un matón, abrió bruscamente la puerta de nuestro coche y soltó entre dientes—: ¡Quédate tu puto dinero y búscate la vida para ir tú solito al hospital!

—Joey, ¿estás bien, chaval? —me preguntó Tony una vez que mi padre se hubo ido—. ¿Quieres que te acerque al hospital?

—Yo... eh... —Negando con la cabeza, me pasé una mano por el pelo y lancé un suspiro entrecortado—. No, tengo que ponerme a trabajar. —Miré a mi alrededor sin ningún propósito—. Debería trabajar, y ya voy con retraso...

—Ahora mismo no te preocupes por eso —me interrumpió Tony conduciéndome hasta su furgoneta—. Sube y te llevo a ver a tu bisabuelo.

—Ah, vale, Tony, qué bien —murmuré temblando hasta la médula mientras me subía al asiento del copiloto de su vehículo blanco—. Gracias.

—No hay de qué, hijo. —Me dio un apretón en el hombro—. No hay de qué.

El abuelo había cogido una neumonía, según me contó la tata Murphy cuando me la encontré en el pasillo del hospital un rato después.

Al parecer, llevaba enfermo unas semanas y no nos lo habían dicho. Aun así, ella siguió ayudándome con los niños, pese a que la salud de su marido

estaba tan sumamente deteriorada que ella también debía de estar pasándolo fatal.

Mi madre no fue al hospital debido a una riña familiar que había causado mi padre unos años atrás, pero su hermana Alice sí que estaba, igual que Shan-non.

Yo no quería entrar a la habitación en la que se estaba muriendo mi bisabuelo.

—Entra a verlo, cariño —me suplicó la tata apretando mis manos entre las suyas—. Ha estado preguntando por su pequeño Joe.

Un temblor me recorrió el cuerpo.

—No creo que pueda hacerlo, tata.

—Claro que puedes —dijo acariciándome la mejilla con su manita—. Te lo prometo.

«Joder...».

Inhalé profundamente y me obligué a abrir la puerta de la habitación y entrar. Tendido en la cama y rodeado de tubos y cables, no tenía nada que ver con el impresionante hombre que recordaba de mi infancia. Parecía muy pequeño y frágil.

—Joey —dijo la tía Alice con sonrisa cansada mientras se levantaba lentamente y me ofrecía la silla que había junto a su cama—. Te dejo un minuto a solas con el abuelo.

«No hace falta que te vayas», quería gritar, pero lo único que hice fue asentir con la cabeza y contestar:

—Gracias. —Luego me dirigí a mi bisabuelo—: ¿Cómo estás, abuelo? —me oí decir en tono tembloroso cuando por fin le eché huevos y me acerqué a él—. Me han dicho que no te encuentras del todo bien.

—Joseph —habló resollando mientras levantaba la mano con cautela—. Te llamas Joseph.

—Sí, abuelo —musité sentándome al borde de la cama—. Soy yo. —Le cogí la frágil mano y se la apreté con suavidad—. Joey.

—Tu cumpleaños es el día de Navidad —afirmó en un susurro respirando con dificultad—. Un día sagrado.

—Sí —confirmé—. Ese soy yo. —Guiñándole un ojo, afirmé—: Has acertado con el nieto.

—Porque eres mi preferido —resolló antes de dedicarme una sonrisilla—. Mi Joseph.

—Ah, pero no dejes que los otros te oigan decir eso —le advertí sonriendo mientras lloraba por dentro—. Tadhg se enfadaría como una mona.

Se le escapó una tos fatigosa y el sentimiento de culpa renació en mi interior.

—Oye, siento no haber estado mucho por aquí, abuelo. —Joder, me sentía como una mierda—. Debería haber venido a veros más a menudo.

—No digas tonterías —carraspeó el anciano—. Mi Joseph. No te llamas Noel, Christian, Christopher, Klaus... —continuó divagando mientras respiraba agitadamente—. Tampoco Casper, Gabriel ni ninguno de los nombres que ellos tenían en mente.

—¿Casper? ¿Klaus? —Levanté la mano y me enjuagué los ojos con el dorso que me quedaba libre—. Gracias a Dios.

—Porque eres Joseph —insistió con voz áspera cubriendo nuestras manos unidas con su otra mano—. Mi Joseph.

—¿Te encuentras bien, abuelo? —Con el ceño fruncido, me acerqué y le toqué la frente, que estaba empapada en sudor—. Te estás yendo un poco por las ramas.

—Leal, amable, compasivo, valiente, auxiliador, protector... —Me sonrió—. En el Nuevo Testamento, Joseph actuó... Asumió un papel... El de padre de los perdidos.

Arrugué el entrecejo confundido.

—Abuelo, soy yo. Joey.

—Yo te puse el nombre de Joseph —musitó tragando ya con dificultad

—. ¿Lo sabías?

—No. —Negué con la cabeza—. No lo sabía. ¿Cómo fue?

—Tu padre quería llamarte Theodor, como él —respondió—. Dijo que ibas a ser igual que él... —Hizo una pausa y se puso a toser escandalosamente—. Pero tú no eras Teddy. Tú eras Joseph. —Volvió a toser—. Así que lo soborné con un billete de diez, lo envié al pub y te llamé como yo quería. —Me dedicó una sonrisa—. Mi Joseph. Mi valerosísimo Joseph. Cargas pesadísimas. Una cruz maldita sobre la espalda. Pero siempre resurgiendo de las cenizas. Siempre volviendo a levantarse. Siempre el... protector.

—Ya. —Presa del pánico, recorrí con la vista la habitación vacía sintiéndome perdido—. Abuelo, voy a ir a buscar a la enfermera, ¿vale?

—No cedas ante ellos —me advirtió carraspeando mientras se aferraba a mi mano con una fuerza que me sorprendía que aún poseyera—. Prométeme que... nunca... vas a ceder ante ellos.

—¿Ceder ante quién, abuelo?

Jadeando y resollando en busca de aire, me miró directamente a los ojos, verde frente a verde, y susurró:

—Ante los demonios que tu padre te ha metido en la cabeza.

14 DE ABRIL DE 2003

Nos vemos, Molloy

Aoife

El bisabuelo de Joey murió un viernes y, el lunes siguiente, estaba sentada con mi padre en uno de los bancos del fondo de la iglesia de St. Patrick mientras Joey y su familia se preparaban para darle sepultura.

Desde la distancia, observamos cómo Joey bregaba con sus hermanos y su hermana para que se colocaran en un banco detrás de una señora que yo sabía que era su bisabuela. Su madre y su padre no habían venido, así que los niños Lynch estaban solos.

En la segunda fila, Joey se sentó en el borde del banco, con un bebé en el regazo y su hermana sollozando a su lado. Los dos niños más pequeños se sentaron junto a Shannon, y se pasaron toda la misa dándose codazos y golpecitos con el dedo entre las costillas hasta que su hermano mayor se inclinó hacia ellos y amenazó con recurrir a la violencia.

Después, junto a la tumba, vi que criaba a sus cuatro hermanos pequeños con una destreza difícil de alcanzar hasta para un hombre adulto. Me pareció impresionante, descorazonador e increíblemente sexy, todo a la vez.

Esperé detrás de mi padre en la cola para darle el pésame a la familia, estrechándoles la mano uno a uno según la tradición y murmurando la inmemorial frase funeraria «Lamento tu pérdida», grabada a fuego en todos los irlandeses que han pisado la tierra.

—¡Aoife! —chilló Ollie cuando llegué a él en la cola—. Gracias por venir.

—De nada —contesté ofreciéndole una sonrisa y un apretón de manos—. Siento lo que le ha pasado a tu abuelo, Ollie.

—Yo también —dijo asintiendo solemnemente con la cabeza—. Es muy triste, ¿verdad? El pobre abuelo cogió una di-mo-ní-a.

—Neumonía —lo corrigió Tadhg dándole un codazo a su hermano menor antes de estrechar a regañadientes la mano que yo le tendía—. ¿Cuándo vas a aprender a hablar, gilipollas?

—Tadhg, no digas palabrotas —le susurró bruscamente Shannon mientras sujetaba a Sean en su cadera y me daba la mano con cautela—. Gracias por venir.

—Lamento tu pérdida —declaré estrechando su diminuta mano—. Lo mismo digo, pequeñín —agregué incapaz de contener el impulso de alborotarle los ricitos rubios al bebé antes de avanzar hasta la persona por la que había ido hasta allí.

—Lamento mucho tu pérdida, chaval —dijo mi padre dándole a Joey unas palmadas en el hombro antes de pasar al siguiente familiar en duelo.

—Gracias, Tony —contestó Joey; luego clavó sus sorprendidos ojos verdes en mí—. Molloy.

—Joey.

—Has venido.

—Sí.

Me contempló durante una eternidad y después dejó escapar un suspiro entrecortado y murmuró la palabra «gracias».

—Qué menos. —Deslicé mi mano en la suya, se la apreté y me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Lo siento mucho, Joe.

Asintió rígidamente con la cabeza, me apretó la mano y luego se echó hacia atrás buscando a mi padre con la mirada, sin duda comprobando si nos estaba mirando.

—Bueno, adiós —susurré avanzando con la cola pese a que lo único que deseaba era quedarme allí, delante de él.

—Nos vemos, Molloy —se despidió a su vez dedicándome un sutil guiño de ojo.

—Sí. —Mi corazón respondió martilleándome en el pecho, y rápidamente me di la vuelta y volví hacia atrás para ponerle los brazos alrededor de la cintura y enterrarle el rostro en el cuello—. No lo dudes.

Joey se quedó rígido unos instantes, pero luego me rodeó con sus brazos y me estrechó contra él.

Agarrándole la parte de atrás de la camisa, lancé un suspiro agitado y le di otro beso en la mejilla antes de obligarme a dejarlo.

—Trish, te digo que el padre de ese muchacho es un pedazo de mierda —oí que decía mi padre cuando entré en la cocina aquella misma noche—. Un borracho sin oficio ni beneficio. Tendrías que haber visto cómo le dijo al pobre chaval que su abuelo se estaba muriendo la semana pasada. Fue despiadado, cariño. Ese hombre es despiadado —continuó diciendo sin fijarse en mí (ni en mis agudas orejas), que rondaba por delante de la nevera fingiendo que me entretenía ordenando una caja de huevos—. Deberías haber visto su mirada.

—Pobre Joey —exclamó mamá con un suspiro de tristeza.

Se me aceleró el pulso tan solo con oír su nombre.

—Sí, pobre chaval —convino papá—. Y luego intentó sacarle al chico algo de pasta para irse al pub.

—¡No me lo puedo creer!

—De verdad, cariño. Tuvo el valor de pedirle dinero al muchacho.

—Por Dios, qué salvajada, Tony.

—Dime que no es verdad —exigí soltando un gemido de inmediato, en cuanto me di cuenta de que me acababa de descubrir.

«Ay, mierda».

—¿Qué haces poniendo la oreja, jovencita? —preguntó mi madre—. Son más de las once. ¿No tienes que ir al instituto por la mañana?

—Acabo de llegar del trabajo —expliqué señalándome el uniforme—. ¿Es que no puedo comer algo antes de irme a la cama?

—Hay una olla de guiso en el horno —me indicó mamá mientras seguía planchando (sí, esa mujer nunca descansaba) el pico de una de las camisas de Kev.

—¿Cómo estás, cielito? —Papá me sonrió con afecto desde el sitio que ocupaba en la mesa—. ¿Había mucha gente hoy en el pub?

—Estaba lleno para ser lunes por la noche —respondí quitándome los tacones y sacándome la camisa blanca de dentro de la cintura de la falda negra de lápiz—. Mamá, necesito unas medias negras nuevas —añadí señalando el agujero que tenían las que llevaba puestas mientras cogía un cuenco del escurridor y lo llenaba hasta la mitad con el guiso de mi madre—. Me rocé la pierna con la esquina de una de las mesas que estaba sirviendo y un viejo me preguntó si lo que tenía en las medias era una carrera o una autopista hacia el cielo.

Papá entrecerró los ojos.

—Espero que le dieras un buen capón.

—No hizo falta —repuse entre cucharada y cucharada de guiso—. Su mujer lo hizo por mí.

—Qué cara tan dura tienen algunos de esos viejos —dijo mamá con un suspiro—. Tengo unas de repuesto en el armario. Luego te las saco, cariño.

—Gracias, mamá. —Centrando de nuevo mi atención en mi padre, pregunté—: Entonces ¿has conocido al padre de Joey?

—¿Conocerlo? —Papá movió la cabeza de lado a lado—. Fuimos juntos al instituto.

Los ojos se me abrieron como platos, me picó la curiosidad y sorbí rápidamente lo que quedaba en el cuenco.

—No lo sabía.

—Ah, pues iba al mismo curso que tu madre y yo —explicó papá asintiendo con la cabeza—. No formábamos parte del mismo círculo de amigos, pero lo conocimos lo suficiente... —Frunció el ceño y agregó—: Jugaba al hurling con tu director, ¿cómo se llama...?

—Eddie Nyhan —apuntó mamá.

—Ese —convino papá asintiendo de nuevo—. Solían jugar juntos al hurling por aquella época.

—Parece que lo conocíais bien —sugerí intentando parecer lo más indiferente posible pese a que, en realidad, trataba de alimentar mi adicción a Joey Lynch por todos los medios a partir de cualquier tipo de detalle jugoso—. ¿También conocéis a su madre?

—¿Marie Murphy?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ahora se llama Marie Lynch, pero sí.

—Era algunos años más joven que nosotros —contó mamá antes de girarse hacia papá—. ¿Te acuerdas, Tony? ¿Verdad que fue horrible cuando dejó embarazada a esa pobre chica cuando estábamos en sexto?

—¿Cómo no me voy a acordar? —farfulló papá frotándose la mandíbula—. Por aquel entonces no era más que una niña. —Me dirigió una mirada y afirmó—: Tenía un par de años menos que tú y ya iba con un bebé en la cadera, Aoife.

—¿En serio?

—Solo iba a segundo —intervino mi madre—. ¿Te acuerdas del escándalo que se montó? Fue brutal.

—¿Cómo no voy a acordarme, Trish? —replicó papá en tono serio—. Fue un asunto horrible.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Cuántos años tenía Teddy?

—Demasiado mayor como para mirar a una niña de catorce años, eso seguro —murmuró mamá chasqueando la lengua—. En lugar de casar a esa pobre chica con él, tenían que haberlo metido entre rejas por dejar

embarazada a una cría.

Me quedé boquiabierta.

—¿La mamá de Joey solo tenía catorce años cuando se quedó embarazada de él?

—No, no, no —me corrigió mi padre—. De Joey no. Del mayor. ¿Cómo se llama?

—¿Derek? —sugirió mamá—. ¿Daniel?

—Darren —concluyó papá dándose una palmada en la rodilla—. Eso es. Darren. Joey fue el siguiente.

«Darren».

«El hermano que estaba muerto para Joey».

—¿Adónde fue? —pregunté.

—Al Reino Unido, según he oído por ahí —contestó papá—. Se largó en cuanto cumplió la mayoría de edad.

—Bueno, estoy segura de que si yo tuviera que vivir con Teddy Lynch, también me largaría —confesó mamá—. Es un hombre horrible. Su padre y su hermano eran iguales. Todos los hombres Lynch están podridos por dentro.

—Joey no está podrido —me oí soltar incapaz de contenerme—. Todo lo contrario —aclaré ignorando el ardor de mis mejillas—. De hecho, es muy de fiar.

—Exacto —admitió papá girándose para mirar a mi madre—. Es verdad que el chaval es demasiado impulsivo, pero tiene todo el potencial del mundo y lo único que necesita es que su padre lo lleve por el buen camino.

—Claro, ¿y no es lo que estás haciendo al contratarlo en el taller, Tony? —respondió mamá—. Eres muy bueno con él.

—He estado en alguno de sus partidos de hurling, ¿sabes, Trish?, y nunca he visto nada igual. Ponle un hurley en la mano y una sliotar delante y es todo un espectáculo digno de ver.

—Es verdad —dije coincidiendo con él—. Juega en el mismo equipo que

Paul. Es fenomenal.

—Su padre era igual que él a su edad —apuntó entonces mi madre—. No sé si te acuerdas de Teddy Lynch en la época del instituto. Era un hurler con mucho talento.

—Teddy era bueno en sus tiempos, pero ni en su mejor día le llegaba a la suela de los zapatos a su chaval —replicó papá—. Si fuera hijo mío, iría por ahí presumiendo de él hasta la saciedad. Te aseguro que no dejaría que se echara a perder.

—Ya lo haces, cariño —afirmó mamá con una sonrisa—. Kevin se vuelve loco cuando te oye elogiar a Joey.

—Bueno, no quiero hacerle daño al pobre Kev —se apresuró a decir papá—. Nuestro hijo es buen chaval, pero no le interesan ni los coches ni los deportes. No piensa nada más que en libros y ordenadores, Trish, cosa que me parece genial. Pero la mitad de las veces no tengo ni idea de lo que dice cuando habla con esas palabras tan rimbombantes.

Mamá se echó a reír.

—Papá. —Sin reprimir mi curiosidad, me llené un vaso con agua del grifo y pregunté—: ¿Por qué no han ido los padres de Joey hoy al funeral? —Me giré para mirar a mis propios progenitores y apoyé una cadera contra el fregadero mientras hablaba—. Lo digo porque ha quedado muy feo que solo fueran los niños y no estuvieran sus padres.

—Por lo que sé, hubo una gran discusión entre los Murphy y los Lynch.

—¿Los Murphy?

—La familia por parte de Marie —explicó papá con un suspiro—. El abuelo era un Murphy, así que entiendo que no fueron porque Teddy no era bienvenido y su mujer no querría ir sin él.

—Realmente es muy triste que las familias anden a la gresca de esa manera —declaró mamá—. Me da pena por los niños.

—Ya —susurré centrando mi mente solo en Joey—. A mí también.

QUINTO

16 DE AGOSTO DE 2003

No se pega a las chicas

Aoife

Mis padres estaban atravesando otra mala racha, y no hacía falta ser un genio para imaginarse el motivo, sobre todo teniendo en cuenta que el talonario de cheques de mi padre volvía a estar que ardía. La compensación por su último desliz resultó ser algo que nos beneficiaba a todos.

Armarios empotrados.

«¡Guay!».

—Joder, Molloy —gruñó el peón favorito de mi padre (y el mío) mientras tiraba otra pila de ropa sobre mi cama para vaciar mi viejo armario y arrastrarlo al centro de la habitación—. ¿Adónde vas con toda esta ropa?

—Regla número uno —dije sentada en medio de la cama rebuscando entre una montaña de ropa y zapatos—. Nunca juzgues el tamaño del armario de una chica.

—Ningún juicio por mi parte —replicó Joey sacudiendo de un lado a otro la cabeza—. Solo confusión.

«Ya, Joe, me pasa lo mismo», pensé mientras lo observaba trabajar con total descaro, contemplando los tensos músculos que se le marcaban bajo la camiseta blanca y la franja dorada de piel que quedaba a la vista cuando se estiraba. La verdad es que su cuerpo era todo un espectáculo, teniendo en cuenta que cuando acabó el verano había acumulado casi tantos tatuajes

como cicatrices de peleas.

En un par de semanas volvíamos al instituto público de Ballylaggin para cursar nuestro quinto año, y, a pesar de lo bien que le quedaba a Joey el uniforme escolar (era una cosa escandalosa), disfrutaba muchísimo viéndolo en ropa de trabajo.

—¿Tienes pensado echarme una mano en algún momento? —preguntó sacándome de mis pensamientos mientras me lanzaba otro montón de ropa sobre el regazo—. ¿O piensas tumbarte en la cama a pasar la tarde?

—Tumbarme —respondí con un suspiro perezoso dejándome caer sobre las almohadas—. Sin duda, tumbarme.

—Eres un grano en el culo —rezongó en un tono más risueño que arisco.

—¿Qué dices? ¿Que te gusta mi culo? —repuse burlándome—. Buah, gracias, Joey. Es la joya de la Corona.

—Pues deberían serlo tus piernas, Molloy —me soltó girándose para hablarme por encima del hombro; el cumplido me llenó de emoción.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Así que no crees que tenga un buen culo?

—No me acuerdo de cómo es —contestó rápido como una liebre—. Quítate los pantalones y te lo digo.

—Muy gracioso.

Me echó una mirada por encima del hombro y me dedicó una sonrisa diabólica.

—Valía la pena intentarlo.

«Mierda».

—Te llevarías una sorpresa si me bajara los pantalones —bromeé lanzándole a la cabeza un par de calcetines enrollados.

Los atrapó hábilmente en el aire.

—No tanto como la que te llevarías tú si me bajara los míos —replicó.

Me quedé con la boca abierta y él me guiñó un ojo.

—Venga, mueve esa joya de la Corona y dime dónde quieres la zona del

tocador.

—Vale. ¡Ay, espera! ¡Había olvidado que los tenía! —Estuve a punto de soltar un gritito de alegría cuando mi mirada se posó en unos shorts vaqueros—. Estoy deseando volver a ponérmelos.

—¿Ponértelos? —Joey arqueó una ceja—. ¿Me estás diciendo que eso es un pantalón?

—Pues claro —confirmé bajándome de la cama para sujetármelos a la cintura—. Mierda —farfullé consternada—. Creo que se me han quedado pequeños.

—Ya te quedaban pequeños cuando tenías diez años —dijo mi hermano mofándose desde la puerta con una pila de su propia ropa entre las manos—. Difícilmente te van a entrar ahora, con ese culo gordo que vas arrastrando por ahí.

—¿Te refieres a este? —respondí haciéndole burla mientras me daba palmadas en el pompis—. ¿El que los pervertidos de tus amigos no dejan de intentar mirar?

—No es verdad —me contradijo Kev—. Ni siquiera les gustan.

—Ajá. —Puse los ojos en blanco—. Claro que no.

—Mis amigos tienen mejor gusto con las chicas —espetó Kev provocándole a Joey una risita. Girándose para mirarlo, mi hermano preguntó—: ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, chaval. —Joey negó con la cabeza y continuó midiendo la altura que había desde el suelo hasta el techo con la cinta métrica, haciendo algunas marcas en la pared con un lápiz a medida que trabajaba—. Nada de nada.

—Se ríe porque es graciosísimo que lo niegues —afirmé en tono de burla para cabrear aún más a mi hermano—. Porque sabe muy bien que tus amigos están más que encantados de echarle un vistazo de cerca a este chico malo. —Volví a darme una palmadita en el culo y ahogué una carcajada cuando mi hermano me tiró el montón de ropa que sujetaba.

—Pero si eres la versión femenina de Shrek —me soltó—. Ni siquiera...

—Y no nos olvidemos de estos bebés —lo interrumpí meneándome las tetas, que se movían libremente porque no llevaba sujetador—. ¿Verdad que sí, Joe?

—No está de acuerdo contigo —determinó Kev antes de girarse hacia Joey y preguntarle—: ¿A que no?

—Tu hermana tiene razón, Kev —dijo Joey con un suspiro—. Créeme, tío, puede que vayáis al mismo curso, pero yo estoy en su clase y todos la miran.

Sonreí victoriosa.

—¿Lo ves?

—Porque se comporta como una provocadora —escupió Kev entrando sin permiso en mi cuarto y arrancándome los shorts de la mano—. No sé cómo te aguanta Paul.

—Oye, devuélvemelos —le exigí persiguiéndolo por la habitación—. No te atrevas —lo amenacé con un susurro agresivo cuando abrió la ventana de golpe y sostuvo los pantalones por encima de la cornisa.

—Dame una excusa, gordinflona.

—Buah, eres hombre muerto —le advertí andando a zancadas sobre el colchón, pero llegando un segundo tarde.

—¡Nooo! —grité sacando a mi hermano de en medio de un empujón justo a tiempo para ver cómo los shorts que había redescubierto aterrizaban sobre el tejado del cobertizo... antes de salir volando de nuevo y alcanzar su destino final sobre un montón de mierda que había dejado Spud en nuestro jardín.

—A ver si te los pones ahora —se burló Kev con arrogancia—. Están rebozados en una de las gigantescas mierdas de Spud.

—Crees que has ganado, ¿eh? —Arqueé una ceja—. Bueno, pues ya verás, hermanito. Esta noche pienso llevar el biquini más minúsculo que tenga cuando baje a tu fiesta de pijamas friki con tus amigos todavía más

frikis.

—No te atreverás. —Los ojos se le salieron de las órbitas—. ¿Y a quién llamas «hermanito»? Solo eres tres minutos mayor que yo, idiota. Además, ni son fiestas de pijamas ni son frikis —puntualizó antes de girarse hacia Joey para explicarse—. Vemos la televisión de pago.

—Porno —interrumpí con un bufido.

—Oye. —Joey levantó las manos—. Si eso es lo que te va, tío...

—Lucha libre —me corrigió Kev con la cara de color morado—. Vemos lucha libre. Y, por si no lo sabes, Aoife, es un deporte.

—Qué sabrás tú sobre lucha libre —dije con una risita—. A menos que venga en forma de videojuego.

—Al contrario que tú —soltó con desdén—. La puta campeona olímpica de tumbarse boca arriba como una zorra.

«Esa ha dolido».

—Oye —advirtió Joey girándose hacia mi hermano—. Venga, Kev. No le digas mierdas así a tu hermana.

—¿Qué? —Kev alzó las manos—. ¿Es que no la has escuchado? Es una...

—¡Soy virgen, pedazo de pajillero! —grité sintiendo que con esa había tocado hueso.

—Claro —resopló Kev moviendo la cabeza hacia los lados—. Si tú eres virgen, yo soy Papá Noel.

—Se acabó —zanjé gruñendo—. ¡Ya puedes rezarle a Dios, imbécil, porque estoy a punto de convertirme en la hija única que debería haber sido de no ser porque tu puta cabeza de huevo salió del útero de mamá!

Como dos gladiadores dispuestos para la batalla, arremetimos el uno contra el otro.

Preparado para mi embestida, Kev tomó una percha del suelo y me la tiró.

—¡Venga, Pretty Woman gordinflona!

—Vas a tener que currártelo más, Pajillator —gruñí echándome hacia atrás como uno de esos tipos de *Matrix* para evitar que la percha me diera en la cara.

—¿Quieres decir así? —espetó Kev al tiempo que me lanzaba al suelo de un duro golpe—. ¿Qué te parece ese movimiento de lucha libre?

—No... me... vas... a... ganar —dije con voz sofocada mientras intentaba apartarlo de mi pecho usando las caderas—. Y... me... has... llamado... «gorda».

De un momento a otro, pasé de tener a mi hermano sentado sobre el pecho obligándome a darme bofetadas a mí misma a verlo inmovilizado contra la pared de mi cuarto.

—¿Qué coño haces? —preguntó Kev resollando cuando Joey le presionó el antebrazo contra la garganta aún más fuerte—. Lynchy, para, no puedo... respirar...

—¿Te parece bonito hacerle eso? —bramó completamente lívido—. ¿Crees que voy a quedarme de brazos cruzados? Me parece que no, gilipollas...

—¡Hey, hey, hey, Joey, para! —Me levanté de un salto y corrí hacia ellos—. Suéltalo —le ordené agarrándolo por el brazo—. Joey, suéltalo. No pasa nada. No me estaba haciendo daño.

—Te ha puesto las putas manos encima, Molloy —gruñó temblando de rabia mientras seguía presionándole la tráquea a mi hermano—. Joder, lo he visto con mis propios ojos.

—Solo estábamos jugando —me apresuré a explicar mientras me deslizaba entre ellos y obligaba a mi compañero de clase a deshacer la llave mortal que había aplicado sobre la garganta de mi hermano—. Joe, lo hacemos a menudo. Es un juego.

—Pero te ha puesto las manos encima —repuso Joey con los ojos como platos—. Que lo he visto, hostia.

—Estábamos jugando —confirmó Kev ahogado—. Jamás le haría daño

así a mi hermana, tarado de los cojones.

—Cállate, Kev —susurré apartándolo de un empujón antes de volver a centrarme en mi compañero de clase—. Joey... chisss, chisss, Joe, mírame. —Alcé las manos y se las puse alrededor de la cara—. Mírame.

Cuando lo hizo, de mala gana, tuve que respirar profundamente.

Su mirada era salvaje y feroz. Temblaba de forma visible de la rabia apenas contenida mientras apretaba los puños hasta el punto de que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Te. Ha. Hecho. Daño.

—No.

—Lo he visto.

—Estoy bien —me oí decir al tiempo que le alisaba la barba de la mandíbula con los pulgares—. Y tú estás bien. Todo está bien. Todos estamos bien.

—¡Yo no estoy bien! —protestó Kev entre resuellos agarrándose la garganta mientras salía tambaleándose de la habitación—. No estoy bien, Aoife.

—¡Kev, espera, no le digas nada a papá! —grité yendo detrás de mi hermano—. Él no quería...

—Podía haberme matado, Aoife —dijo Kev sofocado mientras entraba a su cuarto hecho una furia todavía cogiéndose la garganta—. Ese psicópata casi me mata.

—Pero no lo ha hecho —repliqué con poca convicción consiguiendo únicamente que me cerrara la puerta en las narices—. Mierda.

Sacudiéndome las manos, todavía temblorosas, inspiré con fuerza y me apresuré a volver a mi habitación.

—Bueno, pues Kev está que echa chispas. —Cerré de un portazo y le lancé a mi rebelde protector una mirada asesina—. ¿Por qué has hecho eso, Joe? Se lo va a decir a mis padres y tú vas a acabar teniendo problemas con papá.

—Que se lo diga —fue todo lo que Joey contestó mientras se agachaba y metía tranquilamente todas las herramientas en la bolsa—. Da igual.

—No da igual —sostuve mientras me acercaba a ese idiota tan hermoso—. Te encanta trabajar en el taller.

—Da igual —repitió con la cabeza gacha mientras llenaba la bolsa y la cerraba con la cremallera—. Siento haberte causado problemas —añadió poniéndose de pie y echándose la bolsa al hombro—. Nos vemos, Molloy.

—No, tú no te vas de aquí —le advertí bloqueando a toda prisa la puerta de mi cuarto para obligarlo a quedarse—. Podemos arreglarlo.

—¿Qué hay que arreglar, Molloy? —planteó con aspereza—. Le he pegado al hijo de mi jefe. Creo que está bastante claro que aquí ya no pinto nada.

—Eso no es verdad. Aquí todavía pintas muchísimo. Así que para el carro y déjame pensar —le ordené dándole un empujón en el pecho y sintiendo una gran oleada de excitación al ver que me dejaba guiarlo hacia atrás. Porque después del numerito que acababa de dar, era imposible que nadie consiguiera obligar a ese chico a hacer algo que no quisiera.

Dirigí a Joey hasta mi cama, le empujé los hombros hacia abajo y lo vi hundirse en el colchón.

—Joe, ¿por qué lo has hecho? —balbuceé de pie frente a él temblando de la cabeza a los pies una vez que la adrenalina había abandonado mi cuerpo.

—Porque te ha hecho daño —respondió mirándome con la expresión más desvalida que había visto jamás. En ese momento, Joey Lynch era la quintaesencia del chico perdido—. Te ha puesto las manos encima.

—Pero es mi hermano, Joe —me oí explicar con calma—. Solo estábamos haciendo el tonto. Jugábamos a pelearnos.

Joey alzó la vista y me miró como si le hablara en otro idioma, y su infrecuente vulnerabilidad me hizo hacer algo increíblemente arriesgado.

—Yo... —Exhaló un intenso suspiro—. La he cagado.

Le abrí las piernas y me acerqué.

—Podríamos decir que sí, Joe. —Extendí la mano y alboroté su pelo rubio; después, sin poder evitarlo, le cogí la cara con las manos y lo miré desde las alturas—. Mira que ir a pelearte justo con mi hermano... —lo reprendí con ternura mientras le acariciaba las mejillas con los pulgares—. Spud da golpes más fuertes con la cola.

—Pensé que estaba... —Joey negó con la cabeza y luego la dejó caer hacia delante para apoyarla contra mi vientre—. Es que te vi en el suelo y él... Yo... —El gesto fue extremadamente íntimo y me hizo tomar una rápida bocanada de aire—. Mierda.

—Estoy bien —declaré con una carantoña incapaz de retirarme y dejar de consolarlo o quizá sin intención de hacerlo. Con manos temblorosas, acerqué su cara a mi abdomen y susurré—: Estás bien.

No respondió, pero tampoco se apartó, así que me quedé allí, en mi cuarto, con su mejilla contra mi vientre y acariciándole el pelo.

Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, sentí que la tensión abandonaba lentamente sus hombros y que sus brazos me rodeaban la cintura.

—Te estaba haciendo daño —dijo entre dientes—. No se pega a las chicas.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2003

Nuevo curso, pero yo en mi línea

Joey

Boca arriba sobre un colchón con olor a pis y a lágrimas recién derramadas, permanecí completamente rígido mientras la consciencia exigía mi regreso de la dulce evasión del sueño. Con el cerebro nublado y poco dispuesto a cooperar, me obligué a recordar los acontecimientos de la noche anterior, tratando de relacionar la realidad con el entorno en el que me encontraba, pero resultó inútil.

—Papa —balbuceó una voz conocida; y así, sin más, supe dónde estaba.

«Como si pudieras estar en otro sitio».

Una manita pegajosa aterrizó en mi mejilla.

—Papa.

Conteniendo las ganas de estremecerme y gritar, fui desperezando lentamente los músculos, me giré sobre la espalda y abrí uno de mis hinchados párpados justo cuando mi hermanito se me echaba encima.

Se me quedó mirando con sus enormes ojos.

—Papa.

—Madre de Dios —refunfuñé haciendo una mueca de resignación cuando me plantó el pantalón del pijama empapado sobre el estómago desnudo—. ¿Ya te has vuelto a mear fuera del pañal, renacuajo?

Asintiendo solemnemente con la cabeza, Sean se inclinó hacia mí y

apretó su manita regordeta contra mi mejilla.

—Papa, ay, ay. —Analizó mi cara con sus tímidos ojos marrones—. Ay, ay.

—No, Sean —dijo otra voz. Con un tono cargado de veneno y furia, y tras incorporarse en la cama que había improvisado en el suelo de mi cuarto, Tadhg soltó—: Por última vez, joder, este es Joey, no «papa». ¡Joey! Anoche tu verdadero «papa» le dio una buena paliza a este otro.

—Tadhg, déjalo en paz. Es pequeño, y me han llamado cosas peores —gruñí entrecerrando los ojos a modo de advertencia mientras me incorporaba con cuidado y hacía inventario de los cuerpos durmientes esparcidos por mi cuarto.

Además del bebé empapado de pis de mi regazo y el preadolescente bocazas sentado en el suelo junto a mi cama, tenía a mi otro hermano acurrucado sobre mis piernas como un cachorro dormido y a mi hermana hecha un ovillo en un rincón con un edredón de flores alrededor de sus pequeños hombros.

La cómoda encajada frente a la puerta de la habitación era un brutal recordatorio de lo que había sucedido la noche anterior, y de repente me sentí helado hasta los huesos.

«Se está mejor en casa que en ningún sitio».

Vaya una puta gilipollez.

—¿Estás bien? —Era Shannon, que parecía que no había pegado ojo en toda la noche. Pálida como un cadáver, clavó sus ojos azules en los míos y los mantuvo allí—. ¿Joe?

—Estoy genial, Shan. —Bajé a Sean de mi regazo y salí de la cama mientras me ponía un pantalón de chándal.

Era lunes, el primer día de instituto tras las vacaciones de verano. Por muy mal que nos sintiéramos, quedarnos en esa casa en lugar de ir a clase no era una opción.

«A la mierda».

Con el cuerpo dolorido en partes que no sabía ni que existían, empujé la cómoda hasta hacerla a un lado antes de abrir la puerta.

Respiré hondo y abrí la puerta de golpe antes de que el niño que habitaba en mi interior me convenciera de esconderme bajo la manta con los demás.

«Échale huevos, gilipollas», me urgí en mis pensamientos mientras salía al descansillo, dispuesto a enfrentarme tanto a lo desconocido como a lo inevitable.

Que el descansillo estuviera vacío no redujo ni un ápice mi inquietud, puesto que era consciente de que él seguía allí.

En casa.

Como una nube oscura que se cierne sobre todos nosotros, pero peor.

«Joder, mucho peor».

Detrás de la puerta cerrada de su dormitorio se oían fuertes ronquidos, acompañados de sollozos ahogados, y se me heló la sangre.

Me quedé allí congelado, luchando contra el impulso de correr hacia ella. De irrumpir por la puerta y acogerla entre mis brazos. Quería protegerla de él casi tanto como quería protegerme a mí mismo de ella.

—¿Qué? —Al mirar hacia atrás, me encontré con cuatro caras ojipláticas que me observaban desde la puerta de mi cuarto—. ¿Se ha ido?

Con la adrenalina a tope y un calor parecido al de la lava recorriéndome las venas, reprimí la oleada de emoción que amenazaba con romperme y hacerme igual de débil que ella.

—No, sigue aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí, está en la cama de mamá.

Sus caras se descompusieron, igual que mi corazón, pero volví a reprimir lo que sentía porque necesitaba sacarnos de esa casa más de lo que necesitaba autocompadecerme.

—Vale, volved todos a vuestro cuarto y arreglaos. Lavaos y poneos los uniformes. Anoche preparé los almuerzos, están en la nevera, así que no os

olvidéis de meterlos en la mochila —ordené sabiendo que, si no lo hacía, nadie haría nada en la casa—. La tata vendrá a recoger a Sean y a llevaros al colegio. Shan, nosotros iremos juntos.

—Vale, Joe.

—Ah, y cuando digo que os lavéis, me refiero también a que os limpiéis detrás de las orejas y os cepilléis los dientes —les mandé antes de entrar con paso firme en el cuarto de baño para darme una ducha tirando a fría-glacial.

Con la puerta cerrada a mis espaldas de un portazo, me planté frente al espejo y me agarré al borde de la pila del lavabo dejando que mis ojos evaluaran los daños. Hice una mueca al ver mi cara hinchada, pero me obligué a echarle un buen vistazo.

Un ojo morado.

Un pómulo magullado.

El labio reventado.

No sabía decir qué era peor: el hecho de no poder ocultar los putos moratones o el hecho de no ser capaz de evitar que me los hiciera.

Cogí la lata que escondía detrás de la pila, la destapé y enseguida me puse manos a la obra haciéndome una raya de coca y esnifándola, lo que hizo que mi cuerpo recuperara cierta sensación de control cuando la cabeza me volvió a funcionar y el corazón me empezó a latir con más fuerza.

Pasándome la mano por la cara, lancé un suspiro de alivio antes de quitarme la ropa y meterme en la ducha, con la esperanza de que el agua se llevara mis pecados.

Se llevara el dolor.

—Joe, no quiero ir —murmuró Shannon mientras prácticamente tenía que arrastrarla al instituto—. Por favor, este año va a ser igual que el anterior.

—No —mentí de forma descarada para luego añadir—: Ahora estás en

segundo. Será mejor.

—De verdad, no creo que pueda hacerlo.

—Bueno, yo sé que sí.

—¿En serio?

—Sí —le dije—. Te lo juro.

Me miró con sus enormes ojos azules.

—¿Me lo juras de verdad?

Tenía los ojos de nuestra madre y eso hacía que a veces fuera difícil mirarla.

—Te lo juro, Shan.

Esbozó una sonrisa y la noté visiblemente aliviada. Parecía que esa palabra la reconfortaba por dentro, pese a que ambos sabíamos que yo no lo decía en serio. Ella necesitaba oír esa palabra y yo estaba más que dispuesto a decírsela si de esa manera conseguía que estuviera fuera de casa y lejos de nuestro padre.

—Todavía no me puedo creer que hayas dejado que alguien te haga eso en la piel —señaló alargando el brazo para tocar la tinta negra que cubría mi antebrazo—. Es permanente.

Encogiéndome de hombros, resistí el impulso de decirle que los intrincados círculos y curvas que llevaba grabados de forma permanente en el brazo ayudaban a ocultar la enorme cicatriz también permanente que nuestro padre me había hecho las Navidades anteriores, cuando nos amenazó con una botella rota después de tomarse demasiados whiskies durante la cena.

No tenía sentido recordarle a Shannon algo que sabía de sobras. Sobre todo porque había sido ella la que se había pasado todo el trayecto hasta el hospital ejerciendo presión sobre mi brazo para evitar que me desangrara.

La verdad es que me alegro de que mutilara mi brazo y no su cara, como creo que era su intención.

—¿No te mola?

Arrugó la nariz.

—Para nada. Creo que los tatuajes son horribles, aunque debo admitir que la cruz celta que llevas en la espalda no está tan mal.

—¿Me estás haciendo un cumplido? —bromeé dándole un pequeño codazo—. Venga, puedes decirlo: «Joey, mi hermano favorito, el más increíble, el más dolorosamente guapo, me encanta tu tatuaje».

—Vale, es un tatuaje chulo. —Con una risita, me dio un empujón y luego se apresuró a alcanzarme, pues sus cortas piernecitas la hacían ir más lento—. Ya lo he dicho. ¿Estás contento?

—No lo he oído bien. —Le pasé un brazo por los hombros y le revolví el pelo con los nudillos—. Dilo.

—¡Vale, vale! —chilló Shannon con un ataque de risa—. «Joey, mi hermano favorito, el más increíble...».

—No te olvides de «el más dolorosamente guapo», que es la mejor parte.

—El hermano más enamorado de sí mismo y el más vanidoso —me corrigió con una carcajada—. Y me encanta tu tatuaje, aunque te ocupe la mitad de la espalda.

—Con eso me basta —afirmé en tono de broma mientras la soltaba.

—Eres tontísimo —dijo riéndose entre dientes y devolviéndome el codazo.

No me importaba lo que pensara sobre mí mientras no estuviera pensando en lo asustada que estaba por ir al instituto. Su sonrisa no era del todo franca, pero me sentía orgulloso de haberla puesto ahí, pese a la noche de terror que habíamos tenido que soportar.

—Estaremos bien, ¿verdad, Joe? —me preguntó cuando el instituto quedó al alcance de la vista—. Cuando todo haya pasado. —Ahogó un rápido suspiro antes de susurrar—: Cuando seamos mayores y nos vayamos de esta ciudad, tendremos nuestro final feliz, ¿a que sí?

—Claro, Shan —contesté recolocándome la mochila en el hombro—. Vas a tener un final feliz épico.

—Tú también, Joe —aseguró con ternura—. Lo sé.

En ese preciso momento, mis ojos se posaron sobre la rubia de piernas largas que estaba apoyaba en la entrada del instituto; llevaba un gorro de lana gris cubriéndole su pelo absurdamente largo y sujetaba una piruleta con su boquita de piñón.

—Claro, Shan.

No estaba muy convencido de que existieran los finales felices, pero cuando Molloy clavó sus ojos en mí y sonrió, me hizo creer en la posibilidad de un día feliz.

—Bienvenidos de nuevo, alumnos de quinto —proclamó el señor Nyhan desde el entarimado del comedor—. Es maravilloso ver todas esas caras sonrientes mientras nos embarcamos en un nuevo curso escolar. Sin embargo, como bien sabéis, cuarto era un año de transición. Una excelente oportunidad para afrontar nuevos retos y probar nuevos hobbies e intereses. Pero eso ya es agua pasada. En quinto, lidiaréis con nuevas asignaturas y con una carga de trabajo académico que ninguno podéis llegar a imaginar. En otras palabras, los próximos dos años de vuestra educación académica van a ser los más duros a los que os hayáis enfrentado jamás.

—¿Qué narices se ha tomado ese tío? —preguntó Podge chocando su hombro contra el mío—. Está como una puta cabra si cree que ese discurso motivacional regurgitado va a animar a alguien a venir al insti.

—¿Quién sabe, tío? —murmuré con los brazos cruzados sobre el pecho mientras apoyaba la espalda contra las taquillas y oía a Nyhan soltar su monótona perorata de mierda sobre la vuelta al cole.

—¿Una noche dura? —preguntó entonces Podge.

—¿Qué? —Entorné los ojos—. ¿Por qué?

—Ya os lo digo ahora, tíos, el único reto que quiero afrontar es el de meter el rabo en el apretado coñito de Aoife Molloy —declaró Alec interrumpiéndonos mientras inclinaba la cabeza hacia el sitio que ocupaba

Molloy en el lado opuesto del comedor.

En cuanto la vi, una fuerte oleada de calor me impactó directamente contra la polla. Sí, ese año estaba guapísima. Llevaba sin hablar con ella desde el fin de semana en que le instalé el nuevo armario a medida.

Por lo general, lo primero que hacía antes de ir a clase era acercarse a mí para nuestro ritual matutino, que consistía en un pequeño combate verbal. No obstante, atribuí su ausencia de ese día a la desafortunada serie de acontecimientos que prácticamente me habían llevado a decapitar a su mellizo.

Volví a escudriñar a la multitud y mis ojos se posaron sobre ese pobre mamón escuálido, que se escondía en un rincón con el resto de los cabrones estudiosos y frikis de la tecnología de nuestro curso que irían a la universidad y acabarían con trabajos bien pagados. Esos chavales era tan listos que los protegían separándolos en clases especiales para alumnos del cuadro de honor y alejándolos del resto de nosotros, los simples mortales (es decir, gilipollas como Podge, Alec y yo, que teníamos muchos números para acabar aprendiendo algún oficio y trabajando con las manos).

Nunca me había parado demasiado a pensar en las consecuencias de mis puños voladores, pero me sentía fatal por haberlos descargado contra Kevin Molloy. Sobre todo porque no les había dicho ni mu a sus padres de lo que pasó, de modo que pude conservar mi puesto de trabajo en el taller. Me daba la impresión de que Molloy había tenido mucho que ver en eso, teniendo en cuenta que yo no era santo de la devoción de su hermano.

—Dios, ¿ha crecido durante el verano? —soltó Alec en tono reverencial mordiéndose el puño—. Joder, sus piernas parecen más largas de lo habitual.

—Es por los zapatos —señaló Podge—. Cuanto más alto es el tacón, más larga parece la pierna.

—¿Qué? —dije con una risita y girándome para mirarlo—. ¿Dónde has oído eso?

—No, tiene razón, yo también lo he oído —afirmó Alec—. Creo que lo leí en una revista.

—¿En la clínica? —agregó Podge.

—Sí —confirmó Alec dando una palmada—. Ahí es donde lo he leído.

—¿Clínica? —pregunté asintiendo con la cabeza—. ¿Qué coño habéis estado haciendo durante el verano?

—Lo mismo que tú, Lynchy —replicó Alec con una sonrisa voraz—. Follándome a todo lo que se movía.

«Lo dudo».

Volví a desviar la mirada hacia Molloy y, como tantas otras veces, la pillé mirándome. Me dedicó un pequeño saludo con la mano.

Le respondí guiñándole un ojo y tuve que reprimir la sonrisa cuando vi que se sonrojaba. Pero no por vergüenza. Era por otra cosa. Casi parecía que estaba emocionada. De verme a mí.

«Joder, realmente era un bellezón».

—No me puedo creer que siga con ese cretino —farfulló Alec señalando a Ricey, que estaba plantado en la silla de al lado prácticamente pegado a su cadera.

—¿Cuánto hace que están juntos, tres años?

—Tres y medio —me oí responder—. Lo dejan y vuelven.

—Joder. —Alec lanzó un suspiro de abatimiento—. A estas alturas ya se la estará trajinando, ¿no?

Por Dios, esperaba que no.

23 DE DICIEMBRE DE 2003

Deseos navideños y paseos en coche

Aoife

—¿Sabes qué? Este año no hace falta que me compres ningún regalo, nena —anunció Paul mientras se sentaba frente a mí en el Dinniman el martes tras la hora punta del almuerzo. Faltaban dos días para Navidad y en el trabajo llevábamos toda la mañana desquiciados—. Lo único que quiero por Navidad es...

—Ni se te ocurra ir por ahí —le advertí alargando la mano sobre la mesa para taparle la boca—. En serio, Paul, tengo menos de dos minutos de pausa para comer antes de volver a salir ahí fuera. No tengo ninguna intención de malgastarlos peleándome contigo.

Alzó las manos.

—¿Quién se está peleando?

—Nosotros —respondí retirándole la mano de la boca—. O al menos nos peharemos, si vuelves a sacar el tema del sexo en lugar de un regalo.

—Aoife. —Me miró fijamente; sus ojos marrones estaban llenos de una frustración apenas contenida—. Vamos, nena. Llevamos siglos saliendo.

—Tres años no son siglos —le contesté dándole un sorbo al café—. Son solo una gota en el océano, visto desde una perspectiva amplia del universo.

—En febrero hará cuatro años que estamos juntos —argumentó.

—No si contamos todas las veces que hemos roto durante esos cuatro

años —le recordé—. Teniendo eso en cuenta, está más cerca de dos años que de cuatro.

—¡Aoife! —soltó acercándose sobre la mesa y cogiéndome la mano—. Venga, he tenido paciencia. Ya he esperado suficiente.

—También has practicado sexo suficiente, ¿te acuerdas? —le respondí recordándole lo bien que se lo había pasado durante nuestro descanso en tercero.

—¿Por qué sacas eso a relucir? —Exhaló lleno de frustración—. Pasó hace dos años. No estábamos juntos. Dijiste que no había problema. No te puse los cuernos.

—Es verdad, no me los pusiste. Tuviste la precaución de esperar un par de horas tras nuestra ruptura antes de enchufarle la polla a esa zorra de pelo negro del Tommen —vomité clavando bien el cuchillo—. ¿Cómo se llamaba? ¿Ella no sé qué?

—Bella —musitó bajando la cabeza como muestra de decencia—. Bella Wilkinson, y sabes que no significó nada para mí. Estaba borracho y hundido. Acababas de dejarme.

—Que yo sepa, necesitar un poco de espacio porque tu novio te ha llamado «zorra» en público no es motivo suficiente para emborracharse y meterle el rabo a la hembra disponible más cercana. Pero, oye, ¿qué sabré yo sobre cómo funciona la mente masculina adolescente?

—Te juro que no significó nada —aseguró alterado—. Ni siquiera fue tan memorable, Aoife. De verdad. Fue solo sexo.

—Vale, Paul. Te creo —aseveré—. Pero, para que estemos en la misma longitud de onda, que sepas que para mí el sexo nunca es «solo sexo».

—No —respondió molesto—. Para ti el sexo no es más que una puta palabra mítica en el mundo de Aoife Molloy. El sexo oral no te supone ningún problema, pero ¡Dios te libre de dejar que te metan la polla!

Puse los ojos en blanco.

—Tu rabieta no ayuda demasiado a la causa, gilipollas.

—¿Qué mierda hace falta para que te abras de piernas? —murmuró en voz baja con un tono cargado de sarcástico resentimiento—. ¿Un puto anillo?

Estaba abriendo la boca para cantarle las cuarenta cuando Garry, mi jefe, me hizo señas dándose unos toquecitos en el reloj.

—Tengo que volver al trabajo, pero puedes dar esta conversación por terminada —anuncié levantándome de mi asiento y ciñéndome de nuevo el delantal a la cintura—. No voy a volver a discutir el tema hasta que esté preparada, pero, cuando lo esté, serás el primero en saberlo.

—¿Es por él? —Agarrándome de la muñeca, tiró de mí hacia él y preguntó—: ¿Todavía es por él? —Entrecerró los ojos con rabia—. Porque él no te quiere, Aoife. Está demasiado ocupado metiéndosela a medio...

—No, Paul, es por mí. Es porque no estoy lista —repuse soltándome de un tirón—. Tengo que volver al trabajo.

—Lo que tú digas —refunfuñó Paul haciéndome un gesto para que me fuera—. Disfruta de las miradas lascivas.

—¡Hey, Gar! —dije ignorando al imbécil enfurruñado que tenía a mis espaldas mientras me apresuraba a meterme detrás de la barra—. Perdona. He perdido la noción del tiempo.

—No pasa nada, cariño —me aseguró el viejo—. El salón de atrás se está llenando otra vez, así que hay muchas mesas que servir, pero toma nota solo de los pedidos de comida y recoge los vasos. Hagas lo que hagas, asegúrate de no tomar nota de las bebidas, ¿me oyes? —Lanzó una mirada hacia donde estaba sentado mi novio y murmuró—: No queremos que ningún pajarito vaya corriendo a casa a contarle a papá ningún cuento sobre que su novia de diecisiete años ha estado sirviendo alcohol.

—No te preocupes, Gar. Soy toda discreción. —Le di una palmadita en el hombro y le guiñé un ojo—. Y si el hijo del Garda no se entera, mejor para él y para todos.

—Tal cual, Aoife —respondió con una sonrisa de alivio en su rostro

arrugado—. Tal cual.

Con el cuaderno y el bolígrafo en la mano, me dirigí al salón de atrás e inmediatamente me vi bombardeada por un aluvión de clientes hambrientos y con sed.

Sonriendo para mis adentros, enderecé la espalda, saqué pecho y me acerqué a una mesa atestada de hombres bulliciosos.

—Hola, caballeros, ¿qué desean?

Sí, sin duda iba a hacer una fortuna en propinas.

Al final me quedé trabajando un par de horas extras para ayudar con la interminable avalancha de clientes que salían a celebrar la Navidad. En lugar de acabar a las seis, como estaba previsto, eran más de las nueve cuando por fin me fui del pub y me dispuse a cruzar la ciudad con la esperanza de encontrarme con mi padre y que me llevara a casa.

Cuando llegué al taller, estaba a oscuras.

—Mierda —murmuré dándole una patada a la persiana metálica—. Perfecto.

Gruñendo a voz en grito, apoyé la frente contra el frío metal mientras contemplaba mis opciones.

¿Caminar hasta casa después de un turno de once horas sobre unos tacones altos?

Ni de coña.

¿Llamar a mi padre para que me dijera que condujera yo misma?

No.

Rocé con los dedos la llave del coche que tenía en el bolsillo del abrigo y rechacé la idea al instante mientras me recorría una oleada de terror.

Odiaba conducir.

Detestaba profundamente todo lo que implicaba.

Lo detestaba y temía hasta tal punto que el Opel Corsa oxidado que mi padre había arreglado y me había regalado en septiembre por mi

decimoséptimo cumpleaños seguía aparcado en el taller.

En Irlanda, a diferencia de muchos otros lugares, la ley era bastante laxa para los conductores en prácticas. Básicamente, hacías un examen teórico, te daban el permiso verde provisional en la oficina de recaudación de impuestos y andando. No teníamos que asistir a un montón de clases ni cumplir miles de leyes como les pasaba a mis primos de Londres. Joder, si mi madre llevaba veinte años conduciendo con el carnet verde. La Gardaí siempre hacía la vista gorda. No era para tanto.

El único motivo que me había llevado a solicitar el permiso de conducir provisional era que eso me permitiría tener una identificación con foto para salir a beber al año siguiente, cuando cumpliera los dieciocho.

No lo quería para conducir, pero eso era exactamente lo que mi padre pensó que iba a hacer.

—Odio señalar algo tan obvio, Molloy, pero cuando la persiana de un negocio está bajada y han apagado las luces, significa que el local está cerrado.

La familiar voz de Joey inundó mis oídos y me volví de inmediato para ver cómo se acercaba por el lateral del edificio.

—Por Dios —susurré en tono agresivo sobresaltada al verlo salir de la oscuridad—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Cerrando —contestó con sequedad—. Si buscas a tu viejo, no estás de suerte —añadió mientras usaba un juego de llaves para cerrar desde fuera la verja lateral—. Se ha ido de birras con el resto de los muchachos a la hora de comer.

Fingí ponerme triste.

—¿Y no te han llevado con ellos?

—Por desgracia, no.

—Supongo que hay que cumplir los dieciocho para disfrutar de todas las ventajas del trabajo, ¿eh?

Sonrió con suficiencia.

—Para que eso ocurra primero tengo que cumplir los diecisiete.

—Lo cual sucederá pronto. Tu cumpleaños es en Navidades, ¿verdad?

—Sí —confirmó deslizando las llaves del trabajo en el bolsillo—. El día de Navidad.

—Vaya mierda —gimoteé sintiendo una súbita compasión por él—. Seguro que te han timado un montón de regalos durante todos estos años con la tontería esa del dos por uno.

—La verdad es que no me he dado cuenta, Molloy —admitió—. No soy de los que cuentan los regalos.

—Bueno, eres mejor persona que yo, Joey Lynch, porque yo la liaría bien gorda si tuviera que compartir mi cumpleaños con Jesús.

Joey se rio de forma sincera mientras se acercaba a mí.

—Entonces... ¿Me lo vas a pedir o nos vamos a quedar aquí fuera toda la noche?

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¿Pedirte el qué?

—Que te acompañe a casa.

—Vale. —Solté una exhalación temblorosa—. Acompáñame a casa, Joey Lynch.

—Eso es decirlo —dijo en tono de burla apoyándose contra la persiana mientras me sonreía con sus ardientes ojos de color verde oscuro—. Tienes que pedírmelo amablemente.

Por Dios, ver a ese chico sonreír era otro nivel.

—Tengo una idea mejor —me oí decir justo antes de hacer algo la hostia de imprudente. Me metí la mano en el bolsillo del abrigo, saqué el juego de llaves y lo hice tintinear delante de su cara—. ¿Qué te parece si me llevas en coche?

Pese a ser un maestro en ocultar sus emociones, Joey no pudo disimular el entusiasmo que le brillaba en los ojos.

—Me faltan dos días para cumplir los diecisiete. Hasta entonces solo

tengo un carnet de conducir tractores.

—Es verdad —admití viendo cómo desviaba la mirada de mi cara a las llaves y luego de nuevo hacia mí—. Eso quiere decir que vamos a infringir la ley, ¿no? —planteé con aire burlón haciendo ruido con las llaves—. Pero, vaya, ¿cuándo te ha echado a ti eso para atrás?

Joey se me quedó mirando un buen rato antes de soltar una risita en tono grave:

—Dame las llaves, Molloy.

Chillando de emoción, cerré con fuerza los ojos y ahugué una carcajada cuando tomamos la curva del supermercado local después de quemar la goma de los neumáticos haciendo media docena de trompos por el aparcamiento vacío.

—¡Ay, señor! ¡Cuidado con la acera!

—Tranquila, Molloy, está controlado.

«Era verdad».

Tal vez Joey no tuviera todavía el permiso oficial, pero desde luego sabía cómo manejar un coche. Lo achaqué al hecho de que llevaba años trasteando con motores en el taller de papá.

En el equipo de música sonaba a todo volumen «‘03 Bonnie & Clyde», de Jay-Z y Beyoncé, una canción muy apropiada dadas las circunstancias. Mientras me agarraba con todas mis fuerzas al salpicadero, el chico salvaje y temerario que iba al volante me dejaba alucinada. Sentada a su lado en el asiento del copiloto, sentía un subidón de poder. Como si en ese momento fuéramos capaces de enfrentarnos al mundo entero.

—¡Feliz cumpleaños, joder! —Joey se echó a reír; visiblemente encantado de la vida mientras metía quinta y dejaba atrás las luces de Ballylaggin—. ¿Adónde quieres ir, Molloy?

«Contigo, a cualquier parte».

—Me da igual, pero no me mates, ¿vale? —le supliqué justo antes de

lanzar una carcajada en forma de grito mientras sobrevolábamos un desnivel de la carretera.

Joey me miró con el rabillo del ojo y sonrió con satisfacción.

—No te prometo nada.

Un montón de kilómetros después, recorriamos la carretera secundaria que está cerca de la playa conmigo en el asiento del conductor y Joey partiéndose el culo de mi incomodidad.

—¡No puedo hacerlo! —El coche traqueteó y se caló por tercera vez en cuestión de minutos—. Es inútil. Nunca voy a aprender a conducir.

—Bueno, pues mejor que sigas intentándolo —me advirtió sin compadecerse ni un ápice de mí mientras sujetaba mis zapatos en su regazo—. Porque he oído que tu padre le decía a Danny Reilly que si no te ponías las pilas y empezabas a conducir de verdad en lugar de quedarte admirando el equipo de música, iba a venderle el coche.

—Por mí genial. —Aturdida y descalza, giré la llave en el contacto e intenté arrancar—. No sirvo para ponerme al volante de una máquina potencialmente mortal.

—Claro, como si fueras a hacerle daño a alguien en primera —dijo Joey alargando las palabras—. Venga, Molloy, sabes lo que hay que hacer. Embraga y mete segunda.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—De verdad que no.

—Deja de comportarte como una princesita y hazlo, joder.

Absolutamente concentrada, volví a intentarlo, pero la palanca de cambios se negaba a funcionar.

—Este coche me odia —gimoteé tirando de la palanca y haciendo una mueca de dolor cuando el motor rugió en señal de protesta.

—Por Dios, ven aquí. Vale, pisa el embrague. —Inclinado hacia el

asiento del conductor, Joey cubrió mi mano con la suya y deslizó hábilmente la palanca a segunda—. Ahora pisa un poco el acelerador —indicó mientras yo reprimía un escalofrío al sentir su enorme mano sobre la mía—. Muy bien, ahora otra vez el embrague —añadió mientras cambiábamos a tercera—. ¿Lo ves? Lo has conseguido, estás conduciendo sin fastidiar el motor. No cuesta tanto como te has hecho creer a ti misma.

—Ya, pero es un puto lío —protesté levantando las dos manos para agarrar el volante—. Los pies en los pedales, las manos en el volante, una mano en la palanca de cambios, los ojos en la carretera... —Exhalé con frustración—. Como le digo a mi padre cada vez que me obliga a ponerme al volante: hay que hacer demasiadas cosas a la vez.

—Creía que las mujeres erais unas hachas con las multitareas.

—Esta mujer no, desde luego —me quejé girando el volante para evitar un montículo de lodo arenoso que había en la carretera.

—Dios, Joey. Odio este estúpido coche.

—No odias el coche —repuso—. Odias la sensación de no tener el control. Es nuevo y da miedo. Lo entiendo, Molloy. Estás aprendiendo.

—¿Cómo es que sabes tanto de esto? —Lo miré sentado junto a mí—. ¿Cómo puede ser que teniendo tres meses menos que yo me des mil vueltas conduciendo?

—No es una competición, Molloy. —Se rio entre dientes mientras hacía un gesto de negación con la cabeza—. Además, tu padre me ha enseñado muchas cosas durante todos estos años.

—Pues me alegro por ti —le solté—. Porque a mí básicamente no me ha enseñado nada; tan solo me dio las llaves de este cacharro y me dijo: «Conduce».

—Date un par de meses. Recordarás esta noche y te reirás.

—Lo dudo —murmuré con los ojos fijos en la oscura noche que se abría ante mí—. De verdad que sí.

24 DE DICIEMBRE DE 2003

No quiero irme a casa

Joey

La presión era a lo que más acostumbrado estaba en la vida. No solía incomodarme, sobre todo porque para mí lo normal era vivir con la fuerza de las manos de mi padre alrededor del cuello, amenazando con cortarme el suministro de aire. Sin embargo, todo eso se volvía insignificante al compararlo con la infinita capacidad de Aoife Molloy para dejarme sin respiración.

Eran las dos de la mañana y el reloj ya marcaba la Nochebuena. En lugar de estar en casa, que es donde debería estar cuando hay una botella de whisky llena a disposición de mi padre, me encontré a mí mismo dando vueltas por ahí con ella.

A su lado me sentía como un delincuente. No sabía por qué coño me había metido en su coche. Un coche en el que, por cierto, había invertido mucho tiempo de trabajo en el taller. Un coche que de ningún modo debería haber conducido, pero, cuando me puso esas llaves delante, fui incapaz de resistir la tentación.

Tampoco entendía por qué ella quería estar ahí conmigo. Por qué me buscaba continuamente. Pero esa noche no iba a discutir con ella porque eso significaría tener que irme a casa y lidiar con las gilipolleces de mi padre.

Era capaz de cabrearme más que la mayoría, y a veces hacía que me

subiera por las paredes, pero no me apetecía infringir la ley con nadie más que con ella.

Incluso mientras aparcábamos fuera del taller, con una bolsa de patatas fritas en medio del salpicadero, me costaba encontrar alguna motivación para alejarme de ella. La verdad era que quedarme en ese coche con la única persona cuyo contacto no me ponía los pelos de punta no parecía una mala idea.

—Esta es mi preferida —declaró Molloy subiendo el volumen del equipo de música cuando «Fairytale of New York» sonó por los altavoces—. Sin discusión, la mejor canción de Navidad de la historia. —Me sonrió y se metió una patata en la boca—. ¿Cuál es la tuya?

—No lo sé. —Encogiéndome de hombros, alargué la mano y cogí una patata—. Nunca me había parado a pensarlo.

—Ay, venga, Joe —insistió—. Todo el mundo tiene una canción de Navidad preferida.

No era mi caso.

Yo prefería el silencio.

Me encogí de hombros.

—Esta, supongo.

—Guay. —Asintió con la cabeza dando su aprobación—. Me recuerda a ti.

—Vaya —exclamé en tono serio—. ¿Qué parte?

—Toda entera —bromeó tirándome una patata a la cara—. A partir de ahora, esta será nuestra canción.

La miré entrecerrando los ojos.

—Ah, claro, porque de verdad necesitamos tener una canción.

—Bueno, es que «is Christmas Eve, babe...» —dijo de broma haciendo referencia al inicio de la canción. Acto seguido, se puso a cantar la primera estrofa antes de ahogar una carcajada—. ¿Lo ves? Nos va que ni pintada.

—Solo hay un pequeño problema con esta canción —propuse secamente

—. Yo no soy tu «babe», Molloy.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? —replicó sin dejar de mirarme y sin bajarse del burro—. Mmm, quién será.

Joder, la verdad es que le echaba huevos.

Era algo impresionante.

«Y sexy de cojones».

Me empapé de ella, de cada peca, de cada curva, del verde de sus ojos, de las pálidas mechas doradas que destacaban en su pelo rubio.

—Sí, bueno. —Sonriendo con arrogancia, moví la cabeza hacia los lados y me giré hacia el parabrisas delantero—. Si el paseíto de esta noche te ha ayudado en algo, es a mí a quien debes agradecérselo.

—Supongo —respondió mientras rebuscaba en una pila de discos—. Bueno, como está claro que no te ha convencido la última canción, ¿qué te parece esta para acabar de ponernos de acuerdo? —sugirió Molloy cambiando de CD y pulsando la pista tres en el equipo de música. Los Goo Goo Dolls retumbaron por los altavoces.

—¿Iris? —Arqueeé un ceja—. Buena elección, Molloy, pero debo admitir que no le veo rollo navideño.

—No, idiota, no la propongo como canción de Navidad —me explicó subiéndome a tope el volumen—, sino como nuestra canción.

Abrí la boca para responder, pero alargó la mano sobre el salpicadero y me cubrió los labios con la mano.

—Chisss. Sígueme la corriente y escucha, ¿vale?

Cediendo a regañadientes a sus exigencias, hice un gesto afirmativo con la cabeza y no dejé de mirarla a los ojos mientras la letra de la canción me jodía el cerebro.

—¿Qué? —dijo cuando acabó la canción—. Es perfecta, ¿verdad?

—Sí, Molloy. —Mi voz sonaba grave mientras por dentro luchaba contra un millón de emociones la hostia de complicadas—. Lo es.

24 DE DICIEMBRE DE 2003

Me preocupo demasiado

Aoife

Si Joey quería pasarse la mitad de la noche sentado en ese trasto aparcado fuera del taller, yo estaba encantada de quedarme ahí con él. No me importaba que la temperatura exterior fuese de menos dos grados ni encontrarme al borde de la congelación por llevar solo el uniforme del trabajo. Que estuviera dentro de ese coche conmigo significaba que no había salido a buscar problemas.

«No estaba por ahí poniéndose hasta las cejas».

El tiempo pasaba mucho más rápido cuando estaba con él, y no me daba cuenta de cómo volaban las horas mientras lo entretenía contándole cualquier historia de mi vida. Tal vez Kevin fuera el mellizo que se había quedado la mejor tajada en cuanto a inteligencia académica, pero yo tenía la habilidad de hablar por los codos.

De verdad. Había sido bendecida con el don de crear una conversación a partir de la nada, que era como me las había arreglado para mantener el interés de ese chico tan salvajemente inalcanzable durante la mayor parte de la noche.

—Y entonces él dijo: «Nena, mi cama huele a ti, pero se le está yendo el olor. Vente y perfuma mis sábanas» —conté fingiendo tener arcadas al recordar la ridícula llamada de Paul de la otra noche—. O sea, ¿en serio? —

Ahugué una carcajada mientras me remangaba las mangas de la sudadera que Joey me había prestado para que me pusiera—. Córdete un poco, tío.

—Joder, qué vergüenza ajena —exclamó Joey entre dientes cubriéndose la cara con la mano—. Me sabe hasta mal por ese capullo.

—Ya, ¿verdad? —convine agitando una mano en el aire—. Eso es justo lo que yo sentí.

—¿Y qué le contestaste?

Sonreí con malicia.

—Le dije que rociara algo de colonia sobre la almohada, apagara las luces y estrechara relaciones con su mano.

Joey echó la cabeza hacia atrás y se partió de risa.

—Cruel.

—Ya, sí, pero se lo había ganado con esa frasecita. —Me reí—. O sea, ¡no fastidies! ¿Qué pensó que iba a hacer yo? Correr a su casa y restregarme por todo el colchón como un gato marcando territorio? Qué iluso, ¿no?

—Seguramente —apuntó Joey todavía entre risas—. Por si no te habías dado cuenta, está bastante obsesionado contigo.

—No, Paul está obsesionado con esto —precisé señalando mi cuerpo—. No tiene ningún interés por esto otro. —Me toqué la sien con el dedo—. Ni siquiera me conoce, Joey. Al menos no de verdad. Nunca se ha tomado el tiempo de hacerlo. Solo le importan las apariencias. Sinceramente, dudo que le importara si no hablara nunca, mientras sonriera y estuviera guapa.

—Entonces ¿qué estás haciendo, Molloy? —preguntó sin rodeos clavándome sus fascinantes ojos verdes que, para variar, estaban cristalinos—. ¿Lo quieres?

—Lo he querido.

—No te he preguntado eso.

Ya lo sabía.

—¿Qué quieres que te diga, Joe?

—Ayúdame a entenderlo.

—¿Entender el qué?

—Tú y él.

—Ay, Dios —me reí—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Toda la noche.

Exhalando un agitado suspiro, me paré a pensar un momento en lo que había dicho, tratando de encontrar una forma diplomática de decir «Porque si existe alguna posibilidad de que supere lo tuyo, será estando con un chico que sea totalmente opuesto a ti», pero decidiéndome al final por «Creo que siempre he sabido a qué atenerme con Paul».

—¿A qué te atienes?

—Ya —asentí lentamente con la cabeza—. O sea, no me malinterpretes. Sé que no es perfecto. Dista muchísimo de serlo, pero al menos vivo la relación con la cabeza fría y los ojos abiertos. —«Y, lo que es más importante, no me puede hacer sufrir»—. Sé de qué pie cojea y no va a poder darme gato por liebre.

—Suena fatal.

—Es seguro.

—Entonces es tu escudo.

—¿Tu escudo?

—El que te protege de que te hagan daño. —El ceño de Joey se frunció—. ¿Por qué alargarlo tanto?

—No sé. —Me encogí de hombros; me sentía confundida—. A lo mejor porque es lo único que he conocido desde primero. Estar con Paul es cómodo. No implica ningún trabajo y sé que él quiere estar conmigo.

Joey me miró durante muchísimo rato antes de hacer un gesto de negación con la cabeza.

—No vais a durar.

—¿No? —«Dios, espero que no»—. ¿Eso crees?

—Sí. —Volvió a negar con la cabeza—. Cualquier relación que se

mantenga porque es cómoda no merece la pena.

Solté el aire de mis pulmones.

—Ya, bueno, yo tengo experiencia de primera mano con estas cosas y te digo que a veces lo cómodo es lo mejor.

—Gilipolleces. Eso no es así —aseveró Joey desafiándome con los ojos entornados—. No deberías conformarte con algo cómodo, Molloy. No deberías conformarte con nada que no fuera estar enamorada hasta las trancas. La única persona con la que debes conformarte es con la que más te incomode. Esa persona que te lleva al borde de la locura porque estando con ella sientes tantas cosas que al final te falta el aire o no puedes funcionar ni remotamente sin ella.

»Pero es que además no quieres que así sea. No quieres respirar, sentir o funcionar sin ella. Eso es una relación verdadera, Molloy. Solo cuando uno se siente más incómodo que nunca es cuando debería considerar conformarse. Porque entonces es cuando sabes que estás enamorado, y esa me parece una forma de vivir muchísimo más agradable que conformarse con alguien con quien no tienes nada en común solo porque es cómodo».

Me quedé sin respiración y el corazón optó por replegarse en mi pecho.

—¿De verdad crees eso?

—¿Para ti? —Asintió con la cabeza sin ningún atisbo de duda—. Por supuesto.

—¿Y para ti?

—¿Para mí, Molloy?

—¿A eso es a lo que estás esperando? —susurré con el pulso a mil—. ¿A esa clase de amor épico?

—No —dijo simplemente.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Por qué no?

—Porque para amar a alguien tienes que preocuparte por esa persona. —Me miró de forma penetrante—. Y yo no me preocupo por nadie, ¿no te

acuerdas?

Ahora era yo la que iba a decir «Gilipolleces». Revolviéndome en mi asiento, le devolví la incisiva mirada—. Te preocupas por mí, Joe.

—Eres mi amiga —concedió.

—Sí, una amiga de la que te preocupas.

—Molloy.

—Está bien que te preocupes por mí, Joe.

Me fulminó con la mirada.

—No me preocupo.

Entrecerré los ojos.

—Sí que te preocupas.

—Mira, solo he podido depender de mi propia sombra, y así es como quiero que siga siendo —dijo deslizándose una mano por el pelo—. No me preocupo por la gente porque no me lo puedo permitir. No me queda ni tiempo ni espacio en la cabeza para preocuparme por nadie que no sea de mi familia. Soy así, ¿vale? No hay más. No me puedo permitir que me importe nadie, Molloy.

—Pues vaya mierda, porque yo sí —repliqué sintiéndome herida, nerviosa y un millón de cosas más en ese momento—. Me preocupo por ti, Joey; siempre lo he hecho.

Y no había sido la mejor de las ideas. Qué pena ser tan cabezota e incansablemente temeraria con mi corazón.

—Pero no me lo digas, joder —farfulló Joey dejando caer la cabeza entre las manos—. Por Dios, Molloy, ¿por qué siempre tienes que ir tan lejos? ¡Guárdate esa mierda para ti, por favor!

—¿Como haces tú? —señalé impávida—. Mira, Joe, un día de estos vas a tener que dejar de mentirte a ti mismo y admitir lo que sientes.

—No hay nada que admitir.

—Claro que sí, y lo sabes.

—Te equivocas.

—Lo que pasa es que te da miedo admitirlo —argumenté levantando un dedo—. ¡Porque eso implicaría reconocer que hay una chica sentada a tu lado que se preocupa por ti simplemente porque sí! ¡Una chica que no depende de ti para nada más que para ser su amigo! Una chica que se da cuenta de lo gilipollas que puedes llegar a ser, pero que se preocupa por ti igualmente, porque eso es lo que hago, Joe. Me importas muchísimo, a pesar de tus estúpidos hábitos... Joder, puede que incluso debido a ellos. —Alcé las manos con resignación—. ¡Ya no tengo ni puta idea!

—Si tan solo intentaras comprender lo que intento hacer... —espetó para luego exhalar un suspiro entrecortado—. Si supieras de lo que estoy tratando de librarte, no me presionarías tanto.

—Presionarte para conseguir ¿qué? —exigí con el corazón latiéndome con violencia—. ¿Tu amistad?

—Presionarme para conseguir lo que sea que quieras de mí —bramó en respuesta—. ¡Joder!

Con los ojos desorbitados por la rabia, seguí adelante y le presioné. Literalmente. Dándole un empujón con las dos manos.

—¿Qué te parece esa presión, gallina?

—No empieces, joder —me advirtió Joey levantando un brazo para apartarme—. Ni se te ocurra ir por ahí conmigo. No acabaría bien.

—Demasiado tarde. —Lo empujé de nuevo y luego volví a hacerlo por si acaso—. ¡Venga, tipo duro, al menos así te presiono de la única manera que parece entender!

—Molloy.

Le di un empujón.

—Te lo advierto.

Le di otro empujón.

—Me cago en todo, Molloy. —Me echó hacia atrás y me sujetó las manos a los costados, inclinándose hacia mí—. Apestas a desesperación y eso es una puta bajona.

Aunque me decía cosas muy crueles, sus ojos contaban una historia completamente distinta mientras se cernía sobre mí con el pecho agitado y el cuerpo vibrando por la tensión.

—¿Por qué iba a preocuparme por una chica que se sirve a sí misma en bandeja de plata? —Entrecerrando los ojos, se inclinó aún más y susurró—: Eres la novia de otro y aun así aquí estás, tumbada debajo de mí como una guarra.

—¡Suéltame! —dije prácticamente gruñendo, con los nervios a flor de piel, mientras sus palabras me calaban hasta los huesos—. ¡Ahora mismo, gilipollas!

—Joder, sin ningún problema —accedió mofándose, pero también lleno de furia, mientras se retiraba hacia atrás.

—¡Puedes ser un verdadero cabronazo! —grité mientras abría de golpe la puerta del copiloto y saltaba en marcha—. ¡El peor de todos los que he conocido!

—Y tú puedes ser una zorra —rugió antes de bajarse rápidamente del coche e ir tras de mí—. Espera... ¿Adónde vas?

—¡Lejos de ti!

—Es tu coche, Molloy.

«Mierda».

—¡Me da igual!

—No llevas zapatos.

«Mierda otra vez».

—¡Me da igual!

—Molloy, céntrate, ¿vale? —Su tono era duro y rebosaba frustración—. No vas a irte sola a casa caminando por la noche.

—¿Por qué no? ¿Te da miedo que sea una presa fácil por ser tan zorra y todo eso?

—¿Puedes parar un mo...?

—¡No, pírate! ¡Y ni se te ocurra perseguirme!

—No te vayas, Molloy.

—No me digas lo que tengo que hacer, gilipollas.

Acelerando el paso, me apresuré a doblar la esquina y crucé rápidamente la calle. Como quedaba tan poco para Navidad, seguía saliendo gente de los pubs y los bares.

—Espera, espera... —Me rodeó con sus fuertes brazos y me estrechó contra su pecho—. Para un momento, ¿quieres?

—Suéltame —le pedí estremeciéndome cuando sus manos se aferraron con firmeza a mis caderas sin despegarle la espalda del pecho—. Ya.

—La he cagado —fue su estúpida respuesta mientras me acariciaba la mejilla con su aliento—. Perdóname.

—No. —Se me aceleró el corazón—. Has herido mis sentimientos.

—Vuelve a ser mi amiga, Molloy.

—No. —Moví la cabeza hacia los lados y me di la vuelta para mirarlo—. Has dicho eso para hacerme daño. Sabías que iba a ser así. Si te perdono, me lo volverás a hacer.

—Probablemente. —Me abrasó con el verde de sus ojos, tan solitarios y llenos de pesar—. Pero no será mi intención. —Exhaló un fuerte suspiro—. No volveré a hacerte daño a propósito.

«Me da igual si es sin querer o a propósito, el dolor es el mismo».

—No puedo. —Suspirando de forma entrecortada, di un paso atrás—. Esta vez me has hecho mucho daño.

—Me preocupo. —Extendió una mano, me agarró por la parte delantera de la sudadera que llevaba puesta (la suya) y apretó la mano en un puño mientras me atraía hacia él y nuestros cuerpos se juntaban—. Me preocupo. Me preocupo. Me preocupo —repitió con sus ojos clavados en los míos mientras levantaba la mano para acariciarme el cuello—. Demasiado.

—¿Lo ves? —Exhalando de manera irregular, me incliné hacia delante y dejé caer la cabeza sobre su pecho—. Eso es todo lo que quería oír.

—Ya lo sé, Molloy. —Apoyándome la barbilla en la cabeza, suspiró

intensamente—. Ya lo sé.

31 DE DICIEMBRE DE 2003

¿Cómo está tu aura?

Joey

Mi vida era una secuencia en la que un desastre sucedía a otro.

Al haber crecido en una casa como la nuestra, me resultaba difícil funcionar. No en términos de ir al instituto o conservar un empleo; había hecho esas cosas desde niño. El problema era que no me funcionaba bien la cabeza, al menos no como a otra gente de mi edad.

Me pasaban un montón de cosas.

Cosas que me asustaban demasiado como para dedicarles el tiempo suficiente para entenderlas.

A decir verdad, mi cerebro era un lugar inhóspito, y la mayor parte del tiempo ni yo mismo me aguantaba.

Así de jodida estaba la cosa.

El actual estado de mierda en el que se encontraba mi vida era la consecuencia directa de las malas decisiones.

Las que había tomado yo.

Y las que habían tomado otras personas que, aunque se suponía que debían quererme, no tenían la capacidad de amar o simplemente no me amaban.

Sabía que no era un santo, y no culpaba de mis errores a nadie más que a mí mismo. Pero, joder, las cosas podrían haber sido diferentes si mi vida

hubiera empezado de otra manera, por ejemplo, como la del capullo que tenía delante.

Sí; con una familia estable, una casa bonita y algunos billetes bien guardaditos en el banco, se podría decir que Paul Rice no había comenzado mal en la vida.

«Mejor que yo, desde luego».

Debía de ser agradable poder dormir por las noches sin miedo a que te saquen a rastras de debajo de las sábanas y te peguen hasta dejarte medio muerto. Que no te distraigan a diario los gritos de tus hermanos hambrientos o los quejidos de tu madre apaleada y magullada, además de sexualmente agredida.

—Nena, deja ya el vodka por hoy, ¿vale? —le dijo a Molloy cuando entraban en la masificada cocina de Danielle Long en Nochevieja, mientras la fiesta sin padres que celebraba en su casa estaba en pleno apogeo. Se habían pasado casi todo el rato en el salón. Lo sabía porque me había apalancado ahí para estar lejos de ellos.

Estaba decidido a empezar bien el año («año nuevo, vida nueva», y toda esa mierda), pero si hubiera tenido que ver cómo ese capullo acosaba el lateral de la cara de Molloy con la lengua un segundo más, se me hubiera ido la pinza antes incluso de tener ocasión de comenzarlo.

«Me preocupo. Demasiado».

«¿Lo ves? Eso es todo lo que quería oír...».

Alejando el recuerdo con un parpadeo antes de permitir que se apoderara de mí y me hundiera, me concentré en el capullo que tenía delante, que le hablaba a Molloy como si fuera una niña pequeña. En serio, yo trataba a Sean con más respeto, y eso que le limpiaba el culo a diario.

—Sabes que te pones agresiva cuando bebes —siguió diciendo Ricey. Como si fuera el dueño del aire que tenía alrededor, abrió el frigorífico y sacó la que debía de ser su séptima lata de cerveza rubia, dejando a su novia con las manos vacías—. Y no soporto cuando te pones torpe.

Apoyado en la puerta de atrás, observé cómo las mejillas de Molloy se sonrojaban, pero en lugar de cantarle las cuarenta, que es lo que haría normalmente, le restó importancia al comentario.

Lo dejó pasar.

Dejó que le hablara como si fuera su guardián.

No me pareció bien.

Pero, qué coño, pasaba de verme envuelto en sus dramas. La última vez que intenté defenderla, se me fue tanto la olla que casi mato a su hermano.

«Tú también le hablaste como a una mierda, gilipollas», tuvo a bien recordarme mi mente, y me estremecí al recordar la puta escenita que le había montado antes de Navidad. Mi incapacidad de generar una puta frase coherente que lograra explicarle a Molloy lo mal que me sentía por ella me había llevado a acabar escupiendo veneno por la boca y a hacerla llorar.

Apartando los ojos de ella, le di una profunda calada al porro y retuve el humo en los pulmones durante mucho tiempo, disfrutando la quemazón, el mareo, la liberación momentánea que me proporcionaba.

Pero eso no era suficiente. Nunca lo era.

La bolsita de benzos que llevaba en el bolsillo trasero de los vaqueros daba buena prueba de ello. Las mezclaba con vodka y Vicodin, y algo ayudaban.

Me permitían olvidarme de todo durante un rato.

—¿Has robado algún otro coche últimamente? —La familiar voz de Molloy se infiltró en mis pensamientos, arrastrándome de vuelta al presente, y el corazón me dio un puto vuelco en el pecho cuando se puso a mi lado y me dio con el hombro en el brazo—. Bonita sudadera.

—Qué va, es la de siempre —contesté devolviéndole el choque de hombro—. Y bonitas piernas.

—Esta noche voy en vaqueros.

—En mi cabeza no.

—Muy gracioso. —Me sonrió y no pude evitar imitarla—. ¿Qué se fuma

esta noche?

El tono de desaprobación era evidente.

—Depende, ¿cómo está tu aura, Molloy?

—Mejor que la tuya, por el olor. —De pie junto a mí en la puerta, contemplé cómo se me acercaba y le daba una calada al porro—. Mmmmmm —dijo con un tono cargado de sarcasmo—. Huele a libertinaje.

Levanté una ceja.

—Me estás aguando la fiesta, Molloy.

—¡No me digas! —Se le iluminó la cara—. Es la mejor noticia que me han dado en toda la puta noche.

—¿No estás fiestera?

—Esta noche preferiría estar en cualquier sitio antes que aquí, Joe, y no estoy exagerando —me confesó con un suspiro—. Incluido ese congelador al que llamáis taller. Incluso con la peluda raja del culo de mi padre mirándome a la cara. —Dejó escapar una exhalación—. No sé, tiene como diez cinturones. Lo lógico sería que se pusiera alguno.

En mi rostro se dibujó una reacia sonrisa.

—A lo mejor te iría bien beber algo. Como es Nochevieja y eso... —Cogí la botella de vodka que había escondido detrás del microondas y la balanceé delante de su cara—. Además, he oído que va bien para los nervios.

—Ya me he tomado tres cervezas —contestó a modo de explicación mientras apartaba la botella.

—¿Y?

—Pues que Paul se pone hecho una furia conmigo cuando bebo demasiado.

—¿Y?

—Y... —Echó un vistazo a sus espaldas por la puerta de la cocina y movió a un lado y a otro la cabeza—. Que le jodan.

«Esa es mi chica».

—Así me gusta.

Se volvió con una sonrisa y me preguntó:

—¿Tienes algo de coca para acompañarlo?

Arqueeé una ceja.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Me refería a la bebida, idiota.

Le guiñé un ojo.

—Coge un vaso.

—No, no, no —negó Molloy, riéndose, un par de horas después mientras su bebida le salpicaba la mano y se tambaleaba hacia mí—. Es imposible que aún puedas seguir.

—Tengo cuerda para toda la noche, Molloy —contesté sintiéndome mucho más relajado ahora que llevaba media botella de vodka en el organismo.

Llevábamos más de una hora fuera de la casa de Danielle jugando al puto juego ese al que Molloy llamaba «el juego de añadir una palabra».

Lo que había empezado como una coña, que consistía en turnarnos para añadir una palabra e ir formando una frase, se había convertido en una historia chunguísima.

Yo nunca había jugado, pero a medida que el vodka me iba subiendo, la historia se volvía cada vez más ingeniosa.

Anudando sus dedos en la parte delantera de mi sudadera, me acercó hacia ella y me sonrió.

—Dame la botella.

—No sé, Molloy —dije con guasa mientras desenroscaba el tapón y bebía directamente del envase—. Un poco más de libertinaje y las alas no te llevarán al cielo.

—Pues tendré que quedarme contigo en el infierno, ¿no? —respondió siguiéndome la broma al tiempo que me quitaba la botella de la mano y le

daba un gigantesco trago.

No era una borracha agresiva.

Era la hostia de divertida.

Evidentemente, esa chica no había estado bien acompañada en sus noches de juerga.

—Eres mi mejor amigo —soltó de sopetón—. Pero no se lo digas a Casey, porque te arrancaría los ojos por hacerse con ese título.

—Qué honor.

—Claro que sí.

—Bueno, tú también eres mi mejor amiga —admití con una risita—. Pero no se lo digas a Podge porque... No, a él le importaría una mierda.

—Entonces ¿somos mejores amigos? —preguntó levantando el meñique.

—Qué coño. —Me encogí de hombros y enganché mi dedo alrededor del suyo—. ¿Por qué no?

—Bieeeen. Vale, vale. —Se rio hundiéndose en el borde de la cama elástica con la botella en la mano—. ¿Por dónde íbamos?

—Él le metía mano entre las piernas —le recordé hundiéndome a su lado.

—¡Ah, sí! —chilló emocionada antes de tumbarse de espaldas haciendo que la cama elástica nos meciera.

—Y esta vez no te andes con tonterías —le advertí quitándole la botella de las manos para darle un trago—. Cuando lleguemos a la parte buena, que no te dé un ataque de risa.

—No me ha dado un ataque de nada —repuso con una risita apoyándose sobre los codos—. Vale, entonces él le estaba metiendo mano entre las piernas... —Frunció el ceño, se quedó pensando unos segundos y añadió—: cuando.

Puse los ojos en blanco.

—De.

Abrió mucho los ojos y dijo:

—Repente.

—Paró.

Me miró sonriendo.

—Para.

Arqueeé una ceja.

—Bajarle.

—El.

—Tanga.

—Por.

—Las.

—Piernas. Punto y aparte —agregó con una carcajada—. Sigo yo.
Entonces.

—Su.

Se sonrojó ligeramente cuando añadió:

—Boca.

—Estaba.

—Ahí.

—¿«Ahí»? —Levanté una ceja—. Molloy, ¿qué coño es «ahí»?

—Vale, vale —concedió entre risitas—. Su boca estaba en.

—Su.

Con una sonrisa burlona, le hice un gesto para indicarle que le tocaba a ella.

—No puedo, no puedo —confesó riéndose a carcajadas mientras volvía a tumbarse en la cama elástica—. Deja de intentarlo.

—Sí que puedes —le insté descojonado—. Dilo.

—No puedo.

—¡Dilo!

—¡Coño! —gritó a pleno pulmón—. ¡Su boca estaba en su coño! Hala, ya lo he dicho. —Ahogando otra carcajada, soltó casi sin voz—: Ay, que me meo.

—Entonces lárgate de aquí —la insté partiéndome la caja mientras me

giraba para verla hacer la croqueta sobre la lona con la mano agarrada al costado—. Molloy, si te meas en la cama elástica conmigo aquí, voy a tener que revocar tu estatus de amiga y encontrar a otra persona que juegue conmigo al juego de añadir una palabra.

—No te atrevas. —Poniéndose a cuatro patas, se arrastró hacia mí y suspiró satisfecha—. Soy insustituible.

«Eso era verdad».

—¿Joey? —Una voz que me resultaba familiar me llamó desde la puerta trasera—. ¿Vienes adentro? —preguntó Danielle asomada al quicio—. Me gustaría bailar contigo.

—Yo no bailo.

—Ah. Pues de verdad que me gustaría.

—Como te decía, yo no bailo.

—Bueno, entra pronto, ¿vale? Quiero celebrar la entrada de año contigo.

—Ya, genial, Dan, entro enseguida.

Sonriendo mientras la puerta se cerraba tras Danielle, Molloy me dio un codazo.

—Me parece que lo que quiere contigo no es solo celebrar la entrada de año.

Sonreí con malicia y, moviendo la cabeza hacia los lados, la miré.

—¿Tú crees?

—Sí. —Estalló en otro ataque de risitas y añadió—: Me parece que quiere tu boca en su coño.

Se me levantaron las cejas.

—Qué palabras tan atrevidas para alguien a quien hace dos minutos le daba vergüenza decir «coño».

—Pues por lo que he visto tú te rajas cuando te ofrecen una raja —replicó en tono descarado—. ¿Todavía piensas que soy demasiado vergonzosa?

—Lo retiro —dije con seriedad—. Eres una salvaje.

—Y tú eres lo opuesto a un rajado —señaló con una sonrisa de comprensión.

—Ufff, gracias.

—De nada. —Sonriendo, se acercó para acariciarme la mejilla—. Quítatela —me ordenó retirando la capucha—. Quiero verte esa cara tan bonita.

—Bonita —resoplé—. Hostia, sigue haciéndome esos cumplidos, Molloy. Harán maravillas con mi ego.

—Pero es que es verdad. —Suspiró y desplazó la mano de la mejilla a mi cuello—. Si ahora mismo tuviera un paquete de Rolo, te daría el último.

—¿Sí? —sonreí para complacerla—. Bueno, Molloy, si ahora mismo yo tuviera un paquete de Rolo, te los daría todos.

—¿Harías eso? —Se le abrieron tanto los ojos que parecía que le había ofrecido la Luna—. Es lo más bonito que nadie me habría dado nunca.

Negué con la cabeza y me reí.

—Te conformas con poco.

Ella se rio.

—Vale, vale, ¿qué te parece seguir la historia con esta palabra? —Se presionó las sienes con los dedos, emitió una especie de zumbido y de pronto soltó—: Ella.

—Abrió.

—Más.

—Las.

—Piernas.

—Para.

—Que.

—Él.

—Probara.

—Su.

—Palpitante.

—Clitoris.

Entonces lanzó una exhalación temblorosa, se acercó a mí y añadió:

—Ella.

—Usó.

—Las.

Sentí cómo se acercaba aún más.

—Manos —dije.

—Para.

—Quitarle.

—Los.

—Calzoncillos.

Molloy respiró de forma entrecortada y musitó:

—Bóxers.

—Y.

—Luego.

—Él.

Apretó la mano con la que me acariciaba el cuello.

—Hundió —continuó diciendo.

—Su.

—Dura.

Se quedó sin aliento cuando susurré:

—Polla.

Me agarró el cuello con tanta fuerza que me clavaba las uñas en la piel.

—Bien.

Tenía el corazón acelerado; me latía con tanta fuerza y violencia que me sorprendía seguir respirando. Reprimí las ganas de apoyar mi frente contra la suya.

Conseguí mantenerme firme y la contemplé mientras me miraba.

Pero era demasiado. Ella, el momento, lo que sentía, cómo me latía el corazón... Joder, no podía aguantar más.

Aun así, permanecí inmóvil, sin mover un pelo, contemplando cómo me miraba.

—Adentro —agregué.

Sentí que sus labios se acercaban peligrosamente a los míos.

—De.

—Su novia —añadió Paul con frialdad sobresaltándonos—. ¿Qué pasa aquí?

—Hey, Paul, estamos jugando al juego de añadir una palabra —respondió Molloy a media voz, ajena a la mirada de asesino que tenía su novio. ¿Quieres unirme a nosotros?

—No —se negó con rotundidad—. Lo que quiero es pasar algo de tiempo a solas con mi novia, pero llevo una hora y media buscándola.

—Tonto, eso es porque estaba aquí fuera jugando con Joe —soltó alegremente.

—Bueno, ¿te importaría entrar conmigo a celebrar el cambio de año? —preguntó—. Claro, si no es demasiada molestia separarte de Lynch.

—Por supuesto, Paul. —Me lanzó una sonrisa y me dio un toquecito en la nariz con el dedo—. Nos vemos... luego.

—Nos vemos, Molloy —contesté mirando cómo meneaba su magnífico trasero hasta el interior de la casa.

—No —negó Paul cuando Molloy ya había desaparecido—. No la vas a ver, no vas a jugar a ningún juego con ella ni tampoco vais a tener ningún tipo de relación.

Me reí.

—Tío, tienes problemas graves con el control.

—Lo digo en serio, Lynch —me advirtió—. Aléjate de ella.

—Es ella la que se acerca a mí una y otra vez, tío —repuse apurando las últimas gotas de vodka de la botella—. ¿Qué te indica eso?

—Que está aburrida y tú eres la obra de caridad perfecta en la que trabajar.

—¿En serio? —Me encogí de hombros—. Tiene gracia, porque a mí lo que me indica es que eres demasiado aburrido para ella y yo le doy justo lo que tú no puedes darle.

—¿Y qué es? —preguntó en tono de burla—. ¿Un sello de indigente en el culo y un historial delictivo tan largo como su brazo?

—Todavía no. —Sonreí con malicia—. Pero tiempo al tiempo.

—Mira, capullo, solo te lo voy a decir una vez más. Deja a mi novia en paz. No te acerques a ella y no te metas en su vida.

—Como quieras —respondí.

No tenía ninguna intención de pelearme con él esa noche. En esos momentos estaba de demasiado buen humor.

—Ah, una cosa antes de irme. —Se dio la vuelta y me miró con rabia mientras decía—: Gracias por emborracharla por mí.

Entrecerré los ojos y su sonrisa se volvió más sombría.

—Siempre es más fácil quitarle las bragas cuando se ha puesto hasta el culo.

Y, así, sin más, se giró y desapareció dentro de la casa.

Me levanté y quise ir a por él, pero ¿qué iba a hacer?

¿Qué coño podía decir al respecto?

No podía detenerlos.

Ella lo había elegido a él.

En repetidas ocasiones.

Era su novio.

Yo era su... nada.

Era su nada.

«Me cago en todo».

1 DE ENERO DE 2004

Llamando a las puertas de Danielle

Aoife

—Oh, sí, nena, así —gemía Paul mientras me presionaba más y más contra el colchón en la habitación de invitados a la que me había arrastrado.

En lugar de estar abajo pasándomelo bien en la fiesta como hasta hacía un momento, ahora estaba medio desnuda debajo de mi novio, que iba borracho como una cuba, sudando vodka y planeando la huida.

—Eres tan sexy... —continuó diciendo Paul entre gemidos mientras me toqueteaba los pechos desnudos y tiraba de ellos como si fueran sus juguetes personales—. Hostia, qué ganas de meterte la polla —añadió bruscamente mientras me lamía el cuello—. Voy a follarte con tanta fuerza que no vas a poder caminar recta durante una semana.

Ufff.

Las palabras que toda virgen quiere oír.

Bajó las manos hasta la cinta elástica de mi tanga y me puse tensa.

—Espera.

—No —gruñó enterrando la cara entre mis tetas—. No, no, no, no me digas que espere.

—Espera —repetí con la respiración agitada mientras le apartaba la mano de mis bragas de un guantazo—. Espera.

—Han pasado tres años y medio, Aoife —lloriqueó llenándome el cuello

de babas con sus besos—. Hará cuatro en febrero. ¿No me he ganado ya desflorarte?

«¿Desflorarme?».

—No —dije negando con la cabeza—. No quiero hacerlo aquí.

—Chisss, tranquila, aquí es perfecto. Es Nochevieja. Muy romántico.

—No voy a hacerlo, Paul —repliqué golpeándole el pecho en un intento de quitarme de encima a ese cabrón mamado—. Sal de aquí.

—Por el amor de Dios, Aoife —soltó mientras rodaba sobre su espalda—. No me vengas con gilipolleces. ¿Cómo puede ser que el único tío de nuestro curso que tiene novia desde hace años sea también el único que no consigue follar?

—Todavía no estoy preparada —le expliqué deslizándome hasta el borde de la cama—. No estoy lista para acostarme contigo y no pienso dejar que me presiones para hacerlo en una puta fiesta de mierda de Nochevieja —espeté alargando el brazo para coger mi sujetador del suelo de la habitación.

—Entonces chúpamela al menos.

Le lancé una mirada de odio mientras se agarraba la polla con la mano.

—Como me la pongas cerca de la cara, te la muerdo.

—No serías capaz.

—Haz la prueba.

—Eres una zorra.

—Si no puedes ser paciente y esperar a que esté preparada, es cosa tuya, no mía.

—Bueno, ¿y qué pasa si no puedo? —Se incorporó y me miró desafiante—. ¿Qué pasa si me he cansado de esperar a que te abras de piernas, Virgen María?

Entorné los ojos al mirarlo.

—Entonces no tenemos nada más que decirnos.

—De acuerdo, pues lárgate y búscate a otro gilipollas desgraciado que te acompañe a casa esta noche —me soltó deshaciéndose de las sábanas y

poniéndose de pie de un tirón—. Porque ahora mismo no quiero ni verte.

—Oye, lo siento, ¿vale? —dije con voz entrecortada sintiéndome extrañamente sensible ante su frío rechazo—. Ya te he dicho que lo único que pasa es que no estoy preparada para acostarme contigo.

—Y yo te he dicho que no quiero ni verte —contestó con desdén mientras se subía los bóxers—. Así que o follas conmigo o te vas.

Con la boca abierta a punto para responderle, oí cómo la puerta del dormitorio se abría de golpe.

—Aquí no —decía Danielle con voz mimosa mientras tiraba de la hebilla del pantalón de Joey, que iba sin camiseta—. Mejor vamos a mi cuarto.

«Dolor».

Me atravesó como un cuchillo.

Visiblemente colocado con cualquier sustancia que se hubiera tomado después de que me fuera, Joey se balanceaba contra ella con los ojos turbios y desenfocados mientras la agarraba por la cintura y tiraba de ella hacia él.

—Aquí está genial.

«Ay».

Me dolió.

Tanto que tuve que coger aire con fuerza para detener el dolor.

—Ah, perdón, chicos —chilló Danielle cuando se percató de nuestra presencia—. Estábamos... —Se le rompió la voz y se puso roja como un tomate—. Bueno, ya veis...

—No te preocupes. —Me tragué la bilis que tenía en la garganta y rápidamente me di la vuelta para ponerme el sujetador y embutirme en los vaqueros—. Ya nos íbamos.

—¿Lo ves? Van a echar un polvo, y te garantizo que él no ha tenido que estar tres años convenciéndola —escupió Paul tirándome bruscamente la camiseta desde el otro extremo de la habitación—. Joder, Aoife, se supone que eso es lo que hacen los chavales de mi edad.

—Vale, pues entonces jódete, Paul, en sentido literal y figurado —le

espeté mientras me ponía la camiseta a toda velocidad y sentía la punzante amenaza de las lágrimas en mis ojos.

—Vete a la mierda —dijo Paul con desprecio—. Disfruta volviendo a casa sola por la noche. Espero que no haya ningún bicho raro merodeando por los arbustos.

—Podéis quedaros la habitación, Danielle. Yo ya me iba —contesté sofocada y con la cara encendida mientras me calzaba las bailarinas y me dirigía hacia la puerta, que justamente estaba bloqueada por el cuerpo de Joey, desplomado contra el marco.

«Genial».

«Un momento para el recuerdo».

Sus ojos se posaron en mi cara y juro que me reconoció durante una fracción de segundo antes de sacudir la cabeza y mirar para otro lado.

—¿Se encuentra bien? —pregunté esquivándolo.

—Perfectamente —me aseguró Danielle mientras le agarraba un brazo y se lo pasaba por los hombros para llevarlo hasta la entrada de su cuarto—. ¡Feliz Año Nuevo!

Lo que fuera que hubiese ocurrido entre Joey y Danielle en su cuarto estaba claro que había sido justo lo que ella quería, porque, cuando volvió a bajar un rato después, se la veía tan feliz consigo misma que casi flotaba.

Indignada conmigo misma por el exagerado nivel de celos que le profesaba a una chica que nunca me había hecho nada, intenté deshacerme de mi mal humor, pero la verdad es que no lo conseguí.

Paralizada hasta la médula, por no mencionar lo absolutamente sobria que estaba, me senté en el sofá de la sala de estar y observé cómo la multitud de gente se iba reduciendo hasta que solo quedamos unos cuantos.

Debería haberme ido a casa hacía horas, pero no era capaz de poner un pie más allá de la puerta. Y es que él estaba arriba, completamente fuera de la realidad. Sabía que debería estar pensando en Paul, al que había dejado

solo y abandonado en una habitación, pero no era así.

Pensaba en Joey.

¿Qué decía eso de mí?

Me gustaba mucho, joder.

Tanto que me dolía la piel que cubría mi pecho.

«Por Dios».

Incapaz de estar un segundo más sin saber qué pasaba, me puse en pie de inmediato y salí disparada hacia la escalera mientras veía a Danielle en la puerta de la cocina con el rabillo del ojo.

«Estate quieta».

«Estate quieta».

«Estate quieta».

Rodeé la barandilla dejando atrás la habitación que había compartido con Paul unas horas antes y me dirigí directamente hacia la puerta situada al fondo del pasillo.

Estaba entreabierta, así que entré sin hacer ningún ruido.

—¿Joey? —susurré en la oscuridad mientras tanteaba el camino hacia la cama. Encontré una lámpara en el vestidor y, al encenderla, la habitación se bañó de un suave tono amarillo—. ¿Joe?

—Molloy —gimió hundiendo la cara en el colchón.

El sonido de su voz me rompió el corazón y, a la vez, me hizo estremecer.

Me estremecí porque, incluso en un estado tan lamentable, había reconocido mi voz.

Me rompió el corazón porque estaba desnudo en la cama de otra chica con un condón usado tirado en el suelo de la habitación.

—¿Estás bien? —me oí preguntar con el corazón a todo trapo al verlo ahí tumbado, probablemente desnudo, bajo el edredón de flores rosas de Danielle. Las sábanas solo le cubrían las caderas, dejando el resto de su cuerpo al descubierto y revelando una cruz enorme que llevaba tatuada en

la espalda.

—No —gruñó con la cara todavía entre las sábanas—. Mierda.

Dejé escapar un trémulo suspiro y me senté con cautela al borde de la cama, junto a él.

—¿Qué te has tomado?

—La he vuelto a cagar, Molloy —confesó pronunciando mal las palabras y moviendo la cabeza hacia los lados—. Otra vez.

—Sí, es verdad. —Respirando profundamente, le puse la mano en el hombro y vi cómo los músculos de su espalda se tensaban a mi tacto—. Qué voy a hacer contigo, ¿eh?

Me quedé sin aire en la garganta cuando posé la mirada sobre una cicatriz de unos quince centímetros que le atravesaba la espalda en diagonal. Quedaba parcialmente oculta tras el tatuaje de la cruz, pero se veía a simple vista si mirabas de cerca.

—¿Es de un cinturón? —me oí susurrar mientras le pasaba un dedo con total libertad por el resto de las cicatrices, todas profundas y estriadas, que llevaba repartidas por el cuerpo. La mayoría parecían antiguas, como si se las hubieran hecho hacía mucho tiempo, pero otras eran más recientes—. ¿Y esta?

—Seguramente —murmuró soñoliento—. No las mires.

—¿Qué te ha pasado en la espalda, Joe? —Con el corazón en la boca, continué recorriendo su deteriorada piel con los dedos, notando cómo el dolor me invadía el pecho a cada segundo—. ¿De dónde salen estas cicatrices? Y no me digas que de peleas.

—De peleas —dijo igualmente antes de ponerse boca arriba—. Dios, la cabeza me da vueltas.

—Ya —contesté alargando la mano para echarle hacia atrás su pelo rubio—. Me lo imagino.

—Estás aquí de verdad. —Entreabrió un párpado e hizo grandes esfuerzos por mirarme—. Pensé que te había soñado. —Luego me

contempló totalmente fuera de sí con la boca y las mejillas llenas de carmín —. Hey.

—Hey. —Al verlo se me revolvió el estómago—. Creo que no deberías entregarte a alguien como ella —susurré devolviéndole las palabras que me había dicho hacía mucho tiempo.

Supe que las había reconocido por el brillo de sus ojos, y se le ensancharon las fosas nasales.

—Molloy.

—Duele —admití en tono suave mientras le frotaba para quitarle el pintalabios—. Esto me duele.

—Nunca te haría daño, Molloy —declaró arrastrando las palabras, que, como su vida, eran muy confusas—. Prefiero morir a hacerte daño.

—No digas eso.

—Es la verdad. —Soltó un gemido de dolor y confesó con voz quebrada —: Lo único que he hecho bien en la vida ha sido alejarme de ti.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y parpadeé rápidamente para enjugarlas, pero no pude evitar que una se deslizara por mi mejilla y cayera sobre su pecho desnudo.

—Estás llorando. —Sus facciones reflejaron cierta ansiedad adormilada mientras lentamente logró apoyarse sobre los codos—. ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Estoy genial. —Moviendo la cabeza a uno y otro lado, me metí el pelo detrás de la oreja al calor de su aliento en mi mejilla—. Estoy bien.

Entonces miró a nuestro alrededor y sus ojos recorrieron esa habitación desconocida mientras la confusión se apoderaba de él.

—¿Yo he...? —Volvió a posar su atormentada mirada sobre la mía y, preso del pánico, se incorporó para sentarse—. ¿Nosotros...?

—No. —Negando con la cabeza, logré verbalizar la amarga realidad—. Nosotros no.

—Mierda. —Su cuerpo se desinfló—. Molloy.

—No te quedes ahí. —Con la respiración entrecortada, llevé la vista hacia el colchón, que aún olía a sexo—. En esa cama. —Lancé un suspiro tembloroso y odié la súplica desde el momento en que salió a trompicones de mi boca—: Con ella.

Joey me levantó la barbilla y me obligó a mirarlo mientras me observaba con tanta atención que los orbes verdes de sus iris se oscurecieron hasta convertirse en carbón.

—Vale —accedió por fin acariciándome con el pulgar la curvatura del labio inferior mientras yo apoyaba la mejilla en su gigantesca mano—. Ahora me levanto.

Un rato después, recorría con él el familiar trayecto de vuelta a casa.

Con la capucha puesta y las manos metidas en la parte delantera de la sudadera, Joey tenía el mismo aspecto que las otras veces que me había acompañado.

Un poco cabreado y muy sexy.

Sin embargo, esa noche yo no tenía la energía necesaria para bromear con él. Ni siquiera quería hablar. Así que caminamos en silencio con una nube de amargura sobrevolando nuestras cabezas.

—Gracias —le dije cuando llegamos a la verja—. Por acompañarme a casa y, bueno, ya sabes.

—No hay de qué. —Sin sacarse las manos de los bolsillos, se quedó mirando mientras yo cerraba la puerta del jardín tras de mí—. Nos vemos la semana que viene en el instituto.

—Sí. —Asintiendo con la cabeza, me quedé inmóvil frente a la verja, viendo cómo me miraba—. Supongo que sí.

Él asintió con rigidez, pero no hizo ademán de irse, igual que yo.

—Creía que esta noche te había hecho daño —confesó al fin rompiendo el intenso silencio que reinaba entre nosotros—. Cuando me desperté y te vi allí, pensé que había hecho algo que no podríamos cambiar. Me sentí la

hostia de aliviado cuando me dijiste que no lo habíamos hecho. —Dejó escapar un profundo suspiro y añadió—: Pero, tal como me miras ahora, desearía que sí hubiera pasado. —Movi6 la cabeza a los lados y se dio la vuelta—. Al menos, de ese modo, podr6a entender la mirada de decepci6n que se refleja en tus ojos.

—Joe. —Tuve que coger aire de golpe cuando vi que se marchaba—. Joey, espera. Yo...

—Nos vemos, Molloy —se despidi6 girando la cabeza por encima del hombro.

Y luego se fue.

7 DE ENERO DE 2004

Siempre daré la cara por ti

Joey

—Oye, Joe, ¿has visto a tu hermana?

Había aprendido a odiar esas siete palabras, sobre todo cuando las oía en el instituto.

Con los hombros tan rígidos que parecía que me iba a dar un espasmo, dejé de desliar la nueva empuñadura de mi hurley y miré directamente a Danielle.

—¿Por qué? —Habla en tono duro y seco mientras estaba sentado en cuclillas, ataviado con el jersey, los pantalones cortos, los calcetines y las botas de fútbol del uniforme—. ¿Qué ha pasado?

—Está llorando a mares en el baño.

«¿Otra vez?».

—¿Por qué? —pregunté poniéndome de pie y elevándome sobre la menuda rubia de ojos azules que tenía enfrente.

Mordiéndose el labio, Danielle señaló hacia el edificio del instituto.

—No sé muy bien qué ha sucedido, pero he oído que ella y Ciara Maloney han tenido unas palabras.

—¿Unas palabras? —Abriendo el cierre del casco, me lo arranqué de la cabeza—. ¿Podría ser que esas palabras hayan acabado siendo bofetadas?

Danielle se encogió de hombros; parecía nerviosa.

—Mira, prefiero no meterme, ¿vale? No quiero estar a malas con nadie. Te lo cuento solo porque eres mi amigo.

¿Amigo?

Eso era un poco exagerado.

Los amigos se preocupaban los unos por los otros.

Podía contar a las personas que consideraba amigas mías con los dedos de una mano.

Mi hermana era una de ellas.

Podge también.

Alec, pese a ser más bruto que un arado, daba la talla.

Tony Molloy, por razones obvias.

Además de mi hermana, solo había una chica en la que centrara mis afectos, alguien que ocupaba el rango más alto de amistad que mi corazón podía ofrecer, y desde luego no era la chica con la que había perdido la virginidad en tercer curso y con la que después había cometido el error de seguir enrollándome de vez en cuando.

Me llevaba bien con Danielle, pero no era mi amiga, y no tenía intención de incurrir en la misma equivocación que en Nochevieja.

Los mensajes ñoños que me había enviado casi cada día desde entonces fueron un toque de atención más que suficiente para hacerme entender que ese barco había zarpado.

No recordaba gran cosa de lo que había ocurrido aquella noche; en aquel momento estaba demasiado hecho polvo como para reflexionar sobre nada que no fuera la increíble puta sensación de estar flotando.

Lo único que recordaba de aquella noche era el condón que yo mismo me había enrollado torpemente en la polla y su pelo.

Era rubio y largo, y olía a coco.

El olor se me quedó en la nariz durante días.

El problema era que no estaba seguro de si lo que recordaba era el pelo y el aroma de Danielle o si era el de Molloy.

Ella estaba conmigo cuando volví en mí; me había mirado como si fuera el responsable de haberle roto brutalmente el corazón, y, después de acompañarla a casa, no había vuelto a dirigirme la mirada.

La forma en que me contemplaron sus ojos aquella noche lo había complicado todo para mí, porque hasta entonces no había sido completamente consciente de que podía hacerle daño, estuviera ella cerca o no.

Ese pensamiento fue aleccionador, pero no tanto como el panorama que me había encontrado al llegar a casa después de acompañarla desde la fiesta.

En efecto, la indiscutible carnicería a la que tuve que enfrentarme había tirado por tierra en un segundo cualquier propósito que pudiera tener hacia las chicas o hacia mi vida social.

Mi madre se había caído por las escaleras mientras yo había estado fuera y se había roto el brazo.

«Joder, qué casualidad».

Me había pasado las siguientes veinticuatro horas solo en casa a cargo de los niños (y de mi sentimiento de culpa) mientras mi madre esperaba con él en la sala de urgencias.

—¿Le ha pegado Ciara a Shannon? —pregunté volviendo al presente—. ¿Es grave? Venga, Dan, dímelo.

—Es grave, Joe —susurró alzando la mano para acariciarme el brazo—. Se oían muchos gritos y chillidos. Y, al parecer, también le han cortado el pelo.

Se me heló la sangre.

—Dime que no es cierto.

—Ha venido tu madre —añadió muerta de vergüenza—. La han llamado. Está hablando con el director.

—Por Dios bendito.

Con la respiración acelerada, salté el muro de metro y medio que rodeaba

el campo y me fui cagando leches hacia el edificio del instituto mientras los tacos de fútbol repiqueteaban sobre el hormigón a medida que avanzaba.

—Que no se te vaya demasiado la olla, Joey —oí que me decía Danielle; pero ya era demasiado tarde.

La olla se me había ido hacía mucho. Estaba perdida en el espacio desde que me enteré de que alguien le había metido unas putas tijeras a mi hermana en el pelo.

Cual trapo rojo incita a un toro, la noticia me había hecho atravesar el patio del instituto hecho una furia en dirección al edificio principal, y abrí la puerta de vidrio con tanta fuerza que me sorprendió que no se rompiera.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Alec cuando pasé como una fiera por su lado y por el del resto del equipo, que se dirigía hacia fuera para el entrenamiento.

—Lynch, el terreno de juego está hacia el otro lado.

—¡Que te den! —bramé perdiendo el poco autocontrol que me quedaba mientras caminaba con violencia hacia el baño de las chicas.

—No puedes entrar, Joseph —me advirtió la señora Lane, una de las profesoras, cuando pasé junto a ella.

—¿Ah, no? —respondí con insolencia abriendo la puerta de un empujón—. Intenta pararme si puedes, joder.

—¿Disculpa? —exigió sorprendida—. Voy a hacer que te expulsen por hablarme así.

—Pues que me expulsen —repliqué dirigiendo la atención hacia el grupo de chicas que se arremolinaban alrededor de las picas comunitarias del lavabo—. ¡Largaos ahora mismo!

—Voy a avisar al director —me advirtió con voz temblorosa la señora Lane a modo de amenaza al tiempo que sacaba a las chicas del baño.

—Hágalo —repuse de forma arrogante cerrándole la puerta en las narices.

Soltando un suspiro que pareció una llamarada, avancé a lo largo de la

hilera compuesta por unos doce cubículos de baño empujando cada puerta hasta que llegué a la última.

Estaba cerrada.

—Soy yo —dije solamente, y luego esperé con el corazón a mil por hora preparándome para lo que iba a encontrarme al otro lado de la puerta.

Unos latidos después, me llegó el sonido de un pestillo al abrirse, y, a continuación, la puerta se movió lentamente hacia dentro.

Sentada sobre la tapa cerrada del retrete, con las rodillas hundidas en el pecho y los ojos inyectados en sangre de tanto llorar, mi hermanita levantó la vista hacia mí.

—Hey, Joe.

Cuando la vi se me cayó el alma a los pies.

Me daba igual que tuviera catorce años.

A mis ojos, seguía siendo la niñita con coletas que había llevado pegada al trasero durante la mayor parte de nuestra infancia.

El mundo era un lugar oscuro y estaba lleno de decepciones. Eso no era nada nuevo para mí. Estaba demasiado familiarizado con el lado miserable de la vida. Había aprendido esa lección hacía mucho tiempo, pero, Dios, nadie se enfrentaba a un corazón roto como mi hermana.

Temblando, me obligué a mantener el control, algo que se me daba sorprendentemente bien cuando estaba con ella, y me agaché para mirarla.

—Hey, Shan.

Tenía el labio partido, el uniforme empapado de un líquido que, a juzgar por el olor, solo podía suponer que era leche cortada, y sujetaba su larga y oscura coleta en la mano.

Una coleta que ya no estaba unida a su cabeza.

Iba a matarlas.

A todas y a todos.

—N-no me preguntes qu-qué ha pasado —susurró entre sollozos en tono de súplica—. N-no qu-quiero hablar s-sobre ello.

—Vale. —Contra todos mis instintos, asentí despacio con la cabeza, teniendo cuidado de no hacer ningún movimiento brusco que pudiera asustarla—. No lo haré.

Sabía lo que era tener miedo. Me había pasado la mayor parte de la vida ahogándome en el más puro terror... Hasta que dejó de importarme.

Cuando digo que dejó de importarme, quiero decir que dejé de sentir.

Si no me importaba lo que me pasara, no tenía nada que temer.

Podía sobrevivir sintiéndome así.

Podía sobrevivir a esta vida.

Shannon me miró fijamente durante un buen rato, con sus grandes ojos azules a rebosar de lágrimas no derramadas, y luego se lanzó hacia delante como un potro asustadizo, llorando de forma histérica.

—J-Joe, ya no qu-quiero seguir a-aquí.

—Lo sé, Shan. —Agarré su cuerpecito cuando se abalanzó sobre mí y la abracé tan fuerte como pude, como si quisiera protegerla de algo que ya había sucedido—. Lo sé.

—M-me quiero m-morir —siguió diciendo entre llantos mientras se ahogaba en sus lágrimas—. Qu-quiero dejar d-de estar aquí.

—No te me mueras —repliqué en tono persuasivo con las venas inundadas de terror—. Qué haría yo sin ti, ¿eh?

—Pero s-solo te complico las c-cosas —contestó sin dejar de llorar—. No d-dejas de meterte en p-peleas para intentar p-protegerme y dar la c-cara por mí. N-no es justo para ti t-tener que estar siempre s-salvándome.

—Es mi trabajo, Shan —afirmé mientras le arrancaba la coleta de su pequeña mano—. Soy tu hermano mayor. Siempre voy a dar la cara por ti.

—Te qu-quiero, J-Joe.

—Yo también te quiero —susurré envolviéndola entre mis brazos—. Voy a arreglar esto, ¿vale? Voy a hacer que todo vaya bien. Te lo prometo.

—¡Shannon! —El fuerte grito de mamá me invadió las orejas mientras ella se apresuraba a entrar en el baño con el director pisándole los talones

—. Ay, Shannon, cariño.

—Shannon —saludó el señor Nyhan, nuestro director, en tono amable—. Joseph —dijo luego de forma mucho más sobria.

—¿Qué va a hacer al respecto? —exigí poniéndome de pie y levantando a Shannon conmigo—. ¿Ve esto? —Poniéndole la coleta de mi hermana delante de la cara, vociferé—: ¡Dígame qué cojones va a hacer!

—¡Joey! —gritó mamá sonrojándose mientras sacaba a Shannon de debajo de mi brazo para acogerla en el suyo. Pálida como un fantasma, me señaló con el dedo—. No te atrevas a usar ese tipo de lenguaje para hablarle a tu director.

—No se preocupe, señora Lynch —contestó el señor Nyhan en tono altivo—. Podemos hablar sobre el comportamiento de su hijo en otro momento. La señora Lane se pondrá en contacto con usted a su debido tiempo para abordar el problema.

—¡No me jodas! —refunfuñé moviendo la cabeza a los lados—. Le preocupa mi comportamiento, pero yo no voy por ahí cortándole la coleta a nadie.

—¡Joey! —gritó mamá sofocada—. Basta ya, por favor.

—Trataré a los alumnos implicados en el caso como crea conveniente —respondió el señor Nyhan—. No como usted exija, Joseph.

—O sea, que no va a hacer una puta mierda —solté en un tono cargado de asco.

—Tú sigue así, Joseph —me amenazó el director—. Porque con esa actitud, estás a punto de ganarte una expulsión permanente en lugar de una temporal.

—Por favor —suplicó mamá—. Por favor, intente entenderlo, ahora mismo está pasando por una situación muy difícil.

—No supliques por mí —le advertí contrariado por la emoción que se filtraba a través de mi voz al clavar los ojos en mi madre—. Si quiere expulsarme para siempre, que lo haga.

—No pasa nada, Joe —lloriqueó Shannon—. Estoy b-bien.

—Sí que pasa, Shan. —Negué con la cabeza—. Nada de esto está bien, y tú tampoco.

Aún negando con la cabeza, me fui hacia la puerta; sentía la necesidad de alejarme todo lo posible de esas personas.

—Voy a arreglarlo, Shannon. Todo va a ir bien.

—¿Joey? —me llamó mi madre.

—Joseph. —Ese era el señor Nyhan—. ¿Dónde cree que va?

Sin molestarme en contestarle a ninguno de los dos, abrí de un tirón la puerta del baño y me fui con paso indignado.

Escudriñé la horda de alumnos del pasillo y me fijé en la cabeza de zanahoria de Podge.

—El hermano de Ciara Maloney —espeté—. ¿Dónde está?

—¿Mike? —Las cejas de Podge se elevaron—. Creo que está fumando detrás del pabellón de Educación física.

Asintiendo fríamente con la cabeza, me encaminé hacia la puerta principal.

—¿Por qué? —oí que decía detrás de mí; pero no me paré a decírselo.

Con el ánimo ensombrecido hasta un punto de no retorno, di la vuelta por detrás del pabellón y no me detuve hasta cogerle el jersey a Mike Maloney con una mano e incrustarle la otra en la cara.

Se armó un alboroto a nuestro alrededor, y varios de nuestros compañeros de clase lanzaban vítores y gritaban:

—¡Pe-le-a, pe-le-a, pe-le-a...!

—¿Qué coño te pasa, Joe? —preguntó Mike tambaleándose hacia atrás.

Como un tiburón que percibe la sangre en el agua, me abalancé sobre ese cabronazo moviendo los puños con una dureza y una rapidez que no creía posibles.

Lo tiré al suelo, le puse la mano en la garganta y apreté.

—Da miedo, ¿eh? —me burlé cerrando la mano poco a poco hasta que

empezó a ponerse morado—. Que te ataquen sin motivo.

—¡Joey! —gritó Podge intentando inútilmente apartarme de él—. Venga, tío, lo estás ahogando.

—Genial —rugí colérico—. A lo mejor así la puta de su hermana se da por aludida.

—¡Joey! —bramó el señor Ryan, nuestro entrenador de hurling, acercándose para ayudar a Podge a alejarme de mi compañero de clase—. Ya está bien. ¡Suéltalo! ¡Ya!

—Tómatelo como un aviso para tu hermana —farfullé—. Si vuelve a mirar a la mía, te mato. —Jadeando, señalé al chaval que estaba dejando el suelo perdido de sangre mientras el señor Ryan y algunos de mis compañeros de equipo me arrastraban hacia atrás—. ¿Me has oído? ¡Te mato!

7 DE ENERO DE 2004

No finjas que no te has dado cuenta

Aoife

Me enteré de la pelea el miércoles después de comer. No se hablaba de otra cosa, y el instituto se llenó de chismes y rumores.

Al parecer, Ciara Maloney había orquestado algún tipo de ataque despiadado contra la hermana pequeña de Joey Lynch, Shannon, y, como represalia, Joey había apaleado al hermano de Ciara, Mike, hasta dejarle la cara casi irreconocible.

Supuestamente, a Mike y a Shannon los llevaron al médico sus respectivas madres, mientras que Ciara se quedó castigada después de clase y Joey pasó a engrosar la lista de desaparecidos.

—Espero que esta sea la última vez —dijo Paul sentado a mi izquierda demasiado feliz por toda esa horrible situación.

—A Lynch ya le han dado demasiadas oportunidades —continuó diciendo mientras tamborileaba con los dedos sobre el pupitre—. Seguro que esta vez Nyhan lo expulsa para siempre.

«Más o menos las mismas oportunidades que te he dado yo a ti», pensé todavía resentida por cómo había intentado presionarme en Nochevieja.

—No sé, Paul —replicó Casey a mi derecha, donde estaba sentada, sacándome de mis pensamientos—. Si expulsa a Joey para siempre, también tendrá que expulsar a Ciara por lo que le hizo a la hermana de Joey,

y no creo que eso vaya a ocurrir.

—Pero ¡si casi manda a Mike al hospital! —Paul se inclinó hacia delante en su silla y, sin dejarme intervenir, centró toda su atención en mi amiga—. Case, tú no estabas allí, no viste la cara de Mike. Se la había machacado. Tuvieron que arrastrar a Lynchy para alejarlo del chaval. No me importa lo buen hurler que sea, ese tío es un peligro. Un puto lunático.

—Oye, eso no te lo discuto —respondió Casey—. Puede que Joey Lynch sea la personificación del sexo, pero está a unas dos peleas de acabar una temporadita en la cárcel.

—Sí, una temporadita en la cárcel o con una camisa de fuerza —murmuró Paul por lo bajini—. Y ha estado con tantas tías que más bien es la personificación de una enfermedad de transmisión sexual.

—Bueno, a mí puede infectarme cuando quiera —contestó Casey moviendo las cejas.

—Eso no tiene gracia.

—Oye, relájate. Estoy de broma —replicó Casey con una carcajada—. Bueno, al menos sobre lo de que puede infectarme. Si los tíos fueran atracciones de feria, Joey Lynch sería la montaña rusa. —Los ojos le bailaron con picardía y luego guiñó un ojo y sentenció—: No puedes culpar a ninguna chica por querer subirse a ese bicharraco.

«Tenía toda la razón».

—Bonita analogía —refunfuñó Paul con cara de asco.

—Uy, no te preocupes, Paulie —soltó Casey con guasa alargando el brazo para darle una palmadita en la mano—. Tú también eres una atracción de feria.

—¿De verdad? —Sonrió con malicia—. ¿Cuál?

—Las tacitas giratorias —respondió con un bufido.

—Venga, parad ya los dos —solté incómoda con la situación—. Habláis como si fuera una persona horrible y no es así. Él solo... defendía a su hermana, a la que habían aterrorizado.

—Ya, Aoife, pero Mike no había hecho nada —apuntó Casey—. Solo fue un testigo inocente.

—Ah, quieres decir que era igual de inocente que la hermana de Joey. Y eso no impidió que Ciara Maloney le cortara el pelo a esa pobre chica, ¿verdad?

—Ya vale, Aoife —dijo Paul—. Hay una gran diferencia entre hacer que alguien cambie de peinado y darle una paliza de tres pares de cojones.

—¿Hacer que alguien cambie de peinado? —protesté—. ¿He oído bien? Mira, yo no justifico lo que Joey le hizo a Mike, porque fue una locura. Pero ya te digo yo a ti que si alguien intentara cortarme el pelo con un par de tijeras oxidadas también perdería el juicio.

—Eso es cierto —admitió Casey a regañadientes—. Me pondría como una loca.

—Exacto —convine resoplando—. Sería lo último que esa persona haría con unas tijeras, eso está claro. Y encima le ha pasado a una hermana pequeña —agregué—. Habéis visto a Shannon Lynch por los pasillos entre clase y clase. Es como un ratoncito. No podría defenderse ni aunque lo intentara.

—Así que, ¿el hecho de que su hermana no sepa defenderse le da derecho a usar los puños para pelearse por ella? —Paul arqueó una ceja; era evidente que no le gustaba que tuviera una opinión distinta a la suya sobre ese asunto—. No es más que un matón. Un abusón impulsivo. Y deberías alejarte de él.

—¿Te atreverías a decírselo a la cara? —me oí contestarle de forma acalorada.

—No, Aoife —dijo Paul en tono sarcástico—. Porque intentaría reorganizármela con sus puños, tal como ha hecho en otras ocasiones. Y eso es exactamente a lo que me refiero cuando hablo de ese capullo. Sacudió la cabeza hacia los lados y murmuró—: La verdad, no sé cómo tu padre es capaz de aguantarlo en el taller. Tony debe de ser un santo para haber

soportado durante tanto tiempo a ese desperdicio de espacio.

—Es buen trabajador —me apresuré a señalar—. Papá siempre alaba lo cumplidor y puntual que es Joey, así que tal vez no sepas tanto sobre él como crees.

—Pero ¿esto qué es? —gruñó Paul—. ¿El club de admiradoras de Joey Lynch?

—Bueno, seguro que es mejor que el club de me-quejo-de-él-hasta-aburrir-a-las-ovejas del que eres miembro fundador —repliqué sin intención de recular.

—¿Por qué siempre lo defiendes? —preguntó en un tono cargado de irritación.

—Porque siempre estás echando pestes de él —le espeté—. Es mi amigo, Paul. Vete haciendo a la idea.

—Joder. —Paul entrecerró los ojos—. Si tanto te gusta ese tío, ¿qué haces conmigo?

—Buena pregunta —respondí—. Yo misma me la he planteado mucho últimamente.

Paul retrocedió como si le hubiera golpeado.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, chicos, vamos a calmarnos —intervino Casey—. No nos peleemos por esto.

—¿Quién se está peleando? —pregunté de una forma bastante peleona.

—En fin... —farfulló Paul—. Ese capullo no se merece tanto protagonismo. Cuanto antes lo expulsen para siempre del instituto, mejor para todos.

—Es muy fácil para vosotros sentaros aquí y juzgarlo —afirmó Podge mientras echaba la silla hacia atrás y se levantaba del pupitre—. Pero ninguno sabe a lo que tiene que enfrentarse ese chaval. Es que ni os lo imagináis.

—Todos nos enfrentamos a mierdas, Podge —alegó Paul sin el menor

rubor—. Pero eso no nos da derecho a andar por ahí como una bomba de relojería, ni a él tampoco. No tiene carta blanca para patearle la crisma a alguien cada vez que pierde los papeles.

—Acabas de darme la razón —dijo Podge—. No tenéis ni idea. —Decepcionado, desvió la vista hacia mí—. Pensé que precisamente tú no te atreverías a juzgarlo.

—¿Qué? —repuse boquiabierta—. ¿Precisamente yo?

—Aoife, no hagas como que no lo sabes.

—No sé de qué hablas —respondí confundida—. No lo sé.

—Chorradas —se reafirmó Podge—. Finges ser su amiga, pero supongo que es todo mentira, porque a la hora de la verdad hablas mal de él con los demás.

—Oye, para el carro —advirtió Casey saliendo rápidamente en mi defensa—. No lo pagues con ella solo porque tu amigo la haya cagado. Aoife no es su portavoz.

—¿Sabéis qué? —masculló Podge moviendo la cabeza a los lados—. No tengo tiempo para estas mierdas.

Acto seguido, se echó su mochila y la de Joey al hombro y salió del aula con paso airado.

Me sentía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, así que recogí mis cosas a toda prisa y salí detrás de él, ignorando las protestas de Paul, Casey y el pobre profesor sustituto que intentaba controlar la clase.

—Podge, espera —le pedí a mi pelirrojo compañero mientras se alejaba dando zancadas hacia la salida del instituto—. Espera un segundo, ¿no?

—No estoy de humor, Aoife —fue todo lo que dijo. Sin darse la vuelta, empujó las puertas de cristal y salió al último chaparrón de enero—. De verdad que no.

—¿Qué has querido decir antes? —le pregunté siguiéndole el paso mientras se alejaba a toda prisa del instituto—. Con lo de que Joey tiene que enfrentarse a muchas mierdas. —Solté un suspiro lleno de frustración—. ¿A

qué mierdas?

—Como si a estas alturas no lo supieras —gruñó Podge—. No estás ciega, Aoife, y desde luego no eres idiota.

—Pues como si lo fuera —repliqué—. Venga, Podge, dime qué has querido decir —supliqué.

—Ya has visto en qué condiciones viene al instituto —me espetó alterado—. No finjas que no has visto los putos moratones, Aoife. Son tan obvios que la mayoría de las veces no puede ocultarlos. Venga, tía, no hace falta ser un genio para darse cuenta de que lo muelen a palos cuando no está en el insti.

«Por fin salió».

Desde luego era algo que no me esperaba que dijera, pero, de un modo extraño e inquietante, en realidad sí.

Se me fue la mente a las cicatrices que tenía Joey bajo la ropa, y luego más atrás, a un altercado que había presenciado hacía un par de años en el que, tras perder la final del condado contra la ciudad de al lado, Joey había llegado a las manos con quien yo suponía que era su padre en la parte de atrás del aparcamiento del pabellón de la asociación de hurling.

En aquel momento, lo achaqué a su impulsividad habitual y al hecho de que le habían dado una paliza al Ballylaggin en el partido. Pero, en esos momentos, recordando cómo el hombre más grande lo había empujado y zarandeado antes de agarrarlo por la nuca y obligarlo a meterse en la parte de atrás de un coche, lo veía mucho más claro.

—Dios mío —susurré cubriéndome la boca con la mano.

—No te hagas la sorprendida —dijo Podge en tono acusador—. Trabaja con tu padre. Sabías lo que ha estado pasando.

—¡No lo sabía! Espera... ¿Te lo ha dicho Joey? —pregunté tratando de agarrarle el jersey—. ¿Te ha dicho que su padre le pega?

Podge frenó en seco, se dio la vuelta y me echó una mirada que decía «¿Estás loca?».

—No, claro que no me lo ha dicho —me espetó en tono indignado—. Por si no te has dado cuenta, es bastante hermético. Joey no le dice a nadie lo que ocurre en esa casa. Pero he oído rumores suficientes (además de todas las veces que ha venido al instituto con un ojo morado) para saber que lo tiene mucho más difícil que tú o que ese gilipollas santurrón al que llamas «novio».

—Oye, eso no es justo —solté poniéndome roja—. Antes he intentado defenderle.

—Sí, seguro —repuso con ironía antes de irse.

—Pues sí —afirmé yendo de nuevo tras él a toda velocidad—. No tengo la misma opinión sobre Joey que Paul. De verdad. Pienso por mí misma, Podge.

—Bueno, entonces deberías demostrarlo —dijo—, y quizá también defender más al chaval, sobre todo teniendo en cuenta que él ha hecho eso mismo por ti en más de una ocasión.

—¿Qué? —Entrecerré los ojos—. ¿Eso qué quiere decir?

—Nada —contestó bruscamente Podge acelerando el paso en un claro intento de alejarse de mí—. Nada en absoluto.

—¡¿Qué haces con su mochila?! —le grité apartándome el pelo mojado de los ojos mientras la lluvia seguía martilleando sobre nosotros.

—¡Se la voy a llevar! —vociferó por encima del hombro—. Si consigo encontrarlo.

—Deja que lo haga yo —me oí decir mientras corría tras él bajo la lluvia—. Puedo encontrarlo, Podge —le aseguré deslizándole la mochila de Joey del hombro y poniéndola sobre el mío—. Déjame a mí.

Sus ojos expresaban desconfianza.

—¿Por qué?

—Porque quiero hacerlo.

—Ya, pero ¿por qué?

—Porque sí, ¿vale?

—Vale. —Me miró con recelo—. Pero no le digas a Joe lo que te he dicho sobre su padre, ¿eh? Porque entonces perderá la...

—No lo haré —prometí interrumpiéndolo.

En realidad tenía la intención de que me lo dijera él mismo.

No estaba en el taller con papá, no estaba en las instalaciones de la asociación de hurling y tampoco en ninguno de los otros lugares que sabía que frecuentaba.

Solo quedaba un sitio.

«Su casa».

El barrio en el que yo vivía no tenía muy buena reputación, pero era Disneylandia comparado con el suyo.

Algunas de las casas que había en su calle estaban tapiadas y muchas presentaban innumerables grafitis, así que se podía decir sin temor a equivocarse que en la urbanización Elk se respiraba miseria.

Había un coche quemado en el extremo más alejado del ruinoso campo deportivo situado junto a su casa, cerca del lugar en el que tres ponis campaban a sus anchas, pastando en la hierba crecida y la maleza.

«Dios».

Inspirando para calmarme, rodeé la tapia del jardín, que estaba cubierta de pintadas, me acerqué a la puerta principal y llamé con fuerza.

Pasaron unos instantes hasta que el sonido de una llave moviéndose en la cerradura invadió mis oídos.

Unos segundos después, la puerta se abrió hacia dentro, pero solo unos centímetros.

—¿Sí?

—Hola —dije sonriéndole alegremente a la joven que se asomaba por la rendija. Enseguida advertí que era Shannon—. ¿Está Joey aquí? Tengo que hablar con él.

Miró hacia atrás y luego negó de inmediato con la cabeza.

—Todavía no ha vuelto a casa. —Tenía los ojos rojos y se sorbía los mocos. Desvió su temblorosa mirada hacia la mochila que yo sujetaba y lentamente comenzó a abrir un poco más la puerta—. ¿Es su mochila?

—Sí —contesté—. Se la ha dejado en el instituto. Vengo a devolvérsela.

Se oyeron unas voces muy fuertes procedentes del interior de la casa y ella se apresuró a alargar la mano para coger la mochila.

—Gracias por traérsela. Yo se la doy.

—No te preocupes —respondí retrocediendo un paso con la mano bien sujeta alrededor de la correa mientras me la recolocaba en el hombro—. Puedo esperar.

Algo iba mal.

Lo noté en cuanto me abrió la puerta. Las palabras que me había dicho Podge volvieron a mi mente e hice un gesto compasivo antes de reafirmarme de inmediato en mi conclusión.

—Como te decía, tengo que hablar con tu hermano —añadí ofreciéndole lo que esperaba que fuera una afectuosa sonrisa—. Soy Aoife, por cierto. Aoife Molloy. Joey trabaja con mi padre.

—Sí —musitó con la cabeza todavía gacha mientras se aferraba a la puerta como si fuera lo único que la sostenía en pie—. Sé quién eres. Estabas en el funeral del abuelo Murphy.

—Cierto. Y tú eres Shannon, ¿no?

La había visto muchas veces por el instituto desde que entró en el Ballylaggin, pero era muy reservada y nunca miraba a nadie a los ojos el tiempo suficiente como para que la tuvieran en cuenta. Ahora que la veía de cerca, era difícil pensar que tenía más de once años. Solo era un par de años más joven que yo, pero su cuerpo parecía el de una niña pequeña.

—Sí. —Haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, mantuvo en todo momento la barbilla bajada mientras susurraba—: Soy Shannon.

—He oído lo que ha pasado hoy en el instituto —dije en voz baja horrorizada al ver su melena cortada a dentelladas a la altura de las orejas

—. Siento que hayas tenido que sufrir eso.

—No pasa nada —balbuceó.

Le temblaban las manos. De hecho, parecía estar a dos segundos de caer desmayada en el suelo.

—Oye, ¿estás bien? —le pregunté inclinando la cabeza a un lado para intentar que me mirara a los ojos.

—Sí.

—No lo parece. —La preocupación se apoderó de mí—. Estás pálida como un fantasma.

A mis oídos llegaron más gritos, y vi cómo se estremecía.

—Es mejor que te vayas. —Hablaba con un hilo de voz, casi suplicando—. Ahora mismo. Por favor.

Entonces la puerta se abrió de golpe y un niño rubio me sonrió alegremente.

—La amiga de Joey —afirmó encantado—. La chica guapa.

—Hola, Ollie —saludé sonriéndole—. Hacía tiempo que no te veía. ¿Qué tal estás?

—Bien —contestó en tono jovial aparentemente ajeno a la intensa discusión que tenía lugar tras la puerta cerrada que se encontraba al final del pasillo—. ¿Has venido a jugar con Joey? —preguntó con inocencia sin perder la amplia sonrisa.

—Ollie —le advirtió Shannon en tono tembloroso—. Vuelve adentro.

—Sí, así es —me apresuré a confirmar—. ¿Está aquí?

—No —dijo Ollie negando diligentemente con la cabeza y haciendo que Shannon lanzara un trémulo suspiro—. Pero ahora mismo se está metiendo en un lío. ¿Quieres entrar y esperarlo?

Fue la mirada de puro terror que se reflejaba en los ojos de su hermana lo que me hizo responder:

—Claro.

Enseguida di un cauteloso paso hacia el interior.

—Joey se ha vuelto a meter en un lío —me contó Ollie haciendo gestos con la manita para que lo siguiera a la sala de estar—. Esta vez es muy malo.

Shannon pasó por mi lado entrando apresuradamente en el cuarto de estar y cogió un pequeño bulto que en un primer momento me pareció una manta blanca. Pero entonces la manta empezó a chillar y de detrás emergió una cabecita rubia.

—Qué bebé tan mono tienes —exclamé con los ojos clavados en el crío que se retorció entre sus brazos y que recordaba haber visto en el funeral.

—No, no, no —negó sofocada mientras lo mecía en sus escuálidos brazos—. No es mío.

—Se llama Sean —me contó Ollie subiéndose al sofá de aspecto desgastado y dando palmaditas en el espacio libre que quedaba a su lado—. Es el más nuevo de nosotros.

—Es nuestro hermano —aclaró Shannon mientras intentaba tranquilizar al inquieto bebé que se negaba a aceptar el biberón que le ofrecía.

—¿Qué tiempo tiene? —pregunté hundiéndome en el desgastado cojín.

—¿Quién, Sean? —Acunándolo en sus brazos, se metió un mechón de pelo rubio detrás de su pequeña oreja y dijo—: Acaba de cumplir dos años.

—¿En serio? —Me costaba muchísimo creer que el crío que llevaba en los brazos tuviera dos años. Era de un tamaño diminuto y parecía más bien un bebé de doce meses.

—Tengo cuatro hermanos —declaró Ollie.

Abrí los ojos como platos.

—¿Cuatro?

—Sí, y una hermana —añadió también con orgullo—. Darren es el mayor, y luego están Joe, Shannon, Tadhg, yo y Sean.

—Por si se te ha escapado, es el que no es capaz de mantener la boca cerrada —intervino Tadhg desde el sillón de enfrente. Cambiaba de canal con el mando a distancia y me miró de reojo antes de volver a centrar la

mirada en Shannon—. Va a flipar.

—¿Quién? —pregunté.

—Papá —dijo Ollie mientras Tadhg decía «Joey» y Shannon contestaba «Nadie».

—¡Haciéndote el tipo duro en el instituto! —bramó una dominante voz de hombre que hizo que todos los niños de mi alrededor se estremecieran y se acobardaran—. Tienes suerte de que no le vayan con esto a la Gardaí. Te habrían echado del equipo para siempre. Sí, también te han expulsado temporalmente del equipo.

—¿Crees que me importa una mierda que me larguen del equipo de hurling? —Oí la risa forzada de Joey—. Que te jodan, viejo. Ese es tu sueño, no el mío.

—Ah, ¿todavía estás cabreado? No te preocupes, chaval, que yo te quito el cabreo a hostias.

—¿Qué demonios os pasa a vosotros dos? ¿Por qué siempre recurrís a los puños? ¿No podéis dejar de ser así? —chilló una voz de mujer—. ¿Por qué elegís usar la violencia a la primera de cambio?

Incómoda, miré a los hermanos de Joey, que ignoraban solícitamente los gritos procedentes de la otra habitación.

—Es demasiado, Joey. Ya no puedo hacerme cargo de ti, de verdad que no.

—¿Hacerte cargo de mí? No tienes que hacer eso. No tienes que hacer nada por mí, que es justo lo que ya haces. Estoy genial así. E intentaba proteger a mi hermana, ya que tanto te preocupa. Va a acabar suicidándose si no la sacas de ese instituto. Ya no puede más.

—¡Y yo no puedo más con tu comportamiento!

—Pues échame de casa.

—No me tientes, chaval.

—¡Suéltalo, Teddy!

—¿Y dónde coño está esa hermana tuya? ¡Tendrá algo que decir!

En pocos segundos, la puerta de la salita se abrió de golpe y entró un hombre alto y temible.

«Su padre», advertí mentalmente reconociendo el evidentísimo parecido que tenía con los niños que había esparcidos por la estancia.

También lo reconocí al instante como uno de los borrachos más maliciosos y ruines que frecuentaban el bar cuando me tocaba el turno de tarde los días de entre semana. Nunca pedía comía, así que no había llegado a servirle personalmente, pero siempre me daba muy mal rollo.

—¿Esta quién es? —preguntó deteniéndose al verme sentada en el sofá.

—Es Aoife —contestó Ollie con orgullo dándome toquecitos en el hombro con su manita—. Es mi amiga.

—¡Teddy, espera! —gritó una mujer que guardaba un parecido asombroso con Shannon apresurándose a entrar en la habitación detrás de su marido—. Por favor, espera... —Su voz se apagó cuando posó la vista sobre mí, y juro que noté cómo se destensaba de alivio—. Ah, hola.

—Hola —respondí poniéndome de pie enseguida—. Soy Aoife.

—Aoife —repitió la madre asintiendo ligeramente con la cabeza. Se bajó la manga de la rebeca para ocultar la escayola que le cubría el brazo, forzó una sonrisita y preguntó—: ¿Eres amiga de Shannon?

Su marido resopló como si fuera la cosa más ridícula que había oído jamás.

—Marie, mírala. —Sus ojos oscuros me recorrieron de tal manera que me sentí incómoda—. La chica no es de aquí.

—Entonces de quién... —La voz de la madre se entrecortó un instante antes de asentir con la cabeza en señal de haber entendido—. Ah, estás aquí por...

—Mí —dijo una voz dolorosamente familiar—. Está aquí por mí.

—Joey —suspiré clavando los ojos en mi furioso compañero de clase cuando lo vi plantado en la puerta de la sala de estar.

—¿Qué haces aquí, Molloy? —Su tono era brusco, y en sus ojos refulgía

una frustración apenas contenida mientras le goteaba sangre de un corte que tenía en la ceja—. En mi casa.

—Te has dejado la mochila en el instituto. —La levanté a modo de explicación fijando la mirada en su pelo revuelto y en el cuello de la camiseta, que se había estirado hasta perder la forma—. Pensé que la podrías necesitar.

—Como si la hubieras tirado al puto cubo de la basura —dijo su padre con desdén; desprendía un olor a whisky tan identificable como el de los pasteles en las panaderías—. Para el uso que le da...

—Muy amable por tu parte —intervino enseguida su madre cogiendo la bolsa con la mano buena—. ¿Verdad que sí, Teddy?

Sin mostrar ningún interés, su marido gruñó algo parecido a una respuesta y le arrebató a Tadhg el mando de la mano.

—Fuera de mi sillón, crío de mierda —ordenó chasqueando el dedo—. Y tráeme el tabaco.

Vi cómo el niño le fruncía el ceño a su padre de una forma que me recordó a su hermano mayor, pero no tardó en salir arrastrándose del sillón.

—Venga, Ols —refunfuñó mientras salía de la estancia—. Ayúdame a buscar un cenicero.

—Me ha gustado verte —me dijo Ollie en tono cantarín, todo ojos e inocencia, antes de bajarse del sofá y salir a toda prisa tras su hermano.

—Sí —logré decir con el corazón palpitando por los nervios mientras contemplaba al pequeñín salir corriendo de la habitación—. Lo mismo digo.

Shannon, que parecía haberse convertido en piedra, parpadeó incontrolablemente y luego huyó de la salita murmurando algo sobre que Sean necesitaba comer mientras se iba.

—¿Quieres un té? —me preguntó su madre estirándose de la manga de la rebeca con aspecto casi tan inseguro como su hija. «Casi tan asustado»—. ¿O prefieres un café?

—No, no se va a quedar —contestó Joey mientras inclinaba la cabeza

hacia la puerta principal, sin dejar de mirarme—. Vamos a hablar.

—Yo... eh... mejor... —Se me entrecortó la voz al ver que la puerta se abría de par en par y Joey salía con paso airado—. Me voy —acabé por decir dedicándole a su madre una sonrisilla antes de esquivarla y dirigirme hacia la puerta.

—¡Gracias por traerle la mochila! —me gritó mientras me iba—. Es un gesto muy bonito por tu parte.

—De nada. —La saludé con la mano y seguí a su hijo fuera de la casa—. Adiós.

En cuanto salí y cerré la puerta a mi espalda, Joey se me echó encima.

—¿Quién coño te crees que eres? —me preguntó en tono susurrante mientras iba de un lado a otro como un loco—. ¿Cómo se te ocurre venir así a mi casa? —Sus ojos verdes brillaban bajo una máscara de ira, pero debajo podía ver el pánico absoluto que sentía, ya que no dejaba de echar rápidos vistazos a la puerta que yo tenía detrás—. ¿En qué estabas pensando al aparecer aquí?

—Pensaba que te habías dejado la mochila y que podrías necesitarla —le espeté antes de alzar una mano para tocarle la cara—. ¿Te ha hecho él eso en el ojo?

—¡No te metas! —vociferó agarrándome la mano antes de que pudiera tocarlo—. Lo digo en serio, Molloy. —De nuevo enmascarando el miedo con rabia, su furiosa mirada se encontró con la mía y me apartó la mano de golpe—. ¡Aléjate de mi cara y aléjate de mi puta vida!

—Escúchame. —Acercándome a él, alcancé su mano, deseando que se abriera a mí—. Lo sé, ¿vale? Entiendo lo que está pasando. Tu padre es alcohólico, ¿verdad? —Señalé hacia atrás con el pulgar—. Se le va un poco la mano cuando se toma unos Jameson de más. —Alargué el brazo para tocarle por detrás—. Y tu espalda... Esas cicatrices...

—Tienes que irte, Molloy —me insistió con el pecho agitado mientras volvía a apartarse de mí—. Ya. No estoy de broma. —Su mirada volvió a

desviarse hacia la casa y vi la ansiedad en sus ojos—. Tienes que largarte —regruñó bajando el camino de entrada—. Vete ahora mismo, Molloy —añadió cuando llegó a la tapia del jardín—. Vete, joder. Por favor.

—No me voy a ninguna parte hasta que hables conmigo —declaré sin darle un respiro mientras caminaba hacia él para reclamarle el espacio que había puesto entre nosotros.

Nos caían encima chuzos de punta, pero no pensaba marcharme.

Porque ahora ya lo sabía.

Así que no volvería a hacerlo.

Yo tenía una buena vida y un hogar relativamente estable. Es verdad que a mi padre se le iban los ojos, lo que significaba que la relación entre él y mi madre era inexistente la mayor parte del tiempo, pero ni él ni mamá abusaban el uno del otro ni de Kev ni de mí.

No teníamos montones de dinero y dependíamos de una vivienda social, como la mayoría de las familias de nuestro barrio, pero no nos faltaba de nada, y mucho menos amor. Lo recibíamos de forma incondicional y procedía de una fuente de suministro ilimitada.

No temíamos decir lo que pensábamos ni dar nuestra opinión por miedo a que hubiera represalias físicas, como era evidente que les ocurría a Joey, su madre y sus hermanos.

—No pasa nada, Joe —insistí implorándole que me escuchara mientras me retiraba el pelo mojado de la cara—. Ahora ya lo entiendo.

Y así era.

De repente toda la agresividad y los cambios de humor empezaron a cobrar sentido.

Las drogas.

Las peleas.

La despiadada forma de atacar a Paul y a Kevin cuando pensó que estaba amenazada.

Era como si se hubiera disipado una nube delante de mis ojos.

No tenía una naturaleza violenta.

Era violento porque en casa no se preocupaban por él.

—Entiendo lo que está pasando y estoy de tu parte.

—No tienes ni puta idea de lo que está pasando —me advirtió Joey retrocediendo otro paso cuando quise tocarle el moratón que se le oscurecía en el pómulo—. No me toques.

—¿Por qué? —De nuevo, me acerqué a él y lo acorralé contra la pared del jardín. Alargué la mano para que mis dedos pudieran rozar el corte que tenía en la ceja—. ¿Tienes miedo de que te haga daño?

—No —dijo con voz ahogada temblando de pies a cabeza mientras apartaba su cuerpo de mí—. Tengo miedo de ser yo el que te haga daño a ti.

Sus palabras nos desconcertaron a los dos.

—¿Hacerme daño? —repetí negando rápidamente con la cabeza—. Lo único que has hecho es mirar por mí, Joey Lynch. Nunca me harías daño.

—Podría —sostuvo pasándose una mano por el pelo empapado—. Existe esa posibilidad.

Con los ojos muy abiertos y el pecho agitado, me observaba cauteloso esperando mi reacción.

«Esperando mi rechazo», entendí en ese instante.

—Eso no va a pasar nunca. —Con los ojos clavados en los suyos y el corazón latiéndome de manera salvaje en el pecho, me obligué a no estremecerme. A no apartar la vista de su rostro magullado ni de las ojeras que se le habían formado mientras susurraba—: Porque no eres él.

Joey se puso rígido.

—Eso no lo sabes, Molloy. No me conoces. Rompo todo lo que me importa. Eso es lo que hago. Lo jodo todo.

El corazón me dio como cinco o seis vuelcos.

—Está bien que te preocupes por mí, Joe —dije muy bajito consciente de que me estaba adentrando en un territorio muy peligroso, pero sin controlarme lo suficiente como para detenerme y retroceder a un entorno

más seguro. Sobre todo porque el único sitio en el que quería estar parecía ser en medio de una de sus crisis nerviosas.

—No hagas eso. —Su voz sonó tosca y el verde de sus ojos reflejaba un peligroso ardor—. No me mires como si fuera esa clase de tío, Molloy. No busques significados ocultos en lo que digo. No soy tu tipo. —Llevó la cabeza a un lado y a otro, y dejó ir un suspiro cargado de dolor—. Lo rompería... —Se detuvo para señalar con gestos el espacio que había entre los dos y luego añadió—: Sea lo que sea esta retorcida amistad que hemos ido conformando con los años... La voy a joder.

—Pero ¿lo harías a propósito? —insistí decidida a no echarme atrás—. Eso es lo importante.

—No. —Me miró con los ojos entornados, estudiándome con un nivel de detalle que resultaba exasperante y alentador a partes iguales—. No lo haría a propósito. Claro que no, joder, pero eso no evitaría que ocurriera...

Interrumpió sus palabras cuando lo besé.

Perdí la cabeza justo allí, en medio de su calle; tiré la precaución por la borda y pegué mis labios a los suyos.

Se quedó paralizado por completo durante un buen rato, rígido e inmóvil, y por un instante me pregunté si había cometido un terrible error, pero entonces él me devolvió el beso... Giró nuestros cuerpos dejándome a mí de espaldas contra la tapia del jardín mientras movía sus labios de forma tan experta que fue realmente estremecedor.

Mi respiración era fuerte y rápida, y me sentía al borde del desmayo mientras me mecía contra él. No era demasiado grande ni musculoso, aunque lo había visto pelearse en suficientes ocasiones como para saber que era ridículamente fuerte. Más bien era delgado, con los músculos definidos bajo la piel tersa y bronceada.

Le rodeé el cuello con los brazos y me aferré a él como si me fuera la vida en ello mientras lo besaba con todo mi ser.

Era nuestro primer beso, pero no sentí que ningún cometa se estrellara

contra la Tierra, tal como había anticipado tras años de tragarme un montón de dañinas series para adolescentes.

No tuvo nada que ver con lo que pasaba en las películas.

Fue mucho mejor.

Era un beso real, crudo y áspero, tan cargado de emociones no verbalizadas que sentí que las piernas me temblaban de la presión.

Me rodeó el cuerpo con los brazos: una mano descansaba en mi cadera y la otra estaba enredada en mi pelo. Me besaba con tal intensidad que me estremecía de placer cada vez que su lengua rozaba la mía.

Ahogada tanto en mis sentidos como en la lluvia que caía sobre nosotros, me dejé llevar por el momento, por él.

No me importaba nada más.

Él era todo lo que veía, sentía, saboreaba y tocaba.

Estaba en todas partes.

Consumiéndome por completo.

Había estado tres años y medio besándome con Paul, y también con algún que otro chico antes de él, pero nada podía haberme preparado para los sentimientos que ese chico generaba en mi interior.

Si hubiera querido poseerme por completo allí mismo, bajo la lluvia, yo no habría puesto ninguna pega. Así de profundos eran los peligrosos sentimientos que había desarrollado por él.

Joey me besó como si tuviera hambre de mí y mis labios fueran los únicos que pudieran saciarlo. Conocía esa sensación y la correspondí incondicionalmente besándolo de modo igualmente insaciable.

Sin despegar sus labios de los míos en ningún momento, me levantó con facilidad y me sentó en la tapia del jardín. Y entonces me puso las manos en las piernas desnudas y sus experimentados dedos se deslizaron sobre la suave piel de mis muslos mientras los separaba y se colocaba entre ellos.

Tenía sus manos en mi pelo, su lengua en mi boca, su enorme cuerpo pegado al mío, con todos sus duros salientes sondeando la blandura de los

míos, y, aunque sabía que era una mierda de persona por no romper con Paul antes de besar a otro, solo podía pensar en lo excepcionalmente bien que me sentía estando con Joey.

Me di cuenta de que ese beso iba a tener consecuencias.

Consecuencias enormes, vertiginosas, que encendían los sentimientos.

7 DE ENERO DE 2004

Puede que la peligrosa seas tú

Joey

El día había dado tantos giros y vueltas que estaba al borde del latigazo cervical. Había empezado con una pelea con mi padre, hacia la mitad se produjeron un montón de problemas en el instituto y estaba acabando con un beso.

Sentir los suaves labios de Molloy mientras me gemía en la boca y apretaba su cuerpo contra el mío era mucho más de lo que podía soportar en ese momento. Me tambaleaba, totalmente a merced de esa chica que enredaba sus manos en mi pelo.

Su aroma, fresco y adictivo, me invadía los pulmones y me dejaba más noqueado que cualquier puñetazo de mi viejo.

«Este es el aroma que recordabas —reconoció enseguida mi cerebro—, y este era el cabello».

Con el corazón más desbocado de lo que jamás había provocado ninguna droga, la estreché entre mis brazos, combatí el sentimiento de pánico que me subía por la garganta y por fin me permití a mí mismo dejar de luchar contra la marea de emociones que se adueñaba de mí.

Las emociones que me habían ahogado durante cinco años.

Al verla antes en la sala de estar, con ese cabrón de mierda mirándola lascivamente como si fuera un trozo de carne fresca, estuve a punto de

perder el sentido. Por muchos años que viviera, sería incapaz de describir el profundo miedo que sentí cuando vi que ese bastardo se fijaba en ella.

Nunca entenderé cómo fui capaz de mantener la cabeza fría, pero el impulso de protegerla había sido tan intenso que la necesidad de alejarla de mi padre había eclipsado todo lo demás en aquel momento.

Esa chica tenía poder sobre mí, y ambos lo sabíamos. Yo llevaba mucho tiempo tratando de hacer lo correcto, de mantenerme alejado de ella, de ser una buena persona por una vez en mi vida. Pero me había pillado en un momento de debilidad y mi determinación se desmoronaba a cada embestida de su lengua.

No podía pensar con claridad.

La mente se me había quedado en blanco y el cuerpo había tomado el control.

Ya no pensaba en la discusión que había tenido con mis padres, ni en la expulsión a la que me enfrentaba en el instituto. Tampoco en las matonas que acosaban a mi hermana ni en el turno del trabajo, al que sabía que llegaba tarde.

No podía pensar en nada que no fuera ella.

Aoife Molloy me consumía hasta tal punto que ya no sentía que el mundo fuera un lugar completamente jodido.

La excitación y el miedo retumbaban en mi cuerpo mientras me permitía sentir algo distinto a la desesperanza. Disfrutaba de la sensación de estar en mi cuerpo, en mi cabeza, y, por una vez, no necesitar automedicarme primero.

«Putos labios peligrosos —me dije a modo de advertencia—. No te hagas demasiadas ilusiones».

Calado hasta los huesos por la lluvia que caía a mares sobre nosotros, sentí que un escalofrío le recorría el cuerpo y, de mala gana, me obligué a apartarme.

—¿Tienes...?

—Ni se te ocurra parar —respondió aturdida mientras enganchaba sus dedos en la cintura de mi pantalón de deporte—. No tiemblo por el frío —gruñó envolviéndome la cintura con las piernas—. Tiemblo porque me pones cachonda, así que deja de hablar y sigue besándome.

—Joder —murmuré aún más excitado de lo habitual por su carácter franco y sin pelos en la lengua—. Puede que la peligrosa seas tú.

—Es posible —admitió metiéndome una mano por el cuello de la camiseta—. Dios, estás tan duro... —gimió contra mis labios mientras me recorría el vientre con los dedos.

—Tengo la polla un poco más al sur, Molloy —bromeé sin despegarme del todo de sus labios.

—Muy gracioso —replicó—. Hablaba de tu vientre, no de la bestia. —Y luego me levantó unos centímetros la camiseta y echó un buen vistazo a lo que tenía que ofrecer—. Sí, me refería justo a esos abdominales.

—¿Te gusta lo que ves?

—¿Qué pasa? —Sonrió con descaro—. Siempre compruebo el producto antes de comprarlo.

—¿Y?

Soltó un trepidante suspiro y asintió con la cabeza.

—Bueno, ya hace tiempo que estoy por ti, Joey Lynch.

Esas palabras tuvieron algún efecto sobre mí, me trastocaron la puta cabeza, y, cuando volvió a envolverme y apretó sus labios contra los míos, ya no podía ver más allá de ella.

«Ten cuidado —me advirtió el músculo que me latía en el pecho—, porque si dejas que se acerque, si te cuelgas de esta chica, nunca te recuperarás».

«Déjate de hostias, ya te has colgado de ella».

«No la dejes escapar».

—Dios mío, creo que la acaba de dejar preñada —anunció una joven voz de mujer desde algún lugar detrás de nosotros—. ¿Qué esperabas? Ya te dije

que es de los que no tiene relaciones. ¡Ostras, espera! ¿No es Aoife Molloy?

Apartándose como si mis labios la hubieran quemado, Molloy desvió la mirada por encima de mi hombro hacia el lugar de donde procedían esas putas voces molestas.

—Ufff, mierda —exclamó sofocada aferrándose con los muslos a mis caderas como si fuera un tornillo de banco—. Nos han pillado de pleno.

«Madre de Dios».

Soltando un gruñido de dolor, dejé caer la cabeza unos segundos sobre el hombro de Aoife mientras me preparaba para la mierda de espectáculo que sin duda estaba a punto comenzar.

7 DE ENERO DE 2004

Todo esto es culpa tuya

Aoife

—¿De verdad estoy viendo a Aoife Molloy con Joey Lynch entre las piernas? —anunció Rebecca con voz exageradamente sorprendida mientras se colocaba bajo un paraguas rosa chillón en compañía de su amiga—. Y a espaldas de su novio. —Me echó una altiva mirada de superioridad y chasqueó levemente la lengua—. Ni más ni menos que en la tapia de su casa. Vaya clase, Aoife. Te has lucido.

—Anda, Rebecca, no seas pelma —gruñí tratando de no venirme abajo a causa de su arrogancia—. Nos estábamos besando, no follando, así que baja un poco ese nivel de escepticismo. No es para tanto.

—¿Joey? —dijo Danielle con voz ahogada mientras yo contemplaba horrorizada cómo los ojos se le llenaban de lágrimas—. ¿Qué haces con ella?

—La madre que me parió —murmuró Joey por lo bajini. Inspiró profunda e ininterrumpidamente, se alejó de mí y se dio la vuelta en dirección a nuestras compañeras de clase—. Chicas —saludó haciendo un gesto con la cabeza. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios hinchados de tanto como nos habíamos besado, y se colocó enfrente de mí—. ¿Qué hacéis vosotras por mi zona?

—Danielle te estaba buscando —espetó Rebecca señalando a su llorosa

amiga—. Quería asegurarse de que estabas bien después de lo que pasó en el instituto. Una tontería por su parte, al parecer.

—Bueno, pues estoy bien.

—¡Ya veo! —gritó Danielle con dureza—. Es evidente lo bien que estás.

—No empieces —repuso Joey en tono de advertencia—. Nunca te he prometido nada.

—¡Pero nos hemos acostado hace menos de una semana! —contestó casi chillando—. Y ahora, tú... tú... —Movi6 la cabeza hacia los lados y clavó sus ojos en mí—. ¿De qué coño vas, Aoife? ¿Se supone que éramos amigas! ¿A qué narices has venido?

¿Lo éramos?

Yo creía que más bien éramos compañeras de clase y conocidas que amigas íntimas.

—Oye. —Bajé de la tapia de un salto y alcé las manos—. No sabía que tuvieras algo serio con él.

—Es que no lo tenemos —se apresuró a señalar Joey—. No hay nada entre nosotros, ni serio ni de otro tipo.

—Y solo he venido... —Me quedé sin palabras y me encogí de hombros—. A ver si estaba bien, como tú.

—¡Mentirosa! —gritó Danielle poniéndose de un poco favorecedor tono morado—. Nos viste juntos la otra noche. Sabías exactamente lo que había entre nosotros.

—¿Sí? —bramó Joey—. Bueno, pues al menos alguien lo sabía.

—Puedes ir a ver cómo está tu novio —sugirió Rebecca en tono acusador mientras se unía a la trifulca y me señalaba con el dedo—. Te acuerdas de Paul, ¿verdad?

—Venga, Becks, no te pases —dijo Joey con cara de desprecio—. Tampoco es que él sea un puto santo.

—Eso, ¿sabe Paul lo que has estado haciendo? —quiso saber Danielle plantándose las manos en sus pronunciadas caderas.

—Todavía no —contesté pronunciando con mucha calma a pesar de que no me sentía así para nada, al tiempo que reprimía el impulso de meterme la mano en el bolsillo y coger el teléfono—. Pero estoy segura de que vosotras estaréis encantadas de decírselo.

—Uy, no lo dudes. —Me fulminó con la mirada—. Va a flipar en colores.

—Es muy atrevido por tu parte suponer que me importa —le solté gimoteando por dentro al ver que no había sido capaz de callarme la boca para no meter verbalmente la pata.

«Basta, Aoife, esta vez no tienes razón. Mejor cállate».

Entrecerrando los ojos, Rebecca puso los brazos en jarra y me miró con desdén.

—¡Ya es bastante chungo que no respetes tu propia relación, pero al menos podrías haber pensado un poco en la de Danielle!

—Pero ¿qué relación? —preguntó Joey con las manos en el aire—. ¡Porque desde luego conmigo no ha tenido ninguna!

—Joey... —sollozó Danielle colocándose una mano sobre el pecho—. ¿Cómo has podido?

—No, no, no vayas por ahí. No me vengas con esas gilipolleces de «Joey... ¿Cómo has podido?» —espetó negando con la cabeza—. Joder, ya te lo dije, Danielle. Ya te avisé de que no quería nada serio. ¡Te dije que era algo puntual y me contestaste que te parecía bien!

—¿Algo puntual? —Lo miró fijamente—. ¿Ya te has olvidado de las otras veinte veces?

«Ay, eso ha dolido».

—No me vengas con esa mierda —replicó Joey de inmediato—. Te dije lo que había, que no tenía ningún interés en repetir, y tú me respondiste que estabas de acuerdo conmigo.

—¡Bueno, pues te mentí! —admitió llorando a moco tendido.

—¡Bueno, pues yo no! —Claramente frustrado, Joey se pasó una mano por el pelo mojado y dijo—: Fuiste tú la que viniste a mí, ¿te acuerdas? Tú

me lo propusiste y yo te dejé muy claro cuáles eran mis intenciones. Sabías que esa noche yo estaba muy pasado, que no estaba disponible. Fui totalmente sincero contigo, Dan, así que guárdate esas lágrimas para ti.

—¿Es que no tienes corazón, Joey? —escupió Rebecca cuando su amiga se puso a llorar aún más fuerte—. Danielle siente algo por ti.

—¡Pues dile que deje de sentirlo! —Lanzó un bramido de frustración, señaló a Danielle con el dedo y gritó—: ¡Me prometiste que no harías esto!

—Ya lo sé, pero...

—No hay peros que valgan —espetó—. Y nada de promesas, yo voy por libre.

—Tú igual sí —dijo Danielle señalando hacia mí—, pero ella no.

—Lo que ella quiera o deje de querer no os incumbe a ninguna de las dos —replicó Joey en tono amenazante—. Así que ¿por qué no os dais el puto piro antes de que las cosas se compliquen más de lo necesario?

—¿A quién llamas? —pregunté de sopetón con la atención puesta en Rebecca, que tenía el móvil pegado a la oreja con expresión de suficiencia.

—Hola, Paul. Sí, soy yo, Becks.

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—Sí, mira, estoy en la urbanización Elk y he pensado que deberías saber que acabo de ver a tu novia, Aoife, con Joey Lynch.

«Ay, Dios, ay, Dios».

—Ajá, eso es. Sí, te aseguro que los he visto chingando.

—Por el amor de Dios —farfulló Joey en voz baja.

Me quedé con la boca abierta.

—Qué cabrona.

—Sí, te lo juro —dijo Rebecca sonriendo con mezquindad—. No, no te miento. Estaba enrollada a él como si fuera una hiedra.

—Por Dios.

Dejé caer la cabeza entre las manos y me puse a gimotear. Parecía como si mi turbulento estómago se me hubiera salido por el culo mientras

escuchaba con impotencia.

De todos modos tenía pensado confesárselo a Paul, pero habría sonado mucho mejor si lo hubiera oído de mi boca y no de la suya. Sí, porque en el instante en que Joey Lynch me correspondió el beso, mis sentimientos, sabía que ya no iba a volver a fingir.

—Dios mío, Joe —sollocé gritando por dentro a medida que me daba cuenta de lo que había hecho—. Soy mi padre.

—¿De qué hablas, Molloy?

—Papá —dije sofocada—. Soy como él. —Miré a Joey—. ¡Él es infiel, yo soy infiel! —Alcé las manos consternada—. Somos manzanas infieles del mismo árbol infiel. Arj —murmuré profundamente angustiada—, ahora no soy mejor que él.

—Cálmate. —Joey intentó consolarme diciendo, en tono brusco—: Ha sido un beso, Molloy, no hemos tenido un *affaire*. No eres como tu padre.

—¿Un *affaire*? —Lo miré sin parpadear—. ¿Qué quieres decir con «*affaire*»?

Él se encogió de hombros, claramente incómodo.

—Ay, Dios, lo sabes, ¿verdad? —Cogí aire con fuerza mientras mi cerebro caía en la cuenta—. ¿Que había otras mujeres? ¿Lo que hace? ¿Sabes lo de las aventuras de mi padre?

Joey no respondía, pero tampoco negaba nada.

—¿Lo sabías? —Moví la cabeza hacia los lados—. ¿Lo has sabido siempre? ¿Y no se te ha ocurrido decírmelo?

—No es asunto mío —dijo por fin con la mandíbula apretada debido a la evidente tensión que emanaba de él. Me agarró del brazo y me alejó un poco de las chicas antes de seguir hablando—: Trabajo con ese hombre. No soy ni su guardián ni tu espía. No me meto en mierdas que no me conciernen.

La lluvia arreciaba sobre nosotros y le aplastaba el halo de pelo rubio oscuro contra la frente mientras las gotas le resbalaban desde las cejas hasta

la nariz y luego hasta los labios. Sin embargo, él permanecía absolutamente rígido, con los ojos clavados en los míos.

—No le des más importancia de la que tiene, Molloy —dijo en tono acalorado—. Es una omisión, no una traición.

—Pues me siento como si lo fuera —respondí de forma ahogada mirándolo—. Me siento traicionada.

La emoción se reflejó en sus ojos antes de recomponer rápidamente su expresión.

—Tony me dio trabajo, apostó por mí cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Mi lealtad siempre ha sido hacia tu padre, no hacia tu madre.

—¿Y qué pasa con tu lealtad hacia mí?

Se le contrajo la mandíbula.

—Eso no es justo.

—¿Qué pasa conmigo, Joe?

—Molloy...

—Ay, Dios, ¿estáis teniendo vuestra primera pelea? —intervino Rebecca con una carcajada—. Esto no tiene precio. No habéis tardado mucho.

En ese preciso instante, un Toyota Starlet azul que me resultaba familiar se acercó a toda velocidad.

Los frenos chirriaron con fuerza, y yo me quedé mirando mientras se abría la puerta del copiloto y Paul salía del coche de su hermano Billy.

«Fantástico».

«Simplemente fantástico».

—¿Es cierto? —masculló con la cara roja y avanzando hacia mí lleno de furia—. ¿Habéis follado?

—¿Qué? —Boquiabierta, negué con la cabeza—. No, no me he acostado con nadie, cálmate. Me apresuré a interceptarlo antes de que ocurriera algo y le puse una mano en el pecho—. Paul, por favor, dame un segundo y te lo explico...

Me interrumpió apartándose de su camino en un intento por alcanzar a

mi cómplice de delito; tenía una sola determinación: provocar violencia.

—No has podido dejarla en paz, ¿eh? —rugió Paul chocando su pecho contra el de su némesis—. Tenía que ser tuya. Querías tacharla de tu lista.

—¿Qué lista? —Riéndose de un modo sombrío, Joey se encontró frente a frente con su rival y le dio un empujón con el pecho—. ¿De qué coño hablas?

—No tenías derecho a tocarla. —Paul echó un brazo hacia atrás y golpeó a Joey en la cara—. No tenías ningún puto derecho.

La cabeza de Joey se fue hacia un lado y yo contuve la respiración; casi tenía miedo de ver cuál iba a ser su respuesta.

No tuve que retener el aire durante mucho tiempo, porque en un abrir y cerrar de ojos, Joey había lanzado a Paul a la carretera.

—Noticia de última hora, gilipollas, ha sido tu novia la que me ha besado —gruñó Joey abalanzándose sobre Paul como un león sobre una gacela mientras le propinaba una sarta de puñetazos en la cara.

—Cállate, Joey —gimoteé dejando caer la cabeza entre las manos—. Por Dios.

—La verdad duele, Molloy —dijo Joey todavía arremetiendo contra Paul—. Sí, como lo oyes, capullo. Tu chica fue la que se lanzó.

—Y déjame adivinar... A ti no te interesaba —le rugió Paul en respuesta.

—¿Tú has visto a tu novia? —se burló Joey—. Claro que me interesaba. De hecho, estaba la hostia de interesado. Y lo sigo estando.

—Joey, deja de burlarte. ¡Billy, ni se te ocurra! —traté de advertirles para acabar maldiciendo con frustración cuando el hermano de Paul me ignoró por completo y se metió en la pelea.

—¡Suelta a mi hermano, sucio yonqui...! —Agarrando a Joey por la parte de atrás de la camiseta, Billy se lo quitó a Paul de encima y luego lo tiró al suelo y le clavó la bota en el estómago.

Varias veces.

Una tras otra.

Dios mío.

—¡Por Dios, parad ya! —gritó Danielle cubriéndose la cara con las manos.

—¿Ya estáis contentas? —pregunté fulminando a las dos chicas con la mirada mientras observaban la escena horrorizadas—. ¡Mirad lo que habéis hecho!

—Lo has hecho tú —repuso Rebecca con voz temblorosa—. Esto es culpa tuya, Aoife. Tú lo has provocado.

—Eso —afirmó Danielle entre sollozos—. ¡Mira lo que has hecho!

«Ya —pensé mientras corría para separarlos—. Ya lo sé».

—Anda que no, capullo de mierda —continuó mofándose Billy mientras le sujetaba a Joey los brazos a la espalda, dejándolo prácticamente indefenso, para que Paul pudiera darle patadas y puñetazos—. Ahora ya no eres un tipo tan duro, ¿eh?

—Que te jodan —dijo Joey medio balbuceando medio entre risas mientras gruñía y se agitaba cada vez que la bota de Paul entraba en contacto con su cuerpo.

Le salía sangre del labio a borbotones, pero él no parecía darse cuenta, o quizá no le importaba, mientras le vacilaba a Paul.

—No me extraña que estés cabreado, tío. Dejar que una chica así se te escape de las manos...

—¡Te voy a matar!

Joey se rio.

—Pero si no sabes ni hacer la O con un canuto, ¡capullo!

—¡Parad! —ordené tirando de los hombros de Billy, que tenían el tamaño de una puta cabaña de ladrillos, en mi patético intento de que ese grandullón liberara a Joey—. ¡Soltadlo!

—Mentiría si dijera que me arrepiento de haberle correspondido al beso. —Joey escupió una gran cantidad de sangre y sonrió—. No dudaría ni un segundo en volver a juntar mi boca con la suya.

—¡Por Dios, Joe, deja de vacilarle! —pedí casi suplicándole mientras tropezaba y me caía hacia atrás después de que Paul me empujara para alejarme del peligro—. Paul, lo siento, ¿vale? Siento haberte hecho daño, pero por favor para esto.

—Vete a la mierda, Aoife —gruñó Paul, clavándole a Joey el puño en las tripas y más furioso de lo que jamás lo había visto—. Conmigo actúas como la reina de hielo, exhibiendo tu virginidad por encima de mi cabeza como si fuera una puta zanahoria, pero en cuanto este mamonazo mueve un dedo, tú te bajas las bragas. ¿No es así?

—¡Por Dios, eso no es lo que ha pasado! —le grité—. Nos hemos dado un beso, ¿vale? Solo ha sido un beso.

—Con él nunca es solo un beso —objetó Paul pegando de nuevo a Joey—. Espero que lo hayas disfrutado, porque cuando acabe con él no habrá ninguna cara que besar.

—¡Hey! —Justo en ese momento, un niño de pelo rubio salió corriendo de la casa de los Lynch y rodeó la tapia del jardín con una escoba en la mano—. ¡Suelta a mi hermano!

—¡Tadhg! —bramó Joey ahora con el pecho agitado y una mirada feroz mientras se revolvía e intentaba liberarse tras ver a su hermano, que le había despertado el instinto protector—. ¡Vuelve adentro!

—¡Joder, he dicho que soltéis a mi hermano! —chilló Tadhg haciendo caso omiso de las palabras de Joey mientras le pegaba a Paul con la escoba en la parte posterior de las piernas.

—¡Oye, a él no lo toques! —solté cuando Paul apartó bruscamente a Tadhg de un empujón—. No es más que un crío.

—Tu hermano es un desgraciado con serios problemas de aprendizaje, chavalín —dijo Billy mofándose del pequeño Lynch—. Mi hermano y yo hemos venido a darle una lección que no pueda olvidar.

—¿Qué os parece si os doy yo una lección a vosotros? —replicó Tadhg tomándola con Billy esta vez—. Sobre cómo pelear de forma justa. —En

esas, el pequeñín le estampó el palo de la escoba a Billy en la cara—. Y sobre cómo dejar de ser la zorrita de tu hermano.

La nariz de Billy comenzó a chorrear sangre, y no tardó en soltarle los brazos a Joey.

—Por el amor de Dios —rugió cubriéndose la nariz con ambas manos—. Eres un perturbado.

Joey y Paul volvieron a aterrizar contra la carretera entre puños que iban de un lado a otro.

—Te ha gustado, ¿a que sí? ¡Pues aquí te traigo más! —Dándole vueltas a la escoba como si fuera el maestro Astilla de las Tortugas Ninja, Tadhg volvió a golpearlo, esta vez en la polla.

Cayó de rodillas como un saco de patatas, se llevó las manos al pito y rugió de dolor mientras el crío, que iba a por todas, le estampó la escoba en la cabeza.

El sonido de las promesas de Paul acerca de lo que le iba a hacer a Joey desvió mi atención de nuevo hacia la carretera, donde Joey yacía de espaldas con Paul sentado a horcajadas sobre su pecho.

—No podías dejarlo pasar —masculló Paul—. Podías tener a cualquier chica... Pero ¿qué coño estoy diciendo? Has tenido a todas las chicas que has querido, pero eso no era suficiente para ti, ¿verdad? ¡Tenías que echar a perder a esta!

—Sácalo todo, chaval —siguió cachondeándose Joey mientras su cabeza iba de lado a lado por los puñetazos de Paul, claramente agotado por la somanta de palos que acababa de recibir—. Es la primera y la última vez que te voy a dejar hacerlo.

El sonido de las sirenas invadió el aire y vi cómo se acercaban unas luces azules parpadeantes.

—¡Dios mío, la pasma! —oí que gritaba Rebecca mientras ella y Danielle salían por patas antes de que llegara el coche patrulla.

—Buah, mierda —exclamé con voz entrecortada cuando vi que un coche

de la Gardaí venía hacia nosotros—. ¡Basta ya! ¡Los dos! —Me acerqué corriendo y le cogí el brazo a Paul, pero me tambaleé hacia atrás y vi las estrellas en cuanto su codo entró en contacto con mi cara.

—¡Ay! —protesté perdiendo el equilibrio por la fuerza del impacto y aterrizando con el culo en el suelo.

Un intenso dolor me recorrió el pómulo mientras el escozor de las lágrimas invadía la maltrecha cuenca de mi ojo.

—¡Mira lo que has hecho, capullo! —Oí rugir a Joey—. ¡Mírala!

—Joder, Aoife —gritó enseguida Paul centrando su atención de nuevo en mí—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —contesté aturdida llevándome una mano al ojo dolorido mientras un horrible dolor me martilleaba la cabeza—. Pero parad ya de pelearos.

—¿Qué pasa aquí? —exigió un Garda metiéndose en la trifulca seguido de cerca por otros dos agentes.

«A buenas horas —pensé amargamente—, sobre todo porque la pelea ya se ha acabado».

Billy y Paul se lanzaron de inmediato al ataque ofreciéndoles a los Gardas su versión de los hechos, que casualmente arrojaba a Joey a los pies de los caballos.

—Eso no es para nada lo que ha sucedido —reivindiqué ante la Garda que tomaba notas en su cuadernito negro—. Todo ha sido un gran malentendido.

—Y entonces él dio el primer puñetazo —soltó Paul mintiendo con malicia mientras Joey permanecía sentado en la carretera, estoicamente callado, sin molestarse en defenderse.

—Y no es la primera vez —intervino Billy—. Ya ha agredido a mi hermano en otras ocasiones.

—Así es —confirmó Paul asintiendo con la cabeza—. Y además le han expulsado por romperle la nariz a un amigo mío hoy en el instituto durante

la comida.

—Mentirosos —espetó Tadhg con la cara enrojecida de la mala leche—. Ese lo estaba sujetando cuando el otro —hizo una pausa para señalar con el dedo a Paul— empezó a partirle la cara.

—Intentaba proteger a mi hermano —le aseguró Billy al Garda—. Paul nunca ha tenido problemas con la ley en su vida, señor. Ninguno de nosotros dos. Puede preguntárselo a nuestro padre, el subjefe Jerry Rice.

Entorné los ojos.

—¿Dándotelas de que conoces a gente importante, Billy?

—Pero este tío no deja de acosarlo.

—¿Que lo acosa? —Me quedé boquiabierta—. Para ya, Billy.

—Es verdad. Mi hermano ha sido víctima de una brutal campaña de difamación. Temía por su seguridad —continuó diciendo Billy en tono convincente—. Es peligroso, Garda. No quiero ni pensar lo que le podría haber pasado a mi hermano si yo no hubiera estado aquí para protegerlo de este chiflado.

Después de tomar un montón de notas, hacer algunas llamadas y persuadirse entre ellos durante unos minutos, uno de los Gardas nos registró a todos antes de detenerse en Joey con mirada severa e implacable.

«Ay, mierda».

—Lynch, ¿has cagado en tu propia puerta? —preguntó dirigiendo el pulgar hacia la casa de los Lynch—. Eso es nuevo en ti.

—Ya, ¿qué quieres que te diga? Me gusta mantener el interés sobre las cosas. —Jadeando sin aliento, Joey se tumbó boca abajo en el suelo y levantó las muñecas—. Vamos a acabar con esto.

Contemplé horrorizada cómo otro Garda se acercaba hasta donde estaba tumbado Joey y tiraba bruscamente de él hasta ponerlo en pie.

—Joseph Lynch, queda detenido según el Artículo 4 de la Ley de Derecho Penal bajo sospecha de agresión...

—¿Qué? —chilló Tadhg con los ojos desorbitados mientras alzaba las

manos indignado—. ¿Lo decís en serio? ¡Le estaban cascando a cuatro manos!

—No está obligado a decir nada a menos que así lo desee, pero todo lo que diga se recogerá por escrito y podrá usarse como prueba...

—¡Mamá! —gritó entonces Tadhg echando a correr hacia su casa—. ¡Sal, rápido! Están deteniendo a Joey otra vez.

—Espere, espere —solté mientras corría hacia el lugar en el que estaban esposando a mi compañero de clase—. Todo esto no es más que un malentendido.

—¿Qué pasa aquí? —oí preguntar al padre de Joey, que estaba apoyado en la puerta principal con una lata de cerveza en la mano, el mando a distancia en la otra y un cigarrillo entre los labios. Entrecerrando los ojos para ver mejor, le preguntó a Tadhg—: ¿Cuál de ellos es?

—Es Joey —vociferó Tadhg con frialdad todavía apretando la escoba en la mano mientras miraba a su padre con expresión de súplica—. ¡Por favor, papá, haz algo!

—Tu hijo está detenido, Teddy —le gritó el Garda—. Según el...

—Vale, vale, vale... —interrumpió Teddy Lynch haciéndole un gesto al Garda con la mano para que se fuera—. No me vengas con rollos. ¿De qué se le acusa?

—Agresión —contestó el Garda con aire incómodo.

—Ah, agresión. —Miró a Joey—. ¿Has hecho eso que dicen, chaval?

—Claro que sí, papi —afirmó este con desprecio irradiando tensión por cada poro de su cuerpo.

—Entonces haz lo que te salga de los huevos con ese mierdecilla —le dijo su padre al Garda—. Que se encarguen de él los tribunales. Pero no esperes que vaya a comisaría para traérmelo a casa como la última vez. —Se giró hacia Joey y le gritó—: ¡¿Me oyes, gilipollas?! Tampoco llares a tu madre para que vaya a salvarte. Esta vez te sacas tú solo las castañas del fuego.

Con la boca casi tocando al suelo, observé cómo su padre arrastraba a un lloroso Tadhg hasta el interior de la casa y cerraba la puerta detrás de él.

Yo no era la única que se había quedado pasmada ante la reacción de su padre, porque el Garda que conducía a Joey hasta el coche movió la cabeza hacia los lados y murmuró algo ininteligible.

—Espere —dije de golpe entrando en acción mientras aceleraba el paso para interceptarlos—. Garda, por favor, no lo entiende. Él no ha empezado esto.

—No gastes saliva, Molloy —me aconsejó Joey interrumpiéndome mientras se dejaba acompañar dócilmente al coche—. No importa.

—No, no, sí que importa —afirmé viendo con impotencia cómo lo empujaban para meterlo en el asiento de atrás—. Joe...

La puerta del vehículo se cerró de golpe dejándome a medias, y yo seguí mirando, sin poder hacer nada, mientras unos resignados ojos verdes me devolvían la mirada.

—Joe... —susurré apretando la mano contra el cristal.

Vi cómo tomaba aire bruscamente antes de girarse hacia el lado opuesto al que yo me encontraba, con la mandíbula rígida mientras otro de los Gardas entraba con él en el asiento de atrás. Los otros dos se subieron a los asientos de delante y enseguida se marcharon, llevándoselo con ellos.

Esta vez, las lágrimas que llenaban mis ojos no estaban provocadas por una palpitante cuenca ocular.

Dándome la vuelta para mirar a Paul, que se dirigía hacia el coche con su hermano, le grité:

—¿Estás orgulloso de ti mismo?

—No te atrevas a hablarme así —me espetó girándose hacia mí para señalarme con el dedo—. Todo esto es culpa tuya, Aoife. No hubiera pasado nada si no te hubieras enrollado con alguien a mis espaldas.

Furiosa, me acerqué y le di un empujón en el pecho.

—Mira, pedazo de cabrón, tal vez no haya hecho bien dándole un beso, y

siento haberte hecho daño, pero tu venganza ha sido mucho peor.

—¡Me has puesto los cuernos! —me rugió en la cara.

—¡Solo ha sido un beso!

—Quizá físicamente solo fue eso, pero en el plano emocional llevas años teniendo un rollo con él.

—Paul.

—Ha tenido su merecido. —Con una expresión de absoluto desprecio grabada en el rostro, me miró de arriba abajo y curvó los labios con disgusto—. Igual que tú, zorra.

—¿Zorra? —Me reí amargamente—. Dios, cómo me alegro de no haber perdido la virginidad contigo.

—Claro —gruñó perdiendo los nervios—. Porque te estabas reservando para él, ¿no? ¡No dejas que el tío con el que has estado cuatro años se te acerque, pero estás más que dispuesta a ser la puta de un drogata!

—No seas ridículo, Paul...

—Te habrá metido la polla antes de que acabe la semana —dijo a modo de advertencia con la cara roja y los ojos fuera de las órbitas por el cabreo—. Y luego pasará de ti. Como hizo con Danielle y con todas las demás. Te mandará a la mierda en cuanto se canse de tus tonterías, y, cuando llegue ese día, porque llegará, ni se te ocurra volver arrastrándote a mí.

—¡Prefiero meterme en un convento a dejar que vuelvas a tocarme, capullo! —le grité mientras se iba.

—Qué pena —exclamó por encima del hombro mientras caminaba hacia el coche de su hermano—. Porque cuando Joey Lynch haya acabado de echarte a perder, ni siquiera las monjas querrán acogerte.

28 DE ENERO DE 2004

Chicas voluntariosas y poca fuerza de voluntad

Joey

El castigo original que me habían impuesto por pelearme con Mike Maloney en el instituto había sido una semana de expulsión, que rápidamente se convirtió en un mes más en cuanto el director se enteró de mi detención.

Tras la amonestación de la Gardaí y de recibir un tirón de orejas por la pelea que tuve con Ricey fuera de mi casa, estaba «dispensado» de ir al instituto hasta después de los parciales de febrero.

Se supone que entonces debía volver con una nueva actitud o si no quedarme en mi casa.

«Que les den por culo».

Podían quedarse su mierda de instituto.

De todas formas, no quería ir.

Ese sitio estaba lleno de víboras y mentirosos.

Lo único que lamentaba de todo ese suplicio era que no estaba en el instituto para proteger a mi hermana cuando lo necesitara. Y, a juzgar por el número de días que Shannon había llegado a casa llorando a mares desde mi expulsión, no cabe duda de que necesitaba mucha protección.

Después de las lágrimas y el drama vividos con Danielle, había decidido

jubilar mi polla durante un tiempo, puesto que necesitaba que otra tía me puteara tanto como necesitaba tener un agujero en la cabeza.

Sin embargo, eso no me impidió pensar en Molloy.

No, ella vivía en mi mente sin pagar ningún tipo de alquiler.

«Como siempre».

La expresión de su rostro al contemplar cómo la Gardaí me llevaba detenido ese día me dio que pensar.

Se preocupaba por mí mucho más de lo que nos convenía a ninguno de los dos, y yo no era capaz de sobrellevarlo.

Lo que había presenciado ese día no fue más que un pequeño adelanto de lo que implicaba estar conmigo.

De lo malo que podía llegar a ser un tipo como yo para una chica como ella.

«Un tren descarrilado».

Enfadado conmigo mismo por sobrepasar una línea que había jurado no cruzar jamás, me obligué a sacármela de la cabeza, algo que resultaba mucho más difícil ahora que su boca había tocado la mía.

En la radio del trabajo sonaba «Free Fallin», de Tom Petty, y tuve que sacudir la cabeza para deshacerme de mis deprimentes pensamientos. Me limpié el aceite de las manos, que ya estaban previamente manchadas, con un trapo y alcancé la llave de carraca que había estado usando para cambiarle las bujías a un Golf del año 97. La coloqué en el estante con el resto de las herramientas, cerré el coche y dejé las llaves en el despacho antes de coger una escoba.

Me había quedado solo limpiando el taller (como castigo por volver a meterme en problemas con la Ley), así que recogí todo rápidamente antes de apagar las luces y salir por la puerta de atrás.

Ya estaba cerrando cuando una voz familiar surgió a mis espaldas:

—Así que aquí es donde te has estado escondiendo.

Me puse rígido y dejé de mover la llave dentro de la cerradura antes de

obligar a mi cuerpo a relajarse.

—Yo no me escondo, Molloy.

—Por lo visto, tampoco llamas —dijo alargando las palabras con el sarcástico tono de voz con el que estaba tan acostumbrado a discutir.

—Tu padre no está.

—Ya lo sé. —Me di la vuelta y la vi apoyada contra el lateral del edificio, con los brazos cruzados sobre el pecho—. No he venido a verlo a él.

—Entonces ¿a qué has venido?

—A verte a ti.

—¿Qué pasa, Molloy? —pregunté retrasando lo inevitable.

Lo más sensato hubiera sido alejarme de ella, pero cuando estaba cerca yo no parecía usar mucho el sentido común.

Ataviada con vaqueros oscuros, anorak blanco, bufanda gris y sombrero de lana a juego, parecía a todas luces la buena chica que yo sabía que no era.

—¿Es que me has echado de menos en el insti o algo?

—O algo —replicó sin ceder ni un centímetro—. ¿Por qué no me has llamado, Joe? Han pasado tres semanas.

Desvié la mirada hacia el pequeño moratón que aún lucía bajo el ojo izquierdo y una punzada de culpabilidad me revolvió las entrañas. Enseguida la disfracé de indiferencia.

—¿Por qué te iba a llamar?

—¿Otra vez con esas gilipolleces? —Entrecerró los ojos—. Respóndeme. Me encogí de hombros.

—No he tenido tiempo.

—Ah, claro —dijo con ironía—. Últimamente estás muy ocupado con eso de que te hayan expulsado del instituto y del equipo de hurling.

—Lo que sí está claro es que tengo menos tiempo libre que tú. ¿Qué haces merodeando por la ciudad a oscuras? —Hice un gesto para señalar a nuestro alrededor—. ¿Cómo has venido hasta aquí, Molloy?

—He usado unos inventos nuevos e increíbles que se llaman «pies».

—Muy graciosa —comenté fríamente—. ¿Cómo vas a volver a casa?

—Lo creas o no, esos increíbles inventos se pueden usar para ir en varias direcciones.

«Ya, ni de coña».

—Venga. —Moví la cabeza hacia los lados y pasé junto a ella—. Te acompaño a casa.

—No necesito que me hagas ningún favor —espetó ella como una sabelotodo mientras se puso a caminar a su lado.

—No es eso —repliqué—. El favor se lo estoy haciendo a tu padre.

Oí cómo decía la palabra «gilipollas» entre dientes y tuve que contener una sonrisa.

—Mueve el culo, Molloy. Tengo cosas que hacer cuando acabe de hacerte de niño.

—¿Te refieres al mismo culo que el otro día disfrutabas manoseando fuera de tu casa?

—Eso fue un desliz.

—Sí —admitió—, de tu lengua en mi boca.

—Hablabas en sentido figurado —puntalicé poniéndome la capucha para ocultar que me había hecho gracia.

—Pero lo hiciste en sentido literal —contestó resoplando; luego añadió —: ¿Cuándo vuelves al instituto?

—Después de los parciales del mes que viene —contesté metiéndome las manos en el bolsillo frontal de la sudadera—. ¿Qué tal todo por allí?

—Bueno, ya sabes —respondió despreocupada moviendo una mano frente a ella—. Paria número uno, te presento a la paria número dos.

—Pues sí que está mal la cosa.

—Bueno, el río acabará volviendo a su cauce —dijo con un suspiro de resignación—. Pero ahora las aguas están desbordadas.

Fruncí el entrecejo.

—¿Lo dices por Paul?

—Y por la encantadora Danielle, que sigue aferrada a su rencor como una posesa. —Sonriendo, me miró de reojo—. Es evidente que le has herido bien el orgullo con esa polla que tienes, Joe.

Me encogí de hombros; no tenía ni puta idea de cómo responderle.

—No sé qué decir.

—Podrías contarme qué piensas —soltó a modo de reto sin que pasara desapercibida la mordacidad de su tono—. De todas las chicas del instituto con las que podías haberte liado esa noche, fuiste a elegir a la más pegajosa.

—Ya, bueno, no fue mi primera elección —me oí admitir—. Si no recuerdo mal, mi primera elección ya estaba pillada.

Deteniéndose en seco, se giró hacia mí y me miró.

—Ya no lo está.

—¿En serio? —Abrí los ojos como platos—. ¿Rebecca está soltera?

Molloy entornó los ojos.

—Eres imbécil.

—No te enfades —le pedí riéndome y esquivando por los pelos un golpe lateral—. Estoy de broma.

—Pues no tiene gracia.

—¿Así que por fin has acabado con el capullo de Paul?

—Sí.

—¿Para siempre?

—A no ser que los cerdos vuelen.

—Genial, era un capullo.

—Eso has dicho como veinte veces. —Volvió a ponerse a mi lado, me dio un codazo y preguntó—: Entonces ¿cómo están las cosas, Joey?

Le di un toquecito con el codo en la espalda y le dije:

—Dímelo tú, Molloy.

Lanzó un suspiro irregular que se unió al aire frío de la noche como una bocanada de humo.

—No nos lo vas a poner fácil, ¿eh?

—No. —Negué con la cabeza—. Para nada.

—Vale. A ver si esto te parece lo suficientemente fácil. Me gustas — declaró sin rodeos; mi corazón respondió dejando de latir en el pecho—. Y antes de que empieces con la tontería esa de no querer reconocerlo, sé que yo también te gusto —agregó al instante—. Lo lógico es que si ambos nos gustamos, que así es... —Se detuvo para entrecerrar los ojos y apuntarme con un dedo a la cara en señal de advertencia—. ¿No deberíamos seguir gustándonos de forma exclusiva?

Dejé de caminar, ladeé la cabeza y me la quedé mirando.

—¿Me estás proponiendo algo, Molloy?

Lanzando un nuevo suspiro tembloroso, se acercó a mí.

—Depende.

—¿De qué?

Mi tono era grave y abrupto, y, cuando sentí que entrelazaba su mano con la mía, no pude evitar que me recorriera un escalofrío.

—De lo que hagas a continuación —respondió con un hilo de voz poniéndose de puntillas para darme un suave beso en la curva de la mandíbula.

«Joder».

«Qué tía».

Retirándose ligeramente hacia atrás, clavó sus maravillosos ojos verdes en los míos.

—No has salido corriendo. —Se inclinó y volvió a besarme en la mejilla, esta vez de forma más prolongada—. Eso siempre es buena señal.

«Dios...»

—Molloy —dije a medio camino entre un gruñido y un gemido mientras ella seguía haciendo estallar mi mundo con los besos suaves y ligeros que me daba en la mejilla, acercándose más con cada uno de ellos—. Es mala idea.

—No te preocupes —me tranquilizó en tono dulce mientras levantaba la mano y me acariciaba el pómulos con el pulgar—. Conmigo está segura, Joe.

—¿El qué?

—Tu confianza.

De repente se puso en marcha mi instinto de supervivencia, que me exigía rechazar a esa chica porque se estaba acercando demasiado a mi punto débil.

—¿Crees que confío en ti?

—Puede que aún no. —Me puso las manos alrededor de la cara, presionándome para que la mirara, y, joder, con ese gesto me dejó sin aire en los pulmones—. Pero acabarás confiando.

Esforzándome por contener la respiración y evitar ponerme a jadear como un idiota, me empapé de todas y cada una de las sensaciones que recorrían mi cuerpo, perfectamente consciente de que nadie influía sobre mí como ella.

—Sé quién eres, Joey Lynch —siguió diciendo al tiempo que rozaba su nariz contra la mía.

—Ya —respondí en tono brusco—, yo también sé quién eres tú, Molloy.

—No. —Movi6 la cabeza hacia los lados, se acerc6 aún más y apret6 su resplandeciente cuerpo contra el mío—. Lo que quiero decir es que sé quién eres de verdad.

El corazón se me salía del pecho, aunque por fuera no movía ni un solo músculo.

—Si supieras quién soy de verdad, ya estarías muy lejos.

Sus labios dibujaron una sonrisa de tristeza.

—De verdad lo crees, ¿no?

No respondí.

No hacía falta.

Ella ya sabía que había dado en el clavo con esa afirmación.

—Estás cansado de estar solo —susurr6 contra mis labios—. De que te

defrauden. —Me dio otro beso—. De estar herido.

—Para —le advertí poniéndome tenso—. No intentes psicoanalizarme. No juegues a eso conmigo, Molloy. No me gusta una mierda —añadí sintiendo que mis paredes salían volando otra vez por los aires a toda velocidad—. No sabes nada sobre mí, así que no te flipes tanto, joder.

—Me parece que sí sé cómo eres —replicó sin intención de soltarme para que pudiera respirar, pese a que realmente lo necesitaba—. Creo que por fin te comprendo.

—Y una mierda. —Pasándome una mano por el pelo en señal de frustración, me zafé de su contacto con la sensación de estar completamente desnudo ante esa chica—. Has estado una vez con mi familia y ya crees que lo sabes todo. Me has visto un par de arañazos en la espalda. Ya ves tú. No sabes nada, Molloy. No tienes ni idea... ¡Para ya! —le advertí de nuevo alzando una mano mientras retrocedía—. ¡Y no me mires así!

—¿Así cómo, Joe?

Su voz era tierna, sus ojos cálidos y seguía acercándose para evitar el espacio que yo tanto necesitaba entre nosotros.

—¿Mmm? —Alzó la mano y me acarició la nuca—. ¿Que no te mire como si importaras?

Con un fuerte tirón, arrastró mi cara hasta la suya y me plantó otro tórrido beso en los labios.

—Es que me importas.

Me volvió a besar, esta vez con más intensidad.

—A mí me importas, Joey Lynch.

—No debería —repuse con voz entrecortada obligándome a mantenerme rígido y no inclinarme hacia ella como la mayor parte de mi cuerpo quería.

—Y aun así me importas —musitó entrelazando sus dedos en mi pelo—. Y yo también te importo a ti. —Sonrió—. Y eso te pone los putos pelos de punta.

—No me importas una mierda —declaré tratando desesperadamente de

convencernos a los dos mientras el pecho me palpitaba—. No me preocupo por ti, Molloy. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

—Mientes fatal —fue lo único que contestó antes de estampar de nuevo sus labios contra los míos.

Me tragué las palabras que iba a pronunciar cuando me besó, y esta vez ni siquiera intenté resistirme. No hubiera podido aunque hubiera querido.

Me pasó las manos por el pelo y entonces ya no hubo vuelta atrás. Me agarró suavemente por las caderas, atrayéndome hacia ella, mientras me deslizaba la lengua en la boca.

«Joder, era increíblemente sexy».

Mis manos salieron disparadas por su cuenta y se apostaron sobre sus rosadas mejillas mientras la besaba con una ternura que no sabía que poseía.

Nadie me había tocado jamás con tanto afecto.

Sentía cuánto se preocupaba por mí Molloy. Emanaba de sus labios, y hacía que quisiera hacer las cosas mejor, ser mejor, arreglar mis mierdas y ser el tío que se merecía.

—Es mejor que te largues.

Ella negó con la cabeza.

—Yo nunca me largo.

—Lárgate —insistí con desesperación—. Lárgate, Molloy.

—Aquí me quedo —susurró—. Contigo.

—Molloy.

—Sé quién eres —dijo en un murmullo contra mis labios tomando la iniciativa cuando vio que yo no podía.

No veía con claridad, no podía pensar con claridad, como si una mezcla de sabe Dios qué flotara por mis venas, y aun así allí estaba ella, cristalina frente a mí, haciendo que el resto de la neblina, de todo el puto mundo, simplemente se desvaneciera.

—El prototipo de chico perdido. —Sus labios rozaron los míos mientras hablaba—. No te preocupes, Peter Pan, yo seré tu Wendy.

La besé.

No debí haberlo hecho, sabía que era una idea de mierda, pero eso no me detuvo. Mi mala suerte tampoco me hizo cambiar de opinión.

Era demasiado débil para resistirme a esa chica un solo segundo más.

Temblando en contra de mi voluntad, dejé que me controlara, le di el poder de hacerme más daño que mi propia familia.

Cuando me besaba así, no podía soportar la vulnerabilidad a la que me exponía. Como un corderito poniendo el cuello ante un lobo, lo hice por voluntad propia, entregándome a ella sin reparos, consciente de que podía causarme un dolor irreparable.

«Ay, Dios».

Era grave.

Era peligroso.

Yo era de calle la peor persona con la que una chica así podía liarse, y pese a todo se aferraba a mí como si yo fuera un puto héroe.

Tenía que pararlo.

Y lo haría.

En cuanto reuniera la fuerza de voluntad suficiente como para dejar de besarla.

«Eso puede llevar un tiempo», me advirtió el palpitante músculo que habitaba mi pecho.

20 DE FEBRERO DE 2004

El juego de añadir una palabra

Aoife

—Entonces.

—Él.

—Le.

—Acarició

Me agarré con fuerza a la almohada que tenía bajo la cabeza y susurré:

—El.

—Clítoris.

Sacudí las piernas con violencia.

—Con.

—La.

—Dios...

—Lengua, Molloy. —La cabeza de Joey asomó por debajo de mi edredón

—. Le acarició el clítoris con la lengua.

—¡Por Dios, no puedes parar sin más! —protesté llevándome una mano entre las piernas para cogerlo del pelo—. Vuelve ahí abajo, joder.

Se rio dulcemente y luego puse los ojos en blanco cuando sentí sus labios ahí y noté cómo su lengua serpenteante me saboreaba y jugaba conmigo haciéndome sentir como jamás habría imaginado que fuera posible.

—Yo... eh... —Mis caderas se sacudían violentamente y sentía que los

pies se me curvaban hasta el punto de dolerme mientras me atravesaban destellos de calor blanco—. Joder, Joe...

—Aguanta, Molloy —dijo persuasivo antes de empezar a usar sus dedos, además de la lengua, para tocarme de formas que me hacían arder por dentro y arquear la espalda en el colchón—. Fóllate mi lengua, nena.

Nena.

«Por Dios...».

Cerré los ojos y eso fue exactamente lo que hice.

—Estás hecho un verdadero novio, Joey Lynch —dije un poco después mientras lo observaba salir de la cama y meterse en sus pantalones grises del uniforme escolar—. ¿Te lo había dicho alguien?

—Te aseguro que es la primera vez.

«Ya, para mí también».

—Me estás mirando fijamente —señaló en tono gruñón mientras se encogía de hombros dentro la camisa, que ahora estaba arrugada—. ¿Qué pasa?

Arqueeé una ceja.

—¿Y qué?

—Más de lo normal —contestó centrándose en abrocharse la camisa (y robándome la gloriosa imagen de su pecho desnudo)—. Escúpelos.

Moví la cabeza hacia los lados.

—Solo estoy pensando.

Su mirada se desvió hacia mí.

—Suena peligroso.

«Tú sí que eres peligroso».

—Nada. —Me tumbé en la cama y suspiré—. No importa.

Dejó escapar un grave gruñido y se acercó a mí.

—Cuando una chica dice que no pasa nada, nunca es verdad. —Se hundió en el borde de mi cama, apoyó una mano a cada lado de mi cuerpo y

se inclinó—. Así que voy a volver a preguntar. ¿Qué pasa, Molloy?

—Estaba pensando en Paul —admití con un suspiro.

—Guay —dijo inexpresivo—. ¿Y qué tal?

—No me refiero a eso —refunfuñé dándole un manotazo en el brazo—. Pensaba en una cosa que dijo.

—¿El qué?

—Me advirtió de que en menos de una semana me habrías metido la polla. —Apoyándome en un codo, usé el otro brazo para señalar mi cuerpo totalmente desnudo bajo las sábanas—. Mmm, ¿hola?

Joey sonrió satisfecho.

—No me hace gracia, Joe —repliqué bufando—. Dijo que ibas a pasar de mí en cuanto te hartaras de mis tonterías y que ni siquiera las monjas del convento me acogerían.

Echó la cabeza atrás y se partió de risa.

—Ostras, gracias por el consuelo —gruñí mientras me volvía a tumbar—. Me siento mucho mejor ahora, aquí desnuda sobre mi propia corrida.

—Las monjas del convento no te iban a acoger igualmente, estuviera yo en tu vida o no. —Joey sonrió y me apartó las manos de mi acalorado rostro—. No te olvides de que Jesús te observa, Molloy. Ve lo que te haces con los dedos cuando estás sola por las noches.

—Ay, vete a la mierda, traidor —me quejé—. Eso te lo conté en confianza.

—Y te agradezco mucho que lo hicieras —contestó—. La imagen me hace compañía cuando estoy solo con mis manos por la noche.

—Vale, eso es bastante sensual —admití sonriéndole con picardía.

—Oye, tienes que calmarte y sacarte de la cabeza las predicciones de mierda de ese capullo —me aconsejó—. Porque no son más que eso, mierda.

—¿Sí? —Dejé escapar un suspiro—. ¿De verdad?

—De verdad —afirmó inclinándose un poco más para estamparme un

ardiente beso en la boca—. Además, tardé tres semanas en desnudarte, no una, como él predijo. —Guiñó un ojo y añadió—: Y te he estado metiendo los dedos y la lengua, no la polla, así que ya ves lo que sabe ese gran amante.

Entrecerré los ojos.

—Joey.

—Mejor me voy. —Se rio con total indiferencia hacia mi causa—. Antes de que tu padre sospeche algo y se empiece a preguntar por qué he llegado tarde a trabajar todas las tardes de esta semana.

Le sonreí dulcemente.

—Dile a mi padre que prefieres poner a punto a su hija que a los coches del taller.

—Claro, porque se lo tomaría genial. —Frunció el ceño y agregó—: Nunca había hecho eso, ¿sabes? Dejar de ir a trabajar o llegar tarde por una chica. Te estás convirtiendo en un mal hábito, Molloy. Eres una mala influencia.

—Lo dice el chico que sube por el lateral de una casa de dos pisos mejor que un gato —repuse viendo cómo tiraba el hurley y el casco por la ventana de mi habitación para que cayeran sobre el tejado del cobertizo antes de lanzar también la mochila.

—No te me vayas a meter en ningún convento, ¿vale? —dijo Joey con una pierna sobre el poyete de la ventana—. A pesar de las predicciones de tu ex, todavía no estoy preparado para pasar de ti.

—Ja, ja, ja —contesté fríamente—. Muy gracioso.

—Nos vemos, Molloy —añadió con un guiño descarado.

Y se fue.

23 DE FEBRERO DE 2004

Honor restituido

Aoife

El lunes por la noche, después de aburrirme como una ostra haciendo los deberes, decidí darme el gusto de bajar a incordiar a mis padres. Por desgracia para mí, todos los miembros de mi familia se encontraban de un humor igual de travieso.

—Bueno, bueno, pero si es la mismísima reina de Saba —comentó mamá en cuanto entré en la sala de estar bajando el volumen de la tele y prestándome toda su atención—. Aoife, ¿qué ha pasado, mi amor? ¿Por fin te ha escupido el colchón?

—Ja, ja. —Entorné los ojos—. Muy graciosa, pero no, ha sido algo menos dramático. Estaba estudiando.

—¿Con libros? —soltó Kev desde el sitio que ocupaba en el sofá.

—Sí, Kev, con libros de verdad —contesté dejándome caer junto a él—. Que no te sorprenda tanto. Puedo abrir un libro, ¿sabes?

—Ya, pero ¿puedes leer lo que hay dentro?

—Dejad de burlaros de mi cielito —intervino papá desde la otra punta de la estancia, donde él y mamá reposaban en sus sillones a juego—. ¿Cómo estás, mi amor?

—Niña de papá —dijo Kev haciendo que tosía.

—Genial, papá —le contesté con una sonrisa de satisfacción—. ¿Cómo

ha ido el trabajo?

—Uy, genial, mi amor —respondió poniendo los pies con sus correspondientes zapatillas de andar por casa sobre la mesita—. El joven Joey estaba en plena forma esta tarde.

«No me cabe la menor duda».

Sonreí.

—Qué bien.

—¿Sabéis que Paul y nuestra Aoife han roto? —planteó entonces Kev hundiéndome el pie en el muslo.

—¿Qué te tengo dicho sobre lo de tocarme con esas pezuñas? —le espeté apartándole el pie con un cojín.

—Algo he oído, sí —contestó mamá, que sin duda lo había oído de la madre de Katie, que vivía en la puerta de al lado—. Ya hace unas semanas, ¿no, Aoife?

—Sí.

—¿De verdad? —A papá se le abrieron los ojos como platos—. No habías dicho nada, Aoife, mi amor.

—Ah, bueno, ya —repuse exhalando un suspiro—. Es que no hay mucho que contar. Es agua pasada.

—Por ahora —puntualizó Kev con una risita.

—Para siempre —lo corregí pegándole con el cojín en la cabeza—. Gilipollas.

—Bueno, no te preocupes, cielo —me tranquilizó mi madre en tono amoroso haciendo a un lado la prenda que estaba tejiendo—. Estoy segura de que a estas alturas ya está planeando cómo volver a ganarse tu corazón.

—Estaría perdiendo el tiempo —respondí esquivando, por poco, el cojín que mi hermano me había dirigido a la cabeza—. Lo nuestro se acabó, mamá.

—Seguro que vuelven en menos de lo que canta un gallo —afirmó papá girándose hacia mi madre en busca de ayuda—. Estos dos van y vienen,

como el viento.

—Esta vez diría que no —insistió Kev—. Tampoco creo que vuestra querida Aoife esté demasiado triste por la ruptura. —Me guiñó un ojo de forma cómplice mientras se ponía en pie y salía de la habitación—. ¿No es verdad, Aoife?

—Así es, Kevin —respondí clavándole la mirada en la espalda mientras se iba—. Me suda el...

—Higo —se apresuró a intervenir mamá—. Me suda el higo, Aoife.

—Una de esas dos cosas, sí —repliqué con una sonrisilla—. Paul puede irse a la mierda.

—Bueno, pues ya está —dijo papá asintiendo de forma comprensiva—. ¿Verdad que era un auténtico gilipollas, Trish?

Mamá se rio.

—Igual un poco sí, Tony.

—Un cabroncete arrogante.

—Claro, ¿qué se puede esperar del hijo de un subjefe de la Gardaí?

—Cierto, mi amor. Sinceramente, cuando lo traías a casa se me ponían los pelos de punta. —Admitió papá con expresión apenada—. Me daba un miedo espantoso que lo llevaras al cobertizo y me descubrieras.

—Pero bueno, Tony —se rio mamá entre dientes—. Dudo que la Gardaí hubiera venido a por nosotros por unas botellas de poitín casero.

—Nunca se sabe, mi amor —murmuró papá—. Nunca se sabe.

—Entonces ¿tienes algún otro interés amoroso, querida hermana? —preguntó Kev poco después, cuando volvía con un cuenco de cereales—. ¿Quizá un aprendiz de mecánico con la mecha un poco corta?

—¿Cómo? —dijo mamá aguzando las orejas—. ¿Ya tienes otro novio?

—Sí —asintió Kev—. Claro que sí, mamá.

—No es verdad —vociferé resistiendo el impulso homicida de estrangular a mi hermano—. Kev solo intenta meter algo de mierda.

—Venga ya. —Se rio a carcajadas—. Es muy evidente.

—¿El qué?

—Nada —respondí sofocada.

—Aoife y Joey.

—¡Kevin! —grité con la cara roja como un tomate.

Joey y yo intentábamos ser discretos y, hasta ese momento, creía que lo habíamos hecho bastante bien. Sin embargo, parece que a mi hermano no se le escapaba una.

«Puto chismoso».

—¿Joey? —Papá se quedó ojiplático—. ¿Mi Joey?

—Como entenderás, es más de Aoife que tuyo, papá —se cachondeó mi hermano—. Al menos eso he oído en el instituto.

«Uff, date por muerto».

—Esos rumores no son más que bobadas —insistí mintiendo a conciencia—. Y, ya que eres mi hermano, no deberías creértelos.

—¿Qué rumores? —preguntaron al unísono mamá y papá.

—Hubo una pelea —dije de sopetón.

—¿Una pelea? —El careto de mi padre iba a juego con el de mi hermano—. ¿Cómo que una pelea?

Miré a Kev para que me ayudara, pero él se limitó a encogerse de hombros.

Sería una pasada que los mellizos pudieran leerse la mente entre ellos.

La mía era un fiasco.

Pensando sobre la marcha, hilé rápidamente lo que esperaba fuera una versión genérica y descafeinada de la verdad.

—Fue hace algún tiempo. ¿Os acordáis del ojo morado que tuve después de Navidad? Bueno, pues no me lo hice al caerme de los patines de Casey como os había dicho.

Mamá puso los ojos en blanco.

—Evidentemente.

—¿Qué te pasó? —se apresuró a preguntar papá—. ¿Te pegó alguien? —

Entrecerró los ojos—. ¿Joey te...?

—No, no, por Dios, papá —negué de inmediato—. Joey nunca me ha puesto la mano encima. —«Bueno, a no ser que yo misma se lo haya suplicado»—. Básicamente, Paul iba diciendo por ahí cosas feas sobre mí. —«Como zorra. Y puta. Y calientapollas»—. Y cuando Joey se enteró, le echó la bronca. —Me encogí de hombros y agregué—: Lo hizo por ti, al parecer. Ya sabes, porque soy tu hija y él te respeta muchísimo desde que le diste trabajo en el taller. Por eso arrestaron a Joey a principios de año, por pelearse. ¿Te acuerdas?

Papá asintió con la cabeza.

—Sí.

—Bueno. —Solté un tembloroso suspiro—. De todas formas, el ojo morado me lo hizo Paul cuando intenté separarlos durante la pelea. En su defensa, debo decir que fue un accidente —admití a regañadientes—. Pero, en cuanto se corrió la voz de que Joey estaba dando la cara por mí, la gente empezó a cotillear sobre nosotros, sumó dos y dos, y salieron cinco. —Dejé ir una exhalación—. Sí, más o menos eso fue lo que pasó.

Kev resopló y al instante tapó el sonido poniéndose a toser cuando vio la amenaza de violencia en mi mirada.

—Sí, eso he oído.

Papá me observó durante un buen rato y después dejó escapar un suspiro.

—Bueno, espero que Joey le diera su merecido a ese gilipollas.

—¿Qué dijo sobre ti, mi amor? —inquirió mamá con cara de preocupación—. Si quieres que llame a su madre, dímelo. Porque le voy a decir cuatro cosas bien dichas...

—No, mamá, si todo va genial —aclaré enseguida—. Paul solo estaba mosqueado porque yo no quería... bueno... —Me encogí de hombros—. Porque yo no quería...

—No querías acostarte con él —soltó Kev bruscamente—. Estaba cabreado porque Aoife no quería acostarse con él después de cuatro años de

jugar con él y tratarlo como a un pelele.

—Yo no he jugado con él —espeté—. Y fueron tres años y medio, no cuatro.

Kev subió una ceja.

—Claro que no.

—Vale —concedí de mala gana—. Puede que esa afirmación sea un poco cierta, pero eso no significa que tenga que...

—¿Abrirte de piernas debajo de él? —Kev movió la cabeza hacia los lados—. Porque eso es lo que Paul piensa que haces con Lynchy.

—Más mentiras —gruñí fulminando a mi hermano con la mirada.

—¡Kevin! —gritó papá—. No digas ese tipo de cosas delante de tu hermana.

—¿A qué tipo de cosas te refieres?

—Ya me entiendes —murmuró papá hecho un manojo de nervios—. Cosas de sexo. Es muy joven para oírlas.

—¡Tenemos la misma edad!

—Aun así —rebufó papá increíblemente incómodo—. No está bien, hijo.

—¿Eso fue lo que ocurrió, Aoife? —me preguntó mamá—. ¿Que Paul se inventaba historias sobre ti?

Me encogí de hombros.

—Más o menos.

—¿Y los rumores acerca de Joey no son verdad?

—Para nada —mentí.

—Habrase visto. —Papá miró a mamá y negó con la cabeza—. Muy bien por el jovencito Joey, que me cubre así de bien las espaldas.

—Sí —dijo Kev en tono marcadamente sarcástico—. Brindemos todos por el honorable Joey Lynch.

—Qué buen chaval —exclamó papá sonriéndole a mi madre—. Ha defendido el honor de mi hija.

Kev volvió a resoplar y esta vez ni se molestó en ocultarlo.

—Me voy a la cama.

—Sí —solté con la mente ocupada visualizando la cabeza de Joey entre mis piernas—. Mi honor ha quedado restituido.

4 DE MARZO DE 2004

Huevos hinchados y ojos hinchados

Joey

El jueves acabé llegando al trabajo casi media hora tarde, y era la cuarta vez que ocurría en las últimas cinco semanas porque era demasiado débil para resistirme a estar veinte minutos más con Molloy bajo las sábanas.

Obviamente, eso no se lo podía decir a su padre, así que cuando me preguntó qué me había impedido llegar a mi hora, le solté una gilipollez sobre el hurling.

Tony no había movido ni un pelo cuando le solté el rollo que había estado ensayando durante todo el trayecto desde la cama de su hija a su taller.

Era un rollo similar al de la última vez, y al de la vez anterior... y al de la anterior a esa.

Tony nunca ponía en duda lo que le decía porque confiaba en mí.

Y yo era un mentiroso de mierda que, a sus espaldas, y contra sus deseos, andaba liándose con su hija.

Durante el resto de la tarde, trabajamos codo a codo en un amigable silencio. No tenía estómago para fingir delante de él. Y es que mentirle a ese hombre era algo que nunca llevaría bien.

—¿Estás bien, Joey, hijo? —dijo Tony rompiendo por fin el silencio cuando me vio fumando en la parte de atrás una vez acabado el trabajo.

—Sí, Tony —murmuré dándole un puntapié a la gravilla con la bota

mientras me mojaba bajo la lluvia.

Desvió los ojos hacia la colilla que tenía en la mano y una expresión de resignada decepción le desdibujó las facciones.

—Espero que eso sea un cigarro de liar, chaval, y no nada más fuerte.

—Como siempre —mentí exhalando en profundidad.

—¿Cómo vas a jugar al hurling si te envenenas con esas mierdas?

La pregunta no era cómo iba a jugar al hurling, sino cómo iba a sobrevivir si no lo hacía.

—Bueno, ya me conoces, Tony. —Apagué la colilla y la deslicé de nuevo hacia el interior del bolsillo de mis pantalones de trabajo antes de que el jefe se enfadara conmigo—. Mala hierba...

Me miró durante un buen rato y luego movió la cabeza hacia los lados.

—Bueno, son casi las nueve. Mejor que te vayas a casa si no quieres que tu madre envíe a un equipo de búsqueda, chaval. Tienes que ir al instituto por la mañana.

Daba igual hasta qué hora estuviera por ahí.

Nadie iba a ir a buscarme.

—Tony...

—Dime, Joey, chaval...

—Yo... —Dejé escapar un suspiro mientras luchaba contra mi conciencia, con el tsunami de culpa que llevaba dentro. Porque sabía exactamente adónde iba a ir en cuanto saliera de allí, y no era a mi casa. No, iba a ir directo a encontrarme con su hija—. Quería darte las gracias.

Se le dibujó una sonrisa.

—¿Por qué?

«Por todo».

Me encogí de hombros.

—Tan solo... gracias.

—No hay de qué, muchacho —contestó haciendo un gesto con la mano.

Me saqué el teléfono del bolsillo y sonreí satisfecho al releer el mensaje

que Molloy me había enviado hacía un rato.

Molloy: Os veo a ti y a tu mano (y a tus fantásticos dedos y a tu talentosa lengua) después del trabajo.

Salgo a las 9. Nos vemos a esa hora, semental.

Sonriendo como un tonto, empecé a escribirle para informarla de que iba de camino cuando el móvil decidió sonar.

El estómago se me hundió hasta el fondo cuando vi el nombre de Shannon en la pantalla iluminada. No quería responder porque ya sabía qué necesitaba, y esa noche no quería que nadie me necesitara.

Con la piel de gallina, me obligué a pulsar Aceptar y a ponerme el teléfono en la oreja.

—Joe —sollozaba al otro lado de la línea—. ¿Puedes venir a casa? Te necesitamos.

Suspiré con hastío, cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia delante.

—Voy de camino.

Estaba doblando la esquina al pie de la colina que se alzaba junto a la carretera cuando la vi.

En el instante en que mis ojos se posaron en su rostro, el vello se me erizó y la sangre se me heló en las venas.

—¿Qué ha pasado?

—Hola, Joe. —Me saludó brevemente con la mano mientras me miraba desde debajo de la farola y bajo la lluvia torrencial—. ¿C-cómo estás?

—Genial, Shan. —En estado de alerta y listo para lo que pudiera ocurrir, me acerqué a ella y no paré hasta que pude levantarle la barbilla con la mano—. Dios mío.

Tenía el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón y se le estaba poniendo oscuro a marchas forzadas.

—Estoy b-bien —logró decir temblando por lo que supongo era una

mezcla de miedo y frío. Sus dientes castañeaban violentamente mientras yo le inspeccionaba la cara con expresión horrorizada—. No e-es tan m-malo como p-parece.

—No está bien, Shan —dije con voz entrecortada sintiendo que en ese momento inhalaba físicamente su dolor.

Porque esa noche era ella la que lucía los moratones, pero la vergüenza y toda la puta culpa de no haber estado allí para evitar que le pasara eso eran mías.

Otra vez.

—Ya sé qu-que no d-debería estar f-fuera tan t-tarde —comentó entre sollozos lanzándose a abrazarme—. Pero si n-no salía, iba a m-matarme.

—Hiciste lo correcto —le aseguré con el cuerpo rígido mientras intentaba inútilmente consolarla—. Sin duda hiciste lo correcto. Si te pone las manos encima y yo no estoy, corre, Shannon. Corre todo lo que puedas, ¿entiendes?

Sorbiéndose la nariz, me miró e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entiendo, Joe.

—¿Dónde está? —pregunté entonces pasando por su lado a zancadas con la intención de ponerle las manos encima a ese pedazo de mierda al que por desgracia llamábamos «papá».

—¡N-no, Joe! —exclamó Shannon persiguiéndome—. No m-merece la p-pena que te hagan d-daño por mí.

—Claro que merece la pena —rugí abriendo la puerta principal de golpe—. Porque tú mereces la pena, joder, Shannon. Vales mil veces más que ese trozo de mierda, ¡y no quiero que dejes que te haga sentir inferior!

—¡Espera, Joey! —Mamá se apresuró a interceptarme en la puerta—. Tu padre no quería hacerle daño...

—Sal de en medio —gruñí esquivando a mi madre mientras entraba como un loco echando fuego por los ojos—. Ven aquí, viejo. ¡Sal y pégale a alguien de tu puto tamaño!

—Joey —chilló Tadhg escondido detrás de la barandilla. Encogidos a su lado estaban Ollie y Sean—. Ha perdido el control.

¿Sí?

Bueno, yo también.

—¿Dónde está el fuego? —bramó papá cuando salió a toda prisa del lavadero que alojaba el retrete. Se manoseó la cremallera de los vaqueros y luego soltó abruptamente—: Joder, chaval, deja de vocear, ¿vale? Casi me corto la polla.

—Qué pena que no te la hayas cortado —gruñí furibundo acercándome a él. Sentía cómo la sangre se precipitaba a toda velocidad por mis manos mientras cerraba los puños de forma involuntaria. Aunque mi mente no estuviera preparada para ese hombre, mi cuerpo desde luego que lo estaba—. Le has puesto la mano encima a mi hermana —grité sin detenerme hasta que tuve delante su cara—. ¿Te has sentido más hombre?

Le di un empujón en el pecho con todas mis fuerzas y vi cómo se tambaleaba hacia atrás.

—¡Cabrón de mierda! —aulló mi padre con la cara enrojecida por la rabia.

Cuando arremetió hacia delante con el puño derecho levantado, estaba listo.

Me eché a un lado y logré evitarle otra rotura a mi nariz.

—Joey, por favor —gimoteaba mi madre.

—Te estás volviendo lento, viejo —afirmé con desdén mientras mi puño hacía contacto con su mandíbula—. O puede que me haya aprendido de memoria todos tus golpes.

—Teddy, no, por favor.

—¿Crees que puedes ganarme? —Se tambaleó hacia delante moviendo ambos brazos con los puños en alto como bloques de cemento antes de golpear—. Voy a acabar contigo, chaval.

—¡Por Dios, parad ya, los dos!

—No si yo acabo antes contigo —rugí clavando su cuerpo contra las baldosas de la cocina. No fue fácil; pesaba unos treinta kilos más que yo—. ¡Capullo!

—¡Eso, Joe, cárgatelo!

—¡Cállate, Tadhg!

—N-no, Joe. N-no vale la p-pena.

—¡Cállate, Shannon!

—¡Tadhg, sube ahora mismo a tu habitación!

—¡Mamá... haz que pare!

—Papa... ay, ay.

—¿Los oyes? —Tenía las manos alrededor de su cuello y apretaba tanto como me permitía mi cuerpo—. Es tu familia, gilipollas. Y están cagados de miedo por tu culpa.

—¡Criajo de mierda! —El cabrón levantó la mano, me tiró del pelo y me apartó violentamente de su pecho—. Te crees todo un hombre, ¿no?

—¡Joey!

Ahora me tocaba a mí quedarme sin aire mientras la maciza mano de mi padre me agarraba la garganta.

No necesitaba usar las dos manos para estrangularme.

Las tenía grandes como palas.

Me lanzó el puño con tanta fuerza a la cuenca del ojo que sentí la vibración hasta en los dedos de los pies.

—¿Qué te parece probar de tu propia medicina, niño?

—¡Teddy, detente! —Esa era mi madre—. Es tu hijo.

—Puede que hayas salido de mi polla, pero no eres hijo mío, chaval —dijo burlándose para luego echar más sal en la herida expectorando una enorme flema y escupiéndomela a la puta cara—. ¡No eres más que el pequeño hijo de puta de mamá!

—¡Teddy, por favor!

—¡Cállate, puta! —bramó mi padre—. O serás la siguiente.

—¡Que te jodan! —intenté gritar, pero no salió más que un susurro ahogado.

Sentado sobre mi pecho con todo su peso sobre mis ya desinflados pulmones, mi padre continuó burlándose de mí.

—Venga, tipo duro, defiéndete.

Sacudiéndome como un loco bajo él, traté de quitármelo de encima, pero en el fondo sabía que era imposible.

Empezó a engullirme un vahído, que se unió a la quemazón que sentía en los pulmones, mientras mis músculos sufrían espasmos erráticos. Me di cuenta de que estaba perdiendo la consciencia y, de repente, el dolor menguó hasta desaparecer. La presión que notaba en los ojos y el fuego de la garganta se evaporaron.

«Déjate ir —me instó una voz en la cabeza—. Si te dejas ir, todo se acabará».

Dejé caer los puños a los lados y eso fue exactamente lo que hice.

—¿Joe?

Cuando volví en mí un poco después, vi la cara de mi hermana, que me levantaba los párpados y tiraba de ellos.

—¡Soy yo, Shan!

Otro dedo en el ojo.

—¿Me oyes?

Sintiendo que se me iba a rajar un pulmón, me agarré el cuello mientras tosía y escupía violentamente.

Tomé aire, me arrastré hasta lograr incorporarme y me apoyé contra la nevera.

—¡Ay, gracias a Dios! —Arrodillada junto a mí, Shannon se inclinó y me presionó un paño de cocina contra la piel sobre el ojo izquierdo—. ¿Estás bien?

Todavía tosiendo y esputando, levanté una mano para evitar que se

acercara demasiado, mientras me centraba en meter algo de aire en mis pulmones.

—¿Dónde... está...?

—Se ha ido a la cama —susurró arrastrando los pies hacia mí de forma que sus rodillitas me presionaban el muslo—. Lo siento mucho.

—No... es... culpa... tuya.

—Dios mío, Joe. —Sorbiéndose la nariz, se inclinó hacia delante y me envolvió el cuello con los bracitos—. Te quiero mucho. Siento que te haya vuelto a hacer esto.

No le devolví el abrazo.

Tampoco es que pudiera.

Hecho polvo y respirando entrecortadamente, me tomé mi tiempo para recuperar el aliento y pregunté:

—¿Dónde está mamá?

Shannon miró al suelo.

—¿Shan?

—Arriba —logró decir mientras tiraba de un hilo del lateral de mis pantalones—. Lo ha tenido que persuadir para que te dejara.

«Con sexo».

Vale, tenía que salir de ahí.

Esa noche no podía estar en esa casa.

Si tenía que soportar oír sus gruñidos y gemidos a través de la puerta cerrada de la habitación, me iba a derrumbar.

—Joe, no te vayas —me rogó Shannon corriendo detrás de mí cuando me puse de pie y me tambaleé hasta la puerta principal—. Por favor, no te vayas a ningún sitio.

—Voy a estar genial, Shan —afirmé ahogándome sin mirar atrás mientras salía disparado por la puerta, casi más rápido de lo que había entrado—. Estaréis seguros.

«Ahora que él había conseguido lo que quería».

5 DE MARZO DE 2004

¿Es que quieres morir?

Aoife

Cuando llegué a casa del trabajo el jueves por la noche, me encontraba en un estado lamentable. Además de que mis pobres pies habían quedado destrozados tras pasarse seis horas embutidos en unos tacones que merecían arder en el infierno, también estaba empapada hasta los huesos.

«Aunque nada de eso me habría importado si él hubiera aparecido», admití para mis adentros a regañadientes.

Joey había prometido acompañarme a casa cuando acabara mi turno, y lo había esperado fuera del pub durante más de una hora, hasta que el frío pudo conmigo. Al final no se presentó, y acabé caminando sola bajo una lluvia tempestuosa, que no hubiera sido para tanto si hubiera estado acompañada.

Desde entonces le había enviado un par de mensajes de texto, pero no había obtenido respuesta. Como se trataba de Joey y no de Paul, me encontraba en terreno desconocido. Cuando este no me contestaba los mensajes o las llamadas, no le daba importancia. Si era Joey el que no contestaba, me entraban ganas de hacerme un ovillito y mecarme de un lado a otro.

Por patético que pareciera, me había encariñado de una manera ridícula con ese chico, que se negaba a ponerle una etiqueta a lo que fuera que

hubiera entre nosotros.

Yo no quería forzar la situación, porque, por primera vez en mi vida, me daba miedo perder.

No me parecía tener el control de la relación, y él contaba con la ventaja de sostener mi corazón en sus manos.

Si Joey se largaba, si me abandonaba, me iba a doler.

Me quedaría anulada, y eso era para preocuparse.

Le había dado mucho poder a un chico que se negaba a llamarme «novia».

No, él prefería considerarme una amiga que le gustaba de forma exclusiva, pero nadie podía saberlo.

«Me cago en mi vida».

Decidí abrir los libros y, por una vez, conseguí hacer buena parte de los deberes y las tareas pendientes del instituto antes de abandonarlos por Seth Cohen.

Al menos para verle a él lo único que tenía que hacer era encender la tele.

Me hice un ovillo en mi cama y, con un paquetito de barritas Crunchie sobre el regazo, volví a ver *The O. C.* por enésima vez.

Me quedé frita poco después de las once, pero estaba inquieta; tosí y di vueltas en la cama hasta que, cerca de la una y media de la mañana, el ruido de unos golpecitos me despertó.

Totalmente inmóvil, escuché en la oscuridad mientras los golpes se sucedían en mi ventana, cada vez más fuertes y luego desvaneciéndose unos segundos para comenzar otra vez.

Cabreada, porque solo conocía a una persona capaz de escalar una casa de dos pisos, salí de entre las sábanas y fui con paso firme hasta la ventana. La abrí de golpe, me incliné sobre el alféizar y fulminé con la mirada al cabrón que hacía equilibrios sobre el tejado del cobertizo del jardín como si fuera el mismísimo Houdini.

—¿Qué?

En cuanto se dio cuenta de que estaba despierta y mirándolo, tiró rápidamente lo que yo esperaba que fuera la colilla de un cigarrillo, aunque en el fondo sabía que no era así.

—Molloy. —Poco a poco, se le dibujó una sonrisa—. ¡Esa Molloy buena!

—¿Estás...? —Entorné los ojos, sospechando al instante—. Ay, Dios, estás colocado.

—No, no.

—Sí, sí. —Puse los ojos en blanco—. ¿Qué te has tomado?

—¿Mmm?

—Drogas, Joey —espeté sintiendo que la respiración se me entrecortaba en la garganta—. Sé que te has tomado algo.

Hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Te equivocas.

—Te conozco desde que teníamos doce años, listillo. Creo que sé cuándo vas colocado —susurré con brusquedad—. ¿Qué te has tomado?

—Bonitas piernas.

«Esta noche no, colega».

—Vale, si no vas a ser sincero conmigo, mejor vete.

—No me quiero ir, Molloy.

—Entonces ¿qué quieres?

—¿Que qué quiero? —Balanceándose de un lado a otro, alzó las manos y se encogió de hombros—. No tengo ni puta idea, Molloy.

—Bueno, pues mientras tú sigues sin saber qué quieres, yo me voy a dormir —dije secamente.

—Oye, oye, oye... ¿Adónde vas?

—A la cama, Joey.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —Lo miré con mala leche—. Porque es muy tarde y eso es lo que la gente normal hace por la noche.

—Ah, claro. —Frunció el ceño—. Vale.

—Y porque tenemos instituto por la mañana —solté—. Te acuerdas de ese lugar llamado «instituto», ¿no?

—Evidentemente. —Aún tambaleándose, me fijé en que arrugaba el entrecejo y se mostraba confuso—. ¿Estoy castigado?

«Por supuesto».

—Dímelo tú.

Se me quedó mirando con cara de tonto.

—¿No se te ha olvidado nada esta noche?

De nuevo, vi que no me comprendía.

—Buenas noches, Joey. —Suspiré resignada y me metí hacia dentro, pero entonces ese puto loco cogió impulso para saltar y escaló la fachada de mi casa como un gato, y no se detuvo hasta que estuvo agarrado al saliente de la ventana.

—Molloy, ¿por qué estoy castigado?

—¿Es que quieres morir? —susurré con los ojos fuera de las órbitas mientras él seguía colgado—. Por Dios, entra aquí, idiota. —Lo cogí por los brazos para ayudarlo a entrar arrastrándose por la ventana—. Eso ha sido una estupidez —gruñí cuando ya estaba tirado sobre la alfombra de mi cuarto—. No vuelvas a hacerlo estando en estas condiciones.

Respondió levantando el pulgar y se quedó totalmente rígido tumbado sobre la espalda en el suelo de la habitación.

—Tan solo déjame... descansar un poco aquí abajo.

—Claro, adelante, gilipollas —farfullé metiéndome otra vez en la cama—. A partir de ahora, considera el suelo de mi cuarto como tu rincón de pensar.

—Mmm —masculló Joey—. Si dejas que salga del rincón de pensar, te dejo que te corras en mi cara.

—¿Tal y como estás? Ja. No dejaría que me pusieras ni un dedo encima —espeté llevándome el edredón hasta el cuello—. Ahora cierra los ojos y

ponte a dormir.

—Molloy.

—Chisss.

—Molloy.

—Estoy durmiendo.

—Molloy.

—¿Qué quieres?

—Te he mentado. —Lancé una profunda exhalación—. Esta noche me he colocado.

—Ya lo sé, Joe —logré decir apretando bien los ojos mientras el dolor que sentía en el pecho se convertía en astillas que se clavaban en todo mi cuerpo.

Se produjo un largo silencio antes de que él balbuceara:

—Molloy.

—¿Qué?

—¿Me odias?

«No, te quiero».

—Duérmete, Joey.

Incapaz de pegar ojo, vi pasar todas las horas del reloj mientras permanecía inmóvil en la cama, con la única compañía de algún que otro ronquido leve procedente del chico que dormía en el suelo de mi cuarto.

El corazón no había parado de latirme desde que se había presentado en la ventana. Estaba muy enfadada con él por hacerse eso a sí mismo, pero la ira quedaba oculta tras la preocupación.

Era grave.

Podía morir.

Siempre existe esa posibilidad cuando juegas con fuego, como había hecho él. No sabía lo que se había tomado, y casi me daba miedo averiguarlo.

Por fin, alrededor de las cinco y media de la mañana, me sumergí en un

sueño ligero e irregular.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me di cuenta de que me había quedado dormida y no había oído la alarma del teléfono.

Eran más de las nueve y media, y sabía que el instituto ya había empezado, así que no me moví de donde estaba.

Totalmente falta de energía, me quedé envuelta entre la ropa de cama viendo pasar el tiempo en la pantalla del teléfono.

En un momento dado, oí una garganta aclararse y solté un quejido.

—Mamá, antes de que empieces, estoy mala. Tengo la regla —me apresuré a decir mintiendo de forma descarada mientras me inventaba la peor y más horrible dolencia temporal que pudiera tener—. Llevo toda la noche desangrándome. Esto es un baño de sangre. Te lo juro, mamá, no hay compresa en el baño lo suficientemente grande como para absorber este flujo.

—Bueno, soy yo. Tu madre se ha ido hace un rato.

Me incorporé de golpe y vi a Joey sentado en la silla que había junto a la ventana, con la capucha puesta y las manos metidas en el bolsillo frontal de la sudadera... Su postura habitual.

El alivio que sentí salió expulsado por mis pulmones en forma de un agitado suspiro.

—¿Por qué sigues aquí? —No pude disimular la voz de rabia y dolor—. Te ofrecí un sitio donde dormir la mona. No lo alargues más de lo necesario.

No pareció que mis palabras tuvieran ningún efecto sobre él.

Tan solo siguió mirándome fijamente.

—Se supone que anoche iba a encontrarme contigo después del trabajo. Te iba a acompañar a casa, y no aparecí. Ya me acuerdo.

—Vale, me alegro por ti. —Señalé hacia la ventana y lo fulminé con la mirada—. Nos vemos.

—Lo siento.

—No lo sientes. —Me lo quedé mirando con dureza—. Nunca dices que lo sientes, porque nunca lo sientes, ¿no era algo así?

Sus ojos verdes seguían clavados en los míos, sin pestañear.

—Esta mañana sí que lo siento.

—Bueno, pues yo esta mañana estoy demasiado cabreada como para aceptar tus disculpas —repliqué tragándome una oleada de emociones—. Cuando anoche no apareciste ni contestabas mis llamadas, pensé que podrías estar herido o incluso algo peor. —Se me quebró la voz y me recompuse al instante antes de añadir—: Pero no era eso lo que había pasado. Simplemente tuviste una oferta mejor.

Se tragó el veneno de mis palabras y ni siquiera trató de negarlas o discutir conmigo. No estaba segura de si eso me hacía sentir mejor o peor.

Al no hacer ademán de irse, moví la cabeza de lado a lado, confusa.

—Sé que esto es nuevo para ti —dije señalándonos a uno y a otro con un dedo—, lo llames como lo llames, pero ahora es cuando o me das una explicación absurda de por qué era más importante colocarte que enviarme un puto mensaje o te piras.

No se movió ni un centímetro.

Tampoco abrió la boca para defender su comportamiento.

—Tienes toda la razón, Molloy. —Con movimientos lentos y rígidos, observé cómo se ponía en pie con enorme dificultad—. Debería irme —fue todo lo que obtuve por respuesta; luego, tras realizar un gesto con la cabeza, dijo—: Me voy.

—¿Qué? —Aparté las sábanas, salté de la cama y fui corriendo hacia él—. ¡No hablaba en serio, gilipollas! Estaba siendo dramática. Tú no te vas a ningún sitio hasta que hablemos de lo que pasó.

—La verdad es que no estoy de humor.

—Bueno, yo no estaba de humor para que me despertaras tirando piedrecitas en la ventana ni para que tu culazo drogado entrara luego por

ella, pero es lo que hay. —Puse los brazos en jarra y le eché una penetrante mirada—. Entonces ¿qué?

—¿Qué de qué? —repuso de forma inexpresiva con la cabeza gacha—. Creo que está bastante claro que la he cagado.

Me dio la espalda y se fue hacia la ventana.

—Ah, no. —Me lancé tras él y rápidamente me puse frente a esta para bloquear su vía de escape—. Eso sí que no —le advertí—. Ni se te ocurra largarte sin darme una explicación de lo que ocurrió anoche.

—¡Me coloqué! —soltó—. ¿Es eso lo que querías oír? ¿Eh? Anoche salí y se me fue la puta olla detrás de una botella de vodka y un montón de pastillas.

—¿Por qué? —pregunté con voz entrecortada sintiendo que sus palabras me perforaban como balas.

—¿Por qué? —replicó en tono rudo—. ¿¿Por qué?? ¡Porque yo hago esas cosas, Molloy! —me espetó—. Por eso, joder.

—Joey...

—Sé que la he cagado, ¿vale? Que te he defraudado —reconoció—. Pero soy así, ¿entiendes? —Se le cayó la capucha cuando arrastró bruscamente ambas manos sobre su pelo rubio y luego declaró—: Soy como soy, Molloy, ¡no te hago ningún bien!

Entonces lo vi.

La cuenca del ojo ensangrentada.

El labio reventado.

El hematoma de color púrpura que le cubría todo el pómulo izquierdo.

Su precioso rostro estaba destrozado por completo.

—Dios mío... —Con una súbita falta de oxígeno, cogí una bocanada de aire y murmuré—: ¿Qué te ha pasado en la cara?

—No me pidas que lo diga —me advirtió Joey levantando una mano mientras se alejaba poco a poco de mí. En ningún momento apartó sus penetrantes ojos verdes de los míos mientras retrocedía y ampliaba el

espacio que separaba nuestros cuerpos... y nuestros corazones. La tensión lo hacía vibrar, y temblaba visiblemente a causa de una furia incontrolable—. Sobre todo ahora que ya lo sabes.

—Joey, no te vayas, ¿vale? —Esta vez me apresuré a interceptarlo e impedir que saliera por la puerta del cuarto—. Quédate, por favor. Y cuéntamelo.

—No te lo puedo contar —soltó al instante poniéndose en tensión cuando lo cogí por el antebrazo—. Ese es el tema. No puedo contarle, joder. Hay demasiada gente que depende de mí. No puedo hablar. —Lanzó un suspiro entrecortado—. No quiero hacerte daño con mis mierdas, pero sé que acabaré haciéndotelo.

Negué con la cabeza.

—Joe...

—Deberías querer que me fuera, Molloy —afirmó—. En lugar de bloquear la puerta, deberías abrírmela de par en par, nena.

—No voy a hacer eso —dije con voz emocionada—. Nunca va a pasar, así que sácate esa gilipollez de la cabeza.

—Soy un desastre, por si no te has dado cuenta.

—Sí, ya me había dado cuenta —afirmé rodeándole la muñeca con los dedos mientras lo atraía hacia mí—. ¿Me ves salir corriendo?

—No, y menos mal, joder, porque pese a lo que pueda parecer a veces, no quiero que te vayas —admitió hoscamente con el pecho palpitante—. Quiero pasar tiempo contigo, Molloy. De verdad. Quiero hacer todo tipo de cosas buenas por ti. Pero tengo paredes y límites y fronteras, y la única manera de poder estar contigo, de acercarme a ti, es que no intentes traspasarlos, joder.

Abrí la boca para responderle, pero se me adelantó:

—Algunas veces, cuando tenga este aspecto, no voy a poder darte una explicación. No puedo ponerla en palabras, Molloy, porque esas palabras tendrían un alto coste para otros. —Lanzando una nerviosa exhalación, se

encogió de hombros con impotencia y los brazos a los lados—. Te toca a ti decidir si puedes vivir con eso. Porque mi vida es así. Yo soy así, no puedo cambiar.

Sorprendida, absorbí su mensaje, escuché su petición, sentí su arrepentimiento y me ahogué en su dolor.

—Estoy dispuesta a hacer eso por ti, si tú estás dispuesto a darme algo a cambio.

Me miró con recelo.

Actuaba como si nada lo perturbara, pero en realidad el dolor y la inseguridad que vivía en su casa se lo comían vivo.

—Las drogas, Joey. —Con el corazón a mil por hora, le presioné una mano contra el pecho—. Una vez me dijiste que no volverías a hacerme daño a propósito, pero verte completamente fuera de ti anoche me dolió.

—No soy un santo, Molloy —refunfuñó—. Siempre lo has sabido. Nunca he intentado ocultártelo. Nunca he sido un...

—Joey, no te pido que seas un santo —me apresuré a decir—. Tienes razón, sé perfectamente quién eres y me parece bien, ¿vale? Voy a por todas contigo. Lo único que quiero a cambio es que intentes estar limpio.

—Que lo intente.

—Sí —asentí despacio con la cabeza—. Solo que lo intentes, Joe. Por mí. Es lo único que pido.

Se quedó tanto rato callado que pensé que no me iba a responder. Pero entonces soltó un suspiro entrecortado y me atrajo hacia él.

—De acuerdo, Molloy —susurró envolviéndome entre sus brazos—. Lo intentaré.

2 DE ABRIL DE 2004

Encontrarte en la oscuridad

Joey

Un sudor frío me perlaba la frente mientras permanecía sentado en un rincón del salón trasero del bar Biddies el viernes por la noche después de clase. Tenía el teléfono en una mano y un vodka con Red Bull en la otra.

A diferencia de la mayoría de los pubs de la ciudad, no era raro que el Biddies sirviera a menores. Mientras fueras discreto, mantuvieras la boca cerrada, la bebida escondida, te quedaras en el salón de atrás y no dieras problemas, eras bienvenido.

«Lo que significaba que mi padre no lo era».

Haciendo frente al impulso carnal que crecía en mi interior, que me exigía echar mano de algo más fuerte que el vodka para calmar mi mente acelerada, me obligué a deslizar de nuevo el teléfono en el interior del bolsillo de los vaqueros y me senté cara a cara con mi incomodidad.

Con la horrible puta sensación que provoca la abstinencia.

Llevaba semanas sin fumar, lo más fuerte que había tomado eran unas benzos, y empezaba a notarse. Intentaba comportarme, mantener la cabeza fría y estar centrado, pero no me resultaba fácil.

Cada vez más agitado, tamborileé con los dedos sobre la mesa que tenía delante y le eché un vistazo al bar, desesperado por encontrar una distracción temporal que me hiciera olvidar la horrible sensación de ardor

que tenía en la garganta.

Se suponía que estábamos celebrando mi ascenso a las ligas menores. Los chicos se habían alegrado mucho por mí, pero mi padre también estaba encantado, así que yo no lo estaba en absoluto.

—Putos pijos —murmuró Podge señalando hacia la mesa de chavales con uniformes del Tommen que estaban sentados en el extremo opuesto del salón—. Seguro que ninguno de esos capullos fanáticos del rugby ha tenido ni un solo día duro en su vida. Ya puestos, no creo ni que hayan tenido que trabajar.

—Tío, la verdad es que no podría importarme menos la vida de esos pavos —respondí sin dejarme impresionar por sus elegantes uniformes o por los licores caros que poblaban su mesa.

—Ese es el que juega de puta madre, ¿no? El tío de esa academia de rugby tan exclusiva —comentó Podge inclinando la cabeza hacia el lugar en el que un tío alto de pelo oscuro, más o menos de nuestra edad, mantenía una conversación apoyado en la barra con el propietario del Biddies—. ¿Cómo dices que se llama?

—Johnny Kavanagh —apunté; lo había reconocido desde que había entrado por la puerta hacía un rato con su batallón de niños ricos pegados al culo.

—Eso —asintió Podge—. He oído que pronto será profesional.

—Vaya un cabrón con suerte —farfulló Alec.

—No tiene nada que ver con la suerte —repuse con los ojos fijos en la espalda del chaval, que por su estructura parecía una caseta de ladrillos—. Mira su tamaño. Eso no se lo ha dado la suerte, tíos.

—Bueno, yo prefiero mil veces un partido de hurling que el puto rugby —resopló Alec—. Puede que ese grandullón sea capaz de lanzar una bola a tomar por culo con sus amiguitos pijos y sus americanas y sus chaquetas de diseño, pero en un campo de la asociación de hurling, tú lo harías morder el polvo, Lynchy.

—Sí, seguro, Al —dije dándole la razón—. Pero al menos él le hincaría el diente a algo.

Alec frunció el ceño.

—No te sigo, Joe.

—Ese pavo de ahí acabará el instituto y luego hará una fortuna del copón jugando al juego que más le gusta —expliqué girándome hacia mis compañeros de copas—. ¿Qué voy a sacar yo de un juego para aficionados? ¿Una palmadita en la espalda y algunos sándwiches de jamón york después de los partidos?

—¿No te alegras de que te hayan llamado para jugar con el equipo de Cork?

—Sí, claro, es solo que... —Dejé escapar un suspiro de frustración y añadí—: A la mierda. Da igual.

—Joe, yo mataría por estar en tu lugar. —Alec me miró como si me hubiera salido otra cabeza—. Por tener tu habilidad natural y tu ritmo. No te das cuenta del increíble talento que tienes, tío. Todos los del equipo nos cambiaríamos por ti sin dudarlo ni un segundo.

«No lo harían si supieran lo que implicaba para mí».

«O lo que era estar en mi cabeza».

—El hurling no es todo mi futuro —traté de explicarles—. No me pagará las facturas, a diferencia de lo que le pasará a ese Kavanagh con el rugby. Es lo único que digo. Para mí no es lo más importante del mundo.

—Hablando de mundos —dijo Podge con una risita y dándome un codazo en las costillas cuando un grupito de chicas entró con paso lento en el salón—. Me parece que el tuyo está a punto de sufrir una sacudida.

—Una rubia, una morena y una pelirroja entran en un bar... Parece el inicio de un chiste verde —bromeó Alec antes de darle otro trago a su bebida—. No sé cuál me gusta más.

—¡Vaya piernas, rubia! ¿Cuándo abren? —gritó uno de los tíos que estaba en la mesa de los jugadores de rugby.

—¡Ya hace rato que deberías estar en la cama, pequeñín!

Reconocí esas piernas al instante: la otra noche casi me cortan la circulación cuando las tenía envueltas alrededor del cuello.

«Joder...».

Se me enderezó la espalda al instante, y una buena parte de mí quería ir hasta ella y reivindicarla como mía delante de aquellos capullos. Pero, aunque no sabía muy bien qué había entre nosotros, no era exactamente de dominio público. El motivo principal era que Tony podía cortarme la polla si se enteraba de que andaba olisqueando el fruto prohibido que era su única hija. Además, tampoco quería parecer más psicótico de lo habitual yendo hasta allí y empezando a repartir hostias.

La verdad es que Molloy era más que capaz de manejar una situación así con cualquiera ella sola.

«Incluido yo».

La mesa de los jugadores de rugby estalló en «Aaahs» y «Te ha roto, tío» mientras otro chillaba:

—¡Eres como un sueño!

—¡Pues vete a dormir! —contestó Molloy mientras esperaba en la barra con sus amigas a que el camarero les sirviera las bebidas.

—¡Ven aquí y siéntate en mi cara, corazón! —se lanzó a decir otro antes de que ella lo noqueara de una manera brutal.

—¿Por qué? —respondió Molloy con dulzura mientras le cogía la bebida al camarero y se contoneaba hasta nuestra mesa—. ¿Es que tienes la nariz más grande que la polla?

La mesa de los jugadores de rugby estalló en risas, y yo no pude detener la oleada de calor que se propagó por mi pecho cuando ella me miró desde la otra punta de la sala y me sonrió.

«Esa chica era de otro planeta».

Su sonrisa hizo que un dolor sordo se instalara en mi pecho.

La observé mientras su compañera pelirroja se despedía tanto de Molloy

como de Casey y se unía a la mesa de los del Tommen, dirigiéndose hacia alguien que se parecía mucho al hermano de la amiga de Shannon.

—Buenas noches, chicos —dijo Casey alegremente sentándose en nuestra mesa junto a Alec—. ¿Os importa si nos unimos a vosotros? Katie se ha ido con su amigo del Tommen, pero nosotras preferimos sentarnos con nuestros chicos.

—Adelante.

—Al, estás muy guapo esta noche.

Las mejillas de Alec se pusieron rojas como tomates.

—Esta —le susurró a Podge—. Es mi favorita.

Podge esbozó media sonrisa.

—Por supuesto.

—He oído que hay que felicitarte, Joe. Mack nos ha dicho que te han llamado para las ligas menores.

—Gracias, Case —respondí sin apartar la mirada de Molloy, que se estaba quitando el abrigo.

Madre de Dios, si el corazón no me palpitaba ya lo suficiente en el pecho, se me acabó de disparar cuando vi el vestidito rojo que llevaba.

Su cuerpo era fabuloso.

En serio, no se podía comparar con nada.

Alta, rubia, con las curvas perfectamente distribuidas, un culo precioso y unas putas tetas increíbles de copa doble D. No podía culpar a los chavales de la otra mesa por probar suerte.

Tenía carita de ángel y lengua de demonio.

—Chicos —saludó Molloy mientras se sentaba elegantemente a mi lado en el banco. Desvió la mirada hacia mí—. Joey.

Apreté los labios.

—Molloy.

—Bonita camisa.

—Bonitas piernas.

—A ver, chicas, ¿esta noche habéis salido a tomar algo o queréis guerra?
—planteó Podge sacando tema de conversación.

—Bueno, es mi cumpleaños, así que voy buscando guerra. —Casey soltó una carcajada—. Si el chico adecuado me lo pide con la suficiente educación.

—¡Feliz cumpleaños! —coreamos los tres al unísono en tono cantarín.
Casey sonrió satisfecha.

—Gracias, chicos.

—¿Y tú, Aoife? —preguntó Podge—. He oído que lo tuyo con Ricey se ha acabado. Tía, déjame decirte que ha sido una jugada inteligente.

—Sí —afirmó Casey—. Sobre todo porque empezó a escribirle a Danielle una hora después de que rompierais.

Busqué alguna señal en el rostro de Molly que indicara que seguía molesta con Paul. Se quedó completamente inmóvil al oír la noticia.

—Ah, sí, me he enterado de la ruptura. —Alec subía y bajaba las cejas—. He oído que Ricey os pilló metiéndoo la lengua hasta la garganta.

Puse los ojos en blanco.

—Mentira.

—Sí —asintió Molloy respaldándome. Con una sonrisa diabólica, usó una pajita para sorber de su botella de Smirnoff Ice y luego deslizó sutilmente la mano por debajo de la mesa y no se detuvo hasta tenerla entre mis piernas—. Todo mentira.

«Por el amor de Dios».

Me estremecí de arriba abajo. Esa chica me hacía ser débil. Era una locura, pero me olvidaba de todo cuando estaba con ella. Del tiempo, del instituto, del hurling, de mi casa... Hasta conseguía que me olvidara de él.

—Oye, Molloy —dije llevando rápidamente una mano debajo de la mesa para hacer que dejara de acariciarme la polla, que se me estaba poniendo dura en tiempo récord—, ¿tú también has salido de caza esta noche?

—¿Sabes qué, Joe? —contestó en tono burlón—. Creo que sí.

—Pues ten cuidado —repliqué con una sonrisa traviesa—. Porque he oído que esta noche también han salido algunos capullos miserables.

—Está bien saberlo —musitó Molloy—. Creo que voy a buscarme a un malote para que me acompañe luego a casa. Me han dicho que son justo lo que una chica necesita.

—No creo que se limite a ser justo lo que necesitas si está solo contigo a oscuras —puntualicé en tono grave e intimidante—. Es peligroso. Será mejor que llames a tu padre para que venga a buscarte.

—Algo peligroso es exactamente lo que busco —susurró deslizando de nuevo la mano bajo la mesa para tocarme; esta vez, sin embargo, yo estaba preparado.

—Esa es mi Molloy. —Le agarré la mano y me incliné hacia ella rozándole la oreja con mis labios mientras le confesaba—: Que sepas que ese malote estará encantado de encontrarse luego contigo a oscuras.

—Le dejaré la ventana abierta —anunció muy bajito respirando con dificultad.

—También deberías dejar tus piernas abiertas —susurré resistiendo la tentación de inclinarme y besar aquellos carnosos labios rojos—. He oído que le encanta comer coños.

La recorrió un profundo escalofrío, y yo sonreí cuando apretó los muslos antes de inhalar con fuerza y levantarse.

—Ahora vuelvo —musitó deslizándome el dedo por el brazo—. Necesito tomar el aire.

—Yo necesito un piti —dije levantándome al instante, incapaz ni de contar hasta tres.

—Conque mentira, ¿no? —soltó Alec con una sonrisa de medio lado mientras me observaba irme detrás de la fantástica rubia—. Claro que sí, tío, te creo.

2 DE ABRIL DE 2004

Interrumpidos por un *flanker*

Aoife

Estampé la espalda contra la pared del callejón vacío que había fuera de los baños un instante antes de que el cuerpo de Joey se estrellara contra mí.

—No lo pillas, Molloy —gruñó mientras sus labios reclamaban los míos y llevaba sus manos directamente a mis caderas para arrastrarlas con firmeza hacia las suyas—. No estoy bien de la cabeza. No me funciona como es debido. Me engancho. Me vuelvo un puto adicto, y, si esto sigue así, no voy a dejarlo. Porque no podré.

Si lo que quería era asustarme, había fracasado. Sus palabras tuvieron el efecto contrario.

—Guay —jadeé—. Porque no quiero que lo hagas.

—Mierda, Molloy.

Reclamando su boca con la mía, le tiré del bajo de la camisa, consciente de que mi comportamiento era más que temerario, pero desesperada por sentir su piel.

Últimamente se había esforzado mucho en ir por el buen camino, y yo tenía toda la intención de recompensarlo. Le deslicé las manos bajo la camisa y me deleité en el intenso siseo que se escapó de sus labios cuando el frío de mi piel entró en contacto con el calor de la suya.

—Joder, estás helada.

—Pues caliéntame —le resoplé entre los labios mientras agarraba sus enormes manos y las guiaba hasta mi culo—. Porque te deseo.

—Pues sigue así —me advirtió apretándome contra él—. Y seré todo tuyo.

Me emocionaba solo de pensarlo.

—Así me gusta.

Se balanceaba contra mí.

—¿Me deseas? —preguntó.

—Ajá.

Me metió una rodilla entre las piernas y me las abrió.

—¿Cuánto?

Yo le deslicé bruscamente las uñas por el vientre.

—Mucho.

Y entonces su mano estaba bajo mi vestido, apartando la tela del tanga, justo antes de hundir dos dedos muy dentro de mí.

—¿Deseas esto?

Me quedé sin aliento.

—Joe.

Después hizo algo con los dedos, un movimiento maravilloso que me estremeció por completo.

—Abre las piernas.

Temblando, dejé caer la cabeza hacia atrás contra el muro e hice lo que me pedía.

—Más.

—Joe, yo...

Me acarició el clítoris con el pulgar y gruñó:

—Más.

Sin pensar, levanté una pierna y, apoyando el talón en la pared que tenía detrás, me subí el vestido para él.

—Buena chica.

—Gilipollas.

Me recorrió un escalofrío ilícito.

—Oye, Joe.

—¿Sí?

—No me hagas daño, ¿vale?

Dejó de mover los dedos que estaban dentro de mí y frunció el ceño.

—¿Te estoy haciendo daño ahora?

—No. Lo que estás haciendo es increíble. —Sin aliento, moví la cabeza a uno y otro lado, y con las caderas lo animé a seguir moviéndose—. Pero no me hagas daño como mi padre a mi madre, ¿vale?

Volvió a detenerse.

—Molloy.

—No pares —gemí balanceándome hacia sus dedos—. Te deseo.

—No te voy a hacer eso. —Me dio un beso en los labios—. Te lo prometo.

—Vale. —Exhalando un suspiro entrecortado contra su boca, retorcí las caderas y sonreí—. Ahora cállate y haz que me corra.

—Fóllate mis dedos —contestó resiguiéndome con la lengua el labio inferior antes de tomar mi boca entre la suya.

—Oh, Dios.

—Eres preciosa.

—Fóllame, Joe.

—Lo haré, Molloy.

—Sí.

—Pero esta noche no.

—Joe.

—No estás preparada.

—Sí que lo estoy.

Hizo un gesto de negación con la cabeza, se acercó a mí y me estampó un beso en los labios.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Entonces no te detengas —insistí, ya sin aire y llevándome la mano entre las piernas para meter sus dedos más adentro—. No pares nunca.

—Buenas, tortolitos. Haced como si no estuviera. Solo iba a plantar un pino.

—¡Ay, por Dios! —exclamé sofocada tirándome del vestido hacia abajo mientras Joey apartaba la mano de mala gana.

Iracundo, Joey se dio la vuelta para fulminar con la mirada al enorme chico rubio con uniforme del Tommen que nos sonreía con expresión pícara.

—¿Te traigo unas palomitas, gilipollas? Pírate ahora mismo de aquí.

—No, no, tengo todo lo que necesito —contestó todavía con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero igual hasta os puedo ayudar. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó un condón y se lo puso a Joey delante de la cara—. Porque el sexo es divertido y eso, pero es mejor si te pones un chubasquero en la p...

—¿Hablas en serio? —dije riéndome entre nerviosa y divertida por lo que decía ese chico tan raro—. No estamos follando.

—Todavía —puntualizó el rubiales con un guiño.

—Mira, capullo —gruñó Joey enfurecido—. No sé cómo hacéis las cosas en ese instituto tan pijo al que vas, pero de donde yo vengo te patean el culo por hacer ese tipo de gracias. Así que si no te alejas ahora mismo de mi novia y de mí, te voy a arrancar la cabeza de los hombros para metértela por el puto culo.

—¡Gibs! —espetó desde la puerta un tío muy alto de pelo oscuro que, afortunadamente, nos interrumpió—. Déjalos en paz, friki. No necesitan tus putas directrices.

—Hey, capi —respondió el tal Gibs en tono jovial—. Solo les ofrecía unas precauciones de seguridad.

Los ojos del chaval moreno se posaron en el condón que sujetaba su

amigo y pudimos oír su lamento:

—Madre de Dios...

Movió a un lado y a otro la cabeza, avanzó por el callejón y se apresuró a coger a su amigo por el brazo.

—Disculpad a mi *flanker* —nos dijo conduciendo al chaval rubio de nuevo hacia el salón—. Es como un puto labrador. Completamente inofensivo, pero con cero consciencia de las normas y las etiquetas sociales.

—Solo estaba siendo amigable —alegó el rubio mientras su amigo se lo llevaba—. Hay que ser majo, Johnny.

—Sí, ya lo sé, Gibs, pero esta gente son extraños, ¿y qué hemos dicho de hablar con extraños?

—Que no lo haga.

—Exacto.

La puerta del salón se cerró tras ellos y Joey se volvió para mirarme.

—¿Eso ha pasado de verdad?

Ahugué una carcajada y me encogí de hombros.

—Creo que sí.

12 DE ABRIL DE 2004

Sexo casual, pero sin sexo

Joey

Se me había ido de las manos. Lo que había empezado con un beso se había convertido en varios meses de morreos y montones de tocamientos. Básicamente, Molloy y yo teníamos una relación de sexo casual, pero sin sexo y con sentimientos a tutiplén.

Sí, había estado tonteando y ahora sentía cosas.

Era un verdadero genio.

La verdad es que nunca había querido tener una relación.

No quería que otra persona dependiera de mí para nada que después no pudiera darle, y ahí es cuando todo se volvió confuso porque, de alguna manera, Molloy se había convertido justo en eso.

Oír a todo el instituto cuchichear acerca de que no íbamos a durar más de una semana o de que se me acabaría yendo la olla no hacía más que aumentar mi determinación de seguir con esa chica, de ser fiel a mi decisión de estar con ella. La falta de fe en mí que tenía esa gente no hacía más que fortalecer mi compromiso de no joder lo que había entre nosotros, fuera lo que fuese.

Ya había estado con chicas antes de Molloy, pero no era ningún pichabrava peligroso, como me pintaban las chicas del instituto.

Como sabía que ella me veía.

Tampoco es que me hubiera tirado a toda la población femenina del Ballylaggin.

Solo a una parte.

Y, además, lo nuestro era otra cosa.

Cuando estábamos juntos, no era porque estuviera fuera de mí e intentando dejarme llevar por las circunstancias. Estando con ella quería mantener la cabeza despejada, porque quería recordarla.

Quería vivir el momento con ella, no solo dejarme llevar.

Porque era Molloy.

Mi amiga.

«Puede que hasta mi mejor amiga».

—¿Vas a hacer algo al respecto? —preguntó Podge trayéndome de vuelta al presente mientras señalaba con una cuchara hacia delante, donde Molloy parecía mantener una acalorada discusión con Ricey.

—No soy su guardián, tío —contesté reclinándome en la silla al tiempo que examinaba el abarrotado comedor. Molloy hacía cola en el quiosco y Ricey no dejaba de respirarle en la nuca—. Se las puede arreglar ella sola.

—Eres mejor que él —afirmó Podge—. Si se volvieran las tornas y fueras tú el que te pusieras en ese plan contra ella, ese pavo perdería la chaveta.

—Y ahí es donde se equivocó —sentencié con los ojos pegados al impresionante culo de melocotón de Molloy, que apenas quedaba oculto tras el trozo de tela que llevaba por falda—. Pensó que podía meterla en una jaula y ponerle un cartel encima que dijera SE MIRA, PERO NO SE TOCA. —Hice un gesto con la cabeza—. Esa chica es todo un carácter, tío. Créeme. Nadie la va a meter en una jaula.

—Menos tú —dijo con una risita.

—Qué va, tío —lo corregí sintiendo que se me aceleraba el corazón cuando me sonrió desde el otro extremo de la sala—. Yo menos que nadie.

23 DE ABRIL DE 2004

La puerta siempre está abierta

Joey

Problemas. Tenía problemas de los gordos y se habían producido algunos cambios importantes que no hacían más que añadir confusión a la mezcla.

En primer lugar, desde que cumplí los diecisiete todo había ido a peor en casa.

Esos días papá bebía más de lo normal, y eso solo significaba una cosa.

Mamá se automedicaba con más Valium de lo habitual, según había descubierto la otra noche, cuando fui a su alijo personal para coger mi dosis nocturna y vi que estaba prácticamente vacío.

A Shannon no dejaban de atormentarla en el instituto.

Los chicos tenían los nervios a flor de piel.

Y yo estaba más que preocupado.

Desde que tenía uso de razón, mi mecanismo de defensa para cuando las cosas se ponían feas en casa siempre había sido parecido al de mi madre. La única diferencia era que yo no tenía ninguna receta médica para la mierda que necesitaba.

Y la necesitaba de verdad.

«Desesperadamente».

Y ni siquiera Molloy podía aplacar lo que sentía esa noche.

Porque había recibido a más no poder del capullo de mi padre.

El cuerpo me dolía de formas impensables, y sabía que solo había una cosa que podía ayudarme.

«Y me odiaba por ser tan débil como para necesitarla».

—Hombre, pero si es el capullo pródigo... —comentó Shane cuando entré en su cuarto de estar el viernes por la noche—. ¿Dónde coño te has estado escondiendo, Lynchy? Creía que iba a tener que ir a romperte las piernas para que me dieras mi dinero.

En el aire flotaban nubes de humo, y el hedor a alcohol mezclado con sexo, meadas, hierba y perro mugriento era insoportable.

«Hostia puta».

—He estado ocupado —dije tirándole un fajo de billetes sobre el regazo e inclinando la cabeza hacia tres hombres mayores que se arremolinaban en una esquina—. Y sabes que conmigo no hay problema.

—Eso es cierto.

Eché del sofá a uno de sus tres bullmastiff y me indicó que me sentara. Como no era lo suficientemente idiota (ni suicida) para decirle que no, me hundí a su lado mientras él contaba el dinero y se lo metía en un bolsillo de los vaqueros.

—Bueno, ¿qué ha pasado, tío? —preguntó—. ¿Cómo que no te he visto por ahí últimamente? ¿Has vuelto al redil?

—Algo así —repliqué cogiéndole el canuto que me ofrecía—. Intento mantenerme a flote.

—Te entiendo, tío —dijo asintiendo como si de verdad lo hiciera—. Me enteré de que habían agredido a tu hermana la semana pasada. Vaya mierda. Aunque me sorprendió que no me llamaras para pillar.

—Como te decía... —Dejé caer la cabeza hacia atrás y solté poco a poco el humo de mis pulmones—. Intento mantenerme a flote.

—Pero ya has vuelto.

Suspiré con resignación.

—Sí.

«He vuelto».

—Bien hecho, tronco —musitó claramente colocado mientras sacaba una lata de debajo del sofá y le quitaba la tapa—. Entonces ¿qué tal? ¿Cómo está la familia?

—La misma mierda de siempre... —contesté dando otra buena calada mientras lo veía rebuscar entre un montón de pastillas—. Solo que es un día diferente.

—¿Quieres algo más fuerte que las 512? —preguntó sujetando frente a mí una bolsa de polvo amarronado: heroína—. Te garantizo que vas a flipar.

—No. —Negué con la cabeza—. Solo oxi.

—Cuando necesites algo que pegue más, ya sabes dónde estoy. —Tarareando con satisfacción, separó las pastillas y las puso en una bolsita—. Oye, me ha dicho uno de los chicos que te has agenciado un coñito de uso habitual.

Me puse rígido, pero resistí el impulso de mandarlo a la mierda.

Como ya he comentado, no soy un suicida.

—Como hacemos todos, tío.

Shane se rio.

—No seas tímido, pichabrava. He oído que quieres ir en serio con ese pibón que trabaja de camarera en el Dinniman. La rubia con piernas de escándalo.

—¿Y? —Me tensé; no me gustaba una mierda adónde iba todo aquello. Me ponía de los nervios que supiera lo de Molloy, porque eso quería decir que me había estado vigilando—. ¿A ti qué te importa?

—¿Le interesaría sacarse algo de dinero extra? Me irían bien un par de tetas como las tuyas para ayudarme a pasar algo de...

—Olvídate de meterla en tus planes —dije levantándome—. Olvídate de ella, punto. No tiene nada que ver con nada.

—Está claro que sí —repuso mofándose y soltando una risita—. Tú pregúntale —añadió en tono persuasivo—. Dile a la chica si le interesaría

hacer algo de dinero fácil pasando algunas...

—No —solté enfadado—. Ni lo sueñes. Ella no es como tú.

—¿Quieres decir que no es como nosotros? —se burló.

—Yo no soy ningún camello, Shane —afirmé tranquilamente dando otra calada antes de devolverle el porro—. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

—Nunca digas de esta agua no beberé... —Lanzó una carcajada mientras observaba cómo me dirigía hacia la puerta—. Calma, tío. No voy a por tu chica.

—Para mí ella es una línea roja —le advertí—. Mírala y soy capaz de todo.

—Que sí, que sí, no hay problema. —Volvió a reírse y balanceó la bolsita en la mano—. ¿No te dejas nada?

Solté aire con frustración, le cogí la bolsita de un tirón y me la metí rápidamente en el bolsillo.

—Gracias.

—¡Recuerda que estoy aquí para lo que necesites! —me gritó mientras me iba—. La puerta siempre está abierta.

—Sí, ya lo sé.

«Ese es el problema».

24 DE ABRIL DE 2004

Sueños raros y manos largas

Aoife

—Pues tuve un sueño rarísimo anoche.

—¿Ah, sí, mi amor? —contestó papá.

—Sí. —Recliné la cadera contra el lateral del coche elevado con un gato en el que trabajaba mi padre y suspiré con dramatismo—. Y cuando me he despertado esta mañana, estaba completamente mojada.

A mis oídos llegó el sonido de una llave inglesa repiqueteando contra el suelo y luego las palabras «Madre de Dios».

Sonreí victoriosa.

—Joey, chaval, ¿todo bien por ahí? —preguntó mi padre hurgando en el capó del vehículo con una varilla de nivel en la mano—. ¿Cómo van esos bajos, hijo?

Joey, cuya parte superior del cuerpo quedaba oculta bajo el coche en el que ambos trabajaban, murmuró otro taco antes de decir—: Sí, Tony, ya casi están listos.

—Buen chico —dijo papá volviendo a centrarse en mí—. Aoife, cielo, si sudas tanto por la noche es que te estás poniendo mala.

—Sí, la verdad es que sentía que me estaba poniendo muy mala...

Debajo del coche resonó otro fuerte repiqueteo.

—Mierda.

—... en ese momento. —Le sonreí dulcemente a mi padre—. Pero ya me encuentro bien, papá.

—Qué bien. —Papá sonrió y luego centró su atención en el teléfono que sonaba en el despacho—. Será mejor que conteste.

—Sí, eso, papá.

—Vuelvo enseguida —murmuró acelerando el paso en dirección al teléfono, que no dejaba de sonar.

—¡Tómate tu tiempo, papá! —grité cuando cerró la puerta del despacho tras él—. Por favor.

—¿Jodiéndome delante de tu padre? —Joey salió de debajo del coche y me miró desde la camilla deslizante—. Eso es un nuevo nivel de bajeza, Molloy.

—¿Y si simplemente te jodo? —le vacilé descendiendo poco a poco hacia su regazo—. ¿Eh, Joe?

—Por favor —gimió colocándome las manos en las caderas para detenerme antes de que pudiera sentarme a horcajadas sobre su polla—. No me hagas esto.

—¿Es que no me deseas?

—Molloy.

—Nos lo podríamos pasar superbién en esta cosa —dije con un ronroneo meciendo mi cuerpo lo suficiente para que el suyo rodara hacia dentro y hacia afuera sobre la camilla—. ¿No quieres jugar conmigo, Joe?

—Por favor —suplicó manteniéndose firme—. Jugaré contigo más tarde.

—De acuerdo. —Exhalando un suspiro, me quité de encima y volví a apoyarme contra el coche—. La verdad es que sí que soñé contigo anoche.

—¿En serio?

—Ajá. Fue una pasada. —Le di un golpecito suave con el pie en el muslo, que llevaba cubierto con el mono azul de trabajo, y sonreí con malicia—. Y también era verdad lo de que me desperté empapada.

—Vale. —Poniéndose rápidamente en pie, Joey cogió un trapo del carrito

y se limpió sus aceitosas manos—. No puedo escuchar esto cuando me voy a pasar las próximas cuatro horas con tu padre.

—Casey y yo habíamos conseguido colarnos en una discoteca para mayores de dieciocho en la ciudad —continué sin hacerle ningún caso—. Me dejó tirada por un tío cualquiera en la zona de fumadores y, luego, cuando estaba sola en la pista de baile, apareciste tú.

—¿Ya está? —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Esa es la pasada de sueño?

—Hay más —susurré acercándome y riéndome cuando dio dos pasos hacia atrás para dejar algo de espacio entre nosotros—. Te pusiste a ligar conmigo y me trajiste una cerveza.

—Buah —exclamó inexpresivo—. ¿Soy o no soy un caballero?

—No lo fuiste cuando me llevaste al baño y me follaste contra el lavamanos.

—¿Contra el lavamanos? —Ahora había captado su interés—. ¿Y qué te pareció?

—Una pasada —contesté sonriendo—. Pero no era nuestra primera vez. En mi sueño, llevábamos meses acostándonos.

—Ya —convino entre risas—. En los míos también.

—Es gracioso. —Avancé otro paso hacia él—. Luego te viniste a casa conmigo. Estabas muy... triste.

—¿Y eso? —Arrugó las cejas—. Acababa de follarte en el baño de una discoteca, Molloy. ¿Por qué iba a sentir otra cosa que no fuera alegría de vivir?

—No me lo querías decir —le conté acercándome con disimulo—. Te empeñaste en que no podías irte a casa. Así que dormiste en mi cama, conmigo, y pasamos la noche juntos. —Dejé ir un agitado suspiro—. ¿Lo ves? Una pasada de sueño.

—Mmm. Se parece al que tuve yo anoche —dijo con mirada reflexiva—. Pero en él eras tú la que estabas encima follándome y yo no parecía triste en

absoluto...

—¡Joe, era Mary Dineen! —gritó papá desde la puerta del despacho haciendo que Joey prácticamente diera un salto hacia atrás—. ¡Se le acaba de averiar el coche en medio de una rotonda!

—La avisé sobre la junta de la culata —susurró Joey con una sonrisilla—. Pero ni puto caso.

—Ya le dije a esa mujer que la junta de la culata no le iba a aguantar ni quince kilómetros, pero ni puto caso —gruñó papá.

Joey me guiñó un ojo, y reconozco que fue un poco perturbador saber lo bien que conocía a mi padre.

—Bueno, ahora tendrá que pagar mucho más de lo que le habría costado al principio. —Papá movió la cabeza a los lados en señal de frustración y cogió las llaves de la grúa—. Esa vieja tacaña...

—¿Necesitas que vaya contigo?

—No, chaval, será mejor que te quedes. Acaba de cambiarle el aceite al Rover y luego puedes irte. Me va a llevar medio día solucionar esto.

—Como quieras.

—Buen chico. ¡No te olvides de cerrar todo cuando te vayas! —gritó papá mientras se subía a la grúa—. ¡Aoife, cielo, ¿quieres que te acerque a casa?!

—¡No, papá, estoy bien! —respondí diciéndole adiós con la mano mientras él arrancaba el motor—. ¡Tengo aquí mi coche! —agregué sabiendo que le encantaría oírlo.

—¡Buena chica!

Pitó un par de veces antes de salir del taller.

—Entonces... —Me giré hacia ese chico, que estaba asquerosamente sexi con el mono, y le dije—: ¿Por dónde íbamos?

—Yo estaba acabando de hacer un cambio de aceite —contestó esquivo—. Si eres capaz de comportarte, me puedes acompañar hasta que termine.

—¿Y eso qué tiene de divertido?

—Molloy.

—¿Qué? Es sábado. Mi día libre.

—Pues no dudes en salir a pasártelo bien —repuso alargando las palabras y volviendo rápidamente al trabajo como el solícito aprendiz que era—. Pero yo trabajo los sábados.

—Joe.

Negó con la cabeza.

—No.

Me llevé las manos a los botones de la blusa y desabroché el de arriba con un movimiento ágil.

—Me apuesto lo que quieras a que te hago cambiar de idea.

—Fuera. —Cerró de golpe el capó del coche—. Lárgate ahora mismo.

—Vale, vale —transigí—. Seré buena, lo prometo.

Hacerle compañía a Joe mientras trabajaba no resultó ser una experiencia del todo aburrida. Sabía cómo manejarse con un coche casi tan bien como mi padre, lo cual no era para nada fácil. Sentada a horcajadas en la camilla deslizante, me había pasado casi toda la tarde rodando hacia delante y hacia atrás mientras charlábamos y nos hacíamos bromas.

Él también era excepcionalmente meticuloso, como supe al verlo limpiar mientras trabajaba. Lo recogía todo y no paraba hasta dejar cada tuerca, tornillo y herramienta de nuevo en su sitio.

—¿Cuál es el plan? —pregunté desde el escritorio de mi padre. Con las piernas colgando, metí la mano en el enorme tarro de piruletas y cogí una de color rojo—. ¿Qué quieres hacer el resto de la noche?

—Probablemente debería irme a casa y ver cómo va todo —admitió todavía de espaldas a mí mientras se frotaba las manos sobre el fregadero—. Llevo aquí desde primera hora de la mañana y...

—No —protesté desenvolviendo la piruleta y metiéndomela en la boca—. No puedes irte a casa.

Suspiró profundamente.

—Molloy.

—Es sábado por la noche —gimoteé—. Y llevo todo el día esperando a que acabes.

—Lo sé, y lo entiendo, pero tengo responsabilidades en casa. —Se volvió para mirarme—. Primero te acompañaré a la tuya.

—He traído el coche.

Sonrió.

—¿Cómo te va con él?

—Es traumático —reconocí—. No soy capaz de pasar de tercera.

Se rio.

—Oye. —Bajándome del escritorio, me contoneé hacia él con mis mejores movimientos mientras intentaba parecer lo más seductora posible—. ¿Qué te parece si nosotros...?

—Tengo que irme a casa —afirmó rodeándome la cintura con los brazos cuando alcancé su pecho—. No es lo que quiero, pero sí lo que debo hacer, ¿vale?

—De acuerdo. —Dejé caer la cabeza hacia delante sobre su pecho y farfullé una retahíla de tacos entre dientes—. O... —añadí rápidamente en cuanto tuve la idea— puesto que has acabado una hora antes de lo habitual, podrías venir a mi casa y pasar esa hora conmigo, y luego yo te llevo en coche a la tuya.

—¿Vas a llevarme a casa en coche?

—Así practico. Y llegarás a tiempo para hacer lo que sea que necesites hacer.

—No sé, Molloy.

—Mamá no está en casa —me apresuré a decir—. Y Kev está en una de esas fiestas de pijamas frikis.

Vi la tentación en sus ojos.

—¿Sí?

—Sí, estaríamos solos. —Fui a por todas—. En una casa vacía, con una cama grande y sin distracciones.

Sentí crecer su entusiasmo contra mi vientre.

—Sabes exactamente lo que haces, ¿eh?

Con una sonrisa de satisfacción, le cogí la mano y tiré de ella.

—Vamos.

Caí de espaldas sobre el colchón tan solo un momento antes de que Joey cayera sobre mí.

Riéndome pegada a sus labios, me apoyé sobre los codos y observé cómo se arrodillaba entre mis piernas y se apresuraba a quitarse la camiseta antes de hacer lo propio con mi blusa.

No dejé que me afectara ni me puso de mal humor el hecho de que podía desabrochar los botones de una blusa y un sujetador más rápido que una estrella del porno. No podía enfadarme con él por tener un pasado. Además, había tenido la delicadeza de no mencionar su dilatada experiencia previa y yo estaba encantada de poder disfrutarla.

Se mirara como se mirase, era una situación en la que todos salíamos ganando.

Cuando los dos teníamos el torso desnudo, me agarró por las caderas y me arrastró sobre la cama hacia donde él estaba arrodillado.

—Una hora —me advirtió reclamando mis labios con los suyos y dándome el beso más embriagador que se pudiera imaginar—. Y luego me piro.

—Vale, vale, lo que tú digas, Joe —musité, y luego solté un intenso gemido cuando me tocó entre los muslos, todavía cubiertos por los vaqueros, y me acarició con rudeza, provocándome una descarga de placer justo en el clítoris—. Ay, Dios...

—Dios no, solo Joey.

—Chisss. —Con las manos enredadas en su pelo y las piernas alrededor

de su cintura, le di un beso de tornillo a ese chico que tenía encima y que en ese momento necesitaba más de lo que creía humanamente posible—. Oh, Joe...

Con una expresión que parecía combinar furia y dolor, me colocó su enorme y callosa mano en la nuca mientras llevaba la otra entre nosotros y me desabrochaba con destreza el botón de los vaqueros.

Después bajó la cremallera y, luego, como por arte de magia, arrastró la tela muslos abajo mientras dirigía sus labios a mis pechos y me pasaba la lengua por los endurecidos pezones, lamiéndolos y chupándolos.

Tras quitarme los vaqueros, volvió a recorrer mi cuerpo a besos hasta que encontró mis labios.

Gruñéndome en la boca, me deslizó un brazo por detrás de la espalda y nos hizo rodar hasta que estuve encima de él.

Lo hizo con tan poco esfuerzo que fue tremendamente sexy.

—Te mueves de una forma increíble. —Solté una exhalación entrecortada y me detuve a mirar a mi alrededor—. Te has quitado los pantalones del chándal y no me he dado ni cuenta. De verdad que es impresionante.

Sonrió satisfecho y movió las manos para enredarlas en la goma de mis bragas.

—Tú sí que eres impresionante.

—Estoy tan mojada ahora mismo por ti... —reconocí poniéndole las manos sobre el pecho desnudo mientras movía las caderas contra la erección que sobresalía de sus bóxers—. Es una locura.

—Lo sé. —Él movía las caderas hacia arriba—. Te estoy sintiendo.

Sus palabras hicieron que me contrajera por completo.

—Entonces... —Le recorrí el pecho de arriba abajo con un dedo y paré cuando llegué a la cinturilla elástica de los calzoncillos—. ¿Qué quieres hacer ahora?

—Dímelo tú, Molloy. —Desplazó las manos hasta mis caderas y me dio

un reconfortante apretón—. Tú mandas.

—¿Sí?

—Claro. —Se apoyó sobre los codos y me plantó un beso dolorosamente dulce en el cuello—. Marca el ritmo y yo te sigo.

«Fóllame».

Lancé una vibrante exhalación y pregunté:

—¿Y si te dijera que quiero que lo hagamos?

—Te diría que llevo un condón en la cartera.

—¿Y si te dijera que solo quiero quedarme sentada en tu regazo y mirarte?

—Te diría que mires cuanto quieras.

El corazón me comenzó a latir de un modo salvaje.

—¿Joe?

—Molloy.

—Coge la cartera.

El calor le ardía en los ojos.

—¿Ese es el ritmo que quieres marcar, Molloy?

Asentí despacio con la cabeza y susurré:

—Coge el condón.

Luego me bajé de encima de él y me volví a acomodar en la cama.

Sin mediar palabra, Joey hizo exactamente lo que le había dicho. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón de chándal gris y luego en la cartera, de donde sacó un envoltorio como de papel de aluminio.

Casi sin aliento y temblando, me tumbé boca arriba y agarré el tanga por un lado.

—No me hagas daño, ¿vale? —solté mientras lo veía enfundarse la goma en su enorme polla.

Por Dios.

—En serio —insistí sofocada clavándole la mirada cuando se acercó y se puso sobre mí—. Hazlo con cuidado.

Asintió lentamente, me dio un beso en los labios y luego aumentó la intensidad, besándome con tanto cariño y ternura que enseguida sentí cómo me relajaba sobre el colchón.

Aturdida y excitada, dejé que se me abrieran las piernas para recibirlo en mi interior. Colocándose entre mis muslos, me dio un beso hondo mientras alineaba su grueso capullo contra mí.

Y entonces pasó.

—¡No, espera! —Como si fuera un viejo hábito, me cerré justo en el momento crucial y, con voz ahogada, dije—: Lo siento... He cambiado de idea.

Sentí la tensión de su cuerpo sobre el mío, oí el gruñido que lanzó al enterrarme la cara en el cuello y me preparé mentalmente para la violenta reacción que esperaba.

Pero no llegó.

Ocurrió algo mucho más raro.

En lugar de gritarme y llamarme «calientapollas», como acostumbraba hacer Paul en circunstancias similares, Joey me dio un beso en el cuello antes de echarse hacia atrás y preguntar—: ¿Quieres que te ayude a acabar de todas formas?

Me quedé ojiplática.

—¿Eh?

—A acabar, Molloy —repitió inclinándose para besarme—. ¿Quieres que te ayude a correrte?

—¿No te enfadas?

Frunció el ceño.

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Porque me he bloqueado.

Su ceño se arrugó aún más.

—¿Y?

Me encogí de hombros.

—Y he hecho que te hicieras ilusiones.

—Joder. —Riéndose tiernamente, me plantó otro beso embriagador en los labios antes de volver a ponerse de rodillas con una orgullosa erección rebotándole entre las piernas—. Me da la impresión de que piensas que soy una especie de perverso falto de sexo que es incapaz de pasar tiempo contigo a menos que sea metiéndote el rabo.

—¿No es así?

—Eso me ha dolido.

—Quieres meterme el rabo. No mientas.

—Claro que quiero meterte el rabo —admitió con el corazón en la mano—. Pero no he venido por eso.

—Entonces ¿para qué has venido, Joe?

—Para estar contigo.

—Claro, muy gracioso.

—Para estar contigo —repitió con firmeza.

—¿De verdad?

—No he venido con la esperanza de tener sexo —confesó—. Ni estoy aquí por eso ni es por lo que sigo viniendo.

—Pero ¿quieres hacerlo?

—Es evidente que sí. —Se señaló la polla—. Pero no voy a forzarte a hacer algo para lo que tienes la sinceridad de reconocer que no estás preparada. —Dejó escapar un suspiro y se encogió de hombros—. Prefiero que me digas esto ahora a que luego te arrepientas.

—Vaya.

Oyó la palabra «no», entendió su significado y me complació sin quejas ni enfrentamientos.

Era un cambio agradable.

Me resultó tan excitante que casi me arrepentí de mi decisión.

—No me arrepentiría de estar contigo, Joe —dije incorporándome hasta que nuestros pechos se tocaron—. No podría. Nunca. Me importas

demasiado.

—Ya lo sé. —Sus ojos ardían en llamas—. Y sé que no se me da bien expresar con palabras lo que necesitas oír.

—Ya —susurré comprensiva—. No pasa nada.

—Pero no pienses jamás que no tengo sentimientos —me advirtió antes de estamparme un beso en la boca—. Porque el único momento en el que me permito sentir algo es cuando estoy contigo.

7 DE MAYO DE 2004

Es hora de poner las cartas sobre la mesa

Aoife

Joey: Entonces

Aoife: ella

Joey: le

Aoife: pasó

Joey: la

Aoife: lengua

Joey: por

Aoife: la

Joey: punta

Aoife: de

Joey: la

Aoife: polla.

—¿Hola? ¿Tierra a Aoife? —Chasqueando los dedos delante de mi cara, Casey me quitó el teléfono de la mano y gruñó en alto—. ¡Uy! Mejor te dejo a tu bola. —Esbozó una maliciosa sonrisa y me devolvió el móvil—.

Tía, ya tardas en ir derechita a chuparle la polla. Aunque, ¿no está en clase de Construcción ahora mismo? ¿No es un poco peligroso enviarle ese tipo de mensajes cuando está rodeado de sierras afiladas y herramientas potentes?

Con una sonrisilla, deslicé el teléfono de nuevo hacia el interior del estuche y centré la atención en mi amiga.

—A ver, ¿qué te cuentas?

—¿Que qué me cuento? —Casey se rio—. ¿De verdad vamos a ir por ahí?

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—¡Anda ya! —Puso los ojos en blanco—. Ya hace meses. Todos saben que estáis juntos. Se ve a la legua. Los rumores corren sin control por todo el instituto y, aunque no fuera así, las penetrantes miradas que le echas y los ojitos de quiero-arrancarte-la-ropa que él te pone cuando compartís aula os delatan sin querer. Así que, venga. ¿Cuánto tiempo más tenéis pensado fingir que no folláis como dos conejitos sexis cuando os quedáis solos?

—Joder, Case. Dilo más alto, anda —musité dándole un codazo—. Creo que el señor Ryan no te ha oído desde allí delante.

—La verdad es que sí lo he oído —confirmó nuestro profesor de Biología y Educación física subiéndose las gafas por la nariz—. Les ruego que se abstengan de discutir la productividad sexual de los conejos hasta que acabe mi clase. El descanso para comer es en diez minutos y la paciencia es una virtud, chicas.

—Perdón —dijimos las dos a coro amortiguando nuestras risas tras un libro de texto.

—¿Así que lo admites? —preguntó con un fuerte susurro.

—Mi padre todavía no sabe lo que hay. De momento, no creo que eso vaya a cambiar. Joey sigue trabajando con él, así que es mejor que, bueno...

—Folléis a espaldas de papá —propuso con una sonrisa compungida.

—No nos acostamos, Case.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Cómo puede ser?

—Verás, Case, la verdad es que es fácil —repliqué con sarcasmo—. Lo único que tienes que hacer es no dejar que el chico te meta el pene dentro de la vagina.

—Me parto de risa, cabrona. —Moviendo la cabeza a un lado y a otro, se inclinó hacia mí y susurró—: Pero, en serio, lleváis liados... ¿Cuánto? ¿Tres meses, por lo menos? —Los ojos se le salieron de las órbitas—. ¿Cómo es que no haces guarradas con ese chico?

—Nunca he dicho que no hiciera guarradas.

—Dame detalles.

—Una dama no cuenta esas cosas.

—Pero tú y yo sabemos que no eres una de esas. —Se acercó—. Vale, no folláis, pero supongo que hay tocamientos de los buenos, ¿no? Un besito por aquí, un dedito por allí, unos roces allí abajo...

—¡Casey!

—¡Venga ya! No te hagas la estirada conmigo. Te conozco desde que teníamos cinco años, ¿vale? Lo sabemos todo la una de la otra. Incluida aquella vez que me hiciste ir a Urgencias contigo en tercero porque estabas convencida de que te habías quedado embarazada. Y todo porque Paul se había hecho una paja antes de intentar meterte los dedos...

—¡Por Dios, era joven e inexperta! —solté mientras le tapaba la boca con la mano—. Y me juraste que nunca ibas a sacarlo a relucir.

—Sí, pero eso va a quedar en mi historial médico para los anales —espetó con una carcajada—. Le diste a la recepcionista mi nombre y mis datos, ¿te acuerdas?

—Porque tú llevabas la tarjeta sanitaria encima y mi madre guarda la mía en su monedero —repliqué encogiéndome al recordar lo increíblemente ingenua que solía ser—. Dios, era una mema de cuidado.

—¿Eras?

—Muy graciosa.

—Bueno, al tema —dijo Casey dando unos golpecitos sobre el pupitre para captar mi atención—. Cuéntame los detalles sexis, Molloy. ¿Toqueteos guarros?

Sonreí con picardía.

—Puede.

Se le abrieron los ojos como platos.

—¿Sexo oral?

Me encogí de hombros y no respondí, pero la cara me ardía de calor.

—Joder, ¡venga! —Me cogió por el brazo y me lo apretó—. ¿Quién se lo hace a quién?

Arrugué la nariz antes de admitirlo.

—Los dos.

—¡Ay, Dios! —Aplaudiendo mi vida sexual con un nivel de entusiasmo ridículo, mi mejor amiga me planteó—: Vale, vale, vale, y si tuviéramos que comparar entre Paul y Joey...

—Buah, Joey, de cajón. —La miré como diciendo: «Eso ni se pregunta, tronca»—. Con los ojos cerrados, Case. Ni punto de comparación.

—Ostras. Entonces supongo que es cierto eso que dicen sobre los chicos de mi urbanización. —Casey soltó una exhalación de asombro—. Follan como pelean: se entregan en cuerpo y alma y lo dan todo.

—¡Casey! —me reí dándole un empujoncito en el brazo.

—No estoy de acuerdo —espetó Danielle desde el pupitre de atrás. Las dos nos giramos para mirarla—. Al menos a Paul le funciona el cerebro cuando está con una chica.

—Sí, pero en una sola frecuencia, la de yo, yo y yo —replicó enseguida Casey.

Intenté ahogar la risa y al final mi cara parecía un pez globo.

Danielle resplandecía.

—¿Cómo te trata la vida en la periferia, Aoife?

Le ofrecí mi mejor sonrisa como respuesta.

—¿Por qué, Danielle? Es fantástica, gracias por preguntar.

—¿La periferia? —dijo Casey resoplando—. A ver si te enteras, chica. Las dos sabemos que todavía andarías merodeando por allí tan a gusto si Joe no hubiera pasado de ti por mi amiga.

—Pues no —rebufó—. ¿Y queréis saber por qué?

—No, pero seguro que nos lo dices igualmente —respondí con hastío.

—Porque puede que Joey Lynch sea guapo y carismático y tenga otras miles de cualidades que atraen a las chicas, pero está mal de la cabeza. Vale, es posible que ahora mismo se esté pegando la vida padre, con su fama de chico malo en el insti y su habilidad con un hurley y una sliotar, pero ya no hay nada más para él —nos dijo—. Ya ha tocado techo.

La miré con los ojos entornados.

—No sabes de lo que hablas.

—Lo que sé es que cometiste un tremendo error deshaciéndote de un chico con un futuro brillante para liarte con otro que directamente no tiene ningún futuro.

—Vete a la mierda, Danielle.

—Te diría que te fueras a la mierda tú también, pero eso ya lo has hecho —me soltó lanzando un suspiro de frustración—. Mira, Aoife, no soy tan idiota ni vengativa como para negar que por aquí eres lo más —me comentó—. Eres lista, guapa y divertida, y eso te permitió poder elegir a quien quisieras en primero. Podías haberte quedado con cualquier chico del instituto, pero fuiste lista y escogiste a Paul. Va a ser abogado, Aoife. Llegará lejos y, si hubieras mantenido la cabeza fría, seguro que él hubiera querido que lo acompañaras. Te adoraba, Aoife, y te hubiera dado una buena vida, con una casa bonita y una cuenta bancaria estable.

»Las dos sabemos que ese no suele ser el tipo de futuro que les espera a las chicas que vienen de donde nosotras venimos. —Hizo un gesto con la cabeza y añadió—: Pero no pudiste resistir la tentación del malote del insti,

y ahora estás jodida. —Cruzó los brazos sobre el pecho, arqueó una ceja y dijo—: Porque los chicos como Joey Lynch nunca llegan a nada en la vida, y las chicas como tú llegan justo al mismo sitio que ellos. Tan solo tienes que ver a sus padres.

—Danielle, no te flipes —intervino Casey de inmediato—. No es tan profundo.

—¿Ah, no? —Danielle me miró a los ojos y dijo—: Diviértete convirtiéndote en su mujercita, Aoife. Dudo mucho que llegues a la graduación de sexto sin un pequeño Joey en el bombo.

—Mira, guarra, Aoife no es como tú. —Casey saltó rápidamente en mi defensa, y la verdad es que se lo agradecí, porque yo me había quedado sin palabras—. Ella no se baja las bragas en cuanto un tío le hace un gesto. Y desde luego no necesita ni a Paul Rice ni a ningún otro maromo para avanzar en la vida. Eso lo puede hacer por sí misma.

—Mientras solicita al gobierno el subsidio de madre soltera. Mientras el drogata que sus hijos tienen por padre está en una celda porque ha acabado saltándose demasiadas leyes —escupió Danielle con aspereza.

—Ah, ¿te refieres al mismo drogata que llevas persiguiendo desde primero? —replicó Casey—. Déjalo ya, Danielle. Apestas a celos, tía.

—Sí, estaba celosa —admitió—. Me dolió verlos juntos aquel día. —Ahora me hablaba directamente a mí—. Pero en vez de enfadarme contigo, debería darte las gracias.

—¿Por?

—Por cambiar tu futuro por el mío. Tú estás con mi ex, y yo estoy con el tuyo. —Sonriendo, exhibió la brillante pulsera de oro que llevaba en la muñeca—. Y, a diferencia de ti, yo me aseguraré de valorar la mejora.

—¿Ah, sí? Bueno, pues ya de paso asegúrate también de valorar que te traten como a un puto maniquí. —Giré la silla, me incliné hacia su pupitre y le dije—: Danielle, puede que ahora todas esas cenas caras y los regalos ostentosos te parezcan tentadores, pero el brillo desaparece enseguida. Y,

cuando eso ocurra, lo único que te quedará será la certeza de que para él no eres más que una cara bonita y un buen par de tetas. —Endurecí la mirada al añadir—: Porque eso es lo único que serás para él. Paul nunca va a preocuparse por lo que tú pienses ni va a anteponer tus sentimientos a los suyos. Él siempre será su propia prioridad, y, si para ti eso es suficiente, entonces me alegro por ti, de verdad, pero para mí nunca lo fue.

En ese momento sonó el timbre y decidí no quedarme a escuchar la inteligente respuesta de Danielle.

Lo que hice fue recoger mis libros a toda velocidad y apresurarme a salir del aula con un único destino en mente: el frontal del quiosco. Allí pensaba obtener mi chute diario de Rolo y una barrita de Roy of the Rovers.

No estaba de humor para caer vencida ante las hordas de chicos y chicas del instituto y acabar viéndome obligada a comprar una puta barrita de Wham.

Además, necesitaba el subidón de azúcar para calmar el temblor de mis manos.

Danielle se equivocaba con respecto a Joey.

Pero, vamos, seguro.

—Espero que no hagas caso de lo que dice esa tonta del culo con tetas por cerebro —me advirtió Casey poco después, mientras estábamos sentadas en el comedor del instituto—. Danielle no dice más que tonterías, Aoife. Se estaba desahogando porque todavía le escuece que Joey pasara de su culo por ti.

—Para empezar, jamás tuvieron una relación —argumenté—. Se acostaron unas cuantas veces. Eso es todo.

—Exacto —convino mi mejor amiga—. A Danielle lo que la vuelve loca es saber que tú captas la atención de Joey sin hacer ningún esfuerzo, mientras que ella se ha tirado los cinco últimos años intentando hacer eso mismo, sin conseguirlo.

—Bueno, con ella perdió la virginidad.

—Psee. —Movió una mano en el aire—. Eso no quiere decir nada. Perder la virginidad no significa lo mismo para los tíos que para las tías.

—Case, eso es bastante sexista —protesté riéndome entre dientes—. Además, ¿tú qué sabes?

—Ay, querida criaturita —dijo en tono cantarín dándome palmaditas en la mano—, ¿tú no sabes que, en cuanto les salen pelos en los huevos, se ponen como locos para perderla con la primera que pase por delante?

—Eres terrible —repuse entre carcajadas.

—Terriblemente certera —señaló—. Es la verdad, Aoife. Tengo toda la razón del mundo. Para ellos es una cuestión de quitárselo de encima cuanto antes, pero nosotras nos aferramos a nuestra virginidad como si nos fuera la vida en ello.

—Tú no eres virgen desde tercero —le recordé.

—Vaaale... —asintió alargando la palabra y poniendo los ojos en blanco—. Tú te aferras a tu virginidad como si te fuera la vida en ello. —Hizo unos gestos al tuntún con la mano—. En cambio, Paul fue lo suficientemente estúpido como para perderla con esa chica del Tommen; igual que Joey, que metió su virginal pito dentro de nuestra compañera de clase.

—Chicas —interrumpió Mack con una amigable sonrisa mientras se deslizaba en el asiento que estaba junto a Casey—. ¿Cómo va?

—Hablando del rey de Roma... —dije con retintín guiñándole un ojo a Casey por si se había olvidado de a quién le había entregado ella su virginidad—. ¿Qué tal, Mack?

—Sí, hola, Mack —saludó Casey de mala leche dedicándome su temida mirada de «saca el tema y estás muerta»—. ¿Qué hay?

—Pues nadie tan preciosa como tú, Case —respondió chocando su hombro con el de mi amiga—. El caso es que estaba fumando con Podge y los demás, pero he visto que rondaba por allí el tío ese de la urbanización

Elk, así que me he pirado.

—¿De la urbanización Elk? —Agudicé el oído—. ¿Quién?

—El mierda de Holland —contestó Mack haciendo que el corazón se me hundiera hasta el culo.

«Shane Holland».

—Tías, es una manzana muy podrida —continuó diciendo Mack al tiempo que desenvolvía el papel que cubría su bocata de pollo rebozado—. Aún sigue merodeando por el aparcamiento, cuando hace años que acabó el insti.

—¿Está con él?

Mack me miró confuso.

—¿Quién?

—Joey.

—¿Quién?

—¡Joey!

—¡Ah!, ¿te refieres a Lynchy? —Se partió de risa él solo—. Estaba en plan «¿Quién es Joey?». Estoy tan acostumbrado a llamarlo...

—¡Mack, joder, céntrate! —le pedí casi gritando mientras me inclinaba sobre la mesa y le golpeaba en la frente con una botella vacía de plástico—. ¿Has visto a Joey con Shane Holland?

—Sí, joder —gruñó Mack frotándose la cabeza—. Ahora mismo está ahí fuera con él.

Empujé la silla hacia atrás, me puse en pie de golpe y, dejando atrás la mochila, la comida y a mis amigos, salí disparada del comedor.

—Espera, Aoife, voy contigo.

—¡No! No me sigas —le advertí a Casey mientras cruzaba el pasillo a grandes zancadas y salía hecha una furia por la entrada principal del instituto.

Creía que iba a explotar del enfado.

Joey lo había estado haciendo muy bien.

De ningún modo iba a dejar que ese pedazo de mierda de Holland lo echara todo a perder.

—¡Hey! —grité en cuanto vi el familiar Honda Civic negro, que estaba aparcado en el extremo más alejado del parking del instituto—. ¡Hey!

Abriéndome paso entre un grupo de fumetas un año mayores que yo, saqué el teléfono, que ni de coña tenía cámara, y fingí que le hacía una foto al coche de Shane.

—¡Sal del coche, gilipollas!

Mi como-quieras-llamarlo, que estaba sentado en el asiento del copiloto con otros chicos mayores apretujados en el asiento de atrás, se giró para mirar por el parabrisas con expresión confusa. Sin embargo, en cuanto posó los ojos en mí, la confusión se transformó rápidamente en reconocimiento y luego se asentó en la ira.

«Enfádate lo que quieras, mamonazo, porque más enfadada estoy yo».

—¡He dicho que salgas del coche, gilipollas! —exigí golpeando el capó con las manos sin importarme si atraía las miradas hacia ellos—. ¡Ahora mismo!

—¿Qué coño crees que haces? —gruñó Joey abriendo la puerta del coche de un tirón y bajándose de él—. ¡Hostia puta, Molloy! —Dio la vuelta alrededor del capó y se colocó de inmediato entre el coche y yo—. ¿En qué estás pensando?

—¿Cómo que en qué estoy pensado? —repuse sofocada con el pecho agitado mientras buscaba en sus ojos señales que indicaran que iba colocado—. ¿En qué estás pensando tú?

Perdí el control y, empujándolo para que saliera de en medio, le di una patada a la matrícula del coche de Shane.

—¡Oye! —bramó Shane bajando la ventanilla, que por supuesto estaba tintada—. Lynchy, controla a tu churri o tendré que hacerlo yo.

—¡Me gustaría ver cómo lo intentas, gilipollas! —le grité a ese cabronazo. Luego, por si las moscas, también le lancé el teléfono contra el

parabrisas—. ¡No te tengo miedo!

—Molloy...

—¡No! —Empujé a Joey cuando intentó forcejear conmigo para que me apartara, volví a acercarme al coche con paso firme y lo golpeé de nuevo—. Ya no le interesa lo que le ofreces. ¿Me oyes? No le interesa una mierda. ¡Así que lárgate!

—¡Molloy!

—¡Joe, dijiste que lo ibas a intentar! —Con los ojos a rebosar de lágrimas, le di un brusco empujón en los hombros—. ¡Joder, me prometiste que no...!

—¡Y no lo he hecho! —espetó agarrándome rápidamente por los brazos y atrayéndome con fuerza hacia él—. ¿Es que quieres morir? —Me fulminó con unos furiosos ojos verdes más claros que el agua—. No se la puedes liar a tíos como él, Molloy. —Sujetándome los brazos a los lados, susurró cabreado—: Y desde luego no puedes ir por ahí montándoles escenitas como esta en público ni pateando sus putos coches.

—¡Me da igual! —grité consciente de cada una de mis palabras—. De verdad. Me importan una mierda sus estúpidas amenazas. ¡Lo que me importa es lo que hacías tú en ese coche, Joey!

—No respondo ante ti, Molloy, así que tampoco tengo que darte explicaciones de nada —repuso de inmediato con los ojos abrasados por la frustración—. No tonteo con otras chicas a tus espaldas. De eso puedes estar segura. Estoy contigo, y solo contigo. Pero todo lo demás, lo que hago o dejo de hacer cuando no estamos juntos, no es asunto tuyo.

—¡Claro que eres asunto mío, gilipollas! —dije con voz ahogada.

De forma violenta y temeraria, me zafé de él, lo cogí por la sudadera y arrastré su boca hacia la mía para darle un beso rudo y profundo.

Me eché hacia atrás y solté:

—Y si yo te importara lo más mínimo, entenderías por qué tienes que alejarte de ese coche, joder.

—Molloy.

—¡Ahora mismo, Joey! —chillé colérica—. No es una cuestión de orgullo. Se trata de poner las cartas sobre la mesa y probar que te importo tanto como tú me importas a mí.

Se me quedó mirando un buen rato, con las fosas nasales encendidas y el pecho agitado por la furia. Por fin, gracias a Dios, asintió con la cabeza en señal de rendición.

Sentía la rabia que irradiaba de su cuerpo mientras le murmuraba algo a Shane por la ventana. Luego me siguió adonde yo tenía aparcado el coche, que había conducido hasta el instituto como una valiente.

—No me hables —me advirtió Joey cuando le di las llaves y me senté en el asiento del copiloto.

El hecho de que se hubiera subido al asiento del conductor junto a mí no era una victoria que pudiera celebrar, ya que era consciente de la guerra que estaba tomando forma entre nosotros.

—No me digas ni una puta palabra.

7 DE MAYO DE 2004

Saltar al vacío

Joey

Furia.

Nunca me había sabido tan amarga.

Incapaz de mirar a Molloy por temor a lo que pudiera decirle, seguí conduciendo para alejarme del instituto y de Ballylaggin, con la esperanza de que la distancia me ayudara a calmarme.

«Tenemos que hablar de esto».

Tenía razón, había que hacerlo, pero yo no estaba preparado para mantener ninguna conversación.

En ese momento no podía escucharla.

No podía oír el razonamiento de por qué había hecho aquello.

Hablar mientras luchaba contra mi mala hostia no nos iba a hacer bien a ninguno de los dos.

Perdería la cabeza y escupiría veneno sobre sus sentimientos. No me importaría si las palabras que salieran de mi boca iban o no en serio; explotarían en mis labios como balas cuyo único propósito sería hacerle daño a mi objetivo. Era un mecanismo de defensa que llevaba programado desde que nací.

En ese momento, la cabeza me decía que el objetivo de mi ira era la chica que tenía sentada al lado, lo que contrastaba crudamente con lo que me

dictaba el corazón: «Baja la pistola de las narices y no dispaes».

—¿Estás seguro de que el seguro que te hizo mi padre en el trabajo te cubre para conducir este coche?

Intentaba hacerme entrar en razón hablándome de cualquier cosa.

No iba a funcionar.

—Todavía no me creo que te hayas sacado el carnet de conducir completo antes que yo.

Si no se lo creía, debía de ser la única. A juzgar por cómo conducía (como una abuela de noventa años ya casi sin vista y con poquísimo conocimiento), me daba la impresión de que Sean acabaría sacándose el carnet antes que ella.

—Yo también estoy enfadada contigo, ¿sabes?

Ya, me quedó bien claro cuando se le cruzaron los cables y atacó el coche de Shane.

Aparqué en la playa, apagué el motor y cogí una gran bocanada de aire antes de volverme en el asiento para mirarla. Ella ya estaba girada hacia mí, con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión severa en el rostro.

Su precioso pelo rubio le caía sobre los hombros y le llegaba hasta los codos. Parecía un ángel cargado de aplomo y listo para librar una batalla conmigo, lo que me ponía de los putos nervios.

—No puedes hacer eso, Molloy —dije por fin cuando me aseguré de poder controlar las palabras que salían de mi boca—. No puedes tener una pataleta en el instituto cada vez que hable con alguien a quien no apruebas.

Con la espalda reclinada contra la puerta del coche, me miró malhumorada, pero no me respondió. Sus carnosos labios haciendo un puchero le conferían un aspecto ridículamente sexi, y en ese momento no estaba seguro de si quería pelearme con ella o follármela.

—Va en serio —insistí—. Si cualquier otra chica me hubiera montado esa escena, no estaría sentado con ella en un coche intentando hablarlo. No, porque ya le habría dicho en el instituto dónde podía irse.

—Pero yo no soy cualquier chica —repuso cabreada—. Ese es el tema.
«Qué seguridad en sí misma».

—Te equivocaste al hacer lo que hiciste.

—No, tú te equivocaste.

—Con ese tío no se juega, Molloy. ¿Te paraste a pensarlo antes de patearle el coche?

—Conmigo tampoco. ¿Te paraste a pensarlo antes de meterte en su coche?

—Puedo hablar con quien quiera.

—No si es alguien que va a venderte drogas.

—Ya te he dicho que no me metí nada.

—Eso no quiere decir que no tuvieras la tentación de hacerlo.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer, Molloy.

—¿Ni siquiera cuando es por tu propio bien?

—Exacto. No te pertenezco.

—Sí que me perteneces.

—No, Molloy. —Frustrado, lancé un suspiro—. Eso no es verdad.

Me fulminó con la mirada.

—Estás aquí, ¿no?

—Porque te comportas como una niñata.

—Y tú viniste corriendo.

Entrecerré los ojos.

—Molloy.

Ella entrecerró los suyos en respuesta.

—Joey.

«Dios, soy incapaz de tratar con ella».

Moví la cabeza a uno y a otro lado sintiéndome desconcertado.

—Bueno, si en el instituto no sabían lo nuestro, desde luego ahora ya lo saben.

—Perfecto. —Seguía mirándome con mala leche—. Yo no tengo nada de

lo que avergonzarme, ¿y tú?

Le devolví la mirada.

—No.

—Vale —soltó—, pues me alegro de que lo hayamos aclarado.

—No sé qué coño hago aquí. —Levanté las manos—. De verdad que no.

—Estás aquí por el mismo motivo que yo, gilipollas. —Se acercó enseguida y me golpeó a traición en el pecho—. Porque estás enamorado de la persona que tienes delante, igual que yo.

—No estoy enamorado de ti —le advertí en tono tembloroso—. No es verdad, Molloy. No te quiero.

—Joey, no le mientas a un mentiroso. —Tuvo el valor de entornar los ojos y declarar—: Me quieres tanto que te pone enfermo.

—Vas muy de sobrada, joder —espeté totalmente abrumado por esa rubia que reptaba sobre la guantera para sentarse sobre mí—. No sabes lo que se me pasa por la cabeza, Molloy.

—Yo soy lo que se te pasa por la cabeza. —A horcajadas sobre mis caderas, cogió el cuello del jersey del uniforme y se lo quitó de un tirón—. Antes, ahora y siempre.

—A mí no me vengas con esas mierdas —me oí decir pese a que ya tenía la mano en la nuca para tirar de mi jersey igual que había hecho ella.

Se llevó las manos a los botones de la camisa escolar y ni siquiera me molesté en fingir que no la miraba mientras se los desabrochaba hábilmente y dejaba a la vista un sexi sujetador de encaje rosa que oprimía sus enormes tetas.

—Dios —gruñí poniéndome tan duro debajo de ella que hasta me dolió.

—Dímelo. —Tras quitarse la camisa, se llevó las manos a la espalda en busca del cierre del sujetador y me brindó una sonrisa burlona mientras las retiraba y me las ponía en el pecho—. Dime lo que quiero oír.

—Ni de coña —repliqué rodeándole la cintura con un brazo y tirando bruscamente de ella hacia mí. Llevé la mano a la mitad de su espalda y le

desabroché el sujetador sin esfuerzo—. Porque no es verdad.

—Porque tienes miedo —me corrigió dándome un ligerísimo beso en la comisura de la boca mientras se bajaba poco a poco los tirantes del sujetador por los brazos hasta acabar tirándolo al suelo—. Porque —hizo una pausa, se inclinó hacia mí y me recorrió el labio inferior con la punta de la lengua antes de susurrar—: eres un cobarde.

7 DE MAYO DE 2004

Reconciliación y magreo

Aoife

Hay una vieja expresión que dice «No despiertes a la bestia».

Pues yo lo desperté a él.

Lleno de furia por mi provocación, Joey decidió que la mejor manera de probar que no era un cobarde era comerme el coño.

Abierta de piernas en el asiento del copiloto de mi empañado coche, con el respaldo tan reclinado que mis mechones quedaban diseminados sobre el asiento de atrás, movía las caderas contra su cara mientras mis dedos se aferraban a su pelo.

—¡No pares! —Estaba igual de desnuda que cuando nací y era totalmente de día, pero me importaba un total de tres pares de cojones porque él me estaba llevando al borde de la locura con sus dedos y su lengua—. ¡Joder, Joe, no pares!

—Molloy, no aprietes tanto los muslos —gruñó. Al bajar la vista, vi que le estaba estrujando el cuello—. Me cortas la circulación.

—Perdón, perdón —gimoteé dejando caer las piernas a los lados solo para volver a cerrarlas como un resorte cuando me pasó la lengua por el clítoris—. No puedo... No puedo...

—Puedes correrte o matarme —me advirtió abriéndome los muslos—. Las dos cosas no.

—Lo primero —respondí de inmediato sin aliento—. Lo otro puedo hacerlo luego.

Joey se rio.

—Esa es mi chica.

«Dios...».

Los ojos se me ponían en blanco y me dejé llevar por las sensaciones y el palpitante placer inimaginablemente adictivo que él había hecho surgir en lo más profundo de mí.

—Fóllame... —me oí gemir mientras me corría con intensidad, estremeciéndome y temblando mientras me atravesaban enormes descargas de un calor blanquecino—. Fóllame, Joe.

Lo que me sorprendió no fue tanto mi súplica como su reacción.

Se. Rio.

Así es, en lugar de aprovechar la oportunidad que no le había ofrecido a ningún otro chico antes que a él, ese cabronazo de enorme pecho desnudo se rio.

—Vaya. Gracias por reírte —dije con seriedad mientras él se dejaba caer en el asiento del conductor y se pasaba una mano por el pelo totalmente revuelto—. Me siento muy especial.

—Deberías —contestó en tono guasón al tiempo que se metía la mano en los bóxers y se reajustaba la erección—. Me he pasado la última media hora con la cabeza entre tus piernas, Molloy.

—Y, como bien sabrás por mis gritos, me siento muy agradecida por ello. Pero acabo de ponerte mi virginidad a huevo y te has reído de mí.

Volvió a reírse.

Esta vez más alto.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, nada —respondió sofocado tratando inútilmente de darle cierta sobriedad a sus facciones mientras se descojonaba de la risa—. Es que... has dicho... que me la has puesto a huevo.

—¡Ay, céntrate! —Me puse de color rosa chillón—. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, sí. —Ahogó una carcajada—. Es que me ha hecho gracia.

—Venga —exigí—. Dime por qué te has reído.

—Porque estabas toda puesta y no pensabas con claridad.

Me quedé boquiabierta.

—Yo no me meto drogas. ¡No soy tú, gilipollas!

—¿Todavía quieres darme esa virginidad que tienes por ahí? —contestó moviendo una mano entre los dos—. ¿O ya has dejado lo suficientemente atrás el orgasmo como para recordar que follarme en un coche no es lo que llevas esperando todo este tiempo?

—Ah.

—Sí. —Se rio—. «Ah».

—Bueno. —Se me encendió la cara mientras, a desgana, le daba la razón—. Supongo que debería darte las gracias —murmuré poniéndome rápidamente el arrugado uniforme escolar—. Por ser tan caballeroso a la hora de proteger mi virginidad.

—De nada —respondió abotonándose la camisa—. Al contrario de lo que cree la gente, yo no soy de esos, Molloy.

—No. —Exhalé un vibrante suspiro mientras me pasaba el pelo por un hombro y alcanzaba el cinturón de seguridad—. Ya lo sé, Joe.

—Pero tampoco soy un santo —me advirtió ya completamente vestido y con la llave metida en el contacto. Me lanzó una ardiente mirada y me dijo—: La próxima vez que me supliques que te folle, no te voy a decir que no.

—Vale —convine con una risilla nerviosa—. Me aseguraré de recordarlo. Me guiñó un ojo.

—Hazlo.

«Madre mía...».

8 DE JUNIO DE 2004

Llamadas de teléfono y gente falsa

Joey

—Y entonces ella le tiró la jarra de agua por la cabeza y le dijo que se fuera a la mierda. —Molloy se rio al otro lado de la línea telefónica—. ¿Te parece normal la cara dura de ese hombre? ¿Qué se creía? ¿Que podía meterle mano a Julie y ella se iba a quedar con los brazos cruzados?

—¿Julie? —pregunté intentando sujetar el teléfono entre la oreja y el hombro mientras hacía rodar un neumático por el suelo del taller.

—Conoces a Julie.

No sabía de quién me hablaba.

—Es la camarera de la que siempre te hablo.

No, seguía sin saberlo.

—Ah, sí, ya me acuerdo. —Como si me importaran una mierda esa tal Julie y su cliente caradura—. Bien por ella —añadí complaciendo a Molloy en pro de una vida tranquila—. Espera... A ti no te tocó las tetas, ¿verdad?

—No, tranquilo. Tú eres el único que me toca.

—Vale. —Me detuve para apilar el neumático contra la pared y luego me fui a por el siguiente—. Oye, me encantaría seguir hablando, pero sigo en el trabajo.

«Igual que tú».

—Ya, yo también —repuso con un suspiro—. Estoy en el descanso.

—Bueno, pero yo no —repliqué cada vez más frustrado con la distracción. Para mí era una sensación a la que no estaba acostumbrado, porque cuando estaba en el trabajo, estaba en el trabajo. No me andaba con tonterías. Me concentraba y sacaba el curro. A diferencia de la insensata que había al otro lado del teléfono—. Así que voy a colgar.

—No, no, no cuelgues —gimoteó Molloy—. Quédate al teléfono y así me haces compañía.

—Llama a Casey para que te haga compañía —contesté—. Tengo mucho que hacer antes de salir.

—Joe...

—¿Quieres que quedemos a las cinco? —gruñí—. Porque va a ser imposible si no me dejas acabar mis tareas, Molloy.

—Vale. —Exhaló un suspiro—. Llamaré a Casey.

—Eso mismo —convine—. Adiós.

—Te quiero.

—Nos vemos a las cinco.

—Dilo.

—Madre de Dios, ¿quieres volver al trabajo de una puta vez?

—Dilo y lo haré.

—No —refunfuñé en tono frustrado—. Deja de presionarme.

—Te encanta que te presione —dijo burlona; luego puso una voz más mimosa para agregar—: Pero te gusta todavía más que tire arriba y abajo.

—¿En qué me he metido?

—En la mejor relación de tu vida.

No le faltaba razón.

—Nos vemos a las cinco.

6 DE JULIO DE 2004

Orinales y charlas de motivación

Joey

No quería estar ahí. Ni en esa casa, ni con esa familia. Por desgracia para mí, Dios no dejaba que los niños eligieran a sus padres. Si lo hiciera, puede que hubiera menos niños desdichados en el mundo. Y seguro que yo no estaría cerca de esa gente.

«Ni de puta coña».

—Venga, chaval, vamos a ello. —Sacudiendo la cabeza para alejar esos pensamientos de mierda, me centré en la tarea que tenía entre manos y levanté los pulgares hacia arriba con entusiasmo—. Saca lo mejor de ti.

Con sus enormes ojos marrones, mi hermanito me miró desde el orinal.

—No *tene* cacas, papa.

«Y una mierda, te acabo de pillar agachado detrás del sofá».

—Inténtalo —opté por decir mientras hacía clic en un mensaje que me había enviado Molloy hacía un rato—. Y muy buen trabajo, chaval. Esa frase casi era inteligible.

Molloy: Es sábado. Hace sol. Son las vacaciones de verano. Así que dime por qué estoy tomando el sol en el jardín con Spud lamiéndose las pelotas cerca de mi cara en vez de ser tus pelotas las que están cerca de mi cara mientras yo estoy tumbada en la playa.

Con una gran sonrisa, me apoyé contra la pared del baño, escribí

rápidamente un mensaje y le di a Enviar.

Joey: Tengo cosas que hacer en casa. Pero no te preocupes, esta noche iré y te pondré las pelotas en la cara todo lo que quieras. Hasta me las voy a lavar antes.

Molloy: Vaya! Qué caballero! Seguro que haces lo mismo con todas.

Joey: Solo con las que me hacen unos trabajitos tan finos.

Molloy: Encantada de complacer a un fan.

Molloy: Oye... Qué te parecería escaparte una noche a la ciudad este fin de semana? Hay un festival de tecno en Kerry, y me encantaría ir.

Joey: No puedo.

Molloy: Nooo... Por qué?? No tenemos que ir todo el finde. Solo una noche...

Joey: Ojalá pudiera, pero tengo responsabilidades en casa.

—¡No es tu padre, Sean! —gritó Ollie desviando mi atención del teléfono. Asomaba la cabeza por la cortina de la ducha, donde se supone que estaba lavándose—. Es Joey, ¿te acuerdas? Nuestro hermano mayor.

—*O-ui* —canturreó Sean lentamente frunciéndome el ceño un buen rato—. *O-ui* papa.

—No —lo corrigió Ollie cada vez más enojado—. Deja de decir eso, Sean.

—Papa.

—No, Sean, ¡para!

—Cálmate, Ols —suspiré cansado metiéndome de nuevo el teléfono en el bolsillo—. No importa.

—Pero es raro, Joe.

«Qué me vas a contar».

—Ya lo entenderá —repuse.

—Pierdes el tiempo con ese bebé, Ols —farfulló Tadhg desde la puerta del baño—. No está bien de la cabeza. Cumplirá tres años en octubre y todavía no sabe hablar.

«Claro, porque ha recibido más golpes en la cabeza que dedos tienes tú para contarlos».

—A ti te voy a dejar yo bien la cabeza si vuelves a hablar así de él —solté—. Además, tú tenías casi cuatro años cuando empezaste a limpiarte el culo sin ayuda, así que no te pongas tan chulito.

—¡No es verdad, joder! —resopló Tadhg indignado.

—Habla bien, gilipollas —le advertí—. Y sí, claro que es verdad.

—¿Qué? —Tadhg se quedó boquiabierto—. Pero tú me acabas de llamar gili...

—Soy mayor que tú. —Sonreí con suficiencia—. Puedo decir lo que quiera.

—Yo tenía dos años cuando aprendí a usar el váter —canturreó Olli orgulloso—. Y se *zupone* que no tienes que decir la palabra que empieza por j, Tadhg.

—Anda, mira —replicó Tadhg en tono sarcástico poniendo los ojos en blanco—. Otro hermano que no habla bien.

—Claro que hablo bien.

—Di «suponer».

—*Zuponer*.

—Lo que te decía.

—Para ya —advertí tirándole un rollo de papel higiénico a Tadhg—. Y tú —agregué dirigiéndome a Ollie—. Lávate bien esta vez. Se podrían plantar coles en esas orejas.

—¿Sí? —Se le encendieron los ojos de la emoción—. ¿De verdad?

«Virgen santa».

—Claro que no, melón —repuso Tadhg verbalizando lo que yo pensaba—. Por Dios, ¿de dónde habrá salido este?

—De las partes íntimas de mamá —dijo Ollie encogiéndose de hombros—. Igual que vosotros.

—¿«Partes íntimas»? —Tadhg miró boquiabierto a nuestro hermano menor—. ¿Quién narices dice eso?

—Bueno, en verdad se llama *regina* —contestó Ollie alegremente—. Shannon también tiene una, ¿sabes? Eso es lo que mi señorita dice que tienen ahí abajo las chicas. Y se supone que tenemos que usar esa palabra.

—Oye, oye, espera un puto segundo. —Subí una ceja y me quedé mirando a mi hermano—. ¿Eso te lo ha dicho tu profesora?

—Ajá.

Me quedé estupefacto.

—Pero si no tienes ni nueve años...

—Ya —dijo asintiendo con la cabeza—. Nos estaba enseñando cosas sobre las *reginas* en el cole antes de las vacaciones de verano. Y sobre los penes. Ellas son los pájaros, las chicas, quiero decir. Los chicos son las abejas, porque picamos, ¿sabes?

—Se dice «vagina», no «regina», pedazo de friki —farfulló Tadhg agarrándose el estómago—. Apártate, Joe. Voy a potar.

—Seany cacas —dijo una vocecita chillona con entusiasmo desviando mi atención, gracias a Dios, del niño más raro con el que me había encontrado—. ¡Seany cacas, papa!

—¡No es tu papa! —dijeron Ollie y Tadhg al unísono—. Es tu hermano.

—Por favor, dime que lo ha hecho —musité melancólico mientras cogía al bebé y lo levantaba del orinal para inspeccionarlo—. Joder, chicos. Lo ha hecho. —Esbocé una enorme sonrisa entre orgulloso y asombrado—. Hoy es un buen día, chavales.

—Madre de Dios. —Tadhg movió la cabeza hacia los lados—. Si te hace feliz que Sean cague, es que de verdad necesitas salir más, Joe. Imagínate si ves un par de...

—No lo digas —le advertí cogiendo el rollo de papel higiénico—. Bien

hecho, pequeño Seany. Lo próximo que aprenderás será a limpiarte el culo.

Tadhg soltó una risita.

—Suerte con eso.

—Se llama «ojote» —canturreó Ollie—. Es lo que dice la profe.

—Por Dios —gruñí moviendo la cabeza.

Tadhg tenía razón.

Tenía que salir de ahí.

El teléfono me sonó en el bolsillo y no me hizo falta leer lo que había escrito Molloy para convencerme de nada. Tecleé un mensaje de texto y le di a Enviar.

Joey: Ese festival que me decías... Me apunto.

11 DE JULIO DE 2004

Amor de verano, me he hecho un tatuaje

Aoife

Joey no debería haber dejado que lo convenciera para ir a ese puto festival de tecno en Tralee el viernes por la noche.

Si no me hubiera hecho caso, ahora no estaríamos aquí. Dos días después, tirados en una pensión de mierda junto a una carretera en medio de la zona oeste de Kerry. Sin un céntimo en nuestros bolsillos y muriéndonos lentamente por haber abusado del alcohol como lo hace la gente que tiene el hígado amarillo.

Dábamos pena, y mi único consuelo era saber que el culpable no era otro que Joey, por no haberme parado los pies. Por Dios, qué impresionante era a veces.

—Creo que tengo una hemorragia de vodka en la polla —anunció al salir del cuarto de baño que había en nuestra habitación el domingo por la mañana—. En serio. —De pie, ataviado solo con unos bóxers, Joey se frotaba los brazos hacia arriba y hacia abajo mientras volvía a toda prisa a la cama—. Acabo de soltar una meada de dos minutos sin parar y olía exactamente igual que lo que bebíamos anoche.

—Qué sexi —dije con un ronroneo girándome para acurrucarme en sus brazos cuando se dejó caer sobre el colchón—. Espera. —Me incorporé en la cama y miré la palabra de cinco letras que llevaba tatuada en el pecho—.

¿Qué coño es eso?

—¿El qué?

—Eso. —Le puse el dedo sobre la piel que le cubría el corazón.

Llevaba escrito Aoife en cursiva sobre la parte izquierda del pecho.

—¿El qué? —repitió alargando las palabras con hastío.

—¿Te has mirado en el espejo mientras registrabas tu mejor marca personal para los pisolímpicos?

—¿Eh?

—Mira —susurré con brusquedad antes de morderme el puño con nerviosa expectación.

Con cara de sueño, Joey se apoyó sobre los codos, se miró el pecho y soltó un gruñido lleno de frustración antes de volver a dejarse caer sobre las almohadas.

—Bueno, que sepas que hay algo que recuerdo con claridad de los dos últimos días, Molloy, y es que esto fue una de tus geniales ideas.

—¿Qué? —Negué con la cabeza, totalmente borracha y confusa—. No es verdad.

—¿Te acuerdas de esa tienda tan rara de los hippies? —farfulló—. Me arrastraste allí anoche exigiendo que te tatuaran mi nombre en el culo como si fueras mi zorra.

—¿En serio?

—Pues sí.

—Bueno, pues parece que al final eres tú el que lleva mi nombre, chaval —solté una carcajada y le di una palmadita en la zona sensible del pecho—. Mala suerte.

—Eso es lo que tú te piensas —repuso zafándose de mí y pasándose un brazo por la cara—. Mírate el culo.

—¿Eh?

—El culo —musitó con voz áspera y ronca—. Estoy ahí.

—No me lo creo.

—Pues créetelo —replicó bostezando—. Tú estás en mi corazón, pero yo estoy en tu culo.

—Venga ya —gruñí entrecerrando los ojos—. Ni siquiera tiene gracia.

—Ahora eres mía —dijo imitando mi voz—. Mala suerte.

Me caí de la cama y fui tambaleándome hasta el espejo que había en la parte de atrás de la puerta de la habitación y, sin remilgos, me bajé las bragas.

—¡Ay, Dios! —grité con los ojos pegados al corazón de tinta roja que lucía en el cachete derecho del culo con el nombre Joey tatuado con tinta negra en el interior—. ¡Llevo tu nombre en el culo!

—Como decía —comentó con un bostezo—. Ahora eres mi zorra.

—¡Tengo la regla, idiota!

—¿Y yo qué culpa tengo? —Su voz quedaba amortiguada por la almohada que se había colocado sobre la cara—. No soy la madre naturaleza, Molloy.

—Tienes la culpa porque deberías habérmelo impedido —dije sofocada ahogándome en un horror absoluto al ver el reflejo de mi roja e inflamada nalga—. Joder, no sé qué es peor —me lamenté retorciéndome para arrancar el film transparente—. El hecho de haberme tatuado el nombre de mi novio en el culo como una guarra o haberlo hecho con un tampón colgando entre las piernas.

—¿Tienes algún calmante? —fue su tierna y comprensiva respuesta—. Me va a estallar la cabeza.

—¡Me la pela tu dolor de cabeza! —protesté agitando los brazos—. ¿Cómo has podido dejar que me pasara esto? —Moví la cabeza a ambos lados y contuve un gimoteo—. Joe, mi padre me va a matar.

—¿Por qué? —preguntó tranquilamente sin inmutarse lo más mínimo por lo que había sucedido mientras se desparramaba como una estrella de mar sobre el colchón—. ¿Es que Tony suele revisarte los cachetes del culo, Molloy?

11 DE JULIO DE 2004

De vuelta a casa

Joey

—No es por aquí.

—Voy bien.

—No es verdad.

—¿Quieres conducir tú?

—No.

—¡Pues cierra la boca!

Ahogó un fuerte suspiro.

—¡Me has ofendido!

Me encogí de hombros.

—Di que lo sientes.

—No.

Cruzó los brazos sobre el pecho y resopló.

—Hazlo.

Me reí.

—No.

—Quiero una disculpa.

—Y yo un millón de euros —dije riéndome—. Vamos a hacer una cosa, me disculparé contigo en cuanto tenga mi dinero.

Miró mi perfil durante un buen rato y luego suavizó la expresión.

—Oye, Joe, ¿crees que soy muy dramática?

—Solo cuando estás despierta.

Su mirada de cabreo reapareció.

—Ahora quiero dos disculpas.

Entonces le empezó a sonar el teléfono y rápidamente contestó la llamada:

—Hola, padre, al habla tu hija favorita.

Puse los ojos en blanco y me concentré en la carretera que teníamos delante mientras ella parloteaba con su padre.

—Sí, nos lo hemos pasado bien —dijo desenvolviendo una piruleta y metiéndosela en la boca—. Sí, a Casey también le ha gustado el festival. — Hizo una pausa para guiñarme un ojo antes de seguir con la conversación —. Totalmente a salvo, papá. Y cada vez se me da mejor conducir.

«Sí, por los cojones».

—Vale, papá, te veo esta noche. Sí, sí. Vale, te quiero. Adiós.

Colgó el teléfono, lo tiró sobre su regazo y se giró para mirarme.

—Pues me lo he pasado muy bien este fin de semana, novio mío.

—No soy tu novio, Molloy.

—Ah, es verdad, me había olvidado —replicó con una sonrisilla—. Eres mi zorra.

22 DE AGOSTO DE 2004

Este es mi padre, o sea, tu jefe

Aoife

El domingo por la mañana Joey tenía cara de pocos amigos cuando salió por la puerta principal de su casa y vino derecho hacia el punto de la tapia del jardín en el que yo estaba sentada.

—Te dije que nos veríamos en tu calle —espetó cogiéndome y echándose mi cuerpo al hombro rápidamente—. No quiero que te acerques a esta casa, Molloy.

Como ya me esperaba que estuviera de mal humor, no dejé que eso me perturbara. Así que lo que hice fue reírme de lo ridículos que estábamos mientras él caminaba a todo trapo por el sendero de su casa conmigo a cuestas sin saber que yo llevaba el culo al aire.

—Llevo falda. —Me reí, lo cual me hizo ganarme una retahíla de palabrotas mientras me dejaba rápidamente en el suelo y me bajaba la falda—. Es bonita, ¿eh? —Me acerqué, le cogí la mano e hice que tocara la tela—. La piel no puede ser más falsa, pero me hace sentir cañón.

—Es que te queda cañón —masculló frotándose el mentón mientras me comía con los ojos—. Joder, ¿has ido a misa con esa falda?

—Por supuesto. —Parpadeando, le brindé una sonrisa llena de picardía—. Pero no te preocupes, tengo pensado ir a confesarme la semana que viene para expiar mis pecados.

—Expiar. —Sonriendo de forma exasperante, me pasó un brazo por los hombros mientras caminábamos—. No sabes qué significa esa palabra.

—¿Y tú sí? —Lo rodeé con la mano y se la metí en el bolsillo de atrás, que era donde más me gustaba tocarlo—. No te he visto en la cola para comulgar.

—Ahí tienes razón.

—Bueno. —Mientras pensaba cuidadosamente cómo plantear mi siguiente pregunta, dije—: Nos lo hemos pasado bien este verano, ¿eh, Joe?

—Sí —asintió despacio—. Así es.

—Pero, en serio, ¿no? —Solté una enorme exhalación y añadí—: Hemos pasado mucho tiempo juntos, nos hemos divertido un montón y hemos hecho mil cosas.

—¿Es ahora cuando me dices que te lo has pasado genial y que siempre atesorarás esos recuerdos que hemos creado, pero que ha llegado el momento de que te deje en paz de una puta vez?

—¿Qué? —No daba crédito—. No. ¿Por qué dices eso?

—No sé —contestó en un tono extraño frotándose la mandíbula—. Esas putas series de televisión que me haces ver deben de estar ablandándome.

—Bueno, te diría que soy yo la que te ablanda, pero ambos sabemos que eso nunca te pasa cuando estás conmigo.

—Muy sutil.

—Gracias. Oye, mira, no tengo intención de terminar nada —me apresuré a decir—. Pero esperaba poder comentarte algo así en plan rápido.

—Parece peligroso.

—Solo un poco. —Solté una risa nerviosa y lo miré—. ¿Qué te parecería venir a cenar?

—¿Eh? —Joey me miró como si no hubiera entendido la pregunta.

—A cenar —repetí tragando saliva con nerviosismo—. Quiero que vengas a cenar.

—¿Contigo?

—Sí —respondí asintiendo de forma entusiasta con la cabeza—. Y con el resto de mi familia.

—No. —Se cerró en banda enseguida y me retiró la mano de los hombros como si mi piel lo quemara—. Ni de coña.

Puse los ojos en blanco.

—Joey.

—No me interesa —espetó pasándose una mano por el pelo—. Si querías un tío al que llevar a casa para conocer a tu familia, deberías haberte quedado con Ricey. Pero yo no soy así, Molloy. No soy la clase de chico con el que las madres quieren que se junten sus hijas.

—Anda ya —solté—. Mi madre te quiere.

—Porque no sabe lo que le hago a su hija cuando se acuestan por las noches.

Me quedé con la boca abierta.

—Joe, venga.

—No, no, no, no me mires así —me advirtió—. No me pongas ojitos, Molloy. No pienso ir. Sabes que no quiero que tu padre sepa lo nuestro. ¿Cómo coño se supone que voy a explicarle que llego a esa cena con su niñita?

Me encogí de hombros.

—Podríamos decírselo, simplemente.

Ahora era él el que se había quedado con la boca abierta.

—Dime que estás de cachondeo.

—¿Qué? —me defendí—. Pero ¿tan horrible sería que nuestros padres lo supieran?

—Claro que sí —repuso—. Sería una puta mierda. Podría perder mi trabajo.

—No va a despedir a mi novio.

—No soy tu novio, Molloy —se apresuró a negar—. Solo soy tu...

—Sí que lo eres, pedazo de imbécil —contesté ya enfadada—. Llevamos

siete meses juntos. Eres mi novio, yo soy tu novia y nos queremos mucho.

—¡Eso no es así en absoluto!

—De hecho, nos queremos tanto que nos encanta quitarnos la ropa y meter la boca en...

—Madre de Dios. —Dejó ir un suspiro de dolor—. Tú te has propuesto que me maten, ¿no?

—Todo va a ir bien —dije de forma persuasiva cogiéndome de su brazo y prácticamente arrastrándolo por la carretera—. Ni siquiera parecían muy sorprendidos cuando se lo dije.

—¿Qué? —Me miró pasmado—. ¿Qué has hecho?

—Nada.

—Molloy.

—Nada, lo juro.

—Molloy.

—Vale. —Levanté las manos—. Ya les he dicho a mis padres que te he invitado a cenar.

—No. —Joey volvió a dejar de caminar, y esta vez creo que también dejó de respirar—. Dime que no es verdad.

—Y también les he confirmado que tú habías dicho que vendrías —agregué cubriéndome los ojos con la mano y echando un vistazo a través de los dedos.

Los ojos se le salieron de las órbitas.

—¿Y?

—Pues han dicho que la cena estaría lista a las nueve. —Eché un poco más de leña al fuego cuando añadí—: Hay carne asada. Por favor, no te enfades.

—¿Carne asada? —Se pasó una mano por el pelo y susurró bruscamente—: Aoife, carne asada es lo que voy a ser cuando tu padre me ponga las manos encima.

—Buah —musité—, me has llamado Aoife. Nunca me llamas así.

—Bueno, supongo que es mejor que empiece a practicar —farfulló—. Ya sabes, para cuando estemos con tus padres.

Esbocé una gran sonrisa.

—Como mi novio.

—No, como tu novio, no —murmuró justo antes de soltar un hondo gruñido—. Hostia puta, me acabo de dar cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—La hija de mi jefe es mi novia.

Partiéndome de risa, le di unas palmaditas en la espalda.

—Así es.

22 DE AGOSTO DE 2004

De cena con Tony

Joey

Al invitarme a cenar con su familia, Molloy me había tendido una trampa de la que no había podido escapar. Había estado en su casa muchísimas veces durante todos esos años, pero nunca como su invitado en una cena familiar.

Con los nervios a flor de piel y sin tener ni idea de cómo enfrentarme a la situación, caminé un poco por detrás de ella durante todo el trayecto sin sacar las manos de los bolsillos de los vaqueros.

«No la toques —me advertí a mí mismo mientras ella abría la puerta principal y entraba en la casa—, y nada de putas peleas».

—Todo va bien —dijo con una sonrisa engreída mientras me indicaba que la siguiera a la guarida del león.

Sí, para ella puede que todo fuera bien, pensé con amargura, pero era yo el que estaba en la cuerda floja.

«Mi capacidad para mantener a mi familia».

«Mi capacidad para procrear con un par de pelotas funcionales».

Sí, tenía la sensación de que ese día la cosa iba de eso.

Me movía por terreno desconocido.

En un pispás, había pasado de tener doce años y fijarme en ella a las puertas del instituto a tener diecisiete y estar en su casa a punto de decirle a

su padre que era mía.

«Joder».

No tenía ni puta idea de cómo hacer que eso funcionara sin que se fuera todo a la mierda.

Porque, no nos engañemos, yo tenía un don para cagarla.

Ahugué una larga serie de palabras malsonantes y la seguí hasta el interior de la casa sintiendo cómo me aumentaba la frecuencia cardiaca a cada paso que daba en dirección a la cocina (una cocina que conocía bien, puesto que había ayudado a Tony a instalarla hacía tres veranos).

—Aoife, ¿eres tú, cariño? —De espaldas a la puerta, Trish Molloy sacó del horno la pieza de carne asada con mejor olor que yo había tenido el placer de percibir—. ¿Tienes idea de cuándo vendrá el joven Joey? La carne está hecha y la quiero servir caliente.

—Sí, mamá —dijo Molloy ofreciéndome un reafirmante golpecito con el hombro—. Ya estamos los dos aquí.

«Allá vamos».

—Joey, cariño. —Trish dejó la bandeja del horno en la encimera, se quitó los guantes y se acercó hasta nosotros arrastrando los pies—. ¿Cómo estás? —Con una cálida sonrisa, se agarró a mis brazos, se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla—. Es un placer tenerte aquí.

Reprimiendo la necesidad de evitar su contacto, me esforcé por sonreírle a esa pequeña mujer rubia.

—Me alegro de verte, Trish. —Desconcertado de la hostia, me encogí de hombros y agregué—: Gracias por invitarme. —Otra vez—. La comida huele de maravilla.

—Ay, espero que a estas alturas sepas que siempre eres bienvenido en esta casa —afirmó antes de fruncir el ceño—. Pero ¿qué te tengo dicho sobre lo de ir con la capucha puesta ocultando esa preciosa carita? —Levantó una mano y me la bajó—. Así. —Sonrió y me dio unas palmaditas en la mejilla—. Mucho mejor.

«Madre mía».

—Eso, Joey. —Con una risita, Molloy le siguió el rollo a su madre mientras ayudaba a poner la mesa y colocar los cubiertos—. Tienes que dejar de llevar la capucha puesta todo el rato.

—Es la costumbre, supongo —solté mirándole fijamente la nuca—. ¿Puedo hacer algo?

—No, no, cariño —negó Trish conduciéndome hasta la mesa—. Tú siéntate y relájate. Eres nuestro invitado. Hoy te vamos a cuidar nosotros, para variar.

Me llegó el sonido de un carraspeo y no me hizo falta girarme para saber que Tony había entrado en la cocina.

—Joey —dijo olisqueando mientras se acercaba para inspeccionar la pieza de carne—. ¿Cómo va todo?

—Tony. —Esforzándome por mantener la calma, lo saludé con la cabeza—. Todo bien. Gracias por... eh... invitarme.

—Fue idea de Aoife. —Metió la mano en un cajón y sacó el cuchillo de trincar más afilado en el que había tenido la desgracia de posar los ojos—. Nos dijo que teníais algo que discutir con nosotros.

«Así es como va a hacerlo —pensé mientras hacía las paces con Dios—. Eso es lo que va a usar para cortarme los huevos».

—Papá —gruñó Molloy en tono amenazante—. Lo has prometido.

Tony levantó las manos.

—¿Acaso he tratado mal al muchacho?

—No ha hecho falta —soltó—. El hecho de que lo estés mirando fijamente mientras empuñas un cuchillo de trincar ya lo dice todo.

«Madre de Dios».

—Oye, Tony. —Consciente de que iba a tener que enfrentarme a la situación antes o después, retiré la silla hacia atrás y me puse de pie—. ¿Podemos hablar fuera?

—¿Quieres hablar?

—Sí. —Miré de reojo la brillante pieza de acero que tenía en la mano—. A poder ser, sin el cuchillo.

—Vale, chaval, hablemos.

A regañadientes, dejó el cuchillo, asintió rígidamente con la cabeza y abrió la puerta trasera para salir.

—Aoife, quédate aquí —le ordenó Trish a Molloy cuando hizo ademán de seguirme.

—Pero...

—No hay pero que valga, señorita —replicó su madre—. Pórtate bien y chafa las patatas por mamá. Cada vez noto más la artritis.

Con los labios apretados, Molloy me miró encogiéndose de hombros mientras yo me encaminaba hacia mi destino.

«Si muero, quedará en tu conciencia», le dije con la mente al tiempo que ponía un pie fuera de la casa y cerraba la puerta tras de mí.

Girándome hacia su padre, que me observaba como si lo hubiera traicionado (en realidad, así había sido), levanté rápidamente las manos.

—Antes de que digas una palabra, quiero que sepas que no tenía intención de faltarte al respeto de ninguna forma, manera o modo.

Respiró en profundidad.

—Joey.

—Sé que te has portado bien conmigo —me apresuré a añadir—. Y puede que esto te parezca una gran traición, teniendo en cuenta que me advertiste de que no fuera de ese palo con ella, pero me preocupo por tu hija, Tony.

Él movió la cabeza a un lado y a otro.

—Joey...

—De verdad, Tony —dije impaciente—. Me preocupo un huevo por ella, ¿vale? Y no es algo pasajero. No empezamos a salir de un día para otro. Lo pensé mucho antes de hacerlo —agregué dejando ir un suspiro—. Es mi amiga, Tony. Mi mejor amiga; ya hace algún tiempo. No te voy a mentir y

decirte que no lo vi venir, pero sí te puedo decir de corazón que hice lo que pude por evitar que pasara...

—¡Joey! —bramó Tony haciendo que cerrara la boca de inmediato—. Solo tengo dos preguntas que hacerte.

«Ay, Dios».

—Y tómate tu tiempo para responderme —me advirtió—. Porque quiero la verdad, chaval.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—De acuerdo.

—En primer lugar. —Me miró con atención y preguntó—: ¿Quieres a mi hija?

El corazón me latía con fuerza en el pecho y noté que asentía con la cabeza.

—A más no poder. —Y luego me oí decir—: Desde hace unos cinco años.

«Joder, no veas...».

—En segundo lugar —dijo lentamente—. ¿Crees que tienes futuro con ella?

—No —respondí odiando tener que admitirlo, pero con la necesidad de decirle la verdad, porque si alguien se merecía que fuera sincero con él era ese hombre—. No creo que tengamos futuro juntos, pero no porque yo no quiera. Es que no creo que haya un futuro para mí, punto.

La dureza de su mirada se suavizó.

—Ay, chaval.

Me negué a aceptar su compasión.

Ni la quería ni la necesitaba.

—Sé que te he defraudado —continué hablando con una honda exhalación—. Así que por mi parte no hay problema si quieres despedirme del trabajo.

—¿Despedirte? —Tony frunció el ceño—. ¿Por qué iba a hacer eso?

Lo miré confundido.

—Porque me he enamorado de tu hija pese a que me dijiste que no lo hiciera.

—Me parece que no nos hemos entendido, muchacho —afirmó Tony con un largo suspiro mientras se acercaba a mí y me ponía una mano en el hombro—. Te advertí sobre mi hija porque no quería perder a un buen trabajador si luego todo se iba a la mierda con ella, pero solo por eso.

Arrugué las cejas.

—Pero yo pensé que...

—Eres buen tío, Joey —añadió Tony dándome un apretón en el hombro—. Me encantaría que alguien como tú cuidara de mi Aoife.

—No. —Negué con la cabeza y arrugué la frente lleno de confusión—. De verdad que no lo soy, Tony.

—Te olvidas de que te conozco desde que eras un crío de doce años —me recordó mientras me conducía hacia la puerta de atrás—. Me acuerdo de ver a ese mocosito en el taller, siempre tan desgraciado y con el peso del mundo a sus espaldas. Aquel día ese chaval me pidió una oportunidad —agregó con la voz cargada de emoción—. Aposté por ese chico y me alegra haberlo hecho, porque se ha convertido en un hombre del que estoy la hostia de orgulloso.

22 DE AGOSTO DE 2004

Conocer a mamá y planes de futuro

Aoife

Mis padres distaban mucho de ser perfectos, pero, sentada en la mesa para cenar viendo cómo acogían a Joey, me alegraba de que fueran los míos.

El único escéptico en medio de todo esto era Kev, que se mostraba tan desconfiado que parecía tener cierta inclinación nerviosa hacia mi novio. No podía culpar a mi hermano; las mismas manos que a mí me hacían sentir tan bien a él casi lo estrangulan.

De algún modo, entre broma y broma, habíamos logrado sacar el tema de qué futuro nos esperaba una vez que los tres acabáramos la secundaria al año siguiente.

—Suenan maravilloso —declaró mamá tras la cena cuando estábamos todos en el cuarto de estar con cuencos de helado Viennetta sobre el regazo. Mamá había traído helado del bueno—. ¿Y estás contento con la certificación que obtendrás en ese curso? ¿Te ayudará a conseguir un buen trabajo?

—Sin duda. Además, tienen un campus fantástico y el plan de estudios parece sólido, lo cual se contradice ampliamente con lo que aparece en los panfletos y el sitio web —continuó rayando mi hermano aburriéndome casi hasta hacerme llorar mientras me reclinaba en el sofá entre él y Joey.

El mismo Joey que parecía increíblemente desconcertado mirando a unos

y a otros. Alargué la pierna y, con discreción, le di un golpecito en el pie con el zapato. Sus salvajes ojos verdes se posaron en los míos y le dediqué una sonrisa reconfortante.

—Joey, cariño —dijo mamá cuando Kev por fin decidió dejar de tirarse el moco—. Kev se propone entrar en la Universidad de Cork. Aoife quiere ser peluquera. ¿Tú qué quieres hacer cuando acabes el último año? ¿Qué...?

—¿Qué quieres decir con «¿qué quieres hacer?»? —interrumpió papá sujetando una cuchara llena de helado en el aire—. Acabará la formación como aprendiz y luego se vendrá a trabajar conmigo a tiempo completo en el taller.

—¿Quieres parar, Tony? —le regañó mi madre alargando el brazo para darle un pequeño manotazo en la pierna—. Le he preguntado a este jovencito qué quiere hacer cuando acabe el instituto, no lo que tú quieres que haga.

—Yo... eh... —Aclarándose sonoramente la garganta, Joey dejó el cuenco a su lado y se giró hacia mi madre—. Bueno, yo... esperaba que Tony tuviera a bien aceptarme como aprendiz.

—¿Lo ves, Trish? —Mi padre sonreía con la satisfacción de un niño con zapatos nuevos—. Y no hace falta que esperes nada, hijo —añadió dirigiéndose a Joey—. No me he pasado los últimos cinco años enseñándote el oficio para que ahora venga otro y se quede contigo.

—Hostia. —La tensión de los hombros de Joey pareció desvanecerse. Miraba a mi padre como si acabara de decirle que había ganado la lotería—. ¿Lo dices en serio?

—Claro —respondió papá—. Tú acaba este año que te queda de instituto, hazlo lo mejor que puedas, trabaja y no te metas en problemas, y luego ya hablaremos de negocios.

—Joder. —Joey soltó un suspiro entrecortado, dejó caer la cabeza y se agarró la nuca—. Gracias, Tony.

—No vayas a asustarlo ahora, ¿me oyes? —me advirtió papá mirándome

—. No me puedo permitir perder a mi aprendiz si decidís ir cada uno por vuestro lado.

—No te preocupes —le aseguró Joey—. No voy a cagarla.

—Vale, buen chico —dijo papá—. Pero se lo decía a la señorita que tienes al lado.

—¿A mí? —me reí—. ¿Por qué iba a ser yo la responsable de esa hipotética ruptura?

—Probablemente porque eres un grano en el culo muy exigente —propuso Kev con sequedad—. Y a papá le cuesta entender por qué nadie iba a querer establecerse de forma voluntaria con una princesita como tú.

—Ja, ja, ja, joder —repliqué clavándoles el codo en las costillas a mis dos compañeros de sofá cuando estallaron en carcajadas—. Qué gracioso sois todos.

—Aoife, no te preocupes, cariño —intervino mamá entonces—. Papá no ha tenido que pagarle mucho a Joey para que salga contigo.

Se desataron más carcajadas.

—No les hagas caso, cielo —dijo papá en tono cantarín elevando la voz a través de las risas—. Solo me ha costado un billete de cinco.

—Os odio a todos —anuncié con gran dramatismo, y luego meneé un dedo delante de la sonriente cara de Joey—. Sobre todo a ti, chaquetero.

SEXTO

31 DE AGOSTO DE 2004

En casa a estas horas

Joey

—Tienes que hacer algo —dijo Shannon casi suplicándome cuando entré por la puerta principal el martes por la tarde después de una sesión especialmente larga de entrenamiento en la ciudad con el equipo de menores—. ¡Por favor, Joe, por favor, haz algo! —Con los ojos llenos de lágrimas, se colgó de mi brazo como si fuera un chaleco salvavidas—. Hay muchísima sangre.

—Por Dios, cálmate —repuse dejando caer el hurley y la bolsa de deporte sobre las baldosas del pasillo—. ¿Qué pasa ahora? —pregunté alterado mientras miraba como un loco a mi alrededor—. ¿Quién está sangrando?

Ahogando un sollozo, Shannon me arrastró escaleras arriba, tropezándose con sus propios pies, hasta que llegamos al descansillo.

—Ahí —gimoteó sofocada señalando el cuarto de baño—. Ahí, Joe.

—¡Mamá! —grité con el pecho agitado mientras abría de golpe la puerta del baño y entraba a toda velocidad—. ¡Mamá!

—No es mamá —apuntó Shannon—. Es...

—No pasa nada —afirmó una vocecita que hizo que me flojearan las piernas.

—No.

—No pasa nada, Joe.

«No, no, no».

—De verdad, estoy bien.

«No, Dios, por favor».

Las rodillas se me hundieron en el suelo manchado de sangre y solo hacía que mirar con impotencia al niño reclinado sobre el lateral del retrete y al incesante flujo de sangre que le manaba de la nariz.

Completamente aturdido, sentí que se me iba la cabeza cuando me bombardearon recuerdos de lo que parecía una vida anterior.

«—No pasa nada, Dar —jadeé inclinándome bien sobre la taza del váter mientras mi amoratado estómago seguía expulsando una mezcla de vómito y sangre—. Estoy bien.

»—Joey —soltó Darren con voz emocionada arrodillándose junto a mí y colocándome una mano sobre la espalda—. Siento mucho no haber estado aquí. Tenía entrenamiento.

»—No pasa nada —dije resollando mientras el dolor de sentir que mi nariz de niño de siete años estaba rota amenazaba con consumirme—. No me importa —repetía una y otra vez con la esperanza de que, si lo decía lo suficiente, se haría realidad».

—No es tan grave como parece —declaró Tadhg tratando de consolarme mientras escupía sangre coagulada en el retrete. Se presionó un pañuelo de papel limpio sobre la nariz, que sin duda estaba rota, al tiempo que la piel que cubría la parte inferior de sus ojos comenzaba a adquirir un tono marrón amarillento—. De verdad, Joe, ni siquiera me duele.

—Se ha ido —se apresuró a indicar Shannon—. Creo que se ha ido porque sabía que volverías pronto a casa.

—Pronto a casa —balbuceé moviendo a un lado y a otro la cabeza.

—Sí —asintió suavemente—. A estas horas ya sueles estar en casa.

—Siento no haber estado aquí para protegerte —me oí susurrar paralizado hasta la médula mientras lo veía revolverse de dolor—. Estaba...

entrenando.

—No pasa nada —contestó Tadhg llevándome a un horrible *déjà vu*—. No me importa.

—¿Qué ha pasado? —acerté a decir sintiendo que el corazón me palpitaba con violencia en el pecho—. ¿Qué cojones ha pasado, Tadhg?

—Papá le ha pegado a Shannon —respondió—. Así que yo le he pegado a papá. —Escupió otro coágulo de mocos ensangrentados—. Papá pega más fuerte.

—Dios... —exclamé con voz entrecortada poniéndome de pie a trompicones cuando, de repente, me invadió una ola de pánico—. ¿Y Ollie y Sean?

—Están escuchando música en tu habitación —se apresuró a decir Shannon—. Espero que te parezca bien. Es el único sitio en el que se sienten seguros.

No me parecía bien.

Nada de aquello me parecía bien.

Me habían vuelto a noquear y cada vez tenía menos ganas de volver a levantarme.

—¿Te quedas en casa esta noche? —preguntó Shannon—. ¿O tienes planes con Aoife?

—No —respondí sacándome el teléfono del bolsillo y desbloqueando enseguida la pantalla—. No tengo planes.

Joey: Cambio de planes. Esta noche no puedo quedar. Nos vemos mañana en el instituto.

Molloy: Del todo inaceptable, Joseph. Estoy indignada.

Molloy: Es broma. Todo bien?

Joey: Sí. Nos vemos por la mañana.

Molloy: Ok.

Joey: No te quiero. X

Molloy: Yo tampoco te quiero. <3

Me deslicé el teléfono en el bolsillo, aparté de mi mente todos los pensamientos relacionados con Molloy y me puse manos a la obra para recoger los platos rotos de mis padres.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Mi amigo preferido y exclusivo

Aoife

—Mira, Neasa, por ahí viene esa zorra robanovios.

Intentando reprimir la necesidad de reírme a saco en su cara, fingí que ignoraba a esas chicas de mi clase mientras el lunes pasaban a mi lado arrastrando los pies por el sendero que llevaba al instituto.

—Menuda zorra.

—Ya ves.

Sonriendo para mis adentros, continué chupando mi piruleta y disfrutando del evidente rencor que me profesaba Rebecca. No me cabía la menor duda de que la etiqueta de mujer de vida alegre que me habían asignado en quinto iba a acompañarme durante los meses siguientes, pero me costaba que me importara lo más mínimo. Sobre todo si esas mujeres de vida alegre eran las que besaban a los chicos malotes y sexis como Joey Lynch.

Sí, nos habíamos estado gustando de forma exclusiva hacía ya unos nueve meses, y, aunque él entraba en pánico cada vez que a mí me daba por ponernos una etiqueta, yo me consideraba su novia.

Le gustara o no.

Es cierto que Joey se enfrentaba a mí cada dos por tres. Me cabreaba hasta límites insospechados y a veces me volvía loca de remate, pero, por

otro lado, nunca me había sentido tan viva y tan... bueno... yo misma como cuando estaba con él.

La verdad es que estar con Joey no era para nada fácil y, sin embargo, me hacía sentir increíblemente bien. Como si estuviera justo donde debía, con quien debía.

La emoción se apoderó de mí en cuanto posé mis ojos en él, que caminaba por la calle hacia el instituto acompañando a su hermanita. Con una alegría un tanto ridícula, teniendo en cuenta que era el primer día del nuevo curso, el último para mí, tiré la piruleta en la papelera que tenía al lado y me acerqué a saludarlos.

—Bonita camisa.

—Bonitas piernas.

Pasándome un brazo por la cintura, Joey me atrajo bruscamente hacia su pecho y me besó apasionadamente.

—Sí —dijo contra mis labios—. Hoy va a ser un buen día.

—¿Eso es una analogía de algo guarro? —me burlé echándome hacia atrás para mirarlo. En ese momento, el estómago me dio una vuelta de campana (y no de las buenas) cuando le vi la cara.

—No.

Una oleada de tristeza amenazó con hundirme mientras contemplaba los recientes moratones.

A veces me dolía mirarlo.

Verle las marcas y los hematomas en la piel.

Me descorazonaba muchísimo pensar la vida que llevaba cuando no estaba conmigo.

No soportaba que se hubiera visto obligado a ejercer el rol tanto de madre como de padre de sus hermanos porque tenía unos progenitores de mierda que no hacían su trabajo.

Era un asco.

Me cabreaba que dependieran de él para todo, joder.

En especial su madre.

Ella era la peor.

A veces me daban ganas de ponerme delante de él y gritarle a su familia:
«¡Dejadlo en paz!».

«¡Tiene que vivir su vida!».

Porque en el fondo sabía que él nunca iba a dejar Ballylaggin y tomarse un año sabático para viajar.

Al menos mientras esos niños estuvieran en casa.

Más que nada porque tenía que trabajar para pagar los errores de sus padres.

Sabía que me estaba comportando de forma extremadamente egoísta por querer que su familia, niños incluidos, se hiciera a un lado y lo dejara en paz. Joder, no eran más que unos niños.

Dependían de él.

Aun así, eso no me impedía querer arrebatárselo y protegerlo, querer darle un espacio seguro en el que caer, estar, descansar y recuperarse.

Por supuesto, Joey se mostraba tan cerrado como siempre en lo referente a su vida familiar.

Nunca quería hablar de ello, y, siempre que yo intentaba sacar el tema, solíamos acabar peleados y él se largaba con esos gilipollas de su urbanización.

Y eso me preocupaba casi tanto como cuando estaba en casa.

No sabía qué hacer, cómo ayudarlo, cómo habitar ese mundo tan complicado.

Sus padres me hacían sentir que era capaz de matar a alguien.

Sus hermanos me hacían sentir impotente.

Sus amigos del instituto me hacían sentir incómoda.

Y sus amigos de la urbanización me hacían sentir que sobraba.

Sobre todo el gilipollas de Shane Holland.

Pero me preocupaba lo suficiente por él como para querer quedarme.

—Estoy genial —se apresuró a decir apartándose la mano de su cara—. Estoy genial, Molloy —repitió estampándose otro besazo en los labios.

—¡Puaj, chicos! —gimoteó Shannon a nuestro lado—. Idos a un hotel.

—Hey, Shan —repuse reprimiendo un escalofrío de placer cuando su hermano me pasó el brazo por los hombros mientras caminábamos por el sendero hacia la entrada del instituto—. ¿Qué tal el finde?

—Hey, Aoife —contestó con una sonrisilla—. No ha estado mal.

«Espero que mejor que el de tu hermano», respondí mentalmente observando su, gracias a Dios, impecable piel.

Deslicé una mano hacia el interior del bolsillo trasero de los pantalones grises del uniforme de Joey, le di un pellizquito en el culo y luego me recliné contra él, y resistí el impulso de arrastrarlo hacia los arbustos para poder mantenerlo a salvo... y desnudarlo.

—Molloy, si sigues dándome pellizcos en el culo, voy a tener que tomar represalias —me advirtió con voz grave rozando sus labios contra mi oreja—. Por si no te habías enterado, tengo problemas de conducta.

—Sí, creo que no es la primera vez que lo oigo.

—Según mi expediente, soy incapaz de controlarme cuando hay un enfrentamiento físico.

—¿En serio?

—Totalmente. —En un arrebato, tiró de mí contra su pecho y sentí su mano deslizarse por mi muslo desnudo hasta que llegó al borde de mis bragas.

—¡Ay, Dios, no me puedo creer que hayas hecho eso! —protestó Shannon cubriéndose los ojos con la mano.

—Ufff, mierda —declaró Joey con un suspiro dramático mientras me estiraba del elástico de las bragas y lo soltaba contra mi piel—. Bragas de regla.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí de su expresión desolada.

—¿Qué sabrás tú sobre mis bragas de regla?

—Dios mío, no me creo que... ¿Sabéis qué? Da igual. Luego nos vemos —gimoteó Shannon mientras se enderezaba las correas de la mochila y se iba a toda prisa.

—Venga ya, Molloy —dijo con una sonrisa asimétrica—. Has llevado bragas de abuela un total de cinco días al mes desde que somos amigos especiales. —Su voz era grave e increíblemente sexy, y los ojos le ardían de calor—. Lo sé porque esos son los únicos cinco días del mes en los que no me dejas meterte...

—Vale, vale, lo capto. Te sabes mi ciclo menstrual al dedillo. —Me reí y le tapé la boca con una mano—. Pero creo que con tu manera de demostrarlo has asustado a tu hermana de por vida.

—Se recuperará —aseguró dándome un buen cachetazo en el culo—. Pero yo no.

—Serán solo unos días. —Puse los ojos en blanco—. Seguro que puedes estar sin ponerme las manos encima.

—Preferiría que me pusieras tú a mí las manos encima. —Me estrechó con más fuerza—. Otra vez.

—Vale, has conseguido oficialmente dejarme sin palabras. —Se me pusieron las mejillas coloradas—. Tú ganas.

—Gracias. —Sonriendo, me cogió la mano y nos encaminó hacia el edificio principal—. Estoy deseando oír tu incisiva respuesta, Molloy.

—La tendrás, puedes estar seguro, Joe —repliqué entrelazando mis dedos con los suyos.

Mientras cruzábamos el aparcamiento de los profesores, un Honda Civic que conocía bien nos hizo luces.

Noté que Joey se ponía rígido y a mí me dio un vuelco el corazón.

«No».

«No».

«No».

—Joey, no. —Lo agarré con más fuerza—. Tú ignóralo.

—Es evidente que ha venido a verme.

—¿Y? —Le apreté más la mano—. Sigue caminando y ya está.

—Molloy.

—Por favor, no.

Se oyó el sonido de un claxon.

—Es mejor que vaya a ver qué quiere —murmuró con la mirada fija en el punto desde el que Shane Holland le hacía señales—. Nos vemos en clase.

—Joey.

—Tan solo voy a hablar con él —me aseguró—. Solo hablar. Eso es todo, Molloy.

Lo miré fijamente y me empapé de la imagen de sus ojos claros y centrados, y luego le juré a Dios en silencio que el gilipollas de Shane iba a pillar la del puto pulpo si me devolvía a mi novio en cualquier otro estado.

—Prométemelo —me oí suplicar—. Prométemelo, Joe.

—No pasa nada —dijo de forma tranquilizadora inclinándose hacia mí para darme un dulce y largo beso en los labios—. Deja de preocuparte. —Volvió a besarme—. Nos vemos en clase —añadió dándome un toquecito juguetón con el puño en la barbilla antes de darse la vuelta y salir al trote para cruzar el aparcamiento.

Con el estómago revuelto, me agarré a las correas de la mochila y me dirigí con paso decidido a la entrada del instituto, cada vez más agitada a medida que avanzaba en la dirección opuesta a la suya.

—¿Ese es Shane Holland? —preguntó Shannon con un hilo de voz desde el árbol cercano a la entrada principal del instituto bajo el que se encontraba. Su cara de preocupación era muy similar a la mía—. Pensaba que se había ido.

—Ya —susurré—. Yo también.

Y luego oí:

—Hija de puta.

A Shannon se le cortó la respiración y se acercó un poco hacia mí.

—Sí, ya me has oído: ¡hija de puta!

Odiaba ese insulto.

Había pocos insultos que optara por evitar, y justo ese era uno de los que no estaban incluidos en mi vocabulario.

Me di la vuelta y divisé ni más ni menos que a Ciara Maloney y a Hannah Daly.

Dos crueles zorritas que iban un curso por debajo de mí a las que había que bajarles bastante los humos.

—Vale. —Me planté con firmeza delante de la hermana de mi novio con los brazos en jarra y una ceja arqueada—. Pedazo de cabronas, ¿cuál de las dos es la que quiere morir?

—No hablábamos contigo —repuso Ciara intentando hacerse la dura, pero achantándose al enfrentarse a alguien más mayor, más alto y más fuerte—. Se lo hemos dicho a ella.

—¿Ella? —Miré a mi alrededor—. ¿Quién es ella?

—Yo —susurró Shannon, que temblaba detrás de mí—. Soy yo.

—Si os referís a la hermana de mi novio, entonces tenéis cinco segundos para largaros de aquí antes de que os corte la coleta y os estrangule con ella.

—No te metas, Aoife —intervino Hannah mirando nerviosa a su alrededor—. Esto no va contigo.

—Si va con ella, va conmigo —les advertí tan poco impresionada por sus gilipolleces como dispuesta estaba a recular—. Así que decidme, zorras, ¿nos peleamos o queréis conservar el pelo un día más? Vosotras decidís.

Se miraron la una a la otra y luego fulminaron a Shannon con la mirada antes de mover de un lado a otro la cabeza y salir disparadas en dirección al edificio principal.

Cuando ya no se las veía, Shannon lanzó un enorme suspiro y se agarró a la manga de mi jersey.

—No hacía falta que hicieras eso por mí.

—Ya lo sé.

—Puede que ahora vayan a por ti.

Puse los ojos en blanco.

—Me gustaría ver cómo lo intentan. Y si vuelven a acercarse a ti, solo tienes que venir a buscarme. Da igual si estoy en clase. Tú ven enseguida y te ayudaré, ¿vale?

Me contempló con los ojos azules más grandes que había visto en mi vida, estaban llenos de tristeza e incertidumbre, y musitó:

—¿Por qué?

—Porque quiero a tu hermano, y tu hermano te quiere a ti. Protegerte es importante para él, así que también lo es para mí. —Sonriendo, le pasé un brazo por encima de sus huesudos hombros y la acompañé al instituto—. ¿Y quién sabe? Puede que con el tiempo alguien te haga salir de ese precioso caparazoncito y nos hagamos amigas.

—¿Quieres ser mi amiga?

—¿Te parecería bien?

—Sí. —Asintió con la cabeza de forma insegura—. Por favor.

El corazón se me hizo mil pedazos.

Era tan pequeña...

Tan vulnerable...

«Estaba tan destruida...».

—Entonces es oficial. —Le di un abrazo tranquilizador mientras la acompañaba a clase por el pasillo y me aseguraba de que todas las zorras perversas del instituto nos echaran un buen vistazo—. Somos amigas.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Es difícil abandonar las viejas
costumbres

Joey

No hacía falta que nadie me dijera lo mierda que era. Mi conciencia estaba más que dispuesta a hacerlo mientras me gritaba «¡mentiroso!» a cada paso que daba hacia el coche.

También me lo había estado gritando la noche anterior, después de enviar el mensaje. Y, en ese momento, mientras me subía al asiento del copiloto junto a Shane, sentía un nivel de odio hacia mí mismo que nunca antes había sentido.

—Lynch —dijo Shane mientras entraba en el coche—, tienes un aspecto de mierda.

«No me digas, Sherlock».

—Ya. —Moviendo las rodillas con agitación, dejé ir un suspiro tembloroso—. Y así es como me siento.

La noche anterior había sido lo más cerca que había estado en mucho tiempo de venirme abajo. Después de calmar a los niños y convencerlos para que se acostaran, había machacado algunos de los Valium de mi madre para tranquilizarme un poco y facilitarme el sueño.

El único problema había sido que a mi viejo le dio por volver en mitad de la noche, y yo estaba demasiado grogui para defenderme cuando empezó a

darle a los puños.

Cuando me levanté por la mañana, tenía el cuerpo lleno de moratones y la mente al límite.

No podía seguir haciendo eso.

No era capaz.

Lo había intentado.

De verdad.

Había intentado con todas mis fuerzas comportarme como debía, pero eso daba igual porque para mí nunca iba a cambiar nada.

Nunca iba a abandonar esa casa, al menos mientras los niños siguieran allí, lo que significaba que, para sobrevivir a otro día en el infierno, iba a tener que romper algunas promesas y volver a las viejas costumbres.

—Me sorprendió leer tu mensaje anoche, chaval —afirmó—. Hacía tiempo que no sabía de ti.

«Eso, echa más sal en la herida».

—Pensaba que habías cambiado de proveedor o algo así.

«No, quiero conservar las piernas».

—Oye, tío, como te dije anoche, solo necesito algunas benzos. Lo de siempre. Algo que me relaje el cerebro. —Me metí la mano en el bolsillo, cogí el fajo de billetes y se lo dejé en el regazo—. Ahí está todo.

Recogió el dinero y lo contó antes de asentir rítmicamente con la cabeza.

Me avergüenza decir que me abalancé hacia la guantera para hacerme con mi veneno, pero no me quedó otra que fruncir el ceño cuando mis ojos se encontraron con aquella puta mierda.

—¿Hierba, Shane? —Cabreado, tiré la bolsita en la guantera y me pasé una mano por el pelo con aire frustrado—. ¿Qué se supone que debo hacer con eso?

—Ha habido problemas con el transporte —me explicó con calma—. Un retraso temporal en la entrega.

—Vale —solté como un flan ante la perspectiva de no conseguir lo que

había venido a... Joder, lo que necesitaba—. ¿Tienes algo de oxi? ¿O hidro? ¿Unas benzos? Venga, Shane, no me dejes con el culo al aire.

—Ya te he dicho que he tenido problemas con mi proveedor. —Se encendió un cigarrillo, le dio una profunda calada y luego tiró tanto el paquete como el efectivo sobre mi regazo—. Lo que significa que lo tuyo tardará un poco en llegar.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunté encendiéndome un cigarrillo mientras me volvía a meter el dinero en el bolsillo con mano temblorosa—. ¿Un par de días? ¿Una semana? Porque estoy que me muero, tío. No puedo esperar.

—Relájate, Lynchy —me interrumpió en tono calmado—. Ya sé que no estás bien.

—No —dije ya con el pecho agitado—. No lo estoy.

No tenía sentido negarlo.

Shane me conocía desde que era un crío.

Podía leerme como si fuera un libro.

Asintió para indicar que me entendía y se metió la mano en el bolsillo.

—Por eso voy a invitarte a esta —anunció deslizándose una papelina en la mano—. Sin compromiso.

Abrí el papel, que estaba perfectamente doblado, y observé el polvo blanquecino que contenía.

—Esto no es coca, ¿verdad?

Negó con la cabeza y exhaló una nube de humo.

Se me disparó el pulso.

—Shane.

Con los ojos fijos en el parabrisas que tenía delante, dijo:

—Te garantizo que este material te proporcionará el efecto que desees.

—No —negué moviendo la cabeza a un lado y a otro—. ¡Ya te he dicho que no quiero heroína!

—Lo sé, lo sé —repuso levantando las manos—. Pero esta mierda pega a

otro nivel. Además, es más barata, chaval.

—¿Cómo de barata?

—Lo que has estado pagando por un viaje hasta ahora, en jaco te daría para estar como Dios una semana.

—No. Ni de coña, joder. Yo no me pincho —espeté pasándome una mano por el pelo—. No soy un puto yonqui.

—No tienes por qué pinchártela —puntualizó enseguida—. Has visto muchas películas. Esa es de la mala. La que yo te ofrezco es pura. Mierda de la buena. Puedes fumártela o esnifarla. Lo que prefieras, tío. Hará que todo lo demás te parezcan Smarties. Te doy mi palabra.

—No puedo —admitió con voz entrecortada mirando fijamente la tentación que tenía entre las manos—. Es demasiado arriesgado, joder.

—No si la usas con cabeza —insistió—. Venga, chaval. ¿Crees que yo iba a joderte así? Somos de la misma urbanización. Te conozco desde que ibas en pañales.

—Mira, Shane, solo necesito algo que me ayude a salir adelante —me oí razonar, y no estaba seguro de si lo hacía con él o conmigo mismo—. Estoy tan jodido ahora mismo... No necesito nada que empeore mi vida.

—Lo entiendo —dijo asintiendo con la cabeza—. Los entrenadores de la asociación de hurling están muy encima de ti, tienes a los profesores dándote el coñazo y el pibón que tienes por novia te tiene cogido por los huevos. Estás bajo presión, chaval, y necesitas una tregua. Lo pillo. Puede que ellos no, pero yo sí. No te sientas mal por buscar un poco de ayuda para sobrellevar las mierdas que tienes que aguantarle a tu viejo. —Lo fulminé con la mirada y él levantó las manos—. Tu padre es escoria, chaval. Lo sabe todo el mundo. No te juzgo por necesitar un respiro de un cabronazo como ese.

Ese era el problema; necesitaba ese respiro.

Lo necesitaba con tanta urgencia que me oí ceder y decir:

—Vale, pero solo hasta que tu proveedor vuelva a traerte lo de siempre.

—Por supuesto —concedió entusiasmado—. Pues toda tuya, chaval.

—Mierda. —Moviendo la cabeza a un lado y a otro, miré el contenido de la papelina y murmuré—: Has dicho que podía esnifarla, ¿no?

—Espera. —Se inclinó hacia mi asiento, me quitó la papelina y se puso a cortar una dosis de inmediato—. Con esto de una vez tienes suficiente para colocarte —me explicó ofreciéndome una caja de CD con una pequeña cantidad de polvo—. Esnifala como harías con cualquier otra raya y verás cómo te relajas, chaval.

—¿Qué coño estoy haciendo? —gruñí mientras le echaba un vistazo al aparcamiento vacío antes de cogerle el billete de cinco enrollado de la mano e inclinarme hacia abajo. Asqueado por mi propia debilidad, me acerqué la pajita improvisada a la nariz e inhalé profundamente.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Colocado

Aoife

Joey no me siguió hasta el aula.

De hecho, no apareció hasta la clase anterior a la comida.

—¿Qué coño haces, gilipollas? —dije en tono agresivo cuando se hundió en la silla que había junto a la mía en Administración de empresas—. ¿Dónde has estado?

—He tenido que ir a casa —me contó tranquilamente mientras sacaba el libro de texto y el estuche de la mochila—. Yo... eh...

—Tú ¿qué? —pregunté esperando su respuesta.

Sacudió la cabeza y se dio una torta en la mejilla.

—Me debo de haber quedado sin crédito.

Con cara de sospecha, entrecerré los ojos.

—¿Vas puesto?

—No.

—Joey.

—No.

—No mientas.

—De verdad.

—Entonces ¿qué te pasa?

—Nada.

—Parece como si hubieras estado llorando —susurré mientras dentro de mí la preocupación creía a un ritmo vertiginoso.

Tenía la nariz roja; los ojos estaban llorosos e inyectados en sangre.

—Yo no lloro. —Joey lanzó un trémulo suspiro y se sacó un pañuelo de papel usado del bolsillo—. Es solo que... —Hizo un enorme intervalo de varios segundos antes de añadir—: Ya se me está pasando...

—Por Dios, Joe. Estás sangrando —observé con voz entrecortada cuando el pañuelo blanco que había usado para sonarse la nariz se cubrió de rojo carmesí—. Te sangra la nariz.

—¿Sí? —Se quedó mirando el pañuelo manchado como si estuviera en trance. Le siguió chorreando sangre por la cara, pero no hizo nada para evitarlo—. Ay, mierda.

—Joey —dije quitándole el pañuelo de la mano y presionándoselo contra la nariz—. ¿Qué has hecho?

—Nada.

—¿Nada? —Con una mano le aguantaba la nuca y con la otra le sujetaba el pañuelo en la cara—. Y una mierda. ¿Qué te ha dado?

—Nada —musitó con las manos colgando muertas a los lados mientras miraba cómo yo lo miraba—. No pasa nada, Molloy.

—No me mientas —le advertí—. Estás completamente colocado.

—No te estoy mintiendo. —Se me cayó el alma a los pies, y luego él la pateó al decir—: Lo juro.

—Eres un mentiroso.

Llena de furia, lo puse rápidamente en pie y le solté un rollo al profesor antes de acompañarlo fuera del aula, haciendo caso omiso de las miraditas y los cuchicheos.

—Aoife, ¿se encuentra bien Joey? —preguntó el señor Brolly, nuestro profesor, alzando la voz detrás de nosotros desde la puerta del aula.

—¡Sí, sí, señor, está genial. Le sangra la nariz, nada más. ¿Le puede decir a Casey que nos guarde las cosas en la mochila?! —grité a modo de

respuesta sujetándolo contra mí mientras lo sacaba del instituto y lo llevaba hasta el lugar donde tenía aparcado el coche.

—No me odies, Molloy —murmuró Joey dejándose caer en el asiento del copiloto en cuanto lo solté para abrir la puerta—. Eres lo único que hace que me levante por las mañanas.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Otra vez al rincón de pensar

Joey

Estaba otra vez en el rincón de pensar.

Tirado en el suelo del cuarto de Molloy, con los huevos al aire, una mullida almohada blanca bajo la cabeza y una manta rosa por encima; así me encontré a mí mismo cuando recuperé la consciencia.

—Así que estás vivo —comentó una voz familiar alargando las palabras de forma sarcástica.

Temblando con violencia, me fui incorporando poco a poco hasta encontrarme con un par de ojos verdes que me miraban fijamente.

Sentada con la espalda en la puerta, me fulminó con la mirada al preguntar:

—¿Qué te ha dado?

Abrí la boca para mentir, pero ella fue más rápida.

—Ni se te ocurra mentirme —me advirtió tirándome a la cabeza el paño que llevaba sobre el hombro—. Si hubieras visto lo que ha salido de tu cuerpo, lo que he tenido que limpiar, sabrías que no tiene sentido mentir.

Indignado conmigo mismo, contemplé la desordenada habitación, la cama ahora desnuda, y ahugué un gemido.

—¿He...?

—¿... destruido mi cuarto mientras se destruía tu cerebro? —se apresuró

a soltar—. Sí.

—Lo siento. —Dejé escapar un suspiro—. Lo limpiaré todo...

—Ya lo he hecho yo —espetó—. Y antes de que se te ocurra largarte corriendo sin darme una explicación, que sepas que ahora mismo toda tu ropa está abajo, en la secadora. Así que no, Joe, no quiero que me ayudes a limpiar. Lo único que quiero de ti son respuestas.

—¿Qué quieres saber?

—Empieza por decirme qué te has tomado esta mañana y a partir de ahí ya veremos.

—Mierda. —Me llevé la mano a la nuca y suspiré antes de admitir a regañadientes—: He cometido un error.

—Un error.

No había ninguna razón para mentirle, pese a que la mentira era mi lengua materna, algo que había heredado de mi familia.

Pero en ese momento no fui capaz de hacerlo.

Por la manera en que me miraba, me di cuenta de que solo tenía una oportunidad para arreglar lo que había ocurrido.

—No voy a inventarme ninguna excusa —le dije—. Ya no hay excusas que valgan.

—No. —Su voz estaba cargada de emoción—. No las hay.

—Al contrario que hoy, de verdad que hasta ahora lo he estado intentando —añadí deslizándome una mano por el pelo—. Más de lo que crees.

—Entonces ¿por qué? —Se le rompió la voz y vi cómo le resbalaba una lágrima por la mejilla—. ¿Por qué has hecho esto? Ibas muy bien. Lo sé. También sé que no eres perfecto, ¿vale? Sé que fumas hierba. Sé que tienes tus demonios internos y tus secretos, pero lo estabas intentando. ¡No te ponías hasta las cejas como has hecho hoy!

—Anoche le rompió la nariz a Tadhg —me oí admitir—. Y yo no estaba allí para impedirselo.

—¿Tu padre? —Se quedó sin aliento—. ¿Tu padre le rompió la nariz a Tadhg?

—Sí, así es —contesté secamente odiándome a mí mismo con todo mi ser por contarle cosas que ella no tenía por qué saber.

«Por arrastrarla más adentro hacia mi mundo de mierda».

—Pero si no es más que un niño... —gimoteó tapándose la boca con la mano—. Es solo un crío.

—Eso no importa —solté fríamente—. A los alcohólicos que maltratan les da igual la edad o el género. Tan solo ven un saco de boxeo al que apuntar cuando se les antoja.

—Joey.

—No me compadezcas —le advertí temblando y con una mano levantada—. No es lo que quiero que hagas. Nunca.

—Vale —susurró—. No lo haré.

—El caso es que no pude soportar lo que pasó anoche —reconocí. «Todavía no puedo»—. Así que hice lo que suelo hacer cuando las cosas se ponen demasiado feas en casa. —Me encogí de hombros—. Llamar a Shane.

Las lágrimas le caían por las mejillas mientras nos mirábamos.

—¿Y?

—Y... —solté un enorme suspiro para después admitir—: Conseguí lo que necesitaba para ayudarme a sobrellevarlo.

—¿Qué era?

—Algo que no había probado antes.

—¿Algo malo?

Amargado por los remordimientos, asentí con la cabeza, a lo que Molloy respondió ahogando un enorme y desgarrador sollozo.

—No puedes volver a hacerlo. —Se puso de rodillas, se acercó a gatas hasta donde yo estaba sentado y me rodeó con sus brazos—. No puedes, Joe. No hay más. —Llorando a pleno pulmón, Molloy se colgó de mí como

un monito, sujetándose a mi cuerpo como si fuera algo importante para ella —. Te necesito. Te necesito, Joe. No puedes hacerte esto a ti mismo.

—No pasa nada. —Agitado por cómo me afectaba su dolor, la envolví con mis brazos—. Chisss. No pasa nada.

—Podemos irnos de aquí —sollozó contra mi cuello—. Tú y yo. Cargamos el coche y nos vamos de este agujero de mierda. Me iría contigo, Joe. Lo haría. Te quiero. —Continuó sollozando, salpicándome de besos el cuello—. Te quiero. Te quiero. Joder, te quiero tanto que me podría morir.

La creía, y eso me asustaba más que la idea de quedarme. Porque sabía que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para ayudarme, pero eso nunca iba a ser suficiente porque yo estaba demasiado mal de la cabeza.

Era demasiado buena para mí, demasiado buena para el mundo. En el fondo, sabía que debía dejarla marchar para que tuviera alguna oportunidad de futuro.

Pero no podía.

—No puedo dejarlos, Molloy —susurré estrechándola entre mis brazos cuando su cuerpo se agitó entre sollozos. «No soy como mi hermano»—. Tengo que quedarme.

1 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Resignarme a un corazón roto

Aoife

No quería volver a vivir un día como aquel nunca jamás.

No había palabras para expresar el nivel de impotencia que había sentido al ver a Joey elevarse por los cielos y luego estrellarse contra el suelo y arder.

No era idiota.

Había visto las señales por todas partes.

El problema era que estaba demasiado enamorada para prestarles atención.

Porque sabía que debajo de todo el dolor y las gilipolleces, había alguien a quien merecía la pena salvar.

Era una buena persona que había tomado unas decisiones horribles.

No quería hacerle daño a nadie.

Intentaba sobrevivir de la única manera que conocía: automedicándose.

Incluso mientras contemplaba cómo dormía la mona en mi cama, veía el dolor que él representaba para mí escrito en cada centímetro de su piel.

Iba a romperme el corazón, era consciente. Pero, aunque lo veía venir desde lejos, por alguna razón no era capaz de poner en marcha mi instinto de supervivencia y protegerme de lo inevitable.

Al hablarme de su padre hacía un rato se había mostrado más

comunicativo conmigo que nunca.

Sentada en medio de mi cuarto, no podía evitar sentir que mi mundo se había sacudido.

Aquello suponía un avance monumental.

Puede que hubiera omitido demasiados detalles, y seguro que tenía muchas más cosas que contar, pero ese chico que descansaba en mi cuarto había dado un paso hacia mí del tamaño del Gran Cañón.

No podría abandonarlo ni aunque quisiera.

«Eres lo único que hace que me levante por las mañanas».

Solo se había ido un segundo de la lengua, pero había tocado hueso.

Y, tumbada de lado mientras le pasaba la mano por el pelo y lo observaba dormir, me prometí a mí misma que no iba a dejar que se perdiera en ese mundo en el que hacía equilibrios.

Pasara lo que pasase, yo siempre iba a estar a su lado, lista para ponerlo de nuevo a salvo.

Incluso si de esa forma acababa perdiéndome yo misma por el camino.

18 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Celebraciones de cumpleaños

Aoife

—Bueno, has conseguido llegar a los dieciocho —gritó Casey por encima de la música mientras nos meneábamos en la pista del Dinniman—. Y con la virginidad intacta. —Riéndose, añadió—: No sé cuál de las dos cosas me sorprende más.

—Muy graciosa —repliqué algo achispada mientras me reajustaba una banda que decía FELIZ CUMPLEAÑOS en el pecho y botaba al ritmo de «Mr. Brightside», de The Killers.

Mamá había organizado esa fiesta con ayuda de Casey para celebrar mi mayoría de edad y la de Kev, y el local estaba repleto de amigos, familia y muchos de nuestros compañeros de curso del instituto. Había globos y pancartas colgados por todo el bar, y yo estaba en una nube solo de pensar que toda esa gente había venido para estar con nosotros.

Por fin era mayor de edad, con potestad tanto para pedir como para servir lo que quisiera en el pub, y estaba aprovechando a tope las nuevas ventajas.

Con las manos alrededor de la boca para hacerse oír, Casey preguntó:

—¿Dónde está Joey?

—¿Tú qué crees? —respondí señalando con el pulgar hacia la dirección en la que Joey y mi padre mantenían una profunda conversación en la barra.

Papá se aferraba a una pinta de Guinness, mientras que mi novio sujetaba

un vaso de cubata con vodka y Red Bull, su bebida favorita.

Esa noche Joey estaba increíblemente sexy con sus vaqueros y una camiseta blanca ajustada remangada hasta los codos que revelaba unos poderosos antebrazos muy pornográficos. También se había hecho un nuevo corte de pelo para la ocasión. La parte de atrás y los laterales los llevaba muy rapados y se había dejado una adorable mata de rizos rubios en la parte de arriba.

Por supuesto, lucía un moratón brutal debajo del ojo izquierdo, pero yo había tomado la determinación de no preguntarle nada al respecto. Si lo hacía, era probable que acabáramos peleándonos, y eso era lo último que quería esa noche.

Joey se había abierto a mí hacía escasas semanas, pero no había tardado mucho en volver a reencontrarse con su naturaleza hermética habitual.

Por raro que pareciera, y aunque todavía estaba muy cabreada por la mala experiencia que me había hecho pasar, el hecho de que Joey se colocara y potara por todas las paredes de mi cuarto no había hecho sino unirnos más.

Se había comportado como nunca desde entonces: había reactivado el modo de volver a intentarlo y había dejado que esta humilde servidora borrara el número de Shane de su teléfono.

Era como si una de las barricadas que usaba para mantenerme al margen se hubiera derrumbado. Yo estaba un paso más cerca de traspasar esos muros impenetrables que había construido para protegerse.

De pie junto a papá, mi novio apoyó la cadera contra la barra y se inclinó un poco hacia abajo para escuchar las divagaciones de mi progenitor mientras asentía de vez en cuando con la cabeza.

—Me parece muy guay que tu padre y tu novio sean tan buenos colegas —dijo Casey riéndose—. Es como si tuvieran un pequeño romance entre ellos. Lo encuentro adorable.

—Cierto —admití mientras mi mejor amiga y yo nos cogíamos del brazo y volvíamos a nuestra mesa—. Pero mientras mantiene ese romance con mi

padre, no lo está manteniendo conmigo.

—Entonces ¿crees que esta noche podría ser la noche?

—Tal vez.

—Ay, Dios —gimoteó Casey—. Me tenéis en vilo.

—Aoife, ¿cómo estás, cariño? —preguntó mamá cuando me dejé caer a su lado—. Casey, ¿y tú cómo estás, cielo?

—Hey, Trish. —Mi mejor amiga suspiró alegremente al hundirse junto a mí y luego apoyó la cabeza en mi hombro—. Voy un poco piripi.

—¿Ah, sí? —repuso mamá en un tono cargado de jovialidad—. ¿Y tú qué, Aoife?

—Yo estoy monja como una sobria, mamá.

—Querrás decir «sobria como una monja». —Mamá me lanzó esa mirada que solo las madres dominan—. Seguro que sí.

—Te quiero, mami. —Le pasé un brazo por el cuello, la acerqué a mí y le estampé un beso en la mejilla—. Gracias por la fiesta.

—Yo también te quiero, mi granujilla. —Arrugando los morros, miró la longitud de mi ceñidísimo vestido blanco de tubo y dijo—: Pero no me convence ese vestido. Antes te he visto las cachas del culo cuando bailabas.

—Imposible —resoplé agitando una mano en el aire mientras me pulía lo que quedaba de mi Smirnoff Ice—. Porque si de verdad hubieras visto lo que tengo en el culo, me habrías sacado de la pista de baile a rastras.

—¿Qué tienes en el culo?

Me di unos toquecitos en la nariz para dejar claro que era un secreto.

—Nada.

—Ay, Virgen santísima —gimoteó mamá moviendo la cabeza de un lado a otro—. Te lo advierto, jovencita, me da igual que ya tengas dieciocho años. No eres demasiado mayor para que te dé un buen sopapo.

—Nunca me has dado un sopapo —le recordé sonriendo—. Eres demasiado blandengue, mamá, ¿a que sí?

—Parece una modelo, ¿verdad, Trish? —intervino Casey mientras tiraba

de la parte superior de mi vestido—. Seguro que tú y Tony usasteis material del bueno cuando la hicisteis. —Con lágrimas en los ojos, Casey me cogió por los hombros y me clavó la mirada—. Aoife Molloy, eres mi más mejor amiga del mundo mundial de Ballylaggin.

—Y tú la mía, Casey Lordan —respondí dándole un abrazo—. Eres la tía más buena del insti.

—No, tú eres la tía más buena.

—No, no, insisto, eres tú.

—Vale, las dos estamos buenísimas.

—¡Bieeen!

—¡Lo que estáis es enamoradas de vosotras mismas, eso sí! —Mamá chasqueó la lengua, levantó un dedo y nos advirtió—: Escuchadme bien, ahora no vayáis a perder los papeles con eso de que podéis comprar alcohol, ¿eh?

—Claro, mamá.

—Lo digo en serio. Sois unas chicas encantadoras —nos alentó mamá, ya dirigiéndose a las dos—. Por eso tenéis que ir con mucho cuidado y estar alerta. No bebáis hasta emborracharos. No es seguro. Nunca se sabe quién puede haber estado observando. —Frunció el ceño y agregó—: Y tampoco dejéis nunca las bebidas sin vigilar. Esta vez yo estaba aquí para echarles un ojo, pero ¿y si no hubiera sido así? El bar está hasta los topes de tíos jóvenes. Os podrían haber echado algo.

—Tranquila, mamá —dije con voz mimosa gesticulando con la mano—. Aquí todos son amigos nuestros.

—Exacto —convino Casey—. No nos va a pasar nada, Trish. Relájate.

—Toquemos madera —murmuró mamá sin convicción.

—¡Dios! —chillé levantándome de golpe cuando el DJ puso a todo volumen «Maniac 2000»—. Es nuestra canción, Case. —La cogí de la mano y tiré de ella hasta que la puse en pie—. Vamos.

—Tened cuidado esta noche, ¿vale? —insistió mamá—. Por favor,

chicas.

—Vale —coreamos las dos mientras nos abríamos paso hasta la pista de baile—. Lo tendremos.

18 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Felices dieciocho, Molloy

Joey

Molloy tenía muchos fans.

Toda la parte de atrás del Dinniman estaba abarrotada de gente que había ido a celebrar que cumplía los dieciocho. Me sabía mal por su hermano Kev, que estaba sentado en un rincón con su selecto grupo de cuatro amigos mientras su melliza había atraído hacia ella a medio instituto como polillas a una llama.

Una llama muy sexy.

Tanto que si volvía a ver a otro tío más de nuestro curso besándola en la mejilla o tocándola en alguna zona peligrosamente baja de la espalda, había muchos números de que se me fuera la olla.

Para mí no suponía ningún problema que Molloy fuera tan extrovertida; era su carácter. De hecho, eso me había atraído mucho de ella desde el principio. Pero sí que era un problema que algunos de sus amigos tuvieran las manos tan largas.

—Parece que tienes mucho trabajo que hacer por allí, hijo —intervino Tony señalando con la cabeza a su hija, que bailaba rodeada por un grupo de tíos de nuestro curso al ritmo de «Turn Me On», de Kevin Lyttle.

—Sí, Tony —convine frotándome el mentón—. Eso parece.

—Bueno, muchacho, pero no tienes nada de lo que preocuparte. Ella

siempre ha sido así. A nuestra Aoife nunca le han faltado admiradores —me contó Tony con aire festivo—. Su personalidad es contagiosa, ¿sabes? Atrae a la gente. —Se rio para sus adentros y dio cuenta de la pinta antes de añadir—: Lo que hace que su pobre madre viva con el miedo en el cuerpo.

Me quedé observando desde lejos hasta que vi a Eoin Caddigan enrollarse un mechón del largo pelo rubio de Molloy en el dedo mientras bailaba detrás de ella.

—Ahora sí que sí, Tony —anuncié apurando de un trago mi bebida—. Ya es hora de que alguien más viva con el miedo en el cuerpo.

—Ay, el primer amor... —Riéndose, me hizo un gesto con la mano para que me fuera—. Mantén la cabeza fría, jovencito.

—No cuentes con ello —murmuré en voz baja mientras apartaba a la multitud, sin detenerme hasta que estaba en la pista de baile con un brazo alrededor de su cintura.

—¡Joe! —Molloy me sonrió mientras me rodeaba el cuello con los brazos—. ¿No habías dicho que tú no bailabas?

Poniéndose de puntillas sobre sus altos tacones, me dio un beso en la comisura de la boca con sus labios pintados de rojo.

—Hoy he hecho una excepción. —Fulminando con la mirada al capullo de nuestro instituto, que se alejaba obedientemente de mi chica, atraje su cuerpo hacia el mío—. Felices dieciocho, Molloy.

Con una sonrisa radiante, me recorrió el pecho con las manos mientras balanceaba las caderas y las empujaba hacia las mías, rozándose contra mí al ritmo de la música. Hostia puta, iba a necesitar mucho más que un vodka con Red Bull para lidiar con esa chica.

—No te quiero nada de nada, Joey Lynch —suspiró mientras me agarraba por la camisa y tiraba de mi cara hacia la suya—. Y por siempre no te querré.

19 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Volar alto y caer muy bajo

Aoife

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Joey varias horas después cuando llegamos a mi casa tras la fiesta de cumpleaños más brutal de la historia.

—Sí, Molloy, estoy bien —contestó dejando caer mis zapatos y un montón de tarjetas de felicitación sobre mi cama—. Todo va genial.

Me apoyé pesadamente contra la puerta cerrada de mi cuarto y vi cómo mi novio sacudía las manos y se dirigía hacia la ventana. La tensión que irradiaba su cuerpo era una clara señal de que estaba de todo menos bien.

—¿Seguro, Joe?

—Sí —dijo por encima del hombro mientras se apoyaba sobre el alféizar y miraba fijamente hacia el exterior a través de la hoja de vidrio—. Todo bien.

Era evidente que no, y ni de lejos estaba tan borracha como para creer otra cosa.

Acercándome al equipo de música, me devanaba los sesos para descubrir qué era lo que podía haber hecho yo para sumirlo en ese estado de ánimo tan raro mientras le daba al Play para reproducir un CD cualquiera.

La canción «Everytime», de Britney, inundó la habitación, y me oí decir:

—Si te da mal rollo quedarte aquí esta noche, no lo hagas. Mis padres lo saben y les parece bien. —Salvé la distancia que nos separaba, le rodeé la

cintura con los brazos y le di un beso en la espalda—. No te quiero.

Suspirando intensamente, cubrió mis manos bajo las suyas y susurró:

—Yo tampoco te quiero.

—Dime qué pasa. —Lo obligué a girarse para mirarme y le cogí la cara entre mis manos—. ¿Por qué estás tan triste? —Estaba borracha, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de la desolación que reflejaban sus ojos—. Cuéntamelo.

—No estoy triste, Molloy —repuso poniéndome las manos sobre las caderas—. Solo estoy...

—Estás ¿qué?

—Preocupado.

Alcé las cejas en señal de sorpresa.

—¿Qué te preocupa?

—Mi hermana —confesó con un hilo de voz justo antes de exhalar un amargo suspiro—. Mis hermanos.

El corazón me dio un vuelco.

—Ah.

—No me gusta dejarlos solos por la noche.

Descorazonada al ver hacia dónde iba la conversación, me oí preguntar:

—¿Quieres irte a casa?

—No —contestó para mi sorpresa—. Ese es el tema, Molloy. —Hizo un gesto de negación con la cabeza y, con los ojos llenos de culpa, dijo—: Lo último que quiero hacer es irme de esta habitación.

—Entonces quédate —susurré atrayéndolo tanto hacia mí que nuestras frentes se tocaban—. Quédate aquí conmigo. —Rozando mi nariz contra la suya, le apreté los brazos alrededor del cuello y lo besé en los labios—. Yo también te necesito, Joe.

«Necesito que estés a salvo e indemne, y la única manera que tengo de asegurarme de que eso ocurra es que te quedes aquí conmigo».

Sus ojos ardían por las emociones enfrentadas.

—Molloy.

—Es verdad. Yo también te necesito —declaré con voz ahogada aferrándome a él con fuerza—. Necesito que te quedes aquí conmigo, porque, si te vas ahora, no podré respirar hasta que vuelva a verte.

El hecho de que esa noche se hubiera pimplado al menos doce chupitos conmigo me daba una ligera ventaja frente a lo ridículamente inflexible que era su guía moral cuando se trataba de sus hermanos.

Si estuviera ante el Joey sobrio, se iría a casa sin importarle cuánto le rogara que no lo hiciera.

Pero ese Joey iba pedo, y era más vulnerable ante la persuasión.

—Quédate, por favor —murmuré deslizando mi mano para agarrar la cadenita plateada que siempre llevaba alrededor del cuello y retrocediendo despacio hasta la cama, atrayendo hacia mí a ese precioso muchacho—. Puede ser mi regalo de cumpleaños. —Toqué la cama con la parte de atrás de las piernas y me dejé caer de espaldas, llevándome conmigo su enorme cuerpo—. Por favor. —Jadeando contra su boca, le di un fogoso beso en sus carnosos labios—. Quiero que esta cara sea lo primero que vea cuando abra los ojos por la mañana.

—Vale —murmuró contra mis labios—. Me quedaré contigo, Molloy.

Emocionada al ver que cedía con tanta facilidad, me dejé llevar por el momento, por sentir su cuerpo sobre el mío, sus partes duras contra las mías blandas, mientras nos tocábamos de formas que deberían ser ilegales.

Más tarde, tumbados en la cama frente a frente, rompió el silencio y dijo:

—Lo he hecho, ¿sabes?

—¿El qué?

—Comprarte un regalo.

En mi cara se dibujó una sonrisa.

—¿Ah, sí?

Asintiendo con la cabeza, salió de entre las sábanas y cogió los vaqueros

que se había quitado.

—No es tan elegante como lo que solía comprarte Ricey —me advirtió cuando volvió a la cama y tiró una cajita negra de joyería sobre el colchón entre los dos junto con un paquete medio derretido de Rolo.

El corazón me palpitaba de alegría.

—¿Un paquete entero solo para mí?

Me guiñó un ojo.

—Ya te dije que lo haría. Y, si lo otro no te gusta, va a ser un mierdote porque Shannon ha lavado el tíquet con mi ropa.

Emocionada, cogí rápidamente la cajita y abrí la tapa. Descansando en el interior de terciopelo acolchado había un pequeño medallón de plata con la fecha 30.08.99 grabada en la parte de delante.

—Esa fecha... —Dejé escapar un trémulo suspiro—. Es...

—El primer día de primero —declaró con voz suave—. Fue la primera vez que te vi y el momento en el que entendí lo que significaba que el corazón me latiera por alguien que no era de mi familia.

Me emocioné de tal manera que apenas podía respirar.

—Joe.

—Cuando digo que no te quiero —continuó diciendo mientras frotaba su nariz contra mi cuello—, no hay nada más lejos de la verdad.

Amor.

Me estaba hablando de su amor hacia mí.

—Ya lo sé, Joe —susurré abrochándome el medallón alrededor del cuello—. A estas alturas ya estoy acostumbrada a tu rechazo. Sé lo que sientes.

—Ya, pero no deberías estar acostumbrada a eso, Molloy. Te oigo decir esas palabras y sé que yo también las siento. De verdad. Pero yo... —Movié la cabeza a los lados en señal de frustración—. No sé cómo dejar de hacerlo.

—Dejar de hacer ¿el qué?

—Rechazar el cariño de los demás.

Mi corazón.

Mi pobre corazón.

«Es por culpa de la mierda de padres que tienes».

«Porque te tratan como a un perro en vez de como a un hijo».

—No pasa nada —dije con voz entrecortada acercándome más a él hasta acurrucar mi cuerpo en el suyo—. Podemos tratar las palabras igual que tratamos el tema del sexo. —Le di un beso en el pecho y susurré—: Salvo que esta vez serás tú quien marque el ritmo y yo la que te siga.

—No suena mal —concedió en tono áspero.

—No. —Cerré los ojos y suspiré satisfecha—. Para nada.

3 DE OCTUBRE DE 2004

Un café con Marie

Aoife

—No es buena idea, Molloy. En realidad es una idea de mierda. Joder, ¿cómo me he dejado convencer ni siquiera para considerarla?

De pie en la entrada de su casa, con mi mano firmemente agarrada a la suya, Joey contemplaba los ladrillos de esta como si estuviera evaluando a un enemigo mortal.

—Mi instinto me grita que te aleje todo lo que pueda de este agujero.
Se me rompió el corazón.

Para él no era fácil.

De hecho, hacía tiempo que no lo veía comportarse de forma tan desquiciada. Era algo inquietante, así que le apreté la mano para mostrarle mi apoyo.

—Todo va a ir bien.

—No lo creo. —Hizo un gesto de negación con la cabeza, triste—. No sabes en lo que te estás metiendo al tratar con esa gente.

Levanté la vista para mirarlo.

—¿Esa gente?

Asintió adusto y me fulminó con la mirada.

—Molloy, mis padres no son como los tuyos. No te van a dar la bienvenida con un abrazo y un asado para cenar. —Pude ver cómo un

escalofrío recorría su esbelta figura justo antes de que empezara a moverse y se diera la vuelta para alejarse de su casa, haciendo todo lo posible para que yo me alejara con él—. A la mierda. Olvídalo. Mejor vamos a tu casa.

—Voy a hacerlo, Joey —le advertí dando un taconazo sobre la gravilla—. Llevamos juntos casi nueve meses. Voy a entrar ahí con ellos tanto si vienes conmigo como si tengo que hacerlo sola.

—¡Por el amor de Dios! —Soltó un bufido hostil—. ¿Por qué es tan importante para ti?

No me achanté ni me anduve con evasivas cuando dije:

—Porque quiero mirar a ese cabrón a la cara y hacerle entender que hay alguien más que dispuesto a ir a la guerra contigo y por ti.

—Joder. —Se pasó una mano por el pelo y murmuró—: Ahora sí que no voy a dejar que entres en esa casa.

—No quieres hablar de lo que pasa ahí dentro, y yo no te presiono para que lo hagas —comenté en un tono calmado—. Nunca te presiono, Joe, ni siquiera cuando veo los moratones o cuando me dejas totalmente al margen, pero debes saber que hasta el último nervio de mi cuerpo me exige que haga algo para protegerte.

El miedo le encendió los ojos.

—Me juraste que...

—Lo sé, y no voy a llamarla —me apresuré a asegurarle recordando la colosal pelea que tuvimos la última vez que apareció por el instituto con un labio ensangrentado y cometí el error de preguntarle si no sería mejor que llamáramos a la Gardaí—. Te dije que no lo haría, y no lo haré.

Dejó ir una vibrante exhalación y susurró:

—Vale.

—Pero me voy a quedar junto a ti —dije levantando los brazos para enlazarlos alrededor de su cuello—. Eso sí lo voy a hacer, Joey, y no vas a poder hacer nada para impedírmelo.

Me miró fijamente durante un buen rato y luego cedió con un gruñido de

frustración.

—Me da igual lo que digan o cómo reaccionen —afirmé suavemente elevándome para darle un beso en la curva del mentón—. No voy a salir corriendo.

—Puede que él esté en casa —me advirtió en tono serio—. Puede que...

—No voy a irme —dije vocalizando bien y poniéndome de puntillas para besarlo—. No pienso dejarte, me da igual lo que pueda decir tu padre.

—Aoife, no me hagas hacer esto —me rogó con un susurro.

Su súplica me llegó al alma porque había utilizado mi nombre de pila, y eso quería decir que intentaba decirme que hablaba en serio.

—Algún día había que hacerlo —susurré yo también, frotando mi nariz contra la suya, desesperada por ofrecerle algo de consuelo—. ¿Por qué no hoy?

Después de un buen rato, la implorante mirada de sus ojos verdes se transformó en una renuente aceptación.

—No te alejes de mí —me dijo mientras me cogía fuerte de la mano—. Yo te mantendré a salvo.

Me invadió una oleada de miedo.

Por Dios, ¿con quién coño vivía?

Respiré con calma y seguí a Joey hacia el interior de la casa, sin detenerme hasta que, después de cruzar el anticuado salón y el pequeño y destartalado pasillo, entramos en la cocina.

—¿Está aquí? —fueron las palabras con las que saludó a su madre.

Estaba sentada mirando a las musarañas. Al oírlo, movió de golpe la cabeza y se lo quedó mirando con ojos desorbitados durante un rato hasta que recompuso sus facciones.

—¿Quién?

—Papá —contestó Joey inexpresivo.

—No —respondió suavemente su madre—. Todavía no ha vuelto.

No estaba segura de si el escalofrío que atravesó el cuerpo de Joey era de

alivio o de temerosa expectación, pero no me dio tiempo a pensarlo demasiado porque enseguida tiró de mí hacia delante.

—Mamá, esta es Aoife Molloy —me presentó agarrándome con fuerza la mano—. Aoife, esta mi madre, Marie Lynch.

—Ah, hey —saludé haciendo un gestito con la mano que me quedaba libre—. Encantada de volver a verla, señora Lynch.

—Me acuerdo de ti. —Sus grandes ojos azules centellearon al reconocirme—. Eres la chica que trajo la mochila de Joey.

—Sí. —Asentí con la cabeza y sonreí—. Esa misma.

Joey se aclaró bruscamente la garganta antes de agregar:

—Aoife es mi novia.

—Tu novia —repitió su madre con un pequeño movimiento de la cabeza—. No sabía que tenías una relación con nadie.

—Ya. —Joey se encogió de hombros en actitud defensiva—. Bueno, pues ahora ya lo sabes.

—Pues sí —dijo su madre escudriñándome cuidadosamente—. Así que esta es tu novia.

—Por desgracia para él —bromeé; pero ella no se rio.

«Vaya...».

Recobrando la compostura, añadí:

—La verdad es que me alegro de volver a verla, señora Lynch. He oído hablar mucho de usted. —Dios, estaba hecha una trolera de cuidado—. Joey no hace más que contarme cosas buenas de su madre.

—Me encantaría poder decir lo mismo —afirmó antes de decir tranquilamente—: pero Joey no me ha hablado de ti.

—Mamá... —dijo Joey en tono de advertencia.

Le atravesó el cuerpo un pequeño temblor, así que le apreté la mano con dulzura, desesperada por ofrecerle algún tipo de alivio.

Dándole a entender que lo que hacíamos estaba bien.

Que yo podía existir en sus dos mundos.

Que no iba a salir corriendo.

Él recompensó mi acto de apoyo con una sonrisa y clavó sus preciosos ojos verdes en los míos, buscando en mi rostro algo que no iba a encontrar.

Buscaba algún rastro de turbación.

No lo había.

—¿Cuándo os conocisteis? —preguntó entonces su madre haciendo que volviera a centrar mi atención en ella.

—En primero —le conté—. Hemos ido a la misma clase desde entonces.

Ella abrió mucho los ojos.

—Entonces... ¿hace tiempo que estáis juntos?

—Bueno, hemos sido amigos durante... —empecé a decir.

Pero Joey me interrumpió enseguida y afirmó:

—Se podría decir que sí.

—¿Y vais en serio? —Miró a su hijo—. ¿Vas en serio con ella?

—Se podría decir que sí —fue todo lo que respondió, pero el corazón me empezó a martillar de pura alegría sin adulterar.

No negaba lo que sentía.

No le restaba importancia ni lo barría bajo la alfombra.

«Se podría decir que sí» era toda una declaración de amor viniendo de ese chico.

—¡Mamá! —chilló una voz desde algún punto del piso de arriba—. ¡Ha vuelto a atascar el puto váter!

Sobresaltada, la señora Lynch se puso en pie como un resorte y luego se estremeció un poco.

—¡Tadhg, habla bien! —le regañó antes de desplomarse de nuevo sobre la silla de la mesa—. ¡Tenemos compañía!

—¡Como si me importara una mierda! —anunció la misma voz—. ¡El imbécil de tu hijo Oliver no parece entender que no hace falta usar todo el rollo de papel para limpiarse el culo!

—¡Tadhg! —gritó la señora Lynch mientras alcanzaba los cigarrillos.

Pero su penoso intento por reprender a su hijo sonó más bien a un suspiro de derrota—. Te he dicho que hables bien.

—¡Ollie ha atascado el retrete! —chilló de nuevo Tadhg—. ¡Y yo tengo que plantar un...!

—¡Me gusta asegurarme de que estoy limpio! —dijo, también a voces, una vocecita más joven—. ¡Es *ha-yé-ni-co*!

—¡Se dice «higiénico», no «*ha-yé-ni-co*»! —voceó Tadhg—. ¡Y verás qué poco *ha-yé-ni-co* te quedas cuando me cague en tu...!

—¡Por Dios, ya me encargo yo! —bramó Joey. Me soltó la mano y, negando con la cabeza, se dirigió hacia el pasillo—. ¡Lo que sea para que os calléis los dos!

—Sabio, Joe —oí que decía Tadhg.

—¿Lo ves? —repuso Ollie animado—. Te dije que Joey lo arreglaría.

—Ahora vuelvo —me avisó por encima del hombro mientras subía al trote las escaleras—. Dame dos minutos para poner en orden lo que sea que hayan hecho estos idiotas.

—¡Vas a necesitar más de dos minutos! —gritó Tadhg—. ¡Puede que Ollie sea pequeño, pero ha lanzado una boya del tamaño de un cachalote! ¡Está totalmente atascado!

—Me cago en mi vida —se quejó Joey mientras desaparecía escaleras arriba.

—Tómate tu tiempo —le dije riéndome—. Esperaré.

Cuando se fue, me quedé junto a la nevera, sintiendo que sobraba un poco y que su madre no las tenía todas consigo respecto a mí. Pensaba que Joey era impenetrable, pero eso no era nada comparado con la mujer que tenía delante.

—No lo hace mucho, ¿sabes? —comentó la señora Lynch tirando la ceniza del cigarrillo en el cenicero ya a rebosar que tenía enfrente—. Al menos últimamente.

—¿El qué? —respondí con serenidad sin saber cómo tratar a la mujer

rota que tenía delante.

Quería odiarla por dejar que Joey sufriera durante tanto tiempo. Pero en ese momento solo podía sentir lástima por ella.

—Sonreír —aclaró—. No sonrío a menudo.

—Últimamente sonrío mucho más —le conté—. Al menos más que antes.

Me brindó una sonrisa cansada y exhaló con ligereza.

—Debes de ser muy importante para mi hijo.

—Espero que sí.

—Seguro. —Encogiendo un poco sus frágiles hombros, la señora Lynch le dio una profunda calada al cigarrillo—. Nunca había traído a ninguna chica a casa.

Esa afirmación debería haberme entusiasmado, me acababa de decir que era la única chica a la que Joey había llevado a casa, pero, la verdad, ¿por qué iba a querer llevar a nadie allí?

Desde luego no para conocer a sus padres, eso estaba más claro que el agua.

—Ya, bueno, él también significa mucho para mí —le confesé.

Arqueó una ceja.

—¿Mucho?

—Muchísimo —aclaré sin intención de avergonzarme por lo que sentía—. Estoy enamorada de su hijo, señora Lynch.

—Eso me había parecido. —Entonces un destello muy parecido a la tristeza le atravesó sus enormes ojos azules—. Te lo vi escrito en la frente en cuanto entraste aquí con él. —Lanzó un suspiro tembloroso antes de preguntar—: ¿Tomáis precauciones?

Me la quedé mirando fijamente sin saber qué decir.

—¿Te proteges? —insistió.

—Tomo la píldora —me oí admitir—. Pero no nos acostamos.

No pareció creerme.

—Protégete —insistió—. Hazlo tú si él no lo hace.

—Él siempre me protege, señora Lynch —le dije sintiendo la necesidad de hacerle ver lo maravilloso que era su segundo hijo—. Es una persona increíble.

—Mi hijo es un bala perdida —me corrigió con tristeza—. Igual que su padre a su edad.

—Bueno, eso está muy lejos de ser verdad —repliqué de forma acalorada sintiéndome molesta con sus palabras—. Joey no tiene nada que ver con su marido.

La sorpresa se reflejó en su mirada.

—Sí —solté mirándola fijamente—. Tengo ojos. Sé lo que pasa en esta casa.

—Tú qué vas a saber —susurró.

—Sé mucho más de lo que cree —repuse—. Así que no se atreva a meter a Joey en el mismo saco que a él.

—Entiendo esa necesidad de defenderlo —murmuró apenada—. Entiendo la tentación. Yo también he tenido tu edad. Sé perfectamente lo tentador que es querer a un chico como mi hijo. Es guapo y tiene talento, es decidido y protector, salvaje y temerario. Pero recuerda que la protección puede convertirse en posesión en un abrir y cerrar de ojos. La decisión puede transformarse en dominación y, bueno, la temeridad puede ir más allá de una simple adicción. —Le dio una calada al cigarrillo, exhaló una nube de humo y preguntó—: Lo sabes, ¿no?

—¿El qué?

Su pena parecía infinita cuando dijo:

—Que mi hijo está librando una batalla contra la adicción.

Se me paró el corazón.

—Eso era antes —la corregí pensando lo bien que Joey había manejado la situación desde la recaída de septiembre—. Ahora ya está bien.

—Sabes que eso no es verdad —contestó tranquilamente—. Alguien

como mi hijo, con el tipo de vicio que ha tenido todos estos años, no puede hacer que las viejas costumbres desaparezcan de la noche a la mañana, y, por muy fuerte que parezca el primer amor, nunca va a ser tan poderoso como para hacer que él venza a sus demonios. Nunca va a quererte más a ti que a su siguiente dosis, Aoife. Esa es la amarga verdad de la vida de mi hijo.

Me enderecé al instante.

—Se equivoca.

—Desearía con todo mi corazón estar equivocada —admitió—. Pero sé que no es así. En cualquier momento se le puede cruzar un cable. Y, si aceptas un consejo, te diría que salieras corriendo y te pusieras a cubierto antes de que mi hijo explote como hizo su padre y te veas arrastrada por la corriente.

Atónita, me quedé boquiabierta ante la mujer que tenía delante y no pude hacer más que negar con la cabeza.

¿Cómo podía pensar eso sobre su hijo?

¿Cómo podía tener tan poca fe en él?

—Mire, de verdad que estoy intentando decirle algo diplomático, pero no me lo ha puesto fácil. —Mi cara no podía ocultar mi disgusto—. ¿Cómo puede decir eso sobre la sangre de su sangre? Se supone que es su madre.

—Claro que soy su madre —concedió hastiada—. Y por eso sé que va a acabar contigo. —Un escalofrío recorrió su delgado cuerpo—. Te arrancará el corazón, lo masticará y lo hará picadillo, desgarrándolo tira a tira hasta que no quede nada. Hasta que tú no seas nada. Acabará contigo porque es lo único que él ha conocido. En toda su vida.

—Él la quiere —espeté llorando lágrimas de desolación que me abrasaban los ojos por el chico que me hacía compañía por las noches—. Mucho, y usted echa pestes de él.

—Quiero a mi hijo, Aoife. De verdad. —Exhaló una nube de humo y le dio otra honda calada a su cigarro—. Tengo seis hijos y créeme si te digo

que los quiero a todos por igual. Pero solo hay uno de ellos que me asusta. Solo uno de mis hijos es la viva encarnación de su padre.

Horrorizada, negué con la cabeza.

—¿Por qué me dice esto?

Me miró a los ojos y me respondió:

—Porque a mí no me lo dijo nadie.

—He conseguido desatascar el retrete —interrumpió entonces Joey uniéndose de nuevo a nosotras—. Pero vas a necesitar que alguien le eche un ojo a esa cisterna y a las cañerías de detrás de la taza, mamá —siguió diciendo mientras se acercaba al fregadero de la cocina para lavarse las manos—. La fuga está peor que nunca y ha empezado a pudrir las láminas de parquet que hay bajo el suelo de linóleo del baño.

Cogió un bote de lavavajillas de marca blanca del poyete que había sobre el fregadero y se enjabonó las manos sin prestar atención a las advertencias que me estaba haciendo su madre.

—Si no lo arreglamos, el laminado de madera cederá, antes o después. —Se aclaró las manos, las sacudió y cogió un paño de cocina—. Podría intentar cambiar las cañerías de detrás, pero eso no sería más que un parche.

—Gracias, Joey, le diré a tu padre que le eche un vistazo esta tarde —contestó su madre.

—¿Por qué? —preguntó Joey a la defensiva—. No sabe una mierda de fontanería. Ya te he dicho cuál es el problema. Cuando cobre el viernes, te traeré las piezas.

—Y yo ya te he dicho que agradezco tu ayuda y que tu padre se encargará de todo cuando llegue a casa.

—¿Cuando llegue a casa? —soltó Joey con desdén tirando el paño al fregadero—. ¿Te refieres a cuando esté como una cuba y no se tenga de pie y venga con ganas de un cuerpo caliente al que follarse o al que pegar?

Plantándome junto a él, le deslicé una mano en la suya ofreciéndole el apoyo que necesitaba.

—Ya está bien, Joey —susurró la señora Lynch—, no quiero...

—Oír la verdad —completó esta la frase por ella resoplando—. Bueno, pues la vas a oír.

—Pelearme —lo corrigió su madre—. No quiero pelearme.

—¿Qué pasa? —dijo una dulce voz desde la puerta; al dirigir allí la mirada vi a Shannon—. ¿Todo bien, Joe?

—Todo genial, Shan —la tranquilizó enseguida—. Solo iba a...

—Enseñarme tu cuarto —solté incapaz de estar un segundo más en presencia de su madre, pero sin ninguna intención de salir corriendo, tal como le había prometido.

Sorprendido, Joey desvió la mirada hacia mí.

—¿Ah, sí?

Su madre miraba cómo él me miraba, y yo sentía que el rencor se acumulaba dentro de mí en su nombre.

—Sí. —Asintiendo con la cabeza, le apreté la mano y sonreí para que su madre supiera que sus palabras habían caído en saco roto. Solo iba a dejar a ese chico si me arrastraban lejos de él pataleando y gritando—. Así es.

Puse mucho empeño en ignorar diligentemente el deteriorado yeso de las paredes y el ruinoso estado general de la casa mientras seguía a Joey por las escaleras hasta su habitación. En cuanto se cerró la puerta, vi que introducía una llave en la cerradura.

—No preguntes —fue lo único que murmuró mientras arrastraba una cómoda por el cuarto y la colocaba delante de la puerta cerrada.

—Vale —convine con un hilo de voz observándolo de espaldas a mí con la cabeza inclinada hacia delante y las manos apoyadas sobre la cómoda.

—No debería haberte traído.

—Pues a mí me alegra que lo hicieras.

—Hay que ser realista, Molloy. —Todavía dándome la espalda, dejó escapar una exhalación de dolor—. Mi vida es un puto desastre.

Sí, eso era cierto.

No podía negárselo.

Todo lo relacionado con esa casa y con la gente que vivía dentro gritaba «desastre».

Aun así, opté por quedarme ahí, jugando con fuego y dispuesta a quemarme.

—Háblame —le propuse con calma—. Dime en qué estás pensando.

—Estoy enfadado —espetó todavía de espaldas—. Llevo un cabreo de la hostia, Molloy.

—¿Connmigo?

—Sí.

—¿Por hacer que me trajeras?

—Sí.

—¿Quieres que lo hablemos?

—No.

—¿Porque tienes miedo de explotar?

—Sí.

—Vale —repuse con tranquilidad—. Entonces puedes estar enfadado todo el tiempo que necesites.

«Porque yo no me voy a ningún sitio».

Sin decir una palabra, miré a mi alrededor, recorriendo con los ojos esa habitación tan meticulosamente limpia que alojaba un armario, una mesilla de noche, una cómoda y una litera metálica con dos camas abajo y una arriba.

Me obligué a ignorar algunos catres improvisados que había esparcidos por el suelo y posé la vista sobre el gigantesco equipo de música que descansaba en un rincón.

Rebusqué entre una pila de CD y esperé hasta que él estuviera listo para hablar conmigo.

Tardó otros cinco minutos.

—Odio que estés aquí —admitió rompiendo por fin el silencio.

—¿Por?

—Porque no quiero que me compadezcas.

«Vas tarde, ya lo hago».

—Genial —opté por decir—. Porque no lo hago.

—¿Qué estás haciendo?

—Poner algo de música. —Deslicé el disco que había elegido, el álbum *O* de Damien Rice, en el reproductor de CD y luego busqué en la lista de canciones que había en la parte posterior de la caja el número de la pista que quería reproducir—. «Delicate». —Le di al Play y después al botón de repetición, porque sabía que esa era justo la canción que quería que sonara cuando diera el siguiente paso.

—¿Música? ¿En serio? —Se dio la vuelta para fulminarme con la mirada—. ¿A qué estás jugando, Molloy? ¡Es bastante obvio que no vivo en una casa en la que se pueda pasar el rato y escuchar música!

—Ya lo sé. —Casi sin aliento, me agarré temblorosamente el bajo de la camiseta y me lo pasé por la cabeza—. No estoy jugando a nada, Joe. —Entonces me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador—. Lo juro.

—Entonces ¿qué...? —Movié la cabeza a un lado y a otro, y vi cómo los ojos se le llenaban de una tormentosa confusión—. ¿Qué haces?

—No te preocupes. —Me desabroché el botón de los vaqueros, me los bajé y los lancé hacia un lado con los pies junto con mis Converse falsas.

Los ojos le ardían y tenía las fosas nasales dilatadas.

—Molloy.

—No te preocupes —repetí bajándome lentamente el tanga hasta que cayó sobre el resto de mi ropa—. Quiero hacer esto.

Joey se quedó de hielo, como una estatua, contemplando cómo iba hacia su cama y me sentaba en la litera inferior.

—¿El qué?

—Quiero ser tuya —le dije con el corazón palpitante debido a los nervios de la expectación mientras me tumbaba desnuda en su cama—. Por completo.

—No. —Movi6 la cabeza hacia los lados r1pidamente y rechaz6 mi oferta—. No quieres hacerlo. Cr6eme. Y menos aqu6.

—Joey, s6 que quiero —le insist6—. Y tiene que ser aqu6.

Parec6a muy perdido cuando, de forma entrecortada pregunt6:

—¿Por qu6?

—Porque quiero que tengas alg6n buen recuerdo de esta casa.

—Molloy. —Por sus ojos cruz6 un destello de emoci6n—. No hace falta que hagas eso.

—Quiero perder la virginidad contigo, Joey —declar6 respirando con dificultad mientras mi pecho sub6a y bajaba a marchas forzadas—. Te la ofrezco aqu6, en esta cama, en esta casa, los dos solos.

—Ya te lo dije —me advirti6 con brusquedad pas1ndose una mano por el pelo—. La pr6xima vez que...

—La pr6xima vez que me supliques que te folle, no te voy a decir que no. —Solt6 un suspiro agitado—. S6, me qued6 claro, y aqu6 estoy. —Di unas palmaditas sobre el colch6n—. ¿Vas a cumplir tu promesa o te lo voy a tener que suplicar?

—No me jodas.

—No, Joe —jade6—. J6deme t6.

Le vi observarme; su mirada recorri6a mi cuerpo. Cuando clav6 sus ojos en los m6os, juro que vi c6mo algo cambiaba en su interior.

Elev6 los labios y me hizo un mill6n de preguntas silenciosas con los ojos. Respond6 a todas inclinando ligeramente la cabeza.

—Joder, Molloy.

Lo contempl6 mientras se llevaba una mano a la espalda y se quitaba la camisa, dejando al descubierto un vientre bronceado y tonificado, con la V m1s hermosa que hab6a visto jam1s marcada a la altura de las caderas y un

magnífico rastro de vello castaño que le desaparecía bajo la cintura. Llevaba los brazos tatuados con tinta negra permanente, más visible a simple vista que la marca perpetua que él había cincelado en mi interior.

Se me entrecortó la respiración cuando se llevó las manos al botón de los vaqueros, y, con los ojos entrecerrados, observé cómo se los bajaba y los hacía a un lado de una patada.

Tenía sus verdes ojos clavados en los míos mientras permanecía de pie frente a mí con unos bóxers grises que no lograban ocultar su abultada erección.

—Esta no es una de tus series de televisión. —Su tono dejaba entrever una acalorada advertencia mientras se acercaba hacia donde yo me encontraba—. Es la vida real, Molloy. —Sentí que el colchón se hundía cuando se instaló entre mis piernas—. Y en la vida real, las cosas duelen.

—Me parece bien. —Me pasé la lengua por los labios, me recosté sobre los codos y le di un beso en el cuello—. Quiero ese dolor.

Poniéndose de rodillas entre mis piernas, Joey me puso las manos sobre las curvas de las caderas y asintió con la cabeza.

—Puedo esperar —dijo.

—Creía que habías dicho que no ibas a intentar disuadirme.

—Ya, bueno, a lo mejor me parece lo suficientemente importante como para insistir —respondió con voz grave—. Lo digo en serio. Puedo esperar. No me supone ningún problema.

—Ya sé que puedes esperar —afirmé arqueando tanto la espalda que nuestros pechos quedaron alineados—. Pero no quiero que lo hagas.

—¿Estás segura?

—Sí. —Suspiré de manera entrecortada haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Te quiero a ti.

Acercó sus labios a los míos moviéndose con tanta seguridad que no pude hacer más que quedarme tumbada debajo de él, con el cuerpo encendido por una agitación ilícita derivada del hecho de que no era tan

ingenua como para pensar que tenerlo dentro no me iba a doler.

Pero deseaba que lo hiciera.

Lo deseaba a él.

Sus labios me recorrían por todas partes: el cuello, los pechos, el ombligo, entre las piernas... Despertaban en mí un familiar anhelo que solo había conocido con él. Le entregué mi cuerpo, confiándole lo único que aún me pertenecía, porque bien sabía Dios que mi corazón ya era suyo.

—No tengo nada —lo oí gruñir poco después mientras se arrodillaba entre mis temblorosos muslos y rebuscaba en su cartera—. ¡Joder! —Soltó un quejumbroso bramido y lanzó la cartera a la otra punta de la habitación mientras juraba como un marinero—. ¡Me cago en la puta, no podemos hacerlo! —Con expresión desolada, se sentó sobre sus talones y se miró la polla como si lo hubiera insultado personalmente—. Mierda.

—No pasa nada, Joe. Tomo la píldora —dije con suavidad cogiéndole la cara para atraerla de nuevo hacia la mía, desesperada por volver a sentir su piel—. No hay problema. Estoy protegida.

—Molloy. —Me observó con expresión vacilante. Dejó ir un trémulo suspiro y confesó—: Nunca lo he hecho sin condón.

—Mejor. —Como una incauta, le envolví los brazos alrededor del cuello y lo obligué a reclinarse conmigo hasta que mi espalda tocó el colchón—. Así esta también es tu primera vez en algo.

Mientras me besaba, sentí cómo me rodeaba el muslo con una mano y me lo colocaba alrededor de su cintura para instalarse más profundamente entre mis piernas.

Notaba cómo su durísima polla tanteaba mis húmedos pliegues mientras me follaba con la lengua. Entonces deslizó la mano entre nuestros cuerpos y guio su erección hasta mi entrada.

—Relájate, ¿vale? —me susurró Joey en los labios.

Y entonces se abrió paso hacia el interior de mi cuerpo con un fuerte empujón de sus caderas.

Y qué dolor...

Virgen del amor hermoso, fue una cosa insoportable.

Gritando contra sus labios, sentía el escozor de las lágrimas punzándome los ojos mientras todo mi cuerpo se ponía en tensión a causa de la enorme conmoción.

—No pasa nada —dijo en tono persuasivo reclamando mi boca con la suya una vez más mientras se quedaba totalmente inmóvil dentro de mí—. Ya está —susurró acariciándome con tanto cariño que sentí que me iba a ahogar en él—. Ya está, nena.

Refregó su nariz contra la mía y se inclinó un poco más para besarme una lágrima que me resbalaba por la mejilla. Inhalando de forma temblorosa, le rodeé el cuello con los brazos y me aferré a su enorme cuerpo con todo mi ser.

Poco a poco, el dolor empezó a remitir y la intensa presión disminuyó lo suficiente como para que él pudiera volver a moverse. Con las piernas abiertas, dejé que se enterrara en mi interior y el horrible dolor que había sentido hacía unos instantes se convirtió en un sordo latido.

Los quejidos se iban transformando en gemidos y, moviendo las manos salvajemente, tocaba su piel desnuda mientras él seguía incendiando mi interior con la más increíble oleada de calor.

—Fóllame —me oí gemir. Cada vez que él paraba, la llama se atenuaba y me llevaba al borde de la locura. No podía dejar de mover las caderas, y me agarraba a las suyas para atraerlo más hacia mí—. Joe, por favor...

—No supliques —soltó—. Estás tan apretada y te siento tan bien sin condón... Me está costando mucho no correrme, Molloy. Así que no me supliques.

Más allá de la cordura, lo agarré por la nuca y atraje su cara hacia mí.

—Ni se te ocurra correrme aún.

—Dios... —carraspeó hundiéndome la lengua en la boca mientras sacudía las caderas contra el interior de mis muslos y me ensanchaba hasta

causarme dolor.

Si a Joey Lynch no le salía bien lo del hurling, podía ser una magnífica estrella del porno.

Desde luego follaba como si lo fuera.

Deleitándome en las sensaciones que le provocaba a mi cuerpo, me sacudía y me estremecía debajo de él, con las piernas temblando de forma incontrolable mientras la familiar avalancha de placer amenazaba con arrastrarme.

—Me corro... —gemí temblando violentamente con todo el cuerpo en tensión cuando logró llevarme al límite.

Cerré los ojos, vibrando y sacudiéndome debajo de él mientras aumentaba el ritmo y me follaba con tanta fuerza que el cabecero de la cama martilleaba contra la pared de su cuarto.

—Me voy a correr —gruñó moviendo las caderas como un maniaco—. Dime si quieres que salga.

—Ni se te ocurra —gemí rodeándolo con mis brazos para agarrarle el culo y atraerlo aún más adentro—. Quédate dentro de mí.

—¿Estás segura...? ¡Aaah, joder! —Me invadió una oleada de calor mientras él profería el gruñido gutural más sexy que había oído jamás.

El hecho de saber que se estaba vaciando dentro de mí me produjo varias minirráfagas de placer.

—Joder... —Joey jadeaba sobre mí, respirando de forma agitada mientras miraba hacia abajo, hacia donde nuestros cuerpos seguían unidos—. ¿Estás bien? —Se apoyó pesadamente sobre un brazo mientras con la otra mano me retiraba el pelo de la cara—. ¿Todo bien, Molloy?

—Creo que sí. —Asentí levemente con la cabeza mientras mi cuerpo seguía estremeciéndose debajo de él—. ¿Tú estás bien?

—Sí. —Movió la cabeza arriba y abajo, se inclinó hacia mí y me besó—. Estoy bien.

Noté cómo se le volvía a poner dura dentro de mí y me tensé.

—Ni se te ocurra.

—Claro que no. —Se rio, todavía un poco sin aliento, mientras salía de mí con lentitud—. A veces pasa. No puedo evitarlo.

—Qué bonito —repliqué, y luego me puse a gimotear cuando me fijé en la sangre que cubría mis muslos, su polla y su vello púbico—. Eso no es para nada vergonzoso.

—Ufff. —Me brindó una sonrisa—. Nunca había desvirgado a nadie.

—Y nunca volverás a hacerlo —le advertí—. Una y no más, Lynch. Tu primera, última y única virgen. Acabas de hacer un juramento de sangre con la polla, compi.

—Eres rara de cojones. —Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Me encanta y quiero eso en mi vida.

—Quieres decir que me quieres —bromeé sonriéndole.

—Sí, Molloy. —Sus ojos brillaban de sinceridad cuando dijo—: Eso es justo lo que he querido decir.

«¡Por fin!».

3 DE OCTUBRE DE 2004

Si te hace feliz...

Joey

Le cogí la mano durante todo el trayecto desde mi urbanización hasta la suya. Era lo menos que podía hacer por ella, teniendo en cuenta lo mucho que le debía de haber costado derribar sus muros y dejarme entrar en su cuerpo.

Ella le quitaba importancia, pero las actividades extramaritales de Tony la habían dejado bien jodida a la hora de confiar en los hombres.

A veces, me gustaba el hecho de que pareciera estar igual de hecha polvo que yo.

Me hacía sentir un poco menos jodido.

Los escarceos amorosos de su padre fueron los que la disuadieron de acostarse con Ricey después de casi cuatro años de relación.

Y, en nuestro caso, ya hacía casi un año que estábamos juntos.

Joder, cómo pasaba el tiempo.

—Más despacio —protestó Molloy tirando de mi mano mientras cruzábamos el puente que había sobre el río que separaba su urbanización de la mía—. Es culpa tuya que camine como si me hubieran robado el caballo.

Me reí, porque, sinceramente, ¿qué otra cosa podía hacer?

—A mí no me hace gracia.

—¿Quieres que te lleve a cuestas?

—¿Y qué te parece si yo espero aquí mientras tú vas a mi casa a buscar el coche y luego vuelves a recogerme? —sugirió.

—Molloy. —Me reí entre dientes—. Ya casi hemos llegado.

—Ufff, vale —dijo cediendo con un bufido mientras me soltaba la mano y me la pasaba por la cintura para deslizarla en mi bolsillo del culo—. ¿Y qué planes tienes para tu cumpleaños? Solo faltan un par de meses, Joe. Puede parecer mucho tiempo, pero con todo el trabajo de proyectos y preparación de exámenes que tenemos en el insti de aquí a vacaciones de Navidad, deberíamos ir pensando algo.

—No hace falta —le advertí—. Porque no voy a celebrar ninguna fiesta ni gilipolleces por el estilo, así que ya puedes ir quitándotelo de la cabeza.

—Vale, nada de fiestas, pero ¿qué te parece si salimos con algunos amigos en Nochebuena?

—En Nochebuena tengo que estar en casa.

—¿Por? —preguntó anticipando la broma—. ¿Es que viene Papá Noel? Me reí.

—Muy graciosa.

—Escucha —dijo antes de zambullirse en una recargada digresión de planes e ideas que concluyó con una propuesta—: Y, después del pub, podemos ir a mi casa y dedicarnos a holgazanear todo el día. Por la noche, dormimos en tu casa y me aseguro de que estés bien arropadito en la cama para cuando llegue el señor Noel. Entonces, cuando te despiertes a la mañana siguiente, podemos celebrarlo con algo de sexo cumpleañosero, muy divertido y poco virginal.

—Es tentador.

—Pues cede a la tentación —me animó retorciéndose bajo mi brazo hasta pegarse contra mí—. Di que sí. —Batiendo sus largas pestañas, me sonrió dulcemente—. Porfa.

—Vale —contesté cediendo antes de añadir—: Si te hace feliz, Molloy...

Me cogió la cara y me besó, sin contar conmigo, sin darme otra alternativa que sentir su presencia y devolverle el beso.

—¿Lo ves? —Se separó de mis labios, me guiñó un ojo y me dio unos toquecitos sobre el pecho—. Sabía que le ibas a pillar el tranquillo a esto de ser novio de alguien.

—Mmm...

—Oye, Joe... Me alegro de haber esperado —susurró pasándome el brazo alrededor del cuello—. Contigo ha significado más.

¿Qué se supone que debía contestarle?

Ambos sabíamos que yo no podía decir lo mismo.

Dejando escapar una exhalación, opté por ir con la verdad por delante:

—Para mí no significó nada hasta que lo hice contigo.

—Ay —me vaciló—, eres un picaflor tan dulce...

Sonreí.

—Gracias.

18 DE OCTUBRE DE 2004

Sé perfectamente con quién estoy
hablando

Aoife

Ese día Joey no había ido al instituto.

Lo sabía porque lo había estado esperando bajo la lluvia durante mucho más tiempo del que hubiera sido normal.

Todas mis llamadas habían ido directas al buzón de voz, y no me daba vergüenza reconocer que estaba más que preocupada. Shannon tampoco había aparecido por el instituto, y eso ya me puso en estado de alerta máxima.

Sabía que su hermana estaba teniendo aún más problemas que de costumbre con algunas de las chicas del instituto. Aunque había ahuyentado a un grupo de esas pequeñas cabronas cuando las pillé metiéndose con ella en el baño, estaba claro que había una guerra abierta.

Cuando acabaron las clases, me metí en el coche y me fui directa a la urbanización Elk. El pecho me dolía y tenía un nudo en el estómago.

—Eres como un mal olor, no hay manera de que te vayas —me dijo su padre con desdén al abrir la puerta principal y clavar sus amenazantes ojos marrones sobre mí—. Vienes tanto por aquí que deberías empezar a pagarnos un puto alquiler.

«Menudo gilipollas».

Había ido a esa casa un total de tres veces, y solo me había encontrado con él una.

—Muy gracioso —repuse con frialdad—. Podría decir lo mismo de ti.
Entornó los ojos.

—¿Qué acabas de decir?

Mis manos estaban inquietas de las ganas que tenía de abalanzarme sobre él y vengar a mi novio.

Sin embargo, lo que hice fue brindarle una mirada de hielo.

—Nada, que estás aquí el tiempo suficiente como para contribuir de alguna manera. En vez de dejar que tu hijo adolescente cargue con el peso de todo.

—¡Vaya! Una putilla impertinente —masculló apretando la mano en la puerta—. ¿Con quién crees que estás hablando?

—Uy, sé perfectamente con quién estoy hablando —contesté como un resorte. Crucé los brazos sobre el pecho y le dejé bien claro que sobre mí no tenía ningún tipo de poder—. A ver, ¿está Joey en casa o no?

No sé qué vio en ese momento en mi cara, pero le hizo recular.

—No, está en la comisaría con la otra criaja.

—¿En la comisaría de la Gardaí? —Se me aceleró el corazón—. ¿Con quién? ¿Con Shannon?

Asintió una vez con la cabeza.

—Además, se está perdiendo un entrenamiento la hostia de importante por culpa de ella.

—¿Por qué? —Abrí los ojos como platos—. ¿Qué le ha pasado a Shannon?

—Unas chavalas le dieron una paliza cuando iba de camino al instituto.
—Lo dijo sin ninguna emoción, afecto o inquietud. Realmente su hija le importaba un comino. «Igual que el resto de sus hijos»—. Esa niña no ha hecho más que darle disgustos a su madre.

«No, ese has sido tú, gilipollas».

Sin molestarme en decir adiós, me di la vuelta y volví hacia donde había aparcado el coche.

—¡Oye! —me gritó—. ¡Si alguna vez te cansas de que te la meta mi chavalín, puedes dejar que su viejo te enseñe cómo se hace!

—¡No, gracias! —respondí, asimismo gritando, por encima del hombro negándome a mostrar ningún tipo de debilidad ni a estremecerme—. ¡Tu chavalín me tiene más que satisfecha!

—Calientapollas —murmuró detrás de mí.

Yo puse los ojos en blanco.

—Cabrón de mierda.

18 DE OCTUBRE DE 2004

¿Crees que ahora me dejarán en paz?

Joey

—¿Cómo te encuentras, Shan? —pregunté mientras me sentaba frente a mi hermana en el restaurante de comida rápida y veía cómo jugueteaba con la misma patata frita que hacía diez minutos—. ¿Mejor?

—Estoy bien, Joey —respondió con una voz apenas más alta que un susurro.

Se le ponían los ojos vidriosos cuando entraba y salía de sus pensamientos.

Había vuelto a dejar de comer, y me aterrorizaba de cojones pensar que la cosa podía llegar hasta un punto del que ella no fuera capaz de volver. Yo ya tenía el culo pelado de caerme al pozo de la mierda, y no quería eso para mi hermana.

—Cómete otras cinco patatas —le indiqué en tono persuasivo acercándole la bandeja—. Y ya no te pediré que comas más.

—No soy anoréxica, Joe —contestó débilmente metiéndose el pelo detrás de las orejas—. Es solo que... yo... —Lanzó un vibrante suspiro antes de susurrar—: No estoy bien.

Sí, sabía lo que se sentía.

Cuando yo no estaba bien, me automedicaba. Cuando mi hermana no estaba bien, dejaba de comer hasta casi matarse de hambre. Para ella, su

reacción ante el estrés era tan real como la mía lo era para mí. Pero eso no hacía que me resultara más fácil quedarme sentado sin hacer nada, sobre todo cuando algo en mi interior me exigía firmemente que arreglara las cosas.

«Que la arreglara a ella».

No podía culparla por sentir lo que sentía.

Esa mañana, mientras iba de camino al instituto, Ciara Maloney y Hannah Daly la habían asaltado. Yo no iba con ella porque me había quedado atrás fumando con algunos tíos del barrio. En mi vida me había sentido tan inútil como cuando por fin la alcancé y vi cómo la atacaban.

La acusaban de estar con el chico de Ciara.

«Shannon».

La misma Shannon que nunca había sido capaz ni de hacerle ojitos a nadie del sexo opuesto... ¿Cómo iba a robarle el novio a alguien? Iba más allá de lo absurdo y lo peor era que yo no podía pegar a esas chicas para quitárselas de encima.

No podía hacer una mierda, porque por mucho que estuviera dispuesto a devolverles el favor a sus hermanos y novios, ellos no estaban allí en ese momento, y yo antes me cortaría las venas que ponerle las manos encima a una mujer.

El caso es que esas cabronas lo sabían, así que lo único que podía hacer yo era arrastrar a Shannon lejos de ellas y proteger su cuerpecito con el mío.

—¿Crees que ahora me dejarán en paz? —preguntó dándole por fin un mordisco a una patata frita—. ¿Crees que todo acabará, ahora que hemos dado parte a la Gardaí?

No, no creía que nada fuera a acabar, pero desde luego no iba a decirle eso a mi frágil hermanita.

—Claro, Shan. —Ofreciéndole una reconfortante sonrisa, le di un bocado a la hamburguesa que ella había dejado intacta—. La Gardaí va a ir a la casa de Ciara y le va a echar una buena bronca. —«Aunque no va a funcionar,

igual que la última vez»—. Todo va a ir mejor. Te lo prometo.

En cuanto pronuncié las palabras «te lo prometo», Shannon me sonrió, y supe que había alimentado ese demonio de inseguridad que vivía en ella lo suficiente para mantenerlo a raya durante un tiempo.

—Háblame de otra cosa —me pidió entonces comiéndose otra patata—. De algo que no sea deprimente.

«Todo nuestro mundo no era más que una gran depresión».

—¿De qué, Shan?

—De tu novia —contestó con una sonrisa cómplice—. Aoife.

—Aoife —murmuré tragándome otro bocado de la hamburguesa—. ¿Qué quieres saber?

—Es muy guapa, Joe.

—Sí, lo sé, Shan.

—Pero despampanante de verdad —insistió—. Los chicos de tercero siempre están hablando de ella.

—Los chicos de tercero tienen buen gusto.

—¿Cuánto hace que estáis juntos?

—Unos meses.

—¿Y va en serio?

—Define «serio».

—¿No estáis con nadie más?

—No.

—Entonces ¿no hay otras chicas por ahí?

—No —dije negando con la cabeza—. No hay otras chicas.

—Vaya, Joe. —Movié las cejas arriba y abajo—. ¡Podría parecer que estás enamoraado!

—Lo estoy.

—Ay, Dios. —Abrió los ojos como platos—. Esperaba más bien que lo negaras.

—No tendría sentido. —Se encogió de hombros—. La quiero. Es lo que

hay.

—¿Y eso cómo es?

—¿Cómo es el qué, Shan?

—Estar enamorado. —Lanzó un suspiro y apoyó la barbilla sobre su manita, ya totalmente metida en la conversación—. ¿Qué se siente?

Arqueeé una ceja.

—De entre todas las cosas de las que podríamos hablar, ¿tú quieres hablar de sentimientos?

—Por favor —me rogó—. Dame ese gusto.

—Vale. —Revolviéndome de incomodidad, le di un sorbo a mi Coca-Cola mientras pensaba la respuesta—. Es doloroso.

Los ojos se le salieron de las órbitas.

—¿Doloroso?

—Sí —afirmé asintiendo con la cabeza—. Pero es ese tipo de dolor que merece la pena sentir, ¿sabes?

Soltó una exhalación.

—¿En serio?

—Es como si supieras que estás a punto de quedarte con el culo al aire exponiéndote ante esa persona, y sabes que andas haciendo el tonto con algo que podría hundirte y destrozarte, pero es tan emocionante, tan inconteniblemente adictivo que estás dispuesto a arriesgarte y hacer lo que sea para estar con ella.

—Buah —exclamó en tono soñador—. Eso es una pasada, Joe.

—La verdad es que es bastante horrible —reconocí con sequedad—. Deberías intentar evitarlo como si fuera la peste.

Shannon se rio y luego preguntó:

—Entonces ¿Aoife es la razón... —Carraspeando, bajó mucho la voz para decir—: por la que decidiste... bueno... ya sabes... —Ahuecó las manos alrededor de la boca y susurró—: no ir con Shane Holland y aquellos otros chicos?

«Definitivamente, ella es la razón por la que me he vuelto tan bueno ocultándolo».

—Sí, Shan —dije sintiéndome como una mierda—. Es por ella.

31 DE OCTUBRE DE 2004

Quédate conmigo

Aoife

Era la noche de Halloween y, después de hacerle compañía a Joe mientras llevaba a sus hermanos pequeños a hacer el truco o trato, nos habíamos pasado el resto de la noche en el bar Biddies, tomando chupitos y pasándolo bien con nuestros amigos.

Llevar disfraz había sido opcional, pero no me cabía la menor duda de que el traje de enfermera guarrilla que me había puesto había tenido mucho que ver con nuestro estado actual. Borracha de alcohol, amor y el maravilloso sabor de su lengua en mi boca, lo besé con todo mi ser mientras nuestros cuerpos se unían hasta formar un cúmulo difuso sobre su cama.

Siempre pasaba lo mismo cuando nos liábamos. Acabábamos peleándonos o follando.

Y yo estaba más que dispuesta a hacer ambas cosas.

Gimiendo estrepitosamente, nos rasgamos y nos arrancamos la ropa el uno al otro hasta que estuvimos desnudos y él se había hundido en mí hasta el fondo.

—Joder, Molloy. Te deseo tanto que no veo ni lo que hago.

Seguramente lo que le impedía ver bien era el vodka, pero entendí lo que quería decir aunque estuviera demasiado borracho para expresarlo con claridad.

—Dame duro —susurré mordiéndole el labio con fuerza; necesitaba que esa noche fuera brusco conmigo—. Quiero que me folles a saco.

Atrás quedaban los días de suaves caricias y nerviosas posturas del misionero en las que yo me tumbaba debajo de él y rezaba para que su enorme pollón no me partiera en dos.

Ahora mi novio había estado dentro de mí las veces suficientes como para que yo supiera exactamente lo que quería, y él siempre estaba al cien por cien dispuesto a complacerme.

Joey apoyó una de mis piernas sobre su hombro con un brazo y con la mano libre me agarró por la cadera y me folló tan rápido y con tanta furia que el ya característico sonido de mi cabeza impactando contra el cabecero, que acabó soltándose de la pared, inundó la habitación.

Extendí la mano y me agarré a las sábanas para encontrar algo a lo que aferrarme mientras el calor invadía mi cuerpo.

—¡Quiero que esa puta se vaya de aquí!

Me quedé sin aire al oír esa voz familiar bramando desde el otro lado de la puerta.

—¡Quiero a esa zorra fuera de mi casa!

«Pum, pum pum».

—¿Me oyes, chaval?

«¡Pum!».

—¡Saca a esa puta de mi casa!

De repente, todos los músculos del cuerpo de Joey se tensaron, y enseguida salió de mí. Se echó hacia atrás y se sentó sobre sus talones con las manos apoyadas sobre mis caderas desnudas. Tenía el pecho agitado y la cara hinchada y magullada de la última vez que se habían peleado.

—Ignóralo —le supliqué más por su bien que por el mío—. Joe.

—No puedo —farfulló negando con la cabeza—. No puedo oírlo decir eso. —La voz se le quebró y tuvo que inhalar varias veces—. Lo voy a matar.

—No. —Respirando con dificultad, me senté y lo cogí por el cuello con ambas manos—. No pasa nada. —Arrastrando su tonificado cuerpo hacia el mío, le sujeté el rostro con las manos e hice que me mirara—. Tú concéntrate en nosotros.

—Molloy. —Temblando, negó con la cabeza y se apoyó sobre un codo—. No puedo dejar que diga eso sobre ti.

—No me importa —me apresuré a decir para tranquilizarlo—. Que le den por culo. Me importa un huevo lo que piense de mí.

—Pero yo...

—Quédate aquí, Joe —le supliqué atrapándolo con fuerza entre mis piernas, desesperada por mantenerlo a mi lado. Sabía lo que ocurriría si abandonaba la habitación y mi corazón no iba a poder soportarlo.

Deslicé una mano entre nuestros cuerpos y le acaricié lentamente la polla antes de llevarla de nuevo dentro de mí.

—No pasa nada. —Empujando las caderas hacia arriba, usé mi cuerpo para mantenerlo a él a salvo—. Quédate conmigo.

Se aferró a mi cadera con una mano y tiró de mí para apretarme contra él.

Su cuerpo era tan cálido...

Olía tan bien...

—¡Saca a esa zorra de mi casa, desgraciado!

Lanzando una exhalación llena de dolor, Joey cerró los ojos y enterró su cara en mi cuello.

—Aoife...

—Te quiero, Joey Lynch —susurré acunando su rostro en mi cuello mientras él entraba y salía de mí moviendo las caderas a un ritmo casi frenético—. Te quiero muchísimo.

El corazón se me partió en dos cuando sentí la primera lágrima sobre la clavícula, seguida de otra y de otra más. No había dejado de moverse dentro de mí ni de hacerme lo que necesitaba, pero estaba hecho pedazos.

Y a mí me aterrorizaba no ser capaz de arreglarlo.

30 DE NOVIEMBRE DE 2004

Un abandono y un paso al frente

Joey

—Mamá.

De pie en la puerta de su dormitorio, me aguanté las ganas de ir hacia ella, darle la vuelta al colchón y obligarla a salir de la puta cama.

Por algún tipo de gracia divina, el viejo había dejado a mi madre hacía tres noches. Anunció que a él ya se la traía floja si ardíamos en las llamas del infierno, porque había encontrado una mujer de verdad.

Si hubiera podido hacerle la maleta y acompañarlo hasta la puerta, lo habría hecho. Pero había estado ocupado recogiendo a mi madre del suelo de la cocina. Poco después se había metido en la cama y desde entonces no había salido de ella.

—Tienes que levantarte —le indiqué—. He enviado a los demás al colegio, pero Sean está abajo. La tata está en Beara con la tía Alice, así que no puede quedarse con él, y yo no puedo faltar al instituto otra vez. —Ya había faltado el día anterior—. Por favor, mamá.

Nada.

—Tengo que organizar mi proyecto para la clase de Construcción.

Ni un pestañeo.

—La nota cuenta más del cincuenta por ciento para el examen final.

Silencio.

—¡Mamá! —dije más alto con la esperanza de que se produjera algún pequeño milagro que me permitiera llegar hasta ella... donde coño fuera que se encontrara dentro de esa puta cabeza suya—. Estás mejor sin él. ¿Me oyes? Mucho mejor. Deja que se vaya con esa camarera de la ciudad. Ahora ese hombre es problema de ella.

Dejé ir un gruñido de frustración al ver que ni se había inmutado, entré en la habitación que más odiaba de la casa y obligué a mis piernas a caminar hacia la cama.

—Mamá.

Me agaché delante de ella y le di unas palmaditas en su mano sin vida.

Nada.

Unos ojos azules muertos que miraban al infinito.

Sabía que estaba viva.

Veía cómo le subía y le bajaba el pecho, pero ese era el único indicio.

Aparte de eso, no era más que un zombi venido a más.

—Mamá, por favor. —Con voz más suave, me acerqué y le metí el pelo detrás de la oreja—. Tienes que levantarte.

Le resbaló una solitaria lágrima por la mejilla. Esa fue la única respuesta que me dio para decirme que me oía.

—Vale, mamá. —Suspirando pesadamente, tiré de la sábana por encima de sus frágiles hombros para que no se enfriara y luego me dirigí hacia la puerta—. Me quedaré en casa y me ocuparé de Sean.

—¿Cómo está? —fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Shannon cuando cruzó la puerta principal después del instituto—. ¿Se ha levantado?

—He oído tirar de la cadena un par de veces, pero eso es todo —dije por encima del hombro mientras trataba de evitar que la carne picada de la sartén se quemara, tras cometer el poco frecuente error de olvidar que la había dejado al fuego—. Mierda, joder, mierda.

—Vaya vocabulario —se burló Tadhg desde la mesa de la cocina—. ¿También tengo que aprender a deletrear esas palabras, Joe?

—Concéntrate más en los deberes y menos en el sarcasmo —repliqué mirando a mi hermana para que viniera a salvarme.

Sonriendo, Shannon se acercó a los fogones y me apartó con el codo.

—¿Quieres que te eche una mano, Joe?

—Por favor. —Me eché el paño de cocina manchado de espaguetis al hombro, levanté al niño, convencido de que estaba contemplando la idea de cagarse en los pantalones, y me dirigí hacia su váter personal—. ¿Tiene Seany cacas para Joe?

—No cacas, *o-ui*.

«Mentirosillo».

—Tú prueba a ver —le ordené dejándolo frente al orinal en el lavadero—. Buen chico.

—Oye, Joe. ¡¿Qué es un *clic-o-lis*?! —gritó Ollie desde el otro lado de la mesa de la cocina.

—¿Qué coño...? —Atónito, fui a toda prisa hacia el libro que tenía abierto delante—. ¿Dónde has visto esa palabra, Ollie?

—No la he visto —admitió con inocencia y sonriéndome—. La he oído.

«Madre de Dios».

—¿Dónde has oído eso, Ols?

—En una charla de educación sexual del cole.

«¿¿Qué cojones dices??».

Miré a Shannon en busca de ayuda, pero se había puesto más roja que la boloñesa que removía.

Desconcertado, me volví hacia Tadhg.

—¿Qué es eso que dice de educación sexual?

Tadhg se encogió de hombros.

—Ni idea, Joe. Yo he estado fuera con el equipo de hurling del cole —dijo sonriendo orgulloso—. Ganamos, y yo marqué dos goles.

—Genial. —Acepté chocarle los cinco y rápidamente volví a centrarme en el engendro número cinco—. Vas a cuarto, Ollie. De primaria. No necesitas que te den ninguna clase sobre educación sexual.

—Es *om-bligo-to-rio*.

—«Obligatorio», melón —farfulló Tadhg.

Por Dios, tenía que llevar a ese crío a un logopeda.

—Voy a tener que llamar a vuestro colegio —les dije a los dos—. Eres muy pequeño para aprender ese tipo de cosas.

—Pero ¿qué es, Joe?

—¿El qué?

—Un *clic-o-lis*.

Shannon se atragantó con su propia saliva detrás de mí.

—Bueno... eh... como dice la propia palabra, es algo en lo que haces clic —murmuré sin tener ni idea de lo que debía hacer ni de cómo manejar el tipo de preguntas que esos niños no dejaban de hacerme.

—¿Como un botón?

Asentí con la cabeza.

—Sí, exacto.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—El *clic-o-lis*, tonto —respondió Ollie antes de fruncir el ceño—. El profe dice que solo las niñas tienen *clic-o-lis*, pero eso no es justo, ¿a que no, Joe? ¿Por qué ellas pueden tener un botón secreto y nosotros no?

—¡*O-ui*, cacas! —chilló Sean desde el lavadero.

Nunca había sentido tanto alivio por tener que limpiar mierda como en ese momento.

—¡Voy, Seany! —grité antes de decir—: Ols, retomaremos esta conversación cuando llegues a la adolescencia.

10 DE DICIEMBRE DE 2004

Llamadas a casa y altercados domésticos

Aoife

Estar enamorada de alguien empeinado en autodestruirse era vivir en la más absoluta desolación. Me sentía increíblemente desamparada mientras veía cómo mi novio enterraba sus secretos con una mentira tras otra.

Deseaba salvarlo.

Era como si lo viera ahogarse. Como si le tendiera mi mano con desesperación, pero su orgullo fuera tan poderoso que prefería hundirse hasta el fondo antes que dejar que yo tirara de él para ponerlo a salvo.

No estaba limpio. Eso lo tenía claro. No lo había estado desde el día después de Halloween, que fue cuando tomé la fatídica decisión de admitir ante él que su padre se me había vuelto a insinuar. Ese día vi cómo se le iba el brillo de los ojos, y nada de lo que había podido hacer o decir a partir de ese momento había conseguido reavivar esa chispa.

Se lo veía en la cara todos los días.

Poco a poco fue volviendo a las viejas costumbres, y a mí me daba miedo oponerme a su comportamiento por si lo empeoraba.

Por si él empeoraba.

Tenía tanto miedo de que acabara muerto en alguna cuneta que, con todo el dolor de mi corazón, me encontré haciendo la vista gorda cuando volvió de comer con la mirada perdida y los ojos inyectados en sangre.

Pero había dos cosas de las que estaba completamente segura respecto a Joey.

La primera: no era raro que se saltara uno o dos días de clase.

La segunda: en lo referente a su trabajo en el taller, su comportamiento era todo lo contrario.

No es que fuera raro que faltara a trabajar, es que sus antecedentes eran prácticamente inexistentes.

Esos fueron los motivos que me llevaron a preocuparme increíblemente por el hecho de que llevara casi dos semanas enteras faltando tanto al instituto como al trabajo.

Para ser justos, me había contestado todos los mensajes y me llamaba todas las noches para charlar un rato, engatusándome con la excusa de que sus faltas se debían a asuntos familiares y diciéndome que no tenía nada de lo que preocuparme.

Pero claro que me preocupaba.

Tenía la sensación de que eso era lo único que hacía últimamente. El hecho de que se negara a quedar o a que yo fuera a su casa me había inquietado hasta el punto de quedar ofuscada por el pánico.

Por eso, cuando faltó a clase por segundo viernes consecutivo, me fui en coche hasta su casa en cuanto acabé mi turno en el trabajo. Necesitaba ver con mis propios ojos lo que me había estado asegurando cada noche por teléfono: que la situación no se le había ido de las manos tanto como el septiembre anterior.

Lo que no esperaba encontrarme al llegar era un coche de la Gardaí.

El pánico se apoderó de mí al instante. Aparqué a toda prisa en el arcén y salí del vehículo.

—¿Qué pasa? —le pregunté a un grupo de mujeres en bata que fumaban cigarrillos junto a la tapia—. ¿Qué ha ocurrido?

—Un altercado doméstico, al parecer —respondió una de ellas.

—Nada nuevo en esa casa.

—Pobres criaturas, que Dios las asista.

—El chaval de Marie ha vuelto a ir por el mal camino —añadió la primera—. Me da pena, porque sería un buen chico si fuera capaz de contener ese genio.

—¿Quién? —Abrí los ojos horrorizada—. ¿Joey?

En ese preciso instante, la Gardaí salía de la casa con mi novio esposado.

—¡Ay, qué pena! —exclamó una de las mujeres con un gran suspiro—. Pobre criatura.

—¡Joe! —Sintiendo que me habían cortado la tráquea, salí corriendo hacia él—. ¿Estás bien?

Era evidente que no.

Tenía toda la cara hinchada como un balón y le chorreaba sangre de la nariz, que claramente estaba rota. Los nudillos de sus manos esposadas estaban despellejados y de ellos brotaba aún más sangre.

—Molloy —dijo cuando se dio cuenta de que corría hacia él—. ¿Qué haces aquí?

—¡Joe! —Esquivando a un Garda y evitando a otro, no me detuve hasta arrojarme contra su pecho y envolverle los brazos con fuerza alrededor del cuello—. Dios mío, Joe.

—Todo está genial —se apresuró a decir para calmarme—. No hay problema, nena.

—Aléjese —ordenó una Garda arrancándome de él a la fuerza.

—¡No te preocupes, Molloy! —gritó Joey por encima del hombro mientras lo acompañaban al asiento de atrás del coche patrulla—. Luego te llamo.

Vacilante, observé por segunda vez con impotencia cómo la Gardaí se alejaba con él esposado.

—¿Qué coño ha pasado? —chillé furiosa, pero los Gardas que quedaban por allí me ignoraron por completo mientras salían del jardín—. Bueno, ¿qué?

Con el rabillo del ojo, vi una cara familiar, y el corazón me dio un vuelco.

—Vaya, pero si es la joven Aoife... —dijo Jerry Rice acercándose lentamente hacia mí—. Hacía tiempo que no te veía. —Señaló a su alrededor antes de añadir—: Así que ahora te entretienes por aquí.

Sabía que era una indirecta. Y también que si abría la boca y le contestaba, lo único que conseguiría sería perjudicar a Joey a largo plazo.

—Ese chaval con el que andas no es trigo limpio —continuó diciendo—. Ha atacado a su padre, eso es lo que ha pasado. Ha dejado al pobre hombre hecho un cristo. —Suspiró profundamente—. Harías bien en cortar por lo sano con esa sabandija.

Haciendo acopio de una cantidad desorbitada de autocontrol, sonreí con educación al padre de alto rango de la Gardaí de mi exnovio, me di la vuelta y me fui derecha a la puerta principal de la casa de Joey.

No llamé.

Fue muy insensato por mi parte, pero entré sin que me invitaran.

No estaba segura de lo que esperaba ver, pero solo la cantidad de sangre que había en el suelo del cuarto de estar me hizo poner los pies en la tierra.

—¿Aoife? —Sorbiéndose la nariz, Shannon se levantó del sofá a trompicones y se abalanzó sobre mí.

—Hey —exclamé en tono tranquilizador cuando me rodeó con sus bracitos—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Se fue —gimoteó—. Llevaba f-fuera casi d-dos semanas. Hasta esta noche. V-volvió y se e-enzarzaron en una p-pelea brutal.

—¿Tu padre y Joey?

Cerró los ojos y asintió con la cabeza contra mi cuerpo.

—F-fue horrible. La p-peor que han tenido.

Eché un vistazo por la habitación y me fijé en la mesita de centro rota y en los cristales y adornos hechos añicos. Había un árbol de Navidad estampado contra el televisor y bolitas de colores desparramadas por todas

partes.

—Los vecinos los ha-habrán oído y habrán llamado a la Gardaí, porque han venido y han d-detenido a mi hermano.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué se han llevado a Joey?

—Porque fue él qu-quien ganó —lloriqueó Shannon aferrándose a mí como si yo pudiera arreglar lo que había sucedido—. Por fin es m-más fuerte que p-apá.

—¿Y dónde está tu padre?

—Ha ido al m-médico.

—¿Y los niños y tu madre?

—Los n-niños están con la vecina de al lado, Fran —contestó sollozando—. Y mamá... se ha ido con p-apá.

—¿Cómo? —La sorpresa me hizo levantar las cejas—. ¿Y qué pasa con Joey?

Shannon se encogió de hombros y se puso a llorar con más intensidad.

—No quiero que v-vaya a la c-cárcel, Aoife.

—No va a ir a la cárcel —le aseguré enseguida—. Ahora mismo voy a la comisaría y lo arreglo todo.

—¡No p-puedes! —gritó abrazándome con más fuerza—. No s-se lo puedes d-decir a n-nadie.

—No pienso dejar que se meta en problemas por algo que hizo tu padre.

—¡No, no, no, por favor, por favor! —me rogó prácticamente gritando; luego se soltó de golpe y se agarró el pelo con las manos—. ¡No lo cuentes!

—Vale, vale —la calmé—. No diré nada hasta que hable con tu hermano.

—Ayúdalo, Aoife —me pidió con las manos aferradas a su propio cuello—. Está solo en el m-mundo.

—No es verdad —repuse en tono entrecortado mientras me dirigía a toda prisa hacia la puerta con un único destino en mente—. Me tiene a mí.

11 DE DICIEMBRE DE 2004

Se acabó lo que se daba, Lynch

Joey

Pasaba de las nueve de la mañana del día siguiente cuando me dejaron salir de la comisaría de la Gardaí, con lo que la noche anterior se había convertido en una de mis visitas más largas al calabozo. Un crudo anticipo de lo que ocurriría una vez que cumpliera los dieciocho a finales de mes.

«Se acabó lo que se daba, Lynch».

«Este es el último aviso».

Completamente exhausto, estiré mis rígidos miembros y traspasé la puerta de la comisaría, pero me detuve en lo alto de los escalones de piedra al posar los ojos sobre una rubia agazapada bajo un abrigo que dormía un sueño profundo.

—¿Molloy? —Me inundó la preocupación—. ¿Has pasado aquí la noche?

Abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor con aire somnoliento antes de detenerse en mi cara.

—Joe. —Su expresión se llenó de alivio mientras se levantaba rápidamente del escalón y corría hacia mí—. ¡Ay, gracias a Dios! —Me rodeó con los brazos, me estrujó contra ella y luego se echó hacia atrás para darme un manotazo en el pecho—. Vas a tener que explicarme muchas cosas.

—Mira quién fue a hablar —refunfuñé sujetándola por los hombros para poder verle bien la cara—. ¿En qué coño estabas pensando para quedarte aquí toda la noche, Molloy? Estamos en pleno invierno.

—No me dejaban hablar contigo —espetó—. Y no me iba a ir a ningún sitio hasta que lo hiciera. —Lanzó otro vibrante suspiro y me atrajo hacia ella para darme otro abrazo—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te han dicho? ¿De qué se te acusa?

—Todo va bien. —Le deslicé un brazo sobre los hombros y la alejé de la comisaría; sentía la necesidad de poner distancia entre esa chica y mis errores—. Deja de preocuparte.

—¿Que deje de preocuparme? He estado más que preocupada, Joe. Por Dios, me siento como si no hubiera podido volver a respirar hasta este mismo momento. —Con el brazo alrededor de mi cintura, me metió la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros y se reclinó hacia mí—. ¿Qué ha pasado?

Pensé en contarle las mismas soplapolleces que a la Gardaí, pero respetaba demasiado a esa chica y había demasiados sentimientos por medio como para decirle cualquier cosa que no fuera la verdad.

—Dejó a mamá hace un par de semanas por una camarera de la ciudad con la que lo había pillado tonteando —me oí contar, algo desconcertado por lo fácil que me resultaba serle sincero.

No me pasaba a menudo.

Joder, no me había pasado nunca.

Con nadie más.

Solo con ella.

«En toda mi vida, únicamente con ella».

—Mamá se quedó hecha un trapo cuando él se fue y no quería ni salir de la cama. —Hice una mueca al recordar mi intento por alimentarla dándole un cuenco de sopa instantánea barata a cucharadas—. Esa es la mierda familiar con la que te dije que tenía que lidiar. —Encogiéndome de

hombros, añadí—: No podía dejar a Sean con ella. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a darle de comer. Así que me tomé unos días libres para cuidar el fuerte mientras mi madre procesaba lo que cojones necesitara procesar.

—¿Y anoche?

—Anoche, papá decidió que se había cansado de su camarera y volvió a casa, imponiendo sus propias leyes y apestando a whisky. —Me puse tenso tan solo con recordar la calma con la que había entrado por la puerta, como si su presencia fuera un puto regalo de Dios—. Y la cosa se puso fea.

—¿Cómo de fea?

Lo suficiente como para que mamá, que había logrado salir a rastras de la cama y recomponerse ese mismo día, cometiera el error casi mortal de decirle que diera media vuelta y se largara.

—Le pegó a mi madre —me oí gruñir—. Así que yo le pegué a él.

—¿Le pegó a tu madre?

—Sí. —Asentí con la cabeza de forma inexpresiva—. Y eso que el cabrón siempre había sido lo suficientemente listo como para hacerle daño en sitios en los que no se veían las marcas.

—Dios, Joe...

—Yo ni siquiera sabía que iba a volver. Estaba arriba, en mi cuarto, cuando la oí gritar mi nombre, así que bajé corriendo. Al bajar la escalera vi que le daba una bofetada a mi hermana, que intentaba alejarlo de nuestra madre. Ya has visto lo pequeña que es. Cayó al suelo como un saco de patatas. Ahí fue cuando perdí los papeles y fui a por él... —Me encogí de hombros y agregué—: Y aquí estamos...

—Aquí estamos —repitió ella con tristeza—. Tu pobre cara...

—Él ha salido peor parado... —le aseguré enseguida.

Esa era la única parte de toda esa puta historia que me había dado algo de calor por la noche. Lo había vencido. Por fin, después de dieciocho años de tragarme su mierda, era él quien debía protegerse de mí.

Tuvo suerte de que los vecinos llamaran a la Gardaí por el escándalo que

estábamos armando, porque si no hubiera venido y me hubiera arrancado de él, ahora estaría acusado de homicidio.

Molloy ahogó un rápido suspiro.

—¿Y qué ha dicho la Gardaí?

—Solo me ha dado el tirón de orejas habitual y un aviso. Han llamado a un trabajador social especializado en emergencias y al funcionario de enlace juvenil. La misma mierda de siempre.

—¿Eso qué quiere decir? —Sus ojos reflejaban una enorme preocupación—. ¿Se los...? ¿Se os van a llevar?

—No, no, todo va genial —le aseguré—. Estoy acostumbrado a que vengan trabajadores sociales. Puedo solucionarlo.

—Bueno, espero que les hayas contado todo, Joe —rezongué—. Porque esto no puede volver a pasar.

Como no le contesté, porque no podía darle la respuesta que ella quería, se volvió loca.

—¡Joder, por Dios! —gritó dándome un empujón en el pecho para alejarse de mí—. ¿Por qué no les has dicho la verdad?

«¡Porque no puedo!».

—No es asunto tuyo, Molloy.

—Pero ¡tú sí que eres asunto mío!

—No hay ningún problema —dije intentando tranquilizarla—. Todo va a ir bien. Redactarán los informes de siempre, enviarán a revisar la casa a los de siempre y mamá les colará las mismas imbecilidades de siempre. En pocas semanas todo habrá caído en el olvido.

—¿Cómo?

Confundido, la miré y le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo puede caer en el olvido algo así? —La rabia hacía centellear sus preciosos ojos verdes—. Te ha pegado, Joey. ¡Eres su hijo y te ha roto la puta nariz! Le ha pegado a tu madre. Le ha dado una bofetada a tu hermana.

¡Y a Tadhg! —Ahogó un sollozo—. Le hizo daño no hace mucho. No es normal, ¿vale? Contrariamente a cualquier estupidez de mierda que tus padres te hayan metido en la cabeza, eso no pasa en el resto de los hogares. Así que no me vengas con que todo va a ir bien.

—Pues es así, ¿vale? —solté con la sensación de que mis paredes protectoras volvían a alzarse rápidamente a mi alrededor—. Joder.

—¡Y una mierda! —gritó girándose hacia la comisaría de la Gardaí—. Te están usando como cabeza de turco por los delitos de tu padre. Tu madre te ha tirado a los pies de los caballos para salvar el pellejo del maltratador de su marido. Ella es la que debería haber estado aquí contigo anoche, arreglando todo esto y explicándoles que habían detenido a quien no era. Pero no, estaba con él, maquinando cómo contarle al mundo que su hijo tiene problemas para controlar la ira, algo totalmente alejado de la realidad. Tú no has provocado esto, ha sido él, y no pienso quedarme aquí sentada viendo cómo te echan la culpa de todo.

—Aoife. —Levanté una mano en señal de advertencia; tenía la sensación de que acababa de apuñalarme en el pecho y en la espalda—. Si le cuentas algo de esto a la Gardaí, te juro por Dios que no te vuelvo a hablar.

Se quedó boquiabierta.

—Pero ¡intento protegerte!

—Dijiste que no lo harías —le recordé. Por eso me había abierto a ella—. ¡Me lo prometiste, joder!

—Bueno, pues algo tengo que hacer, Joey —dijo con voz entrecortada—. No puedo verte pasar por esto. ¡Te quiero!

—¡Pues deja de quererme! —le rugí en respuesta—. Si eso implica traicionar mi confianza, entonces ¡no te molestes! No quiero ni que me quieras ni que te metas en esto. Puedo ocuparme de mis mierdas.

—Joey.

—No debería haberte dicho nada, hostia —solté mientras temblaba—. ¡Me cago en todo!

—¡Joey, espera!

—No. No. ¡No! —Moviendo la cabeza hacia los lados, me di la vuelta y me alejé de ella; no quería tenerla cerca cuando se me fuera la pinza y dijera algo que no tuviera vuelta atrás—. ¡Te lo digo en serio, Molloy! —grité por encima del hombro—. Si hablas con la Gardaí, hemos acabado.

17 DE DICIEMBRE DE 2004

Expulsiones temporales y que te hagan el vacío

Aoife

Joey y yo estábamos peleados.

Desde la riña que habíamos tenido frente a la comisaría la semana anterior, él me había estado haciendo el vacío. Llevaba todos esos días haciendo como si yo no existiera cuando nos cruzábamos por los pasillos del instituto, e incluso en las clases en las que se nos había asignado para sentarnos juntos, no cedió ni una sola vez.

Por supuesto, yo tampoco, y había tratado por todos los medios de provocarle algún tipo de reacción.

No lo había conseguido.

Ni siquiera cuando me senté en su regazo durante la comida. Tampoco cuando lo pinché con un lápiz durante la clase de Inglés. Ni cuando le enseñé una teta en Educación física.

Nothing.

Era muy evidente que la amenaza de hablar con la Gardaí se había vuelto contra mí de un modo brutal. Joey estaba más que furioso conmigo, y, las pocas veces que lo pillaba mirándome, en sus ojos se reflejaba tal sentimiento de traición que me hacía desear que no lo hubiera hecho.

¿Cómo iba a explicarle que intentaba ayudarlo, en lugar de traicionarlo,

si no me hablaba?

Era superfrustrante.

Como si fuera masoquista, mi mente me trasladó a la última vez que habíamos estado juntos antes de que en su casa se armara la de San Quintín.

«Ciego como un piojo, Joey me agarró y canturreó al ritmo del “Don’t Let Me Down” de los Beatles mientras nos mecíamos el uno contra el otro en la pista de baile del salón trasero del Biddies.

»—El abuelo Murphy era muy fan.

»—¿De los Beatles?

»—Sí, y de esta canción. —Acercándome hacia él, me dio un beso en la línea de la mandíbula y dijo—: Cuando era pequeño, solía preguntarle qué significaba la letra de la canción. Él me decía que, un día, cuando estuviera enamorado de una chica, no tendría que preguntárselo porque ya lo sabría. —Me estrechó entre sus brazos—. Resulta que estaba en lo cierto».

—Tienes cara de que alguien te haya robado el último Rolo —comentó Casey cuando se hundió en la silla que había junto a la mía durante el descanso largo del viernes—. ¿Te sigue ignorando?

—Sí. —Asentí con aire sombrío y lancé la cuchara dentro del yogur, sin nada de apetito—. Desde luego.

—Madre mía, ¿qué has hecho para cabrearlo tanto? —Dejó ir una exhalación—. Nunca lo había visto ignorarte así durante los seis años que llevamos juntos en el insti. Hasta ahora, siempre que estabais mosqueados, eras tú la que implantabas la ley del silencio, no él.

Suspiré hastiada.

—Cree que he traicionado su confianza.

—¿Y es verdad?

—¡No! —me defendí al instante—. Claro que no. Iba a hacer algo que él considera una traición, pero se puso como un loco y al final renuncié a la idea.

—Entonces no has hecho nada malo, ¿no? —Casey frunció el entrecejo

—. ¿Por qué sigue enfadado?

—Porque en su cabeza, el mero hecho de que pensara hacer algo así ya es una traición.

—Joder, qué tío más complicado.

—Ni te lo imaginas, Case.

—Oh-oh, hablando del rey de Roma...

Me dio un codazo en el brazo y señaló con la cabeza hacia la ventana, desde la que se veía a Joey y a algunos de sus amigos poniéndose bastante agresivos con Mike, Paul y otros chicos de nuestro curso.

—Por el amor de Dios —protesté viendo cómo Joey cerraba los puños a los lados del cuerpo—. Espero que no empiece una...

—Demasiado tarde, ya ha empezado —intervino Casey, que observaba conmigo cómo Joey y Mike Maloney se daban de hostias en el suelo—. Será mejor que vayas a calmar a tu semental —añadió—. Antes de que lo expulsen y no pueda ver a ese bombón en lo que queda de año.

—¡Joey! —grité abriéndome paso entre las hordas de mirones que habían formado un enorme círculo alrededor de la pelea—. ¡Para! ¡Espera, por favor, Joey! ¡Para!

No paró.

En lugar de eso, atacó a nuestro compañero con tanta saña y ferocidad que aquello parecía una pelea de perros en la que Mike era el ingenuo labrador y Joey, el pitbull que enseñaba los dientes.

Con el rabillo del ojo, vi cómo Podge mostraba su lealtad dándole puñetazos a Paul con la intención de proteger a su mejor amigo de recibir por partida doble.

Aunque si no lo hubiera hecho, hubiera dado lo mismo.

Ninguno de los chicos de nuestro curso luchaba como Joey, porque, a diferencia de las triviales peleas en las que los demás se veían envueltos, cuando mi novio peleaba, era cuestión de vida o muerte.

Porque cuando alguien amenazaba a Joe, lo retrotraía a la casa en la que había tenido que luchar por su vida contra un hombre que le había provocado tanto estrés postraumático que yo dudaba de que pudiera curarse ni tras toda una vida de terapia.

Dudaba incluso de que Joey estuviera viendo la cara de Mike mientras lo aporreaba con los puños.

«Lo único que veía era a su padre».

—¡Para! —le ordené sin miedo a ponerme delante de él, pese a que nadie más lo haría. Estaba tan segura de que no iba a tocarme ni un pelo como de que el sol saldría a la mañana siguiente.

—¡Joey, para! —Me arrodillé en el suelo junto a Mike, que estaba lleno de sangre, y agarré el rostro de Joey entre mis manos para obligarlo a que me mirara—. ¡Te he dicho que pares!

Me contemplaron unos ojos negros salvajes e irreconocibles. Genial, no solo se le habían cruzado los cables en lo que yo describiría como un violento ataque de estrés postraumático, sino que además iba colocado.

—Para —le ordené sujetándole con firmeza la cara mientras le sostenía la mirada—. No estás allí, estás en el instituto. Conmigo.

Tardó un buen rato en procesar mi cara, pero, cuando lo hizo, vi que su cuerpo se destensaba de golpe y se desplomaba hacia delante.

Con las manos ensangrentadas colgadas a los lados, dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

—Le han hecho daño —balbuceó—. Le han hecho daño a mi hermana.

—Joe, ¿quién le ha hecho daño a Shannon? ¿La hermana de Mike? ¿Ciara?

Noté cómo asentía con la cabeza contra mi hombro.

—No pasa nada —susurré pasándole un brazo por la espalda mientras con el otro le acunaba la cabeza sobre mi hombro—. No pasa nada.

El alboroto que se había formado a nuestro alrededor ya me era demasiado familiar, y sabía exactamente qué venía después antes incluso de

que ocurriera.

—Joseph Lynch —vociferó el señor Nyhan apartando a la multitud—. A mi despacho. ¡Ya! La Gardaí viene de camino.

17 DE DICIEMBRE DE 2004

Estoy llamando a las puertas del cielo

Joey

Tumbado boca arriba, miraba fijamente el techo de mi cuarto ignorando los chillidos que provenían del piso de abajo. No quedaba nada en mi interior que me empujara a bajar y dejar que me lanzaran a primera línea de fuego como ocurría siempre.

En lugar de atender a los gritos de mamá, me concentré en escuchar la canción «Knockin' on Heaven's Door», de Bob Dylan, que sonaba en el equipo de música. Estaba tan muerto por dentro que, si me abrieran, mis entrañas escupirían negro.

Así de lúgubre me sentía, así de podrido por dentro.

Así de hondo había caído.

Giré la cabeza hacia un lado y contemplé el papel de aluminio, el mechero y el bolígrafo roto que había sobre el colchón mientras mi mente se enfocaba y se desenfocaba al recobrar y perder la conciencia.

«Otra expulsión. ¿Es que quieres arruinar la vida?».

—¡Joey, ayúdame, por favor!

«Ya no formas parte del equipo de hurling. Ni se te ocurra pisar un campo hasta que acabe el periodo de expulsión».

Pum. Pum. Pum.

—¿Dónde está tu maravilloso hijo ahora, puta?

«Me has decepcionado mucho...».

—¿Qué te has tomado?

«¿Por qué eres así?».

—¡Dios mío, Teddy, eso es heroína!

«¿Nunca piensas en nadie además de en ti mismo?».

—Joey, cariño, ¿me oyes?

«No pasa nada, Joe. No pasa nada. Estoy aquí».

—Va de droga hasta las cejas, Marie. No hables con él mientras esté así. Espérate a que vuelva en sí y verás la reprimenda que le voy a dar a este mamoncete.

«Ojalá nunca hubieras nacido».

«Te quiero, Joey Lynch...».

«No me dejes, Darren».

—Cierra la puerta. No quiero que los niños lo vean así.

«No, papi, tengo miedo».

Unos pasos se alejan.

«Quiero morirme, Joe».

Se cierra la puerta.

«Quédate conmigo, Joey. Quédate aquí conmigo».

Solo en la oscuridad, no era capaz de distinguir entre lo real y lo imaginario.

Había sombras bailando en la pared de mi habitación.

No sentía nada.

Nada podía hacerme daño.

Ya no había dolor.

«Joder, nunca más...».

19 DE DICIEMBRE DE 2004

Demasiado cabezota y demasiado
enamorada

Aoife

La Gardaí había sacado a Joey del instituto bajo custodia el viernes, y desde entonces no hubo más que un silencio sepulcral. Su teléfono estaba siempre apagado y ningún miembro de la familia Lynch me abría la puerta cuando llamaba.

Y había llamado.

«Reiteradamente».

Según había podido saber a partir de los cotilleos que corrían por el instituto, Marie Lynch había sacado a Shannon del Ballylaggin de forma inmediata y la había matriculado en el Tommen para que empezara allí después de las vacaciones de Navidad.

El futuro de Joey todavía estaba por decidir. El último incidente que había protagonizado había llegado a la junta directiva, que, por lo que había oído, debía reunirse la semana siguiente para debatir la posibilidad de expulsarlo para siempre del instituto.

Por eso, cuando Joey me envió un mensaje inesperado a las ocho y media del sábado por la noche preguntándome si quería que nos encontráramos en el Biddies para tomar algo y hablar, casi me rompo la crisma de lo deprisa que me puse a arreglarme.

Aunque llegaba tarde, debido a la cantidad desorbitada de tiempo que había tardado en secarme y alisarme el pelo, me las apañé para entrar por la puerta del Biddies poco después de las nueve.

No pude evitar que me temblaran las rodillas cuando accedí al salón de atrás, y, una vez que mis ojos se encontraron con él, que estaba sentado solo en una esquina, las rodillas no fueron lo único que me tembló.

Cada centímetro de mí se sacudía.

Joey estaba sentado en nuestra mesa de siempre. Delante tenía su característico vodka con Red Bull y, en el extremo opuesto de la mesa, había una botella de Smirnoff Ice con una pajita que sobresalía por el borde. En cuanto puso sus ojos en mí, sentí que una oleada de calor me inundaba el vientre y me recorría la piel a toda velocidad.

—Hey —dije sentándome enfrente de él y quitándome la bufanda del cuello.

—Hey.

—Gracias por la bebida —añadí mientras movía los hombros para quitarme el abrigo y lo dejaba en la silla que tenía al lado.

—Gracias por venir —contestó mirándome con cautela desde el otro lado de la mesa—. Estás preciosa.

«Lo sé».

—¿Cómo estás?

—No estoy en mi mejor momento, Molloy —reconoció con un hilo de voz—. ¿Tú cómo estás?

—Tampoco estoy demasiado bien, Joe.

Lo vi mirarme durante un buen rato y me deleité en la sensación de tener sus ojos sobre mí.

—Me han vuelto a expulsar —anunció finalmente para romper la tensión.

—Eso he oído. —Cogí la botella, puse los labios alrededor de la pajita y di un sorbo—. ¿Te han dicho si va a ser algo permanente?

Negó con la cabeza, le dio un trago a su vaso y lo volvió a dejar sobre la

mesa.

—Pero Shannon va a ir al Tommen después de Navidad, así que al menos ha salido algo positivo de todo esto. Ya no tendrá que seguir aguantando a esas chicas.

«Ya lo sabía».

—¿Ah, sí?

Asintió lentamente con la cabeza.

—Mamá pidió un préstamo en la cooperativa de crédito para la matrícula. Shannon y ella han ido al instituto para echarle un vistazo y reunirse con el director, y parece contenta. —Se encogió de hombros—. Esto podría cambiarle la vida.

—Esperemos que sí.

—Sí —afirmó—. Esperemos.

—Bueno... —Le di otro sorbo a mi bebida y me obligué a ir al grano—. ¿Qué está pasando, Joe? Entiendo que estás enfadado conmigo por haber pensado en contarle todo a las autoridades, pero hay algo más, ¿no? Me da la sensación de que la distancia que hay entre nosotros no existía hace un mes.

—Sí —aceptó con calma—. Supongo que hay algo más.

«Ay, mierda».

«Ya está».

«Ahora es cuando me rompe el corazón».

Aparté la pajita, puse los labios en el borde de la botella y no paré de beber hasta que tuve la última gota de líquido dentro del estómago.

«Para los nervios».

—Bueno... —Carraspeé con brusquedad y lo miré a los ojos—. ¿Qué intentas decirme?

—Supongo que lo que intento decir es que si pongo distancia entre nosotros no es a propósito, Molloy. —Moviendo ansiosamente las rodillas, alcanzó el vaso y se lo acabó—. Voy a traer otra.

Acto seguido, se fue corriendo hacia la barra y volvió poco después con otras dos bebidas.

—¿Por dónde íbamos?

—Decías que no ponías distancia entre nosotros a propósito, y luego has salido por patas hacia la barra —apunté con ironía.

No se rio.

En lugar de eso, dejó ir un suspiro de frustración y dijo:

—Molloy, esto no se me da bien.

—¿El qué, Joe?

—Hablar de mierdas —admitió bruscamente—. Arreglar las cosas con palabras.

En cuanto el DJ empezó a pinchar, «Fairytale of New York», de los Pogues, resonó en los altavoces que había sobre la barra.

—¿Te acuerdas del año pasado por estas fechas? —Apretó los labios—. Me dijiste que esta era nuestra canción.

—Sí, me acuerdo —asentí despacio—. Y la verdad es que este año nos pega todavía más.

—Puede ser. —Lanzó un suspiro—. Todavía no entiendo cómo has aguantado todo un año sin salir huyendo.

—Yo no huyo, ¿te acuerdas? —repliqué extendiendo un brazo sobre la mesa con la palma de la mano hacia arriba—. Y tú tampoco.

Joey contempló mi mano extendida durante un buen rato y luego puso la suya encima y entrelazó nuestros dedos.

—Creo que los dos somos demasiado cabezotas como para huir, ¿no, Molloy?

—O quizá es que estamos demasiado enamorados.

—Sí —concedió en tono rudo mientras me daba un beso en el dorso de la mano—. También podría ser eso.

23 DE DICIEMBRE DE 2004

Esperanzas y sueños truncados

Joey

Sabía que iba descendiendo a trompicones por una pendiente resbaladiza sin pinta de poder parar, sin esperanza de que fuera a dar un frenazo, y aun así era demasiado egoísta como para hacer lo que debía con respecto a mi novia.

La otra noche había tenido la oportunidad perfecta para dejarla ir, para liberarla de mis mierdas, y me había rajado.

No pude hacerlo. Me fue imposible apretar el gatillo.

Era como si hubiera inhalado su esencia tan profundamente en mi cabeza y mi corazón que ambos se negaran a funcionar. No podía soltar el aire que me abrasaba los pulmones si no tenía la garantía absoluta de que iba a ver su cara de nuevo.

Me lo mereciera o no.

La otra noche, sentado frente a ella en el Biddies, me había dado cuenta de lo hermosísima que era, y no me refiero al puto aspecto exterior.

Aoife Molloy tenía el corazón de oro y estaba empeñada en entregárselo a un pedazo de mierda como yo. Ella me permitía escapar un rato de toda la puta oscuridad que me rodeaba. Era la única chispa de luz que había en mi vida, y me acojonaba pensar que no tenía mucho más a mi favor.

Sin ella, no tenía nada.

Sin ella, no era nada.

Debilitado y desmoralizado por la vida, me había aferrado al salvavidas que ella me ofrecía, porque eso significaba que podría disfrutarla un poco más. No tenía ningún plan B ni tampoco una red de seguridad en la que aterrizar cuando todo se fuera a la mierda, lo que sin duda iba a pasar.

Siempre había sido así.

A la gente como yo no le daban segundas oportunidades.

Cuando por fin entrara en razón y se marchara, cosa que sin duda acabaría haciendo, me quedaría completamente solo.

«Mierda».

No podía dejar de pensar en lo guapa que estaba la otra noche cuando me llevó a su casa.

«—¿Qué haces? —susurró revoloteando por la puerta del baño mientras yo, de espaldas a ella, sostenía un billete de diez enrollado contra mi nariz —. ¿Joe?

»Después de esnifar el polvo machacado de una D2, me aferré al lavamanos y lancé un hondo suspiro, preparándome para la pelea que estaba a punto de estallar entre nosotros.

»Sin decir ni una palabra, se acercó por detrás y me rodeó la cintura con sus brazos.

»—Ven a la cama.

»La confusión se apoderó de mí.

»—Pero acabas de ver...

»—Ya sé lo que he visto —dijo en voz baja antes de darme un beso en la espalda—. Ven a la cama y ya está.

»Más puesto que Tony Montana, me tumbé en su colchón y observé cómo se me subía encima.

»Su rostro estaba grabado en mi mente. Iba colocado, me dolía todo y estaba al límite, pero esa cara...

»Dios, no veía más allá de ella.

»Su aroma me envolvía, su pelo me caía sobre la cara cuando se inclinaba hacia mis caderas, besándome, haciendo todo el trabajo.

»Brillaba.

»Joder, es que brillaba.

»La luna la iluminaba.

»Poderosa.

»Era la hostia de poderosa.

»—¿No estás enfadada conmigo? —balbuceé sintiéndome frágil y desorientado ante su calma.

»—Sí.

»—Entonces ¿por qué no estás gritándome? —Moví la cabeza hacia los lados en señal de turbia confusión—. He dejado de intentarlo, Molloy. No puedo seguir haciéndolo. ¿Por qué no me echas de aquí?

»—Porque aunque tú no te quieras a ti mismo, yo sí. Te quiero por los dos —susurró agarrándome la polla con la mano—. Y, si para mantenerte a salvo y alejado de las calles tengo que conseguir que te quedes aquí conmigo, eso es lo que voy a hacer.

»Y, mientras se inclinaba hacia abajo, la realidad de lo que le había hecho a esa chica me golpeó como una bola de demolición».

Yo era un puto desastre.

Casi tanto como el capullo que vi cuando bajé al piso de abajo el jueves, recién duchado y listo para encontrarme con Molloy por mi cumpleaños.

«Qué va —pensé mientras contemplaba cómo agarraba con su fornida mano el brazo de mi madre y la estampaba contra la nevera—, yo nunca sería un desastre tan grande como él».

Me quedé mirando cómo discutían desde la puerta de la cocina, pero, a diferencia de todas las otras veces que lo había visto maltratarla, no parecía que esa vez fuera a reunir la fuerza necesaria para enfrentarme a él.

«Puede que sencillamente no la tuviera», pensé con tristeza mientras me obligaba a mí mismo a escarbar más profundo para cumplir con mi deber.

Tenía que proteger a la mujer que me había parido del hombre del que procedía el cincuenta por ciento de mi material genético.

—Aléjate de ella —le advertí interponiéndome entre ellos y haciendo que le soltara el brazo.

Mamá tuvo el sentido común de correr hacia la otra punta de la cocina, pero, sorprendentemente, papá no intentó darme un puñetazo.

—Solo estábamos hablando —dijo ofreciéndome una peculiar explicación de su comportamiento de mierda.

«Tiene miedo —entendí de repente—, de mí».

—Me da igual. —Mi tono reflejaba cómo me sentía: duro y vacío. Lo obligué a hacerse a un lado cuando abrí de golpe la nevera—. Deja las manos quietas y nos evitaremos problemas.

Metí la mano en la nevera, cogí una lata de Coca-Cola del estante superior y la abrí rápidamente. Tenía la boca seca y sentía picores.

—Esta noche voy a salir —añadí entre trago y trago—. No sé cuándo volveré.

—Haz lo que quieras —contestó papá encogiendo los hombros mientras se dirigía hacia la tetera.

«Así que está intentando mantenerse sobrio otra vez —me dije mientras lo veía prepararse una taza de té—. Le doy una semana».

—Es la idea —repuse mientras me fundía la lata y cogía otra a toda prisa para calmar la insaciable sed que me devoraba.

—¿Con quién vas a salir? —preguntó mamá sentándose en su sitio habitual en la mesa—. ¿Te vas ya? Porque tu padre y yo queríamos comentarte algunas cosas.

—Con unos amigos, y, sí, me voy ya —respondí inexpresivo.

—Siéntate y hablemos unos minutos —insistió tratando de persuadirme y retirando una silla de la mesa con el pie—. Por favor, Joey.

Me puse rígido, di mi brazo a torcer y me fui hacia la mesa.

—¿Qué?

—Siéntate.

—Vale. Me siento. ¿Ahora qué?

Mamá levantó la vista hacia mi padre, que se acercó y se sentó en la cabecera de la mesa, en el lado opuesto a ella.

—Tu madre está preocupada por ti.

Me encogí de hombros.

—Vale.

No dejó de remover el té mientras hablaba:

—Cree que necesitas ir a terapia o alguna gilipollez de esas.

Mamá suspiró profundamente.

—Teddy.

—¿Qué? —Papá tiró la cucharilla sobre la mesa y le dio un sorbo a su taza—. Ya sabes lo que opino de esas cosas, Marie. No son más que tonterías. El chaval está estupendo. Solo se está dejando llevar un poco.

—¡Con heroína! —gritó mamá, que luego se giró hacia mí—. Sé lo que haces. Lo sé, y quiero que dejes de hacerlo desde ya, me oyes, ¿Joey? ¡Quiero que lo dejes!

—Vale.

Me miró sorprendida.

—¿Vale?

—Sí. —Me temblaban las manos. El cuerpo me dolía tanto que apenas podía respirar. Tenía que salir de esa casa. Salir del mundo en el que me habían metido—. Lo que tú digas, mamá.

Yo a ella le daba igual. Le importaba tres pares de cojones.

Tan solo le servía para proteger el fuerte. Para llevar la carga. Para quitarle el peso de los hombros.

No le importaba, y eso hacía que me entraran ganas de arrancarme la piel.

A mi propia madre yo se la sudaba. Joder, yo mismo me la sudaba. Pero no se la sudaban esos niños que se habían pasado la mayor parte de su vida

encogidos de miedo en una cama.

Sí, me preocupaba mucho por ellos.

Los hilos que unían sus corazones con el mío eran tan fuertes que me ataban a esa casa.

«Me atrapaban».

—¿Ves como sí, Marie? —Papá asintió con la cabeza en señal de aprobación—. El chaval está de maravilla.

—No está bien, Teddy —replicó mamá en tono de súplica—. ¡Tan solo con mirarlo a los ojos se ve que ni siquiera está aquí con nosotros!

—Está aquí sentado, ¿no?

—Ya sabes que eso no es lo que he querido decir.

—¿Me puedo ir? —pregunté mirando a uno y a otro.

—No quiero que salgas —dijo mamá apretando los labios—. No creo que sea una buena idea.

—Hostia puta, Marie —soltó papá—. Va a salir a celebrar su dieciocho cumpleaños. No seas tan tocapelotas.

—Pienso que...

—Pues deja de pensar —le espetó—. No va contigo.

—¡Espera! —gritó mamá cuando me levanté y me encaminé hacia la puerta—. Hay otra cosa de la que quiero hablarte.

Me puse tenso y, todavía de espaldas a ellos, esperé a oír lo que en el fondo ya sabía que iba a salir de su boca.

Siempre había un motivo por el que mi padre entraba en dique seco, y solía derivar en el discurso de «Tenemos algo que decirte».

Cerré los ojos y esperé a que el mundo que me rodeaba se hiciera pedazos.

—Vamos a tener otro bebé —me anunció mamá.

Y ahí estaba. La última pizca de esperanza que albergaba mi corazón se extinguió.

—Felicidades —murmuré fríamente mientras me dirigía hacia la puerta,

consciente de que, aunque esa noche iba a salir, el nuevo bebé solo hacía que apretar las cadenas que rodeaban mis tobillos.

Joder, me estaba desmoronando por completo y no podía evitarlo.

En realidad ya me había desmoronado.

Por fin había tocado fondo. No tenía nada que ofrecer. No había nada que pudiera darle a esa gente.

Estaba acabado.

Ido.

Muerto por dentro.

23 DE DICIEMBRE DE 2004

Crisis de cumpleaños

Aoife

Estaba enamorada de un adicto.

Era tan humillante como descorazonador.

La necesidad incesante de Joey de esnifar Dios sabe qué había superado su necesidad de mí. Me sentía como la amante en el retorcido triángulo amoroso que conformábamos él, mi corazón y la última droga que le hubiera dado por meterse.

La otra noche lo vi hacerlo.

Ni siquiera intentó ocultarlo.

Y, en lugar de hacer lo que era mejor para mí, hice lo posible por protegerlo. Lo metí en mi cama y en mi cuerpo. Porque lo quería. Porque no podía dejar de luchar por el chico que sabía que aún vivía en él.

Incluso en ese momento, mientras me emperifollaba para encontrarme con él en la ciudad para celebrar su cumpleaños, no era capaz de silenciar la voz interior que reclamaba un poco de respeto por mí misma.

Siempre me había considerado una chica fuerte, pero, en ese instante, intentando mirarme en el espejo con la cabeza bien alta, me sentía un completo fraude.

«Tan débil...».

«Tan pequeña...».

«Tan llena de putas inseguridades...».

Había sido un error salir esa noche.

Lo supe en cuanto vislumbré los ojos mutados a negro de Joey, y lo sabía en ese preciso instante. Lo que fuera que se hubiera metido con los gilipollas de sus colegas en el baño hacía un rato lo había convertido en un conejito de Duracell que se movía y respiraba.

Solo le faltaba subirse por las paredes.

—¿Qué se ha metido? —preguntó Casey ensartando su brazo en el mío mientras nos sentábamos en una esquina del salón posterior del Biddies y veíamos a mi novio revolotear de un lado a otro sin poder quedarse quieto más de treinta segundos seguidos—. Por Dios, Aoife, tiene más energía que la NASA.

—Ya —dije con un hilo de voz contemplando cómo Joey parloteaba con algunos de los tíos de su equipo de hurling mientras se tomaba chupitos y se reía como un perturbado. Movía los brazos de forma animada, y no parecía el de siempre, si es que esa versión de sí mismo seguía existiendo.

—¿Quieres que nos vayamos? —me planteó mi mejor amiga apoyándose la cabeza en el hombro—. Podemos largarnos de aquí. Dejamos a Tigger y al resto de sus compis del Bosque de los Cien Acres y nos montamos una noche de chicas en mi casa.

—No puedo —repuse observando a Joe como un manojo de nervios mientras esperaba a que cayera rendido.

—No puedes controlarlo, Aoife —dijo con dulzura—. Cada uno es dueño de sus actos. Joey Lynch hará lo que tenga que hacer, independientemente de las consecuencias.

—Case, no quiero controlarlo —susurré—. Quiero evitar que se destruya a sí mismo.

—Cariño, él es el único que puede hacer eso —repuse de forma calmada—. Y da igual cuánto desees eso para él si él no lo desea para sí mismo.

—¡Joey!

Todo había ido relativamente bien hasta que Joey, junto con un grupo de chicos de su urbanización, perdió los papeles y saltó al otro lado del muro que delimitaba la zona exterior de fumadores.

Aturdida y entonada, salí a trompicones por la puerta trasera del Biddies, abriéndome paso entre la multitud y sacándome los tacones para poder ir tras él.

—¡Aoife, deja que se vaya! —gritó Casey detrás de mí; pero no podía hacer eso.

Sencillamente, no podía.

Corrí a toda pastilla por el callejón, giré con rapidez hacia la calle en la que lo había visto por última vez y no dejé de correr hasta que, al doblar una esquina de la ciudad, mis pies se pararon en seco.

—¡Joey! —chillé con la boca abierta—. ¿Qué coño haces?

Riéndose como un desquiciado, mi novio se subió al capó de un Mercedes-Benz que estaba aparcado en la zona de los pubs en los que ambos sabíamos que solía beber su padre, y golpeó con los puños el parabrisas.

—¡Joey! —grité viendo horrorizada cómo las costras que se le habían formado hacía poco en los nudillos se abrían y comenzaban a sangrar.

Varios de los gilipollas que tenía por amigos en la urbanización lo miraban y alentaban su absoluta demencia, sin duda encantados con el arrebató. Se reían como si el hecho de que estuviera jodiéndose la vida fuera una broma.

«Cabronazos».

—¡Joe, para! —bramé retirándome el pelo de los ojos mientras recorría la calle a toda velocidad hacia él—. ¡Vas a hacer que te detengan!

Joey se partía de risa, claramente fuera de sí por lo que fuera que le habían dado, mientras continuaba golpeando el coche de lujo con los nudillos ensangrentados.

El sonido lejano de unas sirenas me aceleró el corazón.

—¡Tía, déjalo en paz! —me pidió a voces uno de los chicos—. ¡Dale un respiro!

—Que te follen —le solté subiéndome al capó, totalmente consciente de que les estaba enseñando el culo tanto a sus supuestos amigos como a todos los demás cotillas que observaban su crisis nerviosa, pero sin que me importara una mierda.

—¡Para! —le ordené agarrándole los puños antes de que pudiera causar más daños—. ¡Joey! —Su sangre resbalaba por mis manos, que envolví alrededor de sus puños para hacer que se quedara quieto—. Para.

Respiraba con dificultad y seguía riéndose como un loco mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Para —dijo imitando mi voz y echándose a reír aún más fuerte—. Para. Para. ¡Paaaraaa!

La voz se le quebró y su expresión se suavizó.

—Para —susurró entre temblores pasándose con fuerza sus ensangrentadas manos por el pelo, que estaba mojado por la lluvia—. Haz que pare.

Sus palabras me partieron el corazón en dos.

—¡Hostia, tíos, la pasma! —chilló uno de los capullos que se suponía que eran sus amigos antes de que todos se pusieran a correr en diferentes direcciones—. ¡Dispersaos!

Aterrada, hice lo único que se me ocurrió en ese momento: bajarme del capó del coche, coger la mano de Joey, que seguía cubierta de sangre, y tirar de él para que bajara al suelo conmigo.

—Molloy. —Me miró como si me viera por primera vez—. ¿Qué estás...?

—Venga, Joe —le insté en tono persuasivo, desesperada por llegar a él mientras le apretaba la mano—. Ven conmigo.

Y, entonces, con su mano firmemente agarrada a la mía, lo saqué de la

escena del crimen, introduciéndome un poco más en ese submundo del que yo no tenía por qué formar parte.

Temblando a causa de la adrenalina que recorría mi flujo sanguíneo, mantuve mi mano unida a la de Joey durante todo el dificultoso trayecto de vuelta a casa, demasiado asustada ante la idea de soltarla y que le diera por hacer algo.

—Te ha creado un vacío —le dije mientras tiraba de él—. Tienes un trauma, Joey. —Solté un gruñido de dolor al llegar a mi calle; era imposible intentar razonar con lo irracional—. Estás traumatizado y necesitas ayuda profesional.

—Estoy bien.

—Joey, estás todo lo lejos de estar bien que puede estar una persona.

—Vamos a dejarlo, Molloy —murmuró—. No quiero pelearme contigo.

—¡Y yo no quiero que te mueras! —repuse llorando abiertamente una vez que la emoción se apoderó de mí. Había algo trágico en ese chico, algo que yo me empeñaba en conservar—. ¿No te preocupa lo que pueda pasarte? ¿Ni siquiera un poco?

—Eso no importa. —Negó con la cabeza—. Nada importa.

—¡Claro que sí! —me oí gritar—. Joder, claro que importa.

—Molloy.

—¡Importa porque tú importas! —sentencié entre sollozos bajando la vista hacia mis manos, también cubiertas de sangre—. ¡Importa porque te quiero!

—Siento haberte jodido la noche —dijo muy bajito—. Te lo compensaré.

—No quiero que me compenses por nada, Joey, lo que quiero es que hables conmigo —le rogué—. Ábrete a mí, Joe. Si me cuentas lo que se te pasa por la cabeza, quizá pueda ayudarte. —Me limpié una lágrima de la mejilla y sollocé—. A lo mejor aprendemos a controlar todo esto.

—¡No estoy bien! —bramó apartando su mano de la mía de un tirón—. ¿Es eso lo que quieres que admita? ¿Es eso lo que quieres oír, Molloy?

¿Que no estoy bien?

—Sí —asentí entre lágrimas sintiendo que una sensación de alivio, pero también de desolación, inundaba mi cuerpo—. Eso es lo que quiero que admitas. Quiero que lo digas, Joey. ¡Que lo expreses con palabras!

—Dolor —rugió delante de mi cara con los ojos encendidos por la ira mientras su sombra bailaba con sus demonios—. Por fuera. Por dentro. A mi alrededor. ¡Un dolor tan fuerte que me ahogo en él! —Se pasó las manos manchadas de sangre por el pelo, de forma que su rubio cabello acabó teñido de un tenue color carmesí—. Eso es lo que siento. Lo único que siento. ¡Todo el rato!

Se me partió el corazón.

—Joe.

—¿Quieres que te cuente la de veces que me meé de miedo en la cama hasta que, literalmente, él me sacó a hostias el pis, la sangre y hasta los mocos? —rugió ya con lágrimas resbalándole por las mejillas—. Porque eso es lo que pasó, Molloy. Porque fui débil. Lloré. Supliqué. Me escondí. Corrí. Y, cuando todo eso falló, me enfrenté a él. Me armé de valor y le hice frente, joder. Al principio no funcionó. Seguía dándome unas palizas de la hostia, pero ¡al menos yo sentía que estaba haciendo algo! —Con el pecho agitado, se volvió a pasar las manos por el pelo—. Y ahora ya no siento nada. No siento nada, ¡y me parece bien!

—¡Y es normal que te sientas así! —le grité—. Tu padre te ha hecho pasar un infierno. Nada de lo que ocurre en esa casa es culpa tuya. Nada en absoluto. Has crecido en una zona de guerra. Has hecho un trabajo increíble con...

—¡Para! —Levantó una mano a modo de advertencia—. Mi naturaleza es horrible, Molloy. Deja de buscar cosas buenas en mí, porque no las vas a encontrar. De verdad. Porque sé que te quiero, pero, sinceramente, si pudiera olvidarte lo haría.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría.

Di un pequeño suspiro.

—No lo dices en serio.

—Solía pensar que no era como él, que era diferente, pero no puedes cambiar tu ADN. —Ahogó un sollozo y se enjugó las lágrimas de forma brusca antes de decir—: Mírame, Molloy. Mira quién soy. ¡Mira lo que te he hecho! Soy igual que él.

—No. —Moví la cabeza hacia los lados, me acerqué a él y, con rudeza y sin artificios, cogí su cara entre mis manos, rebatiendo su miedo más profundo desde la sinceridad—. No te pareces a él en nada.

—Claro que sí —me contradijo con un hilo de voz zafándose de mí mientras se iba dando tumbos—. Y, si no te alejas pronto de mí, tú acabarás igual que mi madre.

24 DE DICIEMBRE DE 2004

«It was Christmas Eve, babe»

Aoife

Joey desapareció después de aquello y desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

Ya bien entrada la noche de Nochebuena yo estaba loca de preocupación, y, después de ir a buscarlo a todos y cada uno de los lugares que frecuentaba, incluida su casa, acabé delante de una puerta que me ponía los pelos de punta.

Tras llamar con insistencia varias veces, la puerta por fin se abrió, y me dio la bienvenida la imagen de un hombre al que odiaba casi tanto como a Teddy Lynch.

«Puede que incluso más».

—¿Está aquí? —pregunté nerviosa. La adrenalina recorría mi cuerpo a velocidad de vértigo, haciéndome temblar y sentir escalofríos, pero me obligué a mantenerme firme. Me negaba a mostrarle debilidad a ese pedazo de mierda—. Pero ¿qué estoy diciendo? Claro que está aquí. No le queda ningún otro sitio adonde ir.

Shane sonrió con crueldad.

—¿Quién?

«Cabronazo».

—Sabes perfectamente quién —le solté con los dientes apretados y la

mirada fija en sus ojos inyectados en sangre—. Dile que salga.

Esbozó una sonrisita. Tuvo los santos cojones de sonreír ante mí con satisfacción.

—Vete a casa, princesa. —Shane cogió el cigarrillo que tenía entre los labios, lo apagó con los dedos y se metió la larga colilla detrás de la oreja—. Aquí no pintas nada.

Porque tú lo digas.

Hizo amago de cerrarme la puerta en las narices, pero puse el pie en medio para impedirselo.

—Tienes algo que me pertenece —espeté con el pecho agitado—. ¡Y no voy a ir a ningún sitio hasta que se venga conmigo, puta escoria engreída!

—Menuda fierecilla cachondona, ¿no? —repuso pensativo tanteándome—. Eso tiene su atractivo. No me extraña que Lynchy deje que le hinchas las pelotas. Debes de ser la bomba en la cama.

—Mira, imbécil, o le dices a mi novio que salga, o entro yo y lo saco. —Entrecerré los ojos y le di un empujón a la puerta tan fuerte como pude, haciéndolo retroceder varios pasos en el recibidor—. Pero, de una manera u otra, no me voy a ir sin él.

La mano de Shane salió disparada antes de lo que yo esperaba y me envolvió los dedos alrededor del cuello.

—¿Qué has dicho?

—Suéltame... el... cuello... y... te... lo... repito... gilipollas —dije sin aire clavándole las uñas en su robusta mano.

—¿Tú sabes con quién estás hablando? —me retó moviendo los ojos con una mezcla de malicia y ardor—. ¿Eh? —Apretó más, pero no lo suficiente como para ahogarme... Solo quería asustarme.

Como no estaba dispuesta a echarme atrás, le lancé una mirada asesina provocándolo con los ojos para que hiciera lo que tuviera que hacer, porque yo no iba a largarme.

Tras la tensión de sostenernos la mirada, una carcajada le rasgó la

garganta y me soltó.

—Puta loca de los cojones. —Se rio entre dientes, abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara—. Adelante, por supuesto.

—¿Joey? —Furiosa, pasé junto a él y avancé a zancadas por el ruinoso pasillo entre latas de cerveza vacías y colillas de cigarrillos. Iba abriendo puertas a mi paso, cada vez más frenética—. ¿Joey?

—No puede oírte, princesa. —Shane seguía riéndose detrás de mí—. No está aquí ahora mismo.

—Que te follen —gruñí entrando y saliendo a toda prisa de las habitaciones antes de lanzarme hacia las escaleras y hacer lo mismo en el piso de arriba.

En la última puerta, cuando ya había perdido toda esperanza, me topé con mi peor pesadilla.

En el suelo había un colchón manchado. Al lado reposaban una cuchara de metal con unas manchas oscuras de aspecto meloso, un mechero y una bolsita de plástico con unos polvos amarronados en su interior. Sobre el mugriento colchón descansaba mi novio, con los ojos vueltos hacia atrás y una aguja colgándole del brazo.

Mi corazón, ese que ya no pensaba que pudiera romperse más, estalló en mil pedazos.

—Joe. —Levanté la mano para taparme la boca mientras luchaba por asimilar la imagen que mi mente me aseguraba que no era una pesadilla, sino la realidad—. ¡Joey!

Nada.

—Se supone que íbamos a pasar el día juntos —sollocé avanzando hacia él a trompicones.

El aroma de su pena flotaba a mi alrededor, y la verdad es que pensé que me iba a morir del dolor que sentía en el corazón mientras me desangraba por dentro.

Alejé la mercancía de su cuerpo de una patada, como si de alguna manera

eso fuera a mejorar las cosas, me arrodillé junto a él y deshice la ligadura que le cortaba la circulación del brazo.

—Joe, ¿me oyes?

Nada.

Ahogando un sollozo, alargué la mano con cuidado y le saqué la jeringuilla del brazo justo antes de tirarla a la otra punta de la habitación.

—¿Joe?

La única respuesta que obtuve fue un leve gemido.

—Levántate —le supliqué tirándole de los hombros en un patético intento por hacer que se incorporara.

—Molloy.

—Soy yo —dije llorando ahora con intensidad mientras trataba de tirar de él para que se sentara—. Estoy aquí, Joe.

—Aoife.

—Tienes que venir conmigo, ¿vale? —Sorbiendo otro sollozo, me las arreglé para conseguir que se pusiera en pie—. Voy a llevarte a un lugar seguro.

—Molloy.

—Te tengo. —Le enganché un brazo a la espalda, me pasé su brazo por los hombros y, con paso vacilante, lo ayudé a arrastrarse hacia la puerta—. No te preocupes, Joe. Apóyate en mí. Te tengo.

Se me escapaba cómo había logrado bajar con él las escaleras, pero no tuve mucho tiempo para pensarlo porque Shane y sus matones nos estaban esperando en la entrada, lo que me puso aún más de los nervios.

—Oye, sería mejor que lo dejaras dormir la mona —propuso Shane con una risita—. El pobre chaval ni siquiera puede colocarse sin que venga la parienta a tocarle los huevos.

—Por el amor de Dios, Holland, no seas capullo. ¿No ves que la pobre chica lo está pasando mal por su novio? —repuso otro hombre mucho más grande y viejo con una buena barba y el característico acento de Belfast. Se

acercó hasta donde yo trataba de sujetar a Joey, que estaba en estado semicomatoso, y lo irguió sin esfuerzo—. ¿Dónde tienes el coche, cariño? —preguntó—. Ya lo llevo yo hasta allí.

Nada me apetecía más que mandarlo a la mierda, pero necesitaba ayuda.

—Está fuera —resoplé, y luego me dirigí hacia la puerta echando un rápido vistazo hacia atrás por encima del hombro para asegurarme de que ese hombre me seguía con Joey.

Por suerte, así era.

Me apresuré a llegar al coche y abrí a toda prisa la puerta del copiloto.

—¿S-se va a poner b-bien? —me oí preguntar sintiéndome extremadamente pequeña y joven en ese momento—. ¿Debería ll-llevarlo al ho-hospital?

Ahí estaba, la noche de Nochebuena, llorando a gritos como una cría a un lado de la carretera mientras un gángster mazado metía a mi novio en el coche por mí.

«Madre del amor hermoso...».

—No, cariño, se pondrá bien, ya lo verás —me aseguró el hombretón depositando a Joey en el asiento del copiloto. Llegó incluso a abrocharle el cinturón de seguridad—. Llévalo a un sitio seguro y deja que duerma la mona.

—¿Eso era...? —Moví la cabeza hacia los lados, dejé ir un trémulo suspiro y aventuré con voz entrecortada—: ¿Heroína?

El hombre no respondió.

—¿Qué hago? —Se me escapó otro llanto estridente—. ¿Cómo p-puedo ayudarlo?

—Estará genial —me dijo el hombre—. No se ha ido tan lejos como para que no pueda volver. Y con una chavalita como tú a su lado, se pondrá las pilas. No te preocupes.

Me lo quedé mirando y sentí que me invadía una oleada de ira, curiosidad y gratitud.

—¿Por qué me has ayudado esta noche?

—Porque una vez yo fui este chico, y me hubiera gustado que alguien hubiera ayudado a mi mujer antes de convertirme en lo que soy y que ella se convirtiera en mi ex.

Y entonces se dio la vuelta y se encaminó hacia el interior de la casa, dejándome sola con Joey.

Lanzando otro sollozo, di la vuelta alrededor del coche y me subí en el asiento del conductor. Temblando como una hoja, me abroché despacio el cinturón y metí la llave en el contacto.

—Está embarazada —susurró Joey a mi lado torpemente con los labios casi unidos.

—¿Quién?

—Mi madre.

«Por Dios».

Estaba tan sorprendida que no sabía qué decir.

Gimiendo de dolor, masculló:

—Lo... siento, Molloy. Lo siento mucho... joder...

—Ya lo sé —respondí sorbiendo la nariz y arrancando el motor—. Lo sé, Joe.

—Molloy... te... —Sentí que el cuerpo se me tensaba cuando alargó el brazo fatigosamente hacia mí e intentó darme una palmada en el muslo—. Quiero.

—Dímelo cuando estés limpio —repliqué apretándole la mano con cariño—. Esta noche no cuenta.

—¿Por qué no iba a contar, Molloy?

—Porque no te vas a acordar —susurré llena de tristeza.

25 DE DICIEMBRE DE 2004

Verificación de la realidad y toma de conciencia

Joey

Cuando abrí los ojos, vi que estaba en una habitación bañada por el sol de media mañana con una maraña de cabello rubio sobre la cara. Desnudo como el día en que nací, le había pasado el brazo por encima a una rubia que descansaba contra mí en las mismas condiciones de desnudez.

Un dolor tóxico y concentrado me inundó el pecho al instante, filtrándose por todas las venas y arterias de mi cuerpo hasta no dejarme sentir más que pena.

La oscuridad me envolvió.

Inhalando con dificultad cuando la familiar punzada del hambre se agarró a mi garganta, apreté los puños y tensé los músculos, inmóvil.

No tenía hambre de comida, sino de heroína.

Con un sentimiento de repulsa, me puse a pensar en lo bajo que había caído. En cómo me había permitido a mí mismo convertirme en mi padre. Tenía veneno dentro, igual que él.

No era algo que fuera a superar.

Esa debilidad hereditaria que me había legado la persona que más odiaba en el mundo iba a comerme vivo desde dentro para siempre.

La adicción se había instalado en mi interior igual que las sanguijuelas se

enganchaban a un cadáver lleno de sangre. Paralizado por el miedo y con un nudo en el estómago, traté desesperadamente de desentrañar mis confusos pensamientos hasta que el reconocible aroma de su champú invadió mis sentidos.

«Molloy...».

Soltando un enorme suspiro de alivio, me acerqué al calor de su cuerpo y le di un beso en la espalda desnuda.

Respondió sorbiéndose la nariz.

Me quedé congelado.

Volvió a sorberse la nariz.

Ay, mierda.

Ahogó un sollozo.

Los acontecimientos de los últimos días fueron abriéndose hueco en mi cabeza poco a poco, y se me heló la sangre mientras la vergüenza me arropaba con su familiar abrazo.

«No».

«No».

«Joder, no...».

—Molloy. —Mi voz sonaba asfixiada y rota—. Nena, joder, lo...

—No me haces bien —musitó de forma entrecortada aferrándose a la mano que le había pasado por encima—. Ahora lo entiendo. —Me clavó los dedos en el antebrazo—. Pero eso no impide que mi corazón te quiera o que mi cabeza te desee.

Sentía su dolor. Le salía del pecho como una hemorragia y se derramaba directamente sobre mí.

Ella era la única persona a la que había amado que no había salido de entre las piernas de mi madre. La imagen era horrible, pero lo decía en serio. No me importaba mucho nada ni nadie, aparte de esos pobres niños indefensos que pertenecían a mi estirpe y tenían la desgracia de compartir mi desdicha.

Pero sí que me importaba la chica que tenía entre los brazos. Me importaba un montón.

—Aunque tú seas el adicto en esta relación, también eres el hábito que yo tengo que dejar —declaró con la voz ahogada y el pecho agitado mientras se giraba entre mis brazos para mirarme—. Porque cuando estoy contigo siento que me muero, pero cuando no, es como si ya estuviera muerta.

Me llenó el hombro de lágrimas. Las sentía. Eso me llegó al alma.

Quería compensarla, mostrarle mi mejor cara, pero, joder, estaba tan cansado... Me encontraba exhausto, por dentro y por fuera.

Ella tenía los ojos rojos e hinchados.

No era una cuestión moral.

Nadie tenía por qué quererme si para ello debía sufrir a ese nivel.

—Aoife. —Lo poco que quedaba de mi corazón se partió en dos—. Me mata haberte hecho esto.

—Y yo no te puedo dejar, porque sé que todavía queda algo de ti ahí dentro —dijo con voz temblorosa. Me puso la mano sobre la zona del pecho en la que llevaba tatuado su nombre, sollozó de nuevo y susurró—: Lo que significa que voy a seguir queriéndote, Joey Lynch. Así que deberías empezar a pensar cómo dejar de romperme el corazón.

Haciéndose un ovillo contra mí, enterró su rostro en mi pecho y continuó llorando.

Su largo cabello rubio nos rodeaba, sus hombros estaban completamente caídos, y yo me obligué a ser duro y contemplar la destrucción que había provocado.

«Y por eso no tienes cosas bonitas —escupió mi conciencia mientras los pulmones se me contraían hasta impedirme respirar—. ¡Porque las rompes!».

Abriéndome paso entre la neblina de las drogas y los sentimientos, observé cómo ella se rompía entre mis brazos, al tiempo que luchaba contra el malvado y cabronazo demonio que habitaba mi cabeza, ese que se negó a

hacer lo correcto por esa chica.

Cuanto más batallaba por hacerme con el control de esa persona de mierda en la que me había transformado, más fuerte se hacía el demonio.

—Lo siento —fue todo lo que pude susurrar mientras la abrazaba—. Lo siento muchísimo, joder.

Cuanto más lloraba, más se me contraían los pulmones, y, cuando se puso a gritar contra mi pecho, sentí que me moría por dentro.

Y fue entonces cuando encontré la fuerza que necesitaba para hacer lo que debía.

Hasta entonces no había encontrado la fuerza necesaria para salvarla.

«De mí».

25 DE DICIEMBRE DE 2004

La mañana de Navidad

Aoife

Era la mañana de Navidad.

También el decimoctavo cumpleaños de Joey.

Sin embargo, en lugar de estar celebrando alguna de esas dos cosas, me encontraba soldada a su pecho, aferrándome a su cuerpo con todas mis fuerzas, porque tenía la horrible sensación de que en cuanto él saliera de la cama, no iba a volver.

El maltrato físico al que habían sometido a Joey, el abandono emocional, las cicatrices psicológicas y la brutal presión que había soportado durante toda una vida tirando del carro y criando a unos niños que no eran suyos, habían acabado por romper algo fundamental en su mente.

Se había dado por vencido respecto a sí mismo. Se lo había visto en los ojos la noche anterior. Esa misma mirada seguía allí cuando se había levantado por la mañana... Y me daba un miedo de muerte.

Estaba enfermo, se encontraba muy mal, y yo me veía superada por tratar de sacarlo de algo que no comprendía.

Quería rescatarlo, protegerlo de los horrores entre los que se había criado. Quería ser su armadura cuando no podía defenderse. Hundirme en la batalla por él, proteger su preciosa alma. Pero había estado tan centrada en salvarlo, que no me había dado cuenta de que me había perdido a mí misma

por el camino.

«Nuestro amor era tóxico».

—Esto es tóxico —sentenció Joey con voz ahogada verbalizando mis pensamientos mientras me abrazaba y apretaba mi cuerpo con tanta fuerza como yo apretaba el suyo—. Soy tóxico para ti.

—No me importa —sollocé en un espantoso delirio de amor y pena—. Todavía te quiero.

—Por eso mismo —dijo con voz entrecortada mientras desenredaba tiernamente nuestros cuerpos unidos y salía de la cama—. Soy muy tóxico para ti.

—¿Qué haces? —le pregunté agitada viendo cómo cogía rápidamente su desaliñada ropa, amontonada junto a la mía en el suelo de mi cuarto—. ¿Joey? ¿Qué haces?

—No hagas esto más difícil. Los dos sabemos que me tengo que ir. —Dejó ir un vibrante suspiro y evitó mirarme mientras se vestía con movimientos torpes debido al intenso temblor que recorría su cuerpo—. Nuestra historia se tiene que acabar y tienes que dejar que haga esto por ti, ¿vale?

—¿Qué? ¡No! —Me abrasé en mi propio pánico—. No, esto no tiene por qué acabar. ¡Los dos sabemos que eso no es cierto!

—Molloy. —Clavó sus vacíos ojos verdes, que estaban enmarcados en unas ojeras tan oscuras que parecían moratones, en los míos. Mierda, conociendo a mi novio, probablemente fueran moratones de verdad—. Tengo que irme —anunció con voz asfixiada—. Todo ese dolor... Toda la mierda absurda y jodida por la que te he hecho pasar... —Su voz se quebró y vi cómo respiraba con dificultad, sufriendo tanto como yo en ese momento—. Debería haber acabado con esto hace mucho tiempo.

—¡No! —Di un bote del colchón y me acerqué a él a toda prisa; necesitaba que se quedara conmigo—. No lo hagas. —Rodeándolo con mis brazos, enterré la cara en su cuello y me agarré a su cuerpo con todo mi ser

—. No pasa nada, no pasa nada. Estoy bien. ¡Estamos bien! No digas esas cosas. ¡Dios!

Al instante, los brazos de Joey envolvieron mi cuerpo, haciéndome sentir tan segura que dolía. No tenía ningún sentido que pudiera hacerme sentir así, como si nada pudiera hacerme daño cuando estaba entre sus brazos, cuando la verdad era otra muy distinta.

Entonces se hizo el silencio entre nosotros; las palabras no pronunciadas nos bailaban en la punta de la lengua mientras nos abrazábamos.

En ese momento podía sentirlo todo, cada una de las palabras hirientes que habían resonado a lo largo de toda nuestra puta relación. Cada beso, cada caricia, cada pelea, cada grito, cada destello de locura a medianoche que nos había llevado a ese preciso momento.

—Oye, quiero decirte algo —dijo con calma agarrándome la cadera con la mano—. Quiero que sepas que has sido la mejor parte del día todos los días desde que tenía doce años.

—No, Joe. —Con la voz rota, sentía cómo el corazón me martilleaba violentamente mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas—. No quiero oírlo.

«Porque sabía adónde llevaba».

—Pues es verdad. —Me levantó la barbilla con la mano que le quedaba libre y me hizo mirarlo—. Mi vida ha sido una mierda desde el principio, Molloy. Joder, lo sabe todo el mundo. Nunca he tenido calma. Pero tú... —Sus ojos, rebosantes de lágrimas, me imploraban que lo escuchara—. Tú fuiste como una isla. Un sitio al que ir y escaparme de todo. Un lugar seguro. Alguien que me mantenía anclado, si es que eso tiene algún sentido. Y me aproveché de la situación sin tener ningún derecho. Fui egoísta al arrastrarte a mi mundo. Ahora necesito pensar en ti antes que en mí.

Me rodó una lágrima por la mejilla al darme cuenta de que sus palabras no hacían más que confirmar lo que ya sabía: que nunca iba a olvidarme de ese chico.

—Si pensaras en mí no harías esto, porque no es lo que quiero, Joey. No quiero que te despidas de mí.

—Tal vez no quieras que me despida de ti, pero necesitas que lo haga. —Y entonces añadió algo que me cortó más que una guillotina—: Era inevitable que yo jodiera lo nuestro, Molloy. —Con aire resignado, me dejó ir lentamente y retrocedió—. Lo que me come por dentro es no haber antepuesto tu bienestar al mío antes.

—¡Por Dios bendito! —sollocé lanzando las manos al aire con frustración y pánico mientras lo veía alejarse de mí—. Te encanta dejarme tirada, ¿verdad? —Como no me respondió, le grité—: ¡Vale! ¡Lárgate!

Asintió muy ligeramente con la cabeza y se dirigió hacia la ventana.

—Venga. —En un desesperado intento por guardar las apariencias y con el corazón hecho añicos, le solté—: Pírate de aquí, joder.

El corazón me palpitaba con fuerza mientras trataba de reprimir el impulso de impedir que saltara por la ventana de mi cuarto y se marchara.

—Ya estás tardando —opté por decir, llorando como una cría al ver cómo se iba—. Mira que pasar de lo nuestro a la primera de cambio... Ya te vale.

—¡Porque estar conmigo no te hace ningún bien! —bramó Joey trepando de nuevo por la ventana y volviendo hacia mí—. Joder, Molloy, ¿no te das cuenta? ¡No te hago bien, joder! Lo de anoche fue solo una pequeña muestra; no puedo cambiar, ¿vale?

Con total temeridad, lo cogí por el cuello, acerqué su cara a la mía y lo besé con fuerza, brutalidad y rabia. Él me devolvió el beso con la misma pasión mientras me agarraba el pelo entre sus puños y me apretaba la cara entre sus manos.

—No hagas esto —sollocé contra sus labios notando el sabor de mis lágrimas mezcladas con las suyas—. Por favor.

Me dio un último beso en la frente antes de alejarse de mí.

—Si no me voy ahora, nunca lo haré.

Y entonces desapareció por la ventana de mi cuarto y cayó sobre el tejado

del cobertizo que había debajo.

—¡Joey! —grité entre llantos asomándome por la ventana—. No lo hagas.

Me lanzó una mirada, se subió la capucha y saltó hacia el suelo antes de gritar:

—¡Nos vemos, Molloy!

Y desapareció.

25 DE DICIEMBRE DE 2004

Cortados por el mismo patrón

Joey

Totalmente hundido, hice el camino de vuelta a casa en piloto automático, apenas capaz de poner un pie delante del otro mientras en mi interior se desataba una guerra. El corazón me exigía que diera la vuelta, volviera con ella y le suplicara que me perdonara por algo que mi cerebro sabía que yo iba a volver a hacer.

Porque eso es lo que iba a pasar.

No podía dejarlo. No podía liberarme. Y dejar que ella cayera conmigo quedaba descartado de antemano.

Sintiéndome peor de lo que me había sentido en mucho tiempo, ignoré a los grupos de niños y a las jóvenes familias que jugaban en la calle con bicis y patinetes nuevos mientras cruzaba su urbanización y me dirigía por el puente hacia la mía.

«No lo hagas. No te alejes de ella. Es lo único bueno que tienes. Es la única que se preocupa por ti, joder».

Con la capucha puesta, seguí adelante haciendo caso omiso de todos mis pensamientos egoístas, mis impulsos y mis instintos, consciente de que esta vez debía pensar en ella antes que en mí. Y eso significaba poner cierta distancia entre nosotros.

«Hazlo por ella. Dale una oportunidad de ser normal. No la arrastres

contigo. Es demasiado buena para ti».

—¿Todo bien, Lynchy? —me dijo Jason O'Driscoll, alias Dricko, uno de los chicos de mi urbanización, cuando pasé por su lado. Sentí el reconocible aroma a hierba que desprendía el canuto que sostenía entre los dedos—. Feliz Navidad.

—Todo bien, Dricko —contesté deteniéndome para saludar al chico con el que había compartido curso en el Ballylaggin hasta que en tercero abandonó los estudios después de los finales. También habíamos jugado juntos al hurling en las ligas de los clubes menores, pero la vida se cruzó en su camino—. ¿Cómo está vuestro pequeño? ¿Ha venido Papá Noel?

—¿Luke? Buah, está genial —respondió mientras se apoyaba contra uno de los laterales de la casa en ruinas de la madre de su bebé luciendo una bata rosa con volantes—. Solo tiene un año y medio, así que no tiene ni idea de lo que pasa. —Exhaló una nube de humo y me tendió el canuto ofreciéndome una calada—. ¿Quieres fumar?

—No, paso. —Negué con la cabeza y cerré con fuerza las manos dentro del bolsillo delantero de la sudadera—. ¿Qué tal le va a Sam? —dije cambiando de tema aprovechando que mis pensamientos habían saltado a otra de mis antiguas compañeras de clase—. ¿Vives aquí con ella? —pregunté señalando la casa de protección oficial que sabía que le habían dado a la chica poco después de tener el bebé.

—Hostia, ni de coña. —Ahogó una carcajada—. Tengo mi propia vida. Sam se ocupa del crío.

Arqueé una ceja.

—Tío, seguro que ella también tenía la suya antes de que le endilgaras a tu hijo a los dieciséis.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir —se apresuró a añadir Dricko teniendo la decencia de mostrarse avergonzado—. No me malinterpretes, es una madre genial. Luke tiene suerte de tenerla porque la verdad es que yo no sabría qué hacer con él, pero la tía se cree que le pertenezco porque ha

tenido un hijo mío.

Me lo quedé mirando con cara de póquer.

—Te lo juro, es una puta pesadilla. No puedo hacer nada a mi bola, Joe. Está todo el día encima de mí —murmuró amargamente mirando con los ojos entrecerrados hacia la puerta principal—. Me sorprende que me haya dejado salir a fumar sin venir detrás de mí.

Me encogí de hombros.

—A lo mejor si te quedaras un poco más con ella, no tendría que andar persiguiéndote tanto.

—Para ti es fácil decirlo —repuso con una carcajada—. Tú tienes a ese pibón de la urbanización Rosewood. Tuviste suerte de que estuviera allí la noche de tu dieciocho cumpleaños cuando se te fue la bola con aquel coche —siguió dándome una dosis de mi propia medicina al añadir—: La Gardaí estuvo rastreando la urbanización en busca del culpable.

No le respondí. No pude. Porque la cara de Molloy apareció de inmediato en el punto de mira de mi mente y me estaba ahogando en la culpa.

—¿Qué motivos tengo yo para quedarme? —continuó divagando—. Pañales llenos de mierda, facturas pendientes, quejas constantes y un bebé chillón. —Movié la cabeza a un lado y a otro—. Qué va, tío, ponte en mi piel una semana y verás qué poco tardas en bajarte del burro. —Entonces la puerta principal se abrió hacia dentro y Dricko dejó escapar un gruñido incómodo—. ¿Ves lo que te digo?

—Quiere estar con su padre —soltó Sam con la cara enrojecida y los ojos llorosos desde el umbral de la puerta con una criatura de pelo oscuro en sus brazos.

—Ya, bueno, su padre está ocupado —le espetó Dricko por encima del hombro—. Dile que tendrá que conformarse con su madre.

—También es tu hijo, Jason. Es la mañana de Navidad. Al menos podrías fingir que te interesas por él durante más de treinta segundos —replicó Sam antes de desviar la vista hacia mí—. Ah, hola, Joey.

—Sam.

Incliné la cabeza a modo de saludo y me obligué a fijarme en ella.

«Mírala, gilipollas. Eso te hará ver que has hecho lo correcto», soltó mi cerebro. Me sentí validado al observar a esa chica, que había crecido conmigo y se había convertido en madre antes de tiempo.

Yo no era muy distinto a Dricko. Compartíamos la desgracia de que nuestras madres nos hubieran tenido siendo muy jóvenes y nuestros padres fueran gilipollas. Estábamos cortados por el mismo patrón, pero yo me iba a asegurar de que el futuro de Molloy no fuera el que le esperaba a Samantha McGuinness.

—Feliz Navidad.

—Gracias, igualmente, Joe —contestó mirándome con aire ausente antes de volver a centrarse en su pareja:

—Entonces ¿qué? ¿Entras o no?

—Cuando pueda.

—Jason.

—Sigue dando por culo y tú y el niño cenáis los dos solos —advirtió expulsando otra nube de humo—. Estoy aquí por hacerte un favor, Sam. Te dije que vendría anoche para ver cómo el niño abría los regalos, pero no soy tu mayordomo.

—No solo viniste —espetó con voz temblorosa—. Te quedaste a dormir.

—Bueno, yo me voy —musité alejándome a toda prisa por el camino para no verme arrastrado por su riña doméstica.

Esa mañana no tenía ni el espíritu ni la energía necesarios para lidiar con el drama de nadie. Mi cabeza estaba a reventar y los hombros habían empezado a ceder bajo el peso de mi propia mierda.

Notaba cómo el teléfono me vibraba en el bolsillo, pero no lo cogí. No fui capaz. Porque si veía su nombre parpadeando en la pantalla, sabía que no tendría la fuerza suficiente como para rechazar la llamada.

—¡Joey! —Ollie estaba en la puerta cuando llegué al jardín pocos

minutos después—. ¡Ha venido Papá Noel, Joe! ¡Este año se ha pasado por nuestra casa! ¡Ha venido!

—¡No me digas! —respondí ofreciéndole el entusiasmo que necesitaba de mí en ese momento sin saber muy bien cómo—. Eso es porque te has estado lavando bien las orejas.

—¡Ajá! —Resplandeciente, mi hermanito asintió con la cabeza, me cogió la mano y me arrastró hacia dentro—. ¡Tenías razón, Joe! ¡Dijiste que si me las frotaba bien vendría y era verdad!

—Buenos días —me saludó mamá en el recibidor, ataviada con la vieja bata de siempre. Darren se la había regalado las Navidades antes de marcharse. Daba igual que le hubieran regalado una nueva desde entonces. Llevar esa raída prenda era su forma de aferrarse al pasado y a su primogénito—. Feliz cumpleaños.

—Ay, jopé, ¡me había olvidado! —vociferó Ollie dándose una palmada en la frente—. Feliz cumpleaños, Joey.

—Gracias, chaval —contesté antes de preguntarle a mi madre—: ¿Dónde está?

—En la cama.

—Bien. —Reprimí un escalofrío de rechazo cuando los ojos se me fueron al vientre de mi madre y preferí centrarme en los brazos extendidos del bebé que llevaba sobre la cadera—. ¿Cómo está mi pequeño Seany? —dije levantándolo para cogerlo entre mis brazos—. ¿Le ha traído algo Papá Noel a mi Seany?

—*O-ui* —balbuceó Sean apretándome su mano cubierta de saliva sobre la mejilla—. *O-ui*.

Esquivando a mi madre, me dirigí hacia la salita, donde Tadhg jugaba bajo el árbol con un aspecto extremadamente abatido, en comparación con el de nuestros hermanos pequeños.

—No volviste a casa —dijo en tono acusador sin molestarse en levantar la vista del tren de juguete que sostenía entre las manos.

—Lo sé.

—¿Dónde estuviste?

—Fuera.

—Fuera ¿dónde?

—Eso no es asunto tuyo. —Fruncí el ceño—. ¿Te ha traído un tren?

Tadhg asintió rígidamente con la cabeza.

—Sí.

—Pero tienes casi doce años...

—Ya.

—No juegas con trenes desde los siete.

—Ya.

—Seguro que es para Ollie o para Sean —comenté dejando a Sean en el suelo y dándole algo de papel para regalo—. Ma... Papá Noel se habrá equivocado de nombre.

—No —negó Tadhg en voz baja enseñándome una etiqueta que venía con el regalo—. Es para mí.

Niño, de 7 a 11 años, decía la cartulina azul. Me entraron náuseas al saber exactamente de dónde salía el escaso número de regalos que había bajo el árbol.

De la campaña de juguetes navideña que organiza la beneficencia de Ballylaggin.

Porque, en esa ciudad, a nuestra familia se la consideraba una obra benéfica.

—¿A ti qué te ha traído? —me obligué a preguntarle a Ollie haciendo un gran esfuerzo por mantener un tono agradable.

—Ah, a mí me ha *traeído* este juego superchulo —me contó alcanzando una edición de viaje del Conecta 4.

—«Traído» —lo corrigió Tadhg con hastío—. Se dice «traído», no «*traeído*».

—«Traído» —canturreó Ollie—. Y a Seany le han *traeído* este gusano

brillante.

—¡«Traído»!

—Ajá, «traído» —repitió Ollie sonriéndome—. ¿Quieres jugar, Joe?

«No, me quiero morir».

—A lo mejor dentro de un rato —contesté—. Pero deberíais ir a mi cuarto. Puede que Papá Noel haya dejado algo allí.

Tres pares de ojos abiertos como platos se posaron sobre mí.

—¿También?

Me encogí de hombros.

—Nunca se sabe.

—¡Eres lo más! —berreó Tadhg pasando a mi lado a toda velocidad en dirección a la escalera.

—¡Vamos, Sean! —chilló Ollie ayudando al benjamín de la familia a subir los peldaños detrás de él—. ¡Seguro que Papá Noel ha vuelto a esconder los regalos buenos en el cuarto de Joey este año!

—¡Sí! —oí vitorear a Tadhg desde el piso de arriba—. ¡Brutal!

Sacudiendo la cabeza, ignoré la vibración que procedía de mi bolsillo y me fui hacia la cocina, donde mi madre estaba pelando patatas.

—¿No has podido conseguirles nada de lo que querían? —le pregunté bajando la voz—. ¿Ni una puta pelota de fútbol?

—No me quedaba dinero después de hacer la compra —respondió sonrojándose.

—¿Ni diez euros? —insistí alzando las manos—. Tadhg estaba destrozado. Ya no es un niño, mamá. Sabe de dónde vienen esos regalos y es humillante para él. Lo sé porque yo he sido él. He sido ese niño al que los padres de sus amigos donaban la mierda que ya no querían. Es horrible.

Mamá se sorbió la nariz.

—Ya, bueno, estoy segura de que tu regalo lo hará sentirse mejor.

Lo dijo en un tono hiriente que me tocó la moral.

Entrecerré los ojos.

—¿Te enfadas conmigo porque te salvo el culo? ¿Otra vez?

—No, no estoy enfadada contigo. Estoy avergonzada. Ya me siento bastante mal por todo esto, Joey, de verdad —musitó cabizbaja mientras pelaba torpemente las patatas—. Así que te agradecería que me ahorraras el tercer grado.

—Como no puedes mantener a los hijos que ya tienes, has decidido que este sería el momento ideal para traer otro más al mundo. —No podía dejar de soltarle verdades—. ¿Qué pasará con él si no puedes cuidarlo? Porque yo no voy a volver a hacerlo, ¿me oyes? No voy a volver a hacerle de madre a otro recién nacido.

Se asustó como si le hubiera pegado.

—Nada de lo que digas me hará sentir peor de lo que ya me siento.

Me apoyé contra la encimera, le clavé la mirada y le pregunté:

—¿Qué me dices del dinero que te di? ¿Por qué no les compraste nada con eso?

No me respondía.

—¿Mamá?

Nada.

—¿Qué has hecho con el dinero que te di?

—Tu padre debía dinero —admitió por fin en un tono de voz apenas más fuerte que un susurro entrecortado—. No podía esperar.

—¡Por el amor de Dios, eran doscientos euros! —Lancé un suspiro y me pasé una mano por el pelo en señal de frustración—. ¡Te los di para ti y para los niños, no para que él pagara sus deudas de juego ni sus cuentas en los bares! ¿Tienes la más remota idea de cuánto me ha costado ahorrarlo? —La miré con la boca abierta—. Mamá, para mí eso es el sueldo de una semana. No me volverán a pagar hasta el año que viene... Y a ti tampoco.

—Ya lo sé —susurró sorbiéndose la nariz—. Lo siento.

—¿Qué pasa si mientras tanto nos quedamos sin electricidad? —pregunté con sensación de pánico—. ¿O sin carbón para el fuego antes de que uno de

los dos vuelva a cobrar? ¿Qué hacemos entonces?

—Joey.

—¿Cómo nos vamos a calentar, mamá? —dije sofocado, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. ¿Cómo vamos a mantenerlos calientes?

—La semana que viene me pagarán el dinero de la prestación de mis hijos —repuso con voz entrecortada—. Hasta entonces, nos las apañaremos.

—¿El dinero de la prestación de tus hijos? —La miré sin dar crédito—. ¿Dependes de unos ingresos que él siempre se ha fundido en bebida para sacarnos adelante?

—Tu padre ya no bebe —lo defendió de inmediato—. Esta vez me lo ha jurado.

—Para. —Levanté una mano, me di la vuelta y salí de la cocina antes de perder los nervios—. No puedo seguir escuchándote.

—¡Espera, Joey!

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir viviendo así, mamá? —le planteé por encima del hombro—. Porque de verdad que yo no doy para más.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá esos niños estarían mejor en un centro de acogida.

Me dirigí hacia la escalera obviando las súplicas de mi madre, que me rogaba que volviera para hablar con ella, y me apresuré a llegar a mi cuarto.

—No los ha dejado bajo el árbol. El tontaina ha escondido nuestros regalos en tu armario, Joe —exclamó Ollie abrazado a la extraña criatura con aspecto de Gizmo que le había pedido a Papá Noel. Molloy y yo habíamos hecho cola durante horas bajo una lluvia torrencial para hacernos con ella—. ¿Lo ves? —Levantó el espantoso monigote para que todos lo viéramos—. Santa es el mejor.

—Cúidalo, ¿vale? —le advertí.

«El cabroncete me ha costado media semana de sueldo».

—Sí. —Tadhg dejó su nuevo hurley sobre mi cama, se acercó a mí y me

envolvió la cintura con los brazos, apretándome con fuerza—. La verdad es que es el mejor.

—*O-ui, o-ui*. —Sean intentaba captar mi atención tirándome de la pernera de los vaqueros. Cogió a su Elmo del suelo y lo tendió hacia mí—. *E-mo*.

—¡Eso es! —lo vitoreé agachándome hasta ponerme a su altura—. ¿Ves a este compi? —Le mostré el peluche rojo—. Pues usa el orinal igual que Seany.

—Feliz cumpleaños, Joe —dijo Shannon detrás de mí. Me giré justo a tiempo para ver cómo se sacaba una tarta casera de la espalda—. Ya sé que cumples dieciocho —añadió ruborizada—, pero solo he podido encontrar cuatro velas.

—¡Pide un deseo, Joe! —jaleó Ollie—. Y no nos digas qué es, porque entonces igual no se cumple.

—¿Me has hecho una tarta?

Sonrojándose un tono de rosa más, mi hermana asintió con la cabeza.

Subí una ceja.

—¿Comestible?

—¿Tan difícil es de creer? —Se rio—. Hace años que te hago la cena y todavía no te he envenenado, ¿a que no?

—No, todavía no. —Me levanté y le revolví el pelo—. Gracias, Shan. ¿Has visto el CD que te ha dejado Papá Noel en la mesilla de noche?

—Sí. —Me dedicó una sonrisa radiante—. Ha sido más que generoso.

—Venga, Joe —protestó Ollie—. Pide un deseo y sopla las *pelas*. Quiero tarta.

Tadhg suspiró.

—Se dice «velas», no «pelas».

—Eso he dicho.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—Por Dios, no empecéis otra vez con eso. —Me incliné, soplé rápidamente las velas y le dije a mi hermana—: No tenías que haberte molestado por mí.

—Haría mucho más por ti si pudiera —replicó apoyándose contra mí para darme un medio abrazo mientras apartaba las diferentes manitas que se acercaban a la tarta—. Te quiero, Joe.

—*O-ui* —canturreó Seany agarrándose a mi pierna—. *O-ui*.

—Todos —concedió Tadhg a regañadientes—. Todos te queremos, quiero decir.

—Ajá —añadió Ollie—. Mucho.

—Ya. —Dejé ir un pesado suspiro e hice balance de los pequeños seres humanos que me rodeaban—. Yo a vosotros también.

Era oficial; tenía dieciocho años.

Podía salir por la puerta principal y nadie tenía derecho a detenerme.

Podía largarme.

Ser libre.

Pero esas cuatro personitas que me miraban con cara expectante estaban tan indefensas y dependían tanto de que yo pudiera mantenerlas y protegerlas, que en el fondo sabía que no iba a abandonar esa casa hasta que pudiera llevármelas a todas conmigo.

No estaba seguro de si lo que me mantenía encadenado ahí era el amor o el deber, las líneas eran demasiado borrosas como para diferenciarlas, pero de una cosa estaba seguro: nunca iba a convertirme para ellos en lo que Darren se había convertido para mí.

Nunca iba a abandonarlos.

Les evitaría ese dolor a toda costa.

27 DE DICIEMBRE DE 2004

Lo que vino después

Aoife

Abajo, en el cocina, la radio sonaba a todo trapo martirizándome con la canción «Only a Woman's Heart», de Mary Black, cuya voz resonaba por el hueco de la escalera. Su melancólica letra se envolvió alrededor de mi ya destartelado corazón.

Aturdida, me acurruqué en la cama formando el ovillo más pequeño que pude, con las rodillas presionadas contra el pecho, y luché para calmar la histeria que me ahogaba. El dolor atravesaba cada centímetro de mi cuerpo, por dentro y por fuera.

Sentía como si tuviera una hemorragia de lágrimas.

No dejaban de caer.

No sé cómo logré sobrevivir a la cena de Navidad con mi familia sin venirme abajo en la mesa. Suponía que tenía mucho que ver con el shock y la adrenalina que habían estado recorriendo mis venas, pero ya hacía tiempo que esa sensación me había abandonado.

Sabía que mis padres estaban preocupados por mí. Aparte del rato que había estado fuera de casa esa mañana para cumplir con mi turno en el trabajo, me había pasado las cuarenta y ocho horas anteriores encerrada en mi cuarto, lo cual era una señal inequívoca de alarma. Sobre todo teniendo en cuenta que el día anterior había sido San Esteban y que yo nunca me

había perdido la noche más bestia del año.

Joder, hasta Kev se había acercado a llamar a la puerta de mi habitación, pero a él tampoco podía contarle nada. Si hablaba sobre ello, si lo verbalizaba, se convertiría en real. Y yo me estaba aferrando desesperadamente a la esperanza de que, de algún modo, iba a despertarme de esa pesadilla y todo iba a volver a ser como antes.

Estaba sin aliento. Unos dolorosos jadeos me desgarraban la garganta en protesta porque mi corazón no quería dejarme respirar. Lo que quería era que me sumiera en el sueño más profundo de mi vida y me despertara cuando todo hubiera pasado.

Ese pensamiento solo me hacía llorar aún más.

Porque se había acabado. Y yo no estaba preparada para eso. No estaba preparada para que él me dejara.

Pero lo había hecho.

No contestó ninguna de mis llamadas, y todos mis mensajes se habían quedado sin enviar, porque no conseguía que mis manos dejaran de temblar el tiempo suficiente como para escribir el texto.

Romper conmigo había sido como clavarme un puñal por la espalda, e ignorarme no era sino una cruel forma de girar la hoja un poco más.

Había mantenido una relación con Paul durante casi cuatro años y, en todo ese tiempo, mi corazón nunca había convulsionado de una forma tan tormentosa como con Joey.

«Que seguía provocándome esa misma sensación».

No quería ni pensar en lo que Joey estaría haciendo ahora que ya no estábamos juntos. Esperaba que se sintiera tan triste como yo, pero no las tenía todas conmigo.

Se había dado bastante prisa en cargarse nuestra relación y largarse corriendo, así que por qué no iba a darle por clavar sus penas dentro de otra chica.

«Gilipolleces —soltó una voz en mi cabeza—. Es tu dolor el que habla, y

lo sabes».

Sí, ya lo sabía.

También sabía que él me quería. El problema no era que hubiese alguien más. La única persona que se interponía entre nosotros era el propio Joey.

El desánimo me había clavado las garras bien adentro.

Mi garganta parecía serrín, y tenía el corazón hecho pedazos. Se me desintegraba en el pecho, y no era capaz de soportarlo ni un segundo más.

«Levántate —me exigió mi orgullo—. No te atrevas a quedarte ahí tumbada».

Obligándome a desbloquear la rigidez de mis músculos, me bajé lentamente de la cama y me puse en pie con piernas temblorosas, sorprendida de que mi cuerpo pudiera mantener el equilibrio después del golpe de gracia que había recibido.

Desde luego, me sentía como si me hubieran noqueado el corazón. Las pestañas parecían más espesas y pesadas después de tanto llorar, y tardé unos segundos en dejar de ver borroso y recuperar la nitidez.

«Muy bien —dijo la voz de mi cabeza en tono persuasivo—. Ahora, levántate».

Con la respiración agitada y entrecortada, puse el piloto automático y salí de mi cuarto para entrar en el baño. Cerré la puerta a mis espaldas, me tambaleé como un potrillo recién nacido hacia el lavamanos y me agarré a él con todas mis fuerzas mientras apretaba los ojos y me obligaba a ahogar el grito que trataba de escaparse de mí.

—¡Arrrggg!

Cuando el desgarrador sonido salió de mi cuerpo, me sentí horrorizada, y apreté los dedos contra el borde de porcelana hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

«No te vas a derrumbar».

Contuve la respiración para calmar los sollozos.

«No te vas a venir abajo».

Temblando, cogí el cepillo de dientes y lo pasé por el chorro de agua fría antes de echarle un pegote de pasta de dientes y metérmelo en la boca. Me froté los dientes con tanta saña que estuve a punto de hacer que me sangraran las encías.

No me importaba. Solo quería limpiarlo todo bien para que, de algún modo, se fuera. Borrarlo por completo.

Aunque eso no había manera de conseguirlo.

No dejaba de pensar que, si esa mañana hubiera manejado mis emociones de otro modo, tal vez podría haberlo evitado. Si hubiera esperado a que él hubiera estado lo suficientemente estable como para mantener una conversación coherente, quizá no habríamos acabado así.

Sacudí la cabeza para apartar de mí esos pensamientos y me centré en pequeñas tareas mundanas, como enjuagar el cepillo de dientes, enroscar el tapón de la pasta, cerrar el grifo y volver a colocar el cepillo en el soporte.

Con eso sí que podía manejarme.

Cuando recuperé algo de control sobre mí misma, abrí el agua de la ducha y me desnudé, quitándome todas las capas de ropa antes de meterme bajo el abrasador chorro de agua hirviendo. Aun así, estaba helada hasta los huesos, temblaba de pies a cabeza y los dientes me castañeaban con violencia.

Me sentía ultrajada.

Desgarrada por completo.

«Quiero que sepas que has sido la mejor parte del día todos los días desde que tenía doce años».

Sus palabras siguieron dándome vueltas en la mente hasta que me entraron ganas de subirme al coche, conducir hasta su casa y estrangularlo.

Y luego la imagen de él sobre aquel colchón, con una aguja en el brazo y los ojos en blanco, se infiltró en mis pensamientos y solo quise estrecharlo contra mí y no dejar que se fuera jamás.

No, rectifico: quería morirme por lo injusto que era todo.

«Entonces ¿tienes nombre, chico-que-puede-pensar-por-sí-mismo?».

«¿Acaso importa? Los dos sabemos que acabarás llamándome “cariño”».

Atontada, cogí un bote de champú del estante y me enjaboné el pelo. Luego mojé una toallita limpia y me la puse en la cara, aspirando el vapor caliente.

«¡No estoy bien! ¿Es eso lo que quieres que admita? ¿Es eso lo que quieres oír, Molloy? ¿Que no estoy bien?».

Me froté la cara con la toallita y, de forma algo brusca, retiré los restos de maquillaje. Con los ojos inexpresivos, me quedé mirando la pieza de tela blanca manchada de rímel, base de maquillaje y lápiz de labios.

«Nunca va a quererte más a ti que a su siguiente dosis, Aoife. Esa es la amarga verdad de la vida de mi hijo».

Entre anestesiada y rota, cerré el agua, salí de la ducha y me envolví en la toalla blanca más grande y mullida que encontré antes de volver con paso lento a mi cuarto.

Abajo, la música seguía sonando, y el sonido de una risas me indicó que mis padres habían invitado a unos amigos a tomar algo.

Lo hacían cada Navidad, y, por lo general, a mí me encantaba bajar para darle algún sorbito al vino espumoso barato de turno y flirtear alegremente con los hijos de sus amigos. Esta vez, sin embargo, no tenía energía suficiente como para componer una sonrisa, y mucho menos para entablar ninguna conversación.

Me sentía vacía.

Me subí a la cama dejando ir un suspiro, cogí el teléfono y pulsé el botón de rellamada.

«Soy Joey, ya sabes lo que tienes que hacer».

«Piii».

—No te quiero —le susurré al teléfono con la voz quebrada. Me resbaló una lágrima por la mejilla y cerré los ojos con fuerza—. No te quiero nada de nada, gilipollas.

UN NUEVO COMIENZO

28 DE DICIEMBRE DE 2004

Volver a intentarlo

Joey

Mi padre había vuelto a empujar el codo antes de que mi madre terminara de trincar el pavo, así que yo me pasé lo que quedaba del día de Navidad evitando peleas y protegiendo a mis hermanos de sus puños voladores.

Durante una de sus pataletas facilitadas por el whisky, me puse a hacer balance de mi vida, pero balance de verdad.

Era un desgraciado y no quería seguir siéndolo. Me daba asco a mí mismo por haber caído tan bajo.

Pero por encima de todo estaba Molloy, mi prioridad número uno.

La desolación que había visto reflejada en sus ojos, tan similar al dolor que mi madre soportaba a diario, se había quedado incrustada en el primer plano de mi mente, y se negaba a diluirse o disiparse por mucho que pasara el tiempo.

Su cara de desconsuelo cuando salté por la ventana, el dolor que transmitía su voz, las palabras de cabreo que me había soltado en el ardor del momento... Todo ese dolor lo había causado yo.

Yo había puesto ese dolor en sus ojos y esas palabras en su boca.

«Yo».

No había sido mi padre. Ni mi madre. La culpa era solo mía.

El camino por el que iba me asustaba muchísimo, y la perspectiva de que

mi futuro se pareciera al de mis padres era la llamada de atención que necesitaba. Esa llamada de atención me había llevado a pasar una cantidad desorbitada de tiempo con la cabeza metida en el retrete desde aquella noche.

Unas horribles y familiares gotas de sudor frío me resbalaban por la nuca y me humedecían la frente, el labio y todos y cada uno de los poros de la piel mientras yo combatía al infranqueable demonio que vivía en mi cabeza, que me exigía que abandonara la lucha y me centrara en alimentarlo.

Temblando con violencia, tensé las extremidades, puse rígidos los músculos, y seguí luchando una batalla que no tenía esperanzas de ganar.

«Una hora más —me desafié a mí mismo mentalmente—. Inténtalo con todas tus fuerzas durante una hora más y, si te sigue doliendo tanto como te duele ahora, entonces puedes llamarlo».

Esos trucos me habían ayudado a pasar las últimas setenta y dos horas. La idea de sentirme así para siempre era un concepto demasiado bestia y desmoralizador de la hostia, así que me concentré en un plazo de tiempo que pudiera tolerar.

Una hora.

Eso podía hacerlo.

—¿Todavía estás malo? —preguntó Tadhg distrayéndome de mis pensamientos desde la puerta del baño mientras me veía abrazar el retrete—. Joder, tío, llevas potando desde Navidad.

—¿Sigue enfermo? —Shannon apareció por la puerta con los ojos llenos de preocupación—. Dios mío, Joe, ¿quieres que llame al médico?

—No, no, no. —Abrazado a la taza, seguí retorciéndome y temblando—. Estoy... —Me castañeaban los dientes y, antes de acabar la frase, me vi obligado a ahogar toda una oleada de náuseas—. Pronto estaré genial.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tadhg en tono de ansiosa frustración—. ¿Es un virus? —Me miró con recelo—. ¿Es contagioso?

—No, no es contagioso. —Hice una pausa, vomité y me estremecí al

sentir que otra avalancha de líquido transparente quería salir de mi cuerpo
—. ¿Me hacéis un favor?

—Sí, claro —respondieron al unísono.

Me metí la mano en el bolsillo de los pantalones del chándal, saqué el móvil y se lo tendí.

—Escondedlo.

—¿Eh?

—¿Quieres que te escondamos el teléfono? —dijo Tadhg en tono incrédulo—. ¿Por qué?

—Hacedlo y ya está —espeté apretando los dientes mientras me invadía una nueva oleada de náuseas—. Escondedlo en algún sitio, rompedlo si es necesario, pero... no me lo devolváis.

—¿Y si te enfadas con nosotros? —planteó Shannon indecisa.

—No me enfadaré.

—Pero ¿y si lo haces? —siguió cuestionando Tadhg.

—¡No lo haré! —exclamé—. ¡Joder!

—Ya te estás mosqueando ahora —señaló.

—Por favor —susurré bruscamente—. Por favor, haced esto por mí. Nunca os pido nada.

—¿Me lo puedo quedar?

Shannon respiró hondo.

—No, Tadhg, no te puedes quedar su teléfono.

—Pero ha dicho que lo podemos romper. Eso significa que no quiere...

—Quiere quedarse su teléfono —repuso Shannon.

—Pero acaba de...

—Es solo que no lo quiere ahora mismo —añadió—. Se lo devolverás cuando llegue el momento.

—¿Y por qué no te lo quedas tú?

—Porque yo soy débil y se lo daría en cuanto me lo pidiera.

—¿Y qué?

—Pues que no es lo que necesita que hagamos.

—Vale, no me entero de nada.

—¡Tadhg! —espeté—. ¡Joder!

—Vale, vale. —Con toda la tranquilidad del mundo, mi hermano pequeño entró en el baño, me arrancó el teléfono de la mano y se lo metió rápidamente en el bolsillo—. Dalo por desaparecido. Pero luego no me vengas a dar la vara si te dejo sin saldo y no puedes llamar a tu novia. Pienso aprovechar a tope esta cosita. ¿Cómo se hace para bloquear tu número cuando quieres gastar una broma telefónica? Es #31#, ¿no?

—¡Tadhg!

—Madre mía, vale, no le haré ninguna broma a ninguno de tus contactos —refunfuñó saliendo a zancadas del baño—. Disfruta cortejando al retrete, Joe.

—¿Seguro que no quieres que llame a un médico? —preguntó Shannon cuando Tadhg ya se había largado con mi teléfono—. ¿Y a Aoife? —propuso—. Puedo llamarla por ti.

—No, no llames a Aoife —le advertí negando con la cabeza—. No llames a nadie.

No le había dicho a Shannon que había roto con Molloy. No se lo había dicho a nadie.

La verdad es que no tenía ninguna intención de aterrorizar a mi hermana con mis problemas, bastante agobio tenía lidiando con su ansiedad. Era innecesario exponerla a algo que yo no había sido capaz de evitarle ni a mi propia novia.

Enseguida me invadió el asco, así que respiré ruidosamente y expulsé otra ráfaga de bilis. Además, me sentía demasiado avergonzado; la puta herida estaba demasiado abierta como para formar las palabras que se requerían para explicar hasta qué punto la había cagado.

Aunque había sido yo quien había roto, no estaba listo para admitirlo en voz alta y mucho menos para hablar de ello.

Le había entregado un año de mi vida a esa chica, y, una pequeña parte de mí, apenas una chispa de esperanza, seguía titilando en mi pecho. Es la parte que me permitía creer que, si lograba ponerme las pilas, si era capaz de ganarle la batalla a ese puto vicio de mierda en el que había caído, entonces, quizá, con el tiempo, podría recuperarla.

Tal vez hasta podría convertirme en alguien merecedor de estar con ella, porque estaba claro que mi versión actual no lo era.

Y, si no podía vencer a esa cosa que se había enganchado a mí con tanto sigilo y me había clavado sus garras, al menos no la arrastraría a ella conmigo. Porque amaba a Aoife Molloy lo suficiente como para forzar su salvoconducto, aunque eso estuviera cerca de costarme la vida.

No iba a convertirla en otra Sam.

O, peor aún, en mi madre.

Prefería cortarme los huevos y meterme a cura antes que dejar que eso pasara.

—¿Seguro que no quieres que llame a Aoife? —Mi hermana entró con recelo en el baño y se agachó en el suelo, frente a mí, con la espalda apoyada sobre la columna del lavamanos. La preocupación se reflejaba en sus ojos azules cuando dijo—: Si tuviera novio, querría saber si está enfermo. —Encogiéndose de hombros con impotencia, agregó—: Para ayudarlo.

—Ella no puede ayudarme —espeté echándome despacio hacia atrás para reclinar me sobre la pared—. Nadie puede.

Su expresión se llenó de tristeza.

—Joe.

Sabía que Shannon sabía lo que pasaba realmente, y Shannon sabía que yo sabía que ella lo sabía. Aun así, ninguno de los dos dijo nada sobre el elefante que había en la habitación y en ese momento me sentí muy agradecido de tenerla como hermana.

No me echó ningún sermón. No me insultó ni me recordó que me había

convertido en una persona horrible.

Tan solo se quedó allí.

—No pasa nada. —Respirando de forma entrecortada, me obligué a mirarla a los ojos—. Todo va a ir bien.

Exhaló un suspiro tembloroso.

—¿Me lo prometes?

—Sí. —Asentí rígidamente con la cabeza—. Te lo prometo.

31 DE DICIEMBRE DE 2004

Hace diecisiete horas y seis días

Aoife

Con el mundo hecho añicos a mi alrededor y el corazón destrozado en el pecho, conseguí llegar a la semana siguiente comprometiéndome a seguir tres métodos/modos que me permitían sobrevivir a lo imposible.

1. Modo de trabajo.

Poniéndome a merced de mi jefe, cogí todas las horas de trabajo disponibles en el Dinniman, desesperada por la distracción y el rutinario anonimato que me ofrecía servir mesas, hasta que por las noches volvía a meterme de nuevo en la cama y lloraba hasta quedarme dormida.

2. Modo de repaso para los exámenes finales.

Dado que yo no era tan erudita como Kev, enseguida me di cuenta de que ese método, pese a lo optimista y productivo que parecía en mi cabeza cuando me lo saqué de la manga, era un completo fracaso. Para tener la esperanza de aprobar los finales iba a tener que aprenderme los libros de memoria. A él solo le hacía falta escuchar una vez lo que decía el profesor para que se le quedara grabado para siempre en ese cerebrote suyo. En mi caso, el profesor tenía que metérmelo a la fuerza en la cabeza y luego tapar todos los orificios para evitar que la información se escapara. Así de patética era en el aspecto académico del instituto. Por desgracia para mí, no había ningún examen de socialización, materia en la que yo, a diferencia de

Kev, sobresalía con respecto a los demás. Ese fue el motivo por el que pasé al tercer método.

3. Modo «me llevo una botella de vodka al baño».

Vale, al elaborar mi guía de supervivencia en tres pasos, la verdad es que no le di muchas vueltas, porque, tal como ocurrió con el método número dos, este parecía una idea fantástica. Entonces me acordé de que mamá había cambiado la bañera por esa puta ducha eléctrica.

Nada me salía bien.

Independientemente de los métodos, me veía haciendo las cosas por inercia.

El domingo estaba aturdida.

El lunes, vacía.

El martes me vi envuelta en una histeria optimista que me hacía creer que todo iba a salir milagrosamente bien.

El miércoles, una obsesión demente me hizo llenarle a Joey el buzón de voz de mensajes de chica necesitada por los que luego me odié a mí misma, para después enviarle mensajes de cabreo que le hicieran entender que a él lo odiaba mucho más.

El jueves volví a sentirme desconsolada.

Y, el viernes, ya me había resignado al hecho de que nunca volvería a celebrar otra Nochevieja por voluntad propia.

El año anterior, cuando tuve que quedarme sentada esperando mientras Joey se follaba a Danielle en el piso de arriba, había sido un espanto total, pero, esa noche, sola en mi casa, me sentía un millón de veces peor.

Es cierto que técnicamente yo estaba con Paul y Joey se cepillaba sin complejos a medio instituto, pero nos teníamos el uno al otro.

Porque el año anterior, por muy desastroso y borroso que se hubiera vuelto el precipicio de nuestros cinco años de amistad, al menos lo tenía a él.

Ese año, sin embargo, estaba completamente sola.

Mis padres se habían ido al pub, e incluso Kev, que no solía salir de casa, se había ido con ellos.

Recién duchada, me planté frente al espejo de mi cuarto y me contemplé durante un buen rato. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, los labios rojos y abultados, y las mejillas llenas de lágrimas.

Mi aspecto era una mierda.

Pero me sentía aún peor.

Sorbiéndome la nariz, alcé los brazos y me recogí el pelo, todavía húmedo y enredado, en un moño sobre la parte superior de la cabeza. Vestida con mallas negras, bailarinas y un grueso jersey rosa varias tallas más grande, me enjuagué las lágrimas que me resbalaban por la mejilla con el dorso de la mano.

El pelo formaba una maraña húmeda sobre mi cabeza y no llevaba nada de maquillaje, pero me daba igual.

Esa noche no tenía planes.

Para ser justos, tampoco es que no hubiera recibido ninguna oferta. Me habían llegado innumerables mensajes de texto e invitaciones de varios compañeros de clase, sin mencionar los cerca de doce mensajes de voz de Casey llenos de palabras malsonantes. Me suplicaba que fuera con ella a una fiesta del Tommen para la que Katie nos había conseguido invitación, por cortesía del jugador de rugby con el que salía.

Según Casey, los chicos estaban bastante bien, la priva era gratis y ella tenía toda la intención de buscarse a un mazado de pantalones caros que fuera a un colegio privado y jugara al rugby con el que divertirse esa noche.

Me alegraba por ella.

Podía quedarse a todos los chicos obsesionados con el rugby del Tommen, porque el único chico con el que yo quería divertirme venía con un hurley, uniforme del Ballylaggin y una montaña de traumas.

Tiré de las mangas del jersey para cubrirme las manos y me estremecí de frío mientras recorría con la vista el suelo de mi cuarto en busca del

reconocible llavero.

«No lo hagas —me advirtió mi orgullo—. No seas tan desesperada».

«¡Ay, Dios, hazlo ya! —me animó mi corazón—. Sabes que todavía nos quiere».

En cuanto posé los ojos sobre las llaves del coche, las recogí enseguida y salí corriendo de la habitación.

«¡Lo estás haciendo!», vitoreaba mi corazón.

«Yo me quedo en la puerta —declaró mi orgullo echándome la bronca—. Esto no puede ser más patético».

Sabía que corría un riesgo enorme haciendo lo que estaba a punto de hacer, y había muchas probabilidades de que se me rompiera todavía más el corazón, pero nunca me perdonaría no decirle las palabras que me estaban quemando por dentro.

Él necesitaba ayuda y yo, que me escuchara.

Y, aunque se negara a dejarme que lo ayudara, estaba claro que me iba a oír.

31 DE DICIEMBRE DE 2004

Cuidar hermanos y boicotear las malas costumbres

Joey

—¡Que os vayáis a la cama, joder! —grité hacia el piso de arriba desde la escalera—. Chicos, os juro por Dios que si tengo que volver a subir os vais a enterar.

—Ya, claro. —Se rio Tadhg, tan temerario como siempre, mientras se inclinaba sobre la barandilla y me provocaba—. ¿Y qué nos vas a hacer? ¿Matarnos con la mirada?

—Eso —dijo con voz cantarina el pequeño machote sujetando su Furby lila bajo el brazo—. *Sabermos* que no nos vas a poner la mano encima, Joe.

—A mí no me contestes así, melón —le advertí al número cinco señalándolo con un dedo—. Hay una primera vez para todo.

—Sí, ya —resopló Ollie, que no se había creído mi vacía amenaza.

—Lo digo en serio —les aseguré—. Y si se os ocurre despertar al bebé, no voy a ser yo el que se pase otras dos horas meciéndolo para que vuelva a dormirse.

—¡Anda ya! —replicó Ollie—. Seany no se despierta ni aunque se caiga la casa.

—Sí —contraataqué—. Por suerte para él, porque vive con dos sirenas de coche de bomberos.

—¿Por qué no puedo bajar? —se quejó Tadhg—. Es Nochevieja. Shannon puede quedarse levantada... Y no me digas que es porque ella es mayor que yo porque eso suena a excusa barata.

—Porque, si te dejas bajar a ti, entonces también tendré que dejar bajar a Ollie, y, si dejas bajar a Ollie, entonces también tendré que dejar bajar a Sean —me oí decirle como por séptima vez—. Y no pienso llevaros a todos a cuantas hasta la cama cuando os quedéis groguis en el sofá.

—Pero papá ha salido y va a estar fuera toda la noche —siguió protestando Tadhg—. Y mamá se ha ido con él. Eso pasa una vez al año, Joe. ¡Solo una!

—Exacto. —confirmé—. Por eso quiero que te vayas a dormir de una puta vez y me dejes disfrutar de la paz y la tranquilidad.

—Esto es una mierda —farfulló Tadhg—. Son solo las diez y media.

—*Odiarnos* cuando tú nos cuidas —dijo Ollie entre resoplidos liándose otra vez con las palabras—. Eres el más malo. Y eres aburrido.

Entorné los ojos.

—Claro, porque para mí cuidaros a los tres también es todo un acontecimiento.

—Joey, porfa...

—¡A la cama! —ordené levantando la mano—. Si seguís discutiendo conmigo, no pisaréis las instalaciones de la asociación de hurling en una semana.

—Tú no puedes hacer eso —protestó Tadhg—. No nos puedes castigar. No eres nuestro padre.

—Eso —añadió Ollie apoyando a Tadhg—. No nos *pedes* mandar.

—¿Ah, no? —Arqueeé una ceja—. Seguid hablando y añadido otra semana.

—Pero...

—Tres semanas.

—Vaya una mierda —se quejó Tadhg resoplando antes de desaparecer de mi vista—. ¡Me gustas más cuando potas!

—Eso —rezongó Ollie apresurándose a seguir a Tadhg—. Te *odiarnos*.

—Claro que sí. Que soñéis con los angelitos, mamoncetes —respondí a la espera de oír cómo se cerraba la puerta de su cuarto antes de volver a la salita.

—Ostras, me alegro de que estuvieras aquí para ponerlos firmes —dijo Shannon riéndose cuando me hundí a su lado en el sofá—. De verdad, a mí nunca me hacen ni caso.

—No puedes mostrar debilidad —le expliqué tirándole una barrita de chocolate que me había sacado del bolsillo—. Varios críos juntos son como una manada de perros rabiosos. Huelen el miedo a la legua, y, en cuanto te quedas con el cuello al descubierto, van directos a la yugular.

—Ufff —musitó desenvolviendo la barrita—. Qué concepto más interesante sobre la paternidad.

—¡No te la comas así, bicho raro! —Boquiabierto por la forma en que mi hermana devoraba la barrita de KitKat a lo bruto, agarré el cojín que tenía detrás y se lo estampé en la cara—. Pero ¿qué tipo de asesina en serie eres, joder?

—¿Qué? —Partiéndose de risa desde el otro extremo del sofá, Shannon dio otro bocado... hasta el centro y sin partir la barrita por la mitad primero—. Solo es chocolate.

Moviendo la cabeza a un lado y a otro en señal de indignación, le di un sorbo a la taza de té que me había hecho hacía un rato y murmuré:

—En el fondo eres una psicópata, ¿verdad?

—Tienes mucho mejor aspecto que ayer —observó en tono de aprobación—. Estoy orgullosa de ti, Joe.

—¿Por qué, exactamente?

—Por ponerte mejor. —Con las mejillas sonrojadas, se revolvió en el sofá, incómoda—. Por quedarte en casa esta noche pese a que este es el último sitio en el que quieres estar.

En eso tenía toda la razón.

Y, aunque en realidad no estaba mejor, seguía intentándolo, resistiendo, y todavía estaba limpio.

Lo peor del síndrome de abstinencia ya había pasado, pero sabía que pisaba terreno pantanoso, lo que significaba que salir esa noche era un riesgo que no me podía permitir. No había pasado un puto infierno de semana para tirarlo todo por la borda, porque eso es justo lo que haría si saliera.

A diferencia de lo que le sucedía a mi padre, para mí el alcohol nunca había sido un problema, pero es verdad que le hacía de puto compinche furtivo a mi némesis principal. Porque toda la libertad que me daba el alcohol, también me dejaba sin ningún tipo de conciencia y de lógica. Me volvía imprudente y luego me lanzaba de cabeza hacia un camino sin retorno. Y es que, cuando me emborrachaba, me convertía en alguien despreocupado, y eso me llevaba a colocarme.

Había sido así desde que no era mucho mayor que Tadhg. Joder, puede que incluso desde que tenía la edad de Ollie.

Durante casi la mitad de mi vida había estado jugando con fuego... y al final me había quemado.

Más que quemarme, había acabado ardiendo por completo.

Había traspasado una línea de la que no muchos volvían.

La desolación que había visto en la cara de Molloy todavía estaba tan fresca en mi mente como la semana anterior. Esa había sido la fuerza motora que se escondía tras la decisión de plantar el culo en ese sofá y no meterme en problemas.

No podía volver a cagarla.

No me lo podía permitir. En el fondo sabía que si volvía a caer en ese agujero, ya no iba a ser capaz de salir.

—¿Sabes? —murmuró Shannon trayéndome de nuevo al presente mientras se pulía la barrita de chocolate—. No recuerdo la última Nochevieja que pasamos juntos.

Yo sí.

—Yo estaba en sexto de primaria, y tú, en tercero —dije recordando esa noche como si fuera el día anterior—. Darren estaba en el último curso de secundaria y esas Navidades acababa de salir del armario con mamá, así que el viejo estaba que se subía por las paredes.

—Ah, sí. —La luz de sus ojos se atenuó—. Ya me acuerdo.

—Destrozó la casa, renegó de Darren, le rompió el brazo a mamá por defenderlo y luego me rompió a mí la nariz por defender a mamá. Después hizo la maleta y se piró durante un mes.

—Sí —susurró mordisqueándose el labio—. Fueron las últimas Navidades que Darren pasó con nosotros.

—Sí —asentí con un hilo de voz—. Y esa fue la última vez que pasé la Nochevieja en casa.

También había sido la última vez que la había pasado sobrio.

—Se fue al otoño siguiente —añadió con cara de estar retrotrayéndose a una época en la que nuestra vida no eran tan complicada—. En cuanto salieron los resultados de los exámenes de preparación para la universidad.

—Sacó todo sobresalientes; la verdad es que el tío era un genio —admití a regañadientes—. Seguro que ese puto listillo está sentado en alguna oficina detrás de un escritorio de la hostia con un pedazo de ordenador delante y forrándose gracias a su cerebro.

—Espero que sí —confesó Shannon melancólica—. De verdad que espero que esté bien, Joe.

—Está genial —solté notando cómo se me avinagraba el humor—. Consiguió salir de aquí, ¿no?

—Sí, supongo. —Sus ojos rebosaban de ansiedad—. ¿Lo odias?

Asentí fríamente con la cabeza.

Shannon abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

—Sí —espeté—. Siento un profundo desprecio por él.

«Por dejarme solo con esto».

«Por cargarme con toda la responsabilidad cuando esta debería ser una carga compartida».

«Por robarme mi futuro al salir por la puerta».

—Yo no. —Me miró nerviosa—. Me refiero a que no odio a Darren. Todavía me duele que se fuera para no volver...

—No es solo que no haya vuelto... —la interrumpí poniéndome de mala leche al recordar—. Es que tampoco ha cogido nunca el teléfono. Ni una sola vez en cinco años.

—Aun así, no lo odio. Sería incapaz de odiar a ninguno de mis hermanos. —Me dio un golpecito en la rodilla con el pie—. Y menos aún a mi preferido.

Puse los ojos en blanco.

—Pelota.

—De todas formas, aquel fue un buen mes —afirmó con una sonrisilla—. Cuando papá se fue aquellas Navidades. Aparte del brazo roto de mamá y tu nariz destrozada, claro.

—Y que lo digas —repliqué—. Fueron las primeras Navidades en las que recuerdo que mamá estaba presente.

—Yo también —convino Shannon—. Estaba llena de vida. —Se le encendieron los ojos cuando se puso a recordar—. ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasamos cuando nos llevó a cantar «The Wren» el día de San Esteban? —Con una risita, añadió—: Íbamos de puerta en puerta y de pub en pub dejándonos la voz. Recaudamos mucho dinero, Joe, ¿te acuerdas?

—Sí —dije resoplando—. Pero fue porque la convencí para que se tragara el orgullo y nos dejara hacerlo.

—¿Ah, sí?

—Sí —repuse con frialdad—. Papá se había largado con todo el dinero, faltaban quince días para que ella cobrara y su maravilloso Darren estaba demasiado ocupado estudiando para los exámenes como para ponerse a

trabajar. —Me encogí de hombros y agregué—: Teníamos que conseguir algo de dinero para salir adelante. Ollie necesitaba pañales y no había ni un grano de arroz en la despensa cuando él se fue.

—¿De verdad? —repuso Shannon en tono agudo—. Entonces ¿por eso cogiste aquel trabajo con Tony Molloy aquellas Navidades? ¿Porque no teníamos dinero?

Volví a encogerme de hombros.

—Más o menos.

—Vaya. —Lanzó un suspiro—. No lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabes, Shan —murmuré dándole otro sorbo al té—. Puedes sentirte afortunada.

—Lo sé —se apresuró a asegurarme—. Me siento afortunada, Joe... y agradecida. Puede que Darren haya sido el hijo estudioso, pero tú eres el superviviente. —Se alargó en el sofá y me apretó el hombro con la manita—. Por eso sé que te vas a poner bien. —Me lanzó una expresiva mirada y susurró las siguientes palabras—: Te lo prometo.

Entonces alguien llamó tímidamente a la puerta principal y yo me puse en pie como un resorte, agradecido por que interrumpieran la conversación.

Se estaba poniendo muy profunda, y en ese momento yo no podía manejar tanta intensidad.

—¿Quién es? —preguntó Shannon cuando yo apenas había llegado al recibidor.

—A lo mejor si me dejas que abra, te lo puedo decir —contesté con aspereza mientras giraba la llave en la cerradura y abría la puerta hacia dentro.

En cuanto vi su cara, sentí como si me hubieran sacado todo el aire de los pulmones.

«Joder».

Con los brazos envueltos sobre sí misma de manera protectora, Molloy estaba plantada en mi puerta con aspecto de estar hecha polvo, pero más

guapa de lo que jamás la había visto en los seis años que hacía que la conocía.

—Hola —susurró.

—Hola. —Ignorando a mi hermana, que seguía gritando desde el cuarto de estar, logré hilar las palabras suficientes para preguntarle—: ¿Estás bien?

Las ojeras que tenía bajo sus ojos hinchados me indicaban que no.

Le castañeaban los dientes, y yo la contemplaba mientras asentía cuando, de repente, paró y se puso a negar con la cabeza.

—¿Podemos hablar?

«Mierda».

Con el corazón martilleándome violentamente en el pecho, salí y cerré la puerta a mis espaldas, consciente de que, me dijera lo que me dijese, me iba a doler, pero obedeciendo sin protestar porque me merecía todo lo que pudiera echarme en cara y mucho más.

31 DE DICIEMBRE DE 2004

No estoy bien

Aoife

Cuando llamé a la puerta de los Lynch a esas horas en Nochevieja, la última persona a la que me esperaba ver ahí de pie era a Joey.

Sin embargo, cuando se abrió la puerta, fue justo a él a quien me encontré frente a frente.

Por supuesto, había ido a verlo a él, pero en mi fuero interno la verdad es que pensaba que el viaje no iba a dar ningún fruto.

En cuanto mis ojos se posaron sobre los suyos, el dolor que llevaba conmigo en el pecho se amplificó. Hasta el punto de que tuve que apretar la mano contra el esternón para mitigarlo.

Apenas podía respirar.

—Hola.

—Hola. —Agarró la puerta con más fuerza—. ¿Estás bien?

«No».

—¿Podemos hablar?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y exhaló un vibrante suspiro mientras salía y cerraba lentamente la puerta tras de sí.

Vestía un pantalón de chándal gris que le caía sobre las estrechas caderas y dejaba entrever los bóxers negros que llevaba debajo. La camiseta blanca lisa dejaba al descubierto sus brazos tatuados y se le ajustaba tan bien que

se intuía la tinta negra de su pecho.

Me dolió.

Joder, me dejó abrasada.

Incapaz de contenerme, me empapé de su belleza, mientras se me calentaba el cuerpo y el corazón se resquebrajaba debido al insalvable esfuerzo que me supuso quedarme ahí de pie y mirarlo a la cara.

—Yo... eh... —Dejé que se me fuera apagando la voz y estudié su cara, sintiéndome más confusa a cada segundo que pasaba—. Estás aquí.

«Estás sobrio».

—Sí. —Joey asintió lentamente con la cabeza mientras apretaba la mandíbula—. Así es.

—¿Por qué? —pregunté en tono ronco y quebrado—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Dónde iba a estar?

—Es Nochevieja.

—Sí, sé qué día es.

—Contesta.

Exhaló un suspiro de dolor y afirmó:

—Digamos que estoy intentando pasar página.

Lo miré con incredulidad.

—¿Por qué?

Me miró fríamente.

—¿Tú qué crees?

—¿Por qué? —repetí implacable—. ¿Por qué, Joe, por qué?

—¡Porque la cagué!

—¿Y qué? —Los ojos se me llenaron de lágrimas y me centré en mantenerlos abiertos, sin atreverme a pestañear. Sabía que, si lo hacía, la presa iba a estallar. Nunca me había funcionado parpadear para deshacerme de las lágrimas. Tenía que mirar fijamente y devolverlas al infierno—. Ya la habías cagado otras veces y eso no te había impedido volver a hacerlo.

«Una y otra vez...».

—Ya, bueno, puede que esta vez cagarla me haya costado más de lo que estaba dispuesto a pagar.

—¿Y eso qué significa?

—Ya sabes lo que significa —repuso pasándose una mano por el pelo.

—Dilo —le exigí a menos de tres palmos de su cuerpo, que se elevaba por encima del mío—. Ponlo en palabras.

Sus preciosos ojos verdes ardían en llamas cuando por fin fue directo y dijo:

—Me costó perderte a ti.

—¿A mí?

—Sí.

—No. —Sus palabras me dejaron de piedra y negué con la cabeza—. No digas eso.

—Me has preguntado —soltó—. Y te he contestado.

—Pero tú... —Negando con la cabeza, le lancé una mirada feroz sintiéndome llena y a la vez vacía de esperanza—. Tú has hecho esto, Joey.

—Lo sé.

—No, no, no. —Levanté una mano temblorosa mientras apartaba mentalmente la patética esperanza que nacía en mi interior—. Tú has cortado conmigo.

—Ya lo sé, Molloy. —Sus ojos aún ardían cuando rezongó—: Ya lo sé.

—Pues no me vengas con más gilipolleces —espeté, incapaz de controlar mis exhaustas emociones—. Estabas más que dispuesto a perderme cuando me abandonaste. —Las lágrimas me quemaban los ojos mientras lo miraba—. Yo estaba allí, ¿te acuerdas? Vi cómo te ibas.

—¡Porque intentaba hacer lo correcto! —bramó perdiendo la calma—. ¡Joder!

—¿Para quién? —grité alzando las manos.

—¡Para ti! —gruñó con el pecho agitado mientras imitaba mis gestos y

levantaba las manos salvajemente en el aire—. Para ti, Molloy. Joder... ¡Como siempre! —Frustrado, apretó las manos a los costados mientras decía—: Estaba dispuesto a largarme porque sabía que eso era lo mejor para ti, ¿no porque no te quiera!

—¿Quererme? —Ahogué una agria carcajada de dolor—. ¿Ahora eres capaz de decirlo? ¿Cuando ya se ha acabado? —Negué con la cabeza, incrédula, mientras la desolación rebotaba de un lado a otro en mi interior—. No me lo puedo creer.

Entrecerró los ojos.

—Solo te digo lo que hay.

—Sabes la relación que tienen mis padres —expuse en tono acusador delirando de pena y desesperada por que entendiera mi dolor. Por que supiera lo profunda que era la herida que me había hecho con ese cuchillo que me había clavado en la espalda. Lo llevaba encajado entre los huesos, y me estaba matando poco a poco—. Sabes por qué tengo problemas para confiar en los hombres.

Tuvo la delicadeza de cerrar la boca y asentir con la cabeza.

—Nunca me fie de Paul, ni una sola vez en cuatro años, y tampoco me permití amarlo, porque sabía lo que pasaría si lo hacía —confesé sofocada respirando audiblemente con pequeños soplos de aire—. Sabía que al final me iba a decepcionar y a romperme el corazón... si le daba el poder para hacerlo. Así que no lo hice. Me guardé el corazón y ese poder para mí. —Sorbiéndome la nariz, negué con la cabeza y me obligué a mirarlo cuando añadí—: Pero contigo nunca tuve ninguna oportunidad, ¿verdad?

Se me quedó mirando un buen rato y luego dejó escapar una exhalación de tristeza.

—Aoife, intentaba protegerte.

—Bueno, pues no ha funcionado —me oí sollozar con el cuerpo cada vez más flojo mientras la adrenalina que me había estado recorriendo se disipaba—. Porque no estoy bien.

Se estremeció.

—Lo sé.

—No estoy bien —repetí ansiosa por que me oyera, me viera... me ayudara, joder—. Antes me has preguntado si estaba bien. Pues que sepas que no lo estoy.

—No quería... —La voz se le quebró y se restregó la mano por la cara antes de soltar—: Lo sé, ¿vale? Lo sé. Yo estoy igual.

—Me hiciste caer —me obligué a decirle mientras temblaba de pies a cabeza—. Me hiciste caer, confiar y creer, y luego me lo quitaste todo.

Sus facciones se envolvieron de dolor.

—Ya lo sé.

—Estoy enamorada de ti. —No me importaba lo débil o patética que sonara en ese momento mientras continuaba soltando verdades por la boca y me desangraba por completo delante de él—. Y temo por ti, y mi cabeza está hecha una mierda por tu culpa. —Se me hizo un nudo en la garganta y dejé ir un sollozo entrecortado antes de soltar—: Y siento todo eso por ti desde los doce años.

—Aoife.

—He hecho la vista gorda ante todas las cosas turbias que has hecho más veces de las que me gustaría admitir. He dejado de lado amistades para estar contigo. Me he metido en tugurios de drogas por ti. Te he encubierto, te he protegido, he mentido por ti y te he entregado mi cuerpo.

—Aoife. —Gimió como si le estuviera causando dolor físico—. Yo...

—No habría podido quererte más ni aunque lo hubiera intentado, Joey Lynch —dije llorando una vez abandonada la lucha contra las lágrimas, que ahora me resbalaban con total libertad por las mejillas—. No habría podido.

Me sentía como una serpiente envenenada agonizante: debilitada pero extremadamente peligrosa y venenosa. No entendía por qué mi corazón estaba tan dispuesto a que lo hirieran, a quedarse ahí tirado mientras ese chico le pasaba por encima y lo pisoteaba sin importarle las consecuencias.

Sin pensar en mi futuro, que no existía sin él.

—¡Pero para ti nunca va a ser suficiente! —Perdiendo la batalla contra mis emociones, me agarré la cabeza con las manos y lancé un grito agónico—. Nunca voy a ser suficiente para ti porque mi amor no es un polvo que puedas esnifar o inyectarte en las venas...

—Eso no es así —me interrumpió Joey con la voz rota—. No es eso lo que siento. —Exhaló un suspiro entrecortado, se acercó y tiro de mí hacia sus brazos—. Yo soy el problema, Molloy. Soy yo el que nunca va a ser suficiente, no tú.

—¡Claro que eres suficiente!

—No lo soy —replicó—. De verdad que no, nena.

—Es demasiado, Joe. —Las lágrimas se desbordaron; cayeron tan rápido que me resultaba difícil ver con claridad mientras mis brazos salían disparados por voluntad propia, aferrándose a la persona que me había infligido todo ese dolor—. Todo esto —dije con voz ahogada enterrando mi cara en su pecho—. Siento demasiadas cosas por ti.

—Lo sé —contestó con calma—. Por eso hice lo que hice. —Me dio un beso en el pelo, que todavía estaba húmedo, y me estrechó entre sus brazos—. Tienes que entender que llevo subiendo esta colina desde antes de conocerte. Es un demonio que tengo que matar. —Soltó un gruñido desgarrado y se aferró a mí—. Tú no tienes la culpa de nada.

31 DE DICIEMBRE DE 2004

Intento recomponerme

Joey

Solía pensar que mis palabras eran como balas, pero me equivocaba. Mi mente jamás iba a ser capaz de elaborar nada que infligiera tanto dolor como el que ella me había causado con sus palabras. Una tras otra, me habían desmoralizado hasta hacerme trizas y cortarme hasta la médula.

—¿Por qué no puedes quererme más? —siguió diciendo entre llantos abrazándose a mí como un tornillo de banco—. ¿Por qué no soy suficiente para ti?

—Sí que te quiero más —contesté con voz ahogada sintiendo que el alma se me partía en dos al comprender el puto horror inimaginable por el que la había hecho pasar—. Y sí que eres suficiente para mí.

—No es verdad.

—Claro que sí. —Exhalando un suspiro de dolor, añadí—: No quiero ser como soy. No es que me encante lo que hago. Más bien lo desprecio.

—¿Y por qué lo haces? —preguntó en tono suplicante temblando entre mis brazos—. ¿Por qué?

Me pedía que le respondiera a algo que no sabía cómo explicar.

¿Cómo podía justificar la adicción ante alguien que nunca la había sufrido? ¿Cómo podía hacerle entender que, durante la mayor parte de mi vida, había estado desesperado por escaparme? ¿Que el único consuelo que

había podido encontrar había sido la relajante calada de un porro o una raya de coca que me alterara la mente, el efecto anestésico de las benzodiacepinas o el excitante entusiasmo de los estimulantes? ¿Cómo iba a olvidar la puta sensación de euforia que me provocaba la heroína?

Porque Molloy no sabía lo que era despertarse cada mañana con una fuerte inclinación suicida. No sabía lo que era ser un niño indefenso, medio muerto de hambre, con un hambre aún mayor por salir de un hogar en el que no lo querían. No sabía lo que era ser ese chico desesperado que por fin encontraba algo que le ayudaba a sobrellevar el dolor y la puta desgracia que era su vida. Y no tenía ni idea de lo rápido que se había redistribuido el peso en la balanza para ese chico, de cómo lo había pillado por sorpresa de una forma tan inesperada.

Ella nunca iba a poder comprender que el lacerante odio que ese chico sentía hacia sí mismo derivaba del hecho de saber que el único vicio que una vez lo había ayudado a aguantar hasta el día siguiente se había convertido silenciosamente en algo sin lo que no era capaz de aguantar ni un solo día. Nunca iba a entender lo que era pasar de controlar tu vida con algo que antes te hacía disfrutar a que acabara controlándote aquello que ahora despreciabas.

Pero todo eso no se lo dije.

Porque no podía.

«Porque no era suficiente, joder».

—No lo sé —fue todo lo que logré verbalizar—. No sé por qué lo hago, Molloy.

Sorbiéndose la nariz, me miró y susurró:

—Eso no es suficiente.

«Ya lo sé».

—No sé qué más decir. —Cogí su cara entre mis manos, me incliné hacia ella y presioné mi frente contra la suya—. Lo siento.

Temblando, cerró los ojos y acercó su cuerpo hacia mí.

—No quiero estar con nadie más.

—Yo tampoco —contesté con voz ronca. Luego, haciendo un esfuerzo mortal, añadí—: Pero no quiero hacerte daño, lo que significa que debo mantenerme alejado de ti, y tú tienes que dejarme hacerlo.

—No. —Con lágrimas resbalándole por las mejillas, movió la cabeza hacia los lados y se aferró con más fuerza a mi cintura—. No puedo.

—Tienes que hacerlo —balbuceé sintiendo todo su dolor porque ambos lo compartíamos—. Porque necesito aclarar mis pensamientos antes de poder confiar en que puedo estar cerca de ti.

—Pero ahora mismo estás bien —sollozó estrujándose contra mí—. Esta noche no has salido. Estás aquí. ¡Estás aquí, Joe! No estás drogado, ni fumado, ni borracho.

—Los dos sabemos que no estoy bien, nena.

—Pero...

—Escucha.

—No, porque no dices lo que necesito que digas.

—¿Quieres que lo diga? —Carraspeé bruscamente y tomé algo de aire antes de decir—: Vale. Te quiero, Aoife Molloy.

—No.

—Te quiero —reiteré con los ojos clavados en los suyos mientras le limpiaba una lágrima de la mejilla—. Te quiero más de lo que he querido nunca a nadie en toda mi vida, y no lo digo por decir. Es la pura verdad.

—Joe.

—Por eso no puedo ponerte en la posición en la que te puse en Nochebuena. —Sorbiéndome la emoción, moví la cabeza de un lado a otro y expulsé un rudo suspiro antes de agregar—: Precisamente porque te quiero, no permitiré que vuelva a pasar algo así.

—Se supone que no tienes que decirme que me quieres después de que hayamos roto —afirmó entre lágrimas enterrando la cara en mi pecho—. Se supone que eso tenías que habérmelo dicho cuando todavía estábamos

juntos.

—Antes, durante, después... —Me encogí de hombros con impotencia—. Siempre ha sido lo mismo.

—Esto no es lo que quiero, Joey —afirmó con voz ahogada—. No quiero perderte. Eres mi mejor amigo.

—Y tú eres mi mejor amiga —admití destrozado—. Nada de lo que siento por ti ha cambiado, Molloy.

—Entonces necesito algo más que palabras —exigió—. Si esperas que me mantenga alejada, tienes que darme algún tipo de garantía.

—¿Como qué?

—Como saber que esto no es para siempre —susurró buscando mis ojos con sus preciosos ojos verdes—. Que se trata solo de una ruptura temporal, y que, en cuanto proceses lo que sea que necesites procesar, volveremos a estar juntos.

—¿Y qué pasa si no soy capaz?

Ella negó con la cabeza.

—Eso no es una opción.

—Molloy. —Dejé escapar un suspiro—. No quiero hacerte ninguna promesa que no pueda cumplir.

—Entonces hazla y cúmplela —me instó mientras levantaba la mano para entrelazar sus dedos con los míos—. Así de fácil.

No era así de fácil, y ambos lo sabíamos.

—¿Qué te parece esto? —propuse—. Voy a estar un tiempo centrado en lo mío, aclarando mis ideas y poniéndome las pilas.

—Sin mí —susurró con frialdad.

«Para ti».

—Y tú vas a estar un tiempo centrada en salir con Casey y con las chicas, y te lo vas a pasar de putísima madre —continué diciendo—. Y no vas a preocuparte por lo que yo esté haciendo o por con quién esté, porque ya sabes que tienes mi corazón en tu bolsillo de atrás.

Sorbiéndose la nariz, me miró con gesto expectante.

—Y tu polla.

Asintió en señal de aprobación y enseguida seguí hablando:

—Y nos veremos en el instituto y no va a ser jodido ni raro porque los dos recordaremos que antes de ser nosotros, éramos...

—Nosotros —dijo con suavidad completando la frase.

—Exacto. No te busco sustituta, Molloy. —«Eso sería imposible»—. Tan solo intento recuperarme. —«Por ti».

LISTA DE REPRODUCCIÓN DE MOMENTOS CON CANCIONES, ATMÓSFERAS Y SENSACIONES

Joey se desmorona: «Beautiful Addiction», Nate Feuerstein

Hacia el final, cuando todo se va a la mierda para él: «All for You», Cian Ducrot

Momentos íntimos: «Nothing's Gonna Hurt You Baby», Cigarettes after Sex

Joey al principio: «Perfect», One Direction

Aoife hacia Paul: «Just a Girl», No Doubt

Primera vez: «Delicate», Damien Rice

Marie Lynch: «The State of Massachusetts», Dropkick Murphys

Los sentimientos de la joven Aoife: «Sparks Fly», Taylor Swift

Sentimientos del primer amor: «Rome», Dermot Kennedy

Pensando en Aoife: «Accidental Babies», Damien Rice

Los sentimientos de Joey: «Love Like This», Kodaline

Joey piensa en Aoife al principio: «Free Fallin'», Tom Petty

Lo que piensa Joey sobre Aoife: «My Bestfriend», Hollywood Anderson

Su primer beso: «Dice», Finley Quaye

Joey y Aoife: «Fast Car», Tracy Chapman

Los sentimientos de Joey por el pequeño Seany y el resto de los niños:

«You Won't Feel a Thing», The Script

Peleados entre ellos: «The Scientist», Coldplay

Joey cuando por fin están juntos: «I Got Away with You», Luke Combs
La escena de la mañana de Navidad: «The Magic of Christmas», Lyra
Joey en su cuarto: «Knockin' on Heaven's Door», Bob Dylan
Escapada a Kerry: «F. N. T.», Semisonic
El conflicto de Joey al intentar estar ahí para ella mientras lucha con sus responsabilidades y traumas: «Another Love», Tom Odell
El triángulo Joey/Aoife/Ricey: «Fuck Away the Pain», Divide the Day
Joey y Shannon: «Running Up That Hill», Meg Myers
La personalidad general de Aoife: «Push», Avril Lavigne
Joey respecto a sus hermanos: «Tiny Hearts», Kimberly Henderson
Aoife en la fiesta de Nochevieja: «Thinking of You», Katy Perry
Joey se da cuenta de lo que siente por Aoife: «What Have I Done», Dermot Kennedy
Aoife y Joey siempre: «One More Night», Maroon 5
Joey trata de no perder el rumbo por ella: «Demons», Imagine Dragons
Aoife ve cómo va cayendo: «Fade into You», Mazzy Star
Hacen el tonto juntos: «Animals», Nickelback
Joey y Darren: «Same Love», Macklemore
Aoife se cuelga de Joey: «I Think I'm in Love», Kat Dahlia
Aoife apoya a Joey: «I Got You», Leona Lewis
Joey ve la relación entre Aoife y Paul: «Coconut Skins», Damien Rice
Cómo encaja Joey con sus padres: «Steal My Girl», One Direction
La idea de olla de Shannon en el instituto: «My Skin», Natalie Merchant
El intenso coqueteo del principio: «Follow Me», Uncle Kracker
El cabreo de Joey con Aoife: «Screw Paris», Chord Overstreet
Joey/Aoife/Paul: «Scotty Doesn't Know», Lustra
Los pensamientos íntimos de Joey: «Figured You Out», Nickelback
Los sentimientos generales de Aoife por Joey: «Cardigan», Taylor Swift
Lo que sentía al principio Aoife por Paul: «Leave Me Alone», Pink
A medida que se calienta la relación: «Friends Don't», Maddie & Tae

La manera de pensar de Aoife: «Still into You», Paramore

El arrepentimiento de Joey por su comportamiento hacia Aoife: «Falling»,
Harry Styles

Los pensamientos de Joey sobre Aoife: «Flying Hard Falling Low»,
Walking on Cars

El corazón roto de Aoife: «All Too Well», (versión de 10 minutos), Taylor
Swift

Los sentimientos de Aoife por Joe: «Still into You», Paramore

Aoife en el Biddies con Casey viendo cómo se le escapa: «Blackout», Freya
Ridings

Los sentimientos de Joey por Darren: «Too Bad», Nickelback

Aoife y Joey bromean en el instituto: «One of Them Girls», Lee Brice

Joey en la escena final: «I Still Love You», Josh Jenkins

Los pensamientos de Joey sobre Aoife y su vida: «Me», The 1975

Aoife al final del libro: «Die from a Broken Heart», Maddie & Tae

CANCIONES DE AOIFE

«Push», Avril Lavigne
«Sparks Fly», Taylor Swift
«How Could You», Jessie Murph
«If I Were a Boy», Beyoncé
«Under the Sheets» (Baby Monster Mix), Ellie Goulding
«Ride Monologue», Lana Del Rey
«Shallow», Lady Gaga
«Rescue», Lauren Daigle
«Hello», Adele
«Cardigan», Taylor Swift
«Try», Pink
«This Love», Taylor Swift
«Flashlight», Jessie J
«I Never Told You», Colbie Caillat
«Didn't You Know How Much I Loved You», Kellie Pickler
«Checkers», Heather Janssen
«Lover», Taylor Swift
«Underneath It All», No Doubt
«All Too Well», Taylor Swift
«Medicine», Daughter
«With or Without You», Picture This
«Complicated», Olivia O'Brien

«My Enemy», CHVRCHES

«I Knew You Were Trouble», Taylor Swift

CANCIONES DE JOEY

«Say You Won't Let Go», James Arthur
«An Evening I Will Not Forget / Furthest Thing», Dermot Kennedy
«Rome», Dermot Kennedy
«Mixtape», Butch Walker
«Scotty Doesn't Know», Lustra
«Kiss Me», Dermot Kennedy
«Ocean», Khalid
«What Have I Done», Dermot Kennedy
«Something to Someone», Dermot Kennedy
«Surface Pressure», Our Last Night
«Bedroom Walls», Etaoin
«Can You Hold Me», NF and Britt Nicole
«Until the End of Time», 2Pac
«In My Bones», Ron Pope
«Bitter Sweet Symphony», The Verve
«Happier», Ed Sheeran
«Kiss Me», New Found Glory
«Fuck It», Eamon
«Bottoms Up», Brantley Gilbert
«With or Without You», Picture This
«Watch over You», Alter Bridge
«Only Place I Call Home», Every Avenue

«Power over Me», Dermot Kennedy
«Zombie», The Cranberries
«Your Winter», Sister Hazel
«Screw Paris», Chord Overstreet
«I'll Be Good», Jaymes Young
«California Love», 2Pac
«Without Me», Halsey
«Into the Fire», Thirteen Senses
«Adore», Dean Lewis
«Angel with a Shotgun», The Cab
«Fucked Up Summer» (Remix), Lukr & Jonas Hahn
«Fallen So Young», Declan J Donovan
«Me», The 1975
«Changes», 2Pac
«One More Night», Maroon 5
«Dear Mama», 2Pac
«F. N. T.», Semisonic
«Wasteland», Daniel Gidlund
«Sober», Demi Lovato
«Heroin», Lana Del Rey
«Fallingforyou», The 1975

AGRADECIMIENTOS

Cuando murió mi hijo el año pasado, nunca pensé que volvería a recuperar la motivación, el entusiasmo y la dureza necesarios para sobrevivir y continuar abriéndome camino en el mundo editorial, que había convertido en mi segundo hogar durante una década.

Los plazos de entrega, las presentaciones de las portadas, las firmas, las giras, la publicidad, las redes sociales, las listas de los libros más vendidos... Todo eso ya no me parecía importante porque, en mi cabeza, había perdido la quinta cámara de mi corazón.

Las otras cuatro seguían respirando, sonriendo y necesitando que su madre estuviera presente. Podía hacer eso por ellos: por mis hijos, por mi corazón, y también por mi marido, mi columna vertebral metafórica desde que yo misma era apenas una niña.

Tras mucha terapia para el duelo, descubrí que podía mantener a raya la pena y vivir mi vida con un hijo enterrado en el cementerio, pero, lo que no podía hacer, según comprendí enseguida, era permitirme estar de nuevo en la esfera pública. Mi estado mental era demasiado frágil para soportar otro golpe.

A medida que pasaba el tiempo, los correos electrónicos comenzaron a acumularse y me seguían llegando preguntas. ¿Cuándo iba a publicar otro libro? Durante mucho tiempo, la respuesta que se me venía a la mente era «Nunca». No tenía pensado hacerlo y, por irónico que parezca, sigo con la misma idea.

Los editores se ponían en contacto conmigo, mis fieles lectores y seguidores no dejaban de enviarme mensajes de apoyo y cariño, y, entonces, gracias al empujoncito que me dio un enérgico dúo al recordarme mis compromisos, y respaldada y alentada por mi marido, me vi de nuevo sentada en el escritorio.

No sé si escribo igual que antes de que él muriera, no sé si alguna vez eso volverá a ser igual, pero lo he intentado. He vertido mi dolor en un personaje a cuyo dolor y angustia mental me sentía conectada, y he dejado que mi pena y mi rabia se derramaran por las páginas. Al igual que las obras anteriores de la serie, el libro es tan voluminoso que he tenido que dividirlo en dos.

Si lees este libro como ferviente admirador o admiradora de Los chicos de Tommen y crees que no he alcanzado el nivel literario de los dos primeros libros de la serie, siento haberte decepcionado. Si lo lees y he conseguido que te llegue, que conectaras con algo de lo que sienten estos personajes, quiero que sepas que estoy contigo y que te acompaño en tu dolor a diario.

En cuanto a los agradecimientos, comienzo por mi familia. A mi marido, que carga con la misma pena que yo todos los días con tanto corazón, humildad y empatía. A mi padre y mi madrastra, que dieron un paso al frente para aligerar mi carga de responsabilidades durante el proceso de escritura. A mis amigos, a mi familia, a mi editor, a mis lectores. Deseo haceros llegar mi profunda gratitud a todos y cada uno de vosotros.

Por último, desde lo más hondo de mi corazón, quiero agradecerte tu apoyo, amabilidad, paciencia y, sobre todo, que leas esta historia.

Con cariño,

CHLOE XX

Ella era la luz en su oscuridad. Del mundo de Tommen, descubre la historia de amor de Joey y Aoife: llega el nuevo libro de la saga de *Binding 13*, el romance YA que ha encandilado a TikTok.



Él es un chico perdido. Ella es la chica que podría convertirse en el hogar que nunca tuvo.

Joey Lynch, el segundo hijo de un matrimonio roto, lleva toda la vida recogiendo los pedazos de una familia en descomposición. Cuando su hermano mayor, Darren, abandona la ciudad, Joey se ve obligado con tan solo doce años a asumir el papel de protector de su madre y sus hermanos pequeños. Atormentado por el odio que siente hacia sí mismo y furioso con el mundo, afronta la vida adolescente y el inquebrantable sentido del deber que le profesa a su familia mientras avanza peligrosamente hacia una vida de adicción que amenaza con engullirlo por completo. La única luz en ese

mar de oscuridad es la vivaracha hija de su jefe, una chica que nunca se echa atrás y que da la casualidad de que va a su clase.

Aoife Molloy nunca ha pecado de tímida. Su carácter dicharachero y seguro de sí mismo nunca la ha llevado por mal camino. Hasta que el primer día de instituto conoce a un chico de temperamento impulsivo que despierta en ella una curiosidad abrasadora que crece día a día.

Tras entablar una complicada amistad con el aprendiz de su padre, Aoife intenta desentrañar los secretos que rodean la vida de Joey Lynch, mientras que él lucha desesperadamente por mantenerla al margen.

Chloe Walsh, autora internacional de best sellers, escribe obras juveniles de ficción desgarradoras y apasionantes. Sus libros te sumergirán en historias profundamente emotivas que harán que te enamores de los complejos y sensuales héroes, los desternillantes secundarios y las encantadoras protagonistas femeninas. Todas las aventuras de Chloe son angustiosas tramas diseñadas para ofrecerte la gran resaca literaria.

Chloe es natural de una pequeña ciudad de la zona oeste de Cork, en la costa sur de Irlanda, donde reside con su familia.

Amante de los animales, adicta a la música, yonqui de la tele... Chloe es la típica mamá apasionada por la lectura y con una pasión todavía mayor por escribir. Orgullosa defensora de la concienciación sobre los problemas mentales, Chloe no oculta sus propias batallas personales y las transmite a sus obras.

En la actualidad, cuenta con más de treinta novelas publicadas, muchas de las cuales son superventas en varios países e idiomas de todo el mundo. Varios de sus títulos se han convertido en audiolibros.

La mejor manera de ponerse en contacto con Chloe es a través de su grupo de lectores de Facebook, Chloe's Clovers.

Únete a la lista de distribución de Chloe para recibir contenido exclusivo y actualizaciones sobre los lanzamientos.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Saving 6*

Primera edición: mayo de 2024

© 2024, Chloe Walsh

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2024, Yolanda Casamayor, por la traducción

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño de Brittany
Vibbert / Sourcebooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19746-98-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos

X: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Saving 6

Nota de la autora

Pronunciación de los nombres

Prefacio

Prólogo

30 de agosto de 1999

Primero

30 de noviembre de 1999

14 de febrero de 2000

14 de febrero de 2000

25 de febrero de 2000

25 de febrero de 2000

Segundo

10 de enero de 2001

10 de enero de 2001

18 de enero de 2001

11 de marzo de 2001

15 de mayo de 2001

Tercero

1 de septiembre de 2001

1 de septiembre de 2001
3 de septiembre de 2001
24 de septiembre de 2001
18 de octubre de 2001
31 de octubre de 2001
31 de octubre de 2001
31 de octubre de 2001
31 de octubre de 2001
31 de octubre de 2001
18 de diciembre de 2001
7 de enero de 2002
23 de enero de 2002
1 de febrero de 2002
1 de febrero de 2002
1 de febrero de 2002
14 de febrero de 2002
14 de febrero de 2002
14 de febrero de 2002

Cuarto

2 de septiembre de 2002
21 de septiembre de 2002
11 de abril de 2003
14 de abril de 2003

Quinto

16 de agosto de 2003
1 de septiembre de 2003
23 de diciembre de 2003

24 de diciembre de 2003

24 de diciembre de 2003

31 de diciembre de 2003

1 de enero de 2004

7 de enero de 2004

7 de enero de 2004

7 de enero de 2004

7 de enero de 2004

28 de enero de 2004

20 de febrero de 2004

23 de febrero de 2004

4 de marzo de 2004

5 de marzo de 2004

2 de abril de 2004

2 de abril de 2004

12 de abril de 2004

23 de abril de 2004

24 de abril de 2004

7 de mayo de 2004

7 de mayo de 2004

7 de mayo de 2004

8 de junio de 2004

6 de julio de 2004

11 de julio de 2004

11 de julio de 2004

22 de agosto de 2004

22 de agosto de 2004

22 de agosto de 2004

Sexto

31 de agosto de 2004

1 de septiembre de 2004

1 de septiembre de 2004

1 de septiembre de 2004

1 de septiembre de 2004

1 de septiembre de 2004

18 de septiembre de 2004

18 de septiembre de 2004

19 de septiembre de 2004

3 de octubre de 2004

3 de octubre de 2004

18 de octubre de 2004

18 de octubre de 2004

31 de octubre de 2004

30 de noviembre de 2004

10 de diciembre de 2004

11 de diciembre de 2004

17 de diciembre de 2004

17 de diciembre de 2004

19 de diciembre de 2004

23 de diciembre de 2004

23 de diciembre de 2004

24 de diciembre de 2004

25 de diciembre de 2004

25 de diciembre de 2004

25 de diciembre de 2004

27 de diciembre de 2004

Un nuevo comienzo

28 de diciembre de 2004

31 de diciembre de 2004

31 de diciembre de 2004

31 de diciembre de 2004

31 de diciembre de 2004

Lista de reproducción de momentos con canciones, atmósferas y sensaciones

Canciones de Aoife

Canciones de Joey

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Chloe Walsh

Créditos